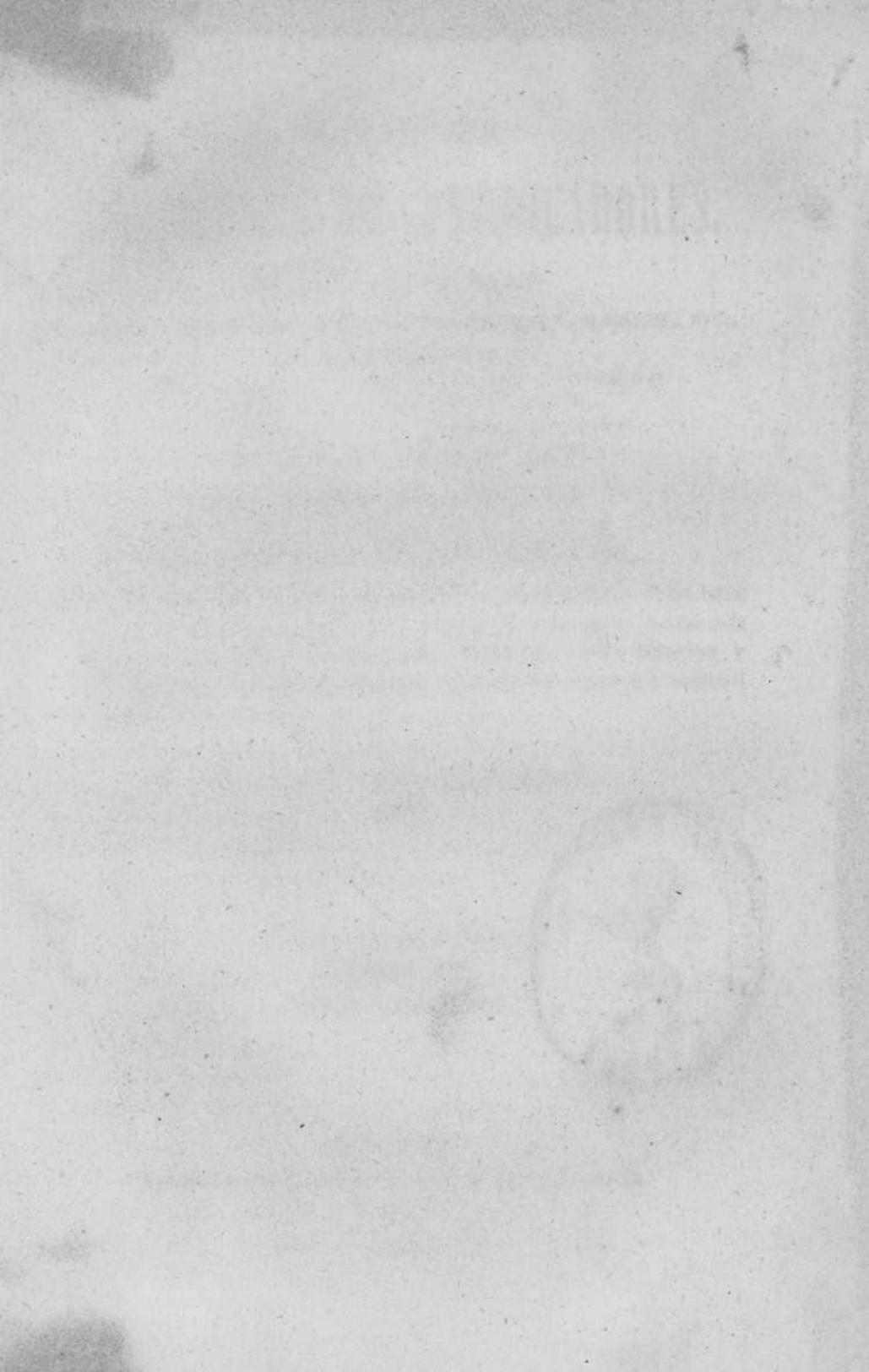




1155





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SÉRIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO IV.



MADRID:

IMPRESA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

—
1854.

DISCURSO

PARA EL NIÑOS DE CRISTO

SEGUNDA SÉRIE.

**Sermones morales y homilias para todos los dias
de Cuaresma y Semana Santa.**

TOMO I.

SEGUNDA SERIE

Sermones mortales y homilias para todos los dias
de Cuaresma y Semana Santa.

Tom. I.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

NECESIDAD DE HUMILLAR NUESTRO ORGULLO Á LA VISTA DE NUESTRA NADA,
Y DE SACRIFICAR NUESTRA SENSUALIDAD ANTE LAS ARAS DE LA PENITENCIA.

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

Polvo eres, y á ser polvo tornarás.

GÉNES. v. 19.

¡QUÁN sublime es y cuán patético el lenguaje que hoy usa la Iglesia al inaugurar el tiempo santo de Cuaresma! ¡Qué espectáculo tan imponente ofrece á nuestra vista, cuando vestida de luto y respirando por do quiera dolor y penitencia, congrega sus hijos en derredor de sus altares, y tomando un poco de ceniza y arrojándola sobre sus frentes, les recuerda su origen y su fin, diciendo á cada uno lo que el Criador dijera al primer viviente en el paraiso, tan luego como incurrió en aquella culpa que trasmitió á toda su posteridad: «Acuérdate hombre que eres polvo, y á ser polvo tornarás:» *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* Estas palabras con que Dios confundió el orgullo de nuestro primer padre en el momento mismo en que éste creyó poder ser tanto como el que le habia formado, son las que la Iglesia ha adoptado para inspirar á los cristianos sentimientos de humildad, de compuncion y de sacrificio, puesto que desde aquella

misma época la soberbia, la molicié y el eseesivo amor á los goces del tiempo son las mas profundas heridas del corazon humano y el origen funesto de todos sus extravios. Seducido por el génio del mal, quiso Adan asemejarse á Dios, saber tanto como Dios, poder tanto como Dios; y Dios para hacerle ver cuán locos eran sus pensamientos y cuán ridículas sus aspiraciones, se sirve del mismo lodo de que le acababa de formar, y le pone delante de los ojos lo que realmente era y lo que estaba destinado á ser, polvo, ceniza, nada: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Del mismo modo la Iglesia nuestra madre, sabiendo cuán eficaz es el pensamiento de la muerte para atraer al hombre á ideas graves y sérias, y cuán conveniente el recordarle de tiempo en tiempo su primitivo origen á fin de obligarle á renunciar á sus presuntuosos proyectos con la consideracion de su debilidad y de su miseria, renueva todos los años ésta ceremonia de la imposicion de la ceniza, y humillando la vanidad de los infatuados mortales con su vanidad misma, segun el lenguaje de San Agustin, abre á su vista el sepulcro, les convida á contemplar ese polvo de donde salieron y á donde deben volver, y con ellos todas sus pretensiones, sus pensaminetos, sus sueños dorados, y los honores que tanto fascinan su orgullo, y las riquezas que tanto lisonjean su ambicion, y los placeres que tanto halagan su sensualidad, y cuanto en este mundo forma el objeto de sus desvelos y de sus mas caras afecciones: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Esto mismo vengo yo á recordaros hoy, M. A. O., y ¡ojalá que mis palabras tuviesen todo el efecto que yo deseo, y que las lecciones que nos dá ese polvo que la Iglesia arroja sobre nuestras frentes, no fuesen perdidas ni se borrasen jamás de nuestra memoria! ¡Cuántas veces este espectáculo tan sublime se ha renovado ya ante vuestros ojos! Y sin embargo, las saludables impresiones del momento que hiciera en vuestras almas, se disiparon despues con la misma facilidad que el humo es arrastrado por el viento, y vuestra vida continuó deslizándose entre el ruido de los placeres que ahogó en vuestros corazones los gérmenes de la divina palabra, y tornásteis á vuestra antigua indiferencia respecto de vuestros verdaderos destinos. Indiferencia funesta que os empuja á vuestra eterna ruina,

y de la que deseo haceros despertar evocando hoy todas vuestras ideas á una séria reflexion de vuestro origen y de vuestro último fin. Escuchemos pues la muda pero elocuente voz de ese polvo. ¿Quién sabe si esta será la última vez que nos hable? Él nos dice que todo en este mundo es transitorio y perecedero, y que nada hay de positivo y real fuera de la eternidad. De aquí pues deduzco yo como una consecuencia inmediata y que formará todo el fondo de mi discurso, «la necesidad de humillar nuestro orgullo á la vista de nuestra nada, y de sacrificar nuestra sensualidad ante las aras de la penitencia, si es que aspiramos á vivir con Dios eternamente, y á gozar de su misma inmortalidad:» porque así como el orgullo fué el origen de la muerte, la humildad por el contrario es el principio de la vida; y á la manera que el placer degrada y corrompe nuestro ser, la inmolation y el sacrificio le rehabilita y ensalza purificando en nosotros cuanto hay de carnal y terrestre, y dejando solo lo incorruptible y celestial.

Virgen amabilísima, bajo vuestra proteccion pongo todos mis trabajos en esta santa Cuaresma. Alcanzadme de vuestro divino Hijo aquella uncion que se insinua en lo mas recóndito de los corazones y aquella elocuencia que sabe persuadir y convencer las inteligencias menos dispuestas á escuchar la divina palabra. Todo lo espero de vuestra bondad inefable, y al efecto os saludamos todos, diciendo llenos de dulce emocion.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Que el orgullo fué el principio de todo pecado y el que introdujo en el mundo la muerte, es una verdad consignada en los santos libros, y que por su autenticidad nadie imaginó jamás ponerla en duda. ¡Día desgraciado para la humanidad aquel en que el primer hombre tan bello por su semejanza con el Criador, tan rico por los dones

que abundantamente derramó sobre su alma, tan grande por el imperio que ejercía sobre sus pasiones, tan superior en fin á toda la creacion por el carácter de inmortalidad que le distinguia de todas las demás obras del Altísimo, dió oídos á la serpiente antigua, y no satisfecho con ser el monarca de la tierra, quiso ser tambien rey del cielo y derribar en cierto modo de su trono al Omnipotente, poseyendo su sabiduría, su poder, su gloria y todos sus atributos! ¡Locos proyectos! ¡Insensatos deseos! El hombre no conoció la altura del honor en que se hallaba colocado; su imaginacion se dejó deslumbrar con aspiraciones mas elevadas, padeció un horroroso vértigo, y cayendo de golpe en lo profundo del abatimiento, el que pensó poder ser Dios, se vió de repente que no era más que un ser degradado, envilecido, esclavo de pasiones vergonzosas, víctima de apetitos desordenados, despojado de los dones que poco antes le hacian casi igual á los ángeles, y sujeto á todo género de enfermedades, de dolores y miserias, condenado por último á comer el pan amasado con el sudor de su frente, y á morir un dia como todos los demás seres criados, tornando al polvo de donde saliera: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Tal fué la cadena de desgracias en que el orgullo del primer hombre envolvió á toda su posteridad. Todos venimos gimiendo bajo ese yugo, todos sujetos á las consecuencias de aquel pecado, todos víctimas de los desórdenes que causó en la naturaleza: y lo que es mas lamentable, el orgullo no ha muerto, la razon humana no ha sucumbido ante la razon divina, nuestra inteligencia no se ha despojado de sus preocupaciones, nuestras ideas respiran siempre altivez y proyectos de soberanía, cada vez cunde mas en el mundo ese espíritu de independecia que aspira á emancipar el hombre de Dios, y cree en increíbles proporciones la ambicion de los honores, la sed del mando, el delirio de la libertad, y esa fiebre ardiente de saber humano que disputa al cielo sus secretos, á la tierra sus arcanos, á la religion sus misterios, y al porvenir sus acontecimientos mas oscuros é impenetrables. ¡Hé ahí el hombre! ¿Y quién será capaz de contener sus miras ambiciosas, de reprimir sus orgullosas aspiraciones, y de encadenar sus altivos proyectos? ¡Ah! Nada en el mundo es bastante

á enfrenar esa pasión funesta que arrastra á los mortales fuera de su esfera y los lleva á veces hasta el estremo de negar al mismo Dios sus atributos, ó á quererse arrogar impiamente sus derechos. ¡Insensatos hijos de la nada! Venid pues y á presencia del sepulcro aprended á conocer la vanidad de todas las cosas del tiempo, y á apreciar en su justo valor esas sombras de grandeza, esos fantasmas de elevación que alimenta vuestro orgullo y en pos de los cuales correis precipitados cual si ellos pudieran hacer vuestra felicidad, siendo en realidad los que os preparan vuestra desdicha. Escuchad lo que hoy os dice la religion al derramar sobre vuestras frentes la ceniza, simbolo de la muerte y de la nada: «Acordaos que sois polvo:» *Memento homo quia pulvis es.* ¡Polvo! ¿y os atreveis á ensoberbeceros de haber tenido una cuna ilustre, de pertenecer á una noble estirpe y de contar en vuestro árbol genealógico nombres pomposos y títulos honoríficos? ¡Polvo! ¿Y os mostráis orgullosos de poseer cuantiosos bienes de fortuna, y distinciones y elevados cargos en la sociedad, y vasto saber y conocimientos profundos en las ciencias? ¡Polvo! ¿Y os ocupáis en formar todos los días quiméricos proyectos, y en inventar nuevos planes de engrandecimiento, y en combinar medios de acrecentar vuestros caudales, y en atesorar montones de oro que al fin deben perecer con vosotros mismos? Porque, ¿qué es todo cuanto el mundo ofrece al hombre para satisfacer su insaciable orgullo? ¿Qué es la nobleza de la sangre, qué las riquezas, qué el génio, y los honores, y el poder, y la autoridad, y las gracias de la juventud, y la beldad mas peregrina, y la mas robusta salud, qué es todo sino un puñado de polvo que el viento de la muerte hace desaparecer en un día, en una hora, en un momento? *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* Acercaos á esos sepulcros que conservan los restos de vuestros antepasados, examinad bien y ved si podeis distinguir entre el polvo de la tumba al monarca del súbdito, al señor del esclavo, al sábio del ignorante, al opulento propietario del infeliz colono. Ved si os es dado reconocer entre esos huesos descarnados aquel conquistador que hacia enmudecer al mundo con el ruido de sus victorias; aquel gran diplomático que manejaba con su pluma los destinos de las naciones, y tenia como enca-

denada á su talento la paz y la guerra, la prosperidad ó la decadencia de cien pueblos sometidos á su irresistible influencia; aquel sábio eminente cuyas palabras hacian eco en todo el mundo civilizado, y escitaban un entusiasmo indefinible en todas las clases, y ejercian un poder fascinador en todas las inteligencias, hasta el punto de operar una revolucion universal en las ciencias. Pero en vano buscaríais la menor señal de distincion en el sepulcro. No: allí todas las clases están confundidas, y el que vistió púrpura en nada se diferencia del que cubrió sus estenuados miembros con miserables harapos, ni el que mandó numerosos ejércitos del que toda su vida se ocupó en apacentar en el campo rebaños de inocentes corderos, ni el que habitó artesonados palacios del que vivió bajo musgosa cabaña. Intente en buenhora la vanidad humana encubrir con preciosos mármoles y con soberbios epitafios la podredumbre de la muerte. ¡Inútil recurso! A través de esas miserables exterioridades, por entre esos monumentos del humano orgullo, el hedor de la corrupcion habla á nuestros sentidos un lenguaje espresivo y elocuente, y nos dice que nada hay allí mas que gusanos, únicos restos de cuanto en el mundo hubo de mas grande, de mas bello y deslumbrador. Si algun poder es capaz de realizar esa idea acariciada hoy por ciertos espíritus bulliciosos, ese loco proyecto de igualar y nivelar todas las clases, todas las fortunas, todos los rangos, todas las gerarquías, la muerte únicamente es la que lo consigue, pero sin ruido, sin trastornos, sin conmover en lo mas leve los cimientos del órden, sin que por ello se resienta el equilibrio social. Los cetros, las coronas, la ciencia, el poder, el valor, las riquezas, la hermosura, todo tiene un mismo fin, ¡el polvo del sepulcro! Allí vienen á parar todas nuestras pretensiones, nuestras intrigas, nuestros descubrimientos, nuestra ambicion, nuestra gloria, nuestros derechos y nuestras esperanzas: *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

¿Y es posible que á vista de esto podamos abrigar el menor sentimiento de orgullo? ¿Es posible que el recuerdo de nuestra nada no sea suficiente á engendrar en nosotros ideas de humildad cristiana? ¿No nos convenceremos de lo ridiculo que es ensoberbecernos de lo que un dia debe venir á parar en un puñado de polvo? ¡Necios

de nosotros! Ese polvo está desmintiendo constantemente nuestras locas ilusiones, nos está diciendo en alta voz que no trabajamos en el mundo mas que para formar una tela semejante á la de la araña, segun la enérgica espresion del salmista (1), y que nuestros dias pasan como una sombra, y como la flor del campo que por la mañana se ostenta llena de verdor y lozania, para marchitarse por la tarde y ser arrojada al estercolero. ¿Y á pesar de todo esto todavía insistimos en correr tras esa misma sombra cual si fuese una realidad, y nos empeñamos en rendir culto á esa flor que se nos escapa de entre las manos en el momento en que mas nos halaga su posesion? ¡Ah! no; preciso es reconozcamos que es no solamente un deber, sino tambien una necesidad para el hombre el humillarse ante su nada, si es que aspira á la vida positiva de la inmortalidad, de la cual la humillacion es el principio, bien así como el orgullo es el origen de la muerte. Porque no todo perece con el tiempo, no todo finaliza con el polvo del sepulcro: mas allá está la eternidad, en cuyo dominio entra el alma tan luego como por la muerte se disuelve su íntima union con el frágil barro en que estaba como encarcerada en el tiempo. ¡Y ay de ella si contaminada con el orgullo llega á caer en las manos del Dios vivo! ¡Ay de ella si la humillacion no ha espiado de antemano los funestos efectos de esa pasion violenta, causa y origen de todo pecado! Forzoso la será entonces someterse al irrevocable fallo del Omnipotente, humillarse pero sin fruto bajo su mano, y reconocer á su despecho que su perdicion es obra de su propia soberbia, la cual no la ha proporcionado sino una ignominia eterna, y un baldon sin fin.

Pero si el polvo de la tumba condena nuestro orgullo y nos demuestra la necesidad de humillarnos á la vista de nuestra nada, no nos descubre menos el deber gravisimo en que estamos de sacrificar nuestra sensualidad ante las aras de la penitencia. Y en efecto, ¿qué son todos los goces de este mundo? ¿A qué se reducen en último término todos esos placeres que los mortales beben en dorado cáliz, y apuran con tanta avidez cual si solo viviesen para disfrutar? La

(1) Psalm. LXXXIX. 4 et seq.

religion nos responderá que todo eso no es mas que vanidad, miseria, afliccion de espíritu, humo, polvo, nada. Ella nos señalará con el dedo el sepulcro, nos convidará á contemplar el espectáculo repugnante de un monton de insectos que bullen sobre un cadáver y se alimentan de él, exhalando un hedor pestilente, y nos dirá: hé ahí el término de todo cuanto el hombre idolatra, hé ahí á lo que queda reducido despues de la muerte todo ese aparato deslumbrador de felicidad á la cual sacrifican los mortales sus riquezas, sus talentos, sus desvelos, su tiempo, y hasta su honor, su conciencia y su eterno porvenir. ¿Y quién es el hombre que despues de haber satisfecho todas sus pasiones y gustado hasta los placeres imaginables ha podido decir con verdad que era feliz? Ninguno. Haláguenle en buen hora todos sus caprichos, véanse servidos todos sus pensamientos, multiplíquense á su alrededor todos los elementos de seducción, embriáguense de toda clase de delicias, que la naturaleza entera apure todas sus formas y modificaciones para ofrecerle nuevos y variados modos de gozar..... Preguntadle despues si es dichoso, y su semblante sombrío é inquieto os manifestará el tédio que pesa sobre su alma, que ya no experimenta mas que la amargura de aquella misma copa que poco antes le parecia tan suave y deliciosa. Preguntadle, y su corazon siempre ávido de nuevos goces, siempre sediento de nuevas satisfacciones, y disgustado hoy de lo que ayer ambicionaba con delirio, os manifestará que hay en él un abismo que nada es capaz de llenar, que nunca se cierra, y que con nada se satisface, por mas que en él se amontonen las riquezas de Croso, las delicias de Salomon, las glorias de Alejandro, los triunfos de César, y cuanto de mas ideal y seductor pudo inventar la brillante imaginacion de los poetas. Preguntadle..... y la lucha cruel que desgarrá su espíritu, y sus mortales sinsabores, y su desesperante hastío hácia todo cuanto le rodea, os dirá que esa felicidad aparente en que parecen sobrenadar los dichosos del mundo, está erizada de crueldades espinas que los atormentan sin cesar, irritando cada vez mas esa sed inmensa que nada puede apagar fuera de Dios. Y por mas que en ciertos momentos de ilusion pueda el hombre aturdirse y dejarse fascinar por esas vanas sombras de mentirosa

dicha, por mas que en la juventud esos fantasmas de gloria que le cercan puedan causar en él un momentáneo deslumbramiento, al fin llega un dia en que el ardor juvenil se apaga, el cansancio sucede á la activa movilidad del corazon, las pasiones callan para dar tregua á la reflexion y al dolor, los sueños desaparecen, el alma despierta del profundo letargo en que la tenia sepultada la embriaguez de los sentidos, y ábrense los ojos del mísero mortal, como en otro tiempo los de nuestros primeros padres para ver su desnudez y su miseria, su degradacion y su ignominia. Ignominia, sí, y degradacion profunda es lo único que el hombre halla en la satisfaccion de sus pasiones. Los placeres le materializan haciéndole insensible á los gritos de la conciencia, é incapacitándole para los graves pensamientos de la eternidad; la sensualidad le esclaviza al vergonzoso yugo de los goces del tiempo, ultrajando la grandeza inmortal de su alma, y haciéndole semejante á los irracionales; el deleite enerva los resortes de su inteligencia, apaga en él el sentimiento de su dignidad, y le hace rebajarse hasta constituir su felicidad en lo que realmente forma el fondo de su desesperacion. En una palabra, la fruición de los bienes criados corrompe al hombre, le envilece, le pierde, porque le separa de su centro que es Dios, único bien que puede satisfacerle y hacerle feliz, y fuera del cual todo es vanidad y desdicha, segun la elegante espresion de San Agustin: «Nos hiciste Señor para vos, y nuestro corazon estará inquieto hasta que descanse en vos.»

Luego solo Dios puede proporcionarnos verdadera hartura, y placer completo, y goces dignos de nuestros altos destinos. ¿Y qué medio nos queda para poder optar á la posesion de Dios, despues que por correr tras las fugitivas sombras de las alegrías del mundo, y de su soñada felicidad, nos separamos de él prefiriendo momentáneos deleites á las delicias eternas que proporciona la virtud? No hay otro mas que la inmolacion y el sacrificio, no hay mas que la cruz de la penitencia, única que puede rehabilitarnos, purificando cuanto en nosotros hay de carnal y terrestre, y convirtiéndonos en hombres espirituales, segun la frase de San Pablo. ¿Y no nos dice este mismo Apóstol que debemos llevar siempre en nuestros cuerpos la mortifi-

cacion de Jesucristo? (1) ¿No nos repite que solo pertenecen á Cristo los que han crucificado con él su carne con todos sus vicios y concupiscencias? (2) ¿No nos asegura, por último, que el hombre está obligado á suplir en sus propios miembros lo que por un admirable secreto de la Providencia faltó á las satisfacciones y sufrimientos del divino Mediador? (3) Pero todavía es mas enérgica la expresion del mismo Jesucristo cuando sin reticencias, sin escepcion de ninguna clase, sin exclusion de estados ni condiciones, dice generalmente á todos: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (4).» Hé aquí el único principio de vida para el hombre despues de que insensato se dejó arrastrar por los placeres al abismo del pecado. Hé aquí el gran medio de espiacion que ofrece el cristianismo á los que desean rehabilitarse y volver á entrar en los derechos de hijos de Dios á que renunciaron por seguir las engañosas máximas del siglo.

Sí: en el padecer y en el llorar está la verdadera bienaventuranza del cristiano; en la inmolation de las pasiones y en el sacrificio de los sentidos consiste su rehabilitacion. Desde que por seguir la ley de los miembros, como se espresa el Apóstol, vició el hombre las fuentes de su sér, desde que encadenado su espíritu á la tierra por los placeres sensuales cayó en ese profundo abismo de miseria en que se halla sumido, siempre en lucha consigo mismo, y experimentando dentro de sí ese gran desórden que ha trastornado todo el equilibrio entre sus deberes y sus derechos, la espiacion es para él una necesidad apremiante, es la gran ley que le impone el cielo, y no hay otro medio de restablecer el órden, roto por la rebelion de la carne contra el espíritu, sino subir al altar espiatorio del Calvario, abrazarse con la cruz de la mortificacion, y sacrificarse todo entero ante las aras de la penitencia. Esta es la única que puede borrar de nuestras almas esa inmensa mancha que imprimió sobre ellas el pe-

(1) II. Corint. IV. 10.

(2) Ad Galat. V. 24.

(3) Ad Colos. I. 24.

(4) Luc. IX. 23.

cado. Ella sola es capaz de renovar nuestro sér, consumiendo cuanto en él resta del hombre viejo con todos sus actos, y revistiéndonos del hombre nuevo segun la imágen del que le crió (1). Ella por fin puede hacer cesar ese antagonismo, esa funesta guerra entre los sentidos y la razon que encendió en nosotros el fuego de la concupiscencia (2). La cruz pues es el simbolo de vida que se presenta á los ojos del hombre pecador mientras habita en este mundo: es la tabla que le arroja el cielo para salvarse en el naufragio de la culpa. El que la desprecia elige la muerte y se sacrifica voluntariamente al infierno.

— Escoged pues, A. O., ahora que todavía es tiempo de merecer. En vuestras manos están vuestros eternos destinos; dentro de poco quizás será ya tarde, porque los momentos de nuestra existencia están contados. ¿Quién sabe si mañana seremos ya polvo inanimado? Aprovechemos esa leccion sublime que la Iglesia acaba de darnos al poner la ceniza sobre nuestras frentes. A vista del sepulcro abierto constantemente ante nosotros, resolvámonos á combatir ese orgullo que cegándonos nos precipita en el abismo del crimen, y á triunfar de la sensualidad que degradándonos y corrompiéndonos nos hace esclavos de pasiones vergonzosas. Tengamos siempre presente lo que somos y lo que seremos, y en el conocimiento de nuestra miseria y de nuestra nada hallaremos lo bastante para humillarnos delante de Dios, y para menospreciar unos placeres efimeros en que va envuelta la muerte del alma. No vendamos tan barato este rico tesoro que llevamos encerrado en el frágil barro de nuestros cuerpos. No enagenemos nuestros derechos de hijos de Dios por la satisfaccion momentánea de unos apetitos brutales que un instante despues no dejan en nosotros mas que el vacío, la amargura, remordimientos punzadores, y un eterno despecho. Acordémonos que si bien somos polvo y debemos tornar al polvo, nuestro espíritu debe sobrevivir á esos restos de nuestra mortalidad para dar principio á una espiacion sin fin bajo el poder de la divina justicia, si en el tiempo aceptable

(1) Ad Colos. III. 9. 40.

(2) Ad Galat. V. 17.

no aprovechamos los días de salud para espiar con la humillacion y la penitencia los excesos de nuestro orgullo y los desórdenes de nuestra sensualidad.

Dadnos, Dios mio, valor para emprender desde hoy el camino del Calvario que nos mostrais como el único que puede conducirnos á la vida de la gracia. Fortalecednos para seguir sin titubear las ensangrentadas huellas de vuestro Unigénito: á fin de que así como él mereció por su humillacion, sus padecimientos y su muerte un nombre sobre todo nombre, y una grandeza sin semejante, y una gloria imperecedera, del mismo modo nosotros fieles imitadores de su humilde abnegacion, de su heróico sufrimiento, y de las demás virtudes que nos legó con su ejemplo, nos hagamos acreedores á ceñir un día en el cielo la diadema de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DEL DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

EL AMOR DE LOS ENEMIGOS ES EL MAS ALTO DEBER RELIGIOSO Y EL
MAS ALTO DEBER SOCIAL.

Diligite inimicos vestros.

Amad á vuestros enemigos.

MATTH. V. 44.

HAY una palabra que viene resonando en todos los ámbitos del orbe hace mas de diez y ocho siglos, palabra que hizo la mas completa revolucion en el mundo, palabra que realizó un cambio radical en la moral de los antiguos pueblos, palabra que dió un giro distinto á las costumbres públicas, palabra, en fin, que forma á la vez la mayor gloria del cristianismo y la garantía mas segura del bienestar de las sociedades. ¿Y cuál es esa palabra misteriosa? Hedla aquí. *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.* Tal es el gran precepto que hoy nos impone Jesucristo en su Evangelio; precepto sublime con el que el divino Salvador confundió para siempre las ideas erróneas y las preocupaciones inveteradas de la filosofia pagana, sustituyendo al bárbaro egoismo encarnado en las tradiciones y en las leyes de la antigüedad, la ley divina del amor que debía regenerar la humani-

dad, estrechando los lazos sociales y haciendo de todos los hombres otros tantos hijos de Dios unidos con él con los vínculos de la caridad.

Pero no es menos cierto que este precepto ha sido siempre y es hoy día, tal vez mas que nunca, contra el que mas se revela la razon humana, contra el que viene protestando no solo en teoría sino tambien en la práctica la moderna filosofía, y contra el que no cesan de gritar las pasiones desencadenadas del presente siglo. Grandes y pequeños, sábios é ignorantes, todos á la par se empeñan en sostener que este precepto es impracticable, por cuanto pugna de frente con los instintos de la naturaleza, con las leyes del honor, y con los sentimientos mas íntimos del corazon humano, que halla en la venganza uno de sus mas gratos placeres. ¡Escollo fatal contra el que han venido á estrellarse siempre todos los recursos de la elocuencia cristiana! ¡Error lamentable y el mas funesto de cuantos ciegan el entendimiento humano! ¡Preocupacion digna de llorarse con lágrimas de sangre, que trastorna las sociedades, profana el santuario, ataca de frente á Dios y al hombre, y siembra en el mundo la discordia, el desórden, la guerra y el esterminio.

¿Y qué podremos decir en este punto para convencer de su error á un siglo que hace del ódio una virtud, para quien perdonar una injuria es debilidad, no vengarla es cobardía, y hacer todo el daño posible á un enemigo es un deber de delicadeza y honor? Difícil es la empresa que hoy vamos á acometer, pero no podemos prescindir de una obligacion que nos impone nuestro ministerio. Si yo hablase únicamente á cristianos fervorosos que saben apreciar en lo que valen las máximas del Evangelio, y practicarlas en toda su estension sobreponiéndose á todas las debilidades del orgullo humano, bastaríame manifestarles que el precepto de amar á nuestros enemigos es el que forma el honor y la gloria del cristianismo, y el triunfo mas brillante de la cruz del Salvador, el que le ha hecho respetar y admirar en toda la tierra, el que le ha proporcionado discípulos hasta en los pueblos mas bárbaros, y admiradores entre los mismos filósofos. Pero todo esto no es suficiente para hacer curvar la cerviz altiva de los hombres de nuestro siglo ante esa máxima de amor. Por efecto de una contradiccion inesplicable, los mismos que hoy día

proclaman altamente el principio de fraternidad como el único elemento salvador de los pueblos gangrenados por el mas vergonzoso egoismo, esos mismos que en la realización de esa idea acariciada por las almas grandes y generosas ven el mas bello porvenir de las sociedades, son los primeros que la rechazan prácticamente, mirando el perdón de las injurias y el amor de los enemigos como un precepto que destruye los mas imprescriptibles derechos del hombre y rebaja hasta el extremo su dignidad. Preciso es pues atacar de frente este error, deshaciendo las razones en que le fundan sus defensores. Vamos á considerar este precepto en sus relaciones con la religion y con la sociedad, haciendo ver que es *el mas alto deber religioso* y *el mas alto deber social*, y por consiguiente el mas digno de las almas verdaderamente grandes y heróicas. Ayudadme á implorar los ausilios de la divina gracia por la intercesion de la Santisima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Como quiera que se considere el precepto de amar á los enemigos en el plan general de la religion, ora en su institucion misma, ora en sus consecuencias, figura siempre como el mas alto deber religioso, por cuanto está basado en la ley del amor divino, sin el cual el cristianismo dejaria de ser la obra de Dios por escelencia. Así es que Jesucristo no espera el curso de las circunstancias, ni aplaza para el fin de su mision la ocasion de anunciarle al mundo, sino que tan luego como se presenta entre los hombres, en el primer discurso que dirige desde la cumbre de una montaña á la muchedumbre que le seguia ávida de escuchar su palabra santa y civilizadora, se espresa de este modo: «Hasta ahora habeis oído decir: Ama á tu prógimo, » y aborrece á tu enemigo; pues bien, yo os digo: Amad á vuestros » enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que » os persiguen y calumnian; para que seais hijos de vuestro padre

»celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.» Hed aquí la sublime doctrina por donde Jesucristo comienza su mision. Diríase que su Padre le habia enviado esclusivamente á anunciarla al mundo, puesto que entre toda esa multitud de verdades que venia á comunicarnos, ella es la primera que se apresura á enseñar, el primer oráculo que sale de sus divinos lábios, el primer principio de la sublime moral que viene á sustituir á la moral corrompida del paganismo, el primer acto que ejerce como supremo legislador, y la primera piedra sobre que iba á basar el grandioso edificio de la enseñanza católica.

En efecto, la venganza venia siendo la doctrina corriente, y hasta si se quiere un deber en las tradiciones de los antiguos pueblos. Como tal habianla enseñado y practicado Sócrates, Platon, Aristóteles y todos esos grandes génios de la historia profana: y do quiera se veian templos levantados á Marte vengador. ¡Y qué de desastres no habia causado en el universo! ¡Cuánta sangre no habia hecho correr! ¡Cuántos imperios no habia destruido! ¡Cuántos tronos no habia desplomado! Jesucristo no lo ignoraba; sabia muy bien que esta pasion fogosa habia germinado en el corazon humano y echado en él profundas raices, y que por consiguiente su doctrina puesta en paralelo con la del mundo no podia menos de causar una gran sorpresa y de escitar contra ella todas las demás pasiones. Mas no por eso esquiva la comparacion, antes bien él mismo la provoca, sale al encuentro, digámoslo así, al enemigo, y dice: *Audistis quia dictum est*. Vosotros habeis oido, y oís todos los dias proclamar que el perdonar al enemigo es una cobardía, y el vengarse de él un honor. ¿Y quién lo dice? ¡Ah! Dirálo ese mundo carnal y materializado cuyos principios están siempre en pugna con todo cuanto hiere la vanidad y el amor propio, ese gran mundo teatro del encono y de la perfidia en donde los que siguen sus máximas no se conocen mas que para suplantarse, ni se abrazan sino para hacerse traicion, en donde son inútiles todos los talentos sin el arte de perjudicar, y en donde para ascender y figurar se hace preciso manejar diestramente la intriga y arruinar al competidor. Diránlo esos hombres esclavos de la preocupacion que se dejan fascinar por el amor de la gloria hasta el punto

de creer que puede haberla en derramar la sangre de sus semejantes. Diránlo en fin esos maestros de inmoralidad que frecuentemente representan á la vista del público escenas de horror y de escándalo cuyo desenlace casi siempre finaliza por el homicidio y la venganza. A todos estos opone Jesucristo la autoridad de su persona y la sabiduría de su ley, diciendo: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*: Yo á quien el Padre celestial envió á la tierra investido de todo su poder para obrar en él la gran revolucion que ha de durar hasta la consumacion de los siglos: yo que vengo á fundar un reinado que no tendrá fin, el reinado de la caridad y del amor, y á lavar con mi propia sangre los pecados del mundo, yo os digo que ameís á vuestros enemigos; y este precepto que os doy es por el que debéis distinguíros de los que no conocen mi doctrina ni abrazan mis principios, bien así como es el que me coloca á mí sobre todos los legisladores, y mi religion sobre todos los demás cultos que hasta ahora ha habido en el mundo.

Y esta es una verdad histórica, señores. Ningun legislador, ningun filósofo, ninguna escuela antigua habia jamás enseñado una doctrina tan sublime. Los sábios de Roma y de Atenas ni siquiera habian podido imaginar un principio tan humanitario y eminentemente social. El que mas se aproximó á él fué Sócrates, autor de aquella máxima: «Hagamos bien á nuestros amigos, y no hagamos mal á nuestros enemigos.» ;Y sin embargo, ese hombre que tanto honor hiciera á la razon humana, habia defendido la venganza! Pero la humana sabiduría no pudo ir mas lejos; solo á la sabiduría divina estaba reservada la gloria de enseñar no solamente á no hacer mal, sino lo que es mas á amar á nuestros enemigos, á hacer bien á los que nos aborrecen, y á orar por los que nos persiguen y calumnian. Y ved por qué no tuve dificultad en afirmar en el principio de mi discurso que este precepto viene á ser la base del cristianismo, y en cierto modo el primero y el mas alto deber religioso, puesto que es el carácter distintivo de los discipulos de Jesucristo, como él mismo lo confirma en el Evangelio de este dia, cuando dice: «Si no amais mas que á los que os aman, ¿qué recompensa podeis esperar? » ;Acaso esto no lo hacen tambien los publicanos? Y si no saludais

»mas que á vuestros hermanos, ¿qué hay en esto de particular?
»¿No practican otro tanto los paganos?» Y tanto mas cierto es que el precepto de amar á los enemigos es el que mas distingue al verdadero cristiano del que no lo es, cuanto que su observancia es la que pone á prueba todas las demás virtudes del cristianismo. ¿Quién duda que el hombre puede ser caritativo por motivo de humanidad, humilde por orgullo, desprendido por ostentacion, devoto por gusto y casto por inclinación? Habrá quien no tenga dificultad en desprenderse de cuanto posee para darlo á los pobres; habrá quien renuncie gustoso á todas las vanidades del siglo por sepultarse en los claustros; habrá quien se arroje intrépido á los mayores peligros por salvar un alma que se pierde; habrá, en fin, quien no tema sacrificar su propia existencia por libertar de la muerte al que vé en inminente riesgo de perder la vida; y sin embargo, si se trata de perdonar una injuria ó de reconciliarse con un enemigo, le hallareis inflexible, y nada será bastante para apagar el fuego de la venganza que abrasa su corazon. Testigo el célebre mártir Saprício, de quien hablan las antiguas crónicas. Se le arrastra á los tribunales para dar testimonio de su fé, y allí, en presencia de sus jueces, confiesa á Jesucristo con admirable firmeza; se le aplica al tormento para hacerle desfallecer, y tolera los mas terribles dolores con la mayor intrepidez; pero al marchar al suplicio se le presenta delante un enemigo suyo á quien nunca habia querido perdonar, arrojase á sus pies, le pide perdon, y le conjura por su interés mismo y por el de la religion que dé á los paganos ejemplo de aquella virtud que forma la gloria del cristianismo. Saprício se desdena de escucharle, vuelve á otro lado los ojos por no verle, y el que tuvo valor bastante para abrazar á sus verdugos en el acto de ir á morir bajo su cuchilla, no tiene el suficiente imperio sobre si mismo para mirar á su enemigo. Terrible ejemplo que la tradicion nos ha legado para nuestra instruccion, y para abrir los ojos de tantas almas cristianas en la apariencia que saben orar, mortificarse, hacer limosnas y ejercer otros actos de virtud, y no saben escusar, olvidar, ó perdonar una ofensa. Ceguedad monstruosa que destruye toda virtud, puesto que sin el amor de los enemigos todo el sis-

tema religioso del catolicismo viene por tierra, y no puede decirse discípulo de Jesucristo quien no practica este precepto. Y aquí podemos muy bien aplicar á nuestro propósito aquel bello pasage de San Pablo hablando de la caridad en general. Bien pudiera un hombre hablar todas las lenguas y el idioma de los mismos ángeles, poseer el don de profecía y penetrar los mas profundos arcanos de la ciencia, tener la fè suficiente para trasladar de un lado á otro los montes, y heroismo bastante para entregar sus miembros al cuchillo del perseguidor ó á la voracidad de las llamas. Si á pesar de todas estas prendas, si en medio de tantas virtudes no supiese triunfar del encono y de la venganza, y perdonar las injurias y amar á sus enemigos, de nada le aprovecharia todo ese aparato de religion, y siempre y donde quiera resonaria á sus oidos aquella terrible sentencia: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam* (1).

Pero no insistamos mas en probar que el amor de los enemigos es el mas alto deber religioso: veamos como tambien es el mas alto deber social. ¿Qué es la sociedad, ó mejor dicho, qué otra cosa debe ser sino la reunion de todos los séres racionales unidos entre sí por los mismos lazos, identificados por unos mismos intereses, y cuyos esfuerzos deben dirigirse á un mismo fin? Luego sin el principio de la fraternidad que debe estrechar los miembros de la gran familia y conducirlos á sus respectivos destinos, sin ese vínculo que debe encadenar digámoslo así todas las voluntades para hacer de ellas una sola voluntad, sin ese elemento de paz y de concordia que debe evitar la colision de intereses encontrados y el choque de pasiones impetuosas, faltarían las condiciones esenciales de la vida social, y por consecuencia no habria sociedad permanente y estable. Ahora bien, el principio de union y fraternidad, ¿puede salvarse sin el precepto de amar á los enemigos y perdonar las injurias? La historia de cerca de sesenta siglos desde Cain el primer fraticida, hasta hoy, me demuestra que no. Desde el momento en que el hombre se cree autorizado para perseguir á su enemigo, desde que las pa-

(1) Jacob. II. 43.

siones sancionan el derecho de aborrecer al que nos injuria, ó de vengar el agravio recibido, bajo cualquier pretexto que sea, la union no existe mas que en el nombre, la fraternidad no es mas que una utopia, una palabra hueca que nada significa, y consiguientemente el equilibrio social tiene que resentirse, y reinar en el mundo la confusion y el caos, y una pugna eterna entre los individuos que forman la sociedad. ¿De dónde proceden esas guerras homicidas que frecuentemente han inundado la tierra de sangre, y convertidola en un vasto sepulcro? ¿De dónde esas luchas intestinas que diezman los pueblos y llenan de luto las familias? ¿De dónde esas facciones, esos partidos que se forman en el seno de las ciudades para esterminarse mutuamente? ¡Ah! Todo eso, y cuantas calamidades y desastres viene experimentando el mundo, son el fruto de la venganza erigida en derecho, ó autorizada al menos ó tolerada con menosprecio del precepto de Jesucristo que nos manda amar á nuestros enemigos. Que esto sucediese en las sociedades paganas que no conocian este sublime principio, se concibe fácilmente. La fuerza era allí la ley suprema, el despotismo no tenia límites, la razon estaba supeditada á las pasiones, y el amor fraternal era un nombre desconocido aun entre los hombres mas virtuosos, entre los maestros de la moral. Pero que en la sociedad cristiana fundada en el Evangelio cuya primera máxima es el amor, cuya condicion esencial es la caridad, haya de prevalecer el espíritu de venganza hasta el punto de creerla un deber de delicadeza, un punto de honor aun entre los hombres mas ilustrados, diré mas, aun entre los que pasan por religiosos, esta es inconcebible, monstruoso.

Hubo un tiempo, era la edad de oro del cristianismo, en que el precepto del amor de los enemigos observábase con la mayor escrupulosidad, y entonces fué cuando los primitivos cristianos ofrecieron al mundo el espectáculo de una sociedad tipo, en donde todos sus miembros animados por un mismo espíritu, unidos con los mismos lazos, y reconociendo idénticos intereses, formaban una familia perfectamente organizada. En tanto que la discordia desolaba los pueblos idólatras y la venganza llenaba el mundo de cadáveres y ruinas, los cristianos, viviendo en una paz envidiable eran el asombro

y la admiracion del paganismo. Si se veian obligados á huir delante de sus tiranos, reuníanse en los bosques ó en los desiertos á cantar las alabanzas del Señor, siempre perseguidos pero jamás divididos. Si sus enemigos los llenaban de injurias, ellos respondian con bendiciones; si los condenaban á morir por su religion, lejos de irritarse contra sus jueces les besaban las manos; y conducidos al suplicio sabian no solamente perdonar á sus verdugos, sino que mas de una vez les daban el ósculo de paz en el momento mismo de ir á sucumbir bajo su cuchilla. ¡Dias felices que honraron altamente á la religion y á la humanidad! Pero el mundo no merecia que este estado de cosas subsistiese por mucho tiempo. A la union fraternal de los siglos primitivos, sucedió el ódio y la discordia, el encono y la venganza; y bien presto la sociedad cambió completamente, y dejó de ser una familia de hermanos para convertirse en un pueblo de enemigos, en donde los corazones no se unen mas que por el lenguaje y una falsa política, en donde las mentirosas demostraciones de afecto ocultan la envidia y la animosidad, en donde bajo un semblante risueño fermenta la mas negra perfidia, en donde el trato humano no es mas que una falsedad, un comercio de intrigas, una cadena de engaños encubiertos con la máscara hipócrita de la amistad.

¿Y qué otra cosa es la sociedad de nuestros dias mas que una guerra de intereses en la que por el mas leve perjuicio sufrido en los bienes de fortuna se entablan pleitos interminables, se persigue al prójimo hasta en su intachable reputacion, se pone en juego la calumnia y el ridículo, se sacrifica la caridad sobre el altar mismo de la justicia, y no se ceja hasta reducir al rival á la mas extrema miseria? ¿Qué otra cosa es sino una guerra de honor en la que por el mas leve agravio hecho al orgullo ó á una nimia susceptibilidad, se arman los hombres del hierro homicida para terminar con la muerte del menos hábil ó del mas desgraciado un negocio que debió y pudo terminarse con la caridad? ¿Qué otra cosa es mas que una guerra de talentos en la que el mas ignorante aspira á deprimir al mas sábio, y si no logra desacreditarle por medio de la burla y del sarcasmo moja su pluma en la hiel de la calumnia, y apela á los medios mas viles para satisfacer su orgullo ó su ignorancia? ¿Qué

otra cosa es en fin más que una guerra de familia en que á veces por la ofensa parcial de una sola persona se perpetúan los ódios en todos sus descendientes, se transmite la venganza con la sangre de padres á hijos, y pasa como una herencia funesta hasta la mas remota posteridad?

¿Y no se diga que abultamos los efectos de esa pasion; no se diga que calumniamos á la sociedad exagerando los males que en ella produce la inobservancia del gran precepto de amar á los enemigos. Que la venganza se erija en deber de honor, y por el mas leve motivo vereis desaparecer la union entre los esposos, el respeto de los hijos hácia sus padres, la dependencia y sumision de los inferiores respecto de sus superiores, y convertirse las familias en un campo de enemigos que no vivirán bajo un mismo techo sino para emponzoñar la dulzura de sus dias; y los estados serán otros tantos anfiteatros sangrientos, en donde convertidos los hombres en gladiadores armados del hierro ó del veneno no se buscarán mas que para esterminarse unos á otros; y la tierra toda ofrecerá el aspecto de un infierno anticipado, que engendrará mónstruos de perfidia y de venganza que gozarán en verter la sangre de sus semejantes á trueque de satisfacer una pasion, ó de acallar un resentimiento. Tal debe ser la sociedad en donde el amor de los enemigos y el perdon de las injurias no se sobrepone á los impetuosos movimientos de una naturaleza corrompida siempre dispuesta á revelarse contra el Evangelio, y en donde los delirios de una razon estraviada con las perniciosas máximas de la filosofia moderna disputen á la religion su imperio sobre el corazón del hombre. Y ved por qué dije que la observancia del precepto que hoy nos da Jesucristo en su Evangelio es á la par que el mas alto deber religioso, el mas alto deber social, puesto que sin él no hay sociedad posible entre los hombres, por cuanto faltando la union y la concordia entre los miembros que la componen falta una de las condiciones esenciales de su existencia.

Malamente pues opondrán los malos cristianos, que es una bajeza, una cobardía, un deshonor el perdonar al enemigo y no vengar la injuria recibida. ¡Grito sedicioso que ha cundido en el mundo y estendídose no solamente entre los hombres de elevado nacimiento,

sino hasta en las clases mas ínfimas! ¡Preocupacion lamentable de que son igualmente víctimas el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el hombre maduro y el imberbe adolescente! ¿Bajeza el no vengarse? ¿Cobardia el perdonar? ¿Deshonor el amar á un enemigo? ¿Qué demencia! ¿Se deshonró por ventura el antiguo Joseph, cuando viéndose colocado en la segunda dignidad del imperio de Egipto, y pudiendo haberse vengado á su placer de aquellos pérfidos hermanos que le habian vendido, los abrazó por el contrario y los colmó de riquezas y de obsequios? Lejos de ser esto una bajeza ó una cobardia no fué antes bien el acto mas sublime de magnanimidad y de heroismo? ¿Se deshonró acaso David cuando habiendo sorprendido en un profundo sueño á su perseguidor Saul, y pudiendo vengar á su sabor los males que por su causa habia experimentado, se contentó únicamente con llevarse su lanza y su copa para mostrar que habiendo tenido en sus manos la vida de aquel vengativo monarca, habia querido usar con él de la mas noble generosidad? Y por no multiplicar ejemplos de esta clase, ¿se deshonró por último Jesucristo cuando desde la cruz misma en que próximo á espirar, entre los ultrajes, las burlas, y la bárbara crueldad de sus verdugos, levanta sus ojos al cielo y pide encarecidamente á su eterno Padre que los perdone porque no saben lo que hacen? ¡Oh Salvador adorable! Esa palabra que á través de diez y ocho siglos viene vibrando aun fuertemente en todos los ángulos de la tierra, es la que os ha colocado sobre todos los legisladores humanos, y la que si otras mil pruebas no demostrasen que sois hijo de Dios, bastaria por sí sola para evidenciarlo. Vos únicamente enseñásteis al mundo esa doctrina hasta entonces desconocida desde ese trono de gracia y de misericordia, desde esa cátedra de amor en donde os mostrais tan digno de vos mismo. Esa palabra trocó aquel patíbulo afrentoso en trono de gloria en derredor del cual se apiñan todos los dias millares de adoradores, y postrados hasta el suelo los mismos monarcas de la tierra, besan con ardor indecible vuestros divinos piés ensangrentados. Esa palabra ha encontrado apóstoles y mártires en el seno de todos los pueblos, y en todas las generaciones, y produce en ellos

las mas bellas virtudes. ;Y sin embargo, esa palabra no es comprendida por la mayor parte de los hombres, y aun se empeñan en hallar afrenta y deshonor en lo mismo que vos, Jesus mio, encontrásteis una gloria infinita y un honor eterno !

No, cristianos, no: la verdadera deshonor está en sucumbir á esa vil pasion de la venganza que os arrastra á perseguir á vuestro enemigo, ó á negarle el perdon que os pide y el amor que le debeis como á hermano. La verdadera cobardia está en no tener valor bastante para refrenar los impetus de una naturaleza corrompida, y para hacerse superior á los gritos del orgullo ó del resentimiento, de la envidia ó del encono. La verdadera ignominia está en ceder tan fácilmente á unas pasiones tan vergonzosas, en no saber ser dueño de sí mismo y en dejarse arrastrar de los arranques de la venganza con menosprecio de Cristo y del Evangelio. Por lo demás, griten cuanto quieran los seguidores del mundo y de sus máximas, las razones mas poderosas y los hechos mas innegables, la lógica y la esperiencia, el Evangelio y la historia, todo de consuno prueba de un modo indudable que el amor de los enemigos y el perdon de las injurias es el mas alto deber religioso, puesto que sin este principio que forma el principal carácter del cristianismo no hay religion verdadera, y el mas alto deber social, por cuanto sin su observancia tampoco puede concebirse sociedad feliz y permanente.

Sepamos pues comprender y practicar ese gran precepto que Jesucristo nos da en el Santo Evangelio de este dia. Amemos á nuestros enemigos, hagamos bien á los que nos aborrecen, oremos por los que nos persiguen y calumnian; para que siendo fieles imitadores de nuestro Padre celestial, merezcamos despues de esta vida ser coronados por él con una diadema de gloria y de inmortalidad por los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA I DE CUARESMA.

JESUCRISTO EN EL DESIERTO NOS ENSEÑA Á VENCER LA SENSUALIDAD, LA AMBICION Y EL ORGULLO, TRES TENTACIONES TAN PELIGROSAS PARA EL INDIVIDUO COMO FUNESTAS EN EL ÓRDEN SOCIAL.

Jesus ductus est in desertum à Spiritu ut tentaretur à diabolo.

Jesus fué conducido del Espiritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo.

MATTH. IV. 1.

LA vida del Hijo de Dios sobre la tierra debia ser una leccion práctica para el hombre; como que era el modelo sobre el cual debia éste formar todas sus acciones, si queria levantarse de la postracion en que se hallaba por el pecado y colocarse á la altura de sus eternos destinos. Por eso el divino Salvador que en cuanto Dios era igual en todo á su Eterno Padre consubstancial con él, y como él infinitamente bueno, infinitamente santo, infinitamente sábio, infinitamente poderoso, infinito en fin en todos sus atributos y perfecciones, habiendo tomado voluntariamente nuestra carne para expiar en ella los desórdenes de la humanidad y satisfacer la gran deuda que el linage de Adan contrajera con su Criador ofendido, no dudó aceptar en cuanto hombre todas las miserias propias del sér humano, y sujetarse en su consecuencia á todas las pruebas y humillaciones por que debia pasar aquel sér degradado para purificarse de la horrible

mancha que sobre él imprimiera la rebelion de su prototipo, y arrojar el sello de reprobacion que venia figurando sobre su frente á través de cuarenta siglos. Entre estas miserias y humillaciones, la tentacion es una de las que mas hondamente afectan al hombre, porque revela su profunda degradacion y pone de manifiesto el misterio de su caida por la que despojándose de aquella justicia original que le daba una superioridad indisputable sobre el espiritu del mal, se sometió en cierto modo á su imperio, poniendo en sus manos todo género de armas con las que en lo sucesivo debia hacerle una guerra incesante y sin tregua. Jesucristo, pues, cuya humanidad santísima estaba destinada á ser el tipo y modelo completo de la nuestra, no rehuyó esta prueba, y quiso sufrir el ultraje de ser tentado por el mal espíritu, para añadir este anillo mas á la cadena misteriosa que desde el pesebre hasta el Calvario debia rodear al Hombre Dios y dejarnos una leccion sublime del modo de luchar con el enemigo de nuestra salvacion y triunfar de sus sugerencias. Hé aquí lo que nos refiere el Evangelio de este dia.

En aquel tiempo (dice) fué Jesus conducido del Espiritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió: Escrito está: no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Despues le trasportó el diablo á la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de ahí abajo. Pues escrito está, que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pié no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesus: Tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Volvió á subirle el diablo á un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares. Respondióle entonces Jesus: Apártate de ahí, Satanás, pues escrito está: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás. Entonces le dejó el diablo, y acercándose los ángeles le servian.

Tres son las tentaciones que sufre Jesucristo en el desierto, en las que están reasumidas todas las que el hombre experimenta en este mundo: pues todo en él, según la doctrina del apóstol San Juan, se reduce á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos y á la soberbia de la vida, ó lo que es igual á la sensualidad, á la ambicion y al orgullo. Hed ahí los tres poderes que luchan de continuo contra el alma, los tres elementos que conspiran á su ruina, los tres resortes que incesantemente pone en movimiento el génio del mal para separarnos de Dios y hacernos sus enemigos. La sensualidad nos halaga con los falsos goces del momento, como si la materia fuese capaz de satisfacer esa insaciable necesidad de lo infinito que atormenta nuestro ser. La ambicion nos arrastra en pos de los bienes quiméricos de la tierra, hace brillar á nuestros ojos el oro y las preciosidades que abriga en sus entrañas, y aspira á deslumbrarnos con la posesion de unas riquezas, que al fin no son mas que un poco de polvo, un poco de humo que desaparece instantáneamente cuando queremos cogerlo en nuestras manos. El orgullo, por último, desenvuelve á nuestra vista el risueño espectáculo de los honores, de las distinciones, de la ciencia, de la dominacion, nos promete adoraciones y un culto casi divino, haciéndonos á la vez idólatras de nosotros mismos y esclavos de esas debilidades á las cuales sacrificamos nuestra dignidad, nuestra conciencia y nuestro porvenir. Aprendamos pues en la persona de Jesucristo á vencer esas tres tentaciones, tan peligrosas para el individuo como funestas en el órden social, cuya consideracion va á ocuparnos en el presente discurso. Saludemos antes á la Virgen de Virgenes con las palabras del Angel.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

La vida del hombre es una lucha continua sobre la tierra (1). Este es un hecho innegable que nos demuestra diariamente una triste es-

(1) Militia est vita hominis super terram. (Job. VII. 4.)

periciencia, así como lo es tambien que dentro de nosotros mismos llevamos los gérmenes de esa guerra porfiada y sin tregua que la ley de los miembros viene sosteniendo hace cerca de sesenta siglos contra la ley del espíritu (1). ¡Herencia funesta que nos legára un padre culpable, y de que no podremos desentendernos hasta el dia en que despojándonos de la porcion corruptible de nuestro sér nos revista- mos de la incorruptibilidad divina (2). Entre tanto combatir es nues- tro destino, y solo el que pelearé legítimamente, ceñirá la corona del triunfo.

El primer gérmen de rebelion, el primér elemeto de lucha que alimentamos en nuestra alma es la sensualidad, el amor de los goces materiales, esa propension innata que nos arrastra en pos de todo cuanto halaga nuestra carne ó nos proporciona un placer sensible. El enemigo de nuestra felicidad que no lo ignora, dirige desde luego sus tiros á este flanco débil del hombre, escita su apetito, fomenta su sed ardiente de gozar, le pone delante aquellos objetos capaces de enardecer esa pasion de suyo insaciable y le estimula á dar cum- plida satisfaccion á sus deseos. A Jesucristo, viéndole hambriento á consecuencia del prolongado ayuno que observára en el desierto, le dice: «Si eres Hijo de Dios, haz que esas piedras se conviertan en panes.» Era un ataque brusco á su mas apremiante necesidad, era prevalerse de su flaqueza y abusar del decaimiento que como hom- bre experimentaba, para hacerle caer en una tentacion terrible, pues trataba por una parte de investigar si era verdaderamente el Mesías prometido viéndole obrar un milagro, y de poner por otra su virtud á prueba induciéndole á sucumbir á su debilidad. Al hombre ham- briento de placeres y de todo cuanto puede contribuir á su bienestar material en este mundo, le dice: Si eres Hijo de Dios, el monarca de la creacion, y la obra predilecta del Omnipotente, ¿por qué te has de privar de tantos goces como ha puesto á tu disposicion? ¿No lo creó todo para tu servicio? ¿No sujetó á tu dominio cuanto encierra

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, etc. (Rom. VII. 23.)

(2) Qui certat in agone non coronatur nisi legitime certaverit. (II. Timot. II. 5.)

este bello universo? ¿Las criaturas todas no están destinadas á ser tus tributarias y á satisfacer cumplidamente tus necesidades? Goza, pues, de los dones del Criador; la vida es breve, los momentos corren rápidos como el relámpago, corto es el tiempo y sus horas se deslizan semejantes á las aguas de un torrente para sepultarse en el inmensurable abismo de la eternidad. No desperdicies un solo instante, ciñe tus sienes con las rosas que brotan en la primavera de la vida, mas allá del sepulcro está la nada. Ahora que puedes, disfruta de un mundo que acaso desaparecerá para tí dentro de poco tiempo. Tus sentidos, tu imaginacion, tus pasiones, tu corazon tienen hambre de satisfacciones, y están sedientos de bienestar y de deleites, haz pues cuanto esté de tu parte para conseguir su posesion. Aplica al efecto todo el poder de tus facultades, pon en movimiento todos los resortes de tu génio creador, explota los elementos con que te brinda la naturaleza tan fecunda en riquezas de todo género, desarrolla la prodigiosa actividad de tu industria tan poderosa para hacer brotar pan de las mismas piedras, y para encontrar una vena inagotable de placeres en ese mismo polvo que huellan tus plantas: *Dic ut lapides isti panes fiant.*

Asi es, C. O., cómo el tentador se dirigió primero á la imaginacion de nuestros primeros padres en el paraíso para enardecer su sensualidad y hacerles caer en el pecado á vista del fruto prohibido; de este modo trató de fascinar la inteligencia del Salvador en el desierto para hacerle sucumbir á la fuerza de la necesidad; y no de otra suerte, trasformándose á veces en ángel de luz, se insinúa frecuentemente en nuestro espíritu para alucinarnos ora con la halagüeña perspectiva del deleite que presenta risueño á nuestros ojos, ora con el aparente cuadro de mil necesidades facticias que abulta á nuestra imaginacion como si fuesen reales y positivas, no siendo sino creaciones de nuestro propio capricho, obras de nuestra insaciable molicie y de una corrupcion sin límites. En nuestro siglo, sobre todo, este desórden ha llegado á su último grado. El refinamiento del lujo, el desarrollo de la voluptuosidad en todos sus ramos, el sibaritismo llevado hasta un extremo inconcebible, el desenfrenado amor á los goces materiales, la sed ardiente de comodidades, de

bienestar y de placeres variados, hé ahí el ídolo á quien adoran todas las condiciones, todas las clases, todos los sexos y edades; ante quien la belleza quema sus inciensos, y la juventud inmola sus encantos, y la ancianidad olvida la respetable gravedad de sus encanecidos cabellos, y se rinde la virtud, y se prostituye el honor, y se sacrifica la inocencia, y se posterga la justicia, y desaparece la probidad, y las mas bellas cualidades del hombre. ¿No es así? ¿Exageramos algo cuando nos atrevemos á decir que todo en nuestro siglo se mueve por el resorte del placer, que todo cede al impulso de ese bienestar material de la vida presente en que las doctrinas filosóficas han constituido la suprema felicidad del hombre, y el único destino de las sociedades? Si alguno dudare de la exactitud de nuestras palabras, bien fácil le es desengañarse. Lance una ojeada por todos los pueblos de Europa, observe ese movimiento incesante de la inteligencia, del génio, de las artes, de la ciencia, de la política, y verá que todo propende á materializar al hombre, á crear en él nuevas necesidades para aumentar los medios de satisfacerlas, á desarrollar todos los elementos de la industria, á explotar las producciones del suelo y convertirlas en otras tantas fuentes de riqueza, en una palabra, á hacer creer á los seres inteligentes que la vida se les ha dado únicamente para gozar, que el deleite es la condicion esencial de su existencia, y que su bienandanza consiste en acumular todos los medios posibles de satisfacer sus instintos aun los mas opuestos á su racionalidad. ¡Y los pueblos han caido en esta tentacion terrible y funesta, y han creido á las sugeriones del siglo que les prometiera lo que nunca pudo darles! ¡Y los hombres han corrido desalados en pós de ese humo de bienestar que desaparece de entré sus manos! ¡Y las sociedades han olvidado á Dios, y el Evangelio, y han postergado la caridad cristiana y desentendidose de la doctrina católica por ir á buscar en las utopias de los modernos economistas esa quimérica felicidad que han visto centralizarse únicamente en unos cuantos seres privilegiados que han tenido mas astucia para especular con la credulidad del vulgo y aprovecharse de sus sudores! Asi ha sucedido, asi está sucediendo hoy dia, tal es el fruto que han recogido los que se dejaron seducir de las pomposas

promesas y de los bellos programas del espíritu tentador del siglo. Pensaron nadar en un mar de placeres, esperaban disfrutar de una dicha que se presentaba á sus ojos risueña como la aurora de un bello día, y cuando se creían próximos á ver realizados sus dorados sueños, vieron convertirse en pobreza su mentida prosperidad, sus goces en llanto amargo, y sus panes en piedras, según la frase de la Escritura (1).

¿Cuál pues debe ser la respuesta del hombre cristiano, del verdadero católico, á esa primera sugestión del tentador? ¿Cómo debe resistir á los movimientos de la sensualidad? Con la fe, que es el arma poderosa que destruye todos los proyectos del espíritu de mentira. Creyendo en las verdades reveladas, y diciendo como Jesucristo: «Escrito está que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios: *Non in solo pane vivit homo*..... No, no son las satisfacciones terrestres la única condición de la existencia del ser inteligente é inmortal. Su alma llamada á unos destinos eternos, no puede satisfacerse con ese alimento propio de la vida animal, necesita un pan inmaterial, un nutrimento divino, la palabra de Dios, su doctrina que encierra todos los elementos de vida y de felicidad positivas, y responde á todas las necesidades del hombre en esta region de tránsito en que no vive más que pocos días para trasladarse en breve á su verdadera pátria. Los goces del tiempo, los placeres, el bienestar de la vida presente, son elementos muy mezquinos para que puedan satisfacer la sed devoradora de felicidad que atormenta á unos espíritus á quienes solo puede llenar lo infinito, lo inmenso, lo increado, lo que nunca se acaba, y que halla un vacío horrible y una vaga inquietud en todo lo que no participa de la eternidad de Dios para quien fueron criados, según aquello de San Agustín: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. La verdad es pues la única, la sola y exclusiva vida del ser racional, y la verdad es de Dios, está en Dios, es Dios mismo, y solo él puede darla al hombre por el órgano infali-

(1) *Suavis est homini panis mendacii, et postea implebitur os ejus calculo.* (Prov. XX 17).

ble de la iglesia. Ese es el pan vivo que descendió del cielo, ese es el alimento de la humanidad en este mundo. Sin la palabra eterna, sin la doctrina católica, aun cuando el hombre amontonase en derredor suyo todos los goces y placeres de la tierra, su alma quedaría hambrienta, su corazón suspiraría por otro alimento más nutritivo y conforme á sus verdaderas necesidades, y después de haber agotado todos los medios de fruición imaginables, veríase en el caso de confesar que la prosperidad material aun lograda en toda su estension, solo puede saciar al hombre terreno; pero nunca podrá satisfacer al hombre espiritual. *Non in solo pane vivit homo, etc.*

Escitado en el hombre el amor de los placeres y goces terrenales, la ambición es una consecuencia forzosa de este principio; y ved según el orden que sigue el Evangelista San Lucas (1), y que preferimos al de San Mateo, la segunda tentación de Jesucristo en el desierto. Desalojado el mal espíritu de su primera posición por la respuesta decisiva del Salvador, trásládale á la cumbre de una montaña, desde donde le muestra todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dice: «Todas estas cosas te daré si postrándote ante mí me adoras.» ¿Quién no vé en estas palabras lo que todos los días, á todas horas, en todas partes repite sin cesar á los oídos del hombre el géñio del mal por el órgano de sus agentes? Riquezas, oro, bienes inmensos de fortuna, cuanto puede codiciar el insaciable corazón humano, todo lo pone en juego el mundo para hacerse adorar de los mortales. Tirano cruel aspira á esclavizar nuestras almas, á postrarlas al pié de los altares que levanta diariamente el crimen, y á hacernos sus víctimas ofreciéndonos en cambio de nuestra idolatría un puñado de polvo, porque polvo son todos esos objetos con que intenta deslumbrar nuestros ojos, y por cuya adquisición la justicia se hace venal, la fidelidad se convierte en traición, el pudor se prostituye, se corrompe la integridad más pura, las familias se desunen, y se destruyen los estados. ¿Y qué otra cosa viene haciendo la filosofía racionalista del pasado y presente siglo con sus pomposas promesas, con sus brillantes teorías, con su decantado pro-

(1) Vid. c. IV. v. 6.

greso social? ¿Qué es lo que viene diciéndonos á través de sesenta años? *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me.* Adora al ídolo de la razon, rinde culto á esa divinidad que está llamada á regir los destinos del mundo y á ser el faro luminoso de las modernas sociedades, póstrate ante ese gran principio civilizador, quema incienso al poder de la humana inteligencia á quien la naturaleza entera está hoy día sometida, y toda la tierra será posesion tuya, y gozarás de los beneficios que deben proporcionarte los inmensos descubrimientos de la ciencia, y te enriquecerás con los inagotables productos que brotan de las entrañas de ese suelo que pisas, merced al prodigioso impulso del vapor y de la electricidad: *Omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me.* ¡Y cuántos no han caido á los piés de ese ídolo arrastrados por la ambicion de los bienes terrenales! ¡Cuántos no han renunciado á su fé, á sus creencias, á sus principios religiosos y aun á los mas nobles sentimientos de su corazon, por llegar á adquirir un poco de oro amasado con la sangre de mil víctimas de su codicia! ¡Cuántos no han prostituido su conciencia, su honor y sus mas caros intereses, por conseguir una posicion ventajosa cimentada sobre las ruinas de muchos, que hoy gimen en la mas profunda miseria maldiciendo sin cesar al autor de su desgracia! Si, católicos, nunca como hoy se hizo en el mundo tan infame tráfico con la virtud y la honradez para engruesar fortunas mal adquiridas, ó improvisar otras nuevas de no mejor origen. Jamás llegó á tan alto punto la ambicion de los bienes perecederos de la tierra. El corazon humano es un abismo que nunca dice basta, todo se le figura poco, y en proporcion que logra lo que ambicionaba, se enciende nuevamente su sed devoradora de poseer. ¡Y qué de humillaciones no tiene que sufrir á veces el ambicioso por conseguir lo que desea! ¡A cuántas privaciones no se sujeta por aumentar sus caudales! ¡Qué poder tan despótico, qué tiranía tan insoportable no ejercen sobre él sus mismas riquezas! El temor de perderlas le hace sombrío y suspicaz, el cuidado de conservarlas le desvela y le atormenta hasta en su mismo sueño, la solicitud por aumentarlas no le permite un instante de reposo. ¡Y cuántas veces paga con su salud y hasta con su propia vida los sacrificios hechos por ocultar de la rapacidad de una mano diestra

unos tesoros que jamás llegó á gozar, y que solo le proporcionaron disgustos y sinsabores! Tales son frecuentemente los resultados de esa especie de culto que los mortales rinden al idolo de la ambicion.

Para vencer pues esa tentacion funesta, no habemos menester mas que imitar el ejemplo del Salvador en el desierto. Cuando el tentador nos sugiera esas ideas, y pretenda hacernos esclavos de los bienes terrenales, digamos con firme resolucion: «Apártate de ahí, Satanás, pues escrito está: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.» Esto mismo debemos contestar en todas las ocasiones en que el mundo, poniendo ante nuestros ojos la halagüeña perspectiva del oro ó de las riquezas, nos prometa su posesion á trueque de sacrificarle nuestra virtud y nuestra conciencia. Y bien sea que una filosofia enemiga de Jesucristo, desarrollando el brillante aparato de sus inmensos recursos y de los mil elementos con que cuenta para multiplicar las producciones de este suelo, trate de alucinarnos con estudiadas teorías, bien que el vicio encubierto con el antifaz hipócrita de una virtud fingida, intente hacernos caer en los lazos tendidos ocultamente para abusar de nuestra credulidad, estemos siempre en guardia contra sus ardidés, persuadidos firmemente de que solo Dios, dueño absoluto y soberano de todas las cosas, puede á la vez llenar todos nuestros deseos y exigir nuestras adoraciones. Solo él es capaz de satisfacer esa noble ambicion del hombre que no se contenta sino con lo infinito y aspira á poseer tesoros eternos, riquezas incorruptibles y un reino que nunca ha de perecer. Solo él que ha prometido ser todo de todos sus fieles servidores en la patria celestial, es el digno objeto de nuestras aspiraciones, y fuera de él todo no es mas que ilusion, engaño, mentira, humo, nada. El mundo desaparecerá, y con él el oro, las riquezas, los bienes, los tesoros y cuanto aquí en la tierra forma el encanto del hombre fascinado por su brillo deslumbrador, y solo permanecerá invariable sobre las ruinas del universo aquel Sér omnipotente que es, segun la frase de San Agustin, una belleza siempre antigua y siempre nueva, y el verdadero bien y la positiva riqueza, y el tesoro de las almas, y la felicidad del corazon, y la bienandanza de los justos, única en fin que puede decir al hombre: *Omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me.*

Pero no insistamos mas en este punto, y pasemos á ocuparnos brevemente de la tercera tentacion de Jesucristo en el desierto.

No pudiendo vencerle el enemigo con la concupiscencia y la ambicion, recurre al orgullo. Colócale sobre el pináculo del templo, y le dice: «Si eres Hijo de Dios, échate de ahí abajo, pues escrito está que te ha encomendado á sus ángeles, para que te reciban en sus manos, y no tropiece tu pié contra alguna piedra.» Aquí advertireis, C. O., que el tentador poniendo en juego toda su astucia, oculta, digámoslo así, todo el horror del crimen á que intenta inducir al Salvador con una falsa apariencia de piedad. Su cinismo llega hasta el punto de citar un pasaje de los santos libros, para cohonestar la presuntuosa confianza con que quiere hacerle poner á prueba la omnipotencia de Dios, escudando al propio tiempo este acto de orgullo con la promesa de la impunidad, prometiéndole que el Señor le favorecerá con una proteccion especial encomendándole á la custodia de sus ángeles: *Scriptum est: quia angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* ¿Y no es así como el tentador escita en nosotros esas ideas presuntuosas que frecuentemente nos arrastran al abismo del crimen? ¿No es así como elevándonos en nuestro propio concepto á una altura desmedida, y haciéndonos creer en nuestro loco orgullo que podemos aspirar impunemente á unos honores que están fuera de nuestros alcances, á unos destinos que no nos pertenecen porque somos incapaces de llenarlos debidamente, á unas distinciones á que no podemos llegar sin insultar la bondad de Dios, su justicia, y su poder, porque para conseguirlas se hace forzoso hollar los más sagrados derechos, salvar las leyes divinas y humanas, y despojarse de todo sentimiento de religion y de humanidad, nos precipita de lo mas alto de nuestra dignidad hasta lo mas profundo del abatimiento y de la humillacion? ¡Ah! Pluguiese al cielo que no fuese tan frecuente esta triste verdad que todos los dias estamos viendo sin que por eso ceda en lo mas mínimo nuestra nécia presuncion. El orgullo nos ciega y nos trastorna; nada hay que se oponga á nuestros proyectos y esperanzas; aspiramos á serlo todo, á poseerlo todo; los reinos, las coronas, los cetros todos del mundo serian poco para satisfacer esa passion que

cual ardiente fiebre devora nuestras almas: y aunque para llegar á la realizacion de nuestros deseos hayamos de ensordecer á los gemidos de millares de víctimas, y pisar con nuestra inmunda planta cuanto de mas sagrado hay en el mundo, y desentendernos de los gritos de la conciencia, de las prescripciones del Evangelio, y aun de los mas íntimos instintos de nuestro propio sér, nada importa, contamos con la impunidad de nuestros crímenes, llegamos á creer que Dios no es mas que un hombre, que no hay una Providencia cuyo ojo siempre atento á lo que pasa en este suelo, vela por los derechos de la justicia y de la virtud... ¡Insensatos! Y cuando nuestra orgullosa vanidad se lisonjea de tocar al término de sus aspiraciones, y ver cumplidos sus deseos, una mano invisible, la mano del Omnipotente nos hace descender de repente al fondo de nuestra miseria, nos hunde en el abismo de nuestra nada, y solo nos deja por fruto de nuestro orgullo la ignominia, la vergüenza y el baldon consiguiente al pecado: pues como dice San Agustin, es una justa permission de Dios que todo corazon desarreglado y soberbio encuentre en sí mismo su suplicio (1).

Para evitar tamaño castigo, el único medio es prevenir el golpe del enemigo, prepararse contra las asechanzas del tentador, y tan luego como experimentemos en nuestro corazon el primer movimiento del orgullo que intente alucinarnos con ideas de impunidad, decir como Jesucristo á Satanás: «No tentarás al Señor Dios tuyo.» Parapetados así por una parte con la fè en la providencia y justicia de Dios que jamás deja impunes los delitos de los hombres ni permite que el orgullo insulte atrevido su bondad, y encastillados por otra en el profundo conocimiento de nosotros mismos, sabremos moderar ese insaciable apetito de honras y distinciones que nos arrastra al crimen por satisfacer una passion insensata, no desearemos otra elevacion que la que proporciona la virtud, ni aspiraremos á otra superioridad que la que se funda en el mérito de las buenas acciones, ni estimaremos otro honor que el que va siempre unido á una vida pura é intachable. Hé ahí la verdadera grandeza; todo lo demás no

(1) Ut sua sibi pœna sit omnis inordinatus animus. (Confess. Lib. 1. 12.)

es sino vanidad y aflicción de espíritu según la elocuente frase del monarca más grande que hubo sobre la tierra: *Omnia vanitas et afflictio spiritus.*

Basta, C. O., pues ya he abusado demasiado de vuestra atención, sin haber dicho más que una pequeña parte de lo que hubiera podido decir en un asunto tan importante. Habéis visto los tres poderes que luchan de continuo en el hombre, los tres principales elementos de que el enemigo de nuestras almas se sirve con más frecuencia para hacernos sus víctimas, las tres terribles tentaciones con que nos persigue, á saber, la sensualidad, la ambición y el orgullo. Pues bien, aprended de Jesucristo á combatir esos tres principios de ruina con las mismas armas, con idéntico valor é igual energía que él lo hizo en el desierto. Que sus lecciones queden profundamente grabadas en vuestros corazones, para ponerlas en práctica en los momentos en que el genio del mal intente sorprenderos. Rechazad las ilusiones del placer y de los gozos materiales con la fe en la palabra divina, único alimento positivo del hombre en este mundo, cuya vida es la verdad eterna que procede de Dios: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Combatid los excesos de la ambición que aspira á haceros idólatras de los bienes efímeros del tiempo, con la esperanza en aquel que posee todos los tesoros y riquezas de la eternidad, y nos brinda con la posesión de él mismo en cambio de nuestra fidelidad en adorarle y servirle: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* Oponed, en fin, á las sugerencias del orgullo un profundo conocimiento de vosotros mismos, guardándoos de tentar al Señor con una necia presunción que puede tal vez precipitaros de lo más alto del honor, á lo más abyecto de la ignominia: *Non tentabis Dominum Deum tuum.* De este modo os hareis merecedores de que los mismos ángeles proclamen vuestro triunfo sobre el enemigo avergonzado y confuso, como lo hicieron con el Salvador en el desierto, y llegará un día en que conducidos por sus manos, penetreis victoriosos en la mansión de la inmortalidad.

de la inmortalidad, penetreis victoriosos en la mansión de la inmortalidad. De este modo os hareis merecedores de que los mismos ángeles proclamen vuestro triunfo sobre el enemigo avergonzado y confuso, como lo hicieron con el Salvador en el desierto, y llegará un día en que conducidos por sus manos, penetreis victoriosos en la mansión de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL LUNES DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

LA CARIDAD Y EL EGOISMO ANTE EL TRIBUNAL DE JESUCRISTO EN EL ÚLTIMO DIA DE LOS TIEMPOS.

*Cum venerit Filius hominis in majestate sua..... tum sedebit super sedem
majestatis suae, et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

Cuando venga el Hijo del Hombre con toda su majestad, se sentará en el trono de su gloria, y hará comparecer delante de él á todas las naciones.

MATTH. XXV. 31, 32.

QUE los pueblos todos de la tierra han de comparecer un dia á la presencia del monarca supremo y juez de vivos y muertos, á ser residenciados acerca del uso que hicieron de los medios que la Providencia puso á su disposicion para labrar su felicidad llenando su respectiva mision en el mundo, es uno de los principales dogmas del catolicismo, de que nadie puede dudar sin incurrir en un gravisimo error. Y no es menos cierto que todos los hombres y cada cual en particular tienen necesariamente que someterse á este juicio, y sufrir sin apelacion las consecuencias del fallo adverso ó favorable que alli será pronunciado por los lábios del Omnipotente. Sí, C., hay un dia destinado á esclarecer á la luz de la divina justicia todas esas iniquidades, todas esas intrigas, todos esos crímenes que ahora se ocultan entre las sombras de la impunidad, escudados por el poder, protegidos por la fuerza, apoyados por la astucia, ó sanciona-

dos por la impiedad. La virtud mas sólida, la probidad mas acendrada no deberán esceptuarse de esta terrible prueba, pues Dios ha prometido hacer pasar por el crisol de su juicio postrimero hasta las mismas justicias, ó sean las buenas obras del hombre, llegado que sea el tiempo designado en los consejos de su infinita sabiduría (1). Sin necesidad de evocar los innumerables testimonios de los santos libros en que se apoya este dogma aterrador, bástanos reproducir el texto evangélico de este dia. Oid cómo hablaba el Salvador á sus discipulos:

Quando venga el Hijo del hombre con toda su magestad... se sentará en el trono de su gloria, y hará comparecer ante sí todas las naciones, y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: poniendo las ovejas á su derecha, y los cabritos á la izquierda. Entonses dirá á los que estarán á su derecha: Venid benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui peregrino, y me hospedásteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; encarcelado, y vinisteis á verme. A esto dirán los justos: ¿pues cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos peregrino y te hospedamos, desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte? Y el Señor les contestará: Os digo ciertamente que cuanto hicisteis por uno de mis hermanos, conmigo lo hicisteis. Al propio tiempo dirá á los que estarán á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno destinado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; estuve peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitásteis. Y replicando los malos: ¿Cuándo te vimos hambriento ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonses les responderá: En verdad os digo: Siempre que dejásteis de ha-

(1) Cum accepero tempus, ego justitias judicabo. (Psalm. LXXIV. 3).

erlo con alguno de estos mis pequeños hermanos, dejásteis de ha-
erlo conmigo. Y estos irán al eterno suplicio, y los justos á la
vida eterna.

Ved aquí, C., en toda su luz el dogma que os acabo de propo-
ner. Solo debo llamar vuestra atencion hácia una particularidad que
se nota en estas palabras de Jesucristo, y es que prescindiendo de
todos los demás títulos que pueden hacer al hombre acreedor á la
posesion del reino celestial, se fija eselusivamente en la caridad, cual
si esta fuese la única virtud que merece una recompensa eterna:
bien así como desentendiéndose de todos los demás motivos que ha-
een al cristiano indigno de la bienaventuranza, solo dirige sus car-
gos contra la insensibilidad ó el egoismo. ¿En qué consiste esto? ¡Ah!
Es que así como la caridad es la reina y el origen de todas las vir-
tudes, tanto que sin ella no existirian ni tendrian mérito alguno de-
lante de Dios; el egoismo es por el contrario el origen de todos los
vicios, puesto que allí donde él anida, no puede haber sentimientos
religiosos ni humanos, seca la fuente de todas las buenas obras, este-
rilitza el corazon y hace al alma incapaz de practicar accion alguna
meritoria de la bienaventuranza. Por manera que con igual razon
puede decirse que la caridad reasume todas las virtudes, y que en
el egoismo están personificados todos los vicios. Y hé aquí cómo se
explica que el Señor en el último dia de los tiempos, funde particu-
larmente en estos dos principios toda la economía del gran proceso
que ha de formar al mundo. Tampoco yo me desviaré un punto de
esta idea, y en su consecuencia os invito á contemplar en este breve
rato, á la caridad y el egoismo ante el tribunal de Jesucristo en
el dia del juicio final. Este será el asunto del presente discurso.
Pidamos los auxilios divinos por la intercesion de la Santísima Vir-
gen, saludándola con las palabras del Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Hay en las obras de Dios que se refieren al gobierno exterior del mundo, cierta contradiccion aparente que no puede menos de chocar á los ojos enfermos del hombre. Dificilmente puede éste darse cuenta ni menos alcanzar una esplicacion satisfactoria de esa desproporcion que existe á veces entre el mérito y la recompensa. Al ver frecuentemente humillada la virtud y erguido y triunfante el crimen, víctima la piedad de la mas extrema indigencia y nadando la impiedad en los placeres y en la abundancia, escarnecida la justicia y victoreada la tiranía, gimiendo la inocencia y holgándose el despotismo, el alma contristada, si bien adorando en secreto los inescrutables designios de la Providencia, no puede menos de exclamar á veces con el profeta en momentos de profunda afliccion: «¿Si sabrá Dios todo esto? ¿Si tendrá de ello noticia el Altísimo (1)? Levántate, tú que tienes la gran mision de juzgar la tierra, y dá á cada cual su merecido, oh Dios de las venganzas (2).» Pero no, C., no nos dejemos arrastrar de unos afectos que ofenderian acaso á la justicia infinita del Señor. Él tiene señalado el dia en que hará desaparecer esa contradiccion que tanto nos choca y desconsuela, haciendo entrar todas las cosas en el orden que trastornó el pecado; y ese dia es aquel en que rodeado de toda su magestad, se dejará ver el Hijo del hombre sobre su trono de gloria, acompañado de sus ángeles, para residenciar á todas las naciones del globo. Entonces juzgará á los pueblos en justicia y equidad (3), y su boca será como una vara que medirá igualmente al poderoso que al débil, al monarca y al súbdito, al rico y al indigente (4). Entonces hará justicia al pueblo

(1) Ps. LXXII. 11.

(2) Ps. XCVI. 4. 2.

(3) XCV. 40.

(4) Ps. XLIV. 7.

contra la arbitrariedad de sus tiranos, y salvará al hijo del pobre víctima del egoísmo y de la soberbia del potentado, y humillará al calumniador que tuvo esclavizado al inocente (1); pues así está escrito en el libro de la eterna verdad, y la verdad nunca falta á sus promesas.

No os pintaré, C. O., el espectáculo dulce y aterrador á la vez que se presentará á los ojos del mundo resucitado, reunido delante del tribunal de Jesucristo en aquel día supremo y memorable. ¡Cuán distinto efecto causará la presencia del juez á los ojos del justo y á los ojos del pecador! Aquel rebotando júbilo y contento y descansando en el testimonio de una conciencia pura y sin tacha, esperará impaciente que los labios del Señor se abran para pronunciar aquella palabra que debe ponerle en plena posesión de una bienaventuranza infinita. Este, atormentado por el remordimiento y el despecho, quisiera poder sellar aquella boca divina que en un instante va á decretar su ruina y su condenacion eterna. En efecto, la separacion del mundo justo y del mundo réprobo se verificará en un momento. El uno será colocado á la derecha de Jesucristo, y el otro á la izquierda. Aquella representará la caridad, en esta estará personificado el egoísmo. ¡Qué contrastes tan singulares se verificarán entonces! ¡Qué cambios tan sensibles! ¡Cuántos que en este mundo ocuparon siempre un lugar preferente en la sociedad, y disputaron la preeminencia en todo cuánto podia halagar su vanidad y necio orgullo, se verán aquel día postergados á aquellos mismos cuya condicion oscura, cuya escasa fortuna ó cuyos inferiores talentos colocábanles en el mas ínfimo grado social! ¡Y cuántos que viviendo en la tierra jamás osaban levantar sus ojos, temblando convulsivos á la menor voz de un superior despótico y cruel, se ostentarán entonces llenos de grandeza y dignidad, mientras sus tiranos estarán abatidos por la vergüenza y la ignominia!

Mas ya es tiempo que contemplemos á la caridad recibiendo la inmortal recompensa que la tiene reservada el supremo juez, y ciñendo sus sienes con la aureola del triunfo. «Venid, dirá el Señor á

(1) Ps. LXXI. 12.

los justos, venid benditos de mi Padre á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo. ¡Oh palabra dulce y consoladora! ¡Oh expresión de felicidad indefinible! Vosotros los que entusiasmados por todo lo que en este mundo halaga y fascina el corazón humano, mendigais á costa de sacrificios sensibles, y de indignas bajezas, una mirada lisonjera, una sonrisa tal vez falsa, una palabra afectuosa de un monarca de la tierra, y en vuestro necio delirio, os creéis en el colmo de la dicha si llegais á obtener la menor muestra de simpatía de esas divinidades sublunares, ¿habeis jamás sentido, habeis experimentado una sola vez, ó sereis capaces de explicar el placer, la delicia, la satisfacción, la gloria que debe experimentar el justo al oirse llamar por boca del mismo rey de cielos y tierra, bendito del Padre celestial? No, no es capaz lengua humana de expresar lo que esta palabra encierra, ni es bastante un corazón de carne para sentirlo. ¿Y por qué así? ¿En qué fundará el supremo juez este fallo tan satisfactorio? ¿A qué título decretará la eterna bienandanza de los justos? «Porque tuve hambre y me alimentásteis, porque tuve sed y me disteis de beber, porque cuando me ví peregrino me brindásteis con un techo hospitalario, porque hallándome desnudo cubristeis mis miembros con vuestros propios vestidos, porque en mis enfermedades no abandonásteis mi lecho de dolor, porque hallándome encarcelado me visitásteis en mi prision.» Ved aquí la caridad coronada por las manos de Dios con laureles inmarcesibles. Ved la beneficencia cristiana recompensada en los diferentes modos en que puede ejercerse. ¡Y qué recompensa tan sublime! ¡qué galardón tan inmenso! Ella ha dado al indigente un poco de pan, un vaso de agua, una pieza de un metal despreciable, y en cambio recibe un torrente de delicias sin fin, todos los tesoros del inagotable erario del Padre celestial, una corona y un reino eternos. Ella ha proporcionado al desgraciado ó al enfermo un consuelo pasajero, una asistencia efímera, una protección momentánea, y recibe en retorno una dicha sin límites, una bienandanza perdurable y una vida inmortal. ¿Y cuál es la causa de que tan prodigo se muestre el Señor con la caridad? ¿Por qué paga con tanta usura los servicios hechos á nuestros prójimos? «Porque todo cuanto

hicisteis por uno de mis hermanos, dice, lo hicisteis conmigo: » *Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Esta espresion C. O. envuelve en mi concepto dos sentidos, que debemos observar cuidadosamente. En primer lugar resulta que Dios acepta como hechos á su persona todos los beneficios que la caridad derrama en las manos del hombre menesteroso, de quien Jesucristo se complace en llamarse hermano. ¡Tan grande es su amor á la humanidad y en especial á la humanidad indigente! ¡Tan tierno es el interés, y tan activa la parte que toma en los padecimientos del desgraciado mortal! ¿Qué extraño es pues que tan liberal y espléndido se ostente en recompensar al justo que en esta vida se asocia al infortunio de sus prójimos, participa de sus desgracias, se interesa por su bienestar, y sabe sacrificar generoso unos bienes corruptibles y perecederos por aliviar su triste situacion? Pero todo esto no bastaria para merecer la eterna recompensa en el dia del juicio, si la caridad del hombre no fuese impulsada por un principio divino, sino tuviese á Dios por principal objeto, si éste no fuese el único móvil de todas sus acciones. Y ved el segundo y el principal sentido en que yo entiendo las palabras de Jesucristo antes citadas: «Lo que hicisteis por uno de estos mis pequeños hermanos, por mí lo hicisteis.» Es decir, C. O., que todo cuanto hacemos en obsequio de nuestros semejantes, debemos hacerlo en nombre de Dios, por él solo, por agradarle, y sin otro interés que el de su gloria. Así es únicamente como la caridad se eleva á su verdadero origen, así es como participa de la grandeza de Dios asociándose á aquel que es el principio del verdadero amor, y el amor por excelencia; así es en fin como unas acciones de suyo limitadas y finitas, pueden tener un merecimiento infinito é ilimitado. De lo contrario no seria una caridad cristiana, seria una beneficencia filosófica: no seria una virtud divina, y si solo una virtud humana, como lo es esa filantropía decantada en nuestro siglo, tan terrenal como él, tan materializada como él, tan egoista como él, y tan infecunda como todo cuanto nace del hombre y no tiene mas objeto que la razon y el orgullo humanos. La verdadera caridad como basada en el amor de Dios, es universal é ilimitada en su objeto, y sobrenatural en su principio y

en su fin, y estos caracteres no puede tenerlos la beneficencia filosófica. Esta nace del hombre, y se termina en el hombre, en vez que aquella arranca del seno mismo de Dios, y va á terminar en Dios, por cuanto es movida por su amor, y este le hace ver al Criador en todas sus criaturas y mirarlas como imágenes suyas, sus hijos amados y hermanos y miembros de Jesucristo. La una se limita á ciertos y determinados sugetos, á ciertas y determinadas situaciones, y á casos y tiempos determinados; mientras la otra abraza todos los estados, todas las condiciones, todas las edades y todos los sexos, sin distinguir entre el rico y el pobre, entre el sábio y el ignorante, entre el indigena ó el extranjero, entre el amigo ó el enemigo; y ora sea su prójimo jovial, afable, agradecido, ora sea ingrato, duro ó intratable, cualquiera que sea su posicion, en cualquier tiempo, en todo lugar, la caridad no sabe mas que hacer bien, sin disgustarse, sin cansarse, sin resfriarse, sin buscar su propio interés, lo mismo en la adversidad que en la prosperidad, igualmente en el dia de la caída que en el de la elevacion, porque siempre y donde quiera tiene á Dios delante en todos los hombres, y por consiguiente todos son unos, é idénticos los derechos de cada uno á sus beneficios.

Tal es la caridad que el Señor acepta, y á ésta es á la que reserva sus recompensas en el último dia de los tiempos. A los que á nombre suyo y por su amor hubiesen socorrido al menesteroso, consolado al triste y protegido al desgraciado, es á quienes dirá el supremo juez: «Venid benditos de mi Padre á tomar posesion del reino celestial: *Venite benedicti Patris mei*. Venid á disfrutar de la herencia eterna que os adquirí con mi sangre, y á sentaros en el trono que os conquisté con mi muerte: porque asociándoos al gran pensamiento de amor y caridad perpétua que me impulsó á bajar á la tierra para redimir al linaje humano, habeis seguido mis huellas y continuado en el mundo la mision que yo recibí del cielo: porque cuando socorriais al desvalido, cuando enjugábais el llanto del indigente, cuando ofreciais vuestros servicios al enfermo, cuando partiais vuestro pan con el menesteroso, cuando, en suma, ejerciais vuestra caridad con vuestros semejantes, no era á ellos ni por ellos,

sino á mí, y por mí mismo, por quien hacíais todo género de sacrificios. No tuvisteis en ello otro objeto que mi gloria, ni aspirásteis á otro fin mas que á agradarme imitando mis ejemplos, ni ambicionásteis otra recompensa que mi amor, y por eso yo he aceptado vuestros servicios como hechos á mi propia persona, y quiero galardonaros largamente dándome á mí mismo á vosotros con todo cuanto soy y poseo: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis, mihi fecistis*. Si hay, C. O., un alma á quien este espectáculo no conmueva profundamente, si hay un corazon que no palpite de gozo al escuchar estas palabras, si hay en fin en mi auditorio una persona que no se entusiasme al contemplar este triunfo de la caridad cristiana, desde luego puede creer que ha perdido la fé, que la religion no ejerce ya en su espíritu la menor influencia, y que se ha despojado hasta de los mas íntimos instintos de racionalidad.

Aquí, A. M., la escena cambia súbitamente. Los ojos centelleantes del Hijo del hombre lanzan una mirada aterradora sobre los reprobos que yacen consternados ante el tribunal divino. Sus lábios se desplegan, y con acento indignado les dice: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno destinado para Satanás y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estuve peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitásteis.» *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum*. Ved ahí el egoismo hecho el objeto de la maldicion de un Dios, y condenado á espíar en la eterna noche del infierno su fria insensibilidad para con los miembros pacientes de Jesucristo. Reconcentrado en ese *yo* humano, inmensa absorcion que reasume en el individuo todos los pensamientos del hombre, el egoísta no vé en el mundo mas que su propia personalidad, á la cual refiere cuantos objetos le rodean en este vasto universo. Todo lo juzga criado esclusivamente por sí y para sí, y en su insaciable ambicion quisiera que no existiesen todos los demás seres para centralizar en sí solo los goces, las riquezas, las satisfacciones y los placeres que el Criador destinó á ser el patrimonio comun de la humanidad. De aquí es que así como la caridad tiende naturalmente á comunicarse, generalizando sus beneficios y

haciendo estensiva su influencia á todos los miembros de la gran familia, el egoismo por el contrario que es la verdadera antitesis de esa virtud divina, propende á individualizar, y si me es permitido espresarme de este modo, á monopolizar en provecho propio todas las maravillas de la creacion. Así se explica que los hombres que obran impulsados por ese funesto principio, sean duros, impasibles, inhumanos, incapaces de abrigar el menor sentimiento generoso, inaccesibles á toda afeccion de piedad, que tengan cerradas sus entrañas al clamor del desgraciado, y miren con fria calma la miseria y la ruina de sus semejantes. ¿Qué extraño pues que un Dios que es todo amor y caridad (1), venga con mano terrible en el gran dia de su justicia, ese egoismo insensato que pugna en el mundo con el mas bello atributo de la divinidad, y trastorna toda la economía de su providencia? ¿Cómo no ha de vengar ese desorden, esa contradiccion monstruosa que aparece en su gobierno, haciendo que las cosas vuelvan á su centro, y que los que aquí en el tiempo gozaron á espensas de las privaciones ajenas, penen allá en la eternidad, y sufran el justo castigo de su insensibilidad egoista?

Si, C. O., el Señor hará justicia en peso y medida segun el lenguaje de la Escritura (2); la risa de los malos se convertirá en amargo llanto; un luto perdurable será el término de esa glacial indiferencia con que miraron los reveses de sus prójimos desgraciados ó menesterosos (3), y sus tormentos serán proporcionados á los placeres y comodidades que aquí les procuró su egoismo (4). Los ojos del supremo juez no podrán sufrir su presencia, y su lengua les maldicirá para siempre: *Discedite a me maledicti in ignem æternum*. Vosotros, les dirá, veiais en el mundo correr las lágrimas del pobre, del huérfano, de la viuda, víctimas de la mas extrema necesidad, y pasando á su lado con soberbia altanería, ni aun os dignábais fijar sobre aquellos infortunados hermanos vuestros una mirada compasiva, insultando mas bien su miseria con vuestro lujo y vuestra

(1) I. Joan. IV. 8.

(2) Isaiaë. XXVIII. 17.

(3) Proverb. XIV. 13.

(4) Apoc. XVIII. 7.

ostentación. Pues ahora ellos, bendecidos por mi Padre celestial, disfrutarán eternamente las inefables delicias de la inmortalidad, mientras vosotros, malditos, no tendreis otro asilo que un fuego perdurable: *Discedite a me maledicti, in ignem æternum*. Vosotros veiais gemir en los asilos del dolor y de la desgracia multitud de seres sobre quienes la huesuda mano de la adversidad hacia pesar todo género de infortunios, y ni siquiera una sola vez les ofrecisteis un pequeño obsequio, ni aun les consagrasteis al menos un recuerdo tierno y compasivo; y sin embargo, ellos eran hermanos vuestros, carne de vuestra carne, huesos de vuestros huesos, hijos de vuestro mismo padre, y llamados á disfrutar de vuestra misma herencia. Pues bien, ahora ya finalizó para ellos el padecer, y serán para siempre felices y dichosos, mientras vosotros vais á entrar en esa inmensurable eternidad de penas y dolores infinitos destinados para Satanás y los suyos: *Discedite a me maledicti, etc.* Veiais, por último, pueblos hambrientos, miserables, sin recursos de ninguna especie, arrastrar una existencia anómala y precaria, y lejos de proporcionarles elementos con que vivir, esplotábais su sudor, y amasábais con él montones de oro para satisfacer vuestros mas pueriles caprichos, mientras ellos carecian de un pedazo de pan con que alimentarse, y levantábais soberbios palacios á costa de la miseria pública, cuando millares de infelices se albergaban como irracionables en fétidas viviendas. Pues ahora ellos holgarán, y vosotros sufriréis; ellos se alimentarán de la verdad esencial, Dios, que será su nutrimento y su vida, y vosotros carecereis de una gota de agua con que refrigerar vuestras adustas fauces; ellos habitarán con los ángeles en la mansion de la gloria, y vosotros permaneceréis encerrados eternamente con Lucifer en la horrible cárcel del infierno: *Discedite a me, maledicti, etc.*

Hed ahí, C. O., la gran espacion reservada en la otra vida al egoismo y á la insensibilidad. Inútilmente intentarían los réprobos hacer valer en el tribunal supremo las quiméricas teorías, las utopias insensatas con que ahora tratan de cohonestar su maldad, y dar un bello colorido á sus planes homicidas. No, Dios no admitirá las excusas del sofisma y del error, porque llegado será el tiempo de

que la verdad aparezca en todo su brillo. No habrá lugar á apelacion, porque Jesucristo les confundirá y hará enmudecer con aquellas terribles palabras: «Lo que negásteis á qualquiera de estos mis pequeños hermanos, á mí es á quien me lo negásteis.» Yo mismo era quien os demandaba en la persona del pobre un socorro, cuando él os alargaba su mano para implorar vuestra compasion. Y cuando el desgraciado recurria á vuestra generosidad para suavizar sus infortunios, y cuando el enfermo os interpelaba desde el lecho del dolor, y cuando la viuda, el huérfano y el desvalido, llegaban á vuestra puerta pidiéndoos por amor de Dios que os compadeciérais de su situacion, yo, yo mismo era el que os hablaba por su boca, yo el que demandaba vuestra proteccion, porque yo estoy identificado con todo el que sufre, y hermanos míos son y miembros de mi cuerpo todos cuantos gimen en la desgracia. A mí es pues á quien negásteis lo que les rehusásteis á ellos, á mí es á quien lanzásteis airados de vuestra presencia, á mí á quien hicisteis derramar lágrimas amargas con vuestra insensibilidad, y por consiguiente yo soy la verdadera víctima de vuestro egoismo: *Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis.* Entonces todo habrá concluido, y los réprobos irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna. *Et ibunt hi in supplitium æternum, justi autem in vitam æternam.*

De este modo terminará, C. O., aquel gran proceso. Tal será el desenlace de aquel terrible drama que ha de representarse en el último dia de los tiempos. La caridad triunfante y coronada por las manos del supremo juez, ostentará laureles inmortales y coronas de inmarcesible verdor, mientras que el egoismo confuso y maldecido, huirá á ocultar su derrota á las cavernas infernales, en donde un eterno crugir de dientes, un llanto perdurable y una desesperacion sin fin será su herencia y su único patrimonio mientras Dios sea Dios. Temblemos, H. M., á vista de este espectáculo cuyo solo recuerdo hace correr por nuestras venas el terror y el espanto. Temblemos, sí, y ahora que tenemos tiempo, tratemos de evitar para el porvenir los efectos de la venganza divina. Aspiremos á oír aquel «benditos de mi Padre» tan dulce y consolador que el eterno juez

pronunciará en favor de los justos, haciendo triunfar en nuestros corazones la caridad cristiana de ese glacial egoísmo que forma el carácter del siglo en que vivimos, cáncer de las sociedades modernas, y elemento destructor de la verdadera civilización. Sean para nosotros todos los hombres otros tantos objetos de nuestro amor y de nuestros sacrificios, sin distinción de clases, condiciones ni estados. Miraremos en todos ellos otros tantos hermanos nuestros con quienes nos unen los lazos más estrechos bajo el principio de la paternidad divina. Sea Dios el único móvil, el principio y término de todas nuestras acciones respecto de nuestros prójimos; amémosles por él y en él; contemplemos en ellos la imagen de la divinidad; respetemos en el indigente y en el desgraciado al mismo Jesucristo, y ofrezcámoles en su nombre y por su amor todos nuestros servicios. De este modo, llevando al tribunal supremo impreso en nuestras frentes el sello de la caridad cristiana, el Señor nos reconocerá por suyos, nos colocará á su diestra, seremos de él benditos, y mereceremos poseer el reino celestial por los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA EL MARTES DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

LA PROFANACION DE LOS SANTOS TEMPLOS ES EL ULTRAJE MAS SENSIBLE
QUE PUEDE HACERSE Á LA DIVINIDAD, Y EL MAS GRAVE INSULTO AL
SENTIMIENTO RELIGIOSO DE UN PUEBLO CATÓLICO.

*Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis
illam speluncam latronum.*

Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion: mas vosotros la
habeis hecho una cueva de ladrones.

MATTH. XXI. 43.

Si alguna cosa pudiera darnos una justa idea del ultraje que Dios recibe en la profanacion de sus santos templos, es indudablemente la conducta observada por Jesucristo en la ocasion solemne de que hace mencion el Evangelio de este dia. Pocos momentos habian trascurrido desde que, en cumplimiento de los sagrados oráculos, se habia dejado ver en medio de aquella populosa capital lleno de dulzura y mansedumbre, á manera de rey pacífico y humilde llamado á reinar sobre los corazones por el amor y la caridad. Mas hé aquí que de repente la escena cambia, y aquel que poco antes se mostrara en extremo benigno y complaciente, toma un carácter de severidad tan nueva en él y tan desusada, que llama estraordinariamente la atencion de la muchedumbre que le rodea, y siembra por do quiera el temor y el espanto. *Habiendo entrado en el templo de Dios, dice el historiador sagrado, lanzó fuera de él á todos los que allí ven-*

dian y compraban, y echó por tierra las mesas de los banqueros, y las sillas de los vendedores de palomas, diciéndoles: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración: mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.

¿Qué es esto, A. O.? ¿Es ese aquel Salvador dulce y clemente que un día se interponía entre una muger adúltera y sus encarnizados acusadores para sustraerla de su furor? ¿Es ese aquel maestro compasivo é indulgente que admitía á sus piés á la célebre pecadora de la ciudad, y la perdonaba sus escesos y desórdenes? ¿Es ese aquel padre paciente y benigno que reprendía amargamente la intolerancia de sus discípulos, cuando éstos le pedían que hiciese descender fuego del cielo para reducir á pavesas una ciudad ingrata y criminal? ¿Es ese en fin el que llevaba el esceso de su condescendencia hasta el punto de conversar con los publicanos y pecadores, de asociarse y comer con ellos, y de hacerse nombrar su amigo y defensor? ¿Cómo es pues que tan severo se muestra hoy con los que profanan el templo de Dios, desplegando respecto de ellos un celo, una indignacion que tan notablemente contrastan con el carácter de dulzura y benignidad que siempre han distinguido todas sus palabras y acciones? El que poco há consagraba un recuerdo amoroso á aquella Jerusalem homicida que se habia manchado con la sangre de los profetas, y derramaba amargo llanto al pensar en las desgracias que la amenazaban por el horrible deicidio de que se haria culpable, ¿cómo ahora se desentiende, por decirlo así, de sus instintos misericordiosos, y parece olvidar todo sentimiento de bondad paternal para convertirse en juez inexorable y en ejecutor de las divinas venganzas, castigando con sus propias manos un abuso tolerado por la costumbre y sancionado por el tiempo?

Tal vez, A. M., os habrá chocado esta conducta de Jesucristo, y no podreis explicaros con facilidad cómo habiéndose manifestado en tantas otras ocasiones tan escesivamente tolerante con los que le insultaban y escarnecian con la mayor impudencia, llevando su cinismo hasta el punto de burlarse de sus milagros, y de tratarle de energúmeno, no pueda tolerar al presente que en el templo se trafique ni aun siquiera con aquellos objetos destinados al culto y á los

sacrificios. Pero es preciso observar que en esto veia el divino Salvador ofendida la gloria de su Padre, ultrajada su majestad, y profanada su morada, cosas que no podian menos de escitar todo su celo y hacerle tomar una parte activa en su defensa. Y ved por qué si bien en otras muchas cosas, que si se quiere no eran menos injuriosas á aquel que le enviara, creyó poder disimular y diferir el castigo para tiempo mas oportuno, cuando se trata de los profanadores del templo del Señor, ni un solo instante aplaza la punicion de un crimen que es en su concepto el mayor que puede cometer el hombre contra su Criador. Tan cierto es que «la profanacion de los santos templos es el ultraje mas sensible que puede hacerse á la divinidad, y por consiguiente el que mas escita la cólera del cielo contra el hombre. Yo añadiré que es tambien el mas grave insulto al sentimiento religioso de un pueblo católico, y que puede acarrear fatales consecuencias en el órden social.» Hé aquí formulado mi pensamiento y el objeto del presente discurso. Para tratarle dignamente invoquemos las luces celestiales por la intercesion de la Santisima Virgen.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Aunque es una verdad incontestable que el universo enteró es un templo magnifico fabricado por las manos mismas del Omnipotente para recibir en él los honores y homenages de toda la creacion, templo augusto cuya base es la tierra, los cielos su bóveda, el sol, la luna y las estrellas que tachonan el firmamento sus candelabros, y las bellezas inmensas de la naturaleza su ornamento, no es menos cierto que en ninguna parte se manifiesta el Señor con tanta magnificencia y gloria, y en ninguna se hace tan ostensible su divinidad como en los templos consagrados á su culto por la religion cristiana. En ellos habita de un modo especial, mucho mas magestuosamente

que en los altares que un día le dedicaran Noé, Abraham y Jacob á la sombra de los árboles ó bajo sus tiendas patriarcales, más sin comparacion que en aquel soberbio edificio levantado en Jerusalem por la munificencia de los dos monarcas mas ilustres y opulentos de Israel, y que ha pasado siempre por la primera maravilla del universo. Allí solo existia la figura, aquí existe la realidad; allí todo era simbólico é imaginario, aquí todo es verdadero y positivo; allí se mostraba el Señor á través de sombras misteriosas, y las víctimas que se le ofrecian en holocausto consistian en algunos animales elegidos al efecto, ó en ciertos frutos privilegiados de la tierra: aquí empero se deja ver de un modo palpable y sensible, puesto que habita entre nosotros real y verdaderamente Jesucristo en quien reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad, segun el lenguaje del apóstol (1); y él mismo es á la vez el sacerdote y la víctima augusta que diariamente se inmola sobre nuestros altares. Y sin embargo, C. O., ¡qué contraste tan singular! ¡qué diferencia tan enorme! En aquel templo recibia el Señor un culto grave y respetuoso; de todas partes afluan á él los pueblos á rendir sus adoraciones al Dios de Sabaoh y á ofrecerle humilde sus votos y plegarias; todo allí era veneracion profunda, silencio y pavor, y ¡ay del desgraciado que se atreviese á alargár una mano profana al Santuario. ¡Ay del que ni aun por un motivo de piedad osase tocar el arca santa del testamento! ¡Ay del que sin estar investido de una mision especial, intentase quemar incienso ante el ara sagrada! Bien presto se dejaba sentir la cólera divina sobre el temerario profanador con un castigo visible que infundia en todo el pueblo un pánico aterrador. El mismo Salomon se juzgaba indigno de aparecer delante del *Sancta Sanctorum*, y á pesar de haber agotado en la construccion de aquel grandioso monumento todos los recursos de su munificencia, de su inspiracion, de su génio, y del arte oriental, aun se le figuraba imposible que Dios se dignase morar en él, todavia le parecia nada toda aquella grandeza respecto de lo que merecia aquel á quien le dedicaba. Y ¿quién soy yo, esclamaba, y quién es mi pueblo

como en los templos consagrados á su culto por la religion cristiana. En ellos habita de un modo especial, invisible.

(1) Ad Colos. II, 9.

para osar ofrecer estas cosas, habiéndolas recibido todas de tu mano creadora? (1). Si el cielo y la tierra son una morada bien mezquina é incapaz de contener la inmensidad de tu grandeza, ¿cuánto mas lo será este templo que te he consagrado? (2); Tan alta era la idea que tenia aquel monarca de la divinidad, y tan elevados sus pensamientos cuando se trataba del culto que debía rendirla el hombre! Bien ageno estaba entonces de que habia de llegar un día en que aquel templo debía ser objeto de las mas horribles profanaciones, y que por último desaparecería para no volver á levantarse bajo los golpes del vandalismo romano, del pueblo mas sábio é ilustrado de la tierra. Mas ¿qué es lo que sucede en nuestros templos? ¿Cuáles son los sentimientos de una gran parte de los cristianos respecto de esas augustas moradas del Señor? ¡Ah! Se le ultraja en ellas á todas horas y bajo todas las formas posibles. Se le insulta con acciones indecorosas, con palabras que el pudor reprueba aun en los lugares mas profanos, con gesticulaciones y miradas escandalosas, con conversaciones impúdicas..... Diríase que la corrupción y la inmoralidad, el cinismo y el escándalo han invadido esos asilos de oracion para convertirlos en focos de iniquidad y en centros de obscenidad y de disolucion. No seré yo quien intente entrar en un detalle circunstanciado de los diversos modos con que diariamente se profana la casa de Dios. Esto sobre impertinente y pesado, seria tambien en estremo repugnante para las almas piadosas que vienen á adorarle en ella en espíritu y verdad, además de que desgraciadamente es demasiado público y notorio que jamás el escándalo ha llegado en este punto á tan alto grado como en nuestro siglo. No parece sino que la impiedad, la irreligion, el crimen, vista la impotencia de todos los medios que hasta ahora han puesto en juego para desacreditar el culto católico, se han propuesto vengar su derrota multiplicando en todos sentidos los ultrajes y profanaciones contra el Dios de la santidad, ultrajes y profanaciones tanto mas sensibles, cuanto que afectan mas directamente á su gloria, por

(1) I. Paralip. XXIX. 44.

(2) II. Paral. VI. 48.

perpetrarse en unos sitios consagrados esclusivamente á tributarle homenajes y adoraciones. Yo comprendo fácilmente que haya habido hombres desalmados que en un acceso de furor demagógico, se hayan atrevido á atentar contra la vida de un monarca, espiondo el momento y ocasion oportuna de llevar á cabo sus planes regicidas á la sombra de la oscuridad, ú ocultando el puñal revolucionario bajo el manto de la hipocresía ó de la simulacion; pero que haya habido quien osára presentarse á cara descubierta á profanar la magestad real en su propio alcázar, en presencia de su córte, á vista del imponente aparato de una solemnidad augusta.... ¡Ah! esto no se concibe; y si una vez en nuestros dias llegó á verificarse tamaño atentado que quisiéramos borrar para siempre de nuestra memoria, el mundo todo se llenó de horror, gimió la Europa escandalizada y atónita, y mil y mil voces levantáronse por dó quiera pidiendo que la régia sangre vertida por una mano vil y alevosa, cayese con todo su peso sobre la cabeza del perpetrador de un crimen tan inaudito. Y bien, C. O., ¿es posible que al rey de todo lo criado, al monarca invisible de todos los siglos á cuyos piés arrojan sus cetros y sus coronas todos los monarcas de la tierra se le ultraje de este modo, no una sino mil veces, todos los dias, á todas horas, en su mismo templo, en su mismo trono, sobre esos altares en que diariamente se ofrece víctima de expiacion por los pecados del mundo, en el acto mismo de derramar sobre su pueblo los tesoros de un amor y de una misericordia sin límites, cuando haciendo correr místicamente su sangre sobre el ara santa, está interponiendo sus ruegos entre un mundo criminal y un Dios justamente irritado, y deteniendo su brazo vengador para que no descargue sus iras sobre el pueblo? ¿Y quiénes son los que así se atreven á insultar á la divinidad? ¿Son acaso los infieles que jamás tuvieron conocimiento de la verdadera religion? ¿Son por ventura los herejes que habiendo abjurado sus dogmas sacrosantos han declarado una guerra sin tregua al culto católico? ¿Son quizás los impíos sistemáticos que burlándose de nuestros sublimes misterios y censurando nuestras prácticas de supersticion y fanatismo, se han propuesto acabar si es posible hasta con el último vestigio de nuestras antiguas creencias? ¡Ah! Si así fuese, al

menos tendria el Señor un motivo de qué consolarse, pues al fin todos ellos son enemigos suyos declarados, y en todos tiempos ha habido Heliodoros irreverentes, Antioeos impíos, Nabuzardanes sanguinarios, y Atilas y Gensericos salvajes que han incendiado los templos y destruido los altares, y profanado los santuarios por apoderarse del oro y de las riquezas que contenian. Pero no, no son ya estos los que se atreven á ultrajar la divinidad en su morada; los cristianos mismos, los que se precian del nombre de católicos, los que hacen alarde de creer y profesar todas las verdades de nuestra religion, los que frecuentan los sagrados misterios... esos son los que insultan á Dios en su misma presencia, delante de sus ángeles que invisiblemente le adoran y cantan sus alabanzas, allí mismo donde fueron reengendrados con las aguas del santo bautismo, donde veces tantas les ha perdonado sus pecados y les ha alimentado como á hijos queridos con su carne y sangre preciosas, donde todo respira grandeza y magestad, respeto y veneracion, donde la mente no deberia ocuparse mas que de pensamientos divinos, ni la lengua deberia pronunciar mas que acentos de bendicion y amor, ni el hombre todo manifestar mas que humildad y anonadamiento. ¡Misera- bles! ¿Dónde está vuestra fé? ¿Qué religion es la vuestra? ¿Cuáles vuestras creencias? Si todos esos grandiosos objetos que os rodean en el templo santo no son bastantes para inspiraros sentimientos graves y sublimes, si son insuficientes para contener vuestras irreverencias y desacatos, ¿cómo no temeis al menos las venganzas de un Dios irritado? ¡Pues qué! ¿Así se insulta impunemente al que habita en lo mas alto de los cielos, ante quien tiemblan los orbes, se humillan los elementos, y las celestiales inteligencias se postran reverentes? ¿De este modo se ultraja al que sostiene con uno de sus dedos la inmensa mole del universo, á cuya voz obedecen los astros, y de quien las criaturas todas son los ministros ejecutores de los decretos de su cólera? ¡Ah! Harto hemos experimentado ya la mano pesada del Eterno; demasiado palpables son los castigos con que viene vengando nuestras profanaciones y desacatos contra sus santos templos. La Europa entera ha visto desaparecer bajo la hacha revolucionaria sus mas preciosos monumentos religiosos, en donde se

conservaban á la vez las maravillas del arte, y los prodigios de la civilizacion de muchos siglos. Pero sin ir mas lejos, sin salir de nuestra península, ved esos montones de ruinas hacinadas por la mano destructora de la impiedad. Contemplad por todas partes esa multitud de templos que un dia formaban nuestro orgullo y nuestra gloria convertidos hoy en plazas públicas, en cuarteles, en teatros, en mercados, ó destinados para otros usos no menos profanos. Observad ese culto empobrecido que tiene que sostenerse á espensas de la caridad pública, y sus ministros condenados á mendigar una subsistencia las mas veces indecorosa y nada conforme con las elevadas funciones de su ministerio. Reparad en fin, en tantos monasterios que en otro tiempo eran á la par que albergues de la ciencia y de la virtud, asilos de la mendicidad y de la desgracia, los cuales dejaron de existir para no volverse á levantar jamás, porque Dios en su justa indignacion permitió que hombres especuladores se repartiesen sus despojos como en una guerra de conquista se reparten los vencedores el botin cogido al enemigo. Y bien, C. O., ¿á quién sino á nosotros mismos debemos tamaños desastres? ¿Quién sino nuestras profanaciones é irreverencias pusieron en las manos del Omnipotente el rayo esterminador que redujo á cenizas nuestros mas insignes monumentos religiosos? Me direis que el brazo revolucionario fué quien sembró de ruinas nuestra España. Convengo en ello. Pero ese brazo ¿quién le movió? ¿quién le dió el impulso? Yo sé muy bien que ni una hoja de un árbol se mueve sin un permiso espreso de la Providencia, y por lo tanto todo lo que sucede en el mundo reconoce una causa, un principio; y aunque Dios no puede ser causa ni principio del mal, puede empero permitirle por razones de su alta sabiduría. No trataré pues de investigar las razones que pudo tener el Señor para permitir que el génio de la devastacion se cebase en nuestros templos, é hiciese desaparecer de entre nosotros tantos edificios sagrados destinados al culto católico. Lo que no temeré decir, y para ello me autorizan las sagradas páginas, es que entre los crímenes con que se ultraja á la magestad divina, ninguno hay que castigue con mano tan pesada como los insultos y desafueros cometidos contra su augusta morada: y por consecuencia estoy intima-

mente convencido de que estos mismos insultos, esas profanaciones han sido entre nosotros la principal causa de las desgracias que deploramos. ¿Qué sucedió con el pueblo de Israel? Ninguna nacion del mundo se mostró jamás tan entusiasta por su templo de Jerusalem. Él era su asilo en todos sus infortunios; á él acudia en sus mas apremiantes necesidades; y cuando los enemigos exteriores amenazaban su reposo y bienestar, y cuando las guerras intestinas ponian en inminente riesgo sus instituciones sociales y su porvenir, el templo del Señor era su grito nacional, y á esta invocacion, espresion genuina del sentimiento religioso y patriótico de aquel pueblo, veíanse desaparecer de su seno todos los males y desgracias. Pero llegó un dia en que las profanaciones reiteradas contra aquel sagrado asilo llenaron la medida de las divinas misericordias, y entonces la venganza descargó sus rayos, y en vano invocaron el templo del Señor. Dios se hizo sordo á sus clamores, y el templo desapareció, y cesaron los sacrificios, y no se oyó mas la voz del sacerdote y del levita, y quedó cumplido el vaticinio que tiempo antes pronunciaron los divinos lábios: «El templo que he santificado y consagrado á mi nombre, le arrojare de mi presencia, y será en proverbio y escarnio de todos los pueblos (1).» Ved pues si tuve motivo para consignar como causa principal de los furores que el génio revolucionario ha ejercido en las augustas moradas de la divinidad, los ultrajes y desacatos cometidos en ellas por los cristianos irreverentes. ¡Y ojalá que tras de estos males no vengan todavía otros mayores y mas sensibles! ¡Plegue al cielo que no llegue á verificarse entre nosotros la amenaza lanzada en el Apocalipsis, y que no venga un dia en que no pudiendo sufrir ya más el Señor nuestros escesos, arranque del seno de nuestra patria la antorcha de la fé, y nos deje envueltos en las tinieblas del error! Y entonces, sin templo, sin altar, sin culto, sin creencias, ¿á dónde iriamos á buscar el remedio de nuestros males y el alivio de nuestras desgracias? ¿Qué seria de nosotros? ¿qué de nuestra sociedad? ¿qué de nuestra amada España? No, Dios mio, no se realicen jamás estos tristes presentimientos. Confiamos en vuestra

(1) III. Reg. IX. 7.

misericordia, confiamos en el acendrado catolicismo de la Iberia, confiamos en la piedad de muchas almas que todavía perseveran fieles á sus principios religiosos y que jamás se han mancillado con las profanaciones de la impía Babilonia, confiamos en las oraciones de un pueblo esencialmente religioso que os habeis reservado en medio de la general disolucion que reina entre nosotros, de un pueblo que os adora en espíritu y verdad, y sabrá detener vuestro brazo airado para que no descargueis sobre nuestras cabezas todo el peso de vuestra cólera.

Y aquí, C. O., cúmpleme manifestaros, como os lo prometí en el principio, que la profanacion de los santos templos además de ser el ultraje mas sensible que puede hacerse á la divinidad, es tambien el mas grave insulto hecho al sentimiento religioso de un pueblo católico. Todo pueblo tiene un derecho incontestable á que se respeten sus tradiciones, sus creencias, su culto y sus principios religiosos: pero nadie con mas razon que los pueblos que profesan la verdadera religion de Jesucristo, pueden reclamar ese derecho, y exigir que no sean profanados bajo ningun concepto esos grandiosos objetos que miran con la mas respetuosa veneracion. Y nunca como ahora, nunca como en un siglo que reclama la mas amplia libertad, en política, en ciencias, en religion, y aboga porque se respeten todas las opiniones humanas, cualquiera que sea su color, y aun los errores mismos de la inteligencia y del pensamiento, nunca, repito, con mayor razon que ahora pudieran reclamar para sí esa misma libertad, esa tolerancia los pueblos católicos respecto de los objetos de su culto. Ahora bien, ¿qué otra cosa hace el que bajo cualquier concepto se atreve á profanar los santos templos, sino herir en lo mas vivo los derechos del catolicismo, é insultar altamente el sentimiento religioso del pueblo fiel que vé en esos sagrados asilos otros tantos monumentos de la piedad y de la fé que heredó de sus antepasados? Y no hablo de los que perteneciendo á un culto extraño, osan llevar su impudencia hasta el punto de ridiculizar las prácticas religiosas de nuestra santa religion. Concíbese muy bien que el protestantismo, por ejemplo, que consideró como supersticiones groseras muchas de las ceremonias de la Iglesia romana, y la adoracion de

las santas imágenes, se armase un día de aquella tea incendiaria que hizo desaparecer de los templos del Dios vivo hasta los últimos vestigios de un culto que contaba diez y seis siglos de existencia. Concíbese tambien que el ateismo que en una época no muy remota se propuso desterrar de la culta Europa la idea de la divinidad, y alzar sobre sus ruinas el altar de la razon, se lanzase en un acceso de furor demagógico sobre sus templos, destruyese sus aras, y llenase el mundo de escombros bajo los cuales soterró á la vez los mas grandiosos monumentos del catolicismo y las obras mas preciosas del génio. Y digo que esto se concibe, porque por mas sensible que sea tan horrible desacato, proviene de una mano enemiga; es el producto de la incredulidad ó del error que ciegan lastimosamente á los que se dejan arrastrar de ciertas doctrinas perversas y anticatólicas. Pero que un cristiano que afecta ir al templo á rendir á Dios sus homenajes y adoraciones, se atreva á ultrajarle con sus irreverencias delante de una multitud que le adora piadosa y reverente, esto no se concibe, ni parece caber en lo posible un insulto tan audaz y directo al sentimiento íntimo de un pueblo religioso. ¿No es esto ofenderle en lo que tiene de mas sagrado y respetable? ¿No es hacer gala de un cinismo tanto mas grosero é insultante, cuanto que afecta vivamente á lo que un pueblo estima mas que son sus creencias? ¡Oh! Con razon pudiera apostrofar el pueblo fiel á los profanadores del templo santo, y decirles con S. Pablo: *Numquid domos non habetis?* (4). Si quereis hacer alarde de vuestros escándalos y de vuestra impiedad, ¿por qué elegis al efecto la mansion augusta del Omnipotente? ¿Por qué venis á hacernos experimentar el gravísimo dolor de ser testigos de vuestros desacatos? ¿No teneis casas, no teneis asilos profanos en donde entregaros á vuestros excesos, sin necesidad de venir á insultar atrevidamente á un pueblo que se ocupa en adorar á su Dios y en ofrecerle el culto que vosotros le negais? Nosotros creemos que esta es la casa del Señor, y vosotros venis á convertirla en morada de Satanás; nosotros la respetamos como un asilo de oracion y de santidad, y vosotros venis á

(4) I. Corint. XI. 22.

hacer de ella un albergue de iniquidad y de prostitucion; nosotros elevamos de aquí al cielo acentos de gloria y bendicion, y derramamos sobre el pavimento sagrado lágrimas de compuncion y penitencia, y vosotros osais ofender á la magestad divina que está presente en aquel sagrario, con acentos impuros, con risas irreverentes, con señas lascivas, y con actos que os ruborizariais de ejecutar en una sociedad de buen tono. Apartaos pues de aquí, sacrílegos; marchad lejos de estos muros sagrados á ocultar vuestra impiedad, y no vengais á ultrajar nuestra fé, á denostar nuestras creencias y á insultar nuestros sentimientos religiosos: *Foris canes, et venefici, et impudici, et homicidæ, et idolis servientes, et omnis qui amat et facit mendacium* (1).

¿Y qué consecuencias tan funestas no puede acarrear este desacato en el órden social? ¡Ah! Sabemos cuán activo es por desgracia el veneno del mal ejemplo; sabemos qué ascendiente tan poderoso ejerce sobre ciertos espíritus, especialmente cuando se vé la mas completa impunidad en esta clase de delitos. Cuando menos la fé se entibia, las creencias pierden mucho de su intensidad, las prácticas del culto se llegan á mirar con indiferencia, los sagrados misterios no infunden ya aquel entusiasmo respetuoso que antes causaban en el alma, la sublimidad de las santas festividades de la Iglesia no hacen tanta impresion ni obran tan directamente en la inteligencia y el corazon de los fieles, piérdese insensiblemente el fervor antiguo, se dá entrada á la disipacion, y marchando de un desórden á otro desórden, se llega por último al abismo de la duda y de la incredulidad. Pero el tiempo no me permite estenderme en estas consideraciones. Dejo á vuestro buen juicio el reflexionar hasta dónde puede arrastrar al hombre mas piadoso y mas fuertemente adherido á sus principios religiosos el ejemplo funesto de los profanadores del templo del Señor. Y por lo tanto, convencido de que lo conoceréis muy bien, os exhorto á no dejaros seducir de su influencia. Y vosotros los que os atreveis á perpetrar tamaños desacatos, sabed que cometeis el ultraje mas sensible que puede hacerse á la divinidad, y el

(1) Apoc. XXII. 15.

mas grave insulto al sentimiento religioso del pueblo católico; y que si por lo primero os haceis acreedores á las justas venganzas del cielo, por lo segundo merecis además el anatema de la sociedad á quien acarreis las mas funestas consecuencias. Temed, pues, temed que esos mismos edificios, esas sagradas murallas, esas piedras y las cenizas que reposan en esos sepulcros que hollais con vuestra inmunda planta, y todos esos objetos que ahora son testigos de vuestras irreverencias y profanaciones, levanten un dia su voz para acusaros ante el tribunal supremo, segun el lenguaje de un profeta (1), y haceros los cargos mas terribles en presencia de Jesucristo. Prevenid este golpe indemnizando al Señor con vuestra piedad y religiosa modestia de las ofensas que le hubiéreis hecho, y procurad en adelante honrarle y venerarle de tal manera, que os hagais dignos de habitar un dia por toda la eternidad en el templo augusto de su gloria.

(1) Abae. II. 41.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA I
DE CUARESMA.

CONFUSION Y DESPECHO DE LOS RÉPROBOS EN EL DIA DEL JUICIO, Á
VISTA DE LOS JUSTOS QUE DÓCILES Á LAS INSPIRACIONES DE LA GRACIA
SE CONVIRTIERON EN TIEMPO OPORTUNO.

Generatio mala et adultera signum querit: el signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophete.

Esta raza mala y adúltera pide un prodigio: pero no se le dará otro sino el del profeta Jonás.

MATTH. XII. 39.

SIEMPRE y donde quiera fué la incredulidad odiosa á los ojos del hombre reflexivo y juicioso, siquiera en ocasiones intente ocultar sus criminales designios con el antifaz hipócrita del disimulo, ó tomando un pretesto especioso para sincerar sus actos. Pero cuando prescindiendo de toda especie de consideraciones, se presenta audaz é insultante y no repara en atacar de frente y con el mas repugnante cinismo las verdades mas inconcusas de nuestra religion, entonces llega al mas alto grado la aversion que inspira y se hace acreedora á que Dios tome por su cuenta la venganza de tamaño atentado, por mas que su bondad sea grande y su paciencia y misericordia casi sin límites. Bien patente y manifiesta tenemos esta verdad en la conducta observada por Jesucristo con algunos escribas y fariseos que, segun el relato del Santo Evangelio de este dia intentaron poner á prueba la suma tolerancia con que aquel divino Salvador venia su-

friendo sus continuos y reiterados insultos. No satisfechos con ver cumplidos en su persona todos los vaticinios relativos al Mesias redentor del linaje humano, no contentos con ver impreso en todas sus palabras y acciones el sello de la divinidad, y á pesar de tantas maravillas como venian señalando sus pasos por todos los pueblos y ciudades de la Judea, todavia se atreven á exigir de él nuevas pruebas de su mision, y con orgullosa arrogancia le dicen: *«Maestro, quisiéramos verte hacer algun milagro. Pero Jesucristo les contestó: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio: mas no se le dará otro, sino el del profeta Jonás. Pues asi como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, asi el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. Los naturales de Ninive se levantarán en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán: por cuanto ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás. Y cierto que el que está aqui es mas que Jonás. Tambien la reina del medio dia hará de acusadora en el dia del juicio contra esta generacion perversa y la condenará: pues vino de los confines de la tierra por oír la sabiduria de Salomon, y vosotros no creéis teniendo aqui al que es mas que Salomon.»*

No podia ser mas duro el apóstrofe, ni mas terrible la amenaza. A la par que Jesucristo confunde y hace enmudecer la incredulidad farisaica con el simil tomado de los Ninivitas y de la reina de Sabá, aplaudiendo la docilidad de aquellos en convertirse al Señor al oír la predicacion de su profeta, y echándoles en rostro el entusiasmo de esta en venir de lejanos paises á escuchar al hombre mas sábio del mundo, les aplaza además para el dia del juicio en el que se reserva hacer mas palpable su confusion en presencia de todos los hombres reunidos ante el tribunal supremo, por haberse resistido á creer en sus palabras siendo él mas que Jonás y mas que Salomon. Y no solamente se sirve de esta comparacion para demostrarles su crimen, sino que les promete solemnemente presentarles en aquel dia como fiscales y acusadores á los mismos con cuyo ejemplo hoy les apostrofa.

Todo esto, C. O., encierra una leccion práctica para todos los

cristianos, leccion que en manera alguna debemos dejar pasar desapercibida, pues sus consecuencias son del mas alto interés. ¡Cuántas veces imitando la incredulidad de los escribas y fariseos de nuestro Evangelio, nos hemos atrevido á insultar la bondad y misericordia del Señor, resistiendo á sus llamamientos, aplazando nuestra conversion, y pidiendo en cierto modo sino con las palabras al menos con las obras nuevos prodigios, nuevas señales para convencernos de las verdades que nos enseña el catolicismo respecto de la justicia divina y de los severos castigos que reserva en la eternidad para los malos! ¡Ah! Esto desgraciadamente no es sino un hecho incontable. Todos los dias nos está llamando Jesucristo por mil medios á cual mas eficaces y sensibles; todos los dias estamos presenciando los portentos de su gracia en muchos pecadores que á la voz de sus ministros se levantan del abismo de la culpa y tornan al camino de la salvacion que abandonáran; y todos los dias tambien somos testigos de los prodigios de su justicia que sorprendiendo á innumerables personas en la carrera del crimen de que no quisieron separarse á pesar de sus reiterados llamamientos, las hace descender al abismo de la desgracia eterna cuando mas se lisonjaban con la impunidad de sus delitos. Y bien, A. M., ¿esperaremos á que se verifique en nosotros la amenaza lanzada hoy por Jesucristo, y á vernos confundidos en el dia del juicio cuando ya no habrá lugar á la menor apelacion? No, católicos, no llevemos hasta ese punto nuestra incredulidad ó nuestra resistencia á los divinos llamamientos. Nuestro deber es convertirnos sin dilacion alguna si no queremos esponernos á una perdicion irremediable. Y prescindiendo por hoy de otras consideraciones que nos impulsan á hacerlo cuanto antes, me limitaré únicamente, siguiendo el espiritu del presente Evangelio, á manifestaros la «confusion y el despecho que experimentarán en el dia del juicio los pecadores que no se convirtieron en tiempo oportuno, á vista de los que dóciles á los movimientos de la gracia lo verificaron sin dilacion.» Para tratar dignamente asunto tan importante, imploremos los auxilios divinos, etc.

REFLEXION ÚNICA.

El morir, C. O., es una necesidad imprescindible de todo hombre, y en esto nadie hay que abrigue ni pueda abrigar la menor duda: creer lo contrario seria carecer de sentido comun. Pero esta pension terrible que todos tienen que pagar á la naturaleza, cualquiera que sea su condicion ó rango en el mundo, trae en pos de sí otra mucho mas terrible aun, y de la que tampoco se exime ni el rico, ni el sábio, ni el potentado, nadie en fin, porque todos sin distincion alguna tienen que presentarse en el tribunal inapelable de Dios á dar cuenta estrecha de sus operaciones. Ante él descenden de sus tronos los reyes despojados de sus cetros y coronas; allí aparecen desarmados los conquistadores; y los verdugos y las víctimas, los tiranos bien así como los pueblos oprimidos, todos tienen necesariamente que comparecer á oír el veredicto inapelable, el irrevocable fallo del Omnipotente que decretará gloria ó ignominia eterna, conforme á los méritos ó deméritos que resultaren en aquel gran proceso abierto á todas las generaciones.

Ahora bien, A. M., es un hecho inconcuso, un dogma de verdad eterna, que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que al efecto les dispensa gracias suficientes y auxilios oportunos para conseguirlo. Si desprecian los medios que les proporciona la bondad divina, si resisten á las inspiraciones de la gracia, si se hacen sordos á sus llamamientos, no es sino por un abuso de esa libertad que el Criador dejó á las criaturas racionales, á fin de que su justificacion ó su reprobacion, sus virtudes ó sus vicios, sus merecimientos ó sus deméritos, su gloria ó su ruina sean imputables á ellas solas, como obras de su libre albedrío. En este concepto, nada mas justo, nada mas conforme á los principios de equidad que presiden á todos los actos de Dios, que en el gran jurado á que apelarán en el último día de los siglos, su bondad ultrajada, su misericordia menospreciada,

su justicia escarnecida, y todos sus atributos burlados por el hombre en el tiempo, cada cual reciba entonces el premio debido á sus buenas obras, ó el castigo condigno de sus iniquidades. Esta es una ley del mundo moral cuyo cumplimiento reclama el órden providencial establecido por el supremo Hacedor en todas las cosas y trastornado por el pecado. Y sin ese cumplimiento toda la economía del gobierno divino en el órden espiritual padecería, bien así como padece en el órden material cuando se trastorna una de las leyes físicas que rigen al universo.

Pero dejando aparte las razones de congruencia y las pruebas de todo género que establecen este dogma aterrador, y dando por sentado que en aquel día memorable se manifestarán á la vista de todo el mundo congregado ante el tribunal de Jesucristo todas las iniquidades que ahora se ocultan bajo el velo de la hipocresía ó pasan desapercibidas á favor de la impunidad; y que los hombres y los pueblos todos aparecerán allí en toda su desnudez segun la frase de un profeta, tales cuales fueron y no como aparentaron ser, tales cuales les hicieron sus obras, y no como pretendió hacerles aparecer la adulacion ó la lisonja, el favoritismo ó el poder, la intriga ó el temor, solo pararemos nuestra atencion en una circunstancia de aquella terrible escena, á saber, en la confusion y el despecho que necesariamente han de experimentar los réprobos que ó por incrédulos ó por indiferentes dejaron de convertirse á tiempo, sobre todo al verse fiscalizados y acusados por aquellos que siquiera en dias de delirio se dejasen arrastrar por los impulsos de una naturaleza corrompida, dóciles empero á la voz de la verdad, tornaron en sí, se convirtieron al Señor, y espieron con las lágrimas de la penitencia los extravíos de una juventud mal aconsejada. ¡Ah! No es fácil, C. O., pintaros con sus verdaderos coloridos este cuadro. La elocuencia mas vehemente y la mas poética imaginacion serian insuficientes para daros una justa idea de una situacion tan desesperante. Aun aquí en el mundo, cuando las ilusiones ciegan al alma, cuando las pasiones la ensordecen, cuando el placer derrama sobre sus potencias un sueño soporífero que la hace insensible á todo pensamiento grave y sublime, cuando todo en torno suyo conspira á materializarla y á alejar

de ella la menor idea del porvenir, aun entonces, repito, ¡cuán grande no es el poder del remordimiento en aquellos instantes en que el hombre llega á encontrarse solo consigo mismo, frente á frente de sus maldades, que á manera de nocturno espectro suelen presentársele de cuando en cuando como para recordarle que son hechuras suyas! ¡Cuán insoportable no es el testimonio de una conciencia criminal aun para el hombre mas indiferente y mas avezado al crimen, si acaso en un momento de fria calma acontece sorprenderle con el recuerdo de ciertos hechos que á todo trance procuró olvidar, lanzándose en el gran laberinto de los negocios mundanales ó en el océano de los goces del tiempo! Hemos visto hombres desalmados, criminales de profesion acostumbrados á jugar, si así puede decirse, con la vida de sus semejantes, y á complacerse en ver correr la sangre de sus palpitantes entrañas, llenarse súbitamente de terror y huir despavoridos en ocasiones dadas al verse perseguidos por la sombra de sus víctimas que parecían levantarse de la tumba para pedirles cuenta de su vida. Hemos visto poderosos que no habiendo jamás sabido lo que era el remordimiento, porque rodeados siempre de parásitos y viles aduladores prontos á hacer la apologia de los mas vergonzosos crímenes no pensaron sino en gozar con una espantosa tranquilidad del fruto de sus dilapidaciones é injusticias, conmovirse y palidecer de repente en ciertos momentos críticos á la vista de alguna de las víctimas de su codicia ó de sus odiosos manejos. Esa es, señores, la conciencia, ese fiscal severo, ese juez inexorable, ese acusador importuno á quien no se acalla con el oro, á quien no se impone silencio con las amenazas ni se le doblega con las promesas, que se burla del poder, que no hace caso de los rangos y distinciones sociales, que mira con indiferencia las fortunas, que nos persigue en todas partes, á todas horas, en todas las situaciones de la vida, que busca al monarca en su mismo trono, al opulento en el seno de sus placeres, al conquistador en el teatro de sus glorias, al tirano en la embriaguez de sus triunfos, al voluptuoso en medio de sus delicias, y siempre y donde quiera espia el momento oportuno para clavar su ahijon en el alma mas olvidada de sus futuros destinos.

Pues bien, A. M., si esto acontece ahora, y si tan intolerable nos es el remordimiento á pesar de estar rodeados de tantos objetos que con la mayor facilidad nos hacen olvidar cualquiera idea de disgusto ó de amargura, imaginad si podeis qué será en aquel dia en que, apareciendo los malos delante del juez supremo cargados únicamente del peso de sus iniquidades, rasgado el velo que las cubria, y sin medio alguno de defensa, porque entonces habrán desaparecido para siempre todas esas ilusiones engañosas que aquí nos hacen ver las cosas de un modo muy distinto de lo que realmente son, se verán acusados no solamente por el fiscal terrible de la conciencia que revelará sin rebozo sus crímenes sin que puedan ahogar su grito aterrador todos los poderes ni todas las influencias del mundo, sino tambien por todos los justos que, como asegura Jesucristo en el Evangelio de este dia, se constituirán en denunciadores y testigos de los réprobos. ¡Oh! Qué esto será horroroso en extremo, A. O. M. ¡Cuántos Ninivitas se presentarán á deponer contra esa raza perversa y adúltera de incrédulos que no quisieron convertirse á vista de los mil prodigios de la gracia que Jesucristo obró delante de ellos para demostrarles la grandeza y la divinidad de una religion que pudo hacerles felices en el tiempo y en la eternidad! *Viri Ninivite surgent in juditio et condemnabunt eam.* ¡Cuántos penitentes que lavaron sus estolas en la sangre del Cordero, se levantarán á acusar á esa multitud de pecadores obstinados que á despecho de los continuos llamamientos de la bondad divina se empeñaron en seguir en sus criminales estravíos, y murieron en la impenitencia final! Todos ellos formarán causa comun para denunciar ante aquella augusta asamblea, no solamente las iniquidades públicas con que aquellos escandalizaron á su siglo y á la sociedad en que vivieron, las concusiones del poderoso, las arbitrariedades del dignatario, las rapiñas del ambicioso, las injusticias del magistrado, los ágios del hacendista, la venalidad del juez y otros crímenes que afectaron directamente al órden social, á la moralidad de los pueblos y á los intereses del individuo, sino tambien aquellos que no por ser mas ocultos y de diversa índole, influyeron menos en la desgracia de muchas almas á quienes pervirtieron con el mal ejemplo, ó impidieron

que fuesen virtuosas ó justas: *Surgent... et condemnabunt eam.* Ved, dirán, ese hombre que teniendo continuamente en sus lábios los nombres de honor y probidad, y afectando una rectitud y un desinterés á toda prueba en sus palabras, abusó pérfidamente de la confianza que en él depositaron muchos incautos, y arruinó una multitud de familias que le confiaron sus negocios y sus intereses, no habiendo debido la reputacion honrosa que adquiriera sino á los artificios de una duplicidad manejada con tino, y á las odiosas combinaciones de una perversidad sábia y profunda: *Surgent... et condemnabunt eam.* Ved ese otro que en sus dias era mirado como el tipo de la honradez de los tiempos pasados, y como un modelo acabado de aquella integridad proverbial que distinguia á la magistratura antigua, y que no obstante abrigaba un alma venal y corrompida que traficaba en secreto con la justicia, y engruesaba su fortuna á espensas de la inocencia oprimida y de las lágrimas del huérfano y de la viuda. *Surgent... et condemnabunt eam.* Ved aquel jóven cuya modestia edificaba, cuyo pudor parecia llevado hasta el mas alto punto, y cuya piedad llamaba la atencion de cuantos le conocian, y sin embargo no era en la realidad mas que un impostor, un hipócrita, que no temia abusar de lo que hay de mas santo y venerable en nuestra religion, para mejor encubrir vicios altamente vergonzosos, y crímenes é infamias de que se hubiera ruborizado el mas impudente y cínico libertino. *Surgent... et condemnabunt eam.* Ved aquella esposa que pasaba por un modelo de ternura y fidelidad conyugal, aquella doncella que parecia la gloria y el honor de la virginidad, aquel sacerdote en cuyo porte brillaba toda la pureza y santidad de un digno ministro del santuario, aquel anciano en cuya nevada cabeza creeríase ver toda la dignidad de los tiempos de Daniel, y que bajo todas esas exterioridades ocultaban pasiones ignominiosas, hábitos vergonzosos, vicios repugnantes, una indiferencia glacial hácia sus respectivos deberes, y un olvido completo de su salvacion. *Surgent... et condemnabunt eam.* No habrá un crimen, no habrá una maldad ni un vicio que allí no se denuncie en alta voz. Lo que con mas empeño se procuró ocultar entre las sombras del misterio, lo que á costa de mil infamias secretas se intentó

sepultar en el mas profundo olvido, lo que no se hubiera querido ver revelado aun cuando para evitar la publicidad hubiera sido necesario hacer el sacrificio de una fortuna inmensa, todo se manifestará allí á la gran luz del dia: y rasgado el velo que en este mundo encubria tantos misterios de iniquidad, saldrán del abismo del corazon humano mil mónstruos de abominacion y de torpeza, que asaltarán al pecador y desgarrarán sus entrañas con la memoria de su pasada impunidad, convertida ahora en ignominia y tormento insufrible. Entonces tendrá cumplido efecto aquel vaticinio del Señor por boca del profeta Ezequiel: «Yo quebrantaré su corazon adúltero que se apartó de mí, y humillaré sus ojos, y ellos se disgustarán de sí mismos al recordar las maldades que cometieron en todas sus abominaciones; y conocerán que no en valde les prometí que haria en ellos tal escarmiento... El fin llega para tí, generacion pecadora, y derramaré sobre tí mi furor, y te juzgaré segun tus procederes, y pondré tus obras encima de tí, y desahogaré en tí mi venganza, y colocaré sobre tí todas tus maldades (1).» ¿Y quién podrá soportar esta manifestacion terrible de sus crímenes? ¿Quién resistir el peso del remordimiento escitado por el recuerdo de tantas ocasiones de convertirse menospreciadas, de tantos ausilios divinos malogrados, de tantas inspiraciones del cielo que se dejaron pasar desapercibidas, y que aprovechadas hubieran podido proporcionar una corona inmortal? ¿Cuál será la amargura, cuánto el despecho y cuán grande la confusion del pecador impenitente y réprobo en presencia de una innumerable multitud de justos ó penitentes que, segun el lenguaje del Salmista, se reirán de él, lo escarnecerán y apostrofarán diciendo: «Hé ahí el que mientras vivió en la tierra se desentendió de Dios como sino necesitase de él para nada, trató su religion de quimera, sus dogmas de preocupaciones, su moral de invencion humana, quebrantando sus preceptos con el mas impudente cinismo, ó insultando su justicia como si no hubiese de llegar jamás este dia de las venganzas.» *Et super eum ridebunt, et dicent: Ecce homo qui non posuit Deum adiutorium suum.* Hé

(1) Ezeq. VII. 6 et seq.

ahí ese que vertiendo por do quiera el veneno de la inmoralidad y de la licencia en sus producciones impías y obscenas, corrompió las costumbres públicas y privadas, apagó la fé de innumerables personas que se dejaron seducir de sus doctrinas, é hizo millares de víctimas del infierno: *Ecce...* Hé ahí aquel que abusando de su génio y haciendo servir las ciencias, las artes, la industria y todo género de conocimientos humanos al triunfo del vicio y del error, y á la propagacion de las ideas mas anticristianas y absurdas, abrió en el seno de la sociedad una fuente inagotable de perdicion para todos cuantos bebieron sus aguas corrompidas. *Ecce...*

Pero no continuemos, A. M., ese catálogo de acusaciones que los justos harán en aquel día tremendo al pecador obstinado é impenitente. Contraigámonos mas á nuestro asunto, y reflexionemos cuál será su confusion y su despecho á la vista de tantos otros que, dóciles á las inspiraciones de la gracia, supieron triunfar de sí mismos y expiar con lágrimas de verdadero arrepentimiento sus defectos y extravíos. Preciso le será sostener el contraste que formará su propia degradacion é ignominia con la gloria y el resplandor de aquellos. ¡Y qué comparaciones tan amargas, qué reflexiones tan terribles no le inspirará entonces su conciencia! Entre todas las voces que se levantarán en derredor suyo, ninguna será tan fuerte y aterradora como la que se elevará del fondo de su alma para condenarse á sí mismo. *Surgent... et condemnabunt eam.* Ella sí, su conciencia, enemigo encarnizado y doméstico, testigo irrecusable y ejecutor de las venganzas del Eterno, una vez recobrados sus derechos y su libertad que el pecador tuvo encadenada y oprimida en esta vida, se alzará irritada y furiosa y le recordará con los mas negros colores sus infamias é iniquidades, su aversion hácia el bien y su amor al mal, su resistencia á las luces de la razon, el desprecio y abuso de las gracias celestiales, su ingratitude á Dios, y su ódio á la virtud. Y al ver elevarse en los aires el signo augusto de la redencion del mundo, hé ahí, se dirá á sí mismo, el símbolo de paz y de misericordia que tantas veces escarneí en el mundo, convertido ahora para mí en signo de reprobacion y de venganza. Teñido por mí con la sangre de la adorable víctima del Calvario, y rociado con mis lágrimas,

hubiera sido hoy mi gozo y mi gloria, en vez de que por haberle profanado con mis maldades, se presenta ante mis ojos como un objeto de desesperacion y de terror. Y cuando desfilando en su presencia los justos para colocarse á la diestra de Jesucristo, se verá él con los réprobos á la izquierda, su despecho no tendrá limites, y entre angustias indefinibles, y entre inútiles sollozos, y entre arranques infructuosos de rábia y de furor «yo tambien, esclamará, pude hacer lo que hicieron esos hombres que rodeados de los mismos peligros, y herederos de las mismas pasiones, y con idénticas preocupaciones é iguales hábitos, supieron no obstante triunfar de todos esos elementos de perdicion, y vencer todos los obstáculos que el mundo, el demonio y el infierno opusieron á la eterna felicidad de que ahora van á gozar. Yo tambien tuve las mismas luces que ellos, los mismos remordimientos, y las mismas gracias que les han salvado; y no obstante, todo lo menosprecié, y me burlé de ellos como de unos nécios que se sacrificaban á una esperanza ideal, y me mofé de lo que yo creia un exceso de fanatismo, y les apostrofé porque se privaban de unos goces ciertos y presentes por una felicidad inexistente y quimérica... ; Desgraciado de mí mil veces! Ellos ahora son contados entre los hijos de Dios, todo el universo celebra su victoria, van á entrar en una vida inmortal de delicias y goces sin fin, mientras á mí no me resta mas que una eternidad de desgracias y tormentos indefinibles.

No me siento, A. O., con fuerzas suficientes (ni el tiempo me lo permitiria tampoco) para prolongar mas ese cuadro aterrador. Y no creais que lo dicho sea únicamente una figura oratoria ó un rasgo de mi imaginacion acalorada. No: es la realidad, es lo que ha de suceder en el dia del juicio como nos lo advierte Jesucristo en el Evangelio de este dia. ¿Y no estamos viendo frecuentemente en el mundo un bosquejo, aunque imperfecto, de aquella escena terrible? ;Con qué vehemencia no obra el remordimiento y el despecho en el corazon del hombre cuando aun en los asuntos puramente materiales de la vida presente incurre en un error que hubiera podido evitar! ;Cuán insufrible no es esa voz interior que le reprocha importuna su impremeditacion ó su desacierto! «¡Oh! ;Si yo hubiera

dirigido de este modo tal negocio! ¡Ojalá hubiera pensado en tal medio de realizar aquella especulación! ¡Que no haya previsto este ó aquel inconveniente!.....» Tales son, señores, las exclamaciones comunes del que ha errado en un asunto de importancia, y hé ahí el testimonio de la conciencia que le acusa aun en aquello que ninguna relacion tiene con el gran negocio de la salvacion. ¿Con cuánta mas razon sucederá esto en los errores que se refieren al eterno porvenir del alma? Y si no nos es posible acallar aquí ese grito, y si no podemos prescindir de experimentar el punzante aguijon de ese fiscal severo, ¿podremos desentendernos de él y ahogar su voz en el tribunal supremo? ¿No será entonces para nosotros el enemigo mas fiero é implacable? Lo será, A. O., y nada habrá capaz de libertarnos de ese poder formidable que si ahora nos persigue á todas partes sin que nos sea dado esquivar su testimonio, entonces permitiéndolo así Dios en justa espiacion del desprecio que al presente hacemos de sus llamamientos, será el primero en denunciar públicamente nuestros delitos, y en descubrir los mas ocultos repliegues de nuestro corazon.

Si pues queremos evitar en aquel dia su fiscalizacion terrible, si deseamos que en vez de acusarnos nos defienda, escuchemos ahora su voz, y aprovechándonos de sus reprensiones pongamos en práctica los medios de salvacion que la bondad divina nos proporciona á cada momento, espiemos con la penitencia nuestros desórdenes, convirtámonos sinceramente, pues el arrepentimiento tiene reservada su gloria bien así como la inocencia, y hay en el cielo laureles inmortales para los penitentes que purifican sus almas en las fuentes de la misericordia y de la espiacion, lo mismo que para los justos que no tuvieron necesidad de arrepentirse. No olvidemos jamás la amenaza que Jesucristo hace en el santo Evangelio á los pecadores obstinados y renitentes. No demos lugar con nuestras dilaciones en convertirnos, á que pase el dia, y nos sorprenda aquella noche eterna en que ya no nos será posible obrar (1); practiquemos el bien ahora que tenemos tiempo oportuno y dias de salvacion (2). Temamos de lo contrario

(1) Joan. IX. 4.

(2) Ad Galat. VI. 10.

aquel día supremo en que ha de abrirse el gran proceso á todas las generaciones, día de ira y de venganza en que segun la espresion del Salvador se levantarán los habitantes de Ninive para condenar á la raza perversa que le desconoció y menospreció en el mundo, en que los justos todos se alzarán de mancomun para acusar á los réprobos ante su juez, y mas que todos la conciencia misma del hombre pecador é impenitente será su fiscal, su tirano y su verdugo. ¡Oh! No pidamos milagros ni señales de ninguna especie para convencernos de esta verdad estremecedora, como pedian los escribas y fariseos del Evangelio; hartó evidenciada está por las palabras del que es la verdad eterna é infalible. Ni un momento tardemos en convertirnos, porque acaso ese momento sea el que ha de decidir de nuestro porvenir, haciéndonos objetos de una reprobacion eterna, ó preparándonos una perdurable inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL JUEVES DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

CARACTERES DE LA CONFIANZA CRISTIANA EN LA BONDAD DE DIOS.

¡O *mulier!* magna est fides tua.

¡Oh muger! grande es tu fé.

MATTH. XV. 28.

QUE Dios es esencialmente bondadoso, rico en misericordia é inclinado siempre á perdonar al pecador, es una verdad inconcusa de nuestra religion, y uno de sus dogmas mas consoladores. Bajo este concepto nada mas justo ni mas conforme con los designios de nuestro adorado Salvador Jesus, que confiar siempre en él y recurrir á su seno amoroso y paternal en todas nuestras necesidades. Desgraciadamente el hombre, que propende naturalmente á los extremos y rara vez se fija en un justo medio en sus operaciones, suele pecar en el punto en cuestion, ya por exceso ó ya por defecto, esto es, ora por una presuncion insensata que le hace confiar demasiado y por consiguiente abusar de la bondad divina, ora por una desconfianza desmedida que le arrastra á veces al abismo de la desesperacion. Extremos ambos reprobables y opuestos á los principios del catolicismo, segun los cuales si bien nunca es licito desesperar ni aun dudar

de la misericordia del Señor por grandes que sean los pecados en que hayamos podido incurrir, tampoco lo es el insultar su justicia abusando torpemente de la tolerancia con que disimula nuestros defectos con la esperanza de la impunidad. Y ved, A. O., lo que hoy nos demuestra el Santo Evangelio proponiéndonos el ejemplo de la muger de Canan.

«Retirábase Jesucristo hácia el pais de Tyro y de Sidon, cuando hé aquí que una muger Cananea, venida de aquel territorio, empezó á dar voces diciendo: Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.» Hed ahí el grito de la fé, el sentimiento innato de toda alma naturalmente cristiana, como se espresa Tertuliano, que en sus infortunios, en sus adversidades, y en todas las desgracias de la vida busca siempre á Dios, único que puede curar todas las heridas del corazon humano y satisfacer cumplidamente todas sus necesidades. Así lo hizo efectivamente la Cananea, aunque gentil, y con una fé tan firme, con una confianza tan filial al par que humilde, que no se desmiente ni un instante á pesar de la dureza con que el Salvador rechaza sus pretensiones, y de la indiferencia con que se desentiende de sus ruegos, puesto que *«Jesus no la respondió una palabra. Sus discipulos no obstante, acercándose intercedian diciéndole: Concédela lo que te pide, pues viene gritando en pos de nosotros. A lo cual respondió Jesus: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.»* Esta repulsa que hubiera desconcertado al hombre mas animoso, no es bastante á hacer caer de ánimo á aquella muger extraordinaria. El amor maternal por una parte la dá valor suficiente para resistir á aquella dura prueba, y por otra su grande fé en el poder y bondad de aquel á quien suplica, la hace confiar que al fin se dejará mover de sus importunos ruegos. Asi que, *«se acerca á él, y le adora diciendo: Señor, socórreme. Mas él la contestó: No es justo tomar del pan de los hijos, y echarle á los perros.»* Entonces la Cananea que habia mostrado una confianza tan superior á todos los obstáculos, é imperturbable en medio de tan amargos desaires, no manifiesta menos la humildad de su corazon, diciendo: *«Verdad es, Señor; pero tambien los perritos comen de las migajas*

que caen de la mesa de sus amos.» Jesucristo no puede resistirse ya á un testimonio tan insigne, y maravillado de tanto heroísmo, esclama: «¡Oh muger! grande es tu fé; hágase conforme lo deseas. Y en aquel mismo instante quedó curada su hija.»

Ved, C. O., la gran lección que hoy nos dá una muger infiel, salida de la raza de Canan. La discípula del gentilismo se convierte en maestra de los cristianos, y nos enseña prácticamente los caracteres de la verdadera confianza, de esa confianza que teniendo por base la fé en la bondad y misericordia del Señor, es siempre firme, siempre imperturbable, y no se deja debilitar por las adversidades y reveses de esta vida: y apoyada al propio tiempo en una humildad sincera y cordial, nada espera de los méritos del hombre, no presume de sí misma, y todo lo deja en las manos de Dios de quien únicamente puede venirle el auxilio, como que es el Padre de las Luces de donde procede todo don bueno y perfecto, y que no está sujeto á la movilidad del tiempo ni á las vicisitudes de la humanidad (1). Hé aquí, A. M., descubierto todo el plan de mi discurso, en el que me propongo hablaros de esos dos caracteres que debe tener la confianza cristiana. La bondad de Dios y la fé en sus promesas nos obligan á confiar en él siempre y en medio de los mayores obstáculos, sin desalentarnos por los acontecimientos adversos que parecen oponerse al logro de nuestros justos deseos: pero su justicia nos hace un deber de no presumir jamás de nosotros mismos, y de someternos humildemente á los decretos de su adorable Providencia. Para poder hablar dignamente de este asunto, ayudadme á pedir las luces celestiales por la intercesion de la augusta Madre de Jesus, etc.

Ave María.

REFLEXION ÚNICA.

Si hay un punto de nuestra religion adorable que no pueda admitir tergiversacion alguna y del que no sea posible dudar un solo

(1) Jacob. I. 47.

instante, es el que consigna que el Dios á quien servimos y adoramos es esencialmente amor, y que sobre el amor descansa todo el sistema y toda la economía de su ley sacrosanta (1). Y siendo el amor el primer atributo de la divinidad, la bondad y la misericordia no pueden separarse de él, y por consiguiente no hay momento de la vida en que el hombre no deba ofrecer á su Dios el homenaje de su confianza, homenaje que exige de nosotros por mil títulos á cual mas brillantes, y de los que prescindiré en esta ocasion para contraerme únicamente al que acabo de indicar como fundamento de mis reflexiones, á saber, la fé en sus divinas promesas.

Difícil seria hallar una sola página de los santos libros en que no broten, por decirlo así, los testimonios mas consoladores de aquella bondad sin límites con que el Señor nos promete su auxilio en todas nuestras necesidades. Unas veces á manera de padre tierno y cariñoso, nos convida á lanzarnos en su amoroso seno y á buscar en él el descanso en nuestras fatigas y el solaz en nuestros trabajos, diciendo: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os aliviaré (2).» Otras brindándonos con los tesoros de su próspera munificencia nos exhorta á abandonarnos en sus brazos y á confiarle todos nuestros deseos, seguros de encontrar en él la cumplida satisfacción de nuestras aspiraciones, con estas palabras: «Poned todos vuestros pensamientos en Dios, y él os alimentará, pues nunca deja al justo fluctuar á la ventura en medio de las privaciones de este mundo (3).» Ya transformándose en Pastor celoso y amante protesta que jamás descuidará las ovejas que se le han confiado, que alentará á las tímidas, curará á las enfermas, fortalecerá á las débiles, y á todas las conducirá á los pastos eternos de la vida (4). Ya mostrándose amigo fiel y generoso nos importuna para que le pidamos todo género de gracias como depositario que es de los inagotables tesoros del cielo (5). Ora... Pero basta, O. M., ni yo podria sin abusar de

(1) Malth. XXII. 40.

(2) Ibid. XI. 28.

(3) Psalm. LIV. 23.

(4) Ezech. XXXIV. 12 et seq.

(5) Joan. XVI. 24.

vuestra atencion reproducir los innumerables pasages de la Escritura que demuestran la infinita bondad de nuestro Dios, y las solemnes promesas con que se ha comprometido á favorecernos y á escuchar nuestras plegarias, ni tampoco lo necesitais vosotros, bien convencidos de una verdad que forma una de las mas bellas páginas del catolicismo.

Ahora bien, A. M., ¿no es un deber nuestro el corresponder á esa bondad infinita con una confianza ilimitada, imperturbable, robusta, y superior á todos los contratiempos de la vida, y á los reveses y adversidades que de continuo nos rodean en el mundo? Graves son sin duda y en extremo sensibles los males que amargan la existencia del hombre. Desde el dia en que vé la luz por primera vez hasta aquel en que cierra sus ojos para no volver á abrirlos mas á los encantos de la creacion, sus plantas pisan un suelo herizado de abrojos, y por do quiera no experimenta otra cosa que pesar y afliccion. Desde la cuna en donde el llanto es su primer acento, su espresion primera, hasta el sepulcro donde terminan para siempre todos sus proyectos y aspiraciones, nada encuentra en derredor de sí mas que infortunios, sinsabores, molestias, peligros y desgracias de todo género. La adversidad le abate, los dolores le atormentan, las privaciones le acobardan, la tristeza le debilita, las enfermedades acibaran todos sus goces, y las pasiones todas le hacen la mas cruda guerra. Es como una flor delicada que el mas ligero viento marchita, haciendo desaparecer su aparente belleza y lozania. Es un sér peregrino en esta tierra de destierro donde solo vive algunos dias cercado de miserias para huir en breve como una sombra fugitiva, siendo la inestabilidad una condicion esencial de su efimera existencia (1). ¿Y no es esto mismo, A. M., una razon de mas para que el hombre ponga toda su confianza únicamente en aquel Señor que nunca cambia, que es siempre invariable, y domina con su poder todos los acontecimientos del tiempo? De lo contrario, ¿qué fé es esa que afectais tener en la bondad infinita de Dios y en sus infalibles promesas? Yo no concibo esa monstruosa contradiccion que

(1) Job. XIV. 1. 2.

frecuentemente se advierte en la conducta de muchos cristianos con mengua y baldon de sus creencias. Creer en un Dios cuya providencia se estiende á todo y cuyas miradas están siempre fijas aun en las avecillas del aire, y desconfiar de él en aquellos momentos críticos en que la adversidad llega á tocarnos con su mano de hierro! ¡Creer en un Dios que tiene encadenados á su omnipotente voluntad todos los sucesos del mundo y sin cuyo permiso no se mueve ni aun la hoja del árbol, y abatirse y acobardarse tan luego como el menor acontecimiento contraría nuestros planes ó deshace nuestros proyectos! ¡Creer en un Dios cuya infinita sabiduría se burla de todos los obstáculos y los convierte cuando le place en medios para llegar á sus adorables fines, y desconcertarse y caer de ánimo por el mas leve contratiempo que nos suceda en nuestros negocios! ¡Creer en fin en un Dios que ha empeñado su palabra en favor del hombre y le ha prometido su proteccion en todas sus necesidades, y dejarse arrastrar de una vergonzosa desconfianza cuando no logra inmediatamente sus deseos! ¡Pues qué! ¿Pretenderemos acaso tener á nuestras órdenes la Providencia, marcar un tiempo limitado á su accion paternal, ó sujetarla á nuestras caprichosas exigencias? No, A. O., no incurrais en el error gravísimo de creer que el que os ha prometido su proteccion se haya obligado á dispensárosela cuándo y como vosotros querais. ¡Es tan limitada y pobre la inteligencia humana! ¡Conoce tan poco sus verdaderas necesidades! ¡Se equivoca tan frecuentemente en sus cálculos! Además de que, ¿qué mérito tendria nuestra confianza en Dios, si pudiésemos saber de antemano los secretos de su providencia? ¿No veis que entonces se destruiria el fundamento de esta virtud, puesto que en nada y para nada entraria en ella la fé que es el principio culminante de nuestros merecimientos? Cuando el padre de los creyentes levantaba su cuchillo para inmolar lo que mas amaba en el mundo en cumplimiento de una orden del cielo, ¿sabia por ventura que un ángel detendria su brazo en el momento crítico de ir á descargar el golpe? Cuando el príncipe mas opulento de Idumea bendecia á Dios y esperaba en su bondad en medio del mas profundo abatimiento y en el colmo de la adversidad, ¿podia siquiera imaginar que llegaria un

dia en que se viese rehabilitado en su antigua posicion y gozando de riquezas mucho mas cuantiosas que las que habia perdido? Y cuando aquel Joseph vendido pérfidamente por sus hermanos y cautivo en tierra estraña confiaba en las misericordias del Dios de Israel aun en los horrores de una dura prision, y cuando gemia victima de la venganza mas injusta y del mas criminal olvido, ¿tenia ni podia tener la mas remota idea de que en un dia no muy lejano se habia de ver proclamado virey de todo Egipto y padre de todo aquel pueblo? ¡Ah! No todos estos confiaron en Dios cuando ni el menor vislumbre podian tener del desenlace de sus destinos, cuando mas se encrudecia la adversidad, cuando eran mayores sus infortunios, cuando á juzgar por las apariencias humanas ni la menor esperanza podian tener de ver cambiarse su suerte. Esto es, A. M., lo que llama el Apóstol esperar contra la misma esperanza (1), fundándose únicamente en la fé en las divinas promesas. Esta es la confianza que de nosotros exige el Señor, confianza ciega, firme, inalterable, que no se debilita por los contratiempos, ni se abate en la desgracia, ni desespera en la adversidad, antes bien cuanto mayores son los peligros, cuanto mas crudo el combate, cuanto mas grave el infortunio, y cuanto menores las probabilidades de buen éxito en el orden comun de las cosas, tanto mas energía adquiere, con tanta mayor fé invoca la proteccion del cielo, con tanto mayor amor se lanza en los brazos de la Providencia, porque sabe muy bien en quien cree y espera, y está cierta del poder de un Dios á quien como dice bellamente San Agustin, ni los accidentes humanos privan de su bondad, ni los males del tiempo despojan de su omnipotencia, ni las vicisitudes del mundo disminuyen en lo mas mínimo su sabiduría.

Así han esperado siempre los justos, siendo la fé el único apoyo de su confianza. Así esperó David en medio de las persecuciones de un rey envidioso, de las conspiraciones de sus hijos, y de la rebelion de sus vasallos. Así esperó Ezequías en medio de los insultos de sus victoriosos enemigos. Así esperó Susana victima de la mas horrorosa

(1) Ad Rom. IV. 18.

calumnia. Así esperó Judith en el gran peligro á que se espuso por la salvacion de su pueblo. Así esperó en fin la Cananea de nuestro Evangelio cuando á pesar de las amargas repulsas del Salvador no por eso se desconcertaba, sino que seguia en pos de él gritando: «Jesus, hijo de David, ten piedad de mí.» Y si esto sucedia, A. M., cuando todavía no se habia manifestado la bondad divina en toda su plenitud, cuando la humanidad vivia aun, por decirlo así, bajo la ley de la justicia y el Señor no se dejaba ver sino como un Dios terrible y vengador, ¿cuánto mayor no deberá ser la confianza del cristiano que vive bajo una ley de amor y de misericordia? ¿Qué no podrá, que no deberá esperar del que no dudó sacrificar á su unigénito por salvar al mundo pecador, del que por redimir al linage humano no economizó ni aun la sangre divina del Verbo hecho hombre (1)? Sí, católicos, la sangre de Jesucristo es la garantía de nuestra confianza; con ella nos afianzó sus divinas promesas; ella está ahí para responder de su cumplimiento. ¿Y será posible que nosotros neguemos á Dios lo que tan fácilmente damos al hombre, al hombre miserable, impotente, variable, y que rara vez deja de abusar de esa misma confianza que en él depositamos! ¿No es esto la injusticia mas atroz é incalificable? ¿No es esto una especie de idolatría no menos injuriosa al Señor á quien despojamos de un derecho que él solo puede reclamar de nosotros, que opuesta á nuestros propios intereses? Buscar fuera de Dios lo que solo de él puede esperar el hombre, es dar á este un culto indebido, es desconocer los principales atributos de la divinidad, es ofender su soberania y poner en duda su poder, es en una palabra negar su bondad y abjurar de la fé. Y entonces ¿con qué derecho invocariamos como la muger de nuestro Evangelio, sus piedades y misericordias? ¿Cómo nos atreveríamos á alzar nuestra voz para pedirle el alivio de nuestros males? ¡Ah! Nunca como entonces pudiera decirnos el Señor lo que contestó á la Cananea: «Mi mision no se estiende á vosotros: *Non sum missus nisi ad oves que perierunt domus Israel.* No soy yo quien debo escuchar vuestros clamores. Acudid á esas divinidades que os habeis

(1) Ibid. VIII. 32.

forjado, y á quienes habeis hecho depositarias de vuestra confianza. Cuando en la adversidad visteis al parecer trastornados vuestros proyectos y esperanzas, ¿no acudisteis á solicitar el favor y la proteccion de otros hombres tan impotentes como vosotros mismos, cual si yo nada pudiese hacer en vuestro favor? En los dias amargos en que la desgracia os probó de mil maneras, no os cansásteis de clamar á mí, y corrísteis á mendigar un débil consuelo en el seno del corazon humano, como si ya se hubiese agotado mi bondad, ó mi poder fuese insuficiente para remediar vuestros infortunios? Y cuando en los varios reveses que sufristeis en vuestra fortuna, en vuestra salud, en vuestra reputacion ó en vuestros mas caros objetos, visteis que á pesar de recurrir á mí no mejoraba vuestra posicion, ¿no me volvisteis la espalda, y fuísteis á buscar el apoyo de un poderoso, la recomendacion de un amigo, ó la influencia de un mortal afortunado, cual si ellos pudiesen cambiar vuestros destinos, ó como si no supiese yo mejor que vosotros mismos lo que convenia á vuestra felicidad? ¿Así habeis desconfiado de mi bondad? ¿De esta suerte habeis olvidado mis promesas? ¿Tan injustamente habeis pensado de mi Providencia? Pues id en buen hora á esos protectores á quienes habeis hecho depositarios de la confianza que á mí me retirásteis, acudid á ellos en vuestras cuitas y adversidades; que desplieguen en vuestro favor su orgullosa proteccion; que desmientan si pueden mis promesas; que cambien los decretos de mi Providencia, y os salven en el dia del infortunio: *Surgant et opitulentur vobis* (1). En cuanto á mí, nada tengo que ver con quien de esta suerte ha desconfiado de mis solemnes palabras, con quien así ha faltado á la fé: mi mision está reservada para los verdaderos creyentes, para los que siempre y á pesar de todas las contradicciones humanas y á despecho de los mas récios embates de la adversidad, permanecen constantes en su confianza y firmes é inalterables como la montaña de Sion. (2) Pero los que á manera de las hojas de un árbol enfermizo se dejan arrastrar á la desconfianza por el menor viento de la desgracia, los que

(1) Deuter. XXII. 38.

(2) Psalm. CXXIV. 4.

solo acuden á mí cuando ninguna otra voz responde á sus plegarias, esos no me pertenecen: *Non sum missus nisi ad oves.*» ¿Y no sería esta, señores, la mas justa punicion y la venganza mas condigna de nuestra desconfianza? Lo sería, si, tan justa como merecida. Sea pues nuestra confianza en el Señor firme, constante, invulnerable, perseverante, como la de la Cananea: y aunque al parecer nos veamos como ella rechazados por el Señor, aun cuando parezca desentenderse de nuestras súplicas y desdeñar nuestros ruegos, y crezca la adversidad, y se aumenten nuestras desgracias, y nuevas pruebas vengan á sumirnos en la afliccion, entonces mas que nunca reiteremos nuestros ruegos y como la muger de Canan no cesemos de gritar: «Señor, socórreme:» *Domine adjuva me;* y esperemos con humilde resignacion en sus altísimos designios sin presumir de nosotros mismos, que es el segundo carácter que debe tener la confianza cristiana, como voy á manifestaros con la brevedad posible.

Si grata es á los ojos de Dios una confianza robusta apoyada en la fé, en su bondad y en sus divinas promesas, una confianza arrogante y presuntuosa no puede menos de serle estremadamente odiosa y desagradable. ¿Qué es el hombre para que pueda presumir nada de sí propio? ¿Cuáles son sus méritos para que en ellos pueda fundar el menor derecho á las bondades y misericordias del cielo? Hijo de la nada, no tiene de suyo otra cosa mas que miseria y pecado: ¡y sin embargo, A. M., el hombre se atreve frecuentemente á insultar á Dios con su nécia presuncion! Porque insulto es y muy grave confiar en su bondad cuando con sus crímenes está armando el brazo de su justicia; insulto es esperar sus favores cuando con el abuso que de ellos hace se hace indigno de recibirlos; insulto es contar con su protección cuando solo se sirve de ella para ofenderle mas impunemente; insulto es acudir á él en sus necesidades cuando de los mismos dones de su Providencia hace armas para burlarse de sus amenazas; insulto es en fin pensar que le ha de socorrer en la adversidad, cuando en la prosperidad vive olvidado de sus leyes y tras-pasa impiamente sus divinos preceptos.

¿Y no es esta desgraciadamente la confianza de muchos cristianos? ¿No es esto lo que todos los dias estamos viendo con vergüenza de

nuestra fé y de nuestras creencias? Y hay todavía mas, A. O. No parece sino que Dios es únicamente el instrumento de nuestros caprichos, ó que solo nos acordamos de él cuando por otro medio no nos es posible satisfacer nuestras exigencias. Trátese de un proyecto de intereses: todo se espera de los hombres, todo se confía al buen giro de la especulación, en todo y para todo se consulta á los principios de la ciencia económica; por lo demás Dios ni su providencia en nada ni por nada entran en el negocio. Sea cuestion de un enlace ventajoso ó de un asunto de familia: se buscarán todos los medios de sacar el mejor partido posible aunque sea á costa de intrigas y secretos amaños, se pondrá en juego la astucia, el favor, la intriga y todas las malas pasiones que en semejantes casos se doran con el nombre de conveniencia, pero bajo ningun concepto se acudiré á Dios á pedirle sus luces para el mejor acierto. Lo mismo pudiéramos decir discurriendo por los demás asuntos que suelen ofrecerse en el trato humano. Dios es como si no existiese, su providencia como si no fuese mas que un nombre, y únicamente cuando agotados ya todos los recursos, cuando vista la inutilidad de todos los medios, cuando convencidos los hombres de su propia impotencia no les resta esperanza alguna de salir con sus empresas, entonces es cuando suelen acordarse de la bondad divina, y recurrir á ella con una confianza que yo no dudaré llamar forzada, con una fé que nada tiene de sobrenatural, con una presuncion, y hé aquí su propio nombre, que lejos de mover al Señor á piedad no puede menos de escitar toda su cólera.

No, A. M., no es esta la confianza que Dios exige y espera de nosotros, como un tributo debido á su soberanía, y como una muestra de nuestra fé y de nuestro amor. La confianza que es aceptable á sus divinos ojos, la que mueve á clemencia su corazon bondadoso, la que arranca de su seno inagotables tesoros de misericordia, la que hace llover sobre el mundo los raudales de su providencia, es esa confianza humilde que apoyándose únicamente en lo que Dios es, en lo que puede, y en lo que ha prometido hacer en favor de la humanidad, recurre en todo tiempo á él, todo lo espera de él, y sin presumir nada de los merecimientos del hombre,

solo reconoce por principio y origen de todo bien á aquel que es infinito en su poder, inmenso en su sabiduría, rico en bondad y en misericordia, padre pródigo, amigo fiel, pastor amante, y en su consecuencia deposita en su seno todos sus cuidados y necesidades, recurre á él en todos sus infortunios, y se somete humildemente á los decretos adorables de su providencia.

Y en efecto, Católicos, no hay arma mas poderosa para ablandar el corazon de Dios, y obligarle á derramar sus misericordias, que esa confianza humilde, ese conocimiento de nuestra indignidad que nos aleja de todo pensamiento de presuncion. Aun cuando el Señor parezca estar poco dispuesto á acceder á los ruegos del hombre, aunque le rechace de sí y no quiera escuchar sus plegarias por altos designios de su sabiduría, es tal la virtud, tan poderosa la fuerza de esa humilde resignacion, que rara vez deja de conseguir el éxito apetecido. Ved la Cananea. Una y otra vez insiste en clamar en pos del Salvador pidiéndole la salud de su hija, y una y otra vez recibe la repulsa mas amarga. Las súplicas de los discípulos son ineficaces, la insistencia de la muger no merece mas que desprecio y la mas sensible ironía: «No es justo, la dice, tomar del pan de los hijos, y echarle á los perros.» ¿Y se desconcierta por eso aquella muger heroica? ¿Se irrita ó se desmanda al oír un apóstrofe tan despreciativo? Nada de eso: su humildad llega entonces hasta el mas alto punto, y con candoroso acento contesta: «Verdad es, Señor; pero tambien los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Respuesta admirable! ¡Espresion poderosa á que no puede resistirse el corazon bondadoso de Jesucristo! ¡Palabras sublimes que arrancan de los divinos lábios la apología mas brillante de la confianza de la Cananea, y deciden el éxito de sus plegarias! «¡Oh muger! la dice: grande es tu fé; tus deseos quedan cumplidos.» Y el resultado confirma en aquel mismo momento la prediccion, y la madre ve realizadas sus esperanzas, y la hija queda instantáneamente sana.

— Ahí teneis, A. O., desenvueltos los dos principales caracteres que debe tener la confianza del cristiano para que sea aceptable al Señor. Ella debe ser firme é imperturbable aun en medio de los ma-

yores obstáculos: así lo exige su bondad, y la fé en sus divinas promesas. Debe ser al propio tiempo humilde sin presumir jamás de los merecimientos del hombre, y esperándolo todo de la Providencia: así lo demandan su justicia y el sentimiento de nuestra propia miseria. Confiemos pues de este modo, sin temor, sin recelo, á pesar de todos los contratiempos de la vida, sin acobardarnos, sin debilitarnos, sin desesperar, cualquiera que sea el resultado de nuestras súplicas; insistamos una y otra vez como la Cananea, pero sometiéndonos humildemente á los decretos providenciales del cielo, y dispuestos á conformarnos con sus altas disposiciones, ora sean prósperas ó adversas, segun aquello del Eclesiástico: «Humíllate á Dios, y espera de su mano el amparo (1).» Así le será grata nuestra confianza, y si nuestros deseos no se ven siempre cumplidamente satisfechos en el tiempo como los de la muger de nuestro Evangelio, será porque la sapientísima providencia de Dios que sabe mejor lo que nos conviene, nos tendrá reservado una felicidad mucho mayor en la interminable inmortalidad.

(1) Humiliate Deo, et expecta manus ejus (Ecci. XIII. 9.)

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA I DE CUARESMA.

LA REINCIDENCIA EN EL PECADO SOBRE SER EL COLMO DE LA INGRATITUD
DEL HOMBRE HACIA DIOS, ES AL PROPIO TIEMPO SU MAYOR DESGRACIA,
POR CUANTO LE ARRASTRA AL ENDURECIMIENTO
Y Á LA IMPENITENCIA FINAL.

Ecce sanus factus es : jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.

Bien ves como has quedado curado : guárdate pues de tornar al pecado no sea que te suceda otra cosa peor.

JOAN. V. 14.

ACONTECE, A. O. M., respecto de las enfermedades del alma lo mismo que en las enfermedades del cuerpo, que la recaída suele ser frecuentemente mas peligrosa y acarrear consecuencias mucho mas funestas que la dolencia primitiva. En ambos casos se experimenta igual fenómeno, con la única pero enormísima diferencia, que en las dolencias físicas la reincidencia termina en la muerte temporal del paciente, pero en las dolencias espirituales la terminacion es la muerte eterna, la reprobacion del pecador : pues á la manera que cuando aquellas llegan á un estado crónico á causa de la reproduccion frecuente de la causa que las sostiene, todos los remedios del arte se hacen inútiles y no tienen accion sobre el individuo, del mismo modo en éstas una vez que han llegado á aquel estado en razon de la continua repeticion de actos pecaminosos, el corazon humano se hace inaccesible á los auxilios de la divina gracia, y viene á

caer en un endurecimiento funesto que le arrastra por último á la final impenitencia. El Evangelio de este dia nos ofrece una prueba incontestable de esta terrible verdad en las palabras que Jesucristo dijo á un paralítico á quien acababa de curar.

«Había en Jerusalem, dice el sagrado texto, una piscina llamada en hebreo *Bethsaida*, con cinco pórticos, en los cuales yacía una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas: pues un Angel del Señor descendía de tiempo en tiempo á la piscina, y se agitaba el agua; y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Hallábase allí un hombre que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo. Viólo Jesus tendido en el suelo, y conociendo que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? Señor, respondió el doliente: no tengo quien me meta en la piscina, pues cuando voy ya otro ha bajado antes. Dícele Jesus: Levántate, coge tu camilla y anda. De repente se halló sano este hombre: y cogió su camilla, é iba caminando... Encontróle despues Jesus en el templo, y le dijo: Ya ves cómo has quedado curado: pues guárdate de volver á pecar en adelante, no sea que te suceda otra cosa peor.»

Hed aquí, C. O., unas palabras altamente significativas y que encierran un gran fondo de instrucción. ¿Qué otra cosa puede acontecer al hombre enfermo peor que la enfermedad misma? Nada más que la muerte, que como hemos dicho antes es el funesto resultado de la recaída. ¿Y qué cosa mas terrible puede suceder al pecador que su propio pecado, que le hace enemigo de Dios y le inhabilita para merecer la vida eterna? ¿Es posible imaginar mayor desgracia? Sí, católicos: la reincidencia. Cuando el hombre peca por negligencia ó debilidad, su curacion es fácil, pues tiene siempre á su disposicion esa piscina saludable que Dios en su infinita bondad le depuró para lavarse de sus manchas en la sangre del Cordero; y no como aquella de Jerusalem cuyas aguas limitaban su beneficiosa virtud á un solo individuo, al primero que tenia la dicha de poder entrar en ella, sino que todos y en cualquier tiempo pueden acudir á esas fuentes regeneradoras de las que sin cesar brotan raudales de

vida y de salvacion. Pero cuando el pecado ha llegado á encallecer el corazon del pecador á consecuencia de sus reincidencias, cuando abusando de los remedios que una y otra vez le ha ofrecido la divina misericordia para sanar de sus dolencias espirituales se ha colocado en un estado de indiferencia ó insensibilidad en que ya no ejercen sobre él acción alguna ni los movimientos de la gracia, ni los auxilios celestiales, ni el remordimiento de la conciencia, entonces ya no le queda otro recurso que morir y morir para siempre. *Is. 60. 1.*

¡Estado espantoso! ¡Situacion horrible á que la reincidencia conduce al pecador! Deseoso pues yo, A. M., que eviteis con tiempo tan tristes consecuencias, os diré lo que Jesucristo al paralítico de nuestro Evangelio: *Ecce sanus factus es.* Ved con cuánta bondad os ha curado el Señor de vuestras enfermedades espirituales; ved cómo ha usado con vosotros de misericordia perdonándoos vuestros pecados y purificándoos en las aguas saludables de la espiacion. Tamaño favor exige de vosotros una gratitud sin limites: pero aun por vuestro propio interés, guardaos de reincidir en la culpa, no sea que os suceda otra cosa peor: *Jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat;* porque «la reincidencia sobre ser el colmo de la perfidia y de la ingratitud del hombre para con Dios, es al propio tiempo su mayor desgracia por cuanto le arrastra al endurecimiento y á la impenitencia final.» Hé aquí el asunto de mi discurso y de vuestra atencion.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si el hombre estudiase detenidamente los caractéres de la reincidencia y apreciase en su justo valor sus funestos efectos, yo creo, A. O. M., que por grande que fuese en él el imperio de las pasiones y el atractivo del vicio, no podria menos de sobrecogerse de un justo temor y de mirar con mas interés el gran negocio de su eterna

salvacion. Acontece empero por desgracia, que ocupada esclusivamente su inteligencia de los asuntos terrenales, y aplicado su corazon á gozar de los placeres con que le brinda el mundo, no hace atencion á los diversos fenómenos que se verifican en su alma á consecuencia del continuo menosprecio de los divinos auxilios, y de su apatía en evitar la reproduccion de aquellas causas que sostienen su malestar espiritual y le agravan de un modo insensible. Preciso es sin embargo conocer que el mal es mucho mas grave de lo que parece, y que si no se acude con tiempo á poner el remedio, tal vez sea ya tarde cuando se quiera curar, porque entonces la situacion misma del individuo hará ineficaces todos los auxilios que se le prodigan. Mas como quiera que la voluntad del paciente sea la primera causa que debe influir en su curacion, y tan indispensable que sin ella nada puede hacerse en su favor, pues todos los recursos serian inútiles sin un deseo eficaz, sin una resolucion absoluta de poner en práctica las prescripciones de un sábio médico, fuerza me es, A. M., contar ante todo con vuestra buena disposicion, para que mis esfuerzos como médico espiritual de vuestras almas no sean estériles á causa de vuestra resistencia en adoptar los medios que os propusiere.

Lo primero que el Salvador hizo luego que vió al paralítico de nuestro Evangelio postrado en tierra á causa de sus inveteradas dolencias, fué explorar su voluntad, diciéndole: «¿Quiéres curar?» ¿*Vis sanus fieri?* Y yo tambien, ministro de Jesucristo é investido de su misma mision, y depositario de su poder para obrar los prodigios de la gracia, os pregunto á todos cuantos á manera de aquel hombre yaceis postrados en el mas profundo abatimiento bajo el peso de unas dolencias mucho mas graves, mas peligrosas, y acaso mas crónicas é inveteradas que las suyas: ¿Deseais ser curados? ¿*Vis sanus fieri?* En vano me diriais con el paralítico: *Hominem non habeo*. No tenemos hombre, carecemos de una mano benéfica que nos ayude á levantar. No, eso no podeis decirlo vosotros. Mil manos teneis á vuestra disposicion deseosas de prestaros este servicio, y que se tendrian por dichosas de ayudaros á salir del estado lastimoso en que os hallais. Y sobre todo, A. M., aqui teneis al hombre que deseais; yo por deber, por convencimiento, por caridad,

y en cumplimiento de mi augusto ministerio, me constituyo hoy vuestro auxiliador, y si quereis mejor vuestro amigo, vuestro salvador, vuestro Cristo dispuesto á deciros: «Levantaos y andad.» *Surge et ambula*. Pero para esto necesitais ante todo conocer bien vuestro estado, y reflexionar sériamente las consecuencias que puede acarrearos. Solo así podreis formar una resolución firme de adoptar los remedios necesarios para curar de esa parálisis funestísima que os incapacita para marchar por el camino de la salvacion.

¿Qué es en efecto la reincidencia en el pecado? ¿Cuáles sus caracteres? ¿Cuáles sus consecuencias? Hé aquí lo que nos cumple examinar en este breve rato. La reincidencia, en primer lugar, es un estado morboso del alma en que constituye al hombre la reproducción frecuente de unos mismos actos pecaminosos, despues de haberse curado varias veces mediante los remedios oportunos aplicados al efecto. Es una afeccion crónica que engendra la languidez para obrar el bien, el disgusto hácia todo lo que se refiere á la vida espiritual, la aversion á cuanto contraria las desordenadas inclinaciones del corazon humano, la resistencia á los impulsos de la gracia, y una predisposicion marcada á pecar sin temor ni remordimiento. Situacion lamentable en que bien hallado el pecador en una especie de apatía ó de inercia que le hace indiferente á su eterno porvenir, ni la virtud tiene para él encantos, ni el vicio se presenta á su imaginacion con negros coloridos, ni le conmueve el buen ejemplo, ni le intimida el grito de su conciencia. Nada le afecta, porque ha llegado á crearse un hábito, una costumbre inveterada de incurrir en ciertos pecados ó de satisfacer ciertas pasiones que á veces llegan á formar una especie de necesidad.

Sus caracteres están marcados por una volubilidad inconcebible y por una criminal inconstancia que hacen transformar al reincidente en el Proteo de la fábula. Tan pronto David penitente que se cubre de ceniza y cilicio para espiar sus culpas, como Achab impio que insulta la cólera del cielo con sus profanaciones y horriblos crímenes. Unas veces Daniel religioso que adora al Señor en medio de la prostituida Babilonia, otras Antioco irreverente que dobla su rodilla ante las aras de Baal; hoy justo Tobías que huye

horrizado de la sociedad de los malvados por no contaminarse con su pernicioso ejemplo, mañana Absalon discolo, asociándose con los libertinos y tendiendo lazos á la inocencia; ahora Pedro arrepentido que llora su cobardía é infidelidad, luego Judas traidor que vende á Jesucristo por un poco de oro, le vereis pasar sucesivamente del fervor á la disipacion, de la penitencia al placer, de la observancia de los divinos preceptos á un olvido completo de sus deberes religiosos, de la piedad á la disolucion de costumbres, de la continencia á la mas vergonzosa voluptuosidad, del altar en donde acaba de hacer firmes propósitos de la enmienda, á esos sitios profanos en donde olvida todas sus resoluciones en los excesos de la embriaguez ó de la infamia; del tribunal de la espiacion do lavó sus manchas con la sangre del Cordero sin mancha, al teatro del crimen en donde vuelve á mancharse con nuevos y mas graves delitos. Así gira el reincidente en un continuo círculo de promesas y de infidelidades, de impulsos generosos y de acciones reprobables, de deseos de virtud y de pasiones vergonzosas, nunca fijo en cosa alguna, variable como el viento, y mostrando en su conducta moral una versatilidad no menos criminal que la de los hijos de Israel en tiempo del profeta Elías. «¿Hasta cuándo, les decia, habeis de ser semejantes á los que cojean á ambos lados? Si el Señor es vuestro Dios, seguidle en buena hora; y si lo es Baal, decidios de una vez á su servicio.» *¿Usquequo claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum: si autem Baal, sequimini illum* (1).

Y en efecto, A. M., no hay cosa que mas repugne á Dios cuyo esencial carácter es la invariabilidad, que esa inconsecuencia del reincidente que tan pronto parece querer adherirse inviolablemente á su servicio, como se separa de él arrastrado por el ascendiente de sus pasiones criminales, olvidando y quebrantando sus propósitos de virtud y penitencia con la misma facilidad que los hiciera en un momento de fugitivo fervor. ¿Y no es esto, señores, el colmo de la ingratitud y de la perfidia? ¿No es el insulto mas horrible que puede hacerse á la bondad divina y el mas inconcebible desprecio de su

(1) III. Reg. XVIII. 21.

justicia? Lo es, A. M., y cuando así me atrevo á calificar la reincidencia, no lo hago llevado de una fogosidad oratoria, sino por un convencimiento íntimo adquirido en la reflexion y en la calma. Y ved las razones en que me fundo. Vosotros mismos vais á ser los jueces, y á vuestro veredicto apelo en esta causa. ¿Cómo calificaríais á un hombre que habiendo recibido de vosotros los testimonios mas inequívocos de amistad, os mintiese á cada momento abusando con torpes engaños de vuestra crédula confianza? ¿Qué diríais del que habiendo recurrido repetidas veces á vuestro corazon benéfico, y encontrádole siempre dispuesto á hacer en obsequio suyo todo género de sacrificios, otras tantas hubiese pagado con crueles insultos vuestra abnegacion y vuestro heroísmo? ¿Qué pensaríais del que despues de recibir de vosotros un servicio de gran cuantía, y prometídoos una y mil veces una gratitud eterna, desentendiéndose un momento despues de sus protestas, convirtiese vuestros mismos favores en armas para hostilizaros é insultar vuestra bondad? ¿Y si ese hombre os debiese la salud? ¿Y si hubiéseis espuesto vuestra propia existencia por salvar su vida? No seré yo quien pretenda fallar este asunto. Vosotros mismos estais pronunciando ahora con vuestro mudo silencio un anatema terrible contra tamaña perfidia y tan baja ingratitud, contra un insulto y un desprecio que no tienen nombre en los idiomas conocidos. Pues bien, A. O., ese hombre ideal que os he pintado, es en realidad el pecador reincidente. Él ha recibido las pruebas mas auténticas de la bondad y misericordia de Dios, que en mil ocasiones le ha perdonado sus culpas, le ha proporcionado auxilios abundantes de salvacion, y recibídole en su amoroso seno á pesar de sus incesantes ofensas, y sin embargo en otras tantas ocasiones se ha burlado del Señor, engañándole con fingidos propósitos y afectando un arrepentimiento que un instante despues desmintió con nuevos pecados. Él estaba tullido para obrar el bien, carecia de una mano generosa que le ayudase á salir de aquella situacion lamentable, no tenia hombre que se declarase su protector, y Jesucristo con su voz omnipotente en el tribunal sagrado de la reconciliacion muchas veces le devolvió la salud de su alma, diciéndole siempre que esto acontecia como al paralítico de nuestro Evangelio:

«Guárdate de volver á recaer en la culpa, no te suceda otra cosa peor:» pero no tan pronto se habia separado de aquellas fuentes regeneradoras en donde gimió, lloró y juró una inviolable fidelidad al Señor en las manos de su ministro, cuando olvidándose de todo, tornó nuevamente á los mismos excesos que antes le arrastráran á la perdicion, quebrantó con negra perfidia unos juramentos solemnes hechos con premeditacion y calma en presencia del cielo y de la tierra, y ante el aparato mas augusto é imponente, sirviéndose de los mismos beneficios de Dios para continuar ofendiéndole con mayor impunidad. Era, en fin, un hombre muerto á la gracia, un cadáver repugnante, un Lázaro en disolucion que despedia un hedor intolerable, y Jesucristo con su omnipotente voz le resucitó á la vida de los justos sacándole del fondo de la tumba en donde le sepultáran sus culpas: mas él fementido é ingrato á este insigne favor de la bondad divina, desprecio á su bienhechor, le devolvió insultos en recompensa de sus sacrificios, y dedicó á escarnecerle con nuevas ofensas una vida que hubiera debido consagrar esclusivamente á perpetuar su agradecimiento con una conducta fervorosa é irreprehensible.

Hed ahí el reincidente, tal es su carácter, tal su verdadera historia. Si lo dicho nó es el colmo de perfidia y de la ingratitud, del desprecio y del insulto, inventad vosotros, H. M., una calificacion que mejor le cuadre. Y en vista de esto, ¿qué otras deben ser las consecuencias lógicas y necesarias de la reincidencia sino el endurecimiento del corazon y la impenitencia final? Sin duda os estremecéis, C. O., al oír esta proposicion: yo tambien participo de vuestro estremecimiento, pero desgraciadamente no es sino una verdad que la razon y los hechos acreditan con demasiada frecuencia. Aun en las dolencias físicas, como dejamos ya insinuado, se observa este fenómeno, á saber, que las continuas recaídas en una misma enfermedad, llegan á hacer ineficaces todos los recursos del arte y concluyen por extinguir completamente las fuerzas vitales. En el primer ataque la ciencia puede encontrar en el vigor de la edad ó del temperamento elementos bastante poderosos para hacer frente á la accion destructora del mal. Pero cuando á consecuencia de la frecuente reproduc-

cion de la causa primitiva complicada con nuevos síntomas, las fuerzas se gastan, la energía del individuo se debilita, y la naturaleza perdiendo su actividad resiste á la accion de los medicamentos, entonces tarde ó temprano el paciente sucumbe y no le queda otra esperanza que la muerte. Otro tanto acontece respecto de la salud espiritual. Cuando el pecador cae por primera vez en la culpa, fácilmente se levanta de su caída. Entonces la fé que aun hace brillar en su inteligencia las verdades eternas, su sensibilidad á las inspiraciones de la gracia, los remordimientos de una conciencia todavía impresionable y temerosa de Dios, la frecuencia de los Sacramentos, y otros mil recursos con que cuenta para tornar á la gracia y amistad del Señor, son otros tantos elementos que facilitan su curacion. Mas dejad que en fuerza de las continuas reincidencias, vayan estinguéndose las luces de la fé; dejad que á consecuencia del menosprecio de los divinos ausilios se debilite en él la sensibilidad á los impulsos de la gracia; dejad que en virtud del abuso de los santos Sacramentos pierda su alma su primitiva energía y se gasten sus fuerzas vitales, y entonces, ¿quién levantará á ese paralítico? ¿Quién será el hombre bastante poderoso para devolverle la salud? Nadie, porque entonces ya no habrá remedio alguno que ensayar puesto que todos habrán perdido su accion sobre un alma encallecida en el crimen. Toda la resina de Galaad, no tendrá suficiente eficacia para cicatrizar las profundas heridas que la reincidencia habrá abierto en el corazon del pecador, ni habrá médico bastante sábio para curarle (1); y aunque mil brazos sacerdotales se esfuerzen en poner en pié ese Dagon que yace en tierra trunco y mutilado sobre el pavimento del templo (2), todo sera inútil, porque habrá caído para no volverse á levantar jamás. Dios mismo cansado de ser el objeto de sus insultos é infidelidades se habrá retirado de quien con la mas negra ingratitud ensordeció á sus llamamientos, se burló de sus avisos, abusó de sus gracias y profanó sus Sacramentos, cuando una y otra vez y todos los dias y á cada momento no cesó de convidarle con su amistad, y

(1) Jerem. VIII. 22.

(2) I. Reg. V. 5.

le esperó paciente para que se convirtiese, y tocó todos los resortes para fijar la eterna volubilidad de su corazón y la inconstancia de su voluntad, y no economizó medio alguno para despertarle del profundo letargo del crimen. Y entonces, A. M., llegado el hombre á este período terrible la consecuencia es inevitable; el endurecimiento del corazón le arrastra al desprecio de todo cuanto pudiera dejarle todavía alguna esperanza de vida, verificándose en él aquello de la Escritura: *Impius cum in profundum venerit peccatorum contemnit* (1). Desprecia á Dios, desprecia su alma, desprecia su eterna salvación, desprecia los remordimientos de la conciencia, se desprecia á sí mismo como una víctima destinada al infierno. Y ved ahí el carácter funestísimo de la impenitencia final, último resultado de la reincidencia.

En vano multiplicaría entonces el cielo sobre la cabeza del pecador reincidente todas las plagas con que en otro tiempo se propuso ablandar al endurecido Faraon. Ni los prodigios de su omnipotente diestra, ni el espectáculo estremeedor del sepulcro abierto á sus piés, ni el abismo sin fondo de la eternidad á cuyo borde marcha, ni el recuerdo de la infinita misericordia de un Dios que todavía podría mover en su favor con un sincero y eficaz arrepentimiento, ni el siniestro aspecto de su justicia que tiene levantada sobre él su espada vengadora, nada será capaz de escitar en él un sentimiento tierno, un afecto generoso, un impulso cristiano hácia sí mismo, hácia su eterno porvenir. Semejante á esos asquerosos insectos que viven siempre en el cieno y que no pueden existir fuera de él, el pecador reincidente avezado á vivir en el pecado como en su propio elemento, se hace inaccesible á toda idea de virtud y á todo pensamiento que se refiera á su salvación. Y si alguna vez movido el cielo á compasión intenta despertarle de su sueño, permitiendo que sea probado con dolencias, infortunios y todo género de adversidades, para hacerle reconocer en ellas la mano poderosa que se las envía, y adorar en la desgracia al Dios que se resistió á reconocer en la prosperidad, lejos de humillarse bajo el peso de su justicia, se vuelve

(1) Proverb. XVIII. 3.

contra él como el tirano del pueblo hebreo, y le dice: «¿Quién es ese Dios para que yo me someta á sus órdenes?» *¿Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus?* (1) Y si una voz amiga, la voz del ministro de Jesucristo pretende recordarle sus deberes, y hacer resonar á sus oídos la trompeta del juicio final, por ver si puede hacerle volver en sí poniendo ante sus ojos las venganzas del Eterno, palidecerá tal vez por un momento como el gobernador Félix en presencia de San Pablo, pero no tardará en rechazar este recuerdo importuno, diciendo: «Retírate por ahora, que á su tiempo yo te llamaré.» *Vade, tempore opportuno accersam te* (2). Y si acaso el grito inevitable de su conciencia le punza alguna vez con la memoria de la inmortalidad de su alma y de la futura resurreccion de su cuerpo, bien presto se desentenderá de estos dogmas aterradores, y aplazando para mas adelante su reflexion, dirá como los que escuchaban al Apóstol en el Areopago de Atenas: «En otra ocasion hablaremos de esto:» *Audiemus te de hoc iterum* (3).

Entre tanto, A. O., el tiempo se desliza insensiblemente, los años pasan, la edad avanza y el reincidente se acerca cada vez mas al término de su carrera, arrastrado siempre por esa cadena de pecados que cada dia aumenta con nuevos eslabones. Cada recaída añade alguna cosa á la anterior, cada acto pecaminoso lleva consigo alguna nueva circunstancia que acerca al hombre un grado mas del precipicio, hasta que por último caminando en progresion descendente de un crimen á otro crimen mayor, de un acto á otro acto mas grave, del acto á la repeticion, de la repeticion á la costumbre, de la costumbre al hábito, del hábito á la necesidad, se encuentra envuelto en una noche espantosa, en un laberinto interminable de donde no le es posible salir porque ha perdido la luz que antes brillaba á sus ojos y le indicaba todavia en lontananza el puerto de la salvacion. Así es como por una justa permission de la divina justicia se verifica en el reincidente aquella amenaza terrible de Dios lanzada por

(1) Exod. V. 2.

(2) Actor. XXIV. 25.

(3) Ibid. XVII. 22.

el profeta Isaías: «Oíreis, y no querreis entender, y vereis lo que pongo ante vuestros ojos y no os hareis cargo de ello. Yo pues embotaré el corazon de ese pueblo, taparé sus oidos, y vendaré sus ojos, no sea que con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta y tenga yo que curarle (1).

Y en este estado lamentable, ¿quién seria capaz de infundir un soplo vivificador sobre ese cadáver, y devolver el movimiento y la vida á esos huesos áridos y descarnados? Me estremezco, C. O., pero fuerza me es decirlo. Ni la omnipotencia misma de Dios bastaria para realizar este prodigio, puesto que habiendo dejado al hombre su libre albedrío, y dependiendo su salvacion eterna del concurso de su propia voluntad, sin ella jamás obrará Dios una resurreccion semejante. El que pudo resucitar á Lázaro despues de cuatro dias muerto, con una sola palabra, el que con solo querer hizo levantar del féretro al hijo de la viuda de Naim, el que sin mas que decir al paralítico de nuestro Evangelio: «levántate y anda», le devolvió su completa salud, no podria hacer que el pecador reincidente llegado ya al último periodo de su impenitencia recobrase la vida de la gracia.

Basta, A. M. Habeis oido lo que es la reincidencia, cuáles son sus caractéres, y cuán funestas sus consecuencias. Habeis visto que sobre ser el colmo de la ingratitud y de la perfidia, del insulto y del desprecio de parte del hombre para con Dios, es al propio tiempo su mayor desgracia por cuanto le arrastra insensiblemente al endurecimiento y á la impenitencia. Nada pues me resta, sino deciros lo que Jesucristo al tullido de la piscina: *Ecce sanus factus es*: Vosotros cristianos los que por un efecto de la bondad infinita del Señor habeis sido curados de vuestras enfermedades espirituales, los que habeis sido reengendrados á la gracia mediante la sangre del divino Cordero derramada sobre vosotros en el tribunal sagrado de la reconciliacion, conoced el gran beneficio que habeis recibido, sabed apreciar ese rasgo insigne de amor y caridad con que os ha recibido el Señor en su seno paternal á pesar de vuestra infidelidad, no olvidéis

(1) Isaías. VI. 9, 10.

la gran misericordia que ha usado con vosotros, y guardaos de volver á reincidir en la culpa, no sea que esperimeteis los funestos efectos que acabais de oír. *Jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* Temblad de llegar á consecuencia de vuestras recaídas á un estado de endurecimiento en que ya no os sea posible levantaros. Temblad que una horrible impenitencia no sea el resultado de vuestra indiferencia en escuchar la voz de Dios que os llama al arrepentimiento. Temblad que si ahora menospreciáis los remedios que se os proporcionan para mudar de vida y evitar la reproduccion de esos delitos que os empujan al precipicio, no llegue un dia en que ya todo sea inútil, y no os quede mas recurso que morir para siempre, y padecer tormentos indefinibles por toda una eternidad.

El que pudiese responder á las preguntas de que se trata en este tratado, con sus palabras, el que con solo pensar pudiese levantar el rostro al cielo de la gloria de Yahu, el que sin mas que decir el nombre de nuestro Dios, < Jesu Christo >, le hubiese salvado, no podría hacer que el pecador reincidiese en los malos caminos.

Habéis oído lo que es la impenitencia, cuáles son sus efectos, y cuán funestas sus consecuencias. Habéis visto que sobre ser el camino de la destrucción y de la perdición, del infierno y del infierno de parte del hombre que se lea, es el propio camino de mayor desgracia por cuanto le arrastra inmediatamente al castigo eterno y á la impenitencia. Nada pues me resta, sino desear lo que desearé al título de la piedad: *Ecce enim peccata vestra etiam existis, los que por un efecto de la bondad infinita del Señor habéis sido salvados de vuestras abominables espantosas, los que habéis sido reconciliados á la gracia mediante la sangre del divino Corazón de Jesús sobre vuestra fe en el último sacramento de la teología, como el gran remedio que habéis recibido, para que con ese sacramento de amor y caridad con que os ha reconciliado el Señor, no seáis jamás á pensar de vuestra impenitencia, no volver*

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DE CUARESMA.

LA INSTABILIDAD É INSUBSISTENCIA DE LOS BIENES MUNDANALES,
DEMUESTRAN LA NECESIDAD DE BUSCAR EN LA OTRA VIDA LA VERDADERA
FELICIDAD QUE ES IMPOSIBLE HALLAR EN LA PRESENTE.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es estarnos aquí.

MATTH. XVII: 4.

¡CUÁN miserable es el hombre! ¡Cuán menguada su inteligencia! ¡Cuán mezquinas sus aspiraciones! ¡Cuán terrenales sus afectos! La mas leve sombra de felicidad le enloquece, el menor vislumbre de bienestar le fascina, déjase deslumbrar fácilmente del momentáneo brillo de una dicha quimérica, y cual si hubiese de morar eternamente en esta tierra que huellan sus plantas, como si mas allá del tiempo no existiese otra vida en donde todo es incorruptible é impecederó, todas sus ideas las reconcentra en lo presente, todos sus pensamientos los fija en los objetos que le rodean, todas sus esperanzas terminan en este mundo que habita por breves dias, sin reflexionar que todo en él es insubistente y transitorio, y que sus placeres, sus goces, los bienes que ofrece, la bienandanza que promete, y cuantas felicidades puede proporcionar á los mortales, todo ello viene á finalizar en la nada, sin dejar otra cosa en el alma del que ha llegado á gustar su emponzoñado caliz, mas que la amargura, el vacío, y crueles remordimientos y tardios desengaños.

Ved lo que sucede en la cumbre del Tabor, según el relato que hoy nos hace el Evangelista San Mateo. «Tomó Jesús consigo á Pedro y á Santiago, y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo se aparecieron Moysés y Elias conversando con él. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para ti, otro para Moysés, y otro para Elias.»

Esto que el príncipe de los apóstoles dijera entonces mas bien por un sentimiento de afección á su divino maestro que por su propio interés, repítenlo todos los días los hombres por efecto de un desordenado apego á los bienes y dulzuras del mundo. Ligados á esta vida mortal con lazos que las pasiones hacen cada vez mas fuertes é insolubles, en vano intentaria brotar en su mente la idea de aquella vida inmortal y eterna reservada en el cielo á la virtud y al triunfo, por demás es que se les hable de aquella mansion de inamisible felicidad que es la verdadera patria del justo. No; sus oídos se cierran á todo lo que no suena á goces del momento, sus ojos no ven mas dicha que la que cae bajo el dominio de sus sentidos, ni otros bienes sino los que se disfrutan acá abajo, y lanzándose á ellos con insaciable sed, y buscándolos con incansable perseverancia, y abrazándolos con loco entusiasmo, esclaman: Hé aquí nuestra morada, hé aquí nuestra patria, hé aquí el término de nuestros deseos y esperanzas; apresurémonos á gozar, coronémonos de flores, no haya placer que no probemos, dentro de poco habrá desaparecido la juventud con sus encantos, deslizaránse insensiblemente nuestros mejores días, y si no los aprovechamos saldremos de este mundo sin haber sabido lo que es ser feliz: *Bonum est nos hic esse*. Así hablan y así obran comunmente los mortales fascinados por el resplandor pasajero del oro de las riquezas, de las comodidades y de ese bienestar facticio que el mundo presenta á su vista, y tan bien hallados en su seno, como el apóstol de nuestro Evangelio en la cima del Tabor, quisieran como él poder fijar para siempre en la tierra su residencia,

sin siquiera acordarse de que el hombre no es en ella mas que un peregrino, y que todos sus pasos deben encaminarse hácia aquella ciudad celestial en donde Dios habita con sus escogidos (1). ¡Nécio delirio que encuentra la espiacion en la inestabilidad misma de los bienes que con tanto entusiasmo apetecen! Sucede en efecto lo que allá en el Tabor. «*Aun estaba hablando Pedro, cuando una nube resplandeciente los cubrió á todos, y oyóse una voz que decía: Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias; á él debéis escuchar. A esta voz caen en tierra los discípulos poseidos de terror... Y al levantarse, no vieron á nadie sino solo á Jesus;*» á un hombre que les hablaba no ya de goces y delicias, sino de luchas y de persecuciones, de martirios y de sangre. Del mismo modo, cuando mas engolfado el hombre en el anchuroso mar de los placeres mundanales, se cree en el colmo de su dicha, y solo aspira á devorar los variados goces que el siglo le ofrece, la escena cambia repentinamente, y al despertar del dulce sueño que le adormece en los brazos de la fortuna, solo encuentra á su alrededor vanidad, mentira, volubilidad, y dolores que le punzan, y reveses que le entristecen, y angustias mortales que le hacen olvidar sus penadas horas de delirio, y enfermedades que le abaten, y desgracias que le desesperan. Entonces es cuando vé á su despecho que todo en la tierra no es mas que tormento y afliccion de espíritu (2), y que no puede haber en ella positiva bienandanza siquiera la suerte halague al hombre en todos sentidos y el mundo se muestre con él pródigo de sus tesoros. Hé aqui lo que vá á formar el asunto de mi discurso, en el que os manifestaré que «la misma inestabilidad de los bienes mundanales, demuestra evidentemente la necesidad de buscar en la otra vida el positivo bienestar que es imposible hallar en la vida presente.» Invoquemos antes los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

(1) Non habemus hic manentem civitatem, sed cœlestem inquirimus.
(Ad. Hœbr.)

(2) Ecclesiastes. I. 14.

REFLEXIÓN ÚNICA.

¿Qué es lo que el mundo puede ofrecer á los mortales para constituir su felicidad? Yo voy á imaginarme un ser ideal en el que se reunan cuantas circunstancias deben concurrir á formar ese bienestar tras el que con tanto ardor corre el hombre. Quiero suponerle dotado de las mas brillantes cualidades intelectuales, embellecido con los mas peregrinos dones de la naturaleza, poseedor de cuantiosos bienes, rodeado de obsequiosos amigos, teniendo á su disposicion numerosos criados que le sirvan y aun prevengan sus menores deseos, gozando de una salud robusta, y á quien nada falte en una palabra, para satisfacer en el momento sus mas raros caprichos. Ya veis, A. M., que esto no es mas que una pintura, una ficcion, porque es imposible encontrar en el mundo este tipo, esta realidad. Sin embargo, quiero por un instante hacerme la ilusion de que ese ser exista, y que vosotros os la hagais á vuestra vez para mejor venceros de la inestabilidad de esa bienandanza quimérica que bulle de continuo en vuestros espíritus. Quiero que conmigo examineis lo que piensa, lo que juzga, y cómo discurre ese hombre á quien la suerte sonríe, á quien la dicha sigue donde quiera sus huellas, á quien el mundo adula, y la creacion toda parece ofrecerle sus bellezas y encantos y rendirle una especie de culto. ¡Ah! Vosotros le considerais feliz, imaginais sin duda que sus deseos están satisfechos, que nada apetece, que á nada aspira, y por consiguiente que su corazon reposa en dulce calma, y su alma disfruta de la mas perfecta tranquilidad. Pues os engañais solemnemente. Sondead ese ser misterioso, entrad en sus mas recónditos pensamientos, investigad los repliegues de su interior, y vereis cuánto sufre, justamente cuando le juzgais en el apogeo de su dicha. Vereis que la misma saciedad de los placeres ha engendrado en él un hastío insoportable; que la abundancia misma de las riquezas le ha ocasionado la indiferencia y

el desprecio, porque ya no sabe en qué emplearlas habiendo agotado las fuentes de los goces que podian proporcionarle; que la incertidumbre de una posesion pacifica le desvela y atormenta aun en el seno de la disipacion y entre el ruido de los banquetes, y en la embriaguez de sus orgias nocturnas; vereis el cansancio pintado en un semblante todavia jóven, la impasibilidad marcada en una frente sombría y pensativa, el enervamiento de la inteligencia manifestado ostensiblemente en una apática inmovilidad. Acercaos á él y preguntadle si es feliz, y su sola mirada bastará á convenceros de que tras aquellas mentirosas exterioridades de dicha ideal, se oculta un corazon inaccesible á todo género de goces, un alma abrumada bajo un peso insoportable, un espiritu que se agita convulso, que pide nuevos placeres y no los encuentra, que desea otros bienes que los que hasta entonces ha poseido y no le es dado hallarlos en ninguna cosa criada, que apetece y busca otros objetos á quienes dedicar su afeccion, y donde quiera tropieza siempre con una monotonía angustiosa que le hace creerse el mas infeliz de los mortales.

Y en esto, A. M., no hago mas que reproducir el verdadero cuadro que nos presenta la sociedad en ciertos seres privilegiados, cuya posicion generalmente envidiamos porque solo los contemplamos por la superficie, porque nos paramos únicamente en lo que se vé y palpa, y nunca nos internamos á investigar esos misterios ocultos de la humana felicidad, ni levantamos el velo que encubre las miserias y desgracias que frecuentemente acibáran la situacion del hombre al parecer mas envidiable. ¿Y qué seria si descendiendo á las demás clases, examinásemos minuciosamente los reverses é infortunios, las amarguras y contratiempos que forman el verdadero patrimonio del hombre en esta vida de quebranto? ; Ah! Responded vosotros mismos á nombre de toda la humanidad: decid si pasa un solo dia que no esperimenteis mas ó menos la pesada mano de eso que llamais destino; decid si dais un solo paso en la carrera de este mundo que no quede marcado con una huella de llanto; decid si en el seno mismo de vuestras momentáneas satisfacciones no os habeis visto sorprendidos de algun pensamiento que ha amargado vuestros mas inocentes goces; decid, en una palabra, si aun en medio de

la opulencia y cuando de nada habeis carecido de cuanto puede halagar la ambicion humana, os habeis considerado dichosos, ó si por el contrario no os habeis visto obligados á confesar como el desgraciado príncipe de Idumea que la felicidad del tiempo no es mas que una engañosa sombra que haye delante de quien la sigue; que la bella perspectiva de una vida rodeada al parecer de encantos no es mas que un panorama ideal que desaparece en un instante; que las gracias de la juventud son semejantes á las de una liviana flor que el menor soplo marchita y deshoja, y que la existencia del hombre en la tierra por mas risueña que se presente no está exenta de miserias y reveses bastantes para acibarar las efímeras dulzuras que acompañan á los excesos de la disipacion. Y para unos cuantos seres ilusos que, bien hallados en un mundo que les hace pagar con usura esos instantes de engañosa felicidad que les proporciona, se lisonjean de haber hallado ese bienestar facticio que ambicionan, sin pensar que el dia de mañana puede trastornar todos sus proyectos y echar por tierra el frágil edificio de una prosperidad fundada sobre la arena movediza del tiempo, ¡cuántos mas son los que como Job, maldiciendo en su despecho el dia de su nacimiento, quisieran borrar del libro de los vivientes su nombre y su memoria, y que un torbellino espantoso arrastrase en pos de sí el recuerdo del fatal instante en que vieron la luz por la vez primera!

¡Ah! La historia del hombre, por mas que se diga, hállase donde quiera escrita con caracteres de llanto y de sangre. Su vida no es otra cosa que el compendio de todas las miserias, de todas las desgracias, de todos los dolores y de todos los infortunios que nos legó el pecado del primer padre. ¡Pension funesta que todos pagamos en mayor ó menor escala, y de cuya solucion no se dispensa ni el monarca que habita artesonados palacios, ni el opulento aristócrata que insulta al pueblo infeliz con su escandalosa prodigalidad, ni el sábio que se envanece de tener encadenados á su génio los secretos de la naturaleza, ni el hombre de estado á cuya voluntad están sujetos los destinos de las naciones, ni el guerrero que inmortaliza su nombre con sus victorias y ciñe su frente con los laureles del triunfo. No, no os hagais la ilusion de creerlos dichosos, siquiera deslum-

brados por el momentáneo brillo de tanta gloria, se atreven á decir como el discípulo del Tabor: *Bonum est nos hic esse*. Decidles que mienten, que no hay verdadera dicha ni positivo bienestar en un mundo donde el hombre, cualquiera que sea la posición que ocupe en la esfera social, se vé siempre amenazado de inquietudes imprevistas, de agitaciones inevitables, de reveses repentinos y de desgracias inesperadas. Decidles que nada es capaz de satisfacer los deseos de un ser criado para la inmortalidad ni de llenar sus indefinibles necesidades, allí donde el entendimiento se vé oscurecido con las tinieblas de la incertidumbre y de la ignorancia, el corazón devorado frecuentemente por los pesares y la amargura, y el alma abatida bajo el peso del cansancio y del dolor. Decidles que no hay bienandanza posible en una tierra en donde el hombre tiene que luchar de continuo contra mil deseos y esperanzas que se destruyen, y experimenta sin cesar la repulsión obstinada de pasiones que le irritan, de violencias que le exaltan, de temores que le desvelan; en donde nunca le faltan enemigos que acechar, esfuerzos estraños que combatir, precauciones que tomar, intrigas á que hacer frente, y mil otros elementos que conspiran contra su bienestar.

Y en vista de esto, A. M., y de la inestabilidad é insubsistencia de todo cuanto el mundo ofrece al hombre en la vida presente, ¿quién hay que no se convenza de la necesidad de buscar en otra vida mejor esa dicha, esa bienandanza que instintivamente desean todos los seres racionales? ¡Ah! Solo en el cielo es posible encontrar la felicidad permanente, la tranquilidad imperecedera, el reposo sin mezcla de agitación, la alegría exenta de todo temor, el gozo sin fin y la paz imperturbable. Allí únicamente en donde ni las pasiones ejercen ya su funesto imperio, ni los nublados del error pueden oscurecer la inteligencia del justo, ni tienen lugar los males que aquejan el corazón, ni hay luchas que sostener, ni émulos que temer, ni intrigas que recelar, ni rivales que suplanten, ni envidiosos que calumnien, ni discolos que enciendan el fuego de la discordia; allí en donde nada hay que esperar porque todo se posee, nada que ambicionar porque todas las necesidades están satisfechas, nada que envidiar porque Dios es todo para todos y todo,

en todos, según la frase de la Escritura; allí de donde para siempre huyó el dolor, desapareció el llanto, se desterró la tristeza, y se perdió hasta el recuerdo de las pasadas aflicciones (1), por cuanto todo es nuevo en aquella dichosa mansion de placer; allí únicamente, mejor que sobre la cima del Tabor puede decir el hombre. *Bonum est nos hic esse.*

¡Y triste el hombre que fijando sus ojos en esa tierra que huella, no los levanta para contemplar aquella tierra de los vivientes (2), ni eleva su corazón hacia aquella patria en donde le está reservada una herencia incorruptible y una esperanza llena de inmortalidad! (3) No os haré una pintura ideal de la bienandanza que allí se disfruta, ni os representaré el cielo como una gran ciudad semejante á la que vió el Apóstol de Pathmos toda de oro macizo, iluminada por la claridad del mismo Dios que reflejaba sobre piedras de jaspe transparentes como el cristal, sostenida sobre corpulentas murallas adornadas de preciosos céfiros, de vistosas esmeraldas, de bellos rubies y de todo género de piedras de inmenso valor (4); en donde el Cordero de Dios es el sol indeficiente que la alumbraba porque allí no hay noche, sino un día interminable, y los justos le contemplan sin cesar, y se sacian de su misma gloria (5). Limitándome únicamente á lo real y positivo, os diré, sí, que solo en la otra vida es donde el hombre poseyendo á Dios en toda su plenitud, satisface esa sed ardiente de felicidad que le atormenta desde la cuna hasta el sepulcro; porque á esta posesión ya unido, como poco antes os manifesté, el alejamiento de toda suerte de males, la reunion perfecta de todos los bienes, y la duracion interminable de unos goces que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni lengua humana fué jamás capaz de expresar (6). Con razon esclamaba un dia un santo: ¡Qué pobre y mezquina me parece la tierra cuando levanto mi vista hacia el cielo! ¡Cuán des-

(1) Apoc. XXI. 4.

(2) Psalm. XXVI. 13.

(3) Sap. III. 4.

(4) Apoc. XXI. 11. et seq.

(5) Ibid. 23.

(6) I. Corinth. II. 9.

preciables son las bellezas de la naturaleza comparadas con las de aquella mansión de eterna dicha! ;Qué menguada es toda la felicidad imaginable del hombre en esta vida puesta en paralelo con la menor parte de bienandanza que los justos disfrutan en la eterna ciudad del Dios vivo! Aquí todo es transitorio ; allí sobre nada ejerce su influencia el poder del tiempo. Aquí el alma se atormenta continuamente con nuevas esperanzas que nunca llega á realizar : allí disfruta de la plenitud de una calma indefinible nacida de la satisfacción completa de todos sus deseos. Aquí el corazón voluble, inconstante, y en una incesante movilidad, aborrece hoy lo que ayer amaba, desprecia ahora lo que antes creía formar el colmo de su dicha; allí inundado en el inmenso océano de la divinidad, y teniendo á la vista aquella belleza siempre antigua y siempre nueva de que habla San Agustín, su vida es una vida de amor perpétuo cuya llama se enciende en el foco indeficiente de la luz increada. Aquí la frivolidad es el carácter esencial de todos los goces que proporciona el mundo; no bien se han llegado á disfrutar, cuando ya el hastío, la repugnancia, el disgusto, y un vacío inmenso que nada puede llenar, suceden á la impetuosidad con que se corrió en pos de ellos, y como ha dicho un sábio, aun cuando nada disgustase al hombre, se disgustaría de sí mismo, porque lo único que no le cansa es el amor de la novedad, y por lo tanto su felicidad concluye en el momento mismo que empieza ; allí por el contrario la estabilidad, la fijeza es el distintivo de los bienes con que Dios enriquece á sus escogidos; y como observa San Gregorio, por efecto de un prodigio que solo pertenece al cielo, verificase que aun cuando su corazón se halle colmado de gloria y de felicidad, lejos de disgustarse de ella, continúan siempre deseándola con nuevo ardor, porque ni sus deseos nacen del vacío y de la indigencia, ni la satisfacción de ellos engendra el fastidio y la saciedad (1).

No prolonguemos empero nuestros racionios respecto de este asunto que seria interminable. Convengamos en que la mas ligera

(1) Semper pleni, semper avidi: sitientes satiabimur, satiati sitiemus. Longe ab ista siti necessitas, longe a satietate fastidium. (S. Greg.)

comparacion entre los bienes de la tierra y los bienes del cielo basta á demostrar la inestabilidad de aquellos y la perpetuidad de estos; que los primeros aun poseidos en toda su plenitud son insuficientes para calmar la agitacion del hombre ni satisfacer la inmensidad de su corazon, y que los segundos por el contrario son los únicos capaces de llenar sus deseos, y responder á ese impulso irresistible que le arrastra hácia la felicidad; y de aquí la necesidad de buscar en la otra vida el positivo bienestar que es imposible encontrar en la vida presente.

No, A. O., no os canseis en correr tras esa vana sombra de dicha que huye ante vuestros ojos. Mientras el hombre vive en este suelo, no necesita mas que de sí mismo para ser desgraciado: él solo se basta para no lograr paz verdadera, reposo permanente, gloria positiva, ni bienandanza estable: porque lleva en su propio corazon un gérmen harto fecundo de miserias que le aquejan, de disgustos que le abaten y de pasiones que le tiranizan. Ved como la ambicion le exalta, el interés le agita, la sensualidad le embriaga, el ódio le enardece, la envidia le consume, la prosperidad agena le entristece, y todo contribuye á engendrar en él un malestar perpétuo que no le es posible dominar. Y ese flujo y reflujo de pensamientos diversos, y ese choque incesante de intereses encontrados, y ese conflicto eterno de opiniones diversas, y esa cadena no interrumpida de reveses é infortunios que rodean la existencia del hombre, siquiera sea el mas opulento, el mas sábio, el mas virtuoso, rey, pastor, pordiosero, porque á todos alcanza la mano de la adversidad, ¿qué otra cosa nos dicen sino que levantemos nuestro corazon hácia el cielo, y busquemos únicamente en aquella vida inmortal esa felicidad que no encontramos acá abajo?

Busquémosla pues allí, A. M., y mientras permanezcamos en esta tierra de dolor, en esta Babilonia que nos oprime, no cesemos de suspirar por aquella santa Sion, centro de nuestras esperanzas, lugar de nuestro reposo, teatro de nuestro triunfo, y mansion de nuestra eterna felicidad. Cuando dejando tras nosotros las ruinas del tiempo, nos remontemos á aquella region celeste, y poseamos en toda su plenitud á aquel Dios que es la herencia de los justos, la

recompensa de la virtud, y la corona del sacrificio, entonces podremos decir como el apóstol del presente Evangelio: *Bonum est nos hic esse*: porque allí habremos encontrado la hartura de todos nuestros deseos, la satisfaccion de todas nuestras necesidades. Nada tendremos que ambicionar, porque Dios será nuestro, y nosotros seremos de Dios. Se habrá transfigurado á nuestra vista no momentáneamente como en el Tabor, sino para hacernos partícipes de su gloria por los siglos de los siglos.

ERRORS DE DEBENT LA COSTRIBUO PARA LA BORA DE LA VERBA.

Yo me voy, y vosotros me buscáis, y mortificis en vuestro pecado.

JOAN VIII. 31

... que no pueden estar ni recordarse sin esp...
... el mas profundo terror, y tal es la que hoy vengo á ann...
... de parte de Jesucristo y con las mismas expresiones que el la...
... en una ocasion anterior. Hecha poco que en presencia de un...
... pueblo que lo escuchaba con avidos oidos de confundir...
... la hipotesis farsifica en el punto punto de la mayor gloria. Con...
... motivo, y reprochando las fútiles disposiciones de aquella...
... que se cumplian para de acuerdo al ver lo sabiduria con...
... que habian enmendado á sus oyentes delectos, habian hablado...
... de su divino origen, y de la augusta mision que estaba destinado á...
... llevar en la tierra, mas viendo la dureza de aquellos corazones in...
... eruditos que á pesar de las pruebas luminosas que venia dando de...
... su divinidad, se obstinaban en oponer nuevas objeciones á unos tes...
... timonios tan auténticos é irrefragables, adopta un lenguaje severo,

DISCURSO

PARA EL LUNES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

PELIGROS DE DIFERIR LA CONVERSION PARA LA HORA DE LA MUERTE.

Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini.

Yo me voy, y vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado.

JOAN VIII. 24.

VERDADES hay, C. O., que no pueden oírse ni recordarse sin experimentar el mas profundo terror, y tal es la que hoy vengo á anunciaros de parte de Jesucristo y con las mismas espresiones que él la anunció en una ocasion solemne. Hacía poco que en presencia de un numeroso pueblo que le escuchaba con avidez acababa de confundir la hipocresía farisáica en el famoso juicio de la muger adúltera. Con este motivo, y aprovechando las buenas disposiciones de aquella multitud que le contemplaba llena de asombro al ver la sabiduría con que hiciera enmudecer á sus envidiosos detractores, hábiales hablado de su divino origen y de la augusta mision que estaba destinado á llenar en la tierra. Mas viendo la dureza de aquellos corazones in-erédulos que á pesar de las pruebas luminosas que venia dando de su divinidad, se obstinaban en oponer nuevas objeciones á unos testimonios tan auténticos é irrefragables, adopta un lenguaje severo,

cuál jamás se oyera de sus divinos labios, y les dice: «Yo me voy y vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podeis venir vosotros.» A esto decian los judíos: «¿Si quer-
rá matarse á sí mismo, y por eso dice: Adonde yo voy no podeis venir vosotros?» Pero Jesus continuó diciéndoles: «Vosotros sois de acá abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Con razon os he dicho lo que acabais de oír, y vuelvo á repetiros que si no creéis ser yo lo que soy, morireis en vuestro pecado.»

No pasemos mas adelante, A. O. Acabais de oír la palabra mas terrible que se lee en toda la Sagrada Escritura, la verdad mas importante que encierra el cristianismo, el dogma mas aterrador de la moral católica, y el principio culminante de donde depende toda la economía de esa religion divina con relacion al porvenir eterno del hombre. Y no es este uno de esos dogmas que se prestan á la discusion y á los debates de la ciencia, y en los que el sofisma ó las argucias filosóficas pueden escitar dudas y tener suspenso el entendimiento humano entre la negacion ó la fé; es si un dogma que no admite la menor tergiversacion porque todo concurre á demostrarle, y hasta la razon misma que tan obstinada se muestra en rechazar otras verdades que se hallan lejos de su esfera ó no entran en su dominio, no puede menos de convenir en esta, siquiera sea la que mas de frente choca con el orgullo y humilla la altivez del hombre incrédulo y pecador. «Si no creyéreis ser yo lo que soy, morireis en vuestro pecado.» Hed ahí, C. O., una expresion decisiva que corta de un golpe todo racionio, y no deja á la inteligencia humana otro medio mas que ó someterse al imperio de la verdad y creer lo que Dios enseña y obrar conforme á esta creencia, ó de lo contrario parecer para siempre, morir impenitente y sufrir las consecuencias de una voluntaria obstinacion. Pero aun es incomparablemente mas terrible aquella otra senténcia formulada por los divinos lábios del Salvador: «Yo me voy, y vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado.» *Queretis me, et in peccato vestro moriemini.* ¡Pues qué! ¿Se negará acaso el Señor á oír los ruegos del que le llama arrepentido? No por cierto, pues escrito está: «Llamad y se os abrirá.»

¿Huirá por ventura del que le busca para lanzarse en los brazos de su clemencia? Tampoco, pues también está escrito: «Buscad y hallareis.» ¿Rehusará quizás su misericordia al que reconocido y lloroso llega á sus piés á implorar el perdón de sus extravíos? De ninguna manera, pues él mismo ha dicho: «Pedid y recibireis.» Sobre que es un principio constante é inconcuso que Dios es sumamente rico en piedad, que su bondad no tiene límites, que su misericordia se estiende de generacion en generacion para todos cuantos le temen (1); que solo espera que le llamemos padre para tendernos sus brazos amorosos (2), y que conocedor del frágil barro de que estamos amasados, se compadece de nuestra miseria, no de otro modo que un padre tierno y cariñoso lo hace con los hijos á quienes entrañablemente ama (3). Y entonces, me direis: ¿cómo se explica que ese Dios tan piadoso y elemente pueda dejar morir en el pecado á quien le busca? ¿Cómo entender aquellas formidables palabras: *Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini?*

Aquí está puntualmente todo el misterio de este dogma estremecedor, que voy á descifraros en dos palabras que harán desaparecer desde luego esa aparente contradiccion que tanto os choca entre la misericordia infinita de Dios y el rigor con que amenaza abandonar al pecador á los terribles efectos de la impenitencia. Es de advertir que las antedichas palabras de Jesucristo, se entienden de los que obstinándose en no escuchar los llamamientos de la gracia en tiempo oportuno, aplazan su conversion para mas adelante, ó para el momento crítico de morir; y de ellos es de quienes dice: «Me buscareis, y morireis en vuestro pecado.» ¿Y por qué? No ciertamente porque entonces se haya agotado la bondad de Dios que es esencialmente inagotable, ó porque no pueda ó no quiera salvar al hombre que de veras recurre á él en aquella hora terrible, pues el sostener esto seria un error gravísimo contrario á lo que el mismo Señor ha dicho en muchas ocasiones, y especialmente por su profeta Ezequiel, á sa-

(1) Luc. I. 30.

(2) Jerem. III. 4.

(3) Ps. CII. 13, 14.

ber, que en cualquier tiempo que el pecador se arrepienta, vivirá; sino porque el hombre que despues de haber menospreciado los auxilios divinos durante su vida, difiere el convertirse para la última hora, no encontrará á Dios, bien sea porque las mismas circunstancias en que se halla harán imposible su conversion, ó bien porque aun cuando pueda convertirse, la divina justicia se opondrá entonces á que la misericordia reciba en su seno al que abusó torpemente de ella en tiempo oportuno. Dos reflexiones que formarán todo el asunto del presente discurso.

Ave María.

PRIMERA REFLEXION.

Temeridad insensata la del hombre que aplaza su conversion para la hora de la muerte! ¡Abuso inconcebible de los dones de Dios! ¡Ceguedad inaudita del pecador que se atreve á contar con unos elementos que no dependen de él, cual si pudiera disponer de ellos á su voluntad y beneplácito! ¿Quién le ha dicho que entonces podrá buscar á un Dios á quien durante una vida criminal no cesó de insultar con su incredulidad, con su orgulloso desprecio, con la mas cínica indiferencia respecto de su eterno porvenir? ¡Ah! Él no cuenta con tres enemigos formidables que tiene que vencer, entre los cuales descuella en primer lugar el tiempo, poder terrible que todo lo invade, que nada respeta, que destruye hoy con una mano el edificio ideal que ayer edificaba con la otra, y hace desaparecer instantáneamente todas las esperanzas del necio mortal en el momento mismo en que mas se envanecía de su florida juventud, ó de su salud robusta. ¿Y es posible, C. O., que el pecador lleve su conversion á una cosa tan frágil, tan inconstante y efímera como el tiempo? Si no viésemos todos los dias caer bajo el golpe de su cortante cuchilla al jóven en el abril de sus años, á la tierna doncella en la primavera de su beldad, al niño que salta y juguetea en las rodillas de su padre, al infante

que acaricia el semblante de la que le dió el sér colgado de sus pechos maternos, no de otro modo que el decrepito anciano cuya nevada cabeza encorbada hácia el suelo parece buscar el sepulcro abierto ya ante sus pasos vacilantes; si no viése á ese poder irresistible invadir indistintamente los artesonados palacios del potentado, y la musgosa cabaña del pordiosero, tocar con su huesuda mano y hundir en el abismo de la eternidad lo mismo la diadema que brilla sobre la frente augusta del monarca, que la tosca hazada que sostiene la encallecida mano del pobre labrador, y confundir en un común polvo, en el polvo de la tumba, la memoria del orgulloso mortal que tuvo encadenados á su cetro los destinos de cien pueblos, junto con la del infeliz que en el seno de los bosques vivió ignorado y desconocido del mundo, entonces pudiera tal vez el pecador aplazar su conversion para la hora de la muerte, confiado en que el tiempo no le faltaria y se prestaria á favorecer sus designios. Pero ¿no es lo mas absurdo y el colmo de la necedad y del orgullo, querer sujetar á su voluntad ese temible agente de la eternidad, cuyo poder no conoce sobre sí mas autoridad que la del autor supremo de la eternidad y del tiempo, ese poder que estiende su dominacion á todo cuanto existe, y trastorna los proyectos del sabio en el momento en que cree tocar á la realizacion de un descubrimiento importante, y echa por tierra los cálculos del hombre de estado cuando llega á la resolucion de un problema de pública utilidad, y arranca los laureles de las manos del conquistador en el acto de ir á ceñir con ellos sus sienes, y hace desaparecer las esperanzas del ambicioso cuando se lisonjeaba de haber ideado una especulacion brillante y lucrativa, y anula las combinaciones del impío cuando mas satisfecho estaba de sus trabajos y mas próximo veía el resultado de sus tenebrosos planes?

No, A. O.; no es prudencia, ó diré mejor, es el extremo de la imprudencia y de la temeridad fiar la conversion y hacer depender la salud eterna de una cosa que bajo ningun concepto entra en el dominio del hombre; pues sólo aquel que tiene contados los días que hemos de vivir en la tierra bien así como las hojas de los árboles y las arenas del mar, es el único que sabe si nuestra existencia será

de larga ó corta duracion, si viviremos todavía muchos años ó si estaremos tocando ya el borde del sepulcro. Y en este estado de incertidumbre, ¿nos espondriamos á que, sobrecogidos subitáneamente por ese dia que las más veces sorprende bruscamente al pecador en la embriaguez de sus excesos, á la manera que el ladron nocturno invade la casa de su víctima cuando duerme mas tranquila ó vive mas descuidada, no tuviésemos entonces el tiempo oportuno para llorar nuestros extravíos, y espíarlos con un arrepentimiento digno de merecer la divina clemencia? No será muy probable que pueda acontecernos lo que á otros muchos que ni aun tuvieron tiempo para recibir los últimos auxilios de la religion, y que entonces se verificó en nosotros lo que dice Jesucristo en el Evangelio de este dia: «A donde yo voy no podeis venir vosotros?» *Quò ego vado, vos non potestis venire?*

Mas no es el tiempo el único enemigo del hombre en la cuestion de que venimos ocupándonos. Demos por supuesto que este elemento no le falte, y que cuente con él para poder disponer sus asuntos espirituales. ¿Y las dolencias de su enfermedad? ¿Y el abatimiento de sus fuerzas físicas é intelectuales? Hé aquí un segundo enemigo cuyo poder no ha calculado sin duda el pecador, cuando tan obstinadamente se empeña en diferir su conversion para los últimos momentos de la vida. ¡Desgraciado! Luchando entonces entre el tiempo que le abandona, y la eternidad que se abre á su turbada vista como un abismo sin fondo, aquejado de agudos dolores, asaltado por recuerdos horribles y penosas reminiscencias, rodeado de mil objetos lúgubres y de fantasmas estremecedores, ¿qué podrá hacer una inteligencia sin actividad para pensar, una razon oscurecida por las tinieblas de una muerte cereana, un alma digámoslo así ya inerte y encadenada á sus pasadas iniquidades? ¿Se hallará en el caso de poder entrar en un detalle minucioso de sus multiplicados delitos? ¿Podrá sondear competentemente los abismos de una conciencia que durante muchos años ensordeció á la voz del deber, y encallecida en el pecado, ni siquiera pensó en que un dia habria de dar cuenta exacta hasta de los mas leves pensamientos ofensivos á la magestad divina? ¿La será fácil arrepentirse de todo corazon de

unos vicios en que bien hallada por largo tiempo constituyó su única felicidad? ¡Oh! No seré yo, A. O., quien me atreva á prevenir el fallo de la divina justicia. No me atreveré á decir que todo esto sea absolutamente imposible. Sé muy bien hasta dónde puede llegar la misericordia infinita de un Dios que no dudó entregarse á sí mismo á la muerte, y verter hasta la última gota de su sangre por redimir al hombre culpable. Mas, ¡cuán de temer es que el pecador, colocado en una situación tan crítica, en vez de aprovechar aquellos intervalos lucidos que tal vez le deje su enfermedad para arreglar los graves asuntos de su alma, los gaste únicamente en ordenar sus negocios temporales, en disponer la sucesion de unos hijos, de una esposa, de unos hermanos ó de unos parientes codiciosos que rodearán su lecho de muerte y absorverán todos sus pensamientos que debiera fijar exclusivamente en el importantísimo negocio de su salvacion! ¡Cuán de temer es que cuando quiera dedicarse á este objeto que hubiera debido ser el primero y mas preferente entre todos, ya no encuentre en sí mismo capacidad suficiente para hacerlo, porque debilitadas completamente sus fuerzas físicas, y falto de energía moral, apenas podrá fijar su imaginacion en otra cosa mas que en sus dolores y angustias mortales! Y entonces, ¿bastarán á ablandar el corazon de un Dios gravemente ofendido aquellas miradas que lanzarán hácia el cielo los apagados ojos del pecador moribundo? ¿Conseguirán desarmar el brazo de la divina justicia, sus lágrimas y suspiros? ¿Merecerán sus protestas de arrepentimiento hacer caer de las manos del juez supremo la espada de su venganza? ¡Gran Dios! No trato de sondear imprudentemente los adorables arcanos de vuestra providencia; no intento eseuadrinar los secretos impenetrables de vuestra sabiduría, ni poner límites á vuestras bondades. Pero cuando recuerdo que un gran monarca en su lecho de muerte lloraba, gemía, oraba, os pedia perdón de sus crímenes, y sin embargo, dice la Escritura que aquel malvado no habia de conseguir vuestra misericordia; cuando considero que un Saul muere vengativo como habia vivido, que un Acab finaliza sus días en su inveterada impiedad, que Jezabel baja al sepulcro muelle y voluptuosa, Absalon discolo y rebelde, Antioco sacrílego, y que donde quiera

se ha verificado respecto de los pecadores aquella sentencia del Apóstol: «que su fin corresponde siempre á su vida (1);» cuando leo además que los huesos del impío se llenarán de los vicios de su juventud y que sus maldades descenderán con ellos al sepulcro (2), no puedo menos de estremecerme y temer justamente que el hombre que aplaza su conversión para los últimos momentos, siquiera tenga tiempo suficiente para arrepentirse y llorar sus culpas, no lo consiga por los motivos que dejo consignados, y se realice en él la formidable amenaza de Jesucristo: *in peccato vestro moriemini.*

Y tanto mas fundado es este temor, cuanto que el pecador en aquella hora suprema se verá atacado de un tercer enemigo no menos poderoso que los dos anteriores, á saber, de su propio corazón. ¡Ah! ¿Habeis calculado jamás la fuerza de ese enemigo? ¿Habeis pensado el poder irresistible que ejercen sobre él unas pasiones acostumbradas á dominarle durante largos años, y á no experimentar la menor oposicion en sus caprichos y exigencias? ¡Y creéis poder entonces sacudir fácilmente el yugo de ese tirano implacable, y romper las fuertes cadenas con que os tiene encadenado el vicio! ¡Y os lisonjeais de poder obrar instantáneamente en aquellos momentos decisivos una transformacion completa en vuestra alma, aborreciendo lo que siempre habeis amado, haciendo pedazos el ídolo que siempre habeis adorado, y detestando unos vicios que han llegado á conaturalizarse con vosotros y á formar parte de vuestra propia existencia! ¡Decepcion cruel! ¡Necedad lamentable! No, no se cambia tan fácilmente el orden de las causas y de los efectos. Pensar que el hombre es dueño de dominar de pronto el ímpetu de sus pasiones, y que puede en un momento dado contener en su rápido curso un corazón avezado á correr sin freno ni rienda por el camino del vicio, seria lo mismo que pretender que un niño detuviese al brioso corcel cuando ciego y desbocado se arroja por un precipicio, seria querer poner un dique de barro al impetuoso torrente que se desliza de lo alto de una montaña, ó hacer parar una roca que desprendida de la cumbre de

(1) Corint. II. 45.

(2) Job. XX. 41.

un cerro, rueda por la pendiente hácia lo profundo del valle. ¿Y no es más difícil que todo esto, mas que apagar súbitamente el fuego de un volcan que rebienta por cien bocas torrentes de lava abrasadora, el hacer que el corazón del pecador que por espacio de muchos años vivió en el crimen y entregado á toda clase de excesos, pueda en los cortos momentos de su última enfermedad dominar el imperio de sus pasiones? ¿Cómo podrá entonces amar la castidad y detestar la lujuria, el que constituyó toda su dicha en apurar la copa de los placeres mas vergonzosos é infames? ¿Cómo aborrecer el orgullo, el que cifró su mayor gloria en encumbrarse sobre sus semejantes á costa de perfidias é intrigas? ¿Cómo desprenderse del afecto á los bienes terrenales, el ambicioso que no conoció otro Dios en el mundo mas que el oro, y que por adquirir su posesion no reparó en sacrificar millares de víctimas? Y el impío que despreció é insultó con arrogancia la religion de Jesucristo, y el incrédulo que escarneció impunemente sus adorables dogmas, y el indiferente que miró con el mas cínico desden su eterno porvenir, ¿podrán entonces convertirse de veras á Dios, y hacer una penitencia digna de merecer su misericordia? Pero no quiero detenerme ya mas en esto, y dejando á vuestra consideracion lo peligroso, lo difícil y casi imposible de semejante conversion, voy á entrar en mi segunda reflexion, en la que me propongo demostraros brevemente que aun suponiendo que todas las circunstancias antedichas sean favorables al pecador en la hora de la muerte, la divina justicia se opondrá á que pueda experimentar los efectos de la misericordia el que en tiempo oportuno abusó torpemente de ella: *Queretis me, et in peccato vestro moriemini*.

SEGUNDA REFLEXION.

Si cierto es que la misericordia de Dios sobrepaja á todas las obras de sus manos, segun la frase del profeta (1), no lo es menos,

(1) Psal. CXLIV. 9.

A. O., que su justicia es terrible sobre los hijos de los hombres (4); y que así como se complace en llamar y esperar al pecador porque no quiere que muera sino que se convierta y viva, del mismo modo tiene contado el número de los auxilios que ha determinado concederle; y una vez llenado este, y colmada la medida de su paciencia, entonces ya el hombre cae bajo la acción de su venganza, cuyo poder ningún mortal conoció jamás ni pudo calcular los efectos terribles de su indignación (2). Pues escrito está que lavará sus saetas en la sangre del pecador (3), que insultará las lágrimas del impío en su agonía (4), y se consolará en vengarse del malvado que entonces le llama (5). Hed ahí el completo abandono con que Dios amenaza al que menosprecia sus bondades y abusa de su paciencia: *Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.*

Acaso os cueste trabajo persuadiros de esta terrible verdad; tal vez la juzgareis una espresion hiperbólica, y no podreis decidiros á creer que un Dios cuyo carácter misericordioso descuella sobre todos sus atributos como el gigantesco cedro se alza sobre los demás arbustos que brotan en la tierra, pueda llegar á abandonar de este modo al que amasaron sus propias manos, al que colocó en el mundo como rey de toda la creación, al que porque no pereciese víctima de la desobediencia de un padre culpable, no dudó venir á redimir haciéndose hombre, á precio de su vida y de su sangre de valor infinito. Pero, ¿no veis que esto mismo prueba los derechos de su divina justicia, y que por lo mismo que fueron grandes los dones de que abusó el pecador, y cuánto más eficaces los auxilios que despreció cuando le convidaba con su misericordia, tanto más acreedor se hizo á experimentar su cólera en el día de la venganza? ¡Qué! Vosotros á quienes tanto chocea esta conducta de Dios, decidme: si un monarca hubiese dado á un vasallo suyo todas las pruebas imaginables de favor y afecto, colmándole de los dones de su real munifi-

(1) Psalm. LXV. 5.

(2) Psalm. LXXXIX. 41. 42.

(3) Psalm. LVII. 11.

(4) Prov. I. 26.

(5) Isaïæ. I. 24.

cencia, haciéndole depositario de toda su confianza, y abandonando en sus manos los destinos de su corona, y este hombre abusando de tantas bondades, malversase los caudales públicos, atrajese sobre el país conflictos y escandalosas bancarrotas, se pusiese clandestinamente de acuerdo con los enemigos del trono, provocase luchas sangrientas, y arrastrase la nación á una ruina inevitable; ¿sería acreedor á que el monarca usase con él de bondad y le perdonase tantas maldades movido de sus lágrimas y ruegos en el momento de ir á espigar sus crímenes en el patíbulo? ¿La justicia, la vindicta pública no se opondrían á ello, y pedirían que cayese sobre semejante monstruo la cuchilla de la ley? Pues bien, ¿qué punto de comparacion hay entre ese hombre y el pecador que durante toda una vida criminal abusa de la misericordia divina, insulta su bondad, y se burla de sus amenazas? ¿Y pretenderia éste que llegado al último extremo el Señor se compadeciese de él y tomase en cuenta unos ruegos hijos de las circunstancias y no del convencimiento íntimo de sus errores, un arrepentimiento ineficaz inspirado por el temor de la eternidad á cuyo borde toca, no por la persuasion de su mal obrar, ni por la idea de la bondad infinita á quien ofendiera, unas lágrimas arrancadas mas bien por el sentimiento que le causa el haber de abandonar la vida presente que por un movimiento sobrenatural de la gracia! ¿No veis que eso seria traspasar todos los derechos de la justicia? ¿No veis que eso equivaldria á decir que Dios dispensaba al pecador en aquellos momentos en premio de toda una vida de infidelidades é ingratiudes, el don especialísimo de la perseverancia final, la gracia reservada únicamente para los escogidos, la que consuma la santificacion de las almas justas, la que corona todos los merecimientos del hombre que ha combatido legítimamente en este mundo, y la que tantas veces ha reusado conceder aun á algunos que por largo tiempo marcharon por las sendas de la virtud y de la santidad? Semejante pretension por parte del hombre, ¿no seria la mayor de las monstruosidades? ¿Y quiénes son los que se creen con derecho á tachar á Dios de injusto porque niegue su misericordia en aquella hora decisiva al que por lo mismo que el Señor fué con él tolerante y bueno abusó de estos mis-

mos atributos para ofenderle con mayor osadía, fiado en la impunidad de sus delitos? ¡Quiénes! ¿Acaso el orgulloso potentado que prevaleándose de su posición ventajosa en la sociedad avasalló los pueblos, arruinó innumerables familias, introdujo el luto y la desolación en el hogar doméstico, é hizo servir de instrumento de sus criminales caprichos ó de blanco de sus venganzas al inocente desvalido, al débil sin apoyo, al laborioso artesano, á la viuda indigente, al huérfano sin protección? ¿Por ventura el calculador ambicioso que especulando con el sudor y con la sangre del pobre levantó el edificio de su fortuna sobre las ruinas de centenares de víctimas á quienes sacrificó sin piedad, dejándolas gemir en la mas espantosa miseria, mientras él insultando las lágrimas y burlándose de los clamores de aquellas, gozaba del fruto de sus dilapidaciones é injusticias? ¿Quizás el impío que abusando de sus talentos, y consagrando su funesto saber á hacer una guerra sin tregua á la religion católica, satirizó amargamente sus dogmas, ridiculizó su culto y sus prácticas sagradas, atacó sin miramientos su moral sublime, y deramando por do quiera el veneno de la incredulidad y del vicio en mil páginas detestables y obscenas, corrompió las costumbres públicas, desmoralizó la sociedad, hizo brotar gérmenes fecundos de rebelion y de anarquía, despertó las malas pasiones de un pueblo ignorante y grosero, é inundó la tierra de criminales cuyo brazo armó con sus doctrinas para marchar á la destruccion de los augustos monumentos de nuestra antigua fé? ¿Tal vez...? Pero no llevemos mas adelante este cuadro repugnante de malvados que todos los dias nos ofrece la historia contemporánea, y que con la mas insolente altanería no cesan de provocar la divina venganza con sus iniquidades y delitos. ¡Y estos y otros semejantes mónstruos de ingratitud querrian que despues de una vida empleada en burlarse de Dios y de sus llamamientos y amenazas, á la hora del morir el cielo se les mostrase propicio, y la bondad divina desarrollase en su favor todos los tesoros de su infinita misericordia! ¡Desgraciados! No profaneis con vuestras lenguas ese atributo de la divinidad; no es á vosotros á quienes pertenece tomar en vuestros lábios ese nombre sagrado que tan obstinadamente menospreciásteis; no sois vosotros quienes

teneis derecho á hablar de misericordia, ni á esperarla de un Dios objeto continuo de vuestros insultos. Aun cuando ella quisiese ejercer su accion poderosa en aquellos momentos terribles, la justicia se lo impediria, reclamando sus derechos y poniendo entre Dios y vosotros una valla insuperable, una densa nube, y unas tinieblas mas espesas que aquellas con que el Señor castigó en otro tiempo al endurecido Faraon. Y lo que es mas horrible aun, vuestros mismos delitos, vuestra obstinacion, vuestro endurecimiento, y las víctimas desgraciadas de vuestros pecados, se opondrán entonces á que la misericordia obre sobre vosotros un prodigio de que os hicísteis indignos, é interpelarán á Dios invocando contra vuestras cabezas su inexorable justicia, diciendo: ¡Muerte eterna al impío despreciador de los auxilios celestiales que en toda su vida no se acordó de Dios mas que para escarnecerle y hacerle el blanco de sus mas amargos insultos! *Veniat mors super illos.* ¡Muerte y reprobacion sin fin al que pudiendo haberse convertido en tiempo oportuno, ensordeció á los gritos de su conciencia, y néciamente confiado en la bondad divina, abusó de ella para multiplicar sus crímenes, cual si el Señor fuese un Dios ciego, sordo, impotente para castigar, ó injusto hasta el punto de autorizar tamaños desafueros! *Veniat mors super illos.* ¡Muerte y tormentos perdurables á quien fué malo porque Dios era bondadoso, ingrato porque Dios era tolerante, impío porque Dios era benigno y misericordioso, sirviéndose de esos mismos atributos para entregarse á mansalva á sus pasiones y ofenderle con mas audacia! *Veniat mors super illos, et descendant in infernum viventes* (1).

Y así se verificará, A. O.; porque entonces apartándose Dios del pecador y abandonándole á su impenitencia, tendrá cumplido efecto la terrible amenaza de Jesucristo en el Evangelio de este dia: *Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Yo me voy, le dirá, porque mi justicia no me permite usar contigo de una misericordia que por ningun concepto te debo, y de que tú no has querido aprovecharte. Me voy dejándote en las manos de tu propio

(1) Ps. LIV. 16.

consejo, entregado á tus propios crímenes, á tu voluntaria obstinacion, á tu ceguera y á tu endurecimiento. No me llames ya padre, pues no lo soy de quien no fué para mí sino un hijo ingrato y desleal. No apeles á mi misericordia, pues pasó ya el tiempo de perdonar, y solo resta el momento de vengar los ultrajes hechos á mi bondad. No evoques el recuerdo de mis antiguas piedades, puesto que no habiendo querido creer en mí cuando te llamaba, ya no me es posible condescender contigo, porque mi justicia te ha juzgado. Preferiste vivir pecador mas bien que justo, pues muere como viviste en el pecado: *In peccato vestro moriemini.*

Despertemos, pues, católicos del profundo sueño en que nos tiene sepultados nuestra apatía y nuestra indiferencia: y si es qué queremos evitar los funestos efectos del abandono de Dios en la hora suprema, escuchemos ahora sus llamamientos, seamos dóciles á sus inspiraciones, aprovechémonos de sus auxilios, obremos el bien cuando podamos hacerlo, convirtámonos en tiempo oportuno, y no aplacemos nuestra penitencia para unos momentos en que no nos será quizás posible buscar á Dios, porque las mismas circunstancias de nuestro estado nos lo impedirán, ó aun cuando podamos buscarle no le encontraremos porque su justicia opondrá entonces sus derechos á la accion de su misericordia, como os lo he demostrado. Ahora que nuestros ruegos pueden ser escuchados, nuestras lágrimas aceptables, nuestro arrepentimiento eficaz, y saludable nuestra penitencia; ahora que el Señor nos tiende sus brazos, nos ofrece el perdón, y nos brinda con su misericordia, arrojémonos en su paternal seno, lloremos nuestras culpas, lavemos nuestras manchas en las fuentes de la reconciliacion, y procuremos vivir constantemente fieles á los divinos preceptos. Entonces, llegado que sea el momento supremo de nuestra existencia, encontraremos á Dios propicio y misericordioso, moriremos como los justos en el ósculo santo, y nuestra muerte tan funesta para el pecador impenitente, será para nosotros el tránsito á una bienaventurada inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL MARTES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

LA SOBERBIA CONSIDERADA COMO ORIGEN FUNESTO DE LAS MALAS PASIONES
QUE VICIAN EL CORAZON HUMANO, Y LE ARRASTRAN Á TODO GÉNERO
DE ESCESOS MATANDO EN ÉL TODO GÉRMENT DE VIRTUD.

Qui se exaltaverit, humiliabitur; et qui se humiliaverit exaltabitur.

El que se ensalzare, será humillado; y quien se humillare será ensalzado.

MATTH. XXIII. 12.

DIFÍCILMENTE encontraríamos en las sagradas páginas una pintura mas esacta del carácter orgulloso de nuestro siglo, que la que hoy nos ofrece Jesucristo en su Evangelio, personificando la soberbia en los escribas y fariseos, eternos antagonistas de su conducta y de su doctrina. «*Todas sus obras (decia) las hacen con el fin de ser vistos de los hombres, y al efecto llevan flacterias mas anchas, y mas largas las orlas de sus vestidos. Apetecen tambien ocupar los primeros asientos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas, y el ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el titulo de maestros.*» ¿Y qué otra cosa observamos generalmente en todas las clases y condiciones sino la arrogancia mas pueril, el orgullo mas petulante, y la mas refinada soberbia? No hay quien no aspire á sobresalir entre sus semejantes bajo todos conceptos; ninguno se encuentra satisfecho de su posicion; y no contento el hombre con pro-

curar ser el primero en su esfera, lleva sus pretensiones hasta disputar á los demás la preeminencia fuera del círculo social en que le constituyera su nacimiento ó su fortuna; y allí donde no basta el mérito para conseguir el objeto apetecido, donde no pueden alcanzar el génio ó el talento, se emplea la astucia, se suple con la intriga, se echa mano del cohecho, y se ponen en juego las pasiones mas innobles, pues todas ellas están á las órdenes de la soberbia, ó mejor dicho todas nacen de ella como raiz que es de todo pecado en frase de la Escritura (1).

Y ved por qué el Salvador oponiendo su doctrina á la conducta de aquellos arrogantes y presuntuosos doctores de la ley, recomienda encarecidamente á sus discípulos la humildad, virtud preciosa si bien desconocida, que realzando el mérito de todas las demás virtudes cristianas, engrandece al hombre mas oscuro, honra al mas abatido, y hace brillar una corona de inmortalidad sobre la frente del mas abyecto pordiosero. « Vosotros (les dice) no aspireis á ser saludados maestros, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos..... El que entre vosotros sea mayor, hágase el menor; pues quien se ensalzare será humillado; y quien se humillare será ensalzado. » ¡Antítesis singular que nos demuestra por una parte el odioso carácter de la soberbia, y la espiacion vergonzosa que lleva consigo, y por otra la gloria de la humildad y la positiva grandeza que proporciona al que la practica debidamente! No pretendo, A. O., desenvolver en toda su estension esta idea, pues seria muy corto espacio el de un discurso para verificarlo. Me limitaré por hoy únicamente á combatir ese vicio funesto que forma como el distintivo de nuestra sociedad, y que desde el principio de la ereacion viene siendo el primer homicida, el elemento destructor de toda obra buena, y el agente principal, si así me es lícito explicarme, del trastorno universal que viene experimentando la humanidad. Consideraré á la soberbia con el P. San Gregorio capitaneando todos los demás vicios, llevándolos en su séquito, y compartiendo con ellos los despojos de sus victorias, y en su consecuencia es la mos-

(1) Initium omnis peccati superbia est. Eccli. X. 15. (1)

traré como un gérmen funesto que nutre y fomenta todas esas malas pasiones que viciando el corazón humano, matan en él todo principio de virtud, y le arrastran á todo género de excesos.» De donde inferiremos la necesidad de la humildad cristiana como origen de toda acción virtuosa y correctivo contra todos los vicios. Ayúdame á implorar los divinos ausilios por la intercesion de aquella virgen que por su humildad mereció ser aclamada bienaventurada en todas las generaciones, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Con sólo señalaros con el dedo las primeras páginas de la creación, y mostraros la lastimosa escena que se representa en el paraíso apenas formado el primer hombre, no necesitaria de mas ratiocinios para convenceros de la verdad que me propuse probar, y comprenderiais la exactitud y precision de aquellas palabras de los libros santos, cuando hablando de la soberbia dicen que ella fué el origen de la perdición del mundo (1); como que de ella cual de una raíz emponzoñada, brotó aquel gérmen corrompido que trastornando toda la economía del hombre y viciando todas sus facultades, dió entrada en su inteligencia á todos los errores, é hizo surgir en su corazón las pasiones mas funestas y vergonzosas. La soberbia que elevó al primer ser racional en su propio concepto hasta el punto de aspirar á los honores de la divinidad, fué la que le abatió hasta el extremo de la mas profunda degradacion. Quiso ser un Dios, y se halló hecho un hombre, pero no tal cual era antes de su presuntuosa arrogancia, eriado en justicia y santidad, enriquecido de todos los dones de la naturaleza y de la gracia, inocente, puro, inmortal, señor de si mismo y de sus apetitos é inclinaciones, rey de la creacion y jefe

(1) Tobie IV. 14. *Et factus est superbia causa peccati superbia est*

de todos los demás seres vivientes, sino esclavo, pobre, mortal, miserable, ignorante, pecador, arrastrado constantemente hácia el mal, débil para resistir á la accion del vicio, cercado por mil pasiones terribles, apremiado por inclinaciones indomables y apetitos desordenados, experimentando una lucha perpétua entre la carne y el espíritu, y una impulsión y repulsión sin tregua y un violento choque entre esos dos principios de que habla el Apóstol, ó sea entre la ley de la mente y la ley de los miembros..... Y de aquí, C. O., ¡qué série de desórdenes, qué cadena de escesos no surgieron en el seno de la humanidad! ¡Qué herencia tan triste no legó á su raza la soberbia de aquel padre culpable!

Desde aquel instante, transformado el hombre en demonio por la soberbia, segun la atrevida espresion del Crisóstomo, no hay vicio que no apadrine, ni maldad que no cometa; porque refiriéndolo todo á sí mismo por efecto de una presuncion insensata á imitacion de ángel rebelde, desconoce á Dios, muéstrase ingrato á sus beneficios, olvida que ha sido estraido del polvo, se desentiende de los lazos que le unen con sus semejantes, no respeta otros derechos mas que los que se refieren á su propio individuo; y de aquí exagerando cada vez mas el sentimiento de su personalidad, hácese duro, insensible, eruel, envidioso, insociable, tirano con el débil, implacable con el vencido, opresor del inocente, vengativo con el rival, é inaccesible á todo sentimiento humano. Tales son los frutos de la soberbia. De ella nacen la emulacion, los celos, las sospechas, la cólera, el ódio, las enemistades y todos esos desórdenes que hacen pedazos los vínculos de la fraternidad, de la union doméstica y de la sociedad. Hijos suyos son la petulancia, el desden, la altivez, la arrogancia, la hipocresia, la simulacion, y esos enconos que engendran perpétuos conflictos en las familias, y esas aversiones inmotivadas que encienden la discordia en los pueblos, y todas esas pasiones que nutridas y fomentadas por el orgullo ponen el arma homicida en las manos del malvado, y forman los traidores á su patria, los rebeldes á sus soberanos, los parricidas, y todos esos mónstruos de iniquidad que son los verdaderos azotes del mundo.

Al decir esto, no creais, A. O., que os trazo una pintura ideal.

No es sino la historia personal y viviente de la soberbia. Dad una ojeada por las páginas del antiguo mundo, y decidme: ¿quién sino la soberbia engendró los Caines fratricidas que manchan sus manos en la sangre de la inocencia, los Absalones discolos, que conspiran contra la vida y el trono de sus propios padres, los Amanes sanguinarios que urden la ruina de todo un pueblo por vengar su amor propio herido, los Faraones obstinados que niegan al Omnipotente sus homenajes y le disputan su soberanía, los Nabucos sacrilegos que se hacen adorar en sus estatuas como si fuesen inmortales? ¿Quién sino la soberbia armó el brazo de los Olofernes y Antiocos para hacer guerra al pueblo escogido y profanar el templo del Señor? ¿Quién sino ella encendió en el corazón de un Saul el fuego de la venganza para perseguir inclemente á su mas fiel vasallo y tender lazos á la vida del virtuoso David? ¿Quién.....? ¿Pero á qué citar nombres ni hechos, cuando nadie ignora las tristes páginas que esa pasión desenfrenada legó en el mundo antiguo á la posteridad? Escritas están todas ellas con caracteres harto odiosos y repugnantes, mostrando donde quiera de una manera bien visible y manifiesta, el tipo de aquella rebelion primitiva de lo finito contra lo infinito que comenzó en el cielo, se desarrolló en el paraíso, y encarnada por decirlo así en la sangre de la raza de Adán, está llamada á perpetuarse en el mundo y á no finalizar mientras duren los siglos.

Y sino decidme, aun despues que el divino Salvador de los hombres bajó á la tierra á enseñar con su doctrina y con su ejemplo esa virtud preciosa cuanto desconocida que forma la mayor gloria del cristianismo; aun despues que naciendo voluntariamente en un miserable establo, y viviendo en la mas estremada pobreza, y aceptando una muerte humillante cuanto oprobiosa por amor de la humanidad nos dejó la humildad en legado recomendándonosla como el carácter distintivo de los que se adhiriesen á sus enseñanzas; á pesar de la revolucion portentosa operada por el Evangelio en las ideas y en las costumbres del mundo; siquiera ese código civilizador modificase algun tanto los instintos orgullosos del hombre, ¿ha continuado dominando menos en él la soberbia como principio y germen funesto de todos los demás errores que trastornan su inteligencia y

de las pasiones y los vicios que envilecen su corazón? No: ella sigue siendo la raíz emponzoñada de donde brotan cuantos desórdenes y excesos trastornan el mundo moral. Y en el individuo no menos que en la sociedad, en la familia como en el trato humano, siempre y en todas partes la vereis figurar como jefe y caudillo de la maledicencia, de la calumnia, de la mordacidad, del egoísmo, de la arbitrariedad, del despotismo, de la violencia, abusando aquí del poder para humillar al débil, manejando allí la intriga para derribar al poderoso, echando unas veces mano del sofisma para crear colisiones y resistencias, poniendo otras en juego los resortes de la mentira para escitar divisiones y banderías, ora mancillando el honor ajeno con misteriosas reticencias, ora ridiculizando las acciones mas inocentes con satíricas alusiones, y nunca en reposo, siempre en lucha con todo cuanto puede herir en lo mas leve un orgullo mal entendido, y dispuesta á todas horas á ser el instrumento de todas las malas pasiones para hacer guerra al mérito y perseguir la virtud.

Ved, sino, de dónde proceden esos conflictos, esos choques, esas animosidades que donde quiera se ven surgir por una palabra imprudentemente proferida, por una fórmula de política que se omitió distraidamente, por una simple sospecha de desprecio, por un derecho insignificante ó por una de esas mil puerilidades á que tanta importancia se da en el trato social. ¿No es la soberbia la que abulta los objetos mas microscópicos, la que da á las cosas mas triviales unas proporciones que en sí no tienen, la que irrita los ánimos y exalta las pasiones hasta el delirio, desfogando en disertaciones minuciosas, en fastidiosas murmuraciones, en pretensiones ridiculas, en sátiras amargas, cuando de otro modo no puede acallar los gritos de su orgullo?

Observad asimismo esas constantes enemistades que con harta frecuencia veis perpetuarse en el seno de la familia ó de la amistad, y hallareis que la soberbia es el funesto principio que las alimenta y sostiene. Ella es la que unas veces impidiendo que se den aquellos pasos que pudieran abrir el camino á la reconciliación, otras sofocando todo sentimiento generoso capaz de entrar en negociaciones amistosas, ya pintando á estos sus derechos con colores exagerados,

ya persuadiendo á aquellos que por su posicion no deben humillarse al que juzgan de inferior clase, aquí oponiendo exigencias y condiciones inadmisibles, allí sembrando dificultades y creando obstáculos, siempre y en todas partes su accion poderosa obrando sobre el corazon humano eterniza los ódios de raza, las antipatias de nacion á nacion, las venganzas entre los conciudadanos, las aversiones domésticas, las guerras intestinas, el encono de los partidos, y esas luchas sangrientas que suelen durar siglos enteros, y llevan consigo la ruina de los pueblos y el hundimiento de las sociedades.

Internaos en el trato familiar de los hombres, y estudiad á fondo el origen de esas maledicencias, de esos chistes picantes con que á veces se amenizan las conversaciones. Quizás juzgareis esto un puro efecto de un génio jovial, ó cuando mas indiscreto. ¡ Ah! no, comunmente no es sino el medio de que un espíritu soberbio se sirve para preparar su elevacion sobre las ruinas de aquel á quien ridiculiza, deprimiendo con premeditacion lo que en su rival puede hacerle sombra, y estableciendo comparaciones ventajosas á su propia persona y que pueden ceder en descrédito de su antagonista. Otro tanto puede decirse de esa dureza de condicion, de esas maneras altaneras, de esa sequedad de lenguaje, y de esa frialdad egoista que tanto contribuye á resfriar entre los hombres el espíritu de sociabilidad. No es siempre, como se dice, el efecto de un carácter liviano, es sí las mas veces el indicio de una vanidad agreste y feroz, es el repugnante aparato de una soberbia llevada hasta el refinamiento, que de todo recela cuando solo consigue hacerse temer.

Omito el detalle de todos los demás vicios que engendra esa pasion tan funestamente fecunda. Baste decir que todos ellos, incluso los que considerados á primera vista parecen meras consecuencias del poder de las sensaciones, son frecuentemente el producto de la vanidad que infiltrándose insensiblemente en el corazon humano le corrompe y dispone á la soberbia. Un alma vana está casi sojuzgada. La adulacion la seduce, la gloria la embriaga, el honor la trastorna, y esponiéndose sin recelo á los peligros que se crea á sí misma, bien pronto se vé arrastrada al abismo de un orgullo en que quizás no creyó caer. Tales son los efectos de ese vicio, origen y

raíz de todos los demás que vician el corazón humano y matan en él todo germen de virtud, como me propuse demostraros. Vicio que lleva por lo tanto en pòs de sí las maldiciones de un Dios que aborrece y detesta toda alma altiva y arrogante (1), que se complace en derribar por tierra y hundir en el polvo los tronos de los soberbios (2), y hace pesar visiblemente sobre todo corazón vano la terrible amenaza de Jesucristo en el presente Evangelio: «El que se ensalza será humillado.» Y prescindiendo de los innumerables hechos históricos que confirman esta verdad; sin necesidad de nombrar á un Faraon sepultado en las aguas con todo su ejército en castigo de la soberbia con que quiso luchar con el Omnipotente; á un Senaquerib destrozado con todas sus huestes por haber insultado en su necio orgullo al Dios de sus padres; á un Nabucodonosor viviendo en los bosques con las fieras en espacion de la petulante vanidad con que aspiró á los honores divinos; á un Antioco cubierto de asquerosas úlceras por haber pretendido disputar al Señor sus derechos; desentendiéndonos repito, porque no lo tenemos menester, de todos esos y otros muchos monumentos que la historia nos legára de la espacion terrible que sobre la cabeza del soberbio hiciera caer en todos tiempos la venganza del cielo; ¿no vemos frecuentemente verificarse esa misma ley y realizarse ese anatema, si bien de una manera menos sorprendente no por eso menos terrible, en muchos sujetos que en sus mismos excesos llevan el condigno castigo de su soberbia? ¿Cuántas veces abre al hombre el precipicio bajo los mismos pasos de la ambicion! ¿Cuántas le conduce á la mas extrema indigencia por la afectacion del hijo! ¿Cuántas le labra la ruina inspirándole el deseo de parecer rico! ¿Cuántas cambia en enemigos terribles á aquellos con quienes se empeña en rivalizar por una necia presuncion! Si se muestra en público, engendra celos y enciende la venganza; si se concentra en la oscuridad, se devora á sí misma y hácese víctima de su propio furor. Deseos insaciables, inquietas sospechas, temores amargos, arrebatos violentos, acompañanla donde

(1) Amos. VI. 5.

(2) Eccli. X. 47.

(1) Matt. XXI. 28.
(2) Prov. III. 35.
(3) II. Corint. VII. 6.

quiera que exista. No hay para ella descanso, tranquilidad, ni dicha posible: ella es su propio verdugo, y no necesita de mano extraña que la haga sentir la accion espiatoria de la divina justicia: *Qui se exaltat humiliabitur.*

¿Quién pues en vista de esto, no se convencerá de la necesidad de la humildad cristiana, origen secundo de toda accion virtuosa, y correctivo poderoso contra toda clase de desórdenes? ¡Ah! ¡Dichosa el alma á quien la humildad pone al abrigo de los crímenes y desgracias que van inseparablemente unidos á la soberbia! Lejos de los escollos á que esa loca pasion conduce á los mortales, marcha directamente á su término por vias menos embarazosas y dificiles, y á pesar de las tinieblas en que pretende ocultar las virtudes que engendra, logra sin quererlo darlas un brillo deslumbrador, que descubre sus grandezas y la proporciona un honor positivo y una gloria imperecedera, cumpliéndose así la antitesis de Jesucristo: «El que se humilla será ensalzado: *Qui se humiliat exaltabitur.*» Y en efecto á los humildes de corazon es á quienes Dios hace participantes de sus secretos y revela los inefables arcanos de su sabiduría (1). Con los humildes y sencillos es con quienes se complace en desarrollar los tesoros de su amor y con quienes tiene sus delicias (2). A los humildes franquea el erario de sus gracias y enriquece con los dones de su munificencia (3). Porque la humildad es el fundamento de todo el edificio cristiano, la sávia que alimenta en las almas todas las demás virtudes, y preserva de la corrupcion todas las buenas obras; tanto que sin ella ni la fé, ni la esperanza, ni la caridad, ni la mas austera mortificacion, ni el desprendimiento mas estremado, ni la pureza mas delicada.... ¿qué digo? ni el heroismo del martirio tendria mérito alguno delante de Dios faltándole ese principio de la humildad. No hay enemigo mas pernicioso para la virtud que la soberbia, cáncer corrosivo que vicia toda obra buena, y convierte en motivo de reprobacion lo que hubiera debido servir de materia de triunfo.

(1) Matth. XXI. 25.

(2) Proverb. III. 32.

(3) II. Corint. VII. 6.

Huyamos pues católicos de ese vicio funestísimo que corrompiendo todo cuanto de bueno pudiera haber en el hombre, lleva consigo la degradacion y el envilecimiento, puesto que la soberbia es el enemigo capital de toda virtud, de toda accion laudable, de todo pensamiento grande y generoso; cuando por el contrario la humildad, lejos de ser como se pretende una virtud oscura é impropia de las almas elevadas, es mas bien la que realza el sentimiento, la que inspira las miras mas nobles, la que engendra el verdadero valor, y es el origen del positivo heroismo. Con ella el sábio no se envanece en su ciencia, ni el ignorante incurre en una enfadosa petulancia; el fuerte no abusa de su poder, ni el débil se alza contra la autoridad; el poderoso no se hincha en la prosperidad, ni el pobre se irrita contra la mano que le abate en la indigencia. En todas las situaciones de la vida, favorables ó adversas, el humilde sabe dominarse á sí mismo, vencer sus pasiones, enfrenar sus impetus y ser dueño de su carácter, que es una victoria mucho mas honrosa que la que consigue el guerrero en los campos de batalla, y una gloria que no se marchita como la de los conquistadores, cuyos laureles están manchados con la sangre de sus semejantes. En una palabra, la humildad es la virtud favorita de Jesucristo, bien así como la soberbia es el vicio característico de Lucifer. Aquella condujo al Salvador á un honor que jamás alcanzó ni alcanzará mortal alguno, y le dió un renombre que le hace ser adorado en la tierra y en el cielo y hasta en los infiernos; ésta precipitó al ángel rebelde de la cumbre del empíreo y le sepultó en el abismo del envilecimiento y de la desgracia. Aspiremos pues á ser humildes con Jesucristo en este mundo, y no dudemos que seremos con él honrados y ensalzados por toda la eternidad.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

LA AMBICION ES UN VICIO NO MENOS OFENSIVO Á LA RELIGION, Á CUYOS
PRINCIPIOS SE OPONE, QUE PERJUDICIAL Á LA SOCIEDAD CUYO ÓRDEN
TRASTORNA ABRIENDO CAMINO Á LAS MALAS PASIONES
QUE PONEN EN CONFLICTO Á LOS PUEBLOS.

Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo... Nescitis quid petatis.

Dí que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda... No sabéis lo que os pedís.

MATTH. XX. 21. 22.

¡CUÁN insaciable es el corazón humano! Nada hay, M. A. O., comparable á ese abismo sin fondo que con nada se llena, que nunca dice basta, que siempre inquiescente y en un continuo flujo y reflujo de deseos y esperanzas, se agita convulsivo como las olas del océano, sin encontrar holgura ni satisfacción alguna en los objetos que le rodean. Capaz por su naturaleza de grandes aspiraciones y de pensamientos elevados, arrastrado por un impulso irresistible hácia lo inmenso y lo infinito, traspasa el espacio, se lanza á la region de lo invisible, mil mundos no bastan á llenar el vacío que encuentra en sí mismo, y solo aquello que ni se mide por el tiempo ni entra en el dominio de la muerte, es lo único que puede apagar la sed ardiente que le devora, y proporcionarle ese reposo que en vano busca en las criaturas. Pero ese corazón desordenado por el pecado, cambia frecuentemente el verdadero objeto de su felicidad,

y olvidando el hombre sus sublimes destinos, se apega á esta tierra en que vive como pasajero unos cuantos dias, déjase alucinar por el efímero resplandor de unos bienes tan mezquinos como el polvo que huellan sus plantas, corre con avidéz tras unos honores tan insubsistentes como su propia vida, y fijando su dicha en esas vanas sombras de grandeza y poderío que se escapan de sus manos en el momento que cree llegar á poseerlas, no hay sacrificio que deje de hacer, ni medio que no emplee, ni injusticia de que no sea capaz por arribar al término de su loca ambicion.

El Evangelio de este dia nos ofrece un notable ejemplo del imperio que ejerce esa pasion en el hombre, y nos demuestra hasta dónde es capaz de llevar éste sus pretensiones y deseos, cuando la religion no enfrena su ambiciosa insaciabilidad. « *Dirigíase Jesus hácia Jerusalem con sus doce discípulos, e iba diciéndoles: Mirad que vamos á Jerusalem donde el Hijo del hombre ha de ser entregado á los principes de los sacerdotes y á los Escribas, y le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que sea escarnecido y azotado, y crucificado, mas él resucitará al tercer dia. Cuando hé aqui que la madre de los hijos del Zebedeo se le acerca con sus dos hijos, y le adora, manifestando querer pedirle alguna gracia. Pregúntala Jesus: ¿Qué quieres? Y ella le dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda.* » Error piadoso fué este, como se espresa San Ambrosio, efecto de la ternura de una madre que consultando al porvenir de aquellos á quienes diera el sér, no repara ni en la inconveniencia de semejante pretension, ni en los perjuicios que acaso irrogaria á los que pudieran alegar méritos mas positivos y derechos mas indisputables á aquellos puestos que su corazon ambicionaba para sus hijos. Error perdonable, atendida la fragilidad de un sexo que heredára el funesto gérmen que inculó á toda su descendencia aquella primera muger que llevó sus ambiciosas aspiraciones hasta querer poseer la ciencia divina; pero que descubre no obstante por una parte el carácter audaz de la ambicion humana, que se cree digna de todo y capaz de todo cuando trata de llevar á cabo sus planes, y por otra el carácter de injusticia que

comunmente marca todos sus actos, sirviéndose de cualesquiera medios por odiosos que sean á trueque de conseguir el fin apetecido. Por eso Jesucristo al oír la peticion de aquella madre irreflexiva, se dirigió á los hijos y les dice: «*No sabéis lo que os pedis. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? Y ellos contestan: Podemos.*» Respuesta impremeditada, arrogante, propia del que ambiciona un puesto que forma el objeto de su soñada felicidad, y digna de una repulsa cual dió el Salvador á aquellos presuntuosos discipulos, diciéndoles: «*Mi cáliz si le bebercis: pero en cuanto á sentaros á mi derecha y á mi izquierda, no puedo yo concedéroslo, pues solo á mi Padre pertenece dar esta preferencia á aquellos á quienes al efecto tiene destinados.*»

Sin estendernos mas en la amplificacion del sagrado texto, pasemos á consignar las dos ideas que nos sugiere el suceso que acabamos de referir. En la conducta de la madre y de los hijos del Zebedeo, tenemos descubiertos los dos caractéres que mas descuellan en la ambicion del corazon humano que aspira á los honores mundanales, á saber, la audacia y la injusticia: puesto que esa pasion arrastra al hombre á llevar sus miras mas allá de donde alcanza su capacidad, y le ciega al propio tiempo para que no parándose ante ningun género de consideraciones é inconvenientes, atropelle los derechos mas sagrados y cometa los mayores excesos por lograr el éxito de sus pretensiones. Desórden funesto, «no menos ofensivo á la religion á cuyos principios se opone, que perjudicial á la sociedad cuyo orden trastorna, abriendo camino á la intriga, á la corrupcion y á todas esas malas pasiones que ponen en conflicto á los pueblos.» Hed aquí trazado el giro de mi discurso. Ayudadme á implorar las divinas luces, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Nada hay mas audaz, A. O. M., que un corazon poseido de la ambicion. ¿Qué no intenta, á qué no aspira, de qué no se juzga ca-

paz el hombre cuando se propone realizar un proyecto concebido que tiende á mejorar su posicion social ó á aumentar el brillo de su fortuna? Semejante á aquella madre emprendedora de nuestro Evangelio, que sin tener en cuenta las cualidades y disposiciones de sus hijos, nada menos se atrevé á solicitar para ellos que los dos puestos mas elevados en el reino de Jesucristo, el ambicioso mirando únicamente en los honores á que aspira lo que en ellos hay de ventajoso, agradable y brillante en lo exterior, se cuida poco ó nada de examinar si posee las dotes necesarias para desempeñar debidamente los cargos que apetece, si hay en él ciencia, esperiencia, valor, aplicacion y talentos suficientes para sostenerse en ellos con dignidad. Nada de esto entra en sus cálculos; y si alguna vez le sobreviene alguna idea, si surge en su alma la menor duda respecto de su capacidad, bien presto la desecha haciéndose ilusiones acerca del porvenir; y por un exceso de arrogante temeridad, llega á persuadirse que en la posesion del empleo apetecido encontrará los recursos que echa de menos en sí mismo, y que la necesidad misma de salir adelante con su empresa le proporcionará las cualidades que le faltan, ó desarrollará unas disposiciones que la ociosidad tenia ocultas. ¿Qué simple oficial hay en la milicia que cuando aspira á un ascenso en su carrera, no lleve su presuncion insensata hasta el punto de creerse mas capaz de mandar un ejército que los que han encanecido en los campos de batalla? ¿Qué hombre de estado hay, por limitadas que sean sus luces, que cuando ambiciona una silla ministerial no se juzgue en el caso de regir los destinos del país mucho mejor que los génios que han sabido adquirirse una justa celebridad en el manejo de los árdulos negocios de la política? ¿Qué letrado prevenido de esa pasion insolente, siquiera no haya tenido jamás ocasion de probar su aptitud en el foro, no se considera demasiado satisfecho de sí mismo para lanzarse impávido á pretender los destinos mas comprometidos y de mayor responsabilidad en la magistratura? ¿Qué eclesiástico ambicioso, por insignificantes que sean sus méritos literarios, y aun cuando de ninguna esperiencia en el ministerio pastoral, deja de contemplarse con toda la suficiencia necesaria para ocupar las primeras dignidades de la Iglesia, y llenar

sus graves deberes con mas tino y prudencia que los prelados mas ilustres y beneméritos? Recorred del mismo modo todos los demás rangos y gerarquías, examinad uno por uno los diversos destinos y carreras de la sociedad, y donde quiera hallareis hombres audaces, génios arrogantes, que impulsados por la ambicion se desconocen á sí mismos, se erren lo que no son ni acaso pueden llegar á ser, y ciegos con su nécio orgullo se precipitan, se abalanzan por decirlo así á pretender lo que son incapaces de desempeñar. Y si bien no siempre llevan su atrevimiento hasta el punto de hablar con un tono tan imperioso como la mujer del Zebedeo, cual si las dignidades ú honores que ambicionan se les debiesen de justicia, nunca empero les falta demasiada presuncion para decir como los hijos de aquella mujer ambiciosa: *Possumus*. Todo lo podemos, tenemos capacidad bastante, luces suficientes, y cuantás disposiciones se requieren para llenar como el que mas el empleo ú posicion que deseamos ocupar.

Y ved, A. O., cómo se verifica que la ambicion lejos de ser la pasion de las almas grandes, como se pretende enseñar en nuestro siglo, no es por el contrario sino una falta de buen sentido y de habilidad, el signo mas evidente de un espíritu vano, ligero y superficial, que solo se para en el brillo exterior y en la apariéncia de las cosas, ó en lo que dice relacion á sus propios intereses, sin penetrar jamás en el fondo de ellas, ni calcular sus dificultades ni sus consecuencias; un exceso, en fin, de confianza en sí mismo, en la suerte, ó en la fortuna, que hace al ambicioso irreflexivo, petulante y temerario, disposiciones bien pobres y mal á propósito para manejar los grandes negocios y los destinos de consideracion. Así es como á merced de una audacia insolente é importuna, vemos encumbrarse todos los dias en los destinos públicos que exigen mayor ciencia, experiencia y madurez, esas medianías, esas nulidades que debiéndolo todo al favor, ó bien se olvidan luego que han conseguido realizar sus deseos, de la mano protectora que les elevára, y se convierten en enemigos ó en tiranos de los mismos por cuyo medio se alzaron, ó bien abusando del poder en beneficio propio, introducen la corrupcion y la venalidad en la distribucion de los cargos que dependen de su voluntad, ó por último disponen de ellos como de una

propiedad para satisfacer compromisos adquiridos ó para llenar exigencias de amistad ó de familia. Tal es el verdadero carácter de la ambicion, tales las diversas fases que presenta en la sociedad. Arrogante y presuntuosa cuando pretende alzarse á una altura superior á su capacidad, muéstrase no menos audaz y exigente luego que se vé en posesion de sus deseos. A manera de aquella zarza de que habla Joatan en el libro de los jueces, que habiéndola elegido los árboles para que fuese su rey, admitió desde luego aquella dignidad sin considerar que era el mas insignificante y despreciable de los arbustos, diciendo con grave orgullo: «Venid y reposad bajo mi sombra:» *Venite et sub umbra mea requiescite* (1); pero que no bien se ha visto encumbrada á aquel honor inmerecido, cuando ya se manifiesta insultante y amenazadora aun contra los copudos cedros del Libano: *Egrediatur ignis et devoret cedros Libani* (2); así el ambicioso, incapaz de admitir ni siquiera la menor idea de su insuficiencia, todo lo arrostra, todo lo acomete, á todo se atreve, nada hay que no juzgue inferior á sus merecimientos; mas luego que comprometido á llenar el puesto que ocupa experimenta las dificultades de un buen éxito y siente la nulidad de sus propios recursos, cambia frecuentemente de rumbo, y cual verdadero espino ó panza á los que están á su alrededor con su insultante insolencia, ó los hiere con su escandalosa arbitrariedad.

Y en vista de eso, A. O. M., ¿qué extraño es que continuamente oigamos á los hombres quejarse de que aquellos que tienen mayores títulos y derechos mas incontestables á los destinos públicos, sean justamente los que se hallan postergados y oscurecidos, que los mas atrevidos é importunos hayan de conseguir lo que nunca alcanzan los modestos, y que los cargos que solo debieran dispensarse al mérito y á la justicia sean el patrimonio esclusivo del favoritismo ó de influencias vergonzosas? Hé aquí el grito general, y esto es desgraciadamente lo que sucede en el mundo. La ambicion insaciable cuanto atrevida encuentra siempre el medio de lograr el éxito de sus pre-

(1) Judic. IX. 45.

(2) Ibid.

tensiones, en vez de que á la modestia que desconfia de sí misma solo le está reservada la oscuridad y el aislamiento, en donde habrá de contentarse con devorar en secreto el disgusto y la indignacion que no puede menos de causar la audacia del ambicioso, como les causó á los discípulos del Salvador la de aquella muger que se presentó pidiéndole para sus dos hijos las dos primeras sillas de su reino, siendo acaso los menos á propósito para llenarlas dignamente, ó al menos no tan dignos como otros individuos del colegio apostólico: *Audientes decem, indignati sunt de duobus fratribus* (1). ¿Y qué otra cosa puede hacer el verdadero mérito postergado, á vista de ese torrente de ambiciosos que todo lo invaden, sino querellarse, disgustarse del trabajo, perder esa actividad que dá la emulacion sostenida por la esperanza, sepultar en el descanso ó en la ociosidad una vida que se hubiera consagrado gustosamente al bien público, y privar de esta suerte al estado de los frutos del talento, del valor y del saber de los mas grandes géneos?

¡Y así es, oh Dios mio, como el ambicioso insulta vuestra adorable Providencia, frustrando por su parte los designios de vuestra sabiduría y de vuestra justicia en la distribucion de los bienes y de las honras de este mundo! Autor de todas las cosas, todas las dirige el Señor con un orden admirable á sus respectivos fines. Él es quien fomenta y sostiene las mútuas relaciones entre los séres racionales en medio de la diversidad de rangos y condiciones sociales, dando á cada cual las disposiciones necesarias para el objeto á que le destina, y empujándole insensiblemente por un secreto encadenamiento de ocasiones y circunstancias ignoradas al puesto en que quiere colocarle. Pero la ambicion trastorna é inutiliza este orden providencial, bien sea elevándose por efecto de su desmedida audacia á una esfera superior á su capacidad y aspirando á ser lo que Dios no quiere que sea, ó bien acumulando en su persona con insaciable codicia varios empleos ó dignidades, que repartidas entre muchos les proporcionarian una ocupacion honrosa y un medio de subvenir á sus necesidades. Y de este desórden, de este trastorno que la ambicion in-

(1) Matth. XX. 24.

Introduce en el mundo, ¡qué confusión en el trato humano, qué de murmuraciones contra la Providencia, y cuántas desgracias no deben surgir inevitablemente! Vosotros lo veis todos los días, A. O., vosotros lo presenciáis á cada instante, vosotros sois testigos de cuánto se ofende á Dios y á su religion adorable con motivo de ese abuso criminal. ¿Qué cosa mas frecuente que oír á los hombres acusar al cielo de los males que suceden en la tierra, como si no hubiese allí un ojo atento á observar las necesidades de las criaturas, ó como si la mano creadora fuese impotente para impedir que la impiedad y el orgullo se eleven sobre la virtud y la inocencia? ¿Qué cosa mas comun que hacer á la divina Providencia responsable de ese caos, de ese trastorno del equilibrio social creado por la ambicion, como si el Señor que dió á los seres racionales la libertad para obrar el bien tuviese la culpa del abuso que de ella hacen para oponerse á sus sapientísimos designios? Gritos son estos lanzados comunmente por la ignorancia de hombres que no conocen ni alcanzan á penetrar los arcanos de la sabiduría y de la justicia divinas; pero gritos inspirados por la ambicion, y de que ella únicamente habrá de responder un día ante el tribunal supremo; pues ella es la que mirando como meros objetos destinados á satisfacer su insaciable codicia, ó como una presa espuesta á la violencia del mas fuerte ó á la fortuna del mas audaz esos honores que Dios sembrára en el mundo como incentivos que nos animasen al trabajo, y nos inspirasen la emulacion necesaria para mantener los diversos órdenes de la gerarquía social, pone en los lábios del desgraciado ó del descontento esas quejas amargas, y esas repugnantes blasfemias tan ofensivas á la Providencia. Pero no nos detengamos mas en estas consideraciones relativas á la audacia característica de la ambicion, y pasemos á mostrar el carácter de injusticia que se descubre en los medios de que se sirve para llevar á cabo sus designios.

Dificilmente habrá una pasion que ciegue mas al hombre ni le haga mas inaccesible á todo sentimiento bueno y generoso. La ambicion no mira mas que el término á donde dirige sus aspiraciones; cualquiera que sea el camino que á él conduce, bueno ó malo, la es absolutamente indiferente, lo único que la importa es llegar cuanto

antes; por lo demás, poco ó nada se cuida de cómo ha de conseguirlo. Como quiera que el ambicioso no reconoce otros intereses que los de su egoísmo, todos los demás seres que le rodean no son para él mas que otros tantos escalones de que se sirve oportunamente para subir al apogeo de su gloria ó de su fortuna, y por consiguiente no le unen con ellos otras relaciones sino aquellas que pueden facilitarle el éxito de sus empresas. Una vez colocado en la primera grada del puesto que ambiciona, la injusticia marcha delante de él, y caminando tras de sus pasos no teme hollar los derechos mas sagrados ni saltar por todo género de consideraciones. Si acaso encuentra en el camino alguno que le oponga obstáculos ó se resista á sus planes, se armará de la calumnia, echará mano de la intriga, apelará al cohecho, pondrá en movimiento la sátira, el sarcasmo, la difamacion y todas las malas pasiones que en semejantes casos suelen prestar su apoyo á la injusticia; y ora sea necesario suplantar con negra perfidia á un rival temible, ora se haga preciso corromper con el oro el corazón de un funcionario venal, ya convenga infamar atrocemente á un competidor mas digno, ya alucinar con una adulacion servil á un protector poderoso, sea que haya necesidad de arruinar una familia honrada, ó desentenderse de los gritos de la sangre ó de las relaciones de la amistad, á todo se halla dispuesto un corazón poseído de esa pasión insaciable. Bien podrá ver correr el llanto por las mejillas de una madre que vé desaparecer para siempre el porvenir de sus hijos, ó la desesperacion de un padre que mira destruido el fruto de una vida laboriosa en que fundaba las esperanzas de una prole querida; bien podrá ver el desconsuelo de un huérfano sumido en la indigencia, ó el pálido semblante de una viuda reducida á mendigar el sustento. ¡Ah! ¿Qué le importan á él las lágrimas del desgraciado, ni los lamentos del pobre, ni el deshonor de una familia honrada, ni la ruina de un rival que le hace sombra, ni cuantos males pueda causar con su conducta, toda vez que él consiga realizar sus ambiciosas miras? Todo lo mirará con fria impassibilidad, nada le detendrá en su carrera: y llegado á la cumbre del honor ó de la fortuna, insultará desde allí á las innumerables víctimas que sacrificó á su desmedida ambicion.

Observad atentamente lo que pasa todos los dias á vuestra vista, examinad los pasos del ambicioso, seguidle en el curso de sus pretensiones, y donde quiera le hallareis siempre el mismo, un hombre sin humanidad, sin sentimientos, sin afecciones, dispuesto á romper los vínculos mas sagrados, á desentenderse de toda ley y de todo derecho, y á sacrificar si es necesario su reputacion, su conciencia, su religion y el mismo Dios á trueque de salir con su intento. Yo veo á esos viles esclavos de la ambicion agitarse y bullir en los palacios de los reyes, adular al uno, infamar al otro, poner asechanzas á este, espiar la conducta de aquel, arrastrarse por el suelo para llegar á fuerza de humillaciones y lisonjas á hacerse un lugar en el corazon de un cortesano que posee la confianza del monarca, afectar probidad y fingir sentimientos de desinterés para lograr el favor de un ministro de la corona, y transformarse segun lo exigen las circunstancias ó el diverso rumbo de los negocios, desmintiendo hoy lo que ayer afirmaban con énfasis, mostrándose ahora amigos del que antes odiaban profundamente, prodigando exageradas alabanzas al que poco há deprimian con acrimonia. Yo les veo invadir como enjambres de importunas abejas las casas del poderoso, ir y venir en distintas direcciones, unirse un momento afectando las mas cordiales simpatías, para ir en cuanto se sepáren á intrigar los unos contra los otros, siempre con la sonrisa en los lábios y con el veneno en el corazon, y poniendo en juego cada cual por su parte los medios mas odiosos, los mas repugnantes é injustos para suplantar y arruinarse recíprocamente. ¿Y quién ignora, A. O. M., que la ambicion es la madre fecunda que dá á luz todos esos seres desnaturalizados que alligen y deshonran á la humanidad? Ella engendra esos Caines fratricidas que por no sufrir la humillacion que les causa la gloria ó la fortuna de su rival, siquiera sea un hermano virtuoso, no reparan en manchar sus manos con una sangre pura é inocente (1). Ella aborta esos Absalones de odiosa memoria, que á trueque de ocupar el puesto que ambicionan, no recelan hacer armas contra el mismo que les dió el sér, y se glorían de haberle destro-

(1) Genes. IV. 8.

nado insultándole en su caída (1). Ella produce esos Abilmilches sanguinarios que por alzarse con el trono no hacen escrúpulo de degollar á los hijos de su misma madre (2). ¿Y quién sino la ambicion ha escitado esas luchas intestinas, esas guerras de sucesion, esos ódios de dinastía que han llenado de cadáveres los campos de batalla, que han convertido los pueblos en vastas tumbas, que han empobrecido los reinos mas opulentos, y asolado las mas florecientes provincias? Y tantas familias que un dia nadaban en la abundancia y ahora se ven reducidas á la mas extrema indigencia, y tantas casas cuyos antiguos timbres y blasones no han sobrevivido á la ruina de los que los poseyeron sino para perpetuar el triste recuerdo de sus desgracias, ¿no os están diciendo que el génio maléfico de la ambicion fué el que con su mano de hierro hizo desaparecer en un dia unas fortunas creadas acaso á costa de muchos siglos de abnegacion y de virtud?

Tiemblen empero á su vez los ambiciosos que levantan el edificio de su elevacion sobre la ruina de sus semejantes. Siquiera hoy se ostentan tan orgullosos y arrogantes como la colosal estátua de Nabuco, basta que sus piés sean de barro para que una piedra desprendida de la montaña pueda en un instante hacer menudos pedazos el idolo y cubrir de ignominia al que le inciensa. ¿Ignoran por ventura que los que forman designios sin contar con Dios, los que siembran y edifican por medios injustos, no pueden gozar largo tiempo del fruto de sus maldades? ¿Ignoran que el Señor ha jurado demoler la casa del soberbio y secar las raices de su fortuna aunque fuesen tan profundas como las del cedro del Libano (3)? ¿No saben que ha amenazado disipar como el humo toda la gloria del impio, llegado el dia que tiene marcado en los designios de su providencia (4)? Y aun cuando así no sucediese porque el Señor por un efecto de sus impenetrables arcanos quisiese prolongar los dias de su aparente felicidad, no por eso quedará la gloria del ambicioso á cubierto de los

(1) I. Reg. XV. 15.

(2) Judic. IX. 5.

(3) Eccl. X. 18. 20.

(4) Psalm. XXXVI. 20.

tiros de ese mismo mundo que le ensalzó y sabe por qué medios llegó á la altura en que se halla colocado. Si: ese mundo que no ignora quién sois, de dónde salisteis, cuáles fueron vuestros principios, y quiénes los artífices de vuestra actual fortuna, debida no á la industria ni á la suerte, sino á la usura, al pillaje, á la concusión, al robo, al abuso de la agena miseria con que especulásteis sórdidamente, á la malversacion de los caudales públicos que manejásteis en provecho propio, y á otros mil resortes que puso en vuestras manos la casualidad y que supisteis hacer mover hábilmente en beneficio de vuestra insaciable codicia; ese mundo que vé brillar inmercidamente sobre vuestras cabezas los títulos honrosos de tantos nombres ilustres, cuyos eminentes servicios hechos en obsequio del estado fueron postergados y olvidados merced á vuestra astucia y á la buena maña que os disteis para calumniar y desacreditar su intachable reputacion; ese mundo que sabe que no habeis logrado el alto destino que ocupais sino sembrando sospechas contra unos, inspirando la aversion contra otros, rebajando el mérito positivo de éste, abultando los presuntos defectos de aquel, abusando de la confianza de un amigo incauto, revelando los secretos de un enemigo leal y generoso; ese mundo que os ha visto comprar á precio de oro un cargo honorífico que solo debió ser la recompensa de la virtud y del mérito, y levantaros del fondo de la nada á la cumbre de la autoridad, porque habeis sabido engañar con astucia, hacer traicion á vuestra conciencia sin remordimiento, traficar con la inocencia y especular con la credulidad; ese mundo en fin, que por mas que se diga es el árbitro y el dispensador de la honra ó de la ignominia, os hará la justicia que merecis, y tarde ó temprano convertirá en envilecimiento, infamia, baldon y vergüenza ese fantasma de gloria que ahora os hace creeros inmortales, verificándose aquello de la Escritura: *Velut somnium... imaginem eorum ad nihilum rediges* (1). Tal es generalmente el término del ambicioso. La ley inexorable de la expiacion que la Providencia hace caer sobre la cabeza del malvado aun en este mundo, se sirve de los mismos medios in-

(1) Psalm. LXXII. 20.

justos con que labró su elevacion para labrar su vergonzosa caída. Cien ejemplos terribles que la historia nos ha legado en todas épocas, y otros muchos que todos los dias presenciarnos deben bastarnos para persuadirnos de la inestabilidad de la humana fortuna, cuando ésta se halla cimentada sobre la injusticia y la iniquidad.

Odiemos pues, C. O., una pasion tan vil y que tan repugnante se muestra á los ojos de la religion como á los de la sociedad, por el doble carácter de audacia y de injusticia que lleva consigo en los fines á que aspira y en los medios de que se sirve para realizarlos. No ambicionemos unos honores que no nos pertenecen, ni apetezcamos una gloria que no puede conseguirse sino á costa de los mas vergonzosos excesos, ni queramos elevar nuestra fortuna sobre las ruinas de la virtud y de la justicia. Tengamos siempre presente que en el cristianismo, el que aspire á ser el mayor debe hacerse el menor, y el que desee ser el primero debe colocarse en el último rango, según la doctrina sublime que Jesucristo dió á sus apóstoles en el Evangelio de este dia (1). Enfrenemos los ímpetus de la ambicion, tan luego como experimentemos sus primeros síntomas, no sea que arrastrados por ella al abismo del crimen, conjuremos sobre nuestras cabezas las divinas venganzas. Limitémonos á ambicionar únicamente lo que es digno de un corazón cristiano: Dirijamos nuestras aspiraciones á aquella gloria que consiste en ser virtuosos y justos, á aquel honor que se funda en servir á Dios con fidelidad, en acatar y cumplir sus divinos preceptos, en hacer siempre bien á nuestros prójimos y en llenar nuestros respectivos deberes en la sociedad. Esto será lo que nos proporcione una elevacion positiva en este mundo, y una inmortalidad inamisible en la eterna region de los bienaventurados.

(1) Matth. XX. 26, 27.

DISCURSO

PARA EL JUEVES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

EL DOGMA DEL INFIERNO NO ESTÁ EN OPOSICION CON LA JUSTICIA, LA BONDAD Y LA MISERICORDIA DE DIOS; ANTES POR EL CONTRARIO, ESTOS TRES ATRIBUTOS EXIGEN QUE HAYA UN LUGAR DE TORMENTOS EN DONDE LOS RÉPROBOS EXPIEN ETERNAMENTE SUS CRÍMENES.

Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.

Murió el rico, y fué sepultado en el infierno.

LUC XVI. 21.

EL dogma aterrador que nos recuerda el Evangelio de este dia, es uno de los que con mayor empeño ha combatido la incredulidad y el libertinage de estos últimos siglos. No hay esfuerzo que no se haya hecho por desimpresionar al vulgo de la creencia de un infierno, uno de los frenos mas poderosos para contener al hombre dentro de los límites de su deber, y contrarestar la funesta influencia de las pasiones humanas que á manera de impetuoso torrente, arrastran á los mortales al abismo de la perdición. Si la fé de los cristianos no fuese tan débil, no habria menester mas que leer el texto evangélico que acaba de cantar el sagrado Levita, para convencerse hasta la evidencia de una verdad harto triste, sí, pero no menos provechosa, contra la que tan altivamente se sublevar el vicio y la impiedad.

«Hubo, dice Jesucristo, cierto hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y daba diariamente espléndidos banquete-

tes. Vivía tambien á la sazón un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacia á la puerta de éste, deseando saciarse de las migajas que caian de la mesa del rico; mas nadie se las daba..... Sucedió pues que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Y hallándose en los tormentos, levantó los ojos y vió á lo lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno, y exclamó: Padre Abraham compadécete de mí, y enviáme á Lázaro, para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. A lo que Abraham le respondió: Acuérdate, hijo, que recibiste bienes durante tu vida, en vez de que Lázaro no recibió mas que males: y así, éste ahora es consolado, y tú atormentado; además de que entre nosotros y vosotros media un abismo insondable, de suerte que ni los que de aquí quisieran pasar allá, podrian hacerlo, ni los que están ahí pueden pasar á este lado.»

No puede darse una pintura mas esacta ni mas sublime á la vez de las penas que padecen los réprobos en el infierno. Su duracion eterna, la imposibilidad de salir de ellos cuando una vez se ha caido en aquel abismo sin fondo, la actividad de aquel fuego abrasador que obra de un modo tan maravilloso en las almas, la desesperacion de estas al ver la bienandanza de los justos á quienes oprimieron en la tierra, y el gusano roedor de su conciencia que las atormenta con el recuerdo de los bienes que gozaron en el mundo y de los medios que tuvieron para evitar tanta desgracia, todo está comprendido en la historia del rico avariento y del indigente é infortunado Lázaro. Dudar pues de la existencia de ese lugar de tormentos perdurables, es negar á Jesucristo su veracidad, es negar el Evangelio, es declararse incrédulo por sistema, é impío sin fundamento alguno racional. Y sin embargo, A. O., esta incredulidad ha cundido tanto en todas las clases, sexos y condiciones, merced á las doctrinas corruptoras de la filosofía de la época, que hasta los hombres mas rústicos, hasta las mugeres mas ignorantes, hasta los niños mismos han aprendido á negar magistralmente el dogma del infierno, y á burlarse de los ministros de la religion cuando estos le predicán al pue-

blo fiel. «¿Quién lo ha visto? ¿Ha venido alguno de allí á decirnos lo que pasa?» Hé ahí el lenguaje vulgar de muchos que se dicen cristianos: tales son sus creencias respecto del dogma que hoy nos ocupa: ¡Miserables! ¿Y esperarían á que algun réprobo viniese del infierno á convencerles de su error? ¿O preferirán convencerse por propia esperiencia? Esta idea me estremece, católicos, y apenas concibo que haya hombres que así piensen cuando se trata de un porvenir eternamente feliz ó eternamente desgraciado.

Pero hay mas, A. O.: los que por incrédulos ó vacilantes dudan de esta verdad terrible, apelan á un argumento harto trillado ya, pero que no por eso deja de hacer una impresion bien funesta en ciertos espíritus incapaces de apreciar en su justo valor las razones en que se funda. «¿Cómo puede Dios, dicen, siendo infinitamente justo castigar el pecado de un momento con una eternidad de suplicios? ¿Cómo siendo infinitamente bueno, podria decretar tormentos perdurables á lo que no es mas que efecto de humana debilidad? ¿Cómo en fin siendo infinitamente sábio, habia de emplear para atormentar á los réprobos unos medios tan desproporcionados con el fin que se propone?» Hé aquí las tres contradicciones que encuentran en la conducta de Dios con relacion al dogma del infierno; de donde deducen que este dogma choca abiertamente con la justicia, con la bondad, y con la sabiduría divinas. Cúmplenos pues hoy demostrar todo lo contrario haciendo ver que «lejos de existir esa aparente contradiccion, la justicia de Dios, su bondad, y su sabiduría exigen imperiosamente que haya un lugar de tormentos en donde los réprobos expien eternamente sus crímenes.» Este es todo el asunto de mi discurso; y ójala consiga con mis palabras desimpresionar de su error á los cristianos que dudan de esta verdad capital del catolicismo, á fin de que puedan prevenir con tiempo sus tristes consecuencias! Invoquemos los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Dige, A. O. M., al formular mi proposicion, que lejos de chocar el dogma del infierno con la justicia de Dios, este mismo atributo de la divinidad exigia imperiosamente su existencia. Y ved en qué fundo este aserto. Es evidente que hay en el mundo hombres pecadores, y lo es tambien que el órden exige que estos reciban el condigno castigo de sus excesos; luego como quiera que no siempre reciben este castigo en la vida presente, hácese preciso que en la eternidad haya un lugar donde queden completamente vengados los derechos de la divina justicia. Ahora bien, que en el mundo hay pecadores, es una de esas verdades que no pueden negarse, ni dudar de ellas sin carecer de sentido comun. Ciertamente que no han faltado en estos últimos tiempos hombres impíos y libertinos que han osado tratar de quimérica toda distincion entre el vicio y la virtud, entre la inocencia y el crimen, y no se han avergonzado de enseñar que semejantes ideas solo existen en la imaginacion de algunos fanáticos ó ignorantes. Pero este grito horrible no ha merecido sino el anatema universal del mundo, y hasta los mismos que menos simpatias han manifestado hácia la religion, no han podido menos de rechazar indignados tan escandalosa novedad.

¿Y quién no se horrorizaria al oír tamaña blasfemia! Pues qué, aun prescindiendo por un momento de las leyes divinas, ¿pudiera ser lícito bajo ningún concepto á los esposos violar la mútua fidelidad que se prometieron, al súbdito sacudir el yugo de la autoridad legítima, al hijo desentenderse de los sentimientos de respeto y filial obediencia que la misma naturaleza grabára en él con respecto á los autores de su sér? ¿Pudiera éste sin hacerse criminal, clavar un puñal parricida en el seno de su madre, aquel atentar impunemente contra el trono de su rey, y la esposa adúltera prostituirse á estraños amores, abreviar con el veneno la vida de su consorte por entregarse con mas libertad á sus vergonzosos instintos? En una palabra,

los malvados, los incestuosos, los perjuros, ¿son unos seres inocentes? ¿es únicamente nuestro capricho ó nuestro fanatismo el que los hace criminales? ¡Oh, Dios mio! ¡Cuán terrible sois cuando entregais al hombre á las tinieblas de su estraviada inteligencia! Pero si todas esas cosas no fuesen de suyo unos delitos gravísimos, ¿qué significarian entonces esos remordimientos crueles que nos atormentan despues de ejecutar ciertas acciones, remordimientos que no provienen de nosotros mismos puesto que no contribuyen mas que á despedazar nuestra alma, remordimientos cuyo aguijon no podemos evitar en el hecho mismo de no podernos prometer la impunidad, remordimientos importunos, libres é independientes, que ni respetan al monarca en su dorado s6lio, ni al facineroso en su dura prision? Si nuestras acciones fuesen inocentes, ¿por qué nos reprenderia de ellas nuestra conciencia? ¿Con qué derecho nos perseguiria el grito de ese juez inexorable en todas partes y en todas las situaciones de la vida? Es pues innegable que hay pecadores en el mundo: y por consecuencia el 6rden exige que sean castigados, á no fingir con Marcion un Dios tan complaciente que se duerma en una muelle indolencia, que no se ofenda de las blasfemias que contra 6l vomitan los labios del impio, y que deje á este sin castigo y al justo sin galard6n. Y hé aqui lo que decia el s6bio Tertuliano apostrofando ir6nicamente á aquel hereje. «Ved, esclamaba, el nuevo Evangelio que viene á predicarnos Marcion. Hasta ahora se nos ha hablado de un Dios tan s6bio que penetra hasta los mas intimos pensamientos del hombre, tan santo que reprueba hasta los mas leves deseos criminales, tan poderoso que su accion se estiende hasta las mismas testas coronadas. Mas ahora se ha descubierto un nuevo Dios tan tolerante, tan bueno y accesible, que ni abre sus ojos para ver al criminal, ni estiende sus manos para castigarle, ni sabe siquiera lo que es vengarse. Bien podeis, pues, pecar con toda libertad, continuaba, y satisfacer sin temor vuestras pasiones; el Dios de Marcion es un Dios c6modo á quien se puede insultar impunemente (1).» ¡Ra-

(1) Attendite hæc peccatores, quique hoc nondum estis ut esse possitis, Deus melior inventus est, qui nec ulciscitur nec irascitur. TERTUL.

eiocinio que no admite réplica! Porque, ¿qué sería un Dios que no aborreciese el crimen, ó que aborreciéndole no le castigase? Miserables hijos del polvo que os atreveis á citar á juicio al Altísimo, ¿juzgariais fuera de orden el que un rey justo se deshiciese de un malvado? ¿No seriais los primeros en hacerle un cargo severísimo si por su culpable indolencia dejase triunfar el vicio al abrigo de la impunidad? ¿Quién sois pues para reprochar á Dios lo mismo que exigís de unos hombres como vosotros?

— Resulta pues demostrado que el orden exige imperiosamente que el pecado reciba su condigno castigo. Pero esta ley tan justa, ¿tiene siempre su exacto cumplimiento? No, A. M., y tanto que si este mundo fuese el único sitio en donde debiera verificarse el castigo de los pecadores, tendríamos poderosos motivos para querellarnos de Dios y de su providencia adorable. ¿Qué otra cosa vemos continuamente en la tierra, sino Abeles inocentes espirando bajo el hierro de Caines envidiosos é injustos, Herodes incestuosos elevados al trono, y Bautistas irreprochables gimiendo entre duras cadenas, Neronés crueles y sin sentimientos de humanidad, adornados de la púrpura imperial, y Pablos celosos y santos derramando su sangre sobre los cadalsos? ¿Qué otra cosa se presenta por do quiera á nuestra vista, sino la tímida virtud ahogada por la iniquidad triunfante, la inocencia calumniada, la hipocresía aplaudida, indigentes despojados de sus bienes y avaros enriquecidos sobre sus ruinas, malvados afortunados y hombres probos hundidos en la desgracia, ricos sin piedad nadando en las delicias y Lázaros humildes cubiertos de úlceras y estenuados por el hambre? Ahora bien, A. M., la razon misma ¿no dicta que debe haber coronas imarcesibles reservadas para los unos, y tormentos sin fin destinados para los otros? De otra suerte, ¿cómo concebir la divina justicia si no tuviese designado un dia para hacer desaparecer esa confusion, esa contradiccion aparente que se manifiesta á nuestra vista, dando á cada cual aquello á que se hubiese hecho acreedor por sus méritos ó deméritos? ¿Ó querria el impío que Dios recibiese en la Santa Sion unos miserables hinchados por el orgullo, embrutecidos por la sensualidad, anegados en la intemperancia, corrompidos por los placeres, y que colo-

case en sus tabernáculos la impureza entre las vírgenes, la bestialidad entre los ángeles, y á sus mayores enemigos en el trono de su misma gloria? ¡Estraña pretension! ¿Ó querria tal vez que el hombre todo entero pereciese entre el polvo de la tumba, y que su alma muriese tambien juntamente con el cuerpo? ¡Triste necesidad á que el malvado se vé reducido, prefiriendo el aniquilamiento de todo su sér mas bien que subsistir eternamente para padecer en los brase-ros infernales! Pero en vano, esa nada que los réprobos desearian como su mayor felicidad, no les será concedida. El Señor que crió el alma inmortal, la reservará despues de su separacion del cuerpo humano para hacerla espiar en la eternidad los crímenes con que se manchó en el tiempo, y dar de este modo una satisfaccion á su justicia ofendida, puesto que así lo exige el órden providencial trastornado en el mundo por el pecado. Los mismos paganos, sin mas Evangelió que su propia razon, reconocieron la existencia de ese lugar de eternos suplicios que el impío quisiera suprimir. Testigos esos rios de fuego, esas sombrías cavernas, esos buitres devoradores, esos espantosos rugidos, y esos suplicios variados, que sus poetas pintaron con los mas horribles coloridos. De ahí el decir uno de sus mas célebres escritores que la fé de un infierno estaba tan estendida como la creencia en los dioses, y que quien creyese en estos debia necesariamente creer en aquel.

Sin embargo, no es la existencia del infierno lo que mas chocha y repugna al impío: lo que de ninguna manera puede admitir es que Dios pueda decretar suplicios eternos por el pecado de un momento; héd ahí en lo que encuentra una contradicción inconcebible con la divina justicia, y una desproporción irritante entre la causa y el efecto. ¡Miserable subterfugio! ¿En dónde habrán aprendido esos bellos espíritus, esos génius superiores de nuestro siglo ilustrado, que el castigo debe arreglarse á la duracion del delito? Si así fuese, deberian comenzar citando á juicio á la justicia humana que es la primera en quebrantar esa ley. ¿No se la vé todos los dias condenar á un delincuente á vivir proscrito en los mares toda su vida, á arrastrar una cadena perpétua, ó á sufrir una muerte lenta y múltiple por el horroroso aparato del tormento, en punición de un robo, de

un homicidio, ú otro cualquier crimen de un momento? Pero esos suplicios, direis, no son eternos. ¿Y de aquí qué se sigue? ¿Por ventura Dios no tiene distintos derechos que los hombres? Mas ¡qué digo! Los hombres mismos, ó lo que es igual, la justicia humana, ¿no podría privar al culpable de su existencia por el delito de un instante, aun en la suposición de que sus dias fuesen eternos, sin que por eso se la pudiese hacer un cargo? Lo podría indudablemente, porque no es la duracion del delito por la que debe medirse el castigo, sino por el carácter de la ofensa. Ahora bien, ¿quién duda que el pecado mortal que el hombre mira á veces como una vagatela, encierra una ofensa infinita contra Dios, bien se considere con relacion á la magestad infinita del objeto ofendido, bien respecto de la infinita pequenez del ofensor? Además de que, como observa sábiamente San Gregorio, aun cuando la accion criminal del pecador no sea mas que de un momento, su deseo es inmortal. El avaro si pudiera eternizarse sobre la tierra, eternamente viviria amontonando riquezas; el orgulloso si pudiera fijar para siempre su morada en este mundo, su sed de honores seria eterna é insaciable; el impúdico si fuese árbitro de sus destinos, no se cansaria de satisfacer sus vergonzosas pasiones y viviria eternamente esclavizado á los ídolos de su sensualidad. En una palabra, si no hubiese muerte ni infierno, el pecador permaneceria en el pecado por toda la eternidad. ¿Qué cosa pues mas justa que castigar con una eternidad de tormentos esa eternidad de deseos criminales en que el pecador persiste impenitente, y con los que descende al fondo del sepulcro? Y ved ya demostrada la primera verdad que os propuse, á saber, que el dogma del infierno, tal como la religion le enseña, lejos de atacar en lo mas leve la justicia de Dios, es por el contrario la prueba mas evidente de ella. ¿Pero no se opondrá á su infinita bondad? No, antes bien ese dogma terrible es un monumento de sus divinas misericordias, segunda verdad que voy á demostraros.

No dudo que esta proposicion os habrá chocado sobremanera, y que interiormente estareis diciendo: ¡Cómo! ¿es posible concebir una bondad infinita, y una misericordia sin límites en un Dios que castiga una debilidad momentánea con suplicios tan terribles? Y yo

os preguntaré á mi vez: ¿quién os obliga á correr en pos de los caprichos mas criminales y á entregaros á las pasiones mas vergonzosas? ¿Quién os fuerza á asociaros con los libertinos, á tender redes á la inocencia, á ser intrigantes, injustos soberbios, escandalosos é impíos? ¿Quién os compele á cometer ciertos pecados contra los mismos instintos naturales, á despecho de los gritos de vuestra conciencia y sin temor al porvenir? ¿Hay acaso tentaciones invencibles? ¿Estais ligados al pecado con cadenas que no podeis romper? ¿No sois libres para obrar el bien, y para seguir sin violencia las inspiraciones de la gracia? La misma religion que os obliga á creer que hay infierno, ¿no os proporciona los medios de evitar el caer en las manos de un Dios vivo? ¿Sobre quién pues deberá recaer vuestra perdicion si no lo evitais? ¿Por ventura sobre un Dios que os ha prodigado todo género de ausilios para salvaros, y que ha puesto en vuestras manos vuestra eterna felicidad? No: el Señor, podrá muy bien contestar al desgraciado réprobo que le hiciese un cargo por haberle condenado al fuego eterno en castigo de sus crímenes, lo que Abraham decia al rico de nuestro Evangelio: *Recordare quia recepisti bona ni vita tua*. Acuérdate que mientras viviste no cesé de derramar sobre tí los tesoros de mi misericordia; te di ausilios en abundancia para evitar la culpa, te llamé con feiteradas inspiraciones, te proporcioné ejemplos poderosos de virtud, nada en fin dejé de hacer por atraerte al buen camino é inspirarte el amor á la virtud. *Recepisti bona*: Luces celestiales, movimientos interiores, remordimientos punzantes, temores subitáneos, todo lo puse en juego para despertarte del sueño de la muerte, y te di tiempo oportuno para convertirte, y prolongué tus dias para que te arrepintieses, y cuanto puede hacer un padre amoroso por apartar á su hijo del borde del abismo, otro tanto hice yo en tu obsequio porque no cayeses en ese abismo sin fondo que te separa ahora de mí eternamente: *Nunc autem..... inter nos et vos, chaos magnum firmatum est*.

Pero el hombre es tan débil, replicareis, que nada de extraño es que se deje seducir por los atractivos del vicio; lo extraño es que un Dios tan bondadoso venga tan horriblemente unos pecados que mas que á su malicia deben imputarse á su fragilidad. ¡Miserables! ¿Lla-

mais débil á un hombre á quien no han podido mover ni todas las caricias de un padre amoroso, ni todas las gestiones del mas fiel amigo, ni todas las amenazas de un juez severo é inflexible? ¿Llmais débil á un hombre á quien no pudieron intimidar ni el peligro de una muerte cercana y desgraciada, ni el recuerdo de las llamas infernales? ¿No se os habia dicho mil veces que si no os enmendábais no os quedaria otro recurso que el infierno? Y á pesar de estar convencidos de ello continuásteis en vuestra mala vida, y con este conocimiento volvísteis á cometer el crimen..... ¡Y todavía os quejais, y juzgais demasiado severo un castigo que no es mas que el precio á cuyo coste comprásteis los goces de este mundo! Contradiccion estraña del pecador, quien si discurriese segun los verdaderos principios de la fé, lejos de murmurar de la bondad de Dios en este punto, deberia mas bien darle gracias porque aun en las llamas infernales se ostenta misericordioso, segun la atrevida frase de Tertuliano (1). Y como decia el Crisóstomo, tan agradecidos debemos estar á él por haber preparado á sus santos coronas inmortales, como por haber encendido en los abismos un fuego abrasador para castigar á sus enemigos (2). Esta proposicion que á primera vista pudiera parecer una paradoja, no es sino una verdad importantisima, puesto que al crear el Señor el infierno su principal designio fué servirse de él para apartar al hombre del crimen con el temor de sus llamas; y la prueba evidente de esto, continúa el citado doctor, son las mismas amenazas que nos hace de precipitarnos en aquel eterno abismo. Él se conduce con nosotros á semejanza de una buena madre, que desea apartar á su hijo querido de lo que puede perjudicarle. Trueña, afila su espada vengadora, nos presenta el aparato imponente del fuego perdurable, y nos amenaza con su cólera si no evitamos el pecado, á fin de que nos apresuremos á desarmar su brazo; no porque quiera perdernos, pues si así fuese no nos avisaria, sino que prefiere aterrorizarnos con sus palabras, á trueque de no tener que castigarnos con sus obras (3). Y ved cómo se verifica que el in-

(1) ¡O Deum usque ad inferos misericordem! TERTUL.

(2) Pro ipsa gehenna oportet Deo agere gratias. S. CHRYSOSTOM.

(3) Minatur gehennam Deus, non quò gehennam inducat, sed quo

fierno es un eterno monumento de la misericordia de Dios, puesto que por terribles que sean los medios que emplea para salvar á un hombre, siempre son pruebas de su bondad. ¿Pero son igualmente pruebas de su sabiduría? Hé aquí la tercera dificultad del impío, á que vamos á contestar con la brevedad posible.

Un fuego material que abrasa las almas siendo espirituales, un fuego violento que no consume los cuerpos que atormenta, un fuego en fin inmortal que subsiste siempre sin alimentarle, ¿no son otras tantas quimeras tan chocantes á la sana razon como repugnantes al buen sentido? ¿Dónde está pues la sabiduría infinita de un Dios que emplea para castigar al criminal unos suplicios tan inconcebibles é inesplicables? Así discurren los impíos para atacar el dogma del infierno. ¡Desgraciados! un dia llegará en que si no se convierten, experimentarán por sí mismos lo que ahora afectan ignorar. Pero entre tanto, para contestar á esta dificultad no les diré yo que Dios puede hacer mucho mas de lo que ellos son capaces de imaginar; que si puede hacer milagros de amor, no es menos poderoso para obrar prodigios de severidad; que todo en él es incomprendible hasta su incomprendibilidad misma; y que una razon que se abisma en un insecto y encuentra su tumba en un átomo, en vez de escudriñar con arrogancia esos arcanos de la divina sabiduría, deberia mas bien humillarse ante ella y adorarla. No me contentaré con esto: voy á contestar directamente á la objecion.

Chócale al impío que un fuego material pueda obrar sobre unas almas espirituales. ¿Y es posible que unos hombres nutridos en esa moderna filosofia que todo lo vé claro, aun los mismos misterios, ignoren que el fuego cuando quema un miembro cualquiera no produce el dolor en el cuerpo, masa informe incapaz de sensaciones, sino en el alma, única susceptible de sentimiento? ¿Por qué pues un fuego que aquí nos atormenta con ocasion del cuerpo, no ha de poder atormentarnos en el infierno obrando como un instrumento en las manos del Omnipotente? ¡Ah! Es que el impío que emplea esa

a gehenna liberet: alioquin si torquere vellet, non jam ante minatus esset: terret Verbo, quominus opere torqueat. ID.

misma filosofía para atacar constantemente las verdades de la fé cuando no está de acuerdo con ellas, rechaza desdeñosamente sus principios toda vez que concuerdan con los de la religion, para obstinarse en su incredulidad. Tampoco puede concebir que un fuego tan violento como el del infierno no consuma los cuerpos que atormenta... ¡Como si fuese tan difícil comprender que Dios repara las pérdidas que pueden sufrir aquellos, dejándolos siempre en aptitud de padecer! Ultimamente que aquel fuego inmortal subsista constantemente sin alimentarle, se concibe también haciendo atención á que Dios cuyo soplo le encendió en un principio, según la frase de los santos libros, puede muy bien proporcionarle un pábulo eterno con su virtud omnipotente, y perpetuar su acción sobre los réprobos por los siglos de los siglos.

Pero aun cuando esto así sea, reponen los incrédulos, qué necesidad hay de que esos suplicios sean eternos? ¿No se salvaria mejor la divina sabiduría, no convendria mejor á los fines de la Providencia un sistema de castigos menos severos y sobre todo de una duración limitada? ¿No se evitarian así mejor los crímenes que se cometen en el mundo? No, católicos, y la prueba la teneis á vuestra vista. Si á pesar de la fé en este dogma estremecedor se ven tantos torrentes de iniquidad aun entre los mismos cristianos que creen en él, ¿qué seria si se suprimiese esa creencia? ¿Qué resto de probidad quedaria en la tierra? ¿Qué freno tendria el vicio bastante á encadenar sus impetuosos arranques? ¿Qué dique seria suficiente para atajar la corriente de las malas pasiones? ¿Quién contendria el furor de la impiedad? ¡Ah! no, esclama Tertuliano; jamás el error pudo ser el gérmen de la virtud y de la sabiduría del Todopoderoso: y nada hay en que manifieste mejor sus luces y grandes talentos un legislador, que en saber contener á sus súbditos en el círculo de sus deberes, haciendo temblar el vicio á pesar de las sombras que le rodean.

Hed aquí, A. O., resueltas en breves palabras las tres mayores dificultades que la sutileza de la incredulidad ha podido inventar contra este punto capital de nuestra religion. Objeciones bien débiles por cierto, esfuerzos harto impotentes para desterrar del cristianismo ese dogma terrible pero utilísimo, que lejos de estar en

contradicción con los tres principales atributos de la divinidad, prueban de una manera visible la justicia, la bondad y la sabiduría de Dios, las cuales exigen imperiosamente que haya un infierno, ó sea un lugar de tormentos en donde los réprobos expien eternamente sus erimenes: que es lo que me propuse probar en este discurso.

Ahora bien, A. O. M., tratemos de aprovecharnos de esa fé que el Señor por su misericordia nos ha dado para que creyendo en las penas reservadas al pecador en la otra vida, procuremos evitarlas haciendo en esta una digna penitencia de nuestras culpas, ya que por nuestra desgracia no hayamos sabido conservar la inocencia. Temblemos, católicos, y en el ejemplo terrible del rico de nuestro Evangelio, aprendamos á no abusar como él de los dones de Dios, á no inutilizar los ausilios que ahora nos dispensa para salvarnos; no sea que cayendo en aquel abismo sin fondo, pidamos en vano que una mano bienhechora nos proporcione algun refrigerio en aquellas llamas devoradoras, y oigamos entonces de los lábios de la divina justicia lo que el rico escuchó de los de Abraham: «Acuérdate que ya recibiste innumerables bienes de mi bondad, y pruebas mil de mi misericordia mientras viviste en el mundo: *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate que te llamé como padre amoroso, como amigo fiel, como pastor tierno, que corrí en pos de tí para que volvieses conmigo á mi aprisco, y que no cesé de amenazarte con los suplicios eternos del infierno para apartarte del camino de los vicios: *Recordare quia recepisti bona*. Acuérdate que muchas veces te perdoné y volviste á ofenderme, disimulé tus ofensas y te burlaste de mi bondad, te colmé de beneficios y los convertiste en armas para insultarme: *Recordare quia recepisti bona*. Ahora pues sufre esos tormentos que no quisiste evitar, arde eternamente en ese fuego que no quisiste apagar con tu arrepentimiento, tolera todo el peso de mi venganza, mientras los justos á quienes tú llamabas nécios porque me servían con fidelidad, gozan conmigo de eternas delicias: *Nunc autem, hic consolatur, tu vero cruciaris*. Evitemos repito, A. M., este terrible castigo, lanzándonos ahora que podemos en los brazos de la divina clemencia que fácilmente conseguiremos mediante una penitencia sincera de nuestros pasados desórdenes.

No esperemos á que el Señor nos envíe algun desgraciado réprobo, que venga á referirnos lo que pasa en el infierno, como el rico del Evangelio pedia que fuese enviado á sus hermanos, ni menos esperemos á experimentar por nosotros mismos el efecto de aquellos ardores sempiternos. Convencidos íntimamente de este dogma por la fé, trabajemos por prevenir la accion de la venganza del Omnipotente; vivamos como el justo Lázaro, virtuosos aun en medio de las adversidades con que el Señor nos prueba en este mundo, seguros de que llegada la hora de nuestro tránsito, seremos como él trasladados por los ángeles á la morada celestial de los bienaventurados.

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA II DE CUARESMA.

CUÁN DE TEMER ES QUE EL SEÑOR EN VISTA DE NUESTRA INGRATITUD Á SUS BENEFICIOS, NOS HAGA SENTIR EL PESO DE SU VENGANZA PRIVÁNDONOS DE LA FÉ QUE TAN IMPÍAMENTE MENOSPRECIAMOS.

Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.

Os será quitado el reino de Dios, y dado á otras gentes que rindan frutos de buenas obras.

MATTH. XXI. 43.

De cuantas amenazas leemos haber hecho el Salvador á la nacion ingrata que le desconoció cuando viniendo á salvar al mundo se dignó escogerla para ser el teatro de todos los prodigios de su amor y misericordia, ninguna hay, A. O., que cause en mi alma una impresion tan honda y terrible, ninguna que tanto me afecte como la que se nos refiere en el texto Evangélico de este dia. Escuchad con atencion, y no podreis menos de experimentar conmigo los mismos afectos de temor y estremecimiento. *«Érase, dice, un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando en ella un lagar, edificó una torre, arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un pais lejano. Venidà ya la sazón de los frutos, envió sus criados á los renteros, para que percibiesen el fruto de ella. Mas los renteros, acometiendo á los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro le ape-*

drearon. Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Por último les envió su hijo, diciendo para consigo: A mi hijo al menos le respetarán. Pero los renteros al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y nos alzaremos con su herencia. Y cogiéndole, le llevaron fuera de la viña y le mataron. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Hará, dijeron los discípulos, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á su tiempo. Mas Jesus les dijo: ¿No habeis jamás leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los fabricantes esa misma vino á ser la clave del ángulo....? Por lo cual os digo que os será quitado el reino de Dios, y dado á otras gentes que rindan los debidos frutos. Y quien cayere sobre esta piedra se hará pedazos, y ella aplastará á aquel sobre quien cayere.»

Imaginad ahora, C. O., si puede darse una pintura mas atrevida, mas sublime y terrible á la vez de la ingratitud del mundo para con Jesucristo, y del formidable castigo que reserva para vengar tamaña maldad. ¿Qué mas pudo hacer en efecto el Señor en favor de la humanidad envilecida por el pecado y víctima de sus propios escesos? ¿No cuidó de ella como pudiera cuidar de su viña predilecta el mejor padre de familias, proporcionándola un esmerado cultivo, dándola profetas que continuamente la instruyesen en la ley divina, hombres inspirados que la ilustrasen en el conocimiento de las grandes verdades de la religion, y la contuviesen en el círculo de su deber, revelándola de vez en cuando los arcanos del porvenir? Dios mismo, ¿no se constituyó su defensor en muchas ocasiones, libertándola de tiranos odiosos, abriéndola paso por entre las aguas del mar, capitaneando sus ejércitos, marchando al frente de sus tribus errantes por entre eternas soledades, alimentándola prodigiosamente en los desiertos, haciendo brotar fuentes de agua viva en los abrasados arenales de la Palestina, y facilitándola en fin todo cuanto reclamaban sus necesidades? Y por último, aun despues que por un esceso de ingratitud inconcebible, aquellos mismos hombres

á quien tanto favoreciera, maltrataron indignamente á los enviados del Señor y se mancharon las manos con la sangre de los profetas, ¿no les envió su propio hijo, haciendo que el Verbo revestido de carne humana descendiese á la tierra para redimirles de la ominosa esclavitud del pecado y franquearles la entrada en su reino celestial? ¡Y ellos no obstante le desconocieron, le persiguieron y le condenaron á morir en un afrentoso patíbulo! Dignos de que un Dios irritado de tanta ingratitud, abandonase á aquel pueblo deicida á los efectos de su endurecimiento, le despojase de sus derechos y llamase al pueblo gentil para ser las primicias del nuevo reino que sustituyó á la Sinagoga, viniendo á ser la piedra angular de la iglesia de Jesucristo, en cumplimiento de la terrible amenaza consignada en el presente Evangelio: *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Ahora bien, C. O., ¿correspondemos mejor los cristianos á ese llamamiento, que el pueblo judío á quien vemos errante y fugitivo, sin nacionalidad, sin sacerdocio, sin leyes, llevar por do quiera la marca indeleble de su reprobacion? ¿Somos mas agradecidos que él á los infinitos rasgos de predileccion que hemos recibido y recibimos continuamente de Dios? Confiésoos por mi parte, católicos, que cada vez que esta idea asalta mi imaginacion, un terror involuntario se apodera de mi alma, y tiemblo y me estremezco al considerar la monstruosa ingratitud de una gran parte del cristianismo; y se me figura oír de cerca el anatema terrible de Jesucristo, y ver desaparecer de entre nosotros su reino, esto es, su Iglesia, su fé, sus dogmas, su religion, y con ella toda nuestra dicha, nuestra civilizacion y nuestro porvenir. No trato de aterrorizaros con presentimientos fatídicos: pero no puedo menos de anunciaros en cumplimiento de la mision que ejerzo á nombre de Dios, «cuán de temer es que en vista de lo mal que el pueblo cristiano ha correspondido á los infinitos beneficios que ha recibido y recibe continuamente de su bondad, el Señor se canse de tolerar nuestra ingratitud, y nos retire su proteccion, trasladando esa fé que tan impiamente menospreciamos á otros paises mas dignos de ella:» *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Hé aquí el asunto de mi discurso.

Imploremos las luces del Espíritu divino por la intercesion de su Esposa predilecta, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Si alguna vez debiera yo renunciar á los débiles recursos de la humana elocuencia, nunca como hoy que voy á ocuparme de un asunto en que los hechos por sí solos hablan al corazon un lenguaje el mas elocuente y patético. Si los hechos nos demuestran nuestra pérfida ingratitud á los innumerables beneficios del Señor, y nos presentan con un carácter incomparablemente mas odioso que á aquella nacion réproba que á través de mas de diez y ocho siglos viene dando al mundo el espectáculo de la mas terrible espiacion. ¿Qué punto de contacto hay entre lo que en favor de ella hiciera Dios, y lo que ha hecho con el pueblo cristiano? Ninguno: los tesoros de amor que con nosotros ha desarrollado ese padre de familias, esceden tanto á los que por espacio de cuatro mil años derramó en el seno de aquella nacion escogida, como sobrepujan en claridad los rayos del sol á los del menor de los astros del firmamento, como escede en altura el corpulento cedro al humilde arbusto plantado de un dia, como el inmenso océano al imperceptible arroyuelo que murmura entre la yerba del campo. Una amplificacion de la parábola evangélica que acabais de oir, nos pondrá de manifiesto esta verdad importantísima.

En efecto, Jesucristo á quien simboliza admirablemente el padre de familias de nuestro Evangelio, estableció en el mundo su Iglesia, viña misteriosa cuya estension no se limita al estrecho círculo de un pais, de una provincia ó de un pueblo, sino que abarca todos los pueblos y todas las naciones del globo, como que todas ellas le fueron dadas en herencia por su Padre celestial: *Plantavit vineam*. En esta viña nos colocó á todos cuantos mediante las aguas regenera-

doras del bautismo entramos en posesion de sus derechos, para que en ella trabajásemos segun la respectiva vocacion que á cada cual cupo en suerte, y procurásemos cultivarla en proporcion de nuestros talentos y disposiciones, á fin de hacerla producir frutos copiosos de vida eterna. ¿Y qué de medios no ha puesto á nuestra disposicion, qué multitud de elementos no nos ha proporcionado para cumplir con nuestra mision? ¡Ah! Verdaderamente sorprende el ver la infatigable solicitud, el paternal esmero con que el divino Salvador proveyó á todas nuestras necesidades espirituales, sin omitir ni economizar nada de cuanto pudiera contribuir al logro de nuestra felicidad. Él cercó su mística viña con una valla insuperable, parapetándola con su doctrina celestial, con sus augustos sacramentos, con un sacerdocio perpétuo y con una gerarquía admirable, cadena misteriosa que no debia romperse mientras durasen los siglos, para defenderla de los asaltos del error, de los embates del vicio, y de todo el furor del infierno, cuyo poder jamás prevaleceria contra ella: *Et sepem circumdedit ei*. En su centro levantó un edificio colosal, torre inespugnable de donde penden mil escudos y la armadura de los fuertes, simbolo augusto y asilo impercedero de la unidad católica, de donde parten los rayos de esa autoridad visible y universal que obra sobre todas las inteligencias, y alcanza á todos los hombres de los diversos países del globo, estrechándolos con los vínculos de una misma fe, de unas mismas creencias, y de una misma é idéntica doctrina: *Et edificavit turrim*. Ultimamente confió su cuidado á unos hombres escogidos para velar constantemente por la conservacion del sagrado depósito de la verdad, proveyéndola oportunamente de pastores y doctores que, trabajando con celo en las fuciones de su ministerio y en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo, realizasen el gran pensamiento que concibiera desde antes de los siglos con respecto á la humanidad: *Et locavit eam agricolis*.

¿Pudo hacer mas Jesucristo en obsequio nuestro? ¿Ni podiamos nosotros exigir mayores pruebas de su amor infinito hácia los hombres á quienes se propusiera salvar por un puro efecto de su bondad sin limites? Pero, ¡oh ingratitud monstruosa! ¿Qué es lo que el mun-

do ha hecho para corresponder á tantos beneficios? ¿Cómo ha pagado tantos desvelos, tan esmerada solicitud, y sacrificios tan heroicos? ¿Han sido los cristianos menos desagradecidos que los judíos, y menor su obstinacion en desconocer y hacer frente á su Dios y Señor, que la de aquel pueblo reprobado que viene expiando á través de tantas generaciones el horrendo deicidio perpetrado en Jerusalem? ¡Ah! ¡Pluguiese al cielo que pudiésemos borrar de la historia esas odiosas páginas que ponen de manifiesto nuestra negra perfidia, y el exceso de maldad á que en todos tiempos se han dejado arrastrar los hombres y los pueblos contra aquel que vino á traerles junto con la verdadera fé, la verdadera libertad y la mas positiva civilizacion! ¿Qué siglo ha habido que no haya visto surgir enemigos poderosos armados del error y de la seduccion para hacer una guerra sin tregua á la verdad? ¿Cuántas heregías, cuántos cismas, cuántas sectas no se han levantado en el seno de la Iglesia desde su misma cuna para destruir el augusto edificio de la unidad católica? ¿Qué oposicion tan obstinada y sistemática no han hecho á la religion y á la moral cristiana esas funestas escuelas creadas en los siglos modernos por el racionalismo filosófico? En vano el Señor que vela continuamente por su mística viña, no ha cesado de enviar en todos tiempos hombres celosos, génios eminentes que con decision heroica se han consagrado á defender los derechos de la verdad y á mantener en toda su pureza el sagrado depósito de la doctrina que él nos trajo del cielo para fecundizar con ella la tierra y hacerla producir frutos abundantes de salvacion. ¿No les cupo igual suerte que á los criados enviados por el padre de familias de nuestro Evangelio? ¿No se vieron como ellos perseguidos unos, maltratados otros, próscriptos estos, escarnecidos aquellos, y condenados muchos á morir en defensa de los principios religiosos? Y cuando en diversas ocasiones se levantaban nuevos atletas á luchar en la arena contra las huestes del error, ¿no eran rechazados del mismo modo sus generosos esfuerzos, y combatida su doctrina con el mismo ó mayor encarnizamiento? Sí, A. O., la historia de la Iglesia no es otra cosa que la historia de la verdad luchando á través de diez y ocho siglos con la mentira, y la historia de los extravíos del entendimiento humano oponiendo una

resistencia tenaz á los dogmas de la fé. Donde quiera no nos ofrecen sus páginas sino una repulsion constante de parte del hombre que se niega á admitir el enojoso yugo de la autoridad divina, y aspira á emancipar su inteligencia de todo cuanto puede crearle el menor embarazo ó enfrenar sus desordenadas pasiones. De ahí esas escandalosas escisiones que han afligido á la religion en varias épocas, de ahí los furores del protestantismo, de ahí los excesos de la incredulidad moderna que tantos estragos ha causado y causa todavía en las creencias y en la moral pública; de ahí en fin esas ligas tenebrosas de la impiedad, que no ha temido alzarse contra el mismo Dios en persona, insultar á Jesucristo su unigénito, combatir su divinidad, negar su existencia histórica, y demoler sus templos, y derribarle de sus altares, y destruir su culto, y declarar á sus ministros enemigos del orden público y tiranos de la humanidad... Nosotros mismos hemos visto pueblos enteros alzarse en masa en el delirio de una exaltacion febril, declarar al Crucificado una guerra sacrilega, apellidarle infame, hacer pedazos el símbolo augusto de la redencion, hollar con inmunda planta el santuario, y sustituir en el trono de la divinidad el ídolo vergonzoso de la prostitucion. Hemos visto las testas coronadas asociarse al impío pensamiento de destronar al rey inmortal de los siglos, concebido por una filosofia demagógica en dias de espantoso vértigo, y coadyuvar y prestar su apoyo á los planes deicidas de unos hombres sin fé, sin religion, sin moralidad, sin instintos racionales, que se propusieran acabar de un golpe con las antiguas tradiciones y hacer desaparecer hasta los últimos restos del catolicismo. Hemos visto á los sábios abusar de sus talentos, y emplear sus luces en hacer frente á cuanto de mas santo y venerable venia respetando el mundo, mojar sus plumas en el veneno de la burla y del sarcasmo, ridiculizar los dogmas de la religion, satirizar sus prácticas sagradas, mofarse de los sacramentos, desacreditar al sacerdocio, y presentar á la vista de los pueblos como un exceso de preocupacion y fanatismo lo que ellos miraban como su mayor bien en esta vida y el mas firme apoyo de sus esperanzas para el porvenir. Hemos visto á los filósofos atacar de la manera mas insolente la doctrina católica, enseñar una moral puramente racionalista,

predicar el materialismo mas repugnante, negar al hombre su inmortalidad, despojarle de sus sublimes destinos, ultrajar su dignidad hasta el esceso de asemejarle á los brutos mas estúpidos, darle por origen un ciego acaso, y ofrecerle la nada como único término de sus aspiraciones. Hemos visto en fin, asentar como un principio inconcuso que no hay distincion alguna entre la virtud y el vicio, y en su consecuencia sancionar las mas innobles pasiones, hacer la apología de los mas vergonzosos desórdenes, autorizar los crímenes mas atroces, defender el robo, el asesinato, el adulterio, el suicidio, la rebelion, el regicidio, y todas esas iniquidades que la naturaleza misma anatematiza, y la razon no puede menos de reprobar altamente. Así es, A. M., cómo el mundo en general ha correspondido á los insignes beneficis de aquel Verbo que por salvarle del estado lastimoso á que se miraba reducido, no dudó abandonar el seno de su padre celestial, revestirse del ignominioso ropaje de la humanidad, conversar con los hombres, y hombre él mismo no menos que Dios, tomar á su cargo la expiacion de los delitos que aquel cometiera, sufrir en su persona los tormentos mas crueles, y morir en el suplicio infame de los malhechores.

Y en vista de esto, no podemos decir al pueblo cristiano con mas razon que el caudillo de los hebreos á aquellos israelitas ingratos y fementidos: *Hæcine reddis Domino, popule stulte et insipiens?* (1). De este modo, pueblo nécio y criminal, pagas al Señor lo que por tí hiciera? ¿Así respondes á los altos destinos á que fuiste llamado por la divina Providencia? ¿Así has llenado la mision para que fuiste preferido al pueblo judío, cuyos derechos heredaste? ¿Ese es el uso que has hecho de esa doctrina tan santa, tan sublime, tan altamente civilizadora que el Salvador te legó en su último testamento al abandonar la tierra? ¿Con tan monstruosa ingratitud te has olvidado de que en ese divino código te dejó cuanto podias desear para satisfacer cumplidamente tus necesidades en el orden religioso y social? ¿Con tan negra perfidia has trocado esos mismos medios que te dió para ilustrarte y marchar en las vias del verdadero

(1) Deute. XXXII. 6.

progreso, en otros tantos elementos para hacer frente á mis designios, en armas funestas para corromper y desmoralizar á la humanidad y envolverla en las espantosas tinieblas del vicio? *¿Hæccine reddis Domino?* ¿Qué pude ó debí hacer por tí, oh pueblo desalentado, que no hiciese? Tú que te has atrevido á llamarme á juicio, citándome ante el tribunal de esa razon á quien has reconocido en estos últimos tiempos por tu única divinidad, ven y argúyeme, si es que en algo te falté, ven y dime si por el contrario no me escedí en darte pruebas inequívocas de un amor sin limites que jamás supiste merecer: *¿Quid ultra debui facere vineæ meæ et non feci?* (1). ¡Ah! Yo te planté en el mundo á manera de una viña predilecta, proporcionándote riego abundante con mi celestial doctrina que, como los cuatro rios del paraíso, derramase por do quiera la fertilidad y la abundancia: y tú no me has dado en cambio de mis desvelos sino abrojos punzadores de malas pasiones, y errores sin cuento, y corrupcion é inmoralidad, y vicios detestables. Yo te llamé con preferencia á mi pueblo escogido, para que recogiendo la herencia que aquel fementido é ingrato no supo apreciar, entrases en posesion de todo mi amor y fueses un monumento eterno de mis misericordias. Por tí, no satisfecho con hacerme hombre mortal, y como si nada fuese el haber vertido hasta la última gota de mi sangre, quise quedarme y morar en tu compañía hasta la consumacion de los tiempos del modo mas maravilloso y sorprendente. Te envié mi divino espíritu para que velase constantemente por tí, y conservase entre los miembros de la gran familia humana el principio de la unidad que los estrechase con los mútuos lazos de una misma fé y de idénticas creencias. En las grandes crisis, en los dias de amargura, en las épocas de trastorno que han amenazado tu existencia religiosa y social, yo te libré de todos los peligros, te hice triunfar de todos tus enemigos, te saqué á salvo de las mas terribles pruebas, jamás te faltó mi auxilio, donde quiera esperimentaste mi accion benéfica; y si lograste salvar tu libertad en medio de la mas horrible tirania, si pudiste conservar algunos restos de tu antigua fé en medio del dilu-

(1) Isaïæ. V. 4.

vio de errores que se desbordó en los siglos medios, si en la invasión de la barbarie que amenazó sepultar el mundo en el caos de la mas profunda ignorancia, conseguiste sobrevivir al desquiciamiento universal de las antiguas sociedades y recoger entre sus ruinas los esparcidos elementos de esa civilizacion que hoy ostentas tan robusta y llena de vida, ¿á quién lo debes todo sino á mí, al influjo de ese gran principio católico que viene siendo el origen de cuanto grande y bello se ha realizado en el mundo á través de diez y ocho siglos? ¡Y sin embargo, no parece sino que todos tus esfuerzos los hayas empleado en hacer frente á ese mismo principio salvador, en destruir todos los elementos de dicha que á tanta costa conservaron tus antepasados, en desgarrar y hacer pedazos esas verdades tradicionales, esas sublimes instituciones á cuya sombra creciste y llegaste á la altura que hoy forma tu justo orgullo y tu positiva gloria! *¿Quid ultra debui facere vineæ meæ, et non feci?*

Y bien, M. A. O., permitidme os pregunte ahora como el Salvador á sus discípulos, cuando les hubo referido la ingratitude de los renteros de nuestro Evangelio: ¿Que hará ó que deberá hacer el padre de familias con una gente tan perversa? *Cum venerit Dominus vineæ, ¿quid faciet agricolis illis?* ¿Qué es lo que merece un pueblo que tantos beneficios ha recibido de Dios, y que con tamaña perfidia ha correspondido á sus bondades? ¿Qué castigo seria suficiente para expiar una ingratitude tan monstruosa? ¿Bastaria que el Señor enviase sobre él una lluvia de fuego semejante á la que en otro tiempo arrasó las ciudades nefandas? ¿Seria suficiente que un nuevo diluvio de la cólera celestial purificase el mundo de ese otro diluvio de crímenes en que se halla sumergido? Mas ¡ay! que en los tesoros de la divina venganza hay otra expiacion mas terrible, otro castigo incomparablemente mas espantoso, y es el fulminado por Jesucristo en el Evangelio de este dia, cuando dice: *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Os será quitado el reino de Dios, y dado á otras gentes que rindan los debidos frutos. ¿Habeis reflexionado jamás seriamente, católicos, lo que envuelve esta amenaza? ¿Habeis considerado lo que es ser despojados del reino de Dios? Ese reino, ya lo sabeis, es su fé, su

religion, su iglesia, su doctrina, sus sacramentos, su gracia, todo cuanto el catolicismo encierra, todo cuanto Jesucristo legó á la humanidad para hacerla feliz en la tierra y ayudarla á caminar hácia sus eternos destinos. ¿Qué seria pues de nosotros si esta amenaza se verificase? En qué abismo de degradacion y miseria, en qué caos de errores y desgracias no quedaríamos si Dios nos retirase esa antorcha luminosa que ahora nos guia á través de los escollos y asperezas del mundo, si nos despojase de esas creencias que sostienen nuestras esperanzas en este valle de quebranto, y nos ayudan á sobrellevar las adversidades é infortunios que rodean nuestra triste existencia; si nos quitase esa religion, columna misteriosa de fuego que en la negra noche que cubre nuestras inteligencias nos muestra el camino de la verdad, y por entre el espantoso desierto que en nuestros corazones dejan los errores y las pasiones humanas, conduce nuestros pasos á la patria de promision?

No intento, A. M., abultar con pinturas exageradas este cuadro horrible; no es mi ánimo aumentar los efectos que produciria en nosotros ese abandono de Dios, ese aislamiento en que quedaríamos en el caso hipotético de que venimos hablando. Yo apelo á la experiencia, yo os convido á lanzar una mirada reflexiva sobre esas naciones en que un dia floreció mas que en ninguna otra el cristianismo, y que hoy por un decreto providencial se hallan sepultadas en las sombras del error y de la muerte. ¡Mirad qué se ha hecho de aquella antigua grandeza que las hacia tan envidiables! ¡Ved en qué ha venido á parar su libertad, su literatura, su industria, sus artes y su civilizacion! ¿Qué otra cosa presentan á la vista sino el aspecto de unos cadáveres inanimados, sobre cuya frente se vé marcado el anatema que pesa sobre ellos? ¿Quién no vé en esa fria inercia á que se ven reducidas, en esa completa paralización de su comercio, en ese movimiento siempre retrógrado hácia la barbarie, en ese despotismo que las encadena, en esa ignorancia que las envilece, el signo de la reprobacion á que se hicieran acreedoras por su infidelidad? ¡Ah! Ellas no supieron apreciar en lo que valia la fé, y la fé se retiró de ellas; menospreciaron á Jesucristo, y Jesucristo las abandonó llevándose consigo su reino; quedaron reduci-

das á los recursos de su inteligencia enferma, á los delirios de su razon estraviada, á los excesos de sus pasiones y de sus errores, y hoy dia expian en una profunda noche de crímenes y de desgracias su obstinacion en rechazar los resplandores de la luz divina, que en cumplimiento del sagrado oráculo del Evangelio, las dejó en tinieblas para ir á alumbrar nuevas regiones, llevándolas la felicidad que aquellas desecharon: *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

¿Y quién nos asegura que esto mismo no pueda suceder respecto de nosotros? ¿Somos acaso mas fieles que esos pueblos desgraciados? ¿Hemos correspondido mejor á nuestra vocacion? ¿No nos hemos manifestado por el contrario mas ingratos y desconocidos á los beneficios del cielo? ¿No hemos llevado nuestra irreligion, nuestra impiedad, nuestros desacatos contra Jesucristo y su Evangelio, á un exceso mucho mayor que ellos? Ya lo hemos dicho antes y no estamos en el caso de repetirlo. La guerra que los siglos modernos han hecho al catolicismo ha llegado hasta donde puede llegar el encono del hombre contra Dios. La incredulidad de nuestra época sino se muestra tan repugnante y odiosa como antes, no se muestra menos audaz é insultante. Por haber cambiado de medios para combatir la verdad, no ha renunciado á sus planes tenebrosos: aspira cada dia con mas ardor á estinguirla del mundo, ha jurado su esterminio, y ni un dia cesa de trabajar por realizar su funesta idea. No lo conseguirá, porque el custodio de Israel vela incesantemente sobre su Sion querida, la Iglesia católica, en favor de cuya estabilidad y perpetuidad está empeñada la palabra divina. ¿Pero no es de temer que consiga al fin irritar la cólera del Señor contra el pueblo cristiano, y que llegue un dia en que oigamos su voz terrible que nos diga como al ángel de Efeso: «Voy á tí, y moveré tu candelabro (1)?» ¿Se ha obligado por ventura á tolerar nuestra ingratitud por un tiempo indefinido? Si hasta aquí se ha contentado con amonestarnos para que nos enmendemos, ¿quién nos asegura que no llegará un tiempo en que llena ya la medida de su tolerancia, descargue

(1) Apocal. II. 5.

sobre nuestras cabezas la espada de su justicia? Si hasta ahora no lo ha hecho, no es ciertamente porque no tengamos harto merecido este castigo, sino porque ha querido desarrollar en nuestro favor todo el tesoro de sus misericordias (1).

¿Por qué pues hemos de seguir abusando de la benignidad de un Dios que sólo desea nuestra felicidad, que no exige de nosotros mas que la debida gratitud á sus beneficios, que está pronto á colmarnos de nuevos favores toda vez que nos aprovechemos de ellos para labrar nuestra salvacion? ¡Ah! No demos lugar á que ese padre de familias nos despoje de la misteriosa viña en que nos ha colocado para fertilizarla y hacerla producir frutos sazonados de vida eterna. No hagamos con nuestros crímenes que arrancándonos como piedras reprobadas del augusto edificio de su Iglesia, coloque en nuestro lugar á otros mas dignos de figurar en él por su fidelidad! Tembremos que Jesucristo nos quite su reino, y traslade su fé, su religion, su Evangelio á otros paises que recojan nuestra herencia, y entren á poseer nuestros derechos, á la manera que nosotros heredamos un dia los derechos y las promesas consignadas al pueblo de Israel! Tembremos que los hijos del siglo mas prudentes que los hijos de la luz vengan á reemplazarnos en nuestra civilizacion, mientras nosotros somos arrojados á las tinieblas exteriores, esto es, al abismo de la barbarie de donde nos sacó el catolicismo. Tembremos por último que separados del cuerpo místico del Salvador, arrancados como sarmientos inútiles de esa divina vid, sin unidad, sin creencias, sin sacramentos, sin el riego de la palabra evangélica, seamos lanzados al fuego eterno donde un despecho perdurable, un llanto sin fin, y un interminable crujir de dientes es el porvenir reservado á los réprobos que no permanecen adheridos inviolablemente á Jesucristo, y no trabajan con fidelidad y perseverancia en el cultivo de su viña. Porvenir horrible que durará tanto como el mismo Dios vengador de sus ultrajes, y se prolongará por los siglos de los siglos.

(1) Misericordiae Domini quia non sumus consumpti. (Jërem. Trïhen. III. 22.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

ORÍGEN DIVINO DE LA CONFESION Y SU BENEFICIOSA INFLUENCIA EN EL BIENESTAR DE LOS PUEBLOS.

Erat Jesus ejiciens demonium, et illud erat mutum. Et cum ejecisset demonium, locutus est mutus, et admiratae sunt turbae.

Estaba Jesus lanzando un demonio, el cual era mudo; y asi que le hubo lanzado, habló el mudo, y todas las gentes se llenaron de admiracion.

LUC. XI. 44.

ENTRE los deberes que impone al hombre la religion católica, ninguno tal vez ha escitado una oposicion tan tenaz como el de la confesion sacramental. La ciencia y la ignorancia han hecho causa comun contra este dogma de la nueva ley. El orgullo que nutre y fomenta en el corazon humano ese espíritu de independencía que le arrastra á sacudir todo yugo que pueda incomodarle, se ha sublevado á la simple idea de la humillacion que lleva consigo ese penoso deber de declarar sus faltas á otro hombre, y en su consecuencia ha protestado altamente contra él como contra un acto de tiranía y de despotismo teocrático. Sin embargo, preciso es reconocer que no en todos los hombres ha producido este mismo efecto, no todos le han mirado con igual prevencion. Si ha habido génios discolos é inteligencias corrompidas que han llevado su impiedad hasta emplear el ridiculo para desacreditar y hacer odioso á los pueblos ese dogma sublime, tambien es cierto que otros génios y otras inteligencias

mas ilustradas han hecho justicia á la sabiduría y á la bondad de Dios que en él resplandecen; y que los pueblos en general, atendiendo mas al convencimiento íntimo de su conciencia que á las apasionadas declamaciones de la incredulidad filosófica, han dado un solemne testimonio de su fé, reconociendo el origen divino de la confesion, y admitiendo gustosos una práctica que la esperiencia ha demostrado ser de un alto-interés religioso y social.

Verificase pues respecto de ese dogma, lo que sucedió en el caso que hoy nos refiere el Sagrado Evangelio: *«Estaba Jesus lanzando un demonio del cuerpo de un obseso, el cual estaba mudo. Y así que hubo echado al demonio, el mudo recobró el habla, y todas las gentes quedaron muy admiradas.»* ¿Y quién podria mirar sin asombro una institucion que lleva marcado el sello divino de su autor inefable, ora se considere en sí misma, ora en los admirables efectos que produce? El mundo estaba bajo la dominacion del demonio antes de la venida del Salvador, porque el paganismo que todo lo absorviera, habia hecho de él un vasto teatro de errores y crímenes sin cuento. Y Satanás, divinizado por la razon estraviada del hombre en las criaturas mas innobles y hasta en las mas vergonzosas pasiones, recibia donde quiera los honores é incienso debidos al Criador, y era el único soberano á quien rendia vasallaje todo el universo. Pero vino Jesucristo á salvarle, instituyó el sacramento de la reconciliacion: y la humanidad que estaba muda é incapaz por sí sola de pronunciar una sola palabra que pudiese merecer la divina misericordia, á consecuencia de la tiranía que ejercia en ella el enemigo de su salvacion, sintió desatarse su lengua, habló, confesó sus crímenes, y esperimentó los saludables efectos de la gracia. Y este prodigio de la Omnipotencia es el que todos los dias vemos renovarse en el catolicismo, con no menos asombro que consuelo de los que se acercan con las debidas disposiciones á esas fuentes regeneradoras de la penitencia, en donde los ministros de Jesucristo, á nombre suyo y con su divina autoridad, espelen de las almas de los pecadores el demonio que les tenia mudos, y haciéndoles declarar sus culpas y detestarlas sinceramente, les devuelven el cándido ropaje de la inocencia de que se despojáran ofendiendo al Señor.

Sin embargo, en medio de la general admiracion que produjera en las turbas el milagro obrado por el Salvador con el mudo del Evangelio, *«no faltaron entre los circunstantes (continúa el texto), algunos que dijeron: Por arte de Beelzebub principe de los demonios, echa él los demonios; y otros por tentarle le pedian que les hiciese ver algun prodigio del cielo..... A lo que Jesus les respondió: Si yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub: ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos?»* Esto, como se deja ver, era un ataque directo á la divinidad del hijo de Dios, era negarle el poder de obrar semejante maravilla, era desconocer su origen y atribuir á efecto de las malas artes de Satanás lo que solo podia hacerse por la virtud del Altísimo. Y ved, C. O., personificados en aquellos judíos incrédulos á esos hombres que en diversas épocas, y especialmente en estos últimos siglos de racionalismo é impiedad filosófica se han atrevido á atacar de frente el dogma de que venimos hablando, á negar la institucion divina del sacramento de la penitencia, y á atribuir su origen al despotismo clerical y á la tiranía teocrática, como antes digimos, con el fin, segun ellos, de poder dominar así mejor las inteligencias y ejercer sobre el mundo una influencia universal. Dignos por cierto de que el catolicismo, á nombre de los ministros de la reconciliacion, les apostrofe con aquellas palabras con que el Salvador hiciera enmudecer á sus envidiosos émulos: *Si ego in Beelzebub ejicio daemonia: ¿filii vestri in quo ejiciunt?* Si en mí no reside la potestad de perdonar los pecados, si yo no he recibido la mision divina de lanzar de las almas el demonio que las tiene tiranizadas, ¿residirá acaso en vosotros ó en vuestros hijos, esto es, en los que siguen vuestros principios y han sido amantados con vuestras doctrinas? Mas no nos detengamos en estos preliminares, y entremos desde luego á desentrañar la cuestion que de ellos se desprende. Demostremos que «la confesion sacramental no solamente es una institucion sublime en sí misma por su origen divino, sino que es á la vez una institucion utilisima y altamente social, por cuanto es la que mas poderosamente influye en el bienestar y felicidad de los pueblos.» Y entonces podremos deducir la misma consecuencia que el Salvador contra las acusaciones de sus enemi-

gos: Si yo lanzo los demonios por virtud de Dios, es evidente que su reino ha llegado á vosotros. Es decir, que una vez probada la institucion divina de la confesion, quedará al mismo tiempo evidenciada la divinidad de la religion católica. Invoquemos los auxilios de la gracia, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Un dogma cuya institución hecha por Jesucristo consta evidentemente en las páginas del Evangelio, que viene apoyándose en la tradicion de diez y ocho siglos y en la práctica no interrumpida de todos los pueblos, y que ha sobrevivido á los mas rudos ataques del error, no puede menos de ser divina: y decir lo contrario es el exceso del absurdo y prueba una oposicion sistemática por parte de los enemigos que la combaten. Probemos detalladamente estos diversos puntos.

Y en primer lugar, ¿qué es lo que nos dice el Evangelio acerca de este dogma? En una ocasion acababa Jesucristo de hablar á las turbas sobre la misericordia de Dios para con los pecadores, pintándoles este atributo de la divinidad bajo el bello simil de un hombre que habiendo perdido una oveja de ciento que poseía, abandonó las noventa y nueve restantes por ir en pos de aquella que se le extraviara (1); y acto continuo se vuelve á sus apóstoles, y les dice: «Os empeño mi palabra, que todo cuanto atáreis sobre la tierra, quedará atado en el cielo: así como quedará desatado en el cielo todo aquello que desatáreis en la tierra (2).» Otra vez, despues de su resurreccion, se presenta en el cenáculo donde estaban reunidos los apóstoles, y despues de darles la paz díceles: «Como mi Padre

(1) Math. XVIII. 12.

(2) Ibid. 18.

12. XX. 12. (1)

18. XIX. 12. (2)

»me ha enviado os envío yo también á vosotros:» y dirigiendo hacia ellos su aliento, continua diciendo: «Recibid el Espíritu Santo: á quienes les perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos (1).»

Ciertamente no se concibe cómo á vista de estos dos testimonios tan solemnes, tan precisos, tan intergiversables, haya podido haber quien se atreva á poner en duda el origen divino de la confesión sacramental. ¿De qué otro modo podían ejercer los apóstoles el poder de atar y desatar, de perdonar ó retener los pecados, sino mediante una declaración de ellos hecha por el culpable? Este poder arguye indudablemente una autoridad judicial que solo puede tener su acción según las formas comunes establecidas en todo proceso. En los juicios humanos, ¿puede el juez pronunciar un fallo condenatorio ó absolutorio sin oír primero al reo? Esto sería una arbitrariedad, un abuso: no sería un juicio, porque no puede haberle allí donde no existe la confesión del delincuente ó la prueba suficiente del delito. ¿Y esto que no cabe en los procedimientos humanos, pudiera suponerse respecto de Dios y en un asunto puramente espiritual? No, católicos: la autoridad dada por Jesucristo á sus enviados sería ilusoria, no podría realizarse sino precediese la acusación del pecador, y por consiguiente, una vez demostrada la existencia de ese poder jurisdiccional dado por el Salvador á los apóstoles y legado por estos á sus sucesores en su divina misión sobre la tierra, la institución divina de la confesión sacramental es un hecho innegable; á no decir que hay efecto sin causa, ó que Jesucristo quiso ostentar un vano lujo de palabras sin significado, ó transmitir á aquellos á quienes encargara la continuación de la grande obra que él consumó en el Calvario, un poder facticio que jamás podría tener efecto, lo cual sería un absurdo.

Y si así hubiese sido, ¿cómo explicar la solicitud de los primitivos fieles en buscar á San Pablo para acusarse de sus pecados, como se lee en las actas apostólicas (2)? ¿A qué exhortarles el apóstol San

(1) Joan. XX. 22.

(2) Act. XIX. 18.

Juan en una de sus cartas á confesar sus culpas, asegurándoles de que haciéndolo así obtendrian el perdón de ellas (1)? Obstinense en buenhora los hijos del error en arrojar nubes de polvo sobre estos y otros pasajes no menos claros de los sagrados libros, para no ver la luz que derraman en corroboración del dogma que venimos sustentando. Digan que en ellos solo se hace mérito de la confesion pública que se acostumbraba á hacer en la primitiva Iglesia, ó bien de una declaracion recíproca de sus defectos que por humildad solian practicar aquellos fervorosos cristianos, pero no de la confesion auricular hecha al sacerdote en el tribunal de la penitencia. Esto podria sostenerse tal vez si no clamase contra semejante error la voz universal de la tradicion, que desde los tiempos apostólicos viene enseñando todo lo contrario; y ved el segundo punto que nos propusimos desenvolver como prueba del origen divino de la institucion sublime.

En efecto, en el primer siglo ya el apóstol San Bernabé hace mención espresa de la confesion sacramental, diciendo á los fieles: «Confesad vuestros pecados (2).» Y San Clemente escribia tambien estas palabras: «Convirtámonos..... pues cuando hayamos salido de este mundo, ya no podremos confesarnos ni hacer penitencia (3).» En el segundo referia San Ireneo que las mujeres á quienes sedujera el hereje Marcos, se habian convertido y confesado en la Iglesia sus pecados: y hablando de Cerdon decia que vivia en una serie continua de confesiones y recaidas (4). Tertuliano habla de la confesion como de una parte esencial de la penitencia, y vitupera á los que por vergüenza ocultan sus pecados á los hombres, cual si por esto pudieran ocultárselos á Dios (5). Y Orígenes dice terminantemente, que el único medio que tiene el pecador para volver á la gracia de Dios, es confesar sus culpas al ministro del Señor (6). ¿Y quién ignora el ardor con que sostuvo en el siglo III contra los Mon-

(1) I. Joan. I. 9.

(2) Ep. n. 19.

(3) Epist. 2. n. 8.

(4) Advers. Hæres. L. 3. c. 4.

(5) L. de Pœnit. C. 8.

(6) Hom. 2. in Levit. n. 4.

tanistas y Novacianos, la potestad dada por Jesucristo á la Iglesia para perdonar los grandes crímenes, no menos que los defectos leves, mediante la confesion sacramental? ¿Quién no ha leído en San Cipriano que algunos cristianos convertidos llevaban su exactitud en este punto hasta confesar al sacerdote el mero pensamiento de reincidir en la idolatría (1)? ¿Quién no sabe que Lactancio decia que la confesion de los pecados seguida de la satisfacción era la verdadera circuncision del corazon que Dios nos ha mandado hacer por medio de sus profetas (2), y que la verdadera Iglesia de Jesucristo es la que tiene el poder de curar las enfermedades del alma por medio de la confesion y de la penitencia (3)?

Omito, C. O., citar otros muchos textos de los padres de los siglos siguientes, pues sobre ser esto demasiado pesado y enojoso, no hay tampoco una necesidad de hacerlo, por cuanto lo esencial es probar la falsedad del aserto en que se fundan los enemigos del dogma que defendemos, cuando dicen que en los tres primeros siglos de la Iglesia no se conoció el menor vestigio de la confesion sacramental. Por lo demás, no es del caso entrar aquí en una larga polémica para rebatir los sofismas del protestantismo, y las torcidas interpretaciones que sus adeptos dan á los pasages de la Escritura y de la tradicion que hemos citado, y que demuestran de una manera evidente el origen divino de ese sacramento de la reconciliacion, cuya existencia desde los tiempos apostólicos confirma además la práctica no interrumpida de todos los pueblos, que ha sobrevivido á los mas rudos ataques del error.

Y sinó, dígasenos: ¿hubo jamás pueblo alguno que pusiese en duda este dogma hasta la época de la reforma? Los escritos de los santos padres y doctores tanto griegos como latinos, ¿no manifiestan terminantemente que la confesion sacramental estuvo siempre en uso en el cristianismo, sin que entre tantos géneos discolos como en diversas épocas se levantaron para combatir otros dogmas de nuestra

(1) De Lapsis. p. 190 et 191.

(2) De Divin. inst. L. 4. c. 17.

(3) Ibid. c. 30.

religion, hubiese uno solo que se atreviese á negar este de que venimos hablando? Aun los mismos Nestorianos, cuando en el siglo v se separaron de la Iglesia católica, y los Eutiquianos que en el siglo vi rompieron tambien los lazos de la unidad, conservaron no obstante la confesion auricular, á pesar de los graves errores en que incurrieron en otros puntos dogmáticos (1). Reservado estaba únicamente á los reformadores del siglo xvi declararse abiertamente contra una práctica que venia respetando todo el mundo á través de mil quinientos años. Solo el protestantismo se atrevió á romper esa misteriosa cadena de la tradicion, y á fallar resueltamente que la confesion sacramental no era una institucion divina, sino una invencion del despotismo papal para esclavizar los pueblos bajo la tirania clerical. Pero ¿de qué han servido sus desesperados esfuerzos para abolir este uso? Ciertamente que han conseguido arrastrar en su error á muchas inteligencias estraviadas que por vivir con mas independencia y entregarse mas libremente á sus pasiones, no dudaron sacudirlo que miraban como un yugo humillante é incómodo; pero no lo es menos que á pesar de la incansable perseverancia del proselitismo protestante, á pesar de la poderosa influencia que ha ejercido en Europa merced á la proteccion decidida de algunas testas coronadas, ese dogma se conserva puro en el catolicismo. Y lo que es mas aun, entre las mismas comuniones reformadas hay algunas que han reconocido su necesidad y continúan en el uso de la confesion, como se vé entre muchos de los luteranos, especialmente los de la confesion de Ausburgo (2). El mismo Lutero decia que antes consentiria en aceptar la tiranía del Papa, que sufrir se aboliese la confesion sacramental (3). ¡Y cuántas veces se han arrepentido sus sucesores de haberla abolido! Los protestantes de Nuremberg enviaron en una ocasion á Carlos V una embajada suplicándole restableciese su uso en sus iglesias (4). Los de Strasburgo manifestaron tambien este mismo

(1) Bergier. Dicción. Teolog. art. *Confesion*.

(2) Bossuet. Hist. de las variaciones. L. 3. n. 46.

(3) Collect. des écrits allem. de Luther. vol. 2. p. 272.

(4) Soto in 4.º dist. 18. q. 1. art. 1.

deseo (1). En Sueda y en Prusia se ha conservado su práctica (2). Algunos incrédulos ingleses acusan hoy día al clero anglicano de trabajar por su restablecimiento; y los mismos protestantes moderados se ruborizan de las invectivas lanzadas por sus correligionarios contra esa institucion saludable.

Así es como por un efecto de la divina providencia que vela continuamente por la Iglesia de Jesucristo, el dogma de la confesion sacramental se prueba aun por los testimonios de aquellos que mas han trabajado y mayores esfuerzos han hecho para desacreditarla, pintándola como una práctica hija del fanatismo y de la preocupacion, como una institucion opresora, que sobre tiranizar las conciencias y envolver las almas en un confuso laberinto de dudas y ansiedades, ninguna utilidad reporta á la religion ni á la sociedad. No seré yo, A. M., quien intente refutar una por una las objeciones, ni entrar en un exámen detallado de los absurdos inventados por el protestantismo para hacerla odiosa y retraer á los hombres de su uso. Pero habiéndoos demostrado ya cuán sublime es esta institucion considerada en sí misma, ó sea en su divino origen, réstame manifestaros, como os lo prometí, que es á la vez una institucion utilísima y altamente social, por cuanto influye poderosamente en el bienestar y felicidad de los pueblos.

Y desde luego, ¿puede imaginarse una cosa mas grande y provechosa que la confesion considerada en sus relaciones con el órden social? Prescindiendo de que la ley que impone este deber penoso, es una ley en que resplandece del modo mas admirable la misericordia, la justicia, la sabiduria y todos los atributos de la divinidad, una ley que en el inviolable secreto que impone al ministro de la penitencia, asegura al delincuente su honra, su fama, su reputacion, y todos sus derechos como hombre y como cristiano; prescindiendo digo de esto, y otras muchas circunstancias que colocan la confesion sacramental sobre todas las instituciones humanas que se refieren á corregir los desórdenes, á enfrenar los vicios, á evitar los crímenes, á

(1) Lettres du P. Schefmacher 4.^e lettre. §. 3.

(2) Mosheim. Hist. eccles. du XVII^e siècle. sect. 2. 2 part. c. 4. §. 55.

moralizar los pueblos, y á conservar el órden en las sociedades; ¿no es á su poderosa influencia á la que se debe en gran parte todo cuanto de bueno y saludable subsiste aún entre los hombres á pesar de ese torrente devastador de inmoralidad y corrupcion que arrastra tras sí los pueblos modernos? Si todavía es respetada por muchos la propiedad y los derechos del prójimo, si hay almas generosas que saben perdonar al enemigo y olvidar las afrentas recibidas, si la inocencia oprimida encuentra apoyo y proteccion en ciertos corazones grandes y sensibles, ¿no es la confesion la que principalmente engendrará esas virtudes y hace brotar en el hombre esos sublimes sentimientos? Ella ataca de frente todos los vicios y refrena todas las pasiones; modera los impetuosos arranques del orgullo que introduce en las familias la turbulencia y la discordia y arma los pueblos contra la autoridad de las leyes; calma los desordenados deseos de la ambicion que aspira á encumbrarse sobre las ruinas de la virtud y de la justicia; contiene el fuego de la sensualidad que todo lo corrompe y envilece; todos los excesos, en una palabra, encuentran en la confesion un freno saludable, un antídoto poderoso, un remedio eficaz. Su accion se estiende indistintamente á todas las clases y condiciones. En ella aprende el sábio á ser humilde, el rico á ser misericordioso, el potentado á ser tolerante, el monarca á ser justo y clemente. Al ignorante le inspira sentimientos de modestia, al pobre la resignacion, al desgraciado la conformidad, al vasallo la sumision y el amor hácia su príncipe. Al esposo le exhorta á guardar inviolablemente la fidelidad conyugal, al hijo de familias le inculca la obediencia á los autores de su sér, á la doncella la recomienda el recato virginal, al anciano le manifiesta como un deber sagrado la gravedad y el buen ejemplo. Si el hombre ha perjudicado á su prójimo en su honor ó en los bienes de fortuna, el ministro de la confesion le obliga á reparar los daños causados y á restituir lo mal habido. Si nutre en su corazón afectos de ódio ó de venganza, en la confesion escucha la voz de Dios que por medio de su representante le dice que no puede ser perdonado el que antes no perdona. Por último, católicos, por no alargarme en pormenores en la confesion hallan todos los hombres los medios de ser buenos padres, hijos es-

celentés, ciudadanos leales y pacíficos; en ella aprenden á amar el bien, á detestar el mal, á conservar la paz, á fomentar la union, á practicar la justicia, á respetar á sus semejantes, á guardar á cada uno sus derechos en su respectiva esfera, á no revelarse contra los poderes constituidos, y á mantener la armonía y el equilibrio social.

En corroboracion de lo dicho, y como una prueba irrecusable de la benéfica influencia de la confesion sacramental en el bienestar y felicidad de los pueblos, voy á citar algunos testimonios de hombres nada sospechosos por cierto, pues sus ideas anti-religiosas son bien conocidas de todo el mundo. Nunca brilla tanto la luz de la verdad, como cuando surge de las mismas tinieblas del error. «La confesion, dice el autor del *Diccionario filosófico*, es una cosa excelente, y un poderoso freno para los crímenes más inveterados. Desde la mas remota antigüedad estuvo en uso en la celebracion de los sagrados misterios. Es una práctica sapientísima, muy á propósito para reducir los corazones gangrenados por el odio á perdonar á sus enemigos, y para obligar á los poseedores de bienes ajenos á restituir lo que obtuvieron por medios reprobados (1).» «Los enemigos de la iglesia romana, escribe otro filósofo, que han osado combatir una institucion tan saludable, no han conseguido sino quitar el único dique que podia contener el impetu de las pasiones humanas. Aun los mismos sábios de la antigüedad habian reconocido su importancia, y si bien no les fué posible imponerla como un deber á todos los hombres, habian empero establecido su práctica entre los que aspiraban á una vida mas pura que el comun del vulgo. La confesion era entre los egipcios la primera expiacion de los iniciados en los misterios de Ceres—Eleusina. Y hé aquí como la religion cristiana ha consagrado ciertas cosas, cuya utilidad permitió Dios que la sabiduría humana previese de antemano y abrazase sus sombras (2).» Pero nada demuestra tanto la importancia de esta sublime institucion en el orden social, y su accion eminentemente moralizadora respecto de los pueblos, como el siguiente pasaje de un libro, cuyo autor no obstante ser

(1) Diction. philosophiq. art. Catech. du Curé.

(2) Annal. de l'em. T. I. pag. 44.

enemigo declarado de toda religion, se espresa en estos términos que valen toda una apología del dogma que venimos sustentando. « Los jesuitas, dice, han establecido en el Paraguay el gobierno democrático, pero con una ventaja inmensa para la religion que forma su base, á saber, la práctica de la confesion sacramental. Ella sola equivale á todas las leyes penales, y conserva mucho mejor la pureza de costumbres. Allí la religion, mas poderosa que las armas, conduce al culpable á los piés del magistrado, y lejos de eludir la pena, él mismo va á pedirla de rodillas impulsado por el arrepentimiento..... Así que el castigo que en otras partes asusta á los delinquentes, allí les causa un gran consuelo, ahogando los remordimientos por medio de la expiacion. Aquellos pueblos no tienen leyes criminales porque cada cual se acusa y se castiga voluntariamente. El mejor gobierno de todos seria una teocracia en que se estableciese el tribunal de la confesion como base de su legislacion, toda vez que estuviese dirigido por hombres virtuosos, y basado sobre principios razonables (1). »

Exajeren en hora buena los enemigos de este dogma, los presuntos abusos que suponen haber hecho del sacramento de la penitencia algunas personas ignorantes ó mal intencionadas. No negáremos que en esto como en todas las demás cosas haya habido escesos que la Iglesia ha procurado siempre corregir y evitar con el celo mas laudable. ; Y qué! Los males pasajeros que haya podido producir la indiscrecion de algunos confesores menos idóneos ó no tan prudentes como debieran, ¿habrán de ser un motivo racional para desconocer los bienes inmensos que constantemente viene reportando el mundo por medio de la confesion? ¿Los abusos impedirán jamás que esa institucion sublime sea un freno poderoso para contener el libertinaje y el desbordamiento de las costumbres, un manantial fecundo de sábios consejos, el consuelo mas eficaz para las almas afligidas, y el medio mas á propósito para cultivar las semillas de la piedad en los corazones bien dispuestos, impidiendo que las espinas de las pasiones no las sofoquen y esterilicen, y haciendo brotar en ellos

(1) Hist. philosophique et politique du comerce dans les Indes. Tom. III, p. 250.

frutos abundantísimos de virtud? ¿Dejará de ser la confesion la que presta mas firme apoyo á la inocencia, la que mas eficazmente contribuye á reparar los daños causados por la arbitrariedad ó la injusticia, á estrechar los lazos de la caridad, á fomentar la union, la concordia, la subordinacion y todas las virtudes religiosas y sociales, y á desarraigar los gérmenes de rebelion, de discordia, de desunion, de tirania, y de todos los vicios que arrastran los hombres y las naciones á su ruina? ¡Ah! Los hechos, mas elocuentes que las palabras hablan muy alto en favor de esa institucion esencialmente moralizadora: y por mas que sus ciegos enemigos intenten desacreditarla y hacerla odiosa apurando contra ella la calumnia y la mala fé, siempre será una verdad innegable, que no solamente es una institucion sublime en sí misma por su origen divino, sino que es á la vez una institucion utilisima y altamente social, por cuanto es la que mas poderosamente influye en el bienestar y felicidad de los pueblos.

Ahora bien, A. O. M., persuadidos firmemente de la escelencia y utilidad de ese sacramento de la reconciliacion, en donde el pecador encuentra la calma y el reposo de su corazon agitado, el justo el valor y la fortaleza para caminar por las sendas de la virtud, el desgraciado un alivio eficaz en sus infortunios, el triste un consuelo celestial y un bálamo que suaviza todas sus aflicciones, y todos los que tuvieron la desdicha de perder á Dios, un medio facilisimo de reanudar con él las relaciones amistosas que rompiera el pecado, corramos presurosos á esas fuentes regeneradoras del Salvador de donde brotan riquísimos raudales de amor y de misericordia. Abiertas están siempre las puertas de la clemencia divina para todo el que desee lanzarse en sus brazos. Los ministros de Jesucristo á quienes éste confirió el poder de atar y desatar, de perdonar ó retener los pecados, están siempre dispuestos á obrar ese gran prodigio de la Omnipotencia, y de nosotros únicamente depende el arrojar de nuestros cuellos la tirania del demonio que nos tiene esclavizados. No nos dejemos poseer de una funesta vergüenza que nos impediria lograr nuestra justificacion. En el tribunal sagrado de la penitencia nada tenemos que temer. El que escucha la declaracion de nuestras faltas

es un padre cariñoso, un hermano tierno, un amigo fiel que jamás por ningún motivo podrá hacernos traicion ni abusar de nuestra confianza: además de que, hombre como nosotros y sujeto á nuestras mismas miserias y debilidades, sabrá compadecerlas y mezclar sus lágrimas con las nuestras. Acerquémonos á él sin el menor recelo, y si acaso el demonio atase nuestra lengua y nos hiciese mudos para que no podamos confesar nuestros delitos, él á nombre de Jesucristo á quien representa y cuya autoridad ejerce, arrojará de nosotros con su dedo omnipotente ese enemigo cruel de nuestra salvacion, nos ayudará á salir de ese funesto estado; y una vez que hayamos hablado, tan luego como nuestros lábios se hayan desplegado para hacer una confesion sincera y dolorosa, descenderá sobre nuestras almas mediante la absolucion sacramental la gracia del Espiritu Santo, los ángeles se regocijarán y tomarán parte en nuestra dicha, se admirará el cielo, bien así como se admiraron las turbas al presenciar la portentosa curacion del poseido de nuestro Evangelio, y nosotros perseverando fieles á la gracia recibida, y caminando constantes por la senda de los divinos preceptos, arribaremos un dia al deseado puerto de la gloria, y disfrutaremos el galardón reservado á los justos en la region de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL LUNES DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

EL MAYOR OBSTÁCULO QUE PUEDE Oponerse á LOS AUXILIOS DE LA GRACIA,
ES EL ABUSO DE LA DIVINA LIBERALIDAD.

Multi leprosi erant in Israel sub Elisæo propheta, et nemo eorum mundatus est nisi Naaman Syrus.

Muchos leprosos habia en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino Naaman de Siria.

LUC. IV. 27.

UNA de las quejas mas frecuentes entre los cristianos, y que á veces llega á convertirse en una impia murmuracion contra la divina Providencia, es la que se funda en la diversa distribucion que Dios hace de sus dones respecto de sus criaturas. Al verle mostrarse con unas tan pródigo y liberal, y con otras tan parco y económico, no puede menos de chocar esta diferencia á los ojos enfermos del hombre que solo ve lo que pasa á su alrededor, y es incapaz de comprender lo que no está al alcance de sus sentidos. ¡Ah! si su inteligencia no fuese tan pobre y limitada, ó mas bien, si tratase de penetrar á fondo en el santuario de su conciencia, si no se cegase voluntariamente é investigase con una reflexion detenida las causas de esa desigualdad que tanto le impresiona, indudablemente las hallaria dentro de sí mismo; y lejos de atreverse ni á imaginar siquiera la menor parcialidad de parte de Dios, comprenderia que su

propia ingratitud, el menosprecio con que frecuentemente mira los ausilios de la divina gracia, y el abuso que de ellos hace con notable injuria del que se los dispensa y no menos perjuicio de su misma alma, es lo que motiva esa conducta justísima del Señor, y lo que le obliga á economizar sus dones.

El sagrado Evangelio de este dia nos suministra una prueba harto sensible de esta verdad. Hallábase Jesus en la Sinagoga de Nazareth explicando á los judíos un pasaje de los libros proféticos, causando un asombro general la sabiduría que brotaba de sus divinos lábios; cuando de repente, cerrando el libro que tenia en las manos, se dirige á los circunstantes, y les dice: *«Sin duda alguna me aplicareis aquel dicho común: Médico, cúrate á ti mismo. Todas las grandes cosas que hemos oido decir has hecho en Cafarnaum, hazlas tambien aquí en tu pátria. Pero al instante añadió: En verdad os digo que ningun profeta es bien recibido en su pátria..... Muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elias, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, siendo grande la hambre por toda la tierra; y á ninguna de ellas fué enviado Elias, sino que lo fué á una muger viuda de Sarepta en el pais de Sidon: Tambien habia muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliséo, y ninguno de ellos fué curado, sino que lo fué Naaman, natural de Siria.»*

Y bien, A. O., ¿quién no ve marcada claramente en este pasaje la verdadera causa de esa aparente parcialidad que observamos en las obras de Dios respecto de sus criaturas? ¿De dónde nace esa diversidad en el repartimiento de sus dones, sino de las mismas disposiciones que halla en los sujetos á quienes los distribuye? ¿Por qué el Salvador no obró en su propio pais idénticas maravillas que obrára en otros paises estraños? ¿Tendria acaso mayores afecciones hácia los gentiles que hácia los judíos? No por cierto; pero entre los primeros no habia encontrado mas que ingratitud, envidia, encono, incredulidad y malas pasiones, en vez de que entre los segundos habia hallado mas docilidad para oir su doctrina, mas simpatías hácia su persona, mas fé y mas confianza en su bondad y poder. En una palabra, cuando los suyos le desconocian y perseguian, no obstante

haber sido el pueblo predilecto en cuyo favor desarrollára el Señor por espacio de cuatro mil años los inagotables tesoros de su amor paternal, los estraños por el contrario sin haber experimentado los efectos de una proteccion tan decidida, se mostraban mucho mas dispuestos á aceptar la verdad que aquellos rechazaban, y á recibir la luz del Evangelio que á ellos les cegaba. Y ved, católicos, por qué Jesucristo, sacrificando por decirlo asi las afecciones de raza ante los derechos de la justicia, se mostró con los unos sumamente parco y reservado, cuando con los otros se manifestaba cuan pródigo podia, porque la misma fidelidad con que correspondian á sus beneficios obligaba cada vez más su liberalidad. Por eso en corroboracion de esta misma doctrina, se sirve respecto de los judíos del simil de la muger de Sarepta, y del leproso Naaman, á fin de demostrarles que en Dios no hay aceptacion de personas; que sola la gratitud es la que él toma en cuenta para dispensar al hombre sus beneficios; y que allí donde encuentra un corazon dócil y bien dispuesto á recibir los dones de su gracia, los derrama abundantamente, siquiera sea el sugeto más oscuro ó despreciable á los ojos del mundo; al modo que retira sus ausilios del hombre soberbio que con sus ingratiudes é infidelidades se hace indigno de ellos. Asi se esplica que entre los muchos leprosos espirituales que abundan en el mundo, sean muy pocos los que sanan de sus dolencias, porque raros son los que se manifiestan dóciles á los dones que el Señor les dispensa para que se curen, y muchos al contrario los que convierten estos mismos medios de curacion en instrumentos de muerte, haciendo que Dios cansado de su obstinacion retire su mano protectora abandonándoles á las consecuencias de su propia infidelidad. Tal es, C. O., el interesante asunto que me sugiere el Evangelio de este dia, y voy á esplanaros en el presente discurso, de donde resultará demostrado «que el mayor obstáculo que pueden oponer los hombres y los pueblos á los beneficios de Dios y á los dones de su gracia es la indiferencia y el menosprecio con que abusan de la divina liberalidad.»

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Que Dios al criar los hombres y al formar los pueblos les dá á cada cual los auxilios necesarios para cumplir con sus respectivos destinos y llenar su mision en este mundo, es una verdad incontestable y que nadie hasta ahora ha puesto en duda, como no sea el insensato fatalista que no reconoce en el universo otro origen que la ciega casualidad. Por lo demás, segun los inconcusos principios del cristianismo, todos generalmente saben que cuanto abraza el vasto sistema de la creacion es obra de la divina omnipotencia, que la humanidad entera, individual ó colectivamente considerada, reconoce por autor á aquel Sér Supremo que de un poco de barro amasado con sus propias manos formó al primer hombre, de quien como de una raiz fecunda derivan todos los demás séres racionales; y que tanto estos como las sociedades que de ellos se forman, son la legítima que dió á su Verbo cuando le constituyó heredero universal de todas las cosas, segun el lenguaje de San Pablo (1), enviándole al mundo para que humanándose en el seno de una Virgen, le redimiase con su propia sangre. Jesucristo aceptando esta mision, y haciéndose cargo de aquella herencia, nada ha omitido para llenar dignamente tan sublime destino, y despues de haber purificado al universo de sus pecados como se expresa el mismo apóstol, continúa rigiéndolo y conservándolo todo con su poderosa palabra desde el radiante sòlio que ocupa á la diestra de la Magestad divina en lo mas alto de los cielos (2). Desde allí vela incesantemente por las naciones, derrama sus beneficios sobre los individuos y sobre los pueblos, distribúyeles convenientemente sus dones en proporcion de las necesidades y conforme á los altos fines á que les destina: por ma-

(1) Ad Hæbr. I. 2.

(2) Ib. 3.

nera que de ellos depende su vida ó su muerte, su salvacion ó su reprobacion, su ensalzamiento ó su ruina; porque el primer don que tanto los unos como los otros han recibido es el de la libertad, á fin de que solo á ellos puedan imputárseles las consecuencias de su bien ó mal obrar en el tiempo. Al hombre le dice: «Ahí tienes el agua y el fuego, la senda del deber y el camino de la perdicion; esta via estrecha y erizada de punzadores abrojos es la que conduce á la patria celestial, á la region de los bienaventurados: aquella otra ancha, espaciosa y sembrada de flores, es la que va á terminar en la mansion del eterno llanto. Ahora libre eres para elegir entre las dos la que mas te plazca: no seré yo quien violente tu eleccion; tuyo es el derecho de emprender el camino que quieras. Si observas con la debida fidelidad mis preceptos, ellos te salvarán, porque mis ojos están siempre fijos sobre los que temen al Señor para examinar sus acciones, y proporcionarles los ausilios oportunos de la gracia (1).» A los pueblos igualmente dándoles la libertad política, les ha dicho: «Estais en manos de vuestro propio consejo, vuestro es el cetro, herid con él la tierra, labraos vuestros destinos sociales prósperos ó adversos; pero tened presente que hay una autoridad en el cielo superior á todos los poderes de la tierra. Si usando dignamente de esa libertad que se os concede la empleáis en hacer el bien, seréis felices, y en vuestra misma dicha hallareis la recompensa de la fidelidad con que correspondiéreis á vuestra vocacion: si abusáis de ella con menosprecio de mis dones y de los ausilios de mi gracia, obra vuestra será el castigo que recibais, y á nadie tendreis que hacer responsable de vuestras desgracias.»

Resulta pues de aquí, A. O., que Jesucristo Salvador de la humanidad á quien desde el dia en que subió al Calvario para sellar con su sangre el nuevo testamento pertenecen como una propiedad inalienable los hombres y los pueblos todos de la tierra, ejerce sobre ellos un derecho absoluto de soberanía, y por consiguiente puede exigir y exige de hecho que le sean dóciles y observen con una escrupulosa esactitud las condiciones de su existencia, para lo cual

(1) Psalm. XXXIV. 40.

les proporciona todos aquellos auxilios que en su infinita sabiduría reconoce serles necesarios é indispensables. Porque al lado del beneficio se coloca ordinariamente la condicion: y á la manera que él se obliga voluntariamente á asistirles y favorecerles por un efecto de su bondad, ellos á su vez contraen un deber estrechísimo de corresponder á estos mismos favores que gratuitamente les dispensa, con una constante fidelidad á sus divinos preceptos.

Pero, ¡triste es decirlo! A. O. M. Los hombres bien asi como los pueblos no han aceptado mas las condiciones que los beneficios, de este contrato celebrado con su divino Salvador, y no se han mostrado menos infieles á aquellos que ingratos y desconocidos á éstos. ¿Qué hacen en general los hombres, qué hacen los pueblos para corresponder al llamamiento divino? Si leprosos y enfermos estaban (por servirme del símil de nuestro Evangelio) cuando Jesucristo vino á curarles, aplicando á las profundas llagas que en su corazon abriera el paganismo el bálsamo vivificador de su doctrina nueva y esencialmente civilizadora, ¿se presenta hoy menos deforme, menos repugnante y asquerosa esa enfermedad endémica en las sociedades modernas? ¿Son ahora menores en número los vicios, menos violentas las pasiones, y los crímenes mas raros que antes de que alumbrase al mundo la antorcha luminosa del Evangelio? Si es cierto que la civilizacion cristiana ha hecho desaparecer muchos de aquellos escesos que entonces envilecian y ultrajaban la dignidad humana, ¿no lo es tambien que la humanidad ha incurrido despues en desaciertos tanto mas indisciplinables cuanto son mayores las luces que ha recibido, los medios con que cuenta para llenar su vocacion, y los auxilios de que dispone para caminar hácia sus sublimes destinos? Yo examino, A. O., las costumbres de nuestro siglo, observo sus tendencias, sus hábitos, sus aspiraciones, y donde quiera no veo otra cosa mas que orgullo llevado hasta el refinamiento, una sed insaciable de riquezas y goces materiales, egoismo y ambicion sin límites, voluptuosidad desenfadada, y violencias, y dilapidaciones é injusticias, y trastornos, en una palabra, todas las malas pasiones ejerciendo su funesto imperio sobre los individuos y las sociedades, relajando los vinculos de la unidad religiosa y política, y sembrando

en todas partes la confusion y el caos. ¿Y es por ventura, C. O., porque Dios no haya proporcionado á todos los elementos suficientes para vivir ordenadamente y segun los principios de la moral cristiana? ¿Es porque les faltan los medios oportunos para curar de ese cáncer horroroso, de esa lepra que se estiende por todo el cuerpo social? No, ya lo hemos dicho, y lo repetimos: Jesucristo ha provisto suficientemente á las necesidades de los hombres y de los pueblos con su admirable doctrina que encierra todas las condiciones de vida, de progreso y de salvacion. Háales dado cuanto darles podia, pues les ha dejado su palabra, alimento misterioso con que se nutre y fomenta el espíritu de verdad y de union, que son los dos ejes sobre que descansa y gira todo el sistema de la civilizacion cristiana. Nada en fin ha omitido de cuanto podia ser útil y ventajoso á cuantos quisieren caminar por las sendas de la justicia. Si pues no lo han hecho, si á pesar de los medios empleados por Jesucristo para curar ese mundo enfermo, hay hombres que desconocen su verdadero origen y su último fin estraviándose en los laberintos del error ó del vicio, y pueblos que infieles á su vocacion se precipitan en el abismo de la incredulidad, del racionalismo ó de la indiferencia mas insensata y criminal, la verdadera causa de ese mal está en ellos mismos, en su ingratitud á los beneficios del cielo, en el menosprecio que hacen de los dones del Señor, en el abuso de unas gracias que se les dieran para su bien y de las que ellos se han servido para labrar su ruina. Abuso funesto, menosprecio cruel, ingratitud mostruosa que seca las fuentes de la divina misericordia, agota el manantial de sus riquezas, y obliga á Dios á retirar su mano auxiliadora y abandonar á los hombres y á los pueblos desleales á las tristes consecuencias de su propia infidelidad.

Nada mas justo, A. O., que esta conducta al parecer severa de nuestro Dios. La razon misma viene en su apoyo, y por poco que discurremos, no podremos menos de convencernos de que si hay alguna cosa capaz de poner limites á un corazon el mas bondadoso y propenso á hacer bien, es ciertamente el olvido de los beneficios y el desprecio de los sacrificios hechos en favor de nuestros semejantes. Y si esto sucede respecto de los hombres entre sí, ¿con cuánto

mayor motivo deberá ofenderse el Señor de semejante correspondencia, él que á nadie debe nada, que distribuye gratuitamente sus dones, y que todo cuanto hace en obsequio de las criaturas es por puro efecto de su infinita liberalidad? Mal conocen esto los que en su necio orgullo se atreven á murmurar de la Providencia, ó á hacer á Dios un cargo porque no se muestra igualmente pródigo con todos de sus gracias y auxilios espirituales. ¿Como si fuese un sér sin discernimiento y sin criterio, un mero autómeta que se moviese por una mano estraña, ó un Dios ciego é insensible tan indiferente al ódio como al amor, al agradecimiento como á la perfidia! ¿Pues qué! ¿habria de mirar con la misma predileccion al impío que le insulta y escarnece á todas horas burlándose de sus promesas, riéndose de sus amenazas, y abusando de su misericordia, que al justo que le ama y teme como un hijo, que respeta sus leyes, observa sus preceptos, y no tiene dia y noche otra idea ni otra ocupacion que la de alabarle y bendecirle? ¿Habria de mostrarse igualmente benéfico y liberal con el pecador endurecido que rechaza obstinado sus llamamientos, ensordece voluntariamente á sus avisos, menosprecia arrogante sus auxilios, y se empeña en hacer frente á los movimientos de la gracia que le insta para que vuelva en sí y reconozca su peligrosa situacion, que con el delincuente reconocido que dócil á las inspiraciones del cielo se despierta del letargo en que le tenian sepultado sus pasiones, llora amargamente sus pasados extravíos, se duele de aquellos dias que pasó en el delirio del error, se arrepiente de haber malogrado sus mejores años en los placeres engañosos con que le brindó un mundo seductor, y volviéndose á aquel de quien se separó en momentos de vertiginoso trastorno, se abraza con su ley santa, hace de ella el objeto de sus delicias, y procura reparar con la penitencia todo cuanto en él destruyera el pecado? ¡Ah! no cabe en una razon sana semejante monstruosidad. Esto seria querer que un Dios justo por escelencia no hiciese diferencia alguna entre un Abel inocente y candoroso que le ofrece lo mejor de sus dones y le consagra las primicias de su corazon, y un Cain envidioso y fratricida que le inmola los frutos de una tierra manchada con la sangre de su virtuoso hermano;

que un Dios cuyo real cetro es el cetro de la equidad, en frase del Salmista, mirase con idéntica complacencia á un David que á la primera palabra de un profeta que de parte del Señor le arguye de adulterio, se cubre de cilicio y ceniza, llora su pecado, y no pasa día que no recuerde con la mas profunda amargura de su alma aquella ofensa hecha al Señor, que á un Faraon empedernido cuya impiedad, aumentando en proporción que el cielo multiplica las señales de su cólera, se resiste á reconocerle y confesar su soberanía, y hasta el último extremo se obstina en perseguir á un pueblo fiel que le sirve y adora. ¿Y no reparan los que así piensan que esto no puede concebirse sin suponer en Dios una parcialidad, diré mejor, una injusticia que no podría mirarse con calma aun entre los hombres? ¿No ven que el menosprecio de los divinos auxilios levanta entre Dios y el hombre una barrera insuperable que hace casi imposible el acceso de la gracia al corazón humano, impidiendo su acción benéfica, ó neutralizando sus maravillosos efectos?

Cierto que á veces el Señor por sus altos é incomprensibles juicios se muestra mas tolerante con unos pecadores que con otros, dispensando mayores auxilios á los que al parecer los merecen menos, que á los que segun los cálculos humanos no se han hecho tan indignos de sus bondades. ¿Pero prueba esto alguna cosa contra la divina justicia? ¿No es Dios el único árbitro de sus dones? ¿No es libre para disponer á su beneplácito de sus gracias, puesto que suyas son y nadie puede alegar ningun derecho á su posesion? Que á un Manasés impío le espere á penitencia por espacio de ocho años de un reinado el mas despótico y cruel, y á su hijo Amon le sorprenda en sus iniquidades á los dos años de subir al trono, despojándole de éste y de la vida con una muerte violenta é inesperada; que un Nabucodonosor tenga el tiempo suficiente para expiar sus crímenes con una larga penitencia, y Baltasar su sucesor por el contrario pase repentinamente de un festín sacrilego á un fin funesto y desgraciado; que un David halle gracia delante del Señor en el instante de confesar su pecado, y Salomon su hijo despues de una vida justa y edificante muera impenitente en los excesos á que despues se entregára seducido por amores insensatos; todo esto que nosotros no com-

prendemos, lejos de ser un motivo que nos autorice para murmurar de la justicia infinita de Dios cuyos arcanos no nos es dado penetrar, ¿no es mas bien una leccion práctica de que debiéramos aprovecharnos para no abusar de los dones de la gracia, ni adormecernos en una funesta confianza de que no nos faltarán sus auxilios cuando los necesitemos para convertirnos? ¿Qué nos importa que otros reciban mas que nosotros, toda vez que tengamos los suficientes para obrar el bien? ¿Nos hace el Señor alguna injuria porque no nos dé todo cuanto pudiera absolutamente darnos, puesto que nos dá por un efecto de su bondad mucho mas de lo que debiera darnos de justicia? Si nosotros ingratos y miserables no nos aprovechamos de estos dones, si los dejamos pasar desapercibidos ó los miramos con una criminal indiferencia ó con un horrible menosprecio, culpémosnos á nosotros mismos y no volvamos contra el cielo nuestras lenguas empapadas en la hiel de la impiedad. ¿Por ventura no mereció igual recompensa ante el padre de familias el siervo fiel que supo utilizar los dos talentos recibidos, que los que negociaron con cinco? ¿Y no la hubiera tenido idéntica el que recibió uno solo, si en vez de sepultarle en la tierra le hubiera puesto en circulacion y procurado sacar de él una ventaja proporcionada? Pues ved lo que comunmente hacen muchos hombres que recibiendo de Dios los auxilios necesarios para negociar su salvacion, y asegurar su eterno porvenir, los esconden, los arrojan en la tierra estéril de sus corazones ingratos, los tienen como sepultados en un alma llena de vicios y malas pasiones que no los dejan fructificar, y de este modo se hacen indignos de que Dios les dispense otros nuevos que hubieran podido merecer si fieles y agradecidos se hubiesen aprovechado de ellos.

Pero si la indiferencia ó el desprecio de los divinos auxilios es el mayor obstáculo que los hombres pueden oponer á la liberalidad del Señor, aun se manifiesta esto mas palpablemente respecto de los pueblos. Que los individuos por criminales que sean, por mucho que abusen de la bondad divina esperimenten á veces los efectos de una misericordia sin limites, y que ésta agote con ellos todos sus tesoros antes de abandonarlos á su propia infidelidad, se concibe muy

bien atendiendo á que les queda otra vida despues del tiempo, en la que la justicia de Dios se reserva castigar á los pecadores en proporcion á la abundancia de gracias que les ha dispensado, y de que abusaron torpemente. Y entonces será cuando desaparezca esa aparente parcialidad que tanto choca á los débiles ojos del hombre en la distribucion de los dones del cielo; entonces quedará reparada cumplidamente la justicia divina, y la Providencia vindicada de las acusaciones de la impiedad. Pero no sucede lo mismo respecto de los pueblos. Como quiera que éstos no tienen mas vida que la del tiempo, preciso es que si aquí son socialmente criminales, aquí tambien sean castigados, y mueran víctimas de su misma ingratitud cuando se obstinan en resistir á los auxilios de la gracia y en marchar en direccion distinta del camino que les ha sido señalado en los destinos providenciales. ¡Cuántas naciones no han dejado de existir como tales en la antigüedad por no haber vivido conforme á su vocacion, por no haber aceptado la luz de verdad que las hubiera hecho prósperas y felices, por haber rechazado la doctrina salvadora del Evangelio, en donde hubieran encontrado los elementos de vida que necesitaban y todas las condiciones de su existencia social! ¿Qué se ha hecho de aquellos poderosísimos imperios que un dia figuraban en el gran mapa del universo como otros tantos colosos que parecian insultar al tiempo y disputar sus derechos á la eternidad misma? Los persas, los medos, los cartagineses, los romanos, ¿han dejado en pos de sí mas que un vago recuerdo de su antiguo poderío en los nombres que ha recogido la historia para transmitirlos á la posteridad? Mas prescindamos de los pueblos antiguos, y echemos una ojeada sobre los pueblos modernos. Si hemos visto algunos precipitarse en los excesos mas repugnantes, en los mas vergonzosos crímenes, y llegar en su loco delirio á un abismo de envilecimiento y de degradacion mucho mayor que los pueblos paganos; si hoy mismo vemos la mayor parte de ellos devorados por la anarquia, despedazados por sangrientos partidos, regidos por una legislacion arbitraria, esclavizados bajo la coyunda de la tiranía mas insoportable, envueltos en las tinieblas de los mas crasos errores, clamando libertad y no experimentando sino despotismo, pidiendo paz y gimiendo

entre los horrores de guerras intestinas y fratricidas, ansiando progreso y luces, y retrogradando insensiblemente á la barbarie; todo esto, A. M., ¿creeis que sea un puro efecto de las circunstancias de la época ó de las pasiones del siglo? Pues yo os digo, y no tengo en ello el menor inconveniente, que la verdadera, la legitima causa de tantos males como hoy aquejan á las sociedades modernas, el origen de sus trastornos, de sus errores, de sus luchas y de sus desgracias, no es otra sino el menosprecio que han hecho de los dones de Dios, el abuso de sus gracias, la indiferencia hácia su doctrina, y la oposicion incesante que vienen haciendo á su religion. ¿No vivieron prósperas y felices cuando fieles á las divinas tradiciones, observaron la justicia, respetaron los sagrados dogmas, protegieron la virtud, anatematizaron el vicio, y obraron en un todo conformes con los sublimes principios del Evangelio? Entonces el Señor era su protector, derramaba abundantamente sobre ellas sus auxilios celestiales, velaba por su bienestar, y las proporcionaba cuanto habian menester para marchar por las vías del verdadero progreso y de una civilizacion bien entendida. Pero cansáronse ellas de una dependencia que llegó á serles enojosa merced á las nuevas doctrinas de una filosofía atea y antisocial, prefirieron sus seductoras teorías á las positivas verdades del catolicismo, desconocieron la beneficosa influencia de éste en el porvenir de los pueblos, se desentendieron de él como si para nada le necesitasen; y Dios en vista de tamaño desprecio se retiró de ellas, las dejó abandonadas á los recursos de aquella funesta ciencia, las privó de sus auxilios, y vedlas hoy agitándose convulsivas en un océano de males y desgracias, luchando con mil pasiones furiosas, haciendo vanos esfuerzos por organizar una legislacion capaz de contener el torrente de los vicios que las inundan, y no consiguiendo otra cosa mas que envilecerse de dia en dia, aumentar su malestar, hacer incurable su lepra, y demostrar á la faz del mundo cuán impotentes son todos los elementos humanos para hacer la felicidad de las naciones, cuánto éstas con su ingratitude han agotado las fuentes de la gracia, y se han hecho indignas de la proteccion del cielo. Por eso se ven tantos pueblos enfermos, arrastrar una existencia trabajosa, sin unidad, sin principios fijos,

sin estabilidad ni porvenir, corroidos interiormente por los gérmenes de escision que van minando sordamente su vitalidad, amenazados en lo exterior por mil elementos de ruinas y rodeados por do quiera de enemigos poderosos que no desperdician ocasion alguna de apresar su destruccion. ¡Oh! Si ellos hubiesen sido fieles á Dios, Dios no los hubiera negado sus auxilios, y entonces todo el poder humano no hubiera bastado para arrancarles la felicidad que ahora buscan inútilmente. Mas habiéndose apartado voluntariamente del único que podia salvarles en los días del peligro, justo es que esperimenten, como en otro tiempo el pueblo de Israel, cuán malo es y cuán amargo el abandonar al Señor (1), y que se persuadan que su perdicion es obra de sus propias manos, de su ingratitud y del desprecio de los divinos auxilios: *Perditio tua ex te* (2): porque como os dije en el principio de mi discurso, esa ingratitud, ese desprecio es el mayor obstáculo que pueden oponer los hombres y los pueblos, los individuos y las sociedades á la divina liberalidad.

Temamos, A. O. M., este castigo tan terrible, y tratemos de merecer la misericordia divina, mediante una sincera gratitud á los beneficios que se digna dispensarnos: seguros de que ésta nos dispondrá á recibir otros nuevos auxilios de su gracia, que nos proporcionarán el don especialísimo de la perseverancia en el tiempo, y la corona de la inmortalidad en la eterna mansion de la gloria.

(1) Jerem. II. 49.

(2) Osee. XIII. 9.

DISCURSO

PARA EL MARTES DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

NO PUEDE HABER UNION SINCERA ENTRE LOS HOMBRES, SI NO ESTA
FUNDADA EN LOS PRINCIPIOS DE LA CARIDAD CRISTIANA.

Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.

Donde dos ó tres se hallan asociados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

MATTH. XVIII. 20.

LA idea culminante de las sociedades modernas, el gran pensamiento del siglo en que vivimos, la aspiracion constante de todas las clases y condiciones, es A. O. M., hoy mas que nunca la union fraternal. Cansados los hombres de esas eternas luchas que á través de siglos y siglos vienen perpetuando en el mundo la division y la discordia, y con ellas todos los males que aquejan á los individuos, á las familias y á las mismas naciones; convencidos de que sin ese espíritu de fraternidad que anuda los vínculos sociales se esterilizan los mas preciosos gérmenes de la prosperidad pública y privada, se secan las fuentes del positivo bienestar, y no hay dicha ni bienandanza posibles, todos generalmente manifiestan un ardiente deseo de ver realizado ese gran proyecto de unir, de amalgamar, de asociar las inteligencias y los corazones bajo una misma idea, y con relacion á un mismo fin. Pero desgraciadamente los medios que se han adop-

tado para lograrlo no han dado ese resultado que se apetecía. Todas las combinaciones del génio, todos los ensayos de la política, las bellas teorías de los sábios, las utopías mas ó menos deslumbradoras de los reformistas modernos, cuantos ensayos se han hecho hasta ahora para llevar á cabo ese pensamiento tan noble y tan digno, han venido á estrellarse contra las invencibles dificultades que donde quiera oponen las pasiones humanas. Así es que la union y la fraternidad tan decantadas en nuestros días, han quedado reducidas á unos meros nombres, á unos ideales bellisimos en teoría, pero imposibles en la práctica: y si alguna vez se ha intentado darles cierta apariencia de realidad, bien presto un amargo desengaño ha sucedido á aquel momentáneo delirio de ciertas imaginaciones ardientes, y la esperiencia no ha tardado en acreditar la incompatibilidad de esa union con las doctrinas y las tendencias del siglo.

¿Y por qué así, M. A. O.? Porque se ha querido basar la fraternidad sobre cimientos demasiado débiles, porque se ha intentado crear una union puramente humana, independiente del principio divino de la caridad sobrenatural, en una palabra porque se ha pensado poder asociar á los hombres entre sí sin el auxilio de la religion. ¡Como si pudiese haber fraternidad sin amor recíproco, ni amor recíproco sin caridad, ni caridad sin Dios que es su origen y su objeto, su principio y su fin! No, católicos, no es posible realizar una asociacion constante y duradera entre los hombres, ni unir entre sí los pueblos, si el principal elemento de semejante union no es Jesucristo, sus doctrinas, sus máximas, sus dogmas sacrosantos, como nos lo manifiesta bien espresamente el mismo Salvador en el Evangelio de este día en estas palabras que dirige á sus discipulos: *«Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, les será otorgado por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde dos ó tres se hallan asociados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos.»* Palabras notables que demuestran cuál debe ser el motivo que debe presidir las asociaciones humanas, el objeto de la verdadera fraternidad, y el origen de nuestra mútua union, á saber, la caridad cristiana; pues solo allí donde los hombres se unen en nombre de Jesucristo, y se aman en él y por él,

pueden existir esas relaciones recíprocas que no se rompen por la ambicion ó por la envidia, esos lazos indisolubles que no relaja la rivalidad ó el encono, esa mancomunidad de miras é intereses que no consiguen destruir todas las pasiones humanas; porque donde está la caridad, está Jesucristo: *Ibi sum in medio eorum*, y donde quiera que reside Jesucristo, no puede menos de existir la concordia, la paz, y todos los bienes que de ellas resultan; bien así como por el contrario, donde Jesucristo no es el alma de toda union, ésta ni puede ser subsistente y duradera, ni puede producir esos felices efectos en la sociedad.

Creo haber indicado suficientemente la idea de mi discurso. Sin detenerme pues mas en preliminares, voy á desarrollarla con la claridad y brevedad posible, manifestándoos que «no puede haber union sincera entre los hombres sino está fundada en una caridad perfecta, la cual solo puede emanar de los sublimes principios del catolicismo.» Ayudadme á implorar los divinos ausilios por la intercesion de la bella madre del amor, saludándola con las palabras del ángel

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Al decir que no hay ni puede haber union sincera entre los hombres si no está basada en la caridad eristiana, tal vez habreis calificado mi lenguaje de irreflexivo ó hiperbólico, como si yo desconociese ó intentase rebajar en lo mas mínimo esas alianzas formadas por la sangre, por la razon, ó por las leyes y costumbres del mundo, y que la religion no solo respeta sino que las autoriza, pues jamás los principios del catolicismo han estado en contradiccion con los lazos del parentesco, de la amistad y de la sociedad. Tampoco es esto lo que yo he querido decir al formular mi proposicion de un modo genérico; lo que digo sí, y en lo que insisto é insistiré siem-

pre es en sostener que sin el concurso de una union mas pura y santa, sin el principio sublime de la caridad cristiana, todos esos lazos son demasiado débiles y de todo punto ineficaces para fomentar y conservar en los corazones la verdadera union fraternal. Verdad importantisima que evidencian igualmente los oráculos de la religion, los testimonios de la esperiencia, y las pruebas de la razon.

Y en primer lugar, yo abro las sagradas páginas y donde quiera encuentro multitud de pasajes que confirman de la manera mas expresiva la debilidad, la insubsistencia de las mas intimas alianzas humanas, cuando no tienen por principio esa bella virtud que une á los hombres entre sí en nombre de Dios y con relacion á él. ¿Qué es en efecto el parentesco, qué la amistad sin el apoyo de la religion? «Guardaos de vuestros amigos, dice Jeremias, no os fieis de vuestros mismos hermanos; porque en estos tiempos de corrupcion y de egoismo, el hermano solo piensa en suplantar á su hermano, y el amigo no trata mas que de ver cómo puede sorprender y engañar á su amigo (1).» No confies en la amistad, añade el profeta Micheas, ni descubras los secretos de tu corazon á la que duerme en tu propio lecho; pues el hijo ultraja al padre, y se revela contra su madre la hija, y el hombre tiene por enemigos á los mismos de su casa (2).» Hed ahí unos oráculos bien claros y precisos del Espiritu Santo que confirman mi proposicion. Pero, ¿qué necesidad tenemos de estos y otros mil testimonios que pudiera citaros, cuando lo que diariamente pasa á nuestra vista es la prueba mas irrefragable de cuanto venimos diciendo? Esas turbulencias domésticas que encienden la discordia en el seno de las familias, esas luchas intestinas que siembran la desolacion y la muerte en medio de los pueblos, esas rivalidades sangrientas entre los hijos de una misma nacion, esos pleitos ruidosos que ocupan diariamente á los tribunales, esos horrorosos escesos que aumentan anualmente la estadistica criminal, ¿qué otra cosa prueban sino que la caridad cristiana, tan rara como el perfecto cristianismo, ha desaparecido del trato humano, que los hombres no se

(1) Jerem. IX. 4.

(2) Mich. VII. 5, 6.

aman en Jesucristo y por Jesucristo, que el capricho ó el interés son los únicos móviles de las alianzas mas íntimas en estos siglos de indiferentismo é inmoralidad, y que aun los mismos lazos de la naturaleza se rompen fácilmente cuando no los estrecha el espíritu de la religion?

Asi es, A. O. M., y en apoyo de esta triste verdad, tenemos además de la fé y de la esperiencia, una razon poderosísima, entre otras muchas que omito, tomada del Apóstol San Pablo. Despues de haber hecho en su carta á Timoteo una horrorosa pintura de las costumbres de estos últimos tiempos, establece como raiz y principio de los desórdenes que allí describe, el amor propio (1), origen funestísimo, en frase de San Agustin, de todas esas divisiones que desgarran entre sí los hombres y los pueblos, de las discordias domésticas y de las turbulencias sociales. Y en efecto, aun cuando el amor que el hombre se tiene á sí propio deba ser la regla del amor del prójimo, segun el precepto divino: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*, sin embargo no puede ser su principio, por cuanto es su enemigo capital. Hay entre ambos caractéres opuestos, máximas contradictorias, efectos incompatibles y fines que no pueden avenirse. El uno lo refiere todo á los demás, mientras el otro se hace el centro de todo; aquel se ocupa de las necesidades ajenas, en vez de que este no quisiera sino que todo el mundo se ocupase esclusivamente de las suyas propias; el primero es esencialmente benéfico, el segundo altamente interesado y egoísta; en una palabra, el amor del prójimo produce todas las virtudes, y por el contrario el amor propio es el manantial fecundo de todos los vicios. Si pues aquel ha de triunfar en el corazon humano, preciso es que éste perezca sobre las aras de la caridad cristiana, y sola la religion puede consumir este gran sacrificio. Sin ella cualquiera otro principio por fuerte que sea, lejos de reprimir ese enemigo seductor que el hombre lleva donde quiera dentro de sí mismo, no haria mas que avigorallo y darle mayor ascendiente. Entre los parientes la carne y la sangre le despiertan y escitan de continuo, en el seno de la amistad,

(1) II. Timot. III. 2.

la confianza le nutre y le fomenta, en el trato social el bien parecer le oculta y le disfraza. Por manera que bien definidas las diversas relaciones que unen recíprocamente á los hombres en el mundo, puede decirse sin exagerar en nada, que sin los principios del cristianismo, el parentesco, la amistad y la sociedad no son sino otras tantas modificaciones del amor propio que se reviste de diversas formas segun la diversidad de las circunstancias ó situaciones de la vida humana, y que sola la religion destruyéndole, y colocando en su lugar la caridad cristiana, puede establecer entre los hombres una union sincera, una fraternidad inalterable, un amor legítimo, y lazos indestructibles que estrechen las inteligencias y los corazones bajo un mismo principio, y con relacion á un fin idéntico. Analicemos este asunto.

¿Qué es lo que generalmente vemos entre los hombres unidos por los lazos de la carne y de la sangre, sino padres apasionados que en el establecimiento de su familia sacrifican los sagrados derechos de la justicia ante las afecciones de una predileccion fundada en el capricho; hijos desnaturalizados que espían con impaciencia el momento de ver pasar á sus manos por la muerte del autor de sus dias la herencia que ambicionan; hermanos desleales á quienes no unen otros vínculos que los del interés comun, y que llegado el caso de hacer valer sus derechos individuales se hacen una guerra cruel y encarnizada; esposos en fin, que unidos un dia por la pasion ó por razones de pública conveniencia se aborrecen despues por el mas leve motivo, ó deshonran el lecho conyugal con sus mútuas infidelidades? ¿Y en qué consiste esto? ¿Cuál es la causa de que entre los primeros haya tantos que por trasmitir su nombre y su fortuna á un hijo á quien distinguen con un afecto especial, desatiendan cruelmente á los demás que por un derecho natural debieran participar igualmente de sus favores y de su paternal ternura, forzando á los unos á ofrecer ante los altares un sacrificio que Dios no exige, desheredando á los otros por el mas frívolo pretexto, ó designándoles únicamente aquello que no puede rehusarles sin escándalo, ó sin una manifiesta injusticia, y reduciendo toda su familia á un solo gefe sobre quien amontonan todos sus tesoros? ¿Por qué entre los segun-

dos es tan comun el verlos desunirse á la muerte de sus padres, encender en sus funerales la tea de la discordia, remover sus cenizas para llevarlas ante los tribunales, despedazarse mutuamente, gastar en pleitos ruidosos los bienes que se disputan, envejecer en el odio, y llevar hasta el sepulcro sus ideas vengativas? Pasemos en silencio y corramos un tupido velo sobre esas odiosas escenas que manchan y envilecen la union más íntima y respetable, rompiendo los lazos indisolubles del matrimonio, sustituyendo á un amor tierno y legitimo todo el furor del encono mas implacable, y profanando públicamente los solemnes juramentos que un dia se hicieron al pié de los altares. ¡Ojalá pudiera sepultarse en un eterno olvido la historia demasiado conocida de esos rompimientos escandalosos que tanto perjudican á la religion y á la moral pública! ¿Pero podremos disimular la causa verdadera de semejantes desuniones? ¿Qué otro es el origen de todos esos desórdenes sino el amor propio llevado hasta el exceso, la ausencia de todo principio religioso, la falta de esa caridad divina y sobrenatural que emana de Dios y todo lo refiere á él únicamente como principio y fin de todas las cosas? Si ella hubiese estrechado esos nudos sagrados, hubieran sido constantes, tiernos, sólidos, y duraderos como la eternidad misma; y ni los defectos que chocan, ni las genialidades que se combaten, ni las nubes que forma la desconfianza, ni las adversidades que entristecen, ni los intereses que se cruzan, ni el tiempo que todo lo cambia, hubieran sido capaces de romperlos ni debilitarlos. Porque la caridad es paciente, benigna, sufrida, delicada sin impaciencia, sensible sin acrimonia, fiel sin desconfianza, celosa sin capricho, previsora y benéfica pero sin la menor idea de interés (1). ¿No es así como Jesucristo, padre tierno, hermano cariñoso, esposo fiel, nos ha amado y ama á todos los hombres sin distincion de personas, de clases ni condiciones? ¿No nos ha sellado igualmente á todos con el mismo carácter, en virtud de la adopcion divina que de nosotros hiciera en el Calvario, dándonos idénticos derechos á su herencia, enriqueciéndonos con los mismos privilegios, colmándonos de los mis-

(1) I. Corint. XIII. 4.

mos favores, y designándonos por patria comun su reino celestial? ¿Se ha reservado para sí cosa alguna de cuanto poseia? ¿No se nos ha dado él mismo en persona, su carne adorable, su sangre de valor infinito, su vida preciosísima, y hasta su misma gloria? ¡Ah! Él nos ha amado á pesar de nuestras continuas infidelidades, y cuando mas indignos éramos de su amor. Nuestra tibieza no ha podido resfriar su caridad, nuestras ingratitudes no han sido suficientes para agotar la fuente de sus beneficios, nuestra indiferencia no ha bastado para cansar su liberalidad, y en los excesos de su amor sin límites por enriquecernos á nosotros no vaciló en reducirse á la mas extrema indigencia. Hed ahí el modelo de nuestra caridad, dice el Apóstol San Juan: «Así nos ha amado Jesucristo, y de este modo debemos amar nosotros á nuestros prójimos (1).» Sin este carácter, la union de las familias no será jamás sino una modificacion del amor propio, bien así como no podrá ser otra cosa la union de la amistad.

Bajo este nombre entiendo, A. M., toda alianza particular entre los hombres perjudicial á la caridad comun, pues á esto y nada mas se reducen en último resultado todas esas confianzas recíprocas en que el veneno del amor propio se desliza insensiblemente en el trato humano bajo las falsas apariencias de un amor cordial. Esto pudiera parecer una exajeracion, si todos los dias no fuésemos testigos de lo que pasa en el mundo en esos círculos escogidos en que el nombre sagrado de la amistad se prodiga tanto con las palabras como se profana con los hechos. Entrad en ellos, y observad atentamente. Aquí vereis á unos afectar la mayor ternura hácia los presentes, por tener ocasion de cebarse mas cruelmente en la vida de los ausentes; ponderar las pretendidas virtudes de aquellos, para hacer resaltar mas los supuestos defectos de estos; y solazarse con los amigos de la noche, á espensas del honor de los amigos de por la mañana. Allí vereis á otros so pretexto de desahogar sus pesares, entregarse á una crítica mordaz de todos aquellos que le son antipáticos ú odiosos, y no perdonar ni el pudor de la doncella, ni la reputacion de la esposa, ni las canas del anciano, como si tuviesen derecho á juzgar

(1) I. Joan. III. 16. 23.

de todo y á someterlo todo al tribunal de su enconoso corazon. Ora aparentando querer espresar sus sentimientos, vereis á muchos inocular insensiblemente en sus oyentes, las pasiones mas vergonzosas de su alma, sus aversiones, sus sospechas, sus desconfianzas temerarias y malignas. Ora bajo el nombre de un inocente pasatiempo, vereis no pocos referir todo cuanto de mas inverosímil y absurdo han oido en las visitas y reuniones, en las calles ó en las plazas, sacrificando á la mordacidad de su lengua satírica las reputaciones mas bien sentadas y las vidas mas intachables. ¿No es este el verdadero retrato de esas alianzas públicas y privadas que en el mundo se sostienen y fomentan bajo el especioso nombre de amistad?

Y no se crea por esto que condenamos las amistades legítimas y verdaderas; lo que decimos y sostendremos siempre es que estas no pueden ser tales sino se fundan en la virtud. Ella debe ser aun en la opinion de los sábios profanos, el primer lazo de toda union entre los hombres, y no ese amor desordenado de sí mismo origen de todos los vicios, que solo busca lo que le es útil y provechoso, y nunca lo que es ventajoso para los demás. Toda union, fundada sobre un mal principio, propende á la ruina de la sociedad civil, es una conspiracion secreta contra el reposo comun, un tráfico vergonzoso ejercido impunemente con el honor y los intereses ajenos. Ténganse amigos en buen hora, pero respetando siempre los derechos de los que no lo son, y sin menoscabo de la union, de la paz y de la caridad cristiana. Ámeseles si se quiere mas que á uno mismo, pero nunca mas que al prójimo, jamás con perjuicio del resto de los hombres, que son todos hermanos en Jesucristo, y coherederos con él de una misma gloria. ¿Y este amor, quién puede inspirarle sino la religion? ¿Qué otro puede ser su principio sino esa caridad universal, que segun la bella pintura de San Pablo, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre, y es siempre igualmente tolerante con toda clase de personas (1)?

Otro tanto podemos decir de las relaciones y de los deberes que impone á todos los hombres el trato social. ¿Qué es en efecto este,

(1) I. Corint. XIII. 27.

á qué se reducen todas sus prácticas, y ese cambio de mútuos servicios, y esas deferencias y atenciones recíprocas, y cuanto el mundo canoniza bajo ese especioso nombre de buena sociedad, toda vez que no tiene por base el verdadero espíritu del cristianismo? Oigamos á San Gregorio, quien ha pintado con una mano maestra el cuadro original de las sociedades de todos los pueblos y de todos los siglos. «Toda la ciencia del mundo, dice, consiste en saber ocultar mañosamente los verdaderos afectos del corazón con el falso velo de una refinada hipocresía, en desfigurar con espresiones estudiadas el genuino sentido de las cosas, en presentar como verdades los más torpes errores, y en hacer pasar como errores las verdades más innegables. Ved ahí la sabiduría que la juventud adquiere con el uso, y la que á precio de oro se enseña en las escuelas á la infancia incauta y sencilla. Los que la saben insultan con arrogante insolencia á los que la ignoran, y estos á su vez son calificados de rudos ó meticulosos y mirados con desprecio: porque en el idioma del siglo la duplicidad es considerada como un rasgo de ingenio, y los más perversos designios canonízanse con el nombre de urbanidad. Aspirar á toda costa á las honras y dignidades cualesquiera que sean los medios que á ellas puedan conducir al hombre, ambicionar la gloria y las riquezas por cualquiera vía que puedan conseguirse, aunque para ello sea necesario regocijarse en la ruina de mil víctimas, devolver con creces los males recibidos, vengar sin compasión las ofensas, resistir á la fuerza con la fuerza si para ello hay valor suficiente, ó de lo contrario suplir con la astucia lo que no se puede lograr con la malicia, ahí está todo el secreto de la ciencia mundanal, tal es el carácter de la sociedad cuando no la anima el principio de la caridad cristiana (1).»

Si alguno cree exagerada esta pintura, estudie con atención las tendencias del siglo, observe sus costumbres, siga los pasos del político, del hombre de estado, del cortesano, del negociante, del letrado; considere en una palabra al hombre en cualquiera clase, estado ó condicion, y en todas partes no hallará más que el amor pro-

(1) S. Gregor. Lib. X. C. 16. in C. 12 Job. *ALIZ* *unio* 1. (1)

pio disfrazado bajo apariencias mas ó menos engañosas. Analice bien esas uniones, esas alianzas, esas asociaciones que al parecer no tienen otro carácter que el de una cordialidad sincera, y verá que en el fondo no son sino combinaciones de una política fraudulenta, creada por el interés, fomentada por consideraciones de conveniencia, y sostenida únicamente por la esperanza de sacar cada cual el mejor partido posible y el mas ventajoso á sus miras particulares. Así vemos todos los dias á muchos hombres unirse hoy estrechamente para despedazarse mañana con inaudita crueldad; aparentar ahora un vivo interés por su prójimo para tenderle un momento despues lazos en que quede aprisionado su honor, su fortuna ó su reputacion; manifestar simpatías y una confianza sin límites á un rival temido para mejor suplantarle abusando de su credulidad ó imprevisión. En una palabra, ¿qué viene á ser el trato social bien analizado, mas que un tejido de infidencias é intrigas, un estudio constante que hacen los hombres de los medios mas á propósito para engañarse mutuamente, fingiendo lo que no piensan, hablando lo que no sienten, disimulando sus verdaderas intenciones, disfrazando sus proyectos ambiciosos con el velo del desinterés, encubriendo con sonrisas forzadas y con falsas muestras de concordia el odio y la aversion, y ocultando con mentidas protestas de afecto la antipatia, el encono, la emulacion y las mas siniestras pasiones? Y no es de hoy C. O., sino que siempre y donde quiera ha sido este el carácter de la sociedad.

¿Qué remedio pues contra tamaños desórdenes? ¿Quién podrá establecer en el mundo la verdadera union, la sincera fraternidad, el amor recíproco entre los hombres? Nadie sino la religion, porque fuera de ella no es posible que reine esa caridad divina que nos hace mirar á todos nuestros semejantes como otros tantos hermanos, enriquecidos con idénticos derechos, y dignos, cualquiera que sea su fortuna ó su posicion social, de iguales consideraciones y de un mismo é invariable amor. Porque la caridad, como se espresa el Apóstol, nunca se ensoberbece, nada ambiciona, jamás piensa mal, y bien lejos de gozarse en el triunfo de la iniquidad, se complace en hacer brillar donde quiera la verdad en las palabras, en las obras

y en los mas ocultos pensamientos del corazon humano (1). Ella nos enseña á ser afables sin afectacion, condescendientes sin reserva, serviciales sin ostentacion, indulgentes con el que yerra, templados con el que nos insulta, pacientes con el que nos mortifica. Ella nos inclina á pensar siempre bien de nuestros prójimos, á esecusar sus defectos, á alabar sus virtudes, á socorrerles en la desgracia, á no envidiarles en la prosperidad, á llorar con el que llora, á padecer con el que sufre, á simpatizar con las ajenas miserias y á mirar como propias las privaciones del menesteroso, los dolores del enfermo, las necesidades del pobre y todos los padecimientos de los demás seres racionales. Con ella aprendemos á devolver bien por mal, oraciones por injurias, amor por desprecio, y á hacer frente á la calumnia con el perdon, al ódio con la beneficencia, á la persecucion con los sacrificios. Por último, incapaz de hacer distincion de personas, de estados, ni de situaciones, nos inspira iguales sentimientos hácia el rico que hácia el pobre, hácia el sábio que hácia el ignorante, hácia el que nos estima que hácia el que nos aborrece. La misma en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las circunstancias, ni se olvida del ausente, ni se desentiende del que vive oculto é ignorado, abraza lo pasado, lo presente y lo porvenir, no conoce diferencias de razas ni de pueblos, y el judío y el gentil, el bárbaro y el romano, el griego y el escita, todos son en su concepto una misma cosa, todos tienen idénticos títulos, porque con todos y de todos los hombres aspira á obrar aquella fusion misteriosa, aquella union fraternal con Jesucristo que formára el voto mas ardiente del Salvador en los solemnes momentos de ir á dejar la tierra para volver á su eterno Padre, cuando le decia: «Padre mio: »He consumado la obra cuya ejecucion me encomendaste..... He »manifestado tu nombre á los hombres que me has dado..... les he »comunicado tu palabra, y ellos la han recibido, y han reconocido »que yo sali de tí, y que tú eres el que me enviaste..... Yo ya no »estoy mas en el mundo, pero ellos en el mundo quedan..... Guárdalos pues, Padre Santo, á fin de que por caridad sean una mis-

(1) I. Corint. XIII. 5. 6.

»ma cosa entre sí, á la manera que nosotros dos lo somos por naturaleza (1).»

Pluguiese al cielo, A. O. M., que esta union de inteligencias y voluntades deseada por Jesucristo y pedida tan ardientemente en los momentos cercanos á su pasion, se realizase en el mundo! ; Qué felices serian entonces las familias, qué dichosos los hombres, qué envidiables los pueblos! Entonces sí que los lazos del parentesco, de la amistad y de la sociedad serian eternos é indisolubles; los ódios, las antipatías, las venganzas, las rivalidades serian nombres desconocidos; el amor recíproco, la verdadera fraternidad, la concordia y la paz harian las delicias de la humanidad entera. No habria partidos que se hostilizasen, ni opiniones que se disputasen el triunfo, ni luchas intestinas, ni guerras sangrientas, porque todos los hombres, animados de un mismo sentimiento, convergerian á un fin idéntico. Tales son los prodigios de la caridad cristiana, de esa caridad que solo existe en el seno del catolicismo, y que ningun otro culto fuera de ella posee: porque en ella sola reside la verdad que une, y sin ella todo es divergencia, desunion y ruina. Por manera que no hay ni puede haber union sincera y durable entre los hombres si no está fundada en esa virtud preciosa cuyos caractéres hemos descrito: y ni el parentesco, ni la amistad, ni la sociedad, son otra cosa mas que modificaciones del amor propio, cuando no emanan de los sublimes principios de la verdadera religion.

¡Oh caridad divina! Ven y fija tu trono en los corazones de todos los hombres, como reina que eres de todas las virtudes. Infunde en todos ellos esos sentimientos de amor universal que tú sola puedes inspirar. Haz que todos los seres racionales se estrechen con tus sagrados lazos, y mirándose recíprocamente como hermanos, vivan en mútua union de pensamientos, de ideas y de intereses, tengan idénticos deseos, las mismas aspiraciones, y un solo y único objeto, á fin de que asociados aquí en nombre de Jesucristo, merezcamos vivir y reinar con él en el cielo por toda una eternidad.

(1) Joan. XVIII. per tot.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

NECESIDAD DE CUMPLIR LA LEY DE DIOS EN TODA SU ESTENSION, Y PELIGROS
QUE ACARREA AL ALMA SU TRANSGRESION AUN EN LOS PUNTOS
MENOS ESENCIALES.

Acceserunt ad eum Scribæ et Pharisei, dicentes: ¿Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum? Ipse autem respondens ait illis: ¿Quare et vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram?

Acercáronse á Jesus los Escribas y Fariseos y le dijeron: ¿Por qué traspasan tus discipulos la tradicion de los autiguos? Y él les respondió: ¿Y por qué vosotros traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion?

MATTH. XV. 1. 2. 3.

ENTRE los vicios que caracterizaban á los escribas y fariseos, antagonistas eternos de la doctrina y de la conducta de nuestro divino Salvador, distinguíales de un modo especial un espíritu de simulada hipocresía con la que se pretestó de celo llevaban hasta el exceso la escrupulosa observancia de ciertas tradiciones antiguas, al propio tiempo que miraban con la mayor indiferencia los preceptos divinos. Asi que cuando se mostraban hasta supersticiosos en las cosas mas minuciosas como en la solucion del diezmo y en la observancia del sábadó, no reparaban en faltar á la caridad con el prójimo, y en cometer las mayores injusticias en aquellos mismos dias consagrados al culto de Dios. Y lo que es mas, ellos que miraban como un escándalo el dejar de lavarse las manos antes de comer, porque asi estaba prescrito en la ley mosáica; no se ruborizaban de faltar al respeto á sus padres, de tratarlos con dureza y abandonarlos en sus necesidades. Y ved, A. O., lo que dió motivo á la amarga repre-

sion que Jesucristo dirigiera un día á aquellos hombres vanos cuánto fementidos, según nos refiere hoy el sagrado Evangelio: «*Acercáronse (dice) á Jesus ciertos escribas y fariseos, y le dijeron: ¿Por qué motivo traspasan tus discípulos la tradición de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen? A lo que él les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición? Pues que Dios tiene dicho: Honra al padre y á la madre. Y quien maldigere á padre ó madre sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre: La ofrenda que yo por mi parte ofreciere redundará en bien tuyo, ya no tiene obligacion de honrar á su padre ó á su madre; con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradición. ¡Hipócritas! Con razon profetizó de vosotros Isaias, diciendo: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazon está lejos de mí. En vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.*»

Sin necesidad de continuar el texto evangélico y con solo parar la atencion en este apóstrofe lanzado por el Salvador á sus enemigos, hallaremos una reprension indirecta hácia tantos cristianos que imitando la conducta de aquellos hipócritas, ora afectan un respeto ridiculo por lo indiscreto y mal entendido hácia ciertas prescripciones tradicionales, menospreciando á la vez los mas graves preceptos de la ley divina, ora por el contrario juzgan haber llenado sus deberes cumpliendo los mandamientos esenciales de esta ley aun cuando no hagan caso de otros artículos secundarios. Dignos por lo tanto de que se les diga lo que á los escribas y fariseos de su tiempo digera Jesucristo, «que son unos ciegos y conductores de otros ciegos;» por cuanto no reparan que si es obligatoria la observancia de los grandes preceptos tampoco debe omitirse el cumplimiento de aquellos que son como una consecuencia necesaria de los primeros: y que el que mira con indiferencia la transgresion en las cosas pequeñas, no tardará, en virtud de la costumbre, en habituarse á menospreciar las cosas mas graves é importantes según la frase de los libros santos (1). no y , noisilnoz

(1) Eccl. XIX. 4.

Ambos extremos, tan perjudiciales como funestos, me propongo combatir en este discurso, manifestándoos «la necesidad de cumplir la ley de Dios en toda su estension, y los peligros que acarrea al alma su inobservancia aun en los preceptos al parecer menos esenciales.» Asunto es este de la mas alta importancia, hácia el cual exijo toda vuestra atencion, pidiendo antes [al Señor los ausilios de su divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien saludaremos reverentes con las palabras del ángel :

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

El espíritu de la religion cristiana es un espíritu de perfeccion que abraza todos los deberes, que prescribe todas las virtudes, que condena todos los vicios y reprueba todo aquello que en lo mas leve puede oponerse á la santidad que debe caracterizar á los discípulos de un Dios-Hombre, á los que regenerados con las aguas del bautismo han renunciado á Satanás, sus pompas y sus obras, y alistádose bajo los estandartes de la Cruz, puesto que á todos indistintamente se les ha dicho : «Sed santos como yo lo soy : Sed perfectos como lo es mi Padre celestial (1).» De aqui sin necesidad de otras pruebas surge la indispensable y gravisima obligacion de cumplir en todas sus partes aquella ley dada por Dios á los hombres por medio de su unigénito, amplificada por este con su doctrina, sancionada con su ejemplo, y mas que todo con su sangre y con su muerte. Y es tan universal este deber, que á todos se estiende, á ninguno dispensa, ora sea rey, legislador, sábio, potentado, ó pobre, ignorante, súbdito, pordiosero, cualquiera que sea su estado ó condicion, y en todas las épocas de la vida, y en las varias situa-

(1) Matth. V. 48.

ciones de la fortuna ó de la adversidad: porque está sellado por el dedo divino en el corazon del cristiano, y le lleva grabado en su alma con unos caractéres que no le es dado borrar. Sus preceptos hállanse tan íntimamente ligados unos con otros, hay entre ellos una uniformidad, una dependencia tan singular, que no es posible traspasar uno solo, siquiera sea al parecer el mas insignificante, sin hacerse reo de la transgresion de los demás (1); como que todos ellos están basados sobre la ley del amor de Dios y del prójimo, y esta ley es invariable, constante, estraña á toda modificacion, libre de la movilidad propia de las leyes del hombre, siempre idéntica, siempre igual y eterna siempre como su divino autor.

Y siendo así, A. O., desde luego comprendereis que á nadie le es lícito esplicarla ó comentarla segun sus propias luces, ni restringir su obligacion á ciertos casos dados, ni eludir su observancia por ningun motivo y bajo ningun pretexto: sino que todos deben sujetarse á ella y practicar sus mandamientos tales cuales están escritos por la mano del supremo legislador, y segun viene entendiéndola y esplicándola el cristianismo á través de los siglos por medio de su iglesia, juez inapelable, oráculo infalible, antorcha luminosa que nos muestra la verdadera senda por donde debemos caminar, enseñándonos qué es lo que debemos creer, qué es lo que debemos rechazar, las virtudes que debemos practicar, los escollos de que debemos huir, á quién debemos el honor, á quién la obediencia, á quién el temor, á quién el homenaje de nuestra dependencia (2), pues todo se halla recopilado en esos dos altísimos preceptos sobre que está cimentado el edificio cristiano. De ellos nacen todos los deberes del hombre para con Dios, para con sus prójimos y para consigo mismo: de tal suerte que, como poco há os insinué, imposible seria faltar al mas leve, sin vulnerar ese gran principio del amor, sin atacar la esencia del cristianismo, sin destruir la economía del gobierno divino, y echar por tierra el Evangelio, la Iglesia y toda la religion.

(1) Jacob. II. 40.

(2) Ad. Rom. XIII. 7.

Por eso digo en el ingreso de mi discurso, que el espíritu del cristianismo es un espíritu de perfeccion y santidad que no permite la menor transgresion en sus prescripciones, y que exige una observancia completa, univarsal, íntegra de todos sus preceptos. Y tanto es así, que aun suponiendo que el hombre poseyese las mas preciosas virtudes, siquiera fuese casto hasta huir de la menor mancha de impureza, obediente hasta sujetarse á la mas leve insinuacion de sus superiores, sufrido hasta tolerar con gusto los mas amargos desprecios, desprendido hasta privarse de las cosas mas indispensables por socorrer la agena miseria, toda vez que faltase en un punto esencial de la ley divina, de nada le serviría para evitar la reprobacion eterna el haber observado todos los demás. Porque como dice el apóstol Santiago «el que dijo: no cometerás adulterio, dijo tambien: no matarás; y por consiguiente poco importa que no seas adúltero si eres homicida (1).» Otro tanto debe decirse de los otros preceptos. Todos ellos nacen de un mismo origen, todos derivan de un mismo principio, todos se refieren á un fin idéntico, y uno mismo es el supremo legislador de todos. Así que con igual cuidado y con no menos escrupulosidad deben observarse estos que aquellos, porque del mismo modo castiga el Señor la inobservancia en unos que en otros.

Y ¡ay de aquel que por efecto de una vana presuncion, ó por una negligencia culpable mirase con indiferencia la transgresion de la ley divina aun en aquellos puntos al parecer menos esenciales! ¡Qué consecuencias tan funestas no acarrea frecuentemente esa libertad presuntuosa con que algunos cristianos acostumbran á traspasar impunemente ciertos preceptos por parecerles cosa de poca consideracion! De ahí el perder insensiblemente el respeto á la magestad divina y el temor de sus venganzas; de ahí el menosprecio de ciertos llamamientos interiores y el ensordecimiento á los gritos de la conciencia; de ahí el habituarse á no mirar con rubor ciertas faltas que en otro tiempo no se hubieran atrevido á cometer por ningun pretexto; de ahí la disipacion, el resfriamiento, y en último resultado el libertinaje, la desvergüenza, el desearo en el pecar, á

(1) Jacob. II. 44.

la manera que una muger prostituida, que empieza por permitirse imprudente ciertas libertades que no presentan un carácter marcado de inmoralidad, hasta llegar á un punto en que perdiendo de una vez todo sentimiento de pudor se presenta con frente audaz haciendo gala de su escandalosa impudencia, segun el similitud de un profeta (1).

No exagero, C. O., esta pintura. La esperiencia diaria nos demuestra demasiado esta triste verdad. A la manera que ninguno sube de repente á la cumbre de la grandeza, sino que va ascendiendo gradualmente y por sus pasos contados, tampoco ningun pecador descende súbitamente al abismo del crimen, sino que pasando de una transgresion á otra, de una falta leve á otra que no lo es tanto, de un pecado menos repugnante á otro mas vergonzoso, concluye por adquirir la costumbre de traspasar todos los preceptos sin el menor remordimiento. Porque cada transgresion abre en el alma una brecha fatal por donde se introduce el enemigo, y va ganando terreno á favor de las pasiones que como auxiliares suyos le facilitan los medios de posesionarse de ella hasta hacerla su victima. Y sino citadme un solo libertino, un criminal de cualquiera especie que de repente se haya hecho tal. No le hallareis: porque la generacion del crimen, si licito me es adoptar el lenguaje científico, no es espontánea, sino que sigue en un todo el curso de las cosas naturales, y entra en el órden de las causas y de los efectos. Registrad la historia de todas las aberraciones del entendimiento humano, estudiad la vida de los hombres de mas triste celebridad por sus extravíos, remontaos al origen de los grandes atentados cometidos contra la religion y la sociedad; y donde quiera observareis que la licencia en el pecar, la libertad en traspasar impunemente los menores preceptos de la ley divina, en una palabra, el menosprecio de ciertos puntos de la moral cristiana que se miraron como insignificantes, es lo que encendió paulatinamente ese gran volcan que reventando por cien bocas la lava impura del error y de la inmoralidad, ha llenado el mundo de ruinas y sembrado por do quiera la impiedad y el crimen. Las heregías de los primeros siglos, los errores de Manes y

(1) Jerem. III. 3.

Arrio que tanto dieron que hacer á la Iglesia, el luteranismo que tantas divisiones, tantas luchas intestinas, y tanta sangre costó á la Europa, la reforma con sus mil comuniones y sus interminables símbolos de fé que tantos males acarreó á la civilizacion, el materialismo, el deismo, el ateismo, y el racionalismo de los siglos xviii y xix que han puesto en una oscilacion perpétua todos los tronos y todas las naciones del globo, cuantos absurdos han abortado las diversas escuelas filosóficas, y esa desmoralizacion tan prodigiosa en las costumbres, y ese desprecio á las tradiciones católicas llevado hasta el insulto, y ese torrente de pasiones indomables que arrastra en pos de sí á todas las clases, y esa cadena interminable de crímenes que cada dia va en progresivo aumento sin respeto á edades ni condiciones; todo esto, repito, ¿creeis que tiene otro origen que el que poco há os manifesté? Os engañaríais lastimosamente si tal pensáseis: porque todo error tiene unos principios pequeños, todo esceso comienza por leves transgresiones, toda maldad empieza por cierta indulgencia con que el hombre haciéndose ilusion á sí mismo se dispensa del cumplimiento de algun precepto. Este es el grano de mostaza que pequenísimo en sí, brota despues con un vigor increíble y se hace un árbol frondoso: es la levadura inficionada que corrompe toda la masa. Muchos de esos génios funestos cuyos nombres conserva la historia como unos monumentos de execracion y ódio, fueron virtuosos, morigerados, y hasta si se quiere escrupulosos observadores de los divinos preceptos; pero llegó un dia en que ó la soberbia de su entendimiento, ó el amor de la independencia, ó alguna de esas malas pasiones que tanto imperio ejercen en un alma que no sabe ó no quiere reprimir sus primeros ímpetus, les arrastró al menosprecio ó á la indiferencia en ciertos puntos religiosos, y de aqui, dice San Bernardo, prevaleciendo en ellos la fuerza del mal, y avanzando por un movimiento progresivo en las vias del crimen de transgresion en transgresion, llegaron á ese estado lastimoso en que ya no les fué casi posible dominar una situacion que se crearon á sí mismos: verificándose segun la frase de los santos libros, que un abismo conduce á otro abismo (1): y que llegado el hombre

(1) Psalm. XLI. 8.

á lo profundo del pecado, no hay para él remedio, por cuanto ni le intimidan los juicios de Dios, ni le asusta el espectáculo de su propia reprobacion, sino que todo lo mira con desden, de todo se burla, y llega hasta á insultar al mismo Omnipotente y á reirse de sus amenazas (1).

Y si discurriendo por todos los pecados quisiésemos examinar su verdadero y legítimo origen, no tardaríamos en convencernos de la verdad que venimos demostrando, y veríamos verificarse literalmente el pensamiento de San Gregorio cuando dice: que las mas veces una liviana vanidad es la que abre el paso á la iniquidad, por cuanto acostumbrada el alma á cometer ciertas faltas leves, pierde insensiblemente el horror hácia las mas graves, y de aqui nutrida y como fortalecida por este hábito, viene á parar en un estado de malicia en que no solo se encuentra tranquila y bien hallada en el erimen, sino que se atreve impudente á sostener sus excesos con cierto carácter de insultante autoridad (2). ¡Y cuán exacta es esta pintura! ¡Qué de doncellas recatadas y honestísimas por dar oídos en un principio á una mera espresion de galantería, se avezaron á oír sin recelo otras palabras menos inocentes, y caminando progresivamente en las vias de la indiferencia, concluyeron por caer en los lazos de la seduccion, y á prostituir su honor sin ningun género de consideraciones! ¡Qué de jóvenes virtuosos por haber contraido ciertas relaciones al parecer nada peligrosas y asociándose con amigos que no infundian ostensiblemente ninguna sospecha, empezaron por tomar parte en sus distracciones de mera jovialidad, continuaron avezándose á otros juegos mas serios, y dando hoy un paso en el camino de la disipacion, mañana otro mas avanzado, y así sucesivamente, no pararon hasta hacerse libertinos de profesion, impudentes por carácter, malvados por costumbre, criminales por necesidad! Y no os choque esta última espresion, pues no hago mas que reproducir las palabras de San Agustin cuando pintando la gradacion

(1) Proverb. XVIII. 3.

(2) *A vanitate ad iniquitatem meus nostra ducitur, si assueta malis levibus graviora non perhorrescat, et ad quamdam auctoritatem nequitiae per culpas nutrita perveniat.* (S. Gregor.)

que sigue el pecador en su funesta marcha, dice que el pecado trae consigo la reincidencia, la reincidencia el hábito, el hábito la costumbre, y llegado á este punto se crea una especie de necesidad de pecar que le hace casi impracticable la virtud.

Interminable seria si me propusiese seguir la induccion comenzada discurriendo por todas las clases sociales, y respecto de todos los excesos que la corrupcion y la inmoralidad desplegan á nuestra vista. No la seguiré pues, y solo me limitaré á deciros con el citado San Bernardo, que todos ellos se derivan de ese funesto origen, á saber, de la libertad en traspasar impunemente los preceptos leves de la ley divina. Y estableciendo un paralelismo entre el justo y el pecador demuestra evidentemente esta verdad; pues á la manera, dice, que el justo que marcha con fervor por el camino de la virtud, una vez que ha logrado vencer las pequeñas dificultades se burla de las mayores que antes le parecian insuperables, asi por el contrario el pecador que sigue el curso de sus desordenadas pasiones, á fuerza de traspasar las lindes del deber en las cosas mas minuciosas, concluye por no encontrar obstáculo alguno por grande que sea capaz de detenerle en las vias de la iniquidad (1).» El primero camina en alas de la caridad: el segundo es llevado en alas de la concupiscencia; aquel no siente pena alguna en los escabrosos senderos de la virtud, porque el amor de Dios le anima y alienta: éste es insensible á sus males porque las pasiones le endurecen; la abundancia de la gracia escluye del alma del justo todo temor: el colmo del pecado ensordece al culpable á los gritos del remordimiento (2).

Basta, A. M.: y concluyamos de todo lo dicho la necesidad de adherirnos inviolablemente á la ley santa del Señor, de observarla en toda su perfeccion sin admitir excusas, ni inventar pretextos de ninguna especie para eludir su autoridad, puesto que á todos y en

(1) Quemadmodum justus ascensis his gradibus corde alacri currit ad vitam, sic iisdem descensis impius jam absque labore festinat admortem. (S. BERNARD).

(2) Illum charitas, istum cupiditas facit..... In uno amor, in altero stupor laborem non sentit..... In illo perfecta virtus, et in isto consummata iniquitas foras mittit timorem (Ib.).

todas situaciones y estados nos comprenden sus divinos preceptos. Temamos, y precavámonos de los peligros que acarrea su transgresion aun en los puntos menos principales, puesto que como acabamos de oir, de ella como de su verdadero origen surgen todos los errores, todos los excesos, todos los crímenes que manchan y envilecen á la humanidad. Huyamos del extremo reprobable de los fariseos y escribas del presente Evangelio que parándose en minuciosidades de escasa importancia no se avergonzaban de faltar á los preceptos mas esenciales de la ley, pero al propio tiempo pongamos gran cuidado en no mirar con indiferencia sus menores prescripciones: no sea que colocándonos en la pendiente del mal, nos deslicemos insensiblemente y no paremos hasta caer en el abismo de la iniquidad. Que el que lo poco desprecia, fácilmente desprecia lo mucho; y quien desde el principio no trata de enfrenar el ímpetu de las pasiones, no tardará en ser víctima de ellas. Sea pues la ley de Dios para nosotros como una corona de inmortalidad (1). Guardémosla cuidadosamente, cual joya preciosa y como el tesoro mas inestimable de nuestro corazon (2); pues á su diestra trae la vida perdurable, y á la izquierda las riquezas y la gloria (3). Tengamos empero presente que el camino que á esta conduce, si bien delicioso y lleno de paz (4) para el que solo aspira á unirse á Dios como al único objeto de su amor, tiene empero sendas difíciles y escabrosas erizadas de espinas que punzan al corazon mundano y terrenal (5). Salvémoslas pues con ánimo resuelto, seguros de que despues de la lucha vendrá el reposo, y que quien peleara denodadamente contra el mundo y sus vicios, observando en todos sus puntos la ley del Señor, será coronado con la diadema del triunfo en una perdurable inmortalidad.

(1) Proverb. I. 9.

(2) Ibid. III. 3.

(3) Ibid. 46.

(4) Ibid. 47.

(5) Matth. VII. 14.

DISCURSO

PARA EL JUEVES DESPUES DE LA DÓMINICA III
DE CUARESMA.

LAS ADVERSIDADES PROPORCIONAN AL PEGADOR UN MEDIO DE CONVERTIRSE,
Y AL JUSTO UNA OCASION DE MÉRITO.

Surgens Jesus de Sinagoga, introivit in domum Simonis. Socras autem Simonis tenebatur magnis febribus: et rogaverunt illum pro ea.

Saliendo Jesus de la Sinagoga, entró en casa de Simon, cuya suegra hallábase acometida de una fiebre violenta, y suplicáronle la aliviase.

LUC. IV. 38.

Como quiera que el cristianismo no es una religion meramente especulativa, sino que todas las verdades que enseña las reduce á una constante práctica, resulta que aun de aquellos hechos que nos refiere el Evangelio de nuestro divino Salvador, y que al parecer no tienen la menor relacion con los tiempos presentes, deduce para nuestra instruccion consecuencias altamente provechosas y las mas sublimes lecciones de moral cristiana. Entre las muchas que naturalmente se desprenden del texto evangélico de este dia, la que mas llama mi atencion es la necesidad que tiene el hombre en este mundo de los auxilios de la religion para sobrellevar con mérito los reveses y adversidades de la vida, y la influencia benéfica que ejerce en el corazon humano ulcerado por el infortunio y herido por la desgracia. En efecto, lo que hoy nos recuerda el historiador sagrado, renuévase todos los dias en el seno del catolicismo. Él es, bien así como

lo fuera su augusto fundador mientras vivió entre los mortales, el consuelo eficaz de todas las dolencias, el suave bálsamo que cicatriza todas las heridas, el apoyo del desgraciado en sus aflicciones, la esperanza del menesteroso en sus miserias, en una palabra, el único que puede derramar la calma y el reposo en las almas agitadas por cualquiera de esos accidentes que abaten el espíritu y le llenan de turbacion. Reproduzcamos textualmente las palabras del Evangelio:

«Saliendo Jesus de la Sinagoga, entró en casa de Simon. Hallábase la suegra de éste atacada de una fiebre violenta, y suplicáronle la aliviase. Y él, acercándose á la enferma, mandó á la fiebre que la dejase, y la dejó libre. Y levantándose en el mismo instante de la cama, se puso á servirles. Puesto el sol, todos los que tenían enfermos de varias dolencias, se los traían. Y él los curaba con solo poner sobre cada uno sus manos. Y de muchos salían los demonios gritando: Tú eres el verdadero Hijo de Dios.»

Hed aquí, A. O. M., el gran acontecimiento que diariamente se renueva en el mundo por la influencia de la religion. Si esta no obra tan directamente como en los dias de Jesucristo en el alivio de las dolencias del cuerpo, no por eso manifiesta menos su accion poderosa y eficaz sobre las dolencias del espíritu. Nacidos para sufrir, los primeros instantes de nuestra existencia van marcados con los gemidos y las lágrimas. Los reveses, los infortunios, las adversidades de todo género nos esperan en el curso de nuestra vida como otros tantos sitios de hospedaje donde debemos alojarnos. En proporecion que avanzamos en este camino, preséntanse ante nuestros pasos terrenos erizados de punzantes abrojos. El mundo todo no es mas que una mansion de penas y aflicciones, y en la enferma del presente Evangelio tenemos el tipo de la humanidad entera atacada de una fiebre violenta de deseos fallidos, de esperanzas frustradas, de proyectos fracasados, de desgracias y de infortunios que la aquejan en todas las situaciones de la vida individual y social.

En medio de tantos males, un solo recurso le queda al malhadado mortal, y es acudir al Salvador para pedirle el alivio, como lo hicieron los domésticos de la suegra de Simon, apelar á los auxilios de

la religion, única que con su benéfica influencia puede suavizar los dolores del corazón humano, y hacer meritorias las adversidades que le rodean en esta region de quebranto. ¿Y quién duda que como Jesucristo con sola su palabra omnipotente hizo desaparecer la fiebre que devoraba á aquella muger enferma, la religion cristiana puede asimismo con sus máximas consoladoras, con sus principios eminentemente divinos realizar el mismo prodigio respecto de la humanidad desgraciada, neutralizando por una parte los efectos del infortunio, y trocando por otra en bienes los mismos males que sobre ella pesan? ¡Ah! La religion que debe su nacimiento á la cruz, sabe tambien cubrirla de flores, semejante á una hija sensible que ciñe con guiraldas la frente de su madre.

Sabemos no obstante que hay muchos cristianos que si bien adoran la cruz de Jesucristo, rehusan empero ser sus discípulos; y en medio de los réveses que la Providencia permite les aflijan por los altos fines de su infinita sabiduría, rechazan los consuelos de la religion, á manera de ciertos enfermos que en su febril delirio se resisten á poner en práctica los medios que deben curarles. Para animar pues á los que se hallan en este caso, voy á manifestaros «las ventajas que el hombre puede reportar de la adversidad dirigido por las máximas del catolicismo, puesto que ella ofrece al pecador un medio de convertirse, y proporciona al justo una ocasion de merecer delante de Dios.» Ved ya consignado el asunto de mi discurso. Para esplanarle dignamente invocad conmigo los ausilios divinos, mediante la intercesion de la mas afligida Virgen, á quien diremos con el Angel

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Si Dios no tuviese otro designio en los males que nos envia que gustar el secreto placer de hacernos desgraciados, y á manera del

hombre no nos castigase sino para perdernos, tal vez tendríamos motivo para quejarnos de semejante conducta ó para murmurar de su rigor, si bien siempre sería cierto que como artífice supremo de todo lo criado es muy dueño de hacer pedazos cuando le plazca el vaso que formó con sus propias manos, y por consiguiente nunca es lícito al hombre sublevarse orgulloso contra su soberano Hacedor. Pero no es así, A. O. M.: si su mano pesada cae á veces sobre nuestras cabezas no es sino para probar nuestra fidelidad, y jamás nos hiere sino para curar las dolencias de nuestro espíritu, segun el lenguaje de San Agustín: *Vulnerat ut sanet*. Tales son los verdaderos designios de Dios sobre el cristiano á quien allige, y en las máximas de la religion le proporciona el medio de hacer útiles y provechosos los reveses que le aquejan en esta vida.

Y en cuanto á lo primero, he dicho y repito que la adversidad ofrece al pecador un medio poderoso y casi único de convertirse á Dios. ¡Qué tentacion tan terrible no es para el hombre un crimen afortunado! Lo que se emprende con buen éxito, se continúa con audacia, y rara vez sucede que el prevaricador que vé sucederle todo prósperamente, no venga á terminar en una funesta impenitencia. Y no porque ignore ó desconozca las consecuencias de sus desórdenes, sino porque en los goces que éstos le proporcionan halla un medio de consolarse en sus desgracias. Sabe muy bien que con sus maldades ha perdido el derecho que tenia á las delicias del cielo; ¿pero qué le importan los bienes de la otra vida á quien no reconoce otro bien ni otra felicidad que los placeres de la vida presente? ¡Y cuántas veces el pecador afortunado en la violenta fiebre de sus vicios llega hasta el punto de olvidar, de no pensar jamás en su eterno porvenir! En vano su conciencia le hablará de esto en ciertos momentos dados; el ruido tumultuoso de la sensualidad, los desaforados gritos de las pasiones y el laberinto de los negocios temporales ahogarán bien presto su voz débil y moribunda. Tal vez el mismo Dios fulminará sus anatemas, y reproducirá sus amenazas para despertarle del letargo en que le tiene sumergido la prosperidad: pero ésta cerrará los oídos del pecador para que no le escuche, y no faltarán lenguas aduladoras que le harán concebir la mayor seguri-

dad allí donde es mas inminente el peligro; ¿si no es que en su loca embriaguez llega á persuadirse que la misma fortuna que le sonríe es una recompensa de sus excesos, y que seria menos feliz si fuese mas virtuoso!

Y en este caso, A. M., ¿qué otro medio mas eficaz pudiera adoptar Dios para convertir al pecador, que despedazar ese ídolo que impide que su necio adorador sea la conquista de su gracia omnipotente? ¡Oh Señor! exclamaba el profeta; cubrid de ignominia la altiva frente de los que os insultan en la abundancia de vuestros dones, y ellos invocarán vuestro nombre adorable (1). Heridles en su elevacion, y el momento de su caída será el que decidirá de su felicidad. Yo no apelo, católicos, á otra prueba de esta verdad, sino á vosotros mismos. ¿No hubo un tiempo en que arrastrados por el mal ejemplo, empujados por el torrente de las pasiones, ó seducidos por los delirios de una imaginacion juvenil, os entregásteis á todo género de frivolidades, olvidásteis vuestros deberes, ó acaso vivisteis en la disolucion y en el escándalo? ¿Quién pues ha operado en vosotros un cambio tan prodigioso? ¿Cómo es que ahora arrepentidos de vuestros antiguos desórdenes, persuadidos de la vanidad é insubsistencia de los goces del tiempo, llenos de fervor y de piedad marchais por la senda de la virtud, frecuentais los sacramentos y aspirais únicamente á los bienes de la eternidad? Decid, ¿no ha sido la adversidad el instrumento de que el Señor se sirvió para convertirlos? ¿Pensábais del mismo modo cuando todo sonreía á vuestro alrededor, cuando todo os acontecia prósperamente en medio de vuestros extravíos? ¡Cuántas veces no habeis repetido, al oír las amonestaciones de los ministros del Evangelio: «Dejad al tiempo lo que es suyo; dejadnos disfrutar de la primera aurora de la vida; no querais cortar los frutos antes de sazón; ahora que nos toca gozar, coronémonos con las flores que nos ofrece el mundo; dia vendrá en que podamos entregarnos á los rigores de la penitencia!»

Así hablásteis, y este es el lenguaje comun de todos los pecadores en la época de las ilusiones. Pero el Señor misericordioso hasta

(1) Ps. LXXXII. 16.

en sus mismos castigos, permitió que el infortunio os tocase con su huesuda mano; y despertando á sus golpes del profundo sueño del vicio, meditásteis la gravedad de vuestras ofensas y la grandeza de vuestro Dios ofendido, reparásteis con la mayor amargura de vuestra alma los dias que malgastárais en satisfacer vuestras pasiones, lanzásteis gemidos, semejantes á los del hijo de la golondrina, á fin de calmar la cólera del cielo (1); y de este modo la afliccion os condujo al arrepentimiento, y este fué el principio de vuestra conversion. ¿Y no es asi como se verifican todos los dias esos prodigios de la gracia que cambian en víctimas de la penitencia aun á los pecadores mas empedernidos? Ved esa muger idólatra de su belleza, orgullosa con sus encantos, altiva con sus gracias, que no piensa mas que en agradar, en hacer gala de su vanidad, seduciendo con sus maneras libres y escandalosas las almas incautas, y tendiendo con sus lascivas miradas lazos funestos á la virtud y á la inocencia. Nunca menos que entonces piensa en su porvenir; ni la menor idea de la eternidad viene á turbar esa falsa calma en que duerme mecida por la suave brisa de los placeres mundanales; ni el mas ligero pensamiento de volverse á Dios surge en su alma empapada toda en las delicias de la vida presente..... ¿Quién pues podrá calmar esa ardiente fiebre de gozar? ¿Quién será capaz de curar ese corazon corrompido con el deleite? La religion. Dejad que el Señor bueno hasta en sus mismos rigores marchite las flores de ese rostro encantador, y la brillante tez de sus facciones seductoras, y vereis huir de ella aquellos amantes que antes la adoraban, retirarla su cariño, y dejarla abandonada al triste recuerdo de su pasada felicidad. Entonces hará por necesidad lo que hubiera debido hacer por convencimiento. Desechada del mundo, y víctima de sus desaires, irá á ofrecer á Dios los restos de un sacrificio forzado es verdad, pero que no por eso reusará aceptar el Señor; y en vista de tanta bondad, formará una firme resolucion de adherirse inseparablemente á un dueño tan amable, á un esposo tan tierno, á quien consagrará todo su amor, toda su vida, y todo su sér, ya que desgraciadamente el mundo la arrebató las primicias de su corazon.

(1) Isaie. XXXVIII. 14.

Ved aquel hombre agitado por la fiebre violenta de la ambicion, y devorado por la insaciable sed de los honores mundanales, buscar todos los medios de elevarse y enriquecerse á espensas de la ruina de sus semejantes. Sus proyectos se ven coronados del mejor éxito, la fortuna le halaga en todos sentidos, la gloria le franquea las puertas de su templo, sus esperanzas se ven colmadas con usura, los honores se precipitan en torno suyo, un brillante porvenir se presenta á su vista..... Mas ¡ay! el Señor que quiere salvarle, le detiene repentinamente en su fogosa carrera. Una mano invisible, la mano de la adversidad, quebranta la frágil caña en que se apoyaba, sus protectores le abandonan, sus rivales le suplantán, la escena cambia, y el que poco antes se miraba en el apogeo de la prosperidad, hállase de repente arrastrado entre el polvo, y sumido en el mas profundo abatimiento. En este estado, sus ojos se abren para ver la fragilidad de la gloria del mundo y cuán facticios son todos los bienes con que fascina á los mortales; este conocimiento le conduce á apreciar en lo que valen los bienes eternos, únicos que pueden satisfacer la legítima ambicion del corazon humano y llenar el inmenso vacío que en él dejan los objetos terrestres, y en su consecuencia los desprecia altamente, decidese á no ser por mas tiempo esclavo de un siglo falaz y traidor que con la misma mano que ensalza al adorador hace pedazos el ídolo, á quien inciensa, y se resuelve á adorar únicamente á quien lo merece, y á no ambicionar otra gloria en el tiempo que la Cruz de su Salvador. ¿No son estos, A. M., los maravillosos efectos de la adversidad? ¿No es así como la religion convierte frecuentemente á los pecadores? ¡Oh! ¿Quién podrá negar su influencia en este punto á vista de tantos ejemplos ilustres que nos presentan las sagradas páginas? ¿Qué fué Masases sobre el trono? Un rey sacrilego que profana atrevidamente el templo de Dios, un malvado capaz de los mas horribles excesos, un hombre célebre por sus grandes crímenes. Pues bien, contempladle despues cargado de cadenas, y en la profunda oscuridad del calabozó en que yace sepultado, vereis abrirse sus ojos cegados antes por el brillo deslumbrador de la diadema, reconocer la gravedad de sus crímenes, convertirse de rey impío en monarca religioso, despedazar los ídolos, restaurar el culto

del Señor, ofrecerle sacrificios expiatorios, vivir como penitente, y morir como santo (1). ¿Qué era Nabuco-Donosor en Babilonia? Un insensato que pretendia hacerse dios y recibir los honores de tal. Pues seguid á esa pretendida divinidad á los bosques, contempladle reducido á la mas profunda humillacion, pastando la yerba como las bestias del campo, y alli le oireis esclamar vuelto en sí de sus pasados crímenes: «Perezca el soberbio que osa asemejarse á vos, Señor; justo es que todo en el mundo incline su frente ante tan alta magestad (2).» En suma, por abreviar un detalle que nos haria interminables, la adversidad en manos de la religion, hace de un Jonás fugitivo y discolo, un profeta sumiso y dócil á las órdenes del cielo que menospreciara en su funesta calma. Ella convierte á un pródigo y malversador de la herencia paterna, en un hijo arrepentido y tierno que vuelve á postrarse á los piés de un padre á quien abandonó pérfidamente en un momento de ilusion y de delirio. Ella en fin, fija la inconstancia de un pueblo contumaz y rebelde que tan pronto ofrece sacrificios al Dios verdadero, como adora á los ídolos en el desierto y en la cumbre de las montañas. ¡Tan cierto es que en los principios de la religion no siempre son los bienes que el Señor nos dispensa efectos de su bondad, pues á veces suelen ser efectos de su cólera: en vez de que por el contrario las aflicciones mas sensibles, los mas amargos reveses, las adversidades que mas abatén, son favores insignes y medios poderosos que ofrece al pecador para convertirse y salvarse. Veamos tambien cómo proporcionan al justo ocasiones de merecer delante de Dios; asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Si bien es cierto que el hombre puede adquirir merecimientos tanto en la prosperidad como en la adversidad, no lo es menos que

(1) Paralip. XXXIII. per tot.

(2) Dan. IV. per tot.

las virtudes producidas por ésta son mucho mas sólidas y de un precio mas inestimable á los ojos de Dios que las producidas por aquella: y la razon se funda en que estas últimas son mas sospechosas, mas sujetas á los ataques de las pasiones, y mas fáciles de practicar que las primeras. Y desde luego he dicho y repito que son mas sospechosas. Un rasgo de los sagrados libros nos hará patente esta verdad. Satanás al ver á Job tan virtuoso en la abundancia, concibe el proyecto de hacerle caer de aquel estado, y dirigiéndose al Señor le dice: « Vos os gloriais de la inviolable adhesion de vuestro siervo: él os ama, es cierto, os sirve con fidelidad, y no podeis menos de estar satisfecho de su conducta intachable. Más, ¿ cómo pudiera no ser asi, cuando le habeis colmado de vuestros dones mas que á ningun otro mortal? Sus árboles plegan sus ramas bajo el peso de los frutos, mieses abundantísimas doran sus campos, multiplicanse sus ganados como los juncos de los pantanos, todo en fin sucede segun sus deseos, y escede á sus esperanzas. ¿ Qué mucho que os ofrezca las primicias de los mismos bienes que de vos recibe, que os inmole víctimas, y que observe escrupulosamente vuestros preceptos? ¡ Ah! Poned á prueba esa alma heróica, talad sus campos, arrancad sus mieses, destruid sus ganados, heridle á él mismo en sus huesos y en su carne, y vereis si entonces Job afligido por el infortunio es el mismo Job halagado por la fortuna. « El Señor accede á la peticion de Satanás, y el justo Job mirase reducido á la última miseria, privado de sus bienes y de sus mismos hijos, sin hogar en que guarecerse, y estendido en un inmundo estercolero en donde con una teja rae la podre que mana de sus llagas. Mas lejos de revelarse contra aquella mano que tan profundamente le hiriera, se somete humilde á los decretos del cielo, y « Señor, esclama, vos me disteis todo cuanto poseia, vos me lo habeis quitado, sea pues bendito vuestro nombre! (1). » Ahora bien, A. M., en vista de una sumision tan heróica, ¿ podia dudarse de la virtud de aquel justo? Imposible, pero tampoco se necesitaba menos para poner su inocencia al abrigo de toda sospecha. Asi parece haber

(1) Job. I. 21.

juzgado el mismo Dios, y tanto que, como dice San Pablo, su mano generosa solo corona con diademas inmarcesibles las virtudes que han pasado por la prueba de la tribulación y del combate (1). Mientras Abraham en el colmo de la gloria, veía prosperar sus designios, rodeado de esclavos que servian sus pensamientos, respetado por sus vecinos, temido por los estraños á la par de los reyes mas poderosos, sin que la mas ligera nube viniese á turbar la serenidad de sus días, el Señor pareció sospechar de la sinceridad de la virtud de aquel patriarca, y en su consecuencia la pone á prueba de la afliccion, ordenándole que le sacrifique su hijo único Isaac sobre el monte Moriah. ¡Qué orden para un padre, y padre tan tierno como Abraham! Pero este no vacila un instante en cumplir el mandato de Dios, toma consigo á su hijo, sube á la cumbre, levanta el altar, ármase de la cuchilla, levanta el brazo, y va á descargar el golpe sobre la víctima, cuando la mano del Señor le detiene, diciendo: «Basta, ahora conozco que me amas, estoy satisfecho de tu fidelidad (2).» ¿Y en qué consiste que la virtud del justo afortunado infunda sospechas, y que al contrario la virtud del justo atribulado inspire tanta seguridad? Es que hay mucho que temer que un justo en la prosperidad se ame á sí propio mas que á Dios, que se mueva á obrar bien mas por los dones de un amigo generoso que por la bondad de un soberano infinitamente amable: en vez de que el amor purificado en la adversidad no puede ser un amor mercenario ó interesado, y solo nace de una amistad pura y sincera. Por eso decia un santo obispo, que el hombre no se conoce bien sino en la adversidad, pues esta es como un torrente que arrastra, y es preciso hacer esfuerzos desesperados para no ser arrebatados por la corriente, y por el contrario la prosperidad es un rio profundo y apacible que nos sostiene fácilmente por el mismo caudal de sus aguas.

En segundo lugar las virtudes de la prosperidad están sujetas á mil ataques, y como tales son mas insubsistentes que las que se ejer-

(1) II. Timot. II. 5.

(2) Génes. III. 12.

eitan en la adversidad, las cuales no inspiran ningun temor. ¿Cómo es posible alimentar el deseo del cielo en medio de la abundancia, cuando todos los bienes de la tierra conspiran á hacernos olvidar los goces eternos? Cuando la paloma encuentra verdes ramas, llanuras esmaltadas de flores, y doradas campiñas, vuela gozosa y no vuelve al arca de donde saliera. Hed ahí la imagen del hombre á quien sonríe el mundo. Ilusionado por sus efimeros placeres, adhiérese á ellos, y poco ó nada piensa en las delicias inamisibles de la eternidad. Mas al contrario, ¿qué cosa mas natural que desear salir de un mundo que no ofrece sino espinas y abrojos, tribulaciones y lágrimas, y volar á su centro único Dios, como la paloma volvió al arca, al ver la tierra cubierta aun con las aguas del diluvio? Además, ¿cómo es posible rechazar el placer cuando él mismo busca espontáneamente al hombre? ¿Cómo verter lágrimas de penitencia en el seno de las alegrías mundanas? Y por una razon opuesta, ¿cómo podrá uno dejar de ser justo y parco en medio de la pobreza? ¿Cómo buscar lo supérfluo cuando carece de lo necesario? ¿Cómo evitar las cruces de la mortificacion cuando por do quiera se vé cercado de ellas? La pureza, flor delicada que el mas ligero soplo marchita, ¿puede crecer en el seno de la molicie, cultivarse en la abundancia, conservarse en el lujo, y ostentarse lozana en los festines? ¿Cuándo una carne mimada en las delicias fué jamás esclava sumisa del alma? ¿No está escrito que las sirenas encantadoras se albergan siempre en los palacios de la voluptuosidad (1)? Al contrario el fuego de la impureza jamás abrasa los miembros estenuados por el ayuno, porque en una carne mortificada no encuentran alimento sus voraces llamas. Tan cierto es que la adversidad es la madre de las virtudes, asi como la prosperidad lo es de las pasiones. Si aquella nos ofrece ejemplos de Manasés penitentes en las prisiones, de Nabucos arrepentidos en los bosques, de Jonás sumisos en los abismos del mar, esta nos presenta Saules desobedientes en el trono, Davides adúlteros en la ociosidad de la corte, y Salomones apóstatas en la abundancia.

Por último, aun cuando las virtudes de la prosperidad y de la

(1) Isaiae. XV. 22.

II. JomíT. II (1)

III. JomíT. III (2)

adversidad estuvieran igualmente al abrigo de la ilusion y de los peligros, ¿no es cierto que las primeras son sumamente fáciles de practicar, y las segundas sumamente penosas y que exigen grande violencia y no pequeños sacrificios? Observemos la diferencia que hay entre ambas. Las virtudes que se ejercitan en la prosperidad están suavizadas por la libertad del mismo que las practica. El hombre es virtuoso porque quiere serlo, elige los sacrificios que ofrece á Dios, es el árbitro de sus mortificaciones, nada le violenta, nada le constriñe, y hasta en las acciones mas santas conserva esa lisonjera independenciam que á veces corrompe su mérito y disminuye su valor ante Dios. No así las virtudes ejercidas en la adversidad. En ella el hombre se vé forzado á aceptar con resignacion las cruces que el Señor le envia, tiene que beber hasta las heces el cáliz de la amargura, sin ser dueño de poner tasa á la hiel que una mano estraña le propina. Y ved lo que hace que estas virtudes sean tanto mas puras cuanto menos dependen de la eleccion de la criatura, y mucho mas agradables á los divinos ojos, en proporcion que son mas repugnantes á los nuestros. En el primer caso el hombre es un cautivo sumiso entre hierros, pero él mismo se ha forjado su cadena: en vez de que en el segundo los hierros que le oprimen han sido forjados por un Señor que no ha consultado su voluntad, y por lo tanto su sumision es incomparablemente mas meritoria y heroica.

Hay otra circunstancia muy notable, y es que las virtudes practicadas en el tiempo de la prosperidad, van siempre rodeadas de un cierto brillo que facilita su ejercicio. Al hombre dichoso nunca le falta quien alabe sus acciones. Se pondera su caridad con los pobres, se preconizan sus abstinencias, se ensalza y admira su piedad, aun los actos mas insignificantes de virtud encuentran panegiristas ardientes que hagan volar la fama del justo de boca en boca; y esta idea de ser visto, inspira cierto ardor que alienta á los mas cobardes, y allana las mayores dificultades. Pero las virtudes de la adversidad son unas virtudes humildes, ignoradas, ocultas en el secreto del silencio, y cubiertas con las sombras de la Cruz. ¡ Ah! ¿Qué elogios puede esperar el que no tiene mas que infortunios que esponer? ¿Quién se digna fijar sus ojos sobre el hombre desgraciado? El pri-

mero es un atleta que lucha en la arena delante de un pueblo inmenso preparado para celebrar su triunfo: el segundo es un soldado que no tiene por testigo de sus combates ni por espectadores de su heroísmo, mas que el ojo invisible de Dios que donde quiera nos sigue y que no podemos evitar.

Resulta pues, A. M., de todo lo dicho, que las virtudes ejercitadas en la adversidad tanto porque están al abrigo de toda sospecha, como porque son mas difíciles, y porque exigen mayor heroísmo que las virtudes de la prosperidad, son por consiguiente incomparablemente mas sólidas que estas y mas agradables delante de Dios, como que nacen de un principio mucho mas elevado y se dirigen á un fin mas puro. ¿Y quién en vista de esto podrá desconocer las ventajas que reporta el justo de las aflicciones y reveses de esta vida para merecer la gracia y la gloria, cuando se aprovecha de ellas segun el espíritu de la religion? Porque eras acepto á Dios, dijo el Angel á Tobias, preciso fué que la tentacion te probase (1), que te vieses despojado de tus bienes, privado de la vista, y perseguido por un tirano inexorable y por una mujer procaz é insensata. Y San Pablo, para formar el elogio de los antiguos justos, recuerda sus padecimientos, sus aflicciones, sus desgracias y adversidades, concluyendo con decir que todo esto lo habia permitido el Señor porque estos héroes no eran de este mundo, ni el mundo era digno de ellos, pues les estaba reservada en otra vida mejor una resurreccion gloriosa y coronas inmortales (2).

Tal es el carácter de la adversidad. Ella no solamente proporciona al pecador medios eficaces de convertirse, sino que purifica las virtudes del justo como el oro en el crisol, dándolas un brillo mucho mas deslumbrador y un mérito mas extraordinario, que es lo que me propuse demostraros en este discurso. Haga el cielo que aprovechándonos de las útiles lecciones que nos dá en esta vida el infortunio, aceptando segun el espíritu del cristianismo los reveses que el Señor nos envia, y sirviéndonos de las adversidades como de unas

(1) Tobias XII, 13.

(2) Ad Hebr. XI, per tot.

gracias de conversión ó de ocasiones de merecimiento, saquemos de ellas el fruto que el Señor se propone en sus altísimos designios. En la ardiente fiebre de nuestras pasiones y de nuestros vicios, ningún lenitivo, ningún remedio mas eficaz podrá proporcionarnos para salir de este estado que la desgracia. Ella nos hace entrar en nosotros mismos, escita en nuestras almas pensamientos saludables y buenos deseos, nos conduce al arrepentimiento de nuestros desórdenes, y nos dispone á llamar en nuestro auxilio á la religion, al modo que sobre la enferma de nuestro Evangelio, invocaron sus domésticos la accion poderosa de Jesucristo. Ella en fin, purificándonos en el tiempo por medio del dolor y del sacrificio, nos prepara coronas inmarcesibles en la region de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

ALIANZA ADMIRABLE DE LA JUSTICIA Y DE LA MISERICORDIA DE DIOS
EN EL SÁGRADO TRIBUNAL DE LA PENITENCIA.

Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: Da mihi aquam, tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.

Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú misma quizás le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado un agua viva.

JOAN. IV. 10.

No es siempre, A. O. M., la malicia del corazon humano la que le priva de experimentar los efectos de la bondad divina. Frecuentemente es la ignorancia de su entendimiento la que se opone á que participe de los inestimables tesoros de gracia que fluyen sin cesar del seno de un Dios que á todos indistintamente convida á gustar sus dones y los prodigios de amor que ha obrado en la tierra (1). Entre estos el mayor de todos y en el que mas resplandecen los bellos atributos de su misericordia y liberalidad, es ese Sacramento de la reconciliacion instituido por Jesucristo para perdonar los pecados, fuente misteriosa cuyos raudales no solamente purifican las almas de las manchas de la culpa, sino que apagando en ellas el ardor de las pasiones, y satisfaciendo esa sed interior que las consume, enri-

(1) Psalm. XLV. 9.

quéenlas con todo género de bienes espirituales, las inspiran el menosprecio de todas las cosas de la tierra, y las hacea desear únicamente aquellas aguas de vida eterna que una vez probadas, el hombre ya no tiene que ambicionar nada en este mundo, según la alegoría que hoy nos ofrece el Salvador en el presente Evangelio. Sucede empero que no todos los cristianos conocen las grandezas de ese Sacramento, ni saben por consiguiente apreciar los inestimables beneficios que de él se derivan; así que, lejos de acercarse á esas fuentes regeneradoras, y en vez de beber con avidéz sus limpias y cristalinas aguas, aléjanse por el contrario de ellas, bien sea porque la humillacion que es consiguiente á la confesion de sus delitos les repugna, ó bien porque nutridos de añejas preocupaciones han formado del Sacramento una idea errónea que les asusta y estremece. Como quiera que sea, verificase respecto de esto lo que con la mujer Samaritana según el relato evangélico de este dia.

«Llegó Jesus á la ciudad de Samaria, en donde se hallaba la fuente ó pozo denominado de Jacob; y estando cansado del camino sentóse sobre el brocal. En esto se acercó una mujer á sacar agua, y Jesus la dijo: Dáme de beber. A lo que ella respondió: ¿Cómo siendo tú Judío me pides de beber á mí que soy Samaritana?... Pero Jesus la dijo: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dáme de beber, acaso tú misma le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado un agua viva.»

Otro tanto pudiéramos decir de innumerables cristianos que se alejan del Sacramento de la penitencia porque ignoran los tesoros de gracia que á él están vinculados. ¡Oh! Si conociéseis ese gran don de Dios, y quién es el que os brinda con esas aguas misteriosas, ¿con qué avidéz correríais á abrevaros de ellas! ¿con qué importunidad las pediríais! Entonces, lejos de estrañaros como la mujer de Samaria de que el Savador os llamase é invitase á participar de los dones de su gracia por mas delincuentes que seais, reconoceríais por el contrario en esto mismo una prueba inequívoca de la divina mision de aquel que vino al mundo á reunir las ovejas descarriadas, á buscar la dracma perdida, á llamar á sí los pecadores para salvarlos de la perdicion eterna. *Si scires domum Dei, etc.* En-

tonces, en vez de alejáros por temor de ese tribunal de la reconciliacion, os convenceriais de que en ninguna otra parte se salvan mejor los derechos de la justicia de Dios junto con los de su infinita piedad, que en ese Sacramento en donde la verdad sale al encuentro á la misericordia (1), y se maridan de un modo prodigioso esos dos atributos tan contradictorios, por efecto de una sabiduría sin limites, única que pudo conciliar unos extremos al parecer irreconciliables, hallando el gran secreto de hacer que el pecador pudiese satisfacer un deber de la mas alta justicia por medio de una ley excesivamente misericordiosa. Y ved lo que voy á manifestaros en el presente discurso, haciéndoos ver «la alianza admirable de la justicia y de la misericordia de Dios en el Sacramento de la penitencia.» Asunto importantísimo que exige toda vuestra atencion, y para cuyo desempeño debemos implorar rendidamente las luces celestiales por la intercesion de la Santísima Virgen, diciéndola con el Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Dije poco há, A. O., que sola una sabiduría sin limites hubiera podido conciliar los derechos de la justicia divina con los de la divina misericordia en el sagrado tribunal de la penitencia. Y de hecho nada hay mas admirable que esta alianza misteriosa. Dios infinitamente justo, aborrece el pecado y no puede menos de castigarle con toda la severidad de un juez inexorable: pero infinitamente misericordioso, propende á perdonar al pecador, y desea salvarle por todos los medios imaginables como Padre que es compasivo y clemente. ¿Cómo pues amalgamar estos dos atributos de la divinidad? ¿Cómo dejar intactos sus respectivos derechos? ¿Cómo unir ambos extremos tan distantes? ¡Ah! El amor de Jesueristo es omnipotente, todo lo

(1) Psalm. LXXXV. 44.

allana, todo lo vence, todo lo facilita. ¡Perezca el pecado, dice en los secretos misteriosos de su sabiduría, pero sálvese el pecador! ¡Sea el primero la víctima de mi justicia, pero cante el segundo los triunfos de mi misericordia! Y dirigiéndose un día hácia sus apóstoles, les dice: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra... (1) Como mi Padre me envió á mí os envío yo á vosotros... A quienes les perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos (2).» Ved ahí instituido el Sacramento de la penitencia, tribunal angusto en donde se salvan todos los derechos de una justicia enemiga y vengadora inexorable del crimen, sin menoscabo de las atribuciones de una misericordia siempre tolerante, siempre piadosa con el criminal arrepentido.

Veamos pues cómo se verifica este prodigio, salvas en un todo las formas de ese tribunal respetable en donde comparece el hombre delincuente á ser juzgado, y en el que re cayendo sobre el pecado toda la severidad de una sentencia inapelable, queda el pecador absuelto y reconciliado con su Dios á quien ofendiera. En todos los tribunales de la tierra, cuando se trata de una causa criminal, hay en primer lugar un juez designado para conocer del asunto y pronunciar su fallo conforme á lo alegado y probado. Nómbrase un fiscal encargado de hacer todas las indagaciones necesarias, reunir todas las piezas de convicción, y formar de este modo lo que se llama el cuerpo del delito. Examínanse asimismo los testigos, y se les toma una declaración minuciosa de todo cuanto han visto ú oído con relación al caso, para mejor ilustrar la opinión del juez. Óyense por último las deposiciones de los acusadores y los descargos del acusado, y según lo que arrojan de sí todas estas circunstancias reunidas, se le condena ó se le absuelve. Pues bien, en el tribunal de la penitencia ninguna de estas formas se omite, todas se llevan á debido efecto con la mayor escrupulosidad: pero ¿de qué modo tan nuevo, tan admirable é inusitado! ¿Quién es el juez que allí se sienta?

(1) Math. XXVIII. 18.

(2) Joan. XX. 21, 22.

¿Quién es el instructor de la causa? ¿quiénes los acusadores? ¿quiénes los testigos? ¿qué sentencia es la que se pronuncia? ¿sobre quién recae? Todo esto merece que lo examinemos detenidamente para formar una idea de esa alianza portentosa de la justicia y de la misericordia divinas, que resplandece en el sacramento de la reconciliación.

Hay en efecto en este tribunal sagrado un juez incorruptible y severo para con el pecado, un juez que nada perdona, que nada disimula, que no se deja alucinar con las promesas, ni se doblega ante las amenazas, un juez tan inaccesible al cohecho ó á los halagos del oro, como incapaz de dejarse intimidar por ningun poder humano, ni de suscribir á la menor exigencia que pueda comprometer los derechos de la divina justicia. Pero al mismo tiempo ese juez que representa allí la persona y autoridad suprema de Dios, y hace sus veces, no es mas que un hombre débil acaso y pecador como el mismo reo, un hombre escogido no de entre esas eminencias sociales que deslumbran con el brillo de su poderío ó de su grandeza á los pequeños y de humilde nacimiento, sino estraido frecuentemente de esa clase obscura é ignorada, que para nada figura en el mundo sino para soportar el peso del trabajo y de las privaciones, un hombre en fin que en nada se distingue del comun del pueblo sino por su carácter augusto, por su respetable cualidad de ministro de Jesucristo, por su caridad, por su mansedumbre, por su piedad hácia sus semejantes y especialmente hácia los pecadores, que conversa con ellos amigablemente á imitación de su divino maestro, y les busca para que se conviertan, y no se desdeña de recibirlos en sus brazos como padre tierno, hermano cariñoso, y amigo fiel que se interesa entrañablemente por su salvación. Allí está en aquel tribunal augusto esperando al culpable que vá á descargar en su seno el peso de sus extravíos. Nada dispensará de cuanto atañe al cumplimiento de su ministerio, porque como juez está encargado de sostener á todo trance los derechos de Dios y de que quede cumplidamente satisfecha su justicia: mas no por eso se desentenderá como padre de sus instintos amorosos en cuanto sean compatibles con sus altos deberes, y al propio tiempo que dejará aquellos intactos, nada

omitirá por derramar en el corazon del culpable los inefables tesoros de la divina misericordia. De este modo se unen sin destruirse esos dos atributos de la divinidad en el tribunal de la penitencia con respecto á esta primera circunstancia. ¡Alianza prodigiosa que no se encuentra en ningun tribunal terreno, y que hace resaltar maravillosamente la sabiduria del que le instituyó para consuelo y remedio de la humanidad pecadora!

— Pero aun resplandece mas si se quiere esta alianza en las demás circunstancias del proceso que se le forma al delincuente en este santo sacramento. Todos los deberes del fiscal se cumplen exactamente en el caso presente, ni mas ni menos que en las causas humanas. La justicia divina exige que le haya, y que este sea íntegro, severo, escrupuloso y observador. El debe recibir la acusacion formulada contra el culpable, oír las deposiciones de los testigos, citar al mismo acusado y escuchar sus descargos, trasladarse si es necesario al sitio del delito, interrogar á los habitantes del lugar y de las cercanías, examinar todas las personas, estudiar todas las circunstancias, y recoger todos los datos que puedan contribuir á esclarecer el hecho, para despues con arreglo al código penal poder calificar el crimen y remitir su instruccion al tribunal. Asi se procede en las causas humanas, y esto es puntualmente lo que sucede tambien en el tribunal sagrado de la penitencia: ¡pero de qué modo tan distinto! ¡Cómo se echan de ver en él las maravillosas invenciones de un Dios tan infinitamente sábio como misericordioso! El pone la causa en manos del mismo pecador, cuya propia conciencia es quien debe formular la acusacion; su memoria es el principal testigo cuya deposicion debe ser escuchada, pues á ella solamente pertenece el recordar al culpable todo aquello en que ha delinquido delante del Señor. Al efecto, preciso le es citar á juicio todos sus sentidos y facultades, para que comparezcan á declarar cuanto hayan visto, oído, dicho ó pensado contra la ley divina, obligando á su entendimiento á confesar los juicios que ha hecho y los designios que ha formado; constriñendo á su corazon á declarar sus sentimientos, sus deseos, su amor y su ódio, sus animosidades y sus venganzas, todo en fin cuanto hay oculto en sus mas secretos repliegues; for-

zando á su lengua á no omitir las conversaciones criminales que se ha permitido, las palabras que ha pronunciado ofensivas á Dios y al prójimo, al pudor, á la justicia y á la verdad; compeliendo á sus ojos á decir los objetos pecaminosos en que se han fijado, á sus oídos á que espresen todo lo que han escuchado de criminal por malicia ó vana curiosidad, y por último á sus manos, á sus piés, á sus miembros todos á deponer sinceramente sobre las acciones criminales que han ejecutado y los excesos á que se han dejado arrastrar, ayudándose á este fin con el recuerdo de los sitios á que ha concurrido, de las sociedades que ha frecuentado, de los amigos ó enemigos con quienes ha tratado, de las intrigas, de los negocios y diversiones en que ha tomado parte, para de este modo esclarecer mejor los hechos y no pasar desapercibida ninguna circunstancia agravante ó que pueda cambiar la especie del pecado. Asi se cumple esactamente en la confesion sacramental todo lo que exige la divina justicia respecto del pecador. Mas, ¿ cómo es posible no ver en esto mismo un rasgo magnífico de la infinita bondad del Señor? Lejos de aquel tribunal augusto esos acusadores prevenidos por las pasiones ó corrompidos por la intriga y el cohecho, que frecuentemente rodean los tribunales de la tierra para perder al inocente ó agravar mas la triste situacion del culpable. Lejos de allí los escribas y fariseos hipócritas y enconosos que reclaman contra él todo el vigor de las leyes, como lo hicieron un dia contra la muger adúltera. No: Jesucristo prohíbe que nadie mas que el pecador mismo se acerque á aquel tribunal sagrado; ninguno fuera de él tiene derecho á acusarle; su propia declaracion es la que allí se toma en cuenta, y sobre su palabra es creído y juzgado. La divina justicia le exige, sí, como un deber indispensable que como testigo y acusador que es de sí mismo, declare y confiese toda la verdad, y nada mas que la verdad, sin ambages ni restricciones, sin disculpar ni desfigurar ninguna de sus faltas, todo conforme lo aprende en su conciencia, lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso: pero en cambio, la misericordia le promete lanzar á un eterno olvido todos sus delitos por enormes que sean, toda vez que su confesion sea sincera y dolorosa, sin que por nadie ni por nada en el mundo tenga que temer que su secreto sea quebrantado,

ni revelado lo mas mínimo de cuanto somete al fallo de Dios en el sacramento augusto de la reconciliacion. ¿Y no seria, A. M., un crimen de alta ingratitud, de alta traicion, atreverse á pasar en silencio en este tribunal misericordioso ningun pecado, cualquiera que sea su gravedad, y esponerse de este modo á que la causa pasase al tribunal inexorable de la eterna justicia en el último dia de los tiempos? ¡Oh! ¿Qué tiene que recelar el pecador de un juicio en donde todo se pasa entre él y el ministro de Jesucristo á quien ha escogido para ser el único depositario de sus debilidades y extravíos, sin que haya quien pueda escuchar su declaracion mas que aquel Dios cuyo ojo avizor penetra hasta las médulas del corazon humano, y vé y lee en lo mas íntimo de su alma todos sus pensamientos sin que nadie pueda engañarle ni ocultarle nada, pero que al propio tiempo que juez, es un padre bondadoso, un pastor tierno y solícito que solo desea salvar la oveja descarriada y recibir de nuevo en sus brazos al hijo que ingrato le abandonó? ¿Qué tiene que temer de un tribunal en donde en premio de una confesion humilde y sincera de sus delitos á que está obligado para dejar satisfechos los derechos de la justicia divina ha protestado el Señor borrar todas sus iniquidades y arrojarlas en lo mas profundo del mar para que jamás puedan reclamar contra él ni en el tiempo ni en la eternidad? En vano se pretenderia hacer valer contra esto la vergüenza que es consiguiente á la declaracion de nuestros pecados, y que un Dios justo nos ha impuesto como un sacrificio expiatorio y como una indemnizacion del descaro y desvergüenza con que nos atrevimos á ofenderle. Pero ¿qué es esto comparado con el despecho que de no hacerlo aquí en el sacramento de la reconciliacion, tendria que experimentar el criminal ante todo el mundo reunido en el dia del juicio en derredor del inapelable tribunal del supremo Juez de vivos y muertos? ¿Seria el hombre tan insensato que por no sufrir un momentáneo rubor que al fin ha de convertirse en gloria suya y consuelo indecible de su alma, se espusiese á arrastrar las funestas consecuencias de un silencio criminal que le acarrearía indudablemente una confusion perdurable y un arrepentimiento sin fin pero inútil en la otra vida? No, A. O., no menospreciemos los dulces efectos de la

misericordia del Señor que con tanta facilidad podemos merecer sin menoscabo de los derechos de su justicia. En buen hora que para satisfacer á ésta tengamos que cumplir el doloroso deber de confesar nuestros pecados al ministro de Jesucristo, pero no olvidemos que este dolor está sobreabundantemente indemnizado con la incomparable satisfaccion que resulta de la gracia que se recibe en ese Sacramento augusto, gracia que nos purifica de todas nuestras horrruras, que lava todas nuestras manchas, que nos convierte de enemigos de Dios en amigos suyos y herederos del reino celestial, de victimas de su justicia destinadas á los tormentos del infierno en trofeos de su misericordia designadas para disfrutar de los indefinibles goces del cielo. Lancemos de nuestra alma ese demonio mudo que acaso intente hacernos callar nuestros delitos. Como testigos y acusadores que somos en nuestra propia causa, llenemos debidamente nuestro cometido, acusémonos francamente, en términos claros y sencillos, calificando con exactitud y precision nuestras faltas, sin atenuantes ni circunloquios que puedan debilitar ú oscurecer la verdad de los hechos, y de este modo no temamos que Dios nos condene, ni que su ministro le rechace, pues hasta en la misma sentencia pronunciada en ese tribunal sagrado sobre el pecador brilla la misericordia divina sin infringir los derechos de la justicia.

En efecto, cualesquiera que sean los crímenes de que el penitente se acusa en el tribunal de la penitencia, jamás el juez pronuncia contra él una sentencia condenatoria, sino que antes bien le consuela y reconcilia consigo mismo; y si le hace sentir la gravedad de sus faltas, es únicamente para instruirle y preservarle de los peligros que pueden amenazarle de nuevo. El ministro de Jesucristo no es el ministro de su venganza; sus lábios no saben pronunciar sino fallos absolutorios. Bien así como el Salvador se condujera un dia con la muger adúltera, condúcese siempre con el delincuente. «¿Nadie te ha condenado? dijo aquel á la acusada: Pues tampoco yo te condenaré: anda y no peques mas en adelante.» Otro tanto hace el ministro de la reconciliacion. «Yo te absuelvo, dice al delincuente, de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo; vete en paz y no vuelvas á pecar.» Y cómo se verifica aquí esa

alianza misteriosa entre la misericordia y la justicia de Dios? ¿Cómo quedan satisfechos los derechos de ésta en el caso presente? Vedlo. Suponiendo que hay pecado y pecado grave digno de muerte eterna, preciso es que haya tambien una víctima cuya inmolacion pueda satisfacer las justas exigencias de un Dios ofendido. Ahora bien; ¿dónde está esa víctima? ¿Cuáles es? El pecador no puede ser, pues la misericordia le ha puesto á cubierto de los golpes de la venganza, deteniendo el brazo que se disponia á herirle con la absolucion pronunciada en el sagrado tribunal de la penitencia. ¿Cuál será pues esa víctima? ¡Oh! venid y admirad, A. M., los inefables secretos de la sabiduría y la bondad de Dios. Esa víctima es el pecado mismo, contra el que única y esclusivamente cae de todo su peso la venganza divina; el ministro de esa venganza no es otro que el pecador; y la espada que debe sacrificarla ante las aras de la justicia es la contrición ó el verdadero arrepentimiento. ¡Qué prodigio! ¿Quién jamás vió cosa semejante? Preciso es que el pecado muera... ¿Y en qué consiste la vida y la muerte del pecado? ¡Ah! el pecado es una planta que nace y crece en la tierra de nuestro corazon, y en él vive en tanto que sus raices se adhieren á esa tierra mediante el jugo que las alimenta y sostiene. Arrancadlas pues y en el momento le vereis morir. Ahora bien: tres son las raices que sostienen y fomentan esa planta venenosa en el corazon del hombre, á saber: el amor al pecado, la complacencia que experimenta de haberle cometido, y la voluntad de volver á cometerle. Fuerza es pues para hacerle morir que en vez de amarle, le aborrezca; que lejos de complacerse en haber incurrido en él, se aflija sinceramente de ello; y que bien al contrario de abrigar intencion ó voluntad de volver á cometerle, forme una resolucion firme é invariable de no reincidir jamás. Y ved justamente lo que hace la contrición, de donde se deduce su necesidad, tan indispensable en el tribunal sagrado de la penitencia, que no hay ni puede haber circunstancia alguna en que deje de existir su obligacion, y sin ella, y nada exajero en esta espresion atrevida, ni el mismo Dios pudiera perdonar al pecador. Podrá en buen hora en casos dados dispensarle de la necesidad de la confesion ó de la satisfaccion sacramental:

pero jamás del dolor de sus pecados; pues sería contradictorio, y por consecuencia imposible que Dios perdonase al culpable que persistiese en amar su pecado, ó en otros términos, que se reconciliase con el pecado mismo. De este modo la contrición sacrificando el pecado ante las aras de la divina justicia en el tribunal de la penitencia, y dejando satisfechos sus imprescriptibles derechos, armoniza al mismo tiempo ese atributo de la divinidad con el de su infinita misericordia. ¿Qué mas pues podía esta hacer en obsequio del pecador que perdonarle unos delitos dignos de unos tormentos eternos, en cambio de un dolor sincero y cordial y de un propósito eficaz de no volver á reincidir en ellos? Y esto señores, no lo hace una sola vez en la vida, sino que lo repite muchas veces, y todos los dias está renovando ese prodigio en el sacramento de la reconciliación. En los tribunales humanos jamás se concede el perdón al criminal ni se le absuelve de sus excesos por mas que de ellos se arrepienta, sino que tiene que sujetarse al rigor de la ley porque es juzgado. Solo en ese sagrado tribunal es donde esto se realiza de un modo tan maravilloso como digno de escitar nuestra mas profunda gratitud. Allí están continuamente los ministros de Jesucristo, recibiendo la confesion de los pecadores, y pronunciando en virtud de su arrepentimiento, fallos absolutorios que les devuelven junto con la gracia perdida todos los derechos á que por sus culpas renunciáran, y los ponen en posesion de la amistad de un Dios infinitamente bondadoso, y de la herencia de un padre magnífico y liberal que nada desea tanto como hacerles participantes de su propia gloria y de su misma felicidad. Allí acuden á todas horas mujeres adúlteras, no arrastradas por la venganza farisáica, sino conducidas voluntariamente por el convencimiento de sus excesos, y encuentran un juez tan sábio como clemente, que lejos de condenarlas las consuela, las anima, las fortalece, las perdona y solo exige de ellas que no vuelvan á incurrir en sus antiguas faltas: *Vade et noli amplius peccare.* Allí toda clase de pecadores en virtud de una declaracion voluntaria de sus delitos y de una verdadera contrición, hallan la paz del alma, la calma del corazon, la tranquilidad de la conciencia, la vida de los justos, y vuelven á sus hogares blanqueadas sus vestiduras en la

sangre del Cordero sin mancha, y llenos de un regocijo indefinible. Allí..... Pero no nos detengamos mas en ponderar los portentos de la divina misericordia en el tribunal augusto de la penitencia. Aun en las mismas penas que en él se infligen al pecador brilla ese atributo de una manera admirable, y su misteriosa alianza con la divina justicia. Si para que ésta quede cumplidamente satisfecha se hace preciso que el culpable se aflija y expie sus delitos con obras penales; cuán leves son y cuán tolerables todas las que allí se imponen! Por una accion á veces bien sencilla, por un ayuno, por una abstinencia, por cualquiera plegaria, se le condonan al hombre las penas rigorosísimas que debia sufrir en la eternidad: la justicia ratifica y dá por hecha esta conmutacion obra de la misericordia, y mediante los infinitos merecimientos de Jesucristo y de su santísima Madre y demás bienaventurados y justos, el culpable queda libre de una deuda casi infinita considerada la gravedad de la ofensa y la grandeza del ofendido y la pequenez del ofensor.

Concluamos pues que bajo cualquier aspecto que se considere el sagrado tribunal de la penitencia, ora en el juez que allí se sienta, ora en el instructor de la causa, ya con relacion al acusador y los testigos que intervienen en este juicio, ya por lo que hace á la sentencia que se pronuncia y á las penas que se imponen, en todos sus procedimientos y circunstancias resplandece del modo más prodigioso la admirable alianza que allí se opera entre la justicia de Dios y su infinita misericordia, en la que los derechos de ambas quedan igualmente satisfechos de una manera tan favorable para el hombre pecador.

Justo es pues que elevando nuestros espiritus y nuestros corazones hácia ese Dios que nos trata con tanta bondad, y entrando en los sentimientos del rey profeta arrepentido y lloroso de sus culpas, esclamemos como él: « ¡Dichosos, Señor, los que atraviesan los peligrosos senderos de la vida, sin mancillarse con el inmundo lodo de las iniquidades de este siglo (1), y no menos dichosos los que despues de haber tenido la desgracia de ofenderos han obtenido el

(1) Psalm. CXVIII. 4.

perdon de sus delitos, y han merecido que cubrais sus excesos con el manto de vuestra misericordia! Yo Dios mio, ciego un dia y desconociendo los tesoros de bondad que encerrais en vuestro seno, me atreví á callar mis culpas, y las tuve ocultas en un funesto silencio, y ellas derramándose por mis entrañas y por mis huesos llenáronles de corrupcion y podredumbre. Dia y noche sentia sobre mi alma el peso de vuestra terrible mano. Érame imposible gustar el sueño porque el reposo habia huido de mí, y en mis movimientos convulsivos no hacia sino profundizar cada vez mas la mortal espina que me punzaba. Pero al fin Señor, me resolví á confesar mis iniquidades y á no ocultar por mas tiempo mis injusticias. Y tan luego como lo verifiqué en el tribunal sagrado de la reconciliacion, me perdonásteis todos mis delitos y me devolvisteis vuestra amistad. ¡Oh Dios de clemencia, faltanme espresiones para ensalzar vuestra misericordia y daros gracias por tamaño beneficio! Bendigan y alaben vuestras bondades por mí todos los justos y bienaventurados del cielo y de la tierra (1).»

Pero no nos limitemos, A. O. M., á estos afectos de nuestro corazon. Sea nuestra gratitud eficaz, y probemos con nuestras obras que sabemos apreciar los inefables tesoros de misericordia que brotan del seno de nuestro Dios, y corren á manera de un misterioso rio de las fuentes regeneradoras de la reconciliacion. Aprovechémonos de sus aguas saludables, para que purificados en ellas en esta vida, seamos dignos de gozar en la otra las puras delicias de la inmortalidad.

(1) Psal. XXXI. 4 et seq.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

PRODIGIOS DE LA PALABRA DIVINA EN SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD,
Y DISPOSICIONES CON QUE DEBE OIRSE PARA QUE OBRE EN EL ALMA
SUS MARAVILLOSOS EFECTOS.

Unde ememus panes, ut manducent hi?

¿Dónde compraremos pan para que coma toda esta gente?

JOAN. VI. 5.

YA en varias ocasiones he dicho, y hoy me veo precisado á repetir, que los hombres y los pueblos tienen necesidad de un alimento mas nutritivo, mas sólido y sustancial que el pan material con que diariamente se sostienen las fuerzas físicas, y que ese alimento no puede ser otro sino la palabra de Dios, única capaz de llenar todas sus exigencias y satisfacer esa hambre misteriosa que todos y cada uno experimentamos dentro de nosotros mismos. Todos estamos hambrientos de felicidad, de conocimientos, de bienestar, y mas que todo de verdad, pues á pesar del desorden causado por el pecado en nuestra inteligencia y en nuestro corazon, aquella suspira siempre instintivamente á poseer la realidad en todas las cosas, bien así como éste no puede hallar descanso sino en lo bueno conocido ó aprendido como tal. Como quiera pues que la palabra del hombre es insuficiente para llenar ese gran vacío de nuestro espíritu, pues todas sus doctrinas, sus combinaciones y teorías, por deslumbradoras que

aparezcan en especulacion, aplicadas á los hechos no pasan de ser unos bellos ideales que en vez de saciar enardecen y escitan mas el hambre que nos aqueja, preciso nos es buscar esa satisfaccion que no nos es dado hallar en las enseñanzas humanas, en aquella palabra divina que es la verdad esencial, la sabiduria increada que dá la ciencia á los parvulitos, á cuyo poder nada resiste, y cuya influencia es tal, que estendiéndose del uno al otro extremo del mundo, obra los mayores prodigios donde quiera que llega á penetrar su eco omnipotente; prodigios que vienen demostrando á través de los siglos la divinidad de aquel Dios-Hombre que vino á regenerar á la humanidad con su celestial doctrina. Y no hablo, A. O., de esos milagros, si me es permitido hablar así, materiales, que se refieren únicamente á la vida ó á la salud temporal del cuerpo, sino de otros de un órden muy superior, relativos á la vida moral y social de la humanidad entera, los cuales no porque choquen menos á la simple vista del hombre superficial y poco reflexivo, dejan de ser para el hombre estudioso y observador de un mérito incomparablemente mayor que muchos de los que obró Jesucristo en el curso de su santisima vida, tales como el que hoy nos refiere el santo Evangelio.

«Habia pasado Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberiades, seguido de una multitud de gentes que iban en pos de él atraidas por los milagros que obraba con los enfermos. Subióse á un monte con sus discipulos..... y habiendo alzado los ojos y visto venir hácia sí un numeroso gentio, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente?.... Doscientos denarios de pan, contestó Felipe, no bastan para que cada uno de ellos coma un bocado. Dicle uno de sus discipulos..... Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tantos? Hacedles sentar, repuso Jesus..... y se sentaron sobre unos cinco mil. Entonces Jesus tomó los panes, y despues de haber dado gracias, repartiólos entre los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discipulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan.

Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos sobrantes despues de que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres: Este es sin duda el gran profeta que ha de venir al mundo.»

Este mismo acontecimiento, recordado por un famoso incrédulo del último siglo en su lecho de muerte, haciale esclamar: «Jesucristo es Dios, pues ha obrado el gran milagro del desierto.» Mas si bien se considera, ¿qué tiene que ver esa multiplicacion prodigiosa del pan material verificada por la palabra omnipotente del Hombre-Dios, si se compara con el prodigio permanente que á través de las edades viene operando en el universo? ¿No es ella la que despues de haber creado todo cuanto existe, ha multiplicado donde quiera todos los elementos de dicha y bienestar individual y social, alimentando á todos los hombres y á todos los pueblos con la doctrina sublime del Evangelio, nutrimento misterioso, que satisface todas las necesidades, que llena todos los deseos, que se acomoda á todos los tiempos y á todas las circunstancias, á las clases afortunadas como á las menesterosas, al sábio como al idiota, al culto europeo como al salvaje de los bosques, dejándolos á todos saciados, sin menoscabarse en lo mas mínimo, y siempre pronta á obrar los mismos efectos en quien la desea con fè, la busca con avidéz, y la recibe con las debidas disposiciones? Y ved ya insinuado el asunto de mi discurso, limitado únicamente á manifestaros «los prodigios de la palabra divina en sus relaciones con la humanidad, y las disposiciones con que se debe recibir ese pan misterioso del alma para que obre en ella sus maravillosos efectos.» Invocad conmigo las luces celestiales por la intercesion de la madre del Verbo, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

No seré yo, M. A. O., quien intente remontarme á buscar el sublime origen de esa palabra omnipotente que tantos prodigios

viene desarrollando con relacion á la humanidad desde el primer momento de la creacion. Todo cuanto mi débil inteligencia no acertaria á comprender ni menos pudieran espresar mis balbucientes lábios, hállase reasumido en estas breves palabras del águila de los Evangelistas: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios (1).» Hed ahí trazada la incomprendible sublimidad de la palabra increada, de esa palabra substancial, por la que Dios se espresa todo entero cuando se habla á sí mismo en las eternas profundidades de su sér, á saber, su Verbo, su Hijo único. Y ved cómo hablando propiamente, carece de origen, puesto que existia ya antes del tiempo en el seno mismo de la eternidad.

Mas no es este el objeto que me he propuesto: yo solamente voy á hablaros de los prodigios de esa palabra considerada en sus relaciones con la humanidad, y como un alimento misterioso de los hombres y de los pueblos indispensable para la vida religiosa y social. No bien su eco omnipotente sale de los divinos lábios, cuando su accion universal se deja sentir do quiera de una manera maravillosa. La nada la escucha desde lo mas profundo del caos, y véense brotar de repente millares de orbes, y el sol y la luna y los astros del firmamento y los animales y las plantas y el hombre, todos responden al divino llamamiento y se presentan á dar un brillante testimonio al irresistible poder de esa palabra creadora. Pero la humanidad no tarda en verse humillada, envilecida, miserable, y envuelta en la mas profunda desgracia, victima de la desobediencia de un padre prevaricador. Condenada á vivir esclava sobre la tierra y á soportar todo el peso de la cólera divina, despojada de todos sus derechos á la bienaventuranza, enemiga de Dios, y maldecida y proscripta en un mundo que no debia brotar para ella mas que punzadores abrojos, su primera y mas apremiante necesidad era rehabilitarse á los ojos de su Criador; y esto no podia conseguirlo por sí sola, incapaz como era de adelantar un paso en la senda de la bienandanza perdida, é impotente para levanta-

(1) Joan. I. 1. et seq.

tarse de la postracion profunda en que se hallaba sepultada por el pecado. ¿Quién pues podía en tal estado mostrarla en un lejano porvenir á aquel Salvador destinado á reparar sus quiebras, y á colocarla de nuevo en el camino de la felicidad? Sola la palabra divina. Ella es la que á través de la obscura noche de los crímenes, de la ignorancia y de los errores que cubren la tierra como un espeso manto, se conserva pura en un pequeño rincon del globo, para alimentar las esperanzas del hombre desgraciado. Ella se deja ver como un surco luminoso que alumbra á los mortales, desde uno de los nietos de Sem hasta el mismo Salvador Jesus. Ella se ostenta bajo la tienda de los patriarcas, en el tribunal de los jueces, sobre el trono de los monarcas, y en el fogoso corazon de los profetas, unas veces terrible y amenazadora anunciando á los hombres y á los pueblos sus castigos, su desolacion y su ruina: dulce é insinuante otras, desarrollando los tesoros de amor paternal que encerraba el corazon de Dios hácia sus predilectos hijos; ora llena de nobleza y magestad, mostrando por entre el tupido velo de las mas bellas imágenes el esplendor de la nueva Jerusalem y las glorias de aquella Iglesia en derredor de la cual vendrian á apiñarse un dia todas las naciones, y todos los reyes á celebrar su magnificencia: ora melancólica y triste lamentando los males del pueblo escogido y llorando su dura cautividad; y siempre en la infinita variedad de sus formas, como un alimento misterioso que fomentaba y sostenia la vida individual y social de la humanidad con la consoladora perspectiva del Mesias reparador de la raza de Adan.

Pero entre tanto, A. M., ¡qué espectáculo presenta el mundo! Donde quiera no se ven mas que ruinas hacinadas unas sobre otras: ruinas en la inteligencia que cada dia se va precipitando mas en el abismo del error; ruinas en el corazon que con el tiempo adquiere una corrupcion mas profunda, pasiones mas vergonzosas, y vicios mas funestos; ruinas y caos é ignorancia y maldad inconcebible en todo, porque todo propende á olvidar las tradiciones primitivas, y á borrar hasta la idea misma de la divinidad. Treinta siglos de paganismo venian pesando ya sobre ese viejo mundo; treinta siglos de crímenes y de iniquidades que debian al fin acabar con él, si un po-

der irresistible, si una fuerza omnipotente no le hubiera sostenido porque queria salvarle. ¿Y quién era ese poder capaz de curar llagas tan profundas, obrando sobre el mundo una especie de resurreccion prodigiosa? ¡Ah! La humanidad hambrienta y desfallecida suspiraba por una doctrina que pudiese satisfacer sus necesidades y responder á sus exigencias porque moria de inanicion, y en ninguna parte la encontraba, secas como estaban por decirlo así las fuentes de la revelacion, merced á los delirios del entendimiento humano que desfigurára horriblemente las verdades dadas por Dios al hombre. Las prolongadas vigiliias de los filósofos, sus penosos trabajos, sus multiplicados esfuerzos eran de todo punto impotentes para llenar el inmenso vacío que los hombres y los pueblos experimentaban dentro de sí mismos. Tenian estos necesidad de union, y las doctrinas de aquellos sábios, lejos de desterrar las antipatias de raza que relajaban los vínculos sociales, no hacian sino fomentar mas el ódio y eternizar la venganza sancionando sus funestos principios. Tenian hambre de verdad, y todas las enseñanzas de aquellos grandes maestros de la moral se reducian á autorizar las mas vergonzosas aberraciones del entendimiento humano con el ascendiente de su vana ciencia, aumentando de este modo las tinieblas de la ignorancia al propio tiempo que las costumbres públicas iban tomando de dia en dia un carácter mas odioso é incurable. Estaban sedientos de fé y de amor, y la incredulidad y el egoismo eran lo único que se aprendia en las escuelas de aquellos géneos que el mundo admiraba y respetaba como á oráculos.

En esta triste situacion hallábase la humanidad cuando la palabra divina, único remedio á tamaños males, vino á regenerar al mundo aproximándose á él de una manera mas íntima. Despues de un celestial mensaje, el Verbo de Dios se encarna y hácese el hijo del hombre en el seno de una muger. Hed ahí el esperado de las naciones cuya doctrina está llamada á cambiar la faz del universo y á operar la mas feliz al par que la mas portentosa revolucion en las ideas, en los instintos, en los hábitos, en las aspiraciones y en las costumbres de los hombres y de los pueblos. Su voz resuena en las riberas del Jordan, en las plazas públicas, en el templo de Jerusalem, y última-

mente sobre la cima del Gólgota; y llegado el tiempo en que Jesus va á tornar al seno de su padre, lega al mundo aquel poder irresistible que viniera á traerle del cielo, esto es, su palabra divina destinada á desarrollar en toda la tierra los maravillosos efectos de la redencion. El habia dicho á sus discípulos: «Id por todo el universo, y enseñad á todas las gentes;» y al oirlo los heraldos de la verdad, lanzándose como un rayo que arranca del pié de la cruz, recorren el globo en todas direcciones, y llevan por do quiera esa palabra santa y civilizadora que sobrevive á la ruina de los imperios, que se ostenta victoriosa por entre los cadalsos y la sangre de los mártires, que atraviesa siglos enteros de persecucion y de tiranía, que vé hundirse en el polvo el colosal poder de Roma pagana y abrirse bajo su influencia benéfica un nuevo porvenir para el mundo. ¡Qué multitud de prodigios obra en todas partes la doctrina del calvario! Los pueblos se despojan de sus antiguas preocupaciones tan hondamente arraigadas merced á las doctrinas de la filosofia idólatra, el mundo de las inteligencias se vé trastornado hasta en sus fundamentos, todo cambia, todo se transforma, todo se engrandece, todo se diviniza bajo la accion omnipotente de la palabra divina. Es un alimento misterioso que multiplicándose de la manera mas portentosa á pesar de su unidad, al modo que en las manos del Salvador se multiplicaron los panes con que sació el hambre de las turbas que le seguian en las riberas del mar de Galilea, revistese de todas las formas, adopta todos los sabores, se acomoda á todos los gustos, satisface todas las necesidades, llena todas las exigencias, y obra milagros de gracia y salvacion, é ilustra los entendimientos, y rectifica los corazones, y ennoblece el espíritu, y eleva las ideas, y siembra por donde quiera que pasa los mas preciosos y fecundos gérmenes de civilizacion y de ventura. Asi es como la palabra divina ha marchado á través de diez y ocho siglos semejante á un sol cuyos brillantes rayos han derramado la mas pura luz sobre un mundo cubierto de las espesas tinieblas de la ignorancia y del error, y fecundizado una tierra que no producía mas que pasiones y crímenes vergonzosos; y de esta manera ha llegado á nosotros bella con todas sus victorias, gloriosa con todos sus triunfos, sin perder nada

de su ascendiente, siempre poderosa, y renovando donde quiera los mismos prodigios en medio de los pueblos modernos.

Y en efecto, ¿qué era hace un siglo la Europa entera y en particular esa nación que parece destinada por la Providencia á marchar siempre al frente de los grandes acontecimientos y de los grandes errores? Vosotros lo sabeis, A. M., vosotros no ignorais que todo en ella ofrecia el repugnante aspecto de un cadáver sin respiracion, sin vida. Hubiérase podido compararla á aquel gran campo de muerte que vió un dia el profeta Ezequiel, y nadie hubiera creido que aquellos huesos descarnados y frios hubiesen podido reanimarse y vivir. Pero la voz del Omnipotente se dejó oír en medio de ese vasto sepulcro: «Levantaos huesos áridos, dijo, y escuchad la palabra del Señor.» Venid á colocaros bajo la accion de ese poder que desconocéis, y vereis las maravillas que obra en vosotros. Los pueblos comprendieron en efecto la eficacia de esta palabra, corrieron en masa á agruparse en torno de los altares, inundaron los templos, rodearon los púlpitos..... ¿Y qué sucedió? Lo mismo que allá en las llanuras de Senaar. Una vez puestos los hombres y las sociedades bajo la influencia de esa palabra regeneradora, el Señor introdujo allí su aliento, reanimó el espíritu religioso apagado ya por las doctrinas de muerte que inoculára en todas las inteligencias la incredulidad filosófica, y viéronse despertar como de un profundo sueño masas envilecidas en el ateismo y en la impiedad, engrandecer á Dios pueblos enteros sepultados en el abismo del crimen bajo el peso de la maldicion del cielo, y operarse en todas partes una especie de resurreccion universal de la indiferencia religiosa al entusiasmo por las verdades católicas, del menosprecio de las prácticas del culto á la magnificencia de las santas solemnidades, de los principios del racionalismo á las sublimes máximas del Evangelio, de las doctrinas revolucionarias y demagógicas de la filosofia á las puras y santas enseñanzas de la cruz. Ved ahí, C. O., un toscó y ligero bosquejo de las grandezas de la palabra divina. ¿Qué cosa hay que pueda compararse á ella? ¿Acaso la palabra humana es capaz de obrar semejantes prodigios? No negaré su poderosa influencia, su mágico ascendiente sobre el hombre, en casos y circunstancias especiales,

puesto que ella admira, encanta, persuade y lleva el convencimiento al fondo del corazón. Grande es por cierto en los labios de un tribuno que hablando con fuego y energía á un pueblo sublevado, arranca de sus manos el acero homicida, calma la discordia y hace suceder la tranquilidad á la mas espantosa agitacion. Grande en los labios del letrado que manejándola con oportunidad y maestría consigue libertar al desgraciado de las manos de la injusticia y de la mas odiosa venganza. Grande en los labios del guerrero que en los momentos decisivos de una accion comprometida sabe comunicar á sus soldados una chispa del fuego pátrio que arde en su pecho, y les convierte en otros tantos héroes que hacen prodigios inesperados de valor. Grande..... Pero sea como quiera, la palabra del hombre está circunscrita al tiempo, y tiene ciertos límites que jamás podrá traspasar, en vez de que la palabra divina es de todos los tiempos y de todos los lugares, pertenece á todas las épocas y á todos los hombres, y en su universalidad abraza todo el espacio, atraviesa todas las distancias, salva los siglos y llega hasta la eternidad.

¶ Pero yo apelo á vosotros mismos, C. O., en esta cuestion. Decidme: ¿no reconocéis otras necesidades en el fondo de vuestra alma mas que las de la palabra humana? ¡Ah! profundizad bien en el seno de vuestro corazón y llegareis á ese abismo sin fondo en donde bullen sin cesar ideas infinitas, deseos inmensos, pensamientos y aspiraciones inmensurables. ¡Y bien! ¿No experimentais la impotencia de la palabra humana para calmar esa agitacion que os devora, y el gran vacío que deja en vuestro corazón á pesar de toda su elocuencia y de toda su energía? ¿No sentís la necesidad apremiante de una palabra que sea capaz de llenar ese abismo, de responder á esos deseos, de satisfacer esas aspiraciones, de alimentar esas ideas, y realizar esos pensamientos? ¿Y qué otra puede ser esta palabra sino la de aquel que un dia sobre la cima de un monte supo hacer que cinco panes de cebada y dos peces bastasen y sobrasen para alimentar y dejar saciados á cinco mil hombres? ¡Ah! Venid á colocaros en derredor de Jesus como aquellas turbas hambrientas, y su palabra obrará un prodigio idéntico en vuestras almas. Ella bastará por sí sola para responder á todos vuestros deseos,

para satisfacer todos vuestros instintos, y llenar todas vuestras necesidades. Bajo su poderoso influjo os sentireis renacer todos los días, toda vez que comprendais que os hallais en relacion con vuestro centro, con vuestra vida y con vuestro fin supremo. La palabra divina parte de la eternidad, y nos conduce á ella; brota del seno del Padre, y nos eleva á ese sublime origen de donde emana. Ved ahí nuestro elemento, nuestra necesidad, y nuestro gran deseo. Por otra parte, la palabra humana no tiene un poder propio suyo, sino que su fuerza depende casi siempre de las bellezas del arte y de los recursos de la elocuencia. La palabra divina por el contrario es soberanamente independiente y tiene una omnipotencia propia que nada es bastante á arrancarla. ¡Cuántos medios se han adoptado, cuántos elementos se han puesto en juego para privarla de su influencia! Y sin embargo, ni el encono, ni el furor, ni la tiranía, ni las persecuciones, ni la sangre, ni las pasiones todas del hombre conjuradas contra ella han podido lograrlo. Diez y ocho siglos hace que por primera vez el poder humano pretendió encadenar esa palabra en la persona de los apóstoles, mandándoles que no volviesen á hablar de Jesus de Nazareth (1). Muchos otros poderes han intentado lo mismo en ese largo transcurso del tiempo, y al efecto emplearon cuanto es capaz de inventar el génio asociado á la crueldad contra sus indefensos ministros. Pero, ¡vanos proyectos! la palabra de Dios no puede ser aprisionada; entre los hierros que pesan sobre los heraldos del Evangelio se manifiesta siempre libre, y sale del fondo de los calabozos en que gimen las víctimas, para ir á llevar á los corazones de sus tiranos junto con la luz de la verdad los inmensos beneficios de la cristiana civilizacion. Ved ahí la libertad evangélica en toda su grandeza, ved lo que jamás conseguirán arrancarnos los hombres.

Sin embargo, A. O., una sola dependencia reconoce la palabra divina, y esta consiste en las disposiciones con que venís á escucharla. Permitidme que os diga dos palabras acerca de este punto interesante. No basta que conozcais sus grandezas y los prodigios que viene obrando en sus relaciones con la humanidad: preciso es

(1) Act. Apost. IV. 18.

que conozcais también lo que debéis hacer para que no sea estéril é infecunda en vuestras almas. Yo reduciré á una sola todas las disposiciones que exige, puesto que todas están reasumidas en ella. Solo os diré, pues, que debéis escucharla no como la palabra del hombre, sino como la palabra de Dios. Y ved aquí la fé figurando como principal y único elemento de todos esos prodigios que venis admirando en el mundo. Si las turbas que seguían á Jesus no hubiesen creído que su palabra era una palabra divina, ¿hubieran corrido á oirla con tanta avidez? ¿Hubiéranse olvidado de sus más apremiantes necesidades por el mero placer de escuchar su doctrina, á no estar íntimamente persuadidos de que el que les hablaba tenía poder suficiente para proveerles de cuanto hubiesen menester, y de que aquella palabra celestial era por sí sola bastante para alimentarles mucho mejor que el nutrimento corpóreo? Sin duda era así, y de lo contrario no creo que el Salvador hubiese desarrollado en favor de aquella multitud hambrienta los tesoros de su omnipotencia, si por una mera curiosidad ó con intenciones menos rectas hubieren ido á recibir sus enseñanzas. Pues ved, A. M., un simil de lo que debéis hacer cuando venís al templo á oír la palabra divina. Rodead al sagrado ministro con la misma fé, con el mismo deseo de instruiros, que aquellas gentes que rodeaban al Salvador. No mireis en el que os anuncia las verdades eternas á un simple mortal como vosotros; consideradle como un embajador de Jesucristo investido de todos sus poderes, enviado á llenar cerca de vosotros la sublime mision que él vino á llenar en la tierra (1), y que por consiguiente no es él quien habla, sino aquel que le confió mision tan importante. Tened asimismo presente que, como dice San Agustín, nuestras manos están llenas de bendiciones celestiales, y que traemos en nuestros labios al mismo Jesucristo, no menos en la sagrada cátedra cuando os anunciamos su doctrina, que cuando sobre el altar celebramos el incruento sacrificio: así que igual veneracion debéis á la palabra de Dios que al cuerpo sacratísimo del divino Salvador (2). Entonces se obrarán en favor vuestro los prodigios de la gracia: la palabra divina recibida

(1) Pro Christo legatione fungimur. (II. Cor. V. 20.)

(2) Non minus adest Verbum Dei quam Corpus Christi. (August.)

con fe hará brotar en vuestros corazones frutos abundantísimos de vida eterna, se multiplicará en proporción de vuestras necesidades como los panes en las manos de Jesús, y satisfará cumplidamente vuestros deseos. Si hambrientos de verdad llegais á oirla, ella alimentará vuestros buenos deseos; si débiles, os fortalecerá para caminar seguros por las asperezas del mundo; si agitados por el cansancio de los mentirosos goces de la tierra, calmará vuestras inquietudes y os hará gustar las nuevas delicias de la virtud. En cualquiera situacion que os encontréis ella responderá á vuestras legítimas aspiraciones, y hallareis en ella el medio de soportar todos los reveses y miserias de la vida, de hacer frente á los infortunios, de vencer las pasiones, de triunfar de los vicios, y un alimento sólido que os sustentará durante vuestro viaje hácia la eternidad.

Mas si por el contrario escuchais la palabra de Dios cual si fuese la palabra del hombre, entonces, siquiera tuviésemos los ardientes acentos de Ezequiel ó la elocuencia persuasiva de Pablo, diré mas, aun cuando fuésemos Jesucristo en persona, esa palabra sería estéril y de todo punto infecunda; y doblemente crueles, nos privaríais á nosotros de la satisfaccion de salvar vuestras almas, única sed que nos atormenta, y os privaríais á vosotros mismos de ese elemento, único é infalible de vida intelectual y social de que el Señor os proveyó en su infinita misericordia. Y no solamente os quedareis hambrientos siempre y con el mismo vacío que antes sentíais en vuestro corazon, sin encontrar nada con que llenarle, sino que acaso en justo castigo de vuestra indiferencia, en vez de experimentar los prodigios de la bondad divina como las turbas del Evangelio, experimentaríais los enojos de la cólera celestial. No intentaré alligiros con espresiones terribles: pero tened presente que la palabra de Dios jamás vuelve sin efecto al punto de donde descendiera. Si ha sido acogida con las debidas disposiciones, las gracias y bendiciones del cielo siguen inmediatamente á esa palabra salvadora; mas si no ha sido recibida dignamente, entonces las gracias se cambian en esas flechas terribles de maldicion y de furor de que habla el profeta (1).

No permita el Señor que tal suceda respecto de vosotros, M. A. O.

(1) Psalm. XLIV. et alibi.

Convencidos de la prodigiosa influencia de la palabra divina en sus relaciones con la humanidad, sabed admirarla, y apreciarla en lo que vale, y á imitacion de las turbas del presente Evangelio corred á escucharla con avidez seguros de hallar en ella ese alimento misterioso que acomodándose á todas las necesidades, é igualmente eficaz en todos tiempos y circunstancias, sostiene la vida de los hombres y de los pueblos, multiplicando los elementos de dicha y bienestar, y obrando donde quiera prodigios admirables de toda especie. Persuadidos asimismo de que esa palabra no es del hombre sino de Dios, escucharla con una fé firme é inalterable, diciendo como el profeta de Silo: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha (1); » y entonces por arraigados que esteis en el vicio, por devorador que sea el fuego de vuestras pasiones, esa palabra omnipotente no será infecunda en vuestras almas, pues ella es bastante poderosa para despedazar los cedros del Libano, y para cortar el furor de las mas voraces llamas, segun la alegoría del salmista (2). Ella, en fin, estrayéndoos del tumulto de los negocios mundanales os conducirá á la soledad de vuestro corazon como á las turbas de la Judea, y allí os saciará de ese pan de vida eterna que robusteciendo en vuestras almas el vigor de las virtudes, os hará caminar con presteza hácia la mansion de la gloria en donde el Señor es el alimento, la vida y la felicidad de los justos por los siglos de los siglos.

(1) I. Reg. III. 9.

(2) Psalm. XXVIII.

DISCURSO

PARA EL LUNES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

LA AVARICIA AHOGA INSENSIBLEMENTE TODO SENTIMIENTO DE
HUMANIDAD Y DE RELIGION.

Cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo, oves quoque, et boves, et nummulariorum effudit aēs, et mensas subvertit. Et his, qui columbas vendebant, dixit: auferte ista hinc, et nolite facere domum Patris mei domum negotiationis.

Habiendo formado con cuerdas una especie de azote, echó á todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y hasta á los que vendian palomas les dijo: Quitad eso de aqui, y no querais hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico.

JOAN. II. 15. 16.

HAY ciertos rasgos en la vida de Jesucristo, que apenas puede uno darse cuenta de ellos, por mas que con ojo observador trate de investigar las causas que le movieron á obrar de un modo tan desusado, y casi digéramos tan escéntrico, atendido el carácter de bondad, mansedumbre y tolerancia que brilló en su adorable persona. Ya en otra ocasion os manifesté esto mismo (1), y hoy que por segunda vez nos representa el sagrado Evangelio al divino Salvador armado de todo el rigor de su celo contra los traficantes del templo de Jerusalem, no puedo menos de llamar nuevamente vuestra atencion hácia un acto de severidad que solo puede explicarse re-

(1) Véase el discurso para el martes despues de la Dominica I de Cuaresma, pág. 55.

montándose á consideraciones superiores á lo que está al alcance de nuestros débiles sentidos. Reproduzcamos ante todo el sagrado texto.

«*Estaba cerca la Pascua de los judios (dice el evangelista San Juan) y Jesus subió á Jerusalem, y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas una especie de azote, los echó á todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y á los que vendian palomas les dijo: Quitad eso de ahí, y no querais hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico.*»

Y bien, A. O. M., ¿qué había de particular á la simple vista en la conducta de aquellos hombres, para que así escitase el enojo y la venganza pública de Jesucristo, que en tantas otras ocasiones habia tolerado las injurias, los denuestos y las calumnias mas atroces, sin desmentir en lo mas leve su inalterable mansedumbre? ¿No ejercian aquel tráfico con autorizacion de los mismos ministros del santuario? ¿No eran objetos destinados á los sacrificios los que allí se vendian? ¿No era para facilitar la compra de estos mismos objetos para lo que se habian establecido los cambiantes en aquel lugar? ¿Cómo es pues que unas cosas que en la apariencia al menos eran favorables al mismo culto divino, y como tales estaban marcadas con el sello de la legalidad, las considera Jesucristo como una profanacion de la casa de su Padre celestial, y profanacion tan horrible que encendiendo todo su celo; arma sus manos del azote, y le conduce hasta el punto de derribarlo todo por tierra y lanzar ignominiosamente del lugar santo á los que se dedicaban á aquel comercio? Cierto que mirado esto con los ojos materiales, no parece, dice San Agustin, que fuese un gran delito el vender en el templo lo que al templo se destinaba; y sin embargo, no solamente no lo permite, sino que arroja de allí á los vendedores, indignado de que aquel lugar de oracion se convirtiese en lugar de tráfico (1). Pero el hombre solo vé

(1) Non ergo magnum peccatum, si hoc vendebant in templo, quod emebatur ut offerretur in templo: et tamen ejecit inde illos... et non est passus domum orationis fieri domum negotiationis. (Tract. 140 in Joan.)

lo que pasa en lo exterior, en vez de que Dios penetra hasta el fondo del corazón (1). Jesucristo pues veía en aquello que aparentemente no se oponía á la honra del Señor y al respeto debido á su templo, un desacato que hería profundamente su celo. Veía, dice el citado doctor, unos hombres que solo acudían allí á buscar su propio interés so pretexto de una venta permitida por la ley ó por la costumbre (2). Veía, añade San Gerónimo, la sórdida avaricia de los sacerdotes y ministros del culto, que no habían introducido semejante abuso sino para lucrarse con los productos de unas ganancias injustas (3). Avaricia tan criminal é injuriosa al Señor que Jesucristo no puede menos de reprochársela á sus autores como un tráfico indigno, como un robo sacrilego, segun se espresó en otra ocasión idéntica (4). Y esto no solamente por los latrocinios é infamias de toda especie á que daba lugar aquel comercio, sino tambien porque corrompiendo el corazón de los sacerdotes que tomaban parte en él les apartaba de Dios, entibiando en ellos el espíritu religioso, y haciéndoles menos aptos para las augustas funciones de su ministerio. Tan cierto es que nada hay que inficione tanto el corazón humano, nada que mas le degrade y envilezca, nada que mas le aleje de su Dios, como la avaricia, vicio funestísimo que San Pablo caracterizó perfectamente llamándole esclavitud de los ídolos (5). ¿Y por qué? Lo diré en dos palabras: «porque la avaricia ahoga insensiblemente en el hombre todo sentimiento de humanidad y de religion.» Hed aquí formulado mi pensamiento y el asunto del presente discurso. Ayudadme á implorar los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

(1) I. Reg. XVI. 7.

(2) Et ejecit inde Dominus omnes qui sua quærebant. (D. Aug. loc. cit.)

(3) D. Hyer, in cap. XXI. Matthæi.

(4) Matth. XXI. 15.

(5) Colos. III. 5.

PRIMERA REFLEXION.

Es una verdad indisputable que todos los bienes que el universo encierra fueron criados por Dios para el uso comun del hombre. A todos indistintamente nos dió la naturaleza idénticos derechos á las producciones de esa madre universal, sin mostrarse menos parcial ni menos justa con el hijo del monarca que con el hijo del esclavo. Hasta los mismos animales del campo y las aves que hieden el aire, tienen su parte en esos bienes como nosotros, y nada han perdido de ese derecho primitivo que les dió el Criador á usar de todo aquello que han menester para cubrir sus respectivas necesidades. Sola la avaricia del hombre fué capaz de turbar este órden natural. Ella es, dice San Ambrosio, la que fundándose en temores imaginarios y en previsiones irrazonables se dió á sí misma un derecho especial sobre los fondos destinados á la subsistencia pública; ella la que dió lugar á esas leyes restrictivas inventadas para poner coto á la desenfrenada codicia mediante la division de bienes (1); ella la que produciendo la opulencia produjo á la vez la indigencia; ella en fin la que bajo las apariencias seductoras del interés privado, nos hizo perder la inapreciable ventaja de la posesion comun que ahora es únicamente privativa de los irracionales (2).

No es de estrañar, A. O., que la avaricia sea comparada en los sagrados libros á la rapacidad del lobo. Si examinamos bien este punto, veremos que la comparacion lejos de ser exagerada, es por el contrario demasiado débil; puesto que el lobo por lo comun no lleva su voracidad mas allá de sus necesidades, en vez de que el avaro insaciable siempre no pone limites á su sed de poseer, sed

(1) Avaritia jura distribuit. (S. Ambros. in Ps. 118. Serm. 8. n. 22.)

(2) Causa inopiæ avaritia... Communia amisimus dum propria vindicamus. (Id. in Luc. 4. 7. n. 124.)

funesta que ahoga insensiblemente en él todos los sentimientos de humanidad que la naturaleza inspira al hombre, haciéndole á la vez injusto y desapiadado con sus semejantes. ¿Y quién no vé desde luego un gérmen secreto de injusticia en el mero deseo de poseer mas de lo que cada uno necesita para su subsistencia? ¿Puede acaso realizar esto el avaro sin acumular en sus propias manos lo que otros poseen, formando de los despojos ajenos la fortuna á que aspira, y aumentando en provecho suyo la odiosa desigualdad de las riquezas; tema eterno del descontento y de las quejas de las clases menesterosas? No: jamás una nueva fortuna se formó de la nada, ni es posible improvisar esos caudales escandalosos que llaman la atención del siglo sino á costa de la ruina de innumerables familias, reducidas á la escasez ó tal vez á la mendicidad víctimas de los torpes manejos de la codicia. Dígase lo que se quiera respecto de la legitimidad de los medios con que se han adquirido ciertos capitales de dudosa procedencia: por mas que el egoismo enmascarado con el antifaz de la justicia pretenda ostentar una rectitud á toda prueba y una probidad intachable, de ningun modo podremos persuadirnos que esas riquezas hayan podido adquirirse sin gran perjuicio de otras personas que necesariamente deben haber quedado privadas de ellas. Tantos hombres que ayer veíamos confundidos con el vulgo y que hoy vemos figurar entre la opulenta aristocracia; tantos que poco há apenas poseían lo necesario para vivir con la mayor economía, y que al presente deslumbran con sus escandalosas superfluidades; tantos que no hace muchos años andaban á pié, comían frugalmente, vivían con estrechez, vestían menos que con decencia, y ahora les vemos desarrollar un lujo asiático en ricos vestidos, en opiparos banquetes, en costosos muebles, en trenes elegantes, insultando con orgulloso desden á los que en otro tiempo les conocieron en la mayor miseria; ¿se habrán elevado á esa altura sin haber causado estorsion alguna á otras personas, sin haber menoscabado los derechos de la justicia, por las vias legales y ordinarias? Mucho lo dudamos, y casi nos atreveremos desde luego á decir que es imposible. Pero aun suponiendo por un momento que así fuese, y salvando la legitimidad de los medios, el hecho en sí mismo, ¿no arguye una codicia injustificable?

Todos esos bienes que se hallan acumulados en las manos de unos pocos, y que solo sirven para satisfacer las caprichosas exigencias de la voluptuosidad ó de la molicie, repartidos en mil manos diferentes, calmarian los gritos de la indignancia, harian felices á muchas familias, y proporcionarian medios de subsistencia á tantos desgraciados que carecen del necesario sustento para alimentarse. Por consiguiente, aun en la hipótesis de que esa acumulacion de riqueza no tuviese por origen la injusticia, lo cual es muy difícil creer, siempre seria cierto, dice San Ambrosio, que semejantes bienes distribuidos del modo indicado formarian lo necesario de las clases pobres, en vez de que asi solo forman lo supérfluo de las clases privilegiadas: en lo cual, de cualquier modo que se considere, resalta siempre un principio de injusticia y de inhumanidad (1).

Mas, ¿qué necesidad tenemos de estas consideraciones, cuando los hechos hablan un lenguaje mucho mas elocuente y persuasivo que todas las teorías? Observad esos millones de desgraciados que vagan por la peninsula ofreciendo á los ojos el repugnante aspecto de la mas espantosa desnudez. Muchos de ellos hace algunos años tenian hogar donde vivir, vestidos con que cubrirse, tierras que cultivar y que recompensaban sus sudores con un pedazo de pan que llevar á su boca y dar á sus hijos. ¿Qué se ha hecho pues de aquellos bienes que formaban el pequeño capital, la subsistencia de tantos seres infortunados? ¿Han vuelto por ventura á la nada de donde salieron? No: ellos han pasado por los resortes de la fortuna, ó mejor dicho por el alambique del vejámen, de la extorsion, de la infamia ó de la industria, y convirtiéndose en equipajes, en dorados muebles, en telas preciosas y ricos diamantes con que embellecer las manos ó adornar las soberbias viviendas de unos pocos enriquecidos á costa de la miseria de aquellos, responde oportunamente Salviano (2). La avaricia que todo lo explota, que donde quiera busca víctimas que sacrificar á su insaciable sed de oro y de riquezas, ha sabido espe-

(1) Dum augere opes cupimus, justitiæ formam exuimus, beneficentiam communem amisimus (De offic. minist. cap. 28.)

(2) Ut pauci illustrentur, mundus evertitur: unius honor orbis excidium est (Salv. de Gubern. 4. 4.)

cular hasta con la pobreza misma; y á trueque de poder satisfacer vergonzosas superfluidades, no ha dejado á una gran parte de la humanidad mas que lágrimas en los ojos para llorar su desgracia y ódio en el corazon para detestar y maldecir á sus inhumanos opresores. ¡Y de qué injusticias no es capaz un alma avara! Donde quiera que el atractivo del luero llama su atencion, allí corre al momento á manera de fiera que se lanza sobre su presa. No hay respeto humano, ni razon, ni ley, ni temor alguno capaz de contener al codicioso en sus planes de enriquecerse. Los obstáculos que halla á su paso no hacen sino irritar mas su sed devoradora. El oro, cualquiera que sea, sagrado ó profano, es lo único que vé, lo único que desea, lo único que puede llenar su corazon corrompido por el sórdido interés. Si como otro Acab no consigue apoderarse al momento de la viña de Naboth, si tan luego como forma sus planes no le dan el resultado apetecido, no por eso desistirá de su empresa. En medio de su irresolucion no le faltará, dice San Ambrosio, una nueva Jezabel, que le aconseje: su propia avaricia le alentará á despreciar toda clase de remordimientos; y acto continuo la mentira, la calumnia, la usura, la concusion, el pillaje y mil otros medios que en semejantes ocasiones sabe emplear la injusticia para sobreponerse á las leyes divinas y humanas, le facilitarán el camino para llegar á poseer de una manera ó de otra lo que legitimamente le seria imposible lograr (4). Digánlo sino esos hombres que ante el interés privado no titubean en sacrificar todos los dias el bien comun, porque siendo el individualismo su única divinidad, el único fundamento y base exclusiva de todo derecho y de todo deber, no vén en el mundo mas que un hombre, es decir, ellos mismos, su propia personalidad, en quien desearian poder acumular todos los tesoros de la creacion, todos los goces y todas las riquezas del universo, siquiera para realizar tan insensatos deseos, hubieran de saltar sobre los cadáveres de la humanidad entera y reinar únicamente sobre sus ruinas.

(1) *¿Vis mensuram considerare justitiæ; ut alienum non eripias? Ego habeo mea jura, habeo meas leges; calumniabor ut spoliem* (D. Ambr. L. 4. de Naboth. c. 9.)

Y no se crea que exageramos esta pintura. El avaro, sordo á los gritos de la justicia, no se manifiesta menos inaccesible á los afectos de la piedad, de la compasion y de la caridad. En proporcion que se enriquece adquiere mayor dureza su alma metalizada; ni siquiera siente vibrar en ella los movimientos tan naturales de la carne y de la sangre. Los nombres de padre, madre, hermano, hijo, pariente ó amigo le son completamente indiferentes; desconoce los de la viudez y horfandad; solo hay para él un nombre que le entusiasma, el de rico, este es el único que absorbe y se traga digámoslo así todos los demás, porque es al que esclusivamente aspira en este mundo (1).

Lamentábase amargamente el Santo doctor varias veces citado, de ver en su tiempo muchos padres obligados á vender sus propios hijos por pagar las deudas que habian contraido, y acreedores inhumanos que llegaban hasta el estremo de demandar á los cadáveres al borde de la sepultura. ¡Oh! ¿Acaso es nuestro siglo menos bárbaro é inhumano en este punto? Sí es cierto que los padres y las madres no se ven reducidos á vender como entonces á los que dieran el sér, porque una legislacion mas culta prohíbe semejante tráfico, ¿no lo es tambien que una gran parte tienen que entregarlos desde que nacen al yugo de la mendicidad incomparablemente mas cruel que el de la esclavitud, mientras que ellos mismos, errantes por países estraños, lejos de su patria y de su hogar, buscan el medio de disminuir su necesidad á riesgo de no encontrar sino un acrecentamiento de miseria? ¿Y á quién no afecta el espectáculo que ofrecen á la vista tantos pueblos casi desiertos, tantos campos abandonados, tantas familias que emigran por no tener recursos con que vivir, tantos maridos desgraciados, y tantas esposas que con sus pequeños desnudos de la mano ó pendientes de su seno, se estacionan en los caminos implorando la caridad pública? Búsquese pues el origen de tamañas desgracias, y se hallará que la avaricia de los ricos es la que ha despojado á esos pobres por el loco furor de enriquecerse mas. Ella es la que adoptando todas las formas posibles y so-

(1) Soli sibi partus terrarum vindicat dives. (Id. Ibid.)

pretexto á veces de proporcionar recursos á la humanidad desvalida, ha hecho tantas víctimas cuantas son las personas con cuya credulidad ha calculado. Ella es la que mediante esos empréstitos usurarios altamente escandalosos que tan en boga están en nuestro siglo, absorbe el sudor del labriego, se apropia el mezquino jornal del artesano, aumenta las lágrimas de la viuda sin disminuir sus privaciones, lleva la desesperacion al corazón del honrado padre de familias, y siembra por todas partes la desolacion y la miseria. Cáncer funesto de la sociedad moderna, la avaricia ha invadido todas las clases, se ha introducido en los palacios de los reyes lo mismo que en la humilde cabaña del rústico, todo lo ha corrompido, todo lo ha inficionado, todo lo ha marchitado con su venenoso aliento, y llanto, y hambre, y desnudez, y horror, y huellas de sangre es lo único que ha dejado en pos de sí do quiera que ha fijado su inmundada planta. Y ella que injusta en los medios de adquirir riquezas á tantos ha empobrecido, á tantos ha arruinado, y á tantos ha sumergido en la indigencia con sus concusiones é infamias, doblemente injusta y por demás inhumana, ni siquiera tiene una lágrima para compadecer tanta desgracia, ni una palabra para calmar al menos el dolor de sus víctimas, ya que no un bálsamo para cerrar las profundas heridas que abrieron en sus corazones; antes por el contrario, las desprecia con altivez, las insulta con irónica sonrisa, y mientras ellas levantan sus gritos al cielo para maldecir á los autores de su infortunio, y sus manos para pedir venganza, estos gozando de los placeres que les proporcionan sus riquezas, frutos de la sangre y de la miseria de tantos infelices, continúan formando en su imaginacion nuevos planes de adquisicion, nuevos proyectos de iniquidad, y nuevos medios de empobrecer á otras familias para acrecentar sus caudales y llenar sus arcas de ese metal precioso con el que está identificado su corazón. Así es, A. M., como la avaricia endureciendo al hombre hasta el exceso, ahoga insensiblemente en él todo sentimiento de humanidad. Mas no es esto solo, sino que tambien le hace perder todo sentimiento religioso, como os lo voy á manifestar en mi

SEGUNDA REFLEXION.

Jesucristo ha dicho que nadie puede servir á un mismo tiempo á Dios y al dinero (1), porque donde el hombre tiene su tesoro allí es donde tiene su corazón (2). De aquí el asegurar San Pablo que el deseo de las riquezas es el lazo con que el demonio nos enreda para precipitarnos en el abismo del error y de la incredulidad (3). Y al decir esto no hizo sino repetir lo que la misma razón natural inspiró á un sábio del paganismo cuando aseguraba que la avaricia habia enseñado á los romanos á ser orgullosos, crueles é irreligiosos (4). Y en efecto, ella mas que ninguna otra pasion destruye en nuestro espíritu todo lo que la religion nos enseña respecto de la divinidad, á la par que apoya y fomenta cuanto la impiedad nos sugiere contra ella.

Servir y honrar á Dios como á soberano, amarle como á padre y bienhechor, temerle como á juez y vengador del crimen, hed ahí los principales deberes que la religion prescribe al hombre, y á los que de una manera directa se opone la avaricia. Porque sobre no ser posible, segun el divino oráculo, asociar á la vez las tinieblas con la luz, maridar á Cristo con Belial, y quemar incienso á un mismo tiempo al Dios de la pobreza y al idolo del oro, hay en el avaro una predisposicion marcada á menospreciar todas las leyes divinas, á desentenderse de los mas sagrados deberes de la religion, y á quebrantar todos sus preceptos á trueque de adquirir esos bienes mundanales, esas riquezas deslumbradoras en cuya posesion funda toda su dicha y su única felicidad. El demonio de la avaricia, alucinando

(1) Luc. XVI. 13.

(2) Matth. VI. 21.

(3) I. Timot. VI. 9.

(4) Avaritia superbiam, crudelitatem, negligere Deos edocuit. (Salust. in Catil.)

al ciego mortal con el brillo del oro que presenta á sus ojos, se hace adorar y obedecer mas fácilmente en los crímenes que aconseja, que Dios en las virtudes y deberes que prescribe. Observad sino al rico codicioso en todos sus pasos, y le vereis de día formando cálculos para acrecer sus bienes, estudiando de noche los medios de hacer producir su capital, soñando en su lecho con el oro que encierra en sus arcas, desvelarse con la idea de que una mano atrevida pueda arrebatárselo, y no pensar ni hablar de otra cosa á todas horas sino de hacer negocios lucrativos, de emplear su capital con positivas ventajas. Ese es su único objeto, su idea favorita, su ocupación esclusiva, el fin y término de todas sus aspiraciones. Fuera de ese círculo nada le interesa, todo le es indiferente y enojoso, porque el oro constituye su elemento, en él vive, en él respira, en él halla sus goces, sus placeres, sus esperanzas, su presente y su porvenir. Y ved ahí esa esclavitud ignominiosa, esa servidumbre de que habla San Pablo que tiene al avaro vilmente subyugado al ídolo de las riquezas. ¿Cómo pues este idólatra del oro podrá elevar sus pensamientos al cielo y adorar á Dios como á su único soberano, adherido como está su espíritu y su corazón á los bienes de la tierra, y esclavizado al demonio de la avaricia que ocupa todas sus ideas y le absorbe todo el tiempo que debiera consagrar al servicio de su Criador?

Mucho menos es posible que el avaro se una á Dios por amor como á Padre. Este nombre en sus labios seria mas que una amarga ironía, seria una horrible blasfemia. ¿Cómo osaría pronunciarle sin estremecimiento el que no conoce en el mundo mas afecciones que las del interés, ni mira á los demás hombres sino como víctimas de su insaciable codicia, pronto á sacrificar ante sus aras como otro Abimelech, no ya solo á los hijos de su misma madre, sino á la humanidad entera si le fuera dable, á trueque de apropiarse todas sus riquezas? ¿Cómo se atreveria á presentarse delante de ese Padre comun, manchado con la sangre de sus hermanos y engruesado con sus despojos? ¿Ni cómo podria amar á quien continuamente le reprocha sus maldades, su inhumanidad, su injusticia y sus concusiones para con aquellos que él crió á su imágen y semejanza, dándoles iguales de

rechos que á él á la posesion de sus bienes? Mas no, el avaro es incapaz de amar cosa alguna fuera del oro y los placeres que éste le proporciona: y como quiera que el corazón humano se transforma en lo que ama, y toma sus cualidades buenas ó malas, resulta que una vez entregado á los escesos de la codicia, se metaliza como el oro que idolatra, y se hace como él inflexible é impenetrable á todos los sentimientos tiernos y generosos. Y careciendo de estos para con sus semejantes, ¿podria tenerlos para con Dios? ¡Jamás! Es un Caín que no piensa mas que en huir del rostro de su Señor, á quien únicamente mira como un juez irritado y un vengador implacable: y si alguna vez se resuelve á pensar en él, no es sino para ahogar todo remordimiento y todo temor, bien asi como ha lanzado todo sentimiento de amor y de respeto.

Convencido en efecto de la oposicion de sus costumbres con las leyes divinas, preciso es que reconozca y sienta que si hay un Dios autor de esas mismas leyes y vengador de los crímenes á ellas opuestos, necesariamente se halla bajo la accion de la justicia divina, y es objeto de sus venganzas; y en este caso solo le quedan dos vias: ó bien adoptar el partido de la desesperacion, y decir: «estoy condenado;» ó lanzarse en el ateismo y esclamar con los impios: «No hay Dios.» Ahora bien, ¿quién duda que un avaro, un concusionario, un usurero, acostumbrado á tomar su propio interés por principio y término de todos sus raciocinios, prefiera negar la existencia de un Dios vengador antes que confesarse sometido á los efectos de su cólera? Y tanto mas dispuesto se halla á desembarazarse de esta idea de Dios para él tan enojosa é incómoda, cuanto que la avaricia, cegando su inteligencia á las luces de la religion, le presenta como probable y casi evidente todo cuanto la impiedad le sugiere contra ella.

El avaro se reconoce culpable, y sin embargo, se cree feliz. Vé los pobres oprimidos, los justos despojados de sus bienes, el cielo sordo á sus gemidos, la fortuna convertida en patrimonio casi esclusivo de la violencia, la prosperidad siendo el premio de la injusticia y del crimen. Vé el oro reinar donde quiera, vencerlo todo, esclavizarlo todo, disponer del crédito y de la nobleza, proporcionar

honra y autoridad, hacer enmudecer las leyes, intimidar á la razon, corromper la religion. Vé, en fin, el mundo entero entregado al pillaje del mas fuerte, la virtud empobrecida, la iniquidad victoriosa, el crimen nadando en la abundancia... Y á vista de estos desórdenes y de tanta impunidad, ¿qué idea podrá formarse el avaro de la providencia, de la justicia y de la sabiduria de Dios? ¿Hasta dónde no llevará su incredulidad él, cómplice en todos esos delitos, cuando los hombres mas virtuosos y hasta los mismos profetas llegaron un dia á vacilar en sus creencias en presencia de ese trastorno tan incomprendible y monstruoso? Siempre culpable y siempre impune, ¿no es lo mas natural que se persuada que no hay un juez vengador de la iniquidad, ni por consiguiente un Dios cuyo ojo mire desde el cielo lo que se pasa en la tierra? Tal era en sentir de San Ambrosio la persuasion del rico avariento del Evangelio en la embriaguez de su fortuna (1).

Pero lo mas horrible que hay en esta incredulidad, es que vá siempre en aumento juntamente con la pasion de donde nace. Las demás pasiones en su mayor parte se amortiguan con la edad: sola la avaricia sobrevive á los años, y adquiere mayor incremento á medida que el hombre envejece. Un anciano avaro lo es con mas furor que todos los jóvenes naturalmente pródigos y disipadores. La caducidad enardece en él la sed del oro, y aumenta en proporciones colosales sus desvelos por adquirirle. No le busca por satisfacer unos placeres que ya no tienen para él encantos ni atractivo, ni por contentar unas pasiones que murieron ya en su corazón seco como la hoja del árbol en el otoño; le ama únicamente por lo que es, muéstrase mas hábil que nunca en el arte de la economía y de la estorsion, su conciencia está mas endurecida al remordimiento, y todo él mas inaccesible á los sentimientos de la humanidad y de la religion. ¿Y qué puede esperarse de semejantes hombres sino que mueran como han vivido, esclavos de su avaricia, y llevando hasta el sepulcro la marca de reprobacion que imprimió en sus frentes ese

(1) *Sæcularium rerum abundantia temulentus, putabat quod Deus impiorum scelera non videret.* (De interpel. Job. l. 3. c. 5.)

ídolo infame del oro á quien sirvieron y adoraron? No seré yo, A. O., quien me atreva á penetrar en las ocultas profundidades de la incomprendible justicia de Dios. Yo la adoraré en silencio, temeroso de quedar oprimido bajo el peso enorme de su majestad. Pero cuando me represento á un avaro en su lecho de muerte, cuando veo entrar en su casa al Dios de la misericordia y de la venganza que vá á visitarle por última vez llevado en las manos del sagrado ministro, y observo aquí y allí broncees de extraordinario mérito, pinturas de valor inestimable, espejos preciosos, tapicerías de un trabajo esquisito, y mil otros objetos á cual mas costosos, frutos todos de la injusticia y de la opresion, despojos de centenares de desgraciados que gimen en la indigencia arruinados por la insaciable codicia de aquel corazón empedernido, figúraseme ver la arca del Dios de Israel conducida al templo de Dagon por los filisteos, y cautiva en aquella mansion maldecida delante del ídolo, y no puedo menos de esclamar: ¡Oh templo de vanidad! ¡Cuántos sacrificios vergonzosos se habrán ofrecido aquí á la intemperancia y á la sensualidad! ¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas se habrán derramado en holocausto á la avaricia! Juez eterno, heos ahí cautivo de vuestro mismo esclavo. ¿Dónde está vuestro poder y vuestra severidad? ¿Habrá misericordia, habrá perdon para quien así desconoció todos los derechos del hombre y de Dios? ¿Habrá piedad para quien jamás espermentó el menor sentimiento de compasion hácia sus semejantes, y se gozó en su desgracia, y triunfó á costa de su miseria, y les insultó en su abatimiento? Y al decir esto paréceme oír que las paredes mismas de aquella mansion, y los muebles que la adornan, asociándose al castigo del malvado, gritan en alta voz al cielo: Juicio sin misericordia al que en su vida no hizo misericordia: *Juditium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*. ¡Tan difícil, y casi imposible es segun el Evangelio que pueda haber salvacion para el avaro enriquecido por medios injustos é inhumanos!

Pero dejemos esto, A. M., puesto que no nos cumple á nosotros investigar los designios de Dios, y tratemos únicamente de evitar este peligro, huyendo de esa pasion funesta de la avaricia que como hemos visto ahoga en el hombre todo sentimiento de humani-

dad y de religion. No es de estrañar que Jesucristo la castigase públicamente y con tanto rigor en los traficantes del templo cual hoy nos lo manifiesta el sagrado textó. Y si asi lo hizo entonces respecto de un abuso autorizado por la costumbre, y tratándose de un comercio que se limitaba á facilitar los objetos destinados al culto, ¿cómo podrá tolerar ahora impunemente esos agios de una avaricia que con todo especula, con todo trafica, nada respeta y todo lo mira como objeto de sus profanaciones? ¡Ah! Temblemos que el Señor cansado ya de sufrir tanta iniquidad, nos castigue no ya como á los judíos lanzándonos ignominiosamente de su templo, sino arrojándonos de su presencia, privándonos de sus ausilios, retirándonos sus favores, desposeyéndonos de los bienes celestiales, escluyéndonos de su reino, y haciéndonos sufrir suplicios interminables por toda la eternidad.

DISCURSO

PARA EL MARTES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

LA ENVIDIA ES LA PASION MAS INJUSTA DE CUANTAS ABRIGA EL CORAZON HUMANO, YA SE CONSIDERE EN SÍ MISMA, YA CON RELACION Á LAS PERSONAS Á QUIENES SE DIRIGE, YA EN LOS MEDIOS QUE EMPLEA PARA OFENDER AL OBJETO ENVIDIADO.

Nonne hic est quem quærunt interficere? Et ecce palam loquitur, et nihil ei dicunt.

¿No es este á quien buscaban para darle la muerte? Y sin embargo, él habla públicamente, y no le dicen nada.

JOAN. VII. 25. 26.

¡CUÁN INCOMPRESIBLE es el corazon humano, y cuánta su sagacidad para disimular el verdadero origen de sus pensamientos! Rara vez puede formarse una idea justa de lo que el hombre piensa por sus palabras y acciones, porque bajo las apariencias de un proceder franco y leal oculta con frecuencia las intenciones mas malignas. Al ver los primeros ministros de la religion judáica, los sacerdotes y levitas, los escribas y fariseos, buscar á Jesucristo con avidez, seguirle al templo, escuchar su doctrina, consultarle en los casos de duda ó de difícil interpretacion acerca de las leyes, elogiar su sabiduria y admirar la lucidez con que resolvía las cuestiones mas abstractas, cualquiera hubiera creído que todo esto lo hacian por el interés de la religion, por deseo del bien público, y por un celo bien entendido en favor de sus conciudadanos. Y sin embargo, nada de esto habia, solo una emulacion mezquina, una rivalidad rencorosa, en una pa-

labra, una envidia ardiente y mal disimulada era la que impulsaba todos sus actos. Veíanle ejercer una influencia inmensa sobre las masas del pueblo, gozar de una alta reputacion como santo y como sabio, arrastrar en pos de sí poblaciones enteras que preconizaban públicamente sus virtudes y milagros; y como todo esto juntamente con sus costumbres intachables, y su vida irreprochable, y su popularidad adquirida en fuerza de los beneficios que por do quiera derramaban sus manos, era una censura severa, una condenacion espresa de la hipocresia y demás vicios de aquellos hombres corrompidos é incrédulos, no podian tolerar esta oposicion, y envidiosos de la honra y buen nombre de aquel á quien miraban como un rival enojoso y temible, trataban de sorprenderle con sofismas capciosos para tener un pretesto plausible de desacreditarle, llegando hasta el extremo de atentar sordamente contra su existencia, como se infiere del texto evangélico de este dia.

«*Celebrábase la fiesta, llamada de los Tabernáculos, y como hacia la mitad de ella, subió Jesus al templo, y púsose á enseñar. Y maravillados los judios al oírle, decian: ¿Cómo sabe este las letras sin haber estudiado? Jesus les respondió: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de éste, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mi mismo... ¿Por ventura no os dió Moysés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros la observa? ¿Por qué, pues, intentais matarme? A esto contestó la gente: Estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte? Jesus, empero, prosiguió diciéndoles: Una sola obra he hecho en dia de sábado, y todos lo habeis estrañado; mientras que vosotros no dejais de circuncidar al hombre en semejante dia... ¿Y os habeis de indignar contra mi porque he curado á un hombre en dia de sábado? No juzgueis por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Entonces comenzaron á decir algunos: ¿No es este á quien buscaban para darle la muerte? Y con todo él habla en publico, y nadie le dice nada. ¿Si será que los principes de los sacerdotes habrán sabido de cierto que este es el Cristo? Pero de éste ya sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá su origen. Entre tanto Jesus confi-*

nuaba diciendo en alta voz: Vosotros pensais que me conoceis y sabeis de dónde soy: pero yo no he venido de mi mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conoceis. Yo sí que le conozco, pues que de él tengo el sér, y él es quien me ha enviado. Al oír esto buscaban cómo prenderle: mas nadie se atrevió á echarle la mano, porque aun no era llegada su hora.»

Ved aquí marcado el odioso carácter de la envidia con todas sus circunstancias, y en las varias formas que adopta. Ella no puede disimular el disgusto que la causa el bienestar ajeno, se irrita con las alabanzas que se prodigan á la virtud ó al mérito, indignase de ver á otros disfrutar de ciertas consideraciones por justas que sean, es incapaz de contemplar con sangre fria las deferencias ó elogios tributados al génio; en una palabra, todo lo que ceda en ventaja de otro la disgusta y le es insoportable, los beneficios mismos conviértense para el envidioso en armas ofensivas, y á trueque de vengar lo que reputa como un menoscabo de su propia felicidad, no duda apelar á los medios mas viles é indignos para desconceptuar al objeto de su rivalidad ó para deshacerse de un enemigo tan incómodo. No es de estrañar que San Gregorio Nacianceno mirase la envidia como la pasion mas injusta de cuantas puede abrigar el corazon del hombre. «Y lo es en efecto, ora se la considere en sí misma ó sea en los motivos que la escitan, ora con relacion á las personas á quien dirige sus envenenados tiros, ó por último en los medios de que se sirve ó en las formas que adopta para ofender al objeto envidiado.» Ved ya formulado mi pensamiento en el presente discurso. Pidamos ante todo los divinos auxilios por la intercesion de la Virgen de vírgenes, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

La envidia, segun Santo Tomás, no es otra cosa sino una tristeza del bien ajeno considerado cual si fuese un mal propio (1). Bajo

(1) S. Thom. C. 2, V. 2. q. 36. art. 1.

este concepto revélase desde luego el carácter de injusticia que envuelve en sí misma, ó sea en los motivos que la escitan. En todos los demás vicios ó desórdenes, observa San Juan Crisóstomo (1), el hombre halla siempre un pretesto, y en éste cierta sombra de excusa con que cohonestar sus acciones. El ladrón pretesta su necesidad, le impúdico los atractivos del placer, el vengativo el ultraje recibido; pero el envidioso, ¿qué podrá pretestar, qué motivos podrá alegar para sincerar su malignidad? Ninguno. Lo que atormenta su corazón es únicamente el bien que otro posee y de que él carece. ¿Puede darse una injusticia mas atroz é irritante?

Las sagradas páginas nos ofrecen una pintura exactísima de este primer carácter de la envidia en el libro del Génesis: Trasládase Isaac á Gerara con motivo de la carestía que affligia á su país. El Señor le colma de bendiciones, recompensa abundantemente sus virtudes con todo género de bienes de fortuna, hasta el punto de llegar á ser el propietario mas rico de aquella tierra. En vista de tanta prosperidad los filisteos arden en envidia, y no pudiendo sufrir que un extranjero les sobrepujase de este modo, no se contentan con vejarle y perjudicarle en cuanto pueden, sino que le lanzan de su país, diciéndole: «Retírate de aquí, pues te has hecho mucho mas poderoso que nosotros (2).» Y bien, A. M., la opulencia de Isaac, ¿era por ventura un obstáculo á la de los filisteos? De ningún modo, antes bien escitando su emulacion al trabajo, enseñándoles á abonar y mejorar sus tierras, y á fomentar la cria de sus ganados, proporcionábales elementos justos de enriquecerse tanto y mas que él. ¿O acaso la prosperidad de aquel patriarca hábale hecho insolente y audaz para con sus semejantes? Nada menos que eso, pues por el contrario toleraba con la mas inalterable paciencia los perjuicios é injurias de que frecuentemente era objeto de parte de aquellos hombres envidiosos. ¿Pues en qué razon se fundaban para arrojarle de su país? En ninguna, responde el citado doctor, porque no la hay ni puede haber otra que la arbitrariedad, el despecho, la mala intencion, do

(1) Homil. 44. ad Pap.

(2) Genes. XXVI. per tot.

quiera que reina la envidia. Eres mas rico que nosotros, tienes bienes que nosotros no poseemos, y esto nos es intolerable, porque tu felicidad la consideramos como nuestra propia desdicha (1).» Hed ahí el único motivo, el fundamento esclusivo de la envidia. ¿Es un crimen en un hombre poseer cualidades que le elevan sobre los demás? Porque la naturaleza le haya dotado de una belleza mas peregrina, de una salud mas robusta, de un génio mas privilegiado, de mayor talento ó capacidad, ó de otros dones de cuerpo ó de alma, superiores á los del vulgo, ó porque la Providencia le haya favorecido con bienes de fortuna que á otros muchos la plugo negarles, ¿habrá de ser esto un pretesto que autorice al envidioso para aborrecer ó perjudicar á su prójimo inocente, que acaso no le conoce, ni se acuerde de él, ni por consiguiente puede dañarle en nada ni causarle la menor estorsion ni vejámen? Pero obsérvese que la envidia, hablando con toda propiedad, no es al hombre á quien dirige sus tiros ni contra quien torna su despecho, sino contra Dios, primer autor y distribuidor de sus bienes, pues él es el que eleva á quien le place sobre sus semejantes, él quien le hace mas grande, mas sábio, mas poderoso ó mas feliz, único fundamento de esa loca pasion que el envidioso alimenta en su seno. ¿Qué mayor injusticia, pues, qué malignidad mas profunda puede darse, esclama San Próspero, que el perseguir los dones del Criador en sus criaturas (2)? ¿No es esto imitar la conducta de Satanás, quien en la imposibilidad de dañar á Dios y de arrebatarle sus perfecciones, descarga todo su furor en el hombre que es la mas perfecta imágen de la divinidad? ¡Ah! No le basta al envidioso que el Señor se haya mostrado justo con él en la distribucion de sus dones, toda vez que con algun otro se haya manifestado mas liberal. Para contentarle seria preciso que la Providencia cerrase sus manos para no derramar beneficio alguno mas que sobre él; que la tierra fuese estéril para todos los demás hombres, y solo para él pródiga de sus producciones; que todos los

(1) Felicitatem proximi suam putat infelicitatem. (S. Chrysost. loc. supr. cit. C. 26.)

(2) ¡Quale hoc malum quo invidus donum Dei persequitur in homine! (S. Prosper. de vita contempl. l. 3. c. 5.)

honores, y riquezas y dignidades, y cuanto hay de útil y ventajoso en el mundo se limitase á su propia personalidad; querría poseer cuanto los demás poseen, gozar de cuanto gozan los demás, elevarse sobre todos, reinar solo en el universo, ó ver la humanidad entera postrada á sus piés. Esto seria lo único que podria satisfacerle y el colmo de su bienandanza: por lo demás mientras haya en la tierra un solo hombre que le aventaje en cualquier concepto, siempre tendrá que desear, nunca se considerará feliz, porque aquel bien ageno formará su desdicha y su tormento. Y ved ahí, concluye el Crisóstomo, al envidioso, declarándose enemigo no de un hombre solo, ni de una clase de hombres, sino de toda la naturaleza, de todo el género humano (1).

Para comprender cuanto de enorme y monstruoso envuelve semejante sentimiento basta tener buen sentido y una razon medianamente ilustrada. Aristóteles lo comprendia perfectamente fundado únicamente en aquel principio natural de que siendo todos los hombres miembros de un mismo cuerpo, que es el mundo, todos ellos debian contribuir unánimes al mejor orden y perfeccion de ese gran todo (2). Ahora bien, si á este vínculo tan razonable y natural añadimos la doctrina del Evangelio, segun el cual todos los hombres son hijos de un mismo padre, Dios, hermanos en Jesucristo su unigénito, miembros de sus miembros, herederos de una misma herencia; si tomamos en consideracion que siendo todos unos por caridad, como dice San Pablo, no debemos tener mas que un solo corazon y una sola alma, un solo bien y mal comun, é idénticos sentimientos, alegrándonos con los que se alegran y llorando con los que lloran (3); ¿quién no se horrorizará al ver trastornadas completamente todas esas máximas sublimes de la doctrina católica y las sábias leyes de la razon natural por la injusticia de la envidia, la cual arrastra al hombre á regocijarse cuando los demás padecen y á sufrir cuando los demás son dichosos?

(1) *Communis hominum naturæ oberrans hostis.* (Chrysost. Hom. 31. ad Cor.)

(2) Arist. R. 2. C. 10.

(3) Rom. XXI. 15.

Pero si esta injusticia resalta tanto en los motivos que escitan esa pasion violenta, no resalta menos considerada relativamente á las personas contra quienes dirige sus envenenados tiros. ¿Quiénes son estas? ¿Por ventura se ceba la malignidad del envidioso en aquellas que le son de todo punto indiferentes? No por cierto sino que por lo comun escoge sus victimas entre las mas allegadas, entre aquellas con quienes le unen los mas estrechos lazos sociales. El escita y el egipcio, decia San Basilio, y las demás naciones que por la distancia de lugares no tienen intereses comunes entre sí, no pueden abrigar sentimientos de envidia y rivalidad. Esta se nutre y fomenta entre las naciones á quienes debieran estrechar los lazos reciprocos de política y religion, entre los habitantes de un mismo pais, entre los miembros de una misma familia, entre los hijos de un mismo padre. Hed ahí el teatro de esa gran pasion funesta, tal es el gran desorden que introduce en el mundo. ¡Y si esto sucediese únicamente en esos paises incultos á donde no ha podido penetrar la antorcha de la civilizacion cristiana! Mas no es así, A. M., por nuestra desgracia, sino que los hijos de la luz son en este punto mas reprehensibles que los hijos de las tinieblas. A los bárbaros, escribia en su tiempo Salviano, bástales para amarse y estar unidos entre sí tener un solo rey, un mismo jefe, en vez de que á nosotros los cristianos no nos basta el tener un mismo padre comun. ¿Quién es el que entre nosotros se muestra verdadero padre, buen hermano, amigo sincero, y conciudadano fiel y generoso? ¿Quién hay, por el contrario, que no mire como una pena y casi como un suplicio la prosperidad ajena (1)? ¡Ah! ¿Qué otra cosa se vé con mas frecuencia en el mundo que Caines pérfidos cuyos corazones roidos por la envidia no dudan sacrificar cruelmente á los Abeles justos é intachables (2), Labanes fraudulentos que engañan á los Jacobs virtuosos é inocentes, por vengar en ellos el despecho que les causa su próspera fortuna (3);

(1) ¿Quis hoc est animo quod vocatur? ¿Quis tam propinquus corde quam sanguine? ¿Cui non prosperitas aliena supplicium est? (Salv. de Gubern. Dei. 4. 5.)

(2) Genes. IV. 8.

(3) Ibid. XXXI. 7.

hermanos en fin desnaturalizados y sin compasion que venden vilmente á los Joseph candorosos, picados de envidia por la preferencia que estos merecen de los autores de sus dias? (1) No, no son los extraños y desconocidos los que turban vuestro réposo; son sí aquellos que afectando asociarse á vuestra suerte y tomar parte en vuestra felicidad, no pueden mirar con ojo indiferente que prospereis mas que ellos ó que vuestros negocios os den un resultado mas favorable; son amigos desleales que si bien os manifiestan en lo exterior marcadas muestras de simpatía, devoran en su interior el disgusto que les causa vuestro rango ó dignidad, y maquinan sordamente por desbancaros á fuerza de intrigas y de infamias; son tal vez personas á quienes habeis colmado de beneficios, y que en su necio orgullo sienten tener que estaros reconocidos, porque la envidia les hace mirar la gratitud como un deshonor, como un tormento.

Tal es en efecto uno de los caractéres odiosos de esa pasion maligna, como observa el Crisóstomo. El furor de los animales, dice, se amansa ante los beneficios que reciben del hombre: pero al envidioso, lejos de calmarle le irritan y le hacen mas áspero é intratable (2). Tal vez tendreis un amigo que en igualdad de fortuna ó de circunstancias os conservará toda su afeccion y el mas entrañable cariño. Pero esperad que la suerte os favorezca y que á él le sea adversa, y entonces cuando hayais sido harto dichosos para poder prestarle servicios importantes y él se haya visto precisado á aceptar vuestra proteccion, vereis cambiar repentinamente sus sentimientos y convertirse en enemigo vuestro. Su envidia incapaz de digerir el despecho de haber tenido que apelar á vuestra influencia, no os perdonará vuestra generosidad, os hará un crimen de vuestros mismos beneficios, y no os dará en retorno mas que indiferencia é ingratitud. De este modo Saul que no debió mirar en la persona de David sino al vencedor de Goliath, al libertador intrépido de Israel, cegado por la envidia no vé en él mas que un rival enojoso y un

(1) Ibid. XXXVII. 28.

(2) Invidum beneficio pejorem reddimus. (Chrys. Hom. 27. in II. Corint.)

enemigo formidable á quien persigue, y cuya ruina busca por tódos los medios posibles (1).

Mas ¿cómo pudiera respetar el envidioso los deberes de la gratitud y de la amistad, cuando no respeta los deberes aun mas sagrados de la piedad, de la religion y de la fé? Siquiera estas divinas virtudes resplandezcan en un alma con el mas hermoso brillo, un mero soplo de envidia bastará para hacerlas desaparecer. Ella es la que en mil ocasiones ha intentado derribar los altares de Jesucristo por las manos de sus mismos ministros: ella ha hecho de los mas celosos doctores los herejes mas furibundos y escandalosos; ella ha convertido en apóstatas los mas firmes apoyos de la fé. No es pues de estrañar que la envidia encienda la discordia en las cortes de los príncipes y siembre el desórden en el seno de las familias, cuando hasta en el seno mismo de la Iglesia ha conseguido introducir ese cáncer funesto, tornando contra ella las armas de los que un dia defendieran con heroismo admirable sus sagrados derechos y sus sublimes doctrinas. Observad por una parte á Tertuliano esgrimiendo pluma contra los paganos con el mayor arrojo y valentia, confundiendo al Valentiniano y al Marcionita, y estableciendo con racionios sólidos é irrefragables la unidad indivisible de la Iglesia católica. Observadle despues separándose de esta santa unidad, y cegándose hasta el extremo de sostener el cisma introducido por un hombre falso é hipócrita. ¿Cuál fué el origen de un cambio tan funesto? No fué, no, el libertinaje ni esas muelles pasiones que seducen las almas mas grandes. Austero, penitente y dueño de sus apetitos é inclinaciones que procuraba enfrenar con el ayuno y la abstinencia, se dejó vencer por la envidia. El despecho de no ser preferido en los honores y dignidades persuadido como estaba de ser el primero en sabiduría y elocuencia, irrita todas sus pasiones, le hace sordo á todos los deberes, le arrastra á romper con la Iglesia, y protervo é irrecenciable con ella porque no le ha elegido por jefe, rehusa someterse á sus prescripciones como hijo. ¿Y no es esa misma

(1) Obtenebratus invidia benefactorem ut hostem putabat. (Chrys. Hom. 46. in Genes.)

envidia la que puso en las manos del autor de la reforma protestante el arma terrible con que echó por tierra las antiguas tradiciones del catolicismo, y la tea con que encendió en Europa ese fuego devastador que ha socabado los cimientos del orden religioso y social, inundando de sangre y de ruinas el universo? ¡Pluguiese al cielo que pudiésemos borrar de la historia las tristes páginas donde se hallan consignados con caracteres indelebles los efectos de esa pasión cruel y los males y desgracias que viene causando á través de los siglos! Y si tan odiosa é injusta se muestra en las personas á quienes dirige sus tiros, ¿lo es acaso menos en los medios de que se sirve ó en las formas que adopta para ofenderlas?

Es de notar, y esta reflexion es de San Basilio, que la envidia es el único pecado de que ni el hombre mas corrompido se atrevió jamás á hacer gala ni á considerar como un honor; antes bien, lejos de manifestar su pasión á los ojos del mundo, trata de ocultarla con la mayor sagacidad y aun de disfrazarla á sus propios ojos. ¡Tal es la odiosidad que sobre ella pesa, tal la vergüenza que causa y la aversion que inspira! No será difícil encontrar hombres que no se ruborizan de aparecer avaros, vengativos, sensuales, ambiciosos, injustos..... pero encontrar uno que no se ruborice de manifestarse envidioso, menos aun de confesarse tal, es imposible (1). Este vicio cobarde cuanto vergonzoso nunca se presenta en público; para herir á mansalva necesita cubrirse con la máscara hipócrita de la sinceridad, de la justicia, de la amistad, del celo, de la devoción y de todas las virtudes, como de unos tupidos velos que no dejan entrever la perfidia de sus sentimientos y la malignidad de sus intenciones. Si para satisfacer sus deseos y llevar á cabo sus planes emplease la maledicencia ó la calumnia, bien presto se veria descubierto su horrible semblante, y ante él huirían todas las personas sensatas que no quisieran ser víctimas de sus venenosos dardos. Mas no es así como obra la envidia: ella echa mano de la lisonja, derrama sin escasear el incienso de la adulacion, no economiza las alabanzas, y á veces con tanta profusion, que no puede menos de hacer sospe-

(1) Hæc quisque verba fateri erubescit. (S. Basil. Hom. 21.)

chosa la sinceridad de los elogios que prodiga. ¡Y cuánta no es la destreza del envidioso en este punto! Ora le vereis elogiar con cierta reserva y maneras afectadas en un hombre de condicion su intachable probidad, su escrupulosa virtud, su candor y su afabilidad suma, pero al propio tiempo observareis que guarda el mas profundo silencio con respecto á su valor, á su intrepidez y á los servicios que ha prestado á su pais. ¿Por qué? Porque estas cualidades y no las demás son las que escitan su envidia y le causan un tormento insoponible. Ora le oireis formar el panegirico de los talentos, de la habilidad en el desempeño de los negocios, y de otras dotes intelectuales de un sugeto á quien ódia, pero sin mencionar ni remotamente su virtud, su religiosidad, su puntual cumplimiento de los deberes de cristiano, en una palabra, su integridad y hombría de bien, porque esta es justamente la cualidad que en él envidia y la que motiva su emulacion. Y ved uno, y no el menos principal de los artificios que usa el envidioso para amenguar la reputacion ó disminuir el mérito de su prójimo, toda vez que no puede conseguirlo por otros medios, ya porque no entran en sus cálculos ó ya porque los juzga demasiado violentos. Alaba, dice San Próspero, las cualidades fisicas, cuando el elogio debiera recaer sobre las dotes espirituales, á fin de persuadir que no existen éstas, no empero porque aprecie sinceramente el mérito de aquellas (1).

Hay además de este otros artificios, continúa el Santo doctor, en los que se revela la profunda malignidad y la inaudita perfidia del envidioso. Unas veces so pretesto de interesarse en el buen éxito de las pretensiones de un concurrente al mismo destino á que él aspira, le dará consejos perjudiciales á sus verdaderos intereses, y le obligará á dar pasos contrarios al fin que se propone, aplaudiendo si es necesario sus desaciertos, y precipitándole insensiblemente en su ruina, á fin de que le deje espedito el camino, y no haya quien pueda contrariar sus ambiciosos designios. Otras afectando proteccion y simpatías hácia un rival mas digno, sembrará por do quiera

(1) In spiritualibus carnalia laudant, ut spiritualia deesse persuadeant (S. Prosp. de vita contempl. l. 3. c. 9.)

elogios exagerados, ponderará sus talentos, hará llegar la noticia de sus merecimientos á los oídos de los que disponen de los destinos públicos, y aun se atreverá quizás á prevenir su elección propagando especies falsas acerca de ella, y todo esto no por honrarle, sino para despertar la envidia y sublevar contra él el grito general de los descontentos y ambiciosos, para aguzar la calumnia y la maledicencia de sus rivales, y lograr de este modo su perdición, que es lo único que desea. Y aun cuando estos medios no den el resultado apetecido, siquiera los esfuerzos de la envidia se estrellen contra la roca inmóvil de la virtud ó del mérito, ¿le faltarán otros resortes que tocar y con que lograr su objeto? No: decia Séneca, la sutileza de la envidia vá mas allá de lo que se puede imaginar. En vano tratará el hombre de precaverse contra sus emponzoñados tiros: si no consigue herir á su víctima privándole de las honras y dignidades de que se muestra émula, sabrá tornar sus armas en sentido contrario y le colmará de honores, de los que se servirá como de un lazo para suplantarle y perderle, bien sea cargando sobre sus hombros un peso superior á sus fuerzas por gozar del placer de verle sucumbir desacreditado ante la sociedad, bien esponiéndole á ciertos compromisos de que no podrá librarse sin caer en desgracia, ó bien por último colocándole en una posición que aunque lisonjera y deslumbradora en lo exterior, le acarree graves peligros y le tenga siempre á merced de sus enemigos, haciéndole objeto de la censura y de la animadversión pública (1). ¿No es este el artificio de que quiso servirse el envidioso Saul para arruinar á su émulo David? Hé aquí, le dice, á mi hija Merob: yo me comprometo á dártela por esposa toda vez que te pelees como valiente en servicio del Señor (2). El rey no necesita de dote para su hija, y solo exige las cabezas de cien incircuncisos filisteos (3). Proposición maligna que envolvía el proyecto de arruinar para siempre á aquel rival temido, á quien afectaba querer ensalzar á la cumbre del honor. Contaba Saul mas con lo grande del peligro que con el buen éxito

(1) Etsi omnia caveris, per ornamenta feriet. (Senec.)

(2) I. Reg. XVIII. 17.

(3) Ibid. 25.

del valor de Dávid, y á trueque de que éste fuese la víctima de la envidia, importábasele poco el haerle yerno de un rey; pues como dice la misma Escritura, el designio de aquel envidioso monarca era hacerle caer en manos de los filisteos (4).

¡Y cuántos hay que imitar esta odiosa conducta por llevar mejor á cabo sus planes, y satisfacer esa pasion ardiente de la envidia! En todas las clases, en todas las condiciones sociales, hasta en el mismo santuario se abriga ese aspid tortuoso, que reptando en distintas direcciones y deslizándose con sutileza por entre las apariencias ya de una amistad sincera, ya de una tierna simpatía, ya de un celo justo y laudable, oculta las mayores injusticias, y enemistades, y perfidias, y violencias, y escándalos de toda especie. Basta lanzar una ligera mirada por lo que todos los dias sucede en el mundo, para quedar convencidos de esta triste verdad. No insistiremos pues mas en este asunto, ni nos detendremos en examinar minuciosamente las diversas fases que presenta la envidia. Como quiera que se la considere resulta ser la mas injusta de todas las pasiones: injusta en los motivos que la escitan, pues no se funda en pretesto alguno razonable; injusta con relacion á las personas á quienes dirige sus emponzoñados tiros, puesto que no respeta ni los lazos de la sangre ni los derechos de la amistad, ni los deberes de la religion; injusta en fin en los medios que emplea para herir, que son los mas viles y repugnantes.

Huyamos pues, A. M., de esa lepra contagiosa que inficiona el cuerpo social y que tantas víctimas sacrifica ante las inmundas aras de Luzbel, de quien trae su origen un vicio tan vergonzoso como degradante. Parapetémonos contra su funesta influencia con los ejemplos de Jesucristo cuya vida fué una vida de amor y de caridad, y con sus sublimes doctrinas que solo respiran concordia, fraternidad y union entre los hijos de un mismo Padre, entre los discípulos de un mismo Maestro, entre los ciudadanos de una misma patria que es el cielo. Y con tanta mas razon debemos evitar esa pasion criminal, cuanto que es á la vez el enemigo mas implacable de nuestro

(4) Ibid.

reposo, y uno de los mayores obstáculos que podemos oponer á nuestra temporal y eterna felicidad. ¡Ah! Recordemos cuánto nos amó el Salvador, que no dudó derramar por nosotros su sangre preciosísima. ¿Y nosotros osaríamos perseguir con nuestra envidia á nuestros hermanos redimidos con esa misma sangre, marcados con ese mismo sello y objetos de ese mismo amor? No: lejos de nosotros semejante crimen, ó de lo contrario renunciemos desde luego al carácter de cristianos, hagamos cesion de nuestra herencia al reino celestial, puesto que sus puertas están cerradas y nunca se abrirán para el envidioso, indigno de penetrar en aquella mansion feliz de donde está desterrada la emulacion y la rivalidad, porque todos allí se aman en Dios, que es uno mismo para todos cualquiera que sea el lugar que ocupen ó el grado de gloria á que se hayan hecho acreedores por sus virtudes y merecimientos. Amemos pues á nuestros prójimos con todo nuestro corazon, deseémosles idénticos bienes que á nosotros mismos, evitémosles los males que para nosotros quisiéramos evitar: y este amor que formará en el tiempo nuestra mayor dicha, será el preludio de aquel otro amor eterno é invariable que consumará nuestra bienaventuranza en la eternidad.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA IV
DE CUARESMA.

JUSTICIA DE DIOS EJERCIDA SOBRE LOS HOMBRES Y LOS PUEBLOS
OCULTÁNDOLES LAS VERDADES ETERNAS EN CASTIGO
DE SU CEGUERA VOLUNTARIA.

Præteriens Jesus vidit hominem cœcum a nativitate.

Al pasar Jesus vió á un hombre ciego de nacimiento.

JOAN. IX. 4.

Do*s* espectáculos á cual mas dignos de nuestra atencion nos ofrece el Evangelio de este dia. Por una parte vemos á Jesucristo dando la vista milagrosamente á un ciego de nacimiento: y por otra se nos presenta el pueblo judío herido de la mas espantosa ceguera intelectual á consecuencia de su incredulidad. Debía cumplirse en un todo la voluntad del cielo. El Salvador era el enviado á llenar en la tierra la gran mision de iluminar á todos los hombres que yacian sepultados en las sombras del error; pero al propio tiempo por efecto de los incomprensibles designios de la Providencia debia cegar á los que en su loco orgullo prefiriesen las tinieblas á la luz, como él mismo lo declaró espresamente en este mismo Evangelio. Hé aquí el doble efecto del poder de Jesucristo, poder terrible que debe inspirar al hombre un saludable temor y despertar á la vez su fé y su reconocimiento á los divinos beneficios, si no quiere experimentar sus funes-

tas consecuencias. Ambos efectos están representados en el acontecimiento que hoy nos refiere el sagrado texto :

« *Vió Jesus al paso un ciego de nacimiento : y sus discipulos le preguntaron: Maestro, ¿en qué ha pecado este, ó sus padres, para haber nacido ciego? Respondió Jesus: No es por culpa de este, ni de sus padres, sino para que resplandezcan en él las obras de Dios..... Dicho esto escupió en tierra, y formó lodo con la saliva, y aplicóla sobre los ojos del ciego, y dijole: Anda y lávate en la piscina de Siloe..... Fuése, pues, y lavóse allí, y volvió con vista. Por lo cual los vecinos y los que le habian visto, decian: ¿ No es este el que sentado allá pedia limosna?..... Lleváronle, pues, á los fariseos..... y estos preguntáronle tambien cómo habia logrado la vista. Él les respondió: Aquel hombre llamado Jesus puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo.» Últimamente, despues de varias y repetidas averiguaciones en las que siempre contestaba lo mismo, «llamáronle otra vez y le digeron: Dá gloria á Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé: solo sé que yo antes era ciego, y ahora veo..... Si este hombre no fuese enviado de Dios, no podría obrar semejantes prodigios. Por lo cual indignados los fariseos le lanzaron fuera. Súpolo Jesus, y haciéndose encontradizo con él le dijo: ¿ Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿ Quién es, Señor, para que yo crea en él? Dijole Jesus: le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo. Entonces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose á sus piés, le adoró. Y añadió Jesus: Yo vine á este mundo á ejercer un justo juicio, para que los que no ven vean, y los que presumen ver queden ciegos.»*

Juicio espantoso que vemos verificarse todos los días entre los hombres, y que no es sino el cumplimiento de aquel antiguo vaticinio consignado en las sagradas páginas: «Perecerá la ciencia de los sábios, y serán heridos de ceguedad y de locura (1);» y de aquel otro: «Vereis lo que presento á vuestros ojos, y no querreis haceros

(1) Peribit sapientia a sapientibus: percutiam amentia. (Isaia. XXIX. 14).

»cargó de ello. Pues yo embotaré el corazón de ese pueblo y vendaré sus ojos para que no vea y se convierta y tenga yo que curarle (1).» Sin detenernos más en preliminares, pasemos á considerar por una parte la curación del ciego de nacimiento, y por otra la ceguera de los judíos en el caso presente, y en la oposición de estos dos prodigios reconoceremos «la justicia del castigo que Dios ejerce sobre los hombres y los pueblos cuando cerrando éstos sus ojos voluntariamente á las luces del cristianismo, aquel en justa venganza deja caer sobre ellos el velo oscuro que les oculta sus eternas verdades.» Asunto importantísimo que reclama toda vuestra atención, y para cuyo desempeño necesito los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Es un error el creer que la ceguera espiritual de que venimos hablando sea uno de esos castigos extraordinarios y repentinos con que el Señor hace brillar su justicia y su venganza sobre los pecadores desesperados. Todo pecado lleva consigo su oscuridad: pero ésta aumenta gradualmente según que aquel vá tomando mayores proporciones. El primer grado es un espíritu de letargo en que adormecido el criminal deja de ver la luz que se presenta á sus ojos; el segundo es un espíritu de vértigo que le trastorna para no poder discernirla de las tinieblas; el tercero es un espíritu de error y de infidelidad que concluye por apagar en él toda la claridad de la fé, de donde resultan, en otros términos, la oscuridad del entendimiento, su corrupción, y su rebelión contra las verdades del cristianismo. Observemos el carácter y consecuencias de cada uno de estos tres grados de ceguera tan funesta como horrible.

(1) Ibid. IX. 40.

El primero le caracteriza Isaías con estas palabras notables: «El Señor ha derramado sobre vosotros el espíritu de letargo; cerrará vuestros ojos, pondrá por delante un velo, y todas las visiones, las profecías y las palabras divinas serán para vosotros como las palabras de un libro cerrado; y cuando le dijeren á uno que sepa leer: leedle, responderá: no puedo porque está sellado (1).» No puede darse una imágen mas espresiva de la ceguedad que los judíos manifiestan en el acontecimiento referido en el presente Evangelio. Ellos tienen delante un milagro público que llama la atención de todos cuantos le presencian, un milagro superior á todo el poder humano, cual es la curación de un ciego de nacimiento, de un sugeto conocido generalmente por su dolencia y por su mendicidad; un milagro, en fin, obrado con elementos mas á propósito para destruir que para restablecer la vista, á saber, con la saliva y el lodo, y hecho espresamente por el Salvador para probar que era el verdadero Mesías enviado de Dios. Ahora bien, aun cuando semejante prueba pudiera admitir alguna oscuridad respecto del vulgo ignorante, ¿sucedia otro tanto respecto de los fariseos, que consagrados al estudio de la ley sabían muy bien que la curación de los ciegos era uno de los caracteres distintivos con que se daría á conocer el Mesías prometido? No: ellos eran los encargados de leer é interpretar al pueblo las sagradas páginas. A ellos, propiamente hablando, poníales Dios delante de los ojos el libro de la verdad, y les decía: «leed.» ¡Y sin embargo, cual si ese libro estuviese para ellos cerrado, nada ven en él, nada comprenden, no penetra en su entendimiento la luz de la verdad que allí se encierra, y lastimosamente ciegos se obstinan en rechazar y negar el prodigio! ¿Y cuál es la causa de esta ceguedad? ¡Ah! es que oscurecida su inteligencia con las tinieblas de sus pasiones y hábitos criminales, adheridos á los groseros placeres y riquezas de la tierra, y ocupados únicamente de los intereses del tiempo, eran incapaces de reflexionar con madurez y detenimiento las verdades reveladas, ni de ocuparse de los intereses de la eternidad. Adormecimiento funesto que vemos reproducirse á cada instante en el seno

(1) Isaie. XXIX. 10, 11.

del catolicismo á pesar de la gran luz que derrama el Evangelio sobre aquellos que quieren leer en él todo cuanto necesitan saber para marchar por la senda de sus respectivos deberes. En vano Dios les pone delante de los ojos ese gran libro, inútilmente desarrolla á su vista las bellezas que encierra su doctrina, y los prodigios de virtud y de santidad, de moralidad y de orden que sus enseñanzas vienen operando en el mundo. Los hombres y los pueblos parecen rivalizar en ceguera, aman mas las tinieblas que la luz (1), déjense fascinar por el error, y rechazan el brillante resplandor de la verdad, porque sus obras son malas, porque sus tendencias propenden á la incredulidad y al indiferentismo, porque toda su ciencia se reduce á fomentar el libertinage de las pasiones, y todo el que obra mal, naturalmente ódia la luz, huye de ella á trueque de no ser argüido y acusado justamente (2). Y esto, A. M., nos lo manifiesta la diaria esperiencia. Desde el momento en que el hombre deja de conducirse conforme á los buenos principios de justicia y de religion, huye todo aquello que puede poner en evidencia la malignidad de sus obras, énsordece á la voz de la concioncia y del deber, procura olvidar el recuerdo de la muerte y del juicio supremo, ahoga cuanto le es posible en el goce de los placeres terrenales todo sentimiento, toda idea capaz de despertar en su alma el temor de un porvenir eterno; y de este modo adquiere una especie de hábito de no pensar en las verdades católicas, como si para él no existiesen, como si no tuviese ni ojos para verlas ni inteligencia para comprenderlas. ¡Consecuencia fatal de la disipacion del corazon, del amor desordenado de los bienes del tiempo, de la esclavitud del alma á la ley de los sentidos, y de ese encanto fascinador que ejercen sobre el nécio mortal las vanidades del siglo oscureciendo su vista y privándole del conocimiento de los positivos bienes de la eternidad (3)!

Y bien, C. O., ¿cabe excusa alguna en este punto? ¿Puede el hombre cohonestar de ningun modo esa ceguera voluntaria, ese ador-

(1) Joan. III. 19.

(2) Ibid. 20.

(3) Fascinatio nugacitatis obscurat bona. (Sap. IV. 42.)

nacimiento hijo de sus propias obras? Pudiera hacerlo acaso si le fuese absolutamente desconocida la importancia inmensa de esas verdades que mira con indiferencia. ¿Pero cómo concebir esto en quien hace profesion de una fé que le representa á Dios como el primero de todos los séres, la salvacion como el primero de sus intereses, el alma como la parte principal y esencialísima del hombre, y la eternidad como la consumacion y término de todas las cosas? Creer todas estas verdades, confesarlas públicamente, y sin embargo desentenderse de ellas, menospreciarlas en la práctica, y dormirse tranquilamente en un completo olvido de todo cuanto atañe á su eterna salud ¿no es una ceguedad la mas inexcusable? Y ved A. M., el carácter distintivo de nuestro siglo. Apasionado por las ciencias y negligente en el cumplimiento de los deberes religiosos, idólatra de los intereses materiales é indiferente por los bienes eternos, atento á embellecer y mejorar cuanto dice relacion á la vida presente y descuidado sobre el porvenir, ilustrado en fin para el mundo y ciego y estúpido con respecto á Dios, vereis en él á los hombres ocupados en adquirir conocimientos de toda especie, revolver en su mente mil proyectos é ideas de progreso social, formar combinaciones variadas y vastos planes de gobierno, agitarse en fin y dar cabida en su inteligencia á todo género de sutilezas, de intrigas y de vanidades por calmar esa fiebre ardiente de goces y bienestar que les devora, sin que en nada ni para nada entre en sus cálculos la idea de Dios, sin que ni aun por incidencia se despierte en ellos el sentimiento religioso, como si solo hubiesen nacido para vivir apegados á esa tierra que huellan sus plantas y nada hubiese mas allá del tiempo capaz de llamar su atencion y de escitar sus esperanzas. ¡Qué ceguedad tan espantosa! Que el infiel y el salvaje no tengan otro pensamiento mas que el de satisfacer sus instintos naturales, ni se ocupen mas que de disfrutar á su modo los dias que viven en este mundo, concíbese fácilmente: pues careciendo de ley que se lo prohiba, no hacen mas que conformar su conducta y ser consecuentes con los principios de su nacimiento ó de su educacion. Nacieron en las tinieblas como el ciego de nuestro Evangelio, y continúan marchando en las tinieblas mientras una mano benéfica, la mano del Salvador de la humanidad

no les toque con la saliva y el lodo, y les haga ver la claridad del sol de justicia, la luz indeficiente de la eterna verdad, pudiéndose decir hasta cierto punto lo que de aquel digera el mismo Jesucristo, que ni ellos ni sus padres fueron culpables de semejante ceguedad, sino que Dios lo permitió para hacer mas ostensibles los prodigios de su sabiduría y omnipotencia. Pero ¿cómo escusar la ceguedad de unos hombres que nacidos en el seno del catolicismo, ilustrados con las luces de la fé y nutridos con los sublimes principios de la moral cristiana, no quieren abrir sus ojos á la verdad y rechazan el resplandor de sus divinas máximas? Hé ahí ese pueblo ciego de que hablaba Isaias que teniendo ojos no vé y teniendo oídos no escucha (1), porque ha caído sobre él el espíritu de letargo que le tiene adormecido en la indiferencia religiosa en justa punición de su pecado. ¡Y cuán fácilmente pasa el hombre de este primer grado de ceguera espiritual al segundo que es el espíritu de vértigo, que trastorna y rompe su inteligencia para no discernir la luz de las tinieblas! Veamos como le caracteriza el profeta con sus naturales consecuencias.

«El Señor, dice, ha derramado en medio de Egipto el espíritu de vértigo, y le ha hecho andar desacertado en todo cuanto ejecuta, á la manera de un ébrio trastornado con los vapores del vino (2).» Y de hecho, ¡qué trastorno no causa en las ideas, qué corrupcion de sentimientos no engendra en el hombre ese estado de embriaguez! Lo que es de suyo honesto le parece vergonzoso, lo bueno malo, lo fácil imposible, porque en el profundo desórden de sus pensamientos no puede formar un juicio recto ni deducir consecuencias legítimas. Veámoslo espresamente en la conducta de los escribas de nuestro Evangelio. A vista de la curacion del ciego, le citan y hacen comparecer en su presencia, interróganle acerca de su dolencia y de su libertador. ¿Qué es lo que tú piensas, le dicen, respecto del que te ha curado (3)? Y el jóven candoroso, ingénuo y veraz nada disimula, nada disfraza porque ningun interés tiene en ocultar la ver-

(1) Isaiæ. XLIII. 8.

(2) Isaiæ. XIX. 14.

(3) Joan. IX. 17.

dad del hecho, y responde sencillamente: «Yo sé que ese hombre es un profeta (1), porque si no viniese de Dios, no hubiera podido hacer nada de lo que ha ejecutado conmigo (2). ¿Quereis por ventura ser discípulos suyos (3)?» Ved ahí la sinceridad de un hombre pobre que no se ruboriza de reconocer los dones de Dios en un pobre como Jesucristo. Pero ¡cuán distintamente juzgan del Hijo de Dios aquellos fariseos avaros, envidiosos, soberbios, celosos de su autoridad, temerosos de la censura é incapaces de correccion! «No, gritan con altivez: ese hombre no procede de Dios; nosotros sabemos que es un pecador, puesto que no observa el día de sábado (4).» ¡Qué juicios tan corrompidos debian haber precedido para deducir tan injustas consecuencias! Era preciso asentar por principio que curar á un enfermo en sábado era violar este día; que era impropio de la magestad de Dios é indigno de su grandeza escoger por Mesías á un hombre pobre; que el Salvador del mundo no podía ser otro que un célebre conquistador; que su reinado sobre la tierra debia distinguirse por la opulencia y el fausto mundanal; que no podia tener por amigos mas que á los poderosos, y que sus bendiciones se limitarían al tiempo; máximas todas opuestas á la ley, á los profetas, á la conciencia, á la religion y á la verdadera idea que el hombre debe tener acerca del gobierno de Dios, máximas formadas por las ilusiones de la carne y de los sentidos, que habian producido en los fariseos aquel aturdimiento, aquel vertiginoso trastorno en virtud del cual se hallaban en completa disonancia con los mismos principios de Moisés de quien se vanagloriaban de ser discípulos (5).

¿Y no es este el mismo efecto que el hombre viene experimentando en su inteligencia desde que en el paraiso quedó enferma y desordenada por el pecado? ¿Y este trastorno de las ideas no crece prodigiosamente en proporcion que por el hábito del crimen se va separando de la luz de la eterna verdad? ¡Ah! Contemplad nuestro

(1) Ibid.

(2) Ibid. 33.

(3) Ibid. 27.

(4) Ibid. 24.

(5) Ibid. 28.

siglo, observad las sociedades modernas y las vereis envueltas en la terrible maldicion de Dios lanzada contra los que llaman bien al mal, y mal al bien, tinieblas á la luz, y luz á las tinieblas, amargo á lo dulce, y dulce á lo amargo (1). ¿Qué cosa hay mas comun en nuestros dias que mirar como meras distracciones las bacanales mas infames, las injusticias mas irritantes como travesuras de ingenio, las mas atroces calumnias como indiscreciones pueriles, las mas crueles venganzas como justos resentimientos, los vicios mas vergonzosos como debilidades dignas de perdon? Hé ahí lo malo considerado como bueno, y lo amargo como dulce. ¿Y qué cosa por el contrario mas frecuente que mirar la virtud como una quimera, la devocion como una simplicidad, el culto como una supersticion, las prácticas piadosas como fanatismo, los deberes religiosos como una carga molesta y enojosa, como un yugo pesado é insoportable? Hed ahí el bien mirado como mal, y la dulzura convertida en amargura. Tal es la consecuencia del horroroso vértigo intelectual en que Dios permite que caigan los hombres y los pueblos que se niegan á recibir la luz de su doctrina, y rechazan sus sublimes principios. Vértigo inescusable, por cuanto es voluntario, por cuanto nace de la corrupcion misma del corazon humano, y en este punto apelo á la conciencia y al sentimiento íntimo de todos cuantos me escuchan. ¿No es cierto que jamás os pareció el crimen inocenté, ni juzgásteis bueno lo que de suyo es malo, hasta que el mundo, el interés, el placer ú otras pasiones desordenadas no corrompieron vuestra alma sencilla y candorosa? Recordad aquellos felices dias de vuestra inocencia, cuando todavia el viento del vicio no habia marchitado esa bella flor, ni agostado la lozania de vuestras primitivas creencias. Entonces la sola idea del infierno os hacia estremecer, temblábais con respetuoso y filial temor al oír el nombre de Dios, el solo nombre del pecado os infundia una profunda alarma, el ejercicio de la virtud os parecia suave á pesar de sus dificultades, y no sentíais la menor repugnancia en el cumplimiento de los deberes que os imponia el cristianismo. ¿En qué consistia esto? Decid en hora buena que era

(1) Isaie V. 20.

un efecto de la credulidad propia de la infancia, pero que con la edad y la esperiencia habeis adquirido otras luces y formado distintas ideas. Ciertó que la razon crece y se desarrolla con los años: pero, ¿no crecen tambien y se desenvuelven con ellos las pasiones? Ciertó que se ha ilustrado mas vuestra inteligencia: pero, ¿no lo es tambien que esa misma ilustracion os ha hecho mas artificiosos, mas interesados, mas malignos, mas coléricos, mas obstinados, mas vanos, mas orgullosos, en una palabra, mas viciosos y culpables en todos sentidos? ¿Por qué pues en vez de imputar la pureza de vuestros primeros sentimientos á la debilidad de la razon que entonces os iluminaba, no atribuis mas bien vuestra corrupcion presente al desórden de las pasiones que ahora os dominan, y cuyo imperio no sentiais entonces? Sed siquiera lógicos con vosotros mismos. Suponer que no tenais bien abiertos los ojos cuando juzgábais de las cosas de Dios segun los principios de la fé y de la recta razon, y creer al mismo tiempo que veis mas claro ahora que todo lo mirais por entre la espesa humadera que se levanta de un corazon corrompido y sensual, ¿no es la inconsecuencia mas marcada y la mas palpable contradiccion? Y lo mismo que decimos de los individuos en particular, decimos tambien de los pueblos. En tanto que estos marchan guiados por la luz de la doctrina católica, todas las verdades que enseña conservan su belleza y encantos, y lejos de ser miradas como preocupaciones propias de los siglos de ignorancia, como se complace en decirlo la impiedad moderna, son por el contrario consideradas como unas fuentes perennes de bienestar y civilizacion, y como los únicos elementos de verdadero progreso social. Pero dejad que las doctrinas deletéreas de una filosofia atea y materialista corrompan las inteligencias, y propaguen su veneno entre las grandes masas, y entonces todo cambiará de aspecto, y heridas de vértigo todas las clases mirarán la religion como un fantasma enojoso, el Evangelio como un libro de pura invencion humana, la sujecion á las leyes divinas como una tiranía insoportable, y en su consecuencia procurarán emanciparse á todo trance, sacudir el yugo que les incomoda, y declararse libres de todo deber para con Dios, para con sus semejantes y para con la sociedad. ¡Ojalá que esto no fuese mas

que una mera suposición, y no una triste realidad que la experiencia nos ha demostrado en varias ocasiones! Ahora bien, de este segundo grado de ceguera espiritual, no hay más que un paso para llegar al tercero que es el espíritu de error, que rebelando al hombre contra Dios concluye por apagar en su entendimiento toda la claridad de la fé, consumando así su desgracia.

Es innegable, A. O. M., que la corrupción del entendimiento le dispone naturalmente á sublevarse contra la verdad. El pecador mal avenido con el rigor de los deberes que le impone el cristianismo, y no pudiendo ahogar sus remordimientos, procura cortar la raíz de ellos que es la fé de un Dios legislador supremo y vengador terrible: y de ahí tiene su origen aquel ateísmo de que habla San Pablo cuando dice que hay gentes que teniendo la conciencia cauterizada, ó sea corrompida y ennegrecida por el crimen, se separan de la fé y se abandonan al espíritu de error (1). Veamos los efectos de este último grado de ceguera, tanto en los fariseos del presente Evangelio como en todos los demás hombres que como aquellos se obstinan en desconocer y rechazar la luz de la revelación. Los fariseos tenían sin duda un grande interés en que Jesucristo, censor severo de sus maldades, no fuese el verdadero Mesías; y en esto se les parecen todos los libertinos que quisieran que no hubiese un Dios vengador de sus delitos. Cuando se investiga pues una cosa con esta prevención, el hombre incurre siempre en tres faltas gravísimas, y son: primeramente, que sus investigaciones tienden naturalmente no á ilustrarse en lo que deben saber, sino á afirmarse más en su primitiva preocupación; en segundo lugar, que las pruebas más convincentes opuestas á dicha preocupación, las considera como razones débiles y de ningún peso; y últimamente, que las razones más débiles que se aducen en apoyo de ella, las mira como pruebas irrefragables. Y en este deplorable estado de ceguera, ¿puede haber la menor excusa para el hombre?

La preocupación de los judíos consistía en sostener que Jesucristo no era el Mesías, sino un impostor, un pecador. ¡Qué de investi-

(1) I. Timoth. 4. 3.

gaciones no hacen! Al efecto interrogan de nuevo al ciego, infórmanse de sus padres, vuelven á llamarle otra vez y le examinan minuciosamente sobre el modo con que ha recobrado la vista, procuran identificar su persona, y nada omiten no ya por descubrir la verdad del hecho, la cual probada quedaria en evidencia su incredulidad, sino por disfrazarla y ocultarla por todos los medios posibles. Así que cuanto mas la hallan, mas dudan de ella, y en proporción que se presenta con mayor claridad á sus ojos, con mas empeño se obstinan en derramar oscuridades y tinieblas á su alrededor. Continúan investigando, pero no por eso se rinden ni creen en Jesucristo (1). Hé aquí una imágen fiel de la incredulidad de estos últimos siglos. Tiempo há que los modernos sábios vienen haciendo investigaciones sobre las verdades del catolicismo. Han leído, han consultado, han interrogado á la ciencia, han escudriñado las entrañas de la naturaleza.... Pero ¿con qué objeto? ¿Acaso para fijar de una vez sus dudas, ó mas bien para obstinarse mas en ellas? ; Ah! Su interés culminante no era en manera alguna encontrar á Dios juez de sus desórdenes cuya presencia temian. Si así hubiese sido, hubiéranle hallado indudablemente; las criaturas todas se le hubiesen mostrado en sus obras inimitables, y en los cielos, en la tierra, en los orbes que tachonan el firmamento, en todo cuanto existe en este vasto universo hubieran visto á su Criador, como le viera San Agustin cuando le buscó con aquella intencion sincera que le hacia inteligible la voz del mundo acerca de la existencia y del poder de Dios (2). Mas no, esa voz tan penetrante y clara es ambigua y oscura para el incrédulo y libertino, porque su intencion es maligna. Quisieran que la naturaleza les dijese que Dios no existe, y como esto es imposible, sus investigaciones son interminables, y de aquí semejantes al endurecido Faraon los prodigios de la omnipotencia que debieran esclarecer sus inteligencias, no hacen sino obstinarles mas en sus tinieblas, hasta el punto de mirar

(1) Joan. IX. 48.

(2) Interrogatio mea, intentio mea; et responsio eorum, speties eorum. (S. Aug. Confes. l. 10, c. 6.)

como quimeras las pruebas mas irrefragables contrarias á su preocupacion, que es la segunda falta en que incurren.

¿Qué pruebas no tenian los judíos delante con respecto á la curacion del ciego? Ellos no podian negar ni la ceguedad anterior de aquel hombre, ni el hecho de haber recobrado la vista, ni que Jesucristo fuese el autor del prodigio, ni menos atribuirle á la virtud de la saliva y del lodo de que se sirvió el Salvador para curarle; tanto menos, cuanto que los mas sábios de entre ellos convenian en la imposibilidad de que un pecador obrase tamaña maravilla (1). Pero como quiera que de todo esto era preciso concluir que Jesucristo era el verdadero Mesías é hijo de Dios, consecuencia opuesta á la preocupacion de su maldito interés, prefieren mas bien calificar de ilusion el milagro, á Jesucristo de impostor, y al ciego de escomulgado, y como tal le arrojan de la Sinagoga (2).

¿Y es acaso menos inconsecuente la conducta de la incredulidad moderna? ¿Qué pueden oponer los sábios de nuestro siglo al milagro evidente de la victoria que la fé ha reportado de tantas sublimes inteligencias, lo mismo entre los griegos que entre los romanos, puesto que ella fué la que triunfó de los emperadores, de los dioses de la antigüedad, y de los héroes de la idolatría? ¿Qué pueden oponer al prodigio, subsistente aun, del castigo del pueblo judío, escogido un dia entre todos los pueblos de la tierra, hoy esparcido y diseminado en todos ellos, y llevando donde quiera la conviccion profunda de un Dios vengador y de un Cristo vengado? ¿Qué pueden oponer á la autoridad de los sagrados libros, cuya antigüedad no puede serles desconocida, ni dudosa su santidad, al ver grabados en ellos los secretos de todos los siglos y los acontecimientos mas notables del mundo, anunciados ya á través de mas de tres mil años? ¿Y es posible que todas estas pruebas tan evidentes no sean en su concepto mas que fábulas, visiones, y puerilidades propias de entendimientos menguados! ¡Ah! Es que de no ser así quedaria demostrado que no hay mas que una religion verdadera, un solo Dios,

(1) Joan. IX. 16.

(2) Joan. IX. 34.

un Jesucristo único hijo de Dios, conclusion que la incredulidad no quiere admitir, y por lo tanto no hace escúpulo de negar las demostraciones mas claras y terminantes, juzgando por el contrario como pruebas irrefragables las razones mas débiles en que apoya sus preocupaciones, tercero y último efecto de la mala fé del incrédulo.

¿En qué se fundaban efectivamente los judíos para negar la divinidad de Jesucristo, y que éste fuese el Mesias prometido? Nada mas que en que no observaba el sábado, por cuanto en dicho dia habia aplicado el lodo sobre los ojos del ciego (1). Y ved la única razon que en ellos hace mas fuerza que todos los milagros y profecias. ¡Ceguedad lastimosa! Pero no lo es menos la de los incrédulos modernos. ¡Cuántos caprichos no admiten, y en qué inconsecuencias no incurrn para autorizar su impiedad! Los unos repugnan ser cristianos, porque el cristianismo escluye del cielo á todos los que no lo son; los otros no quieren creer en Dios, porque no gobierna el mundo á gusto de ellos; estos se resisten á dar asenso á las Escrituras, porque encuentran en ellas dificultades que se oponen á su inteligencia; aquellos.... Mas ¿á qué cansarnos en enumerar los ridiculos subterfugios del entendimiento humano, cuando se propone no ceder ante la evidencia de la verdad? ¿Acaso todas esas fantasías pueden arruinar en él las luminosas demostraciones de la necesidad de un primer autor de todas las cosas, el convencimiento universal de un sér supremo, la alianza de la unidad de ese mismo sér con la unidad de la religion, y la superioridad de la religion cristiana entre todos los demás cultos? ¿Pudieran romper ese maravilloso encadenamiento de conclusiones y de principios, unas vanas sutilezas que cuando mas podrán turbar la razon del libertino, pero nunca fijar sus dudas ni producir en su espíritu una conviccion contraria? Basta, A. O. M. Convengamos en que es terrible al par que inexcusable la ceguedad de los hombres y de los pueblos que cierran voluntariamente los ojos de su entendimiento á la claridad del catolicismo, y reconozcamos cuán justamente los castiga Dios cuando en punicion de tamaño crimen derrama sobre ellos ese espíritu

(1) Ibid. 16.

de letargo que los adormece para no ver la luz de la verdad, ese espíritu de vértigo que los trastorna y no les deja discernir la luz de las tinieblas, y ese espíritu de error que los corrompe, apagando en ellos la luz de la fé, y rebelándolos contra sus sublimes y eternos principios, que son como hemos visto los tres caracteres, y las consecuencias infalibles de esa ceguedad espantosa. Huyamos pues de semejante desgracia; y cuando tantos paganos, infieles, ignorantes, ciegos, en fin, abren todos los dias sus ojos para ver la verdad, nosotros cristianos, hijos de la luz, discípulos del Evangelio, no seamos tan obstinados que prefiramos permanecer sepultados en las tinieblas de la incredulidad y del vicio. Si nuestra inteligencia abriga alguna duda, si hallamos alguna dificultad que nos haga vacilar en nuestras creencias, acerquémonos á Jesucristo como el ciego del Evangelio, y preguntémosle con igual sinceridad que él: «¿Quién es el Señor para que yo crea en él (1)?» Y él nos responderá lo que á aquel: «Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo (2).» A esta voz justo será que á imitacion del ciego nos prosternemos á sus pies, esclamando de todo corazon: «Creo, Señor (3);» é ilustrados por la fé, veremos el camino de la verdad, marcharemos por la senda de la salvacion, y llegaremos al término de nuestra carrera que es la eterna bienandanza de la gloria.

(1) Joan. IX. 36.

(2) Ibid. 37.

(3) Ibid. 38.

DISCURSO

PARA EL JUEVES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

DEBERES DE LOS PADRES DE FAMILIA RESPECTO DE SUS HIJOS, PARA LLENAR
DIGNAMENTE LA MISION QUE LES HA CONFIADO LA PROVIDENCIA.

Ibat (Jesus) in civitatem Naim... Cum autem appropinquaret portae civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae.

Iba Jesus á la ciudad de Naim; y al aproximarse á la puerta de la ciudad, sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre.

LUC. VII, 11, 12.

Es una regla general y una ley sapientísima de la Providencia que á los grandes favores vayan siempre unidos graves deberes, y que éstos por una consecuencia lógica y forzosa lleven consigo disgustos y amarguras indispensables. La paternidad, entre los varios dones con que el cielo favorece á los mortales, es sin disputa uno de los que mas embellecen la existencia humana, pues ella forma el encanto y las delicias de aquel que vé reproducida su imágen en la persona de unos hijos destinados á reanimar sus yertas cenizas despues de la muerte, y á perpetuar su nombre y su memoria mas allá del sepulcro. Pero si tan grato es para el hombre ver en los que diera el sér otros tantos apoyos de su familia, y el báculo de su vejez y la esperanza de su porvenir, y su consuelo en los dias del infortunio, ¡de cuántos sinsabores no vá mezclada esta satisfaccion! Sus dolencias le afligen, sus peligros le alarman, sus desgracias le roban el reposo

y la paz. Si viven, los cuidados de su educacion y los desvelos por proporcionarles la subsistencia le absorven todas sus ideas, y se convierten en una fuente perenne de afliccion y sufrimiento. Si llegan á morir, todo es tristeza profunda, llanto inconsolable, recuerdos punzadores, desconsuelo indefinible. Tal es el cuadro que nos presenta el Evangelio de este dia en la persona de la muger de Naim.

«Caminaba Jesus hacia esta ciudad, y con él iban sus discipulos y un numeroso gentio; y al aproximarse á sus puertas, hé aqui que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, á quien acompañaban muchas personas. Tan luego como la vió el Señor, movido de compasion, la dijo: No llores. Y acercándose tocó el féretro, y dijo: Mancebo, levántate, yo te lo mando. Y al momento se incorporó el difunto, y comenzó á hablar. Y Jesus le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.»

En este pasage del sagrado texto nada vemos á primera vista sino una demostracion del dolor que es natural en los padres por la pérdida de sus hijos, al par que una prueba de los consuelos que la religion sabe proporcionar en circunstancias afflictivas á los que se colocan bajo su poderosa influencia. Pero mis ideas en este momento no se limitan á esto solo, y se remontan á consideraciones de mas alto interés. ¿Es únicamente las lágrimas lo que los padres deben á aquellos á quienes dieran la existencia? ¿Son solo los reveses y desgracias materiales de la vida los que deben afectar su corazon paternal? ¿No hay otra cosa mucho mas grave, mas interesante, mas digna de atencion que la salud temporal de sus hijos, por cuya conservacion deban velar de continuo, y cuya pérdida irreparable deban llorar inconsolablemente? ¡Ah! No necesito explicarme mas, pues supongo habreis comprendido desde luego que hablo de la salud del alma, de la vida del espíritu, del porvenir eterno de esos seres que el cielo os concediera en su infinita bondad, no ya únicamente como un don que debeis apreciar por lo que en sí es y por lo que vale respecto de vosotros mismos, si que tambien como un tesoro de

que un día se os pedirá cuenta estrechísima por el que le confió á vuestra custodia. Y ved cómo la paternidad, según decía poco há, al par que es un don inestimable de la Providencia, es al propio tiempo una cualidad ó un atributo que impone al hombre graves obligaciones entre las cuales la primera, la mas esencial y culminante es la educacion. Hed ahí lo que de justicia deben los padres á sus hijos antes que todo y sobre todo, mas que el sustento corporal, mas que los cuidados domésticos, mas que la conservacion de su salud y de sus intereses. Y cuando hablo de la educacion no entiendo bajo este nombre solamente la educacion intelectual que se dirige á ilustrar la inteligencia con aquellos conocimientos que debe adquirir el hombre para vivir en el mundo, brillar en él y proporcionarse una posicion honrosa: sino que entiendo la educacion moral y religiosa que tiene por objeto formar el corazon, hacer al hombre virtuoso, buen cristiano, digno de Dios, de sí mismo, y de la sociedad, y dirigirle hácia la vida eterna que es el fin para que fué criado, y el gran objeto que está llamado á llenar sobre la tierra; porque antes que hijo de su siglo, es hijo de Dios; y antes que hombre de su país, es ciudadano de la patria celestial.

Voy pues á hablaros de los deberes de los padres de familia con respecto á la educacion de sus hijos. Los consideraré como sus maestros, sus jueces, sus modelos y guias. «Como maestros deben instruirles, como jueces deben corregirles, como modelos y guias deben edificarles con saludables ejemplos, mostrándoles con ellos el camino recto de la salvacion.» Hed aquí en estas tres máximas reasumido todo el asunto de mi discurso. Observándolas exactamente llenarán los padres la gran mision que les ha confiado la Providencia, y contribuirán al mismo tiempo al bien de la religion y de la sociedad, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

El primer deber de los padres de familia es, como hemos dicho, instruir como maestros á sus hijos en la mas alta y sublime de todas

las ciencias, la ciencia de la salvacion. Deber importantísimo cuyo cumplimiento exige de ellos el mayor celo y una solicitud incansable, no esperando á que sus tiernas inteligencias se dejen infatuar por el espíritu del mundo, sino comenzando desde muy temprano á inculcarles aquellos principios que indudablemente deben decidir de su porvenir: porque las primeras impresiones rara vez se borran, y las máximas recibidas en la infancia generalmente se conservan aún en medio de los estravíos á que en edad mas madura nos arrastran las pasiones. El alma de un niño es semejante á una blanda cera que recibe con docilidad todas las formas que se la quieran dar. Entonces pues, cuando la criatura conserva todavía la pureza primitiva con que salió adornada de las manos del Criador, cuando el corazon no ha experimentado aun el ponzoñoso hálito del vicio que marchita la bella flor de la inocencia, es cuando los padres deben inculcar y repetir á sus tiernos hijos las saludables enseñanzas de la religion, acomodándose á su capacidad, arrojando poco á poco en aquella tierra blanda y vírgen las fecundas semillas de la doctrina evangélica que en su día deben producir abundantes y sazonados frutos de salvacion, y procurando que entre todos los objetos que se presentan á la vista de un niño, el primero que conozcan sea la virtud, el primero que detesten sea el pecado, el primero que amen sea Dios, que éste sea el primer suspiro que lance su corazon, que su nombre sea la primera palabra que pronuncie su balbuciente lengua. ¡Amables sonidos aunque mal articulados! ¡Dichosa armonía que penetrará los cielos y se hará escuchar del Señor, atrayendo sobre ellos y sobre los autores de su sér toda suerte de bendiciones!

Recordad padres, decia San Agustin, el rango que ocupáis en la familia. Vosotros sois sus apóstoles, sus predicadores y prelados. Vuestros hijos son un precioso depósito que el cielo ha puesto en vuestras manos; vuestra casa es una iglesia particular confiada á vuestro celo; á vosotros cumple ejercer en ella la autoridad del ministerio evangélico; y de consiguiente las grandes verdades del cristianismo, los verdaderos principios de la moral, y el detalle de las obligaciones cristianas son los conocimientos con que debeis enriquecer las almas de vuestros hijos con preferencia á toda otra enseñanza.

Enseñadles en buen hora cuanto hay de mas delicado y espiritual en las artes y en las ciencias: no nos opondremos á ello; pero que sepan ante todo que son cristianos, que tienen un alma inmortal y que su principal objeto en este mundo es servir y amar á Dios, y salvarse. Buscad si os place maestros hábiles que embellezcan sus inteligencias con todo género de conocimientos útiles; pero sed vosotros mismos los que dirijais y forméis sus corazones en la virtud. De este modo os serán deudores de un nacimiento mucho mas precioso que el que han recibido, y si no os hallais en el caso de proporcionarles riquezas, dignidades y una posicion brillante en el mundo, les legareis un bien incomparablemente mas sólido, mas duradero, que nadie podrá arrebatarles, una educacion santa y virtuosa.

¡Y qué huellas tan profundas no suelen dejar en pos de sí estas útiles enseñanzas inculcadas en la infancia! Educada Susana en las severas máximas de la ley, supo resistir con heroísmo á la seducción y conservar intachable su pureza en medio del mayor peligro. Tenia presente el ojo del Señor que todo lo vé, y antes que ofenderle, estaba pronta á sacrificar cuanto hay de mas caro en el mundo, el honor y la vida. Imbuido Tobías desde niño en los principios de la religion supo vivir en el seno de Babilonia sin tomar parte en las abominaciones gentílicas ni en la perfidia de sus hermanos apóstatas. ¿Y qué otra cosa sino la educacion religiosa que recibiera Daniel pudo sostener su virtud contra los atractivos del vicio, y hacerle bastante fuerte para preferir los tormentos y la muerte antes que hincar su rodilla ante los ídolos? ¿Y por qué Joseph tuvo valor suficiente para rechazar las sugerencias de una muger lasciva, aun á costa de su libertad, sino porque su virtuoso padre le habia acostumbrado desde la infancia á temer y servir á Dios? Y hay una gran ventaja en la educacion religiosa que no debemos pasar desapercibida; y es que formado el hombre desde niño en los buenos principios, aun cuando despues ya sea por la fuerza de las malas inclinaciones, ó por la influencia ó mal ejemplo, llegue á relajarse en su conducta, siempre queda una esperanza fundada de que vuelva al buen camino; porque si bien aquellas primeras sémillas de virtud que una esmerada educacion arrojó en su alma se encuentren como

muertas, una vez calmado el fuego de las pasiones con la edad, acaso vuelvan á revivir y produzcan frutos de arrepentimiento que la dispongan á entrar de nuevo en el camino que abandonára. Mas si por el contrario se instruye á los niños únicamente en las reglas de la prudencia humana y de la política mundanal, si solo se les inculcan esos sentimientos que hoy dia están en boga entre las gentes de buen tono, si se les dá una educacion puramente filosófica, cual pudieran hacerlo un Sócrates ó un Platon, si se les enseña desde la infancia á ser orgullosos y petulantes, á menospreciar con altivez á los inferiores, á no respetar á los superiores, á mirar con desden el infortunio, á insultar la desgracia, á considerar la religion como una quimera, el alma como una cosa material y terrestre, y las demás verdades del cristianismo como fábulas ó invenciones humanas; ¿qué esperanza pueden inspirar esos séres, qué puede prometerse de ellos la religion, el mundo, la sociedad en el dia en que las pasiones creciendo con los años y fomentadas por el mal ejemplo, lleguen á ejercer en ellos su funesto imperio? ¡Ah! Díganlo tantos jóvenes libertinos oprobio y mengua de nuestra civilizacion que con el mayor descaro hacen alarde de una impiedad que estremece de espanto. Díganlo tantos hombres criminales azotes de la humanidad, dispuestos siempre á trastornarlo todo, á destruirlo todo y á llenar la tierra de sangre y de ruinas por satisfacer su ambicion, su venganza, y los mas vergonzosos vicios. Díganlo..... ¿Pero á qué producir lo que todos estamos viendo y palpando? Los grandes crímenes, las revoluciones sangrientas, la anarquía, el ateismo, la inmoralidad, todo ese cuadro desgarrador de corrupcion y de iniquidad que presenta á nuestros ojos la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos, no es sino el fruto de la mala educacion. Padres malvados y criminales educaron á sus hijos en la ciencia del mundo desentendiéndose de los principios de la religion, imbuyéronles las máximas detestables de una filosofia insensata sin cuidarse siquiera de enseñarles á conocer á Dios y sus inmortales destinos, y arrojaron en medio del mundo una generacion incrédula y viciosa que con sus escándalos, con su disolucion, con su impiedad consumaron la obra del espíritu de tinieblas, desterrando hasta los últi-

mos vestigios de la virtud y las nociones mas obvias del bien y del mal, divinizando la razon y ofreciendo inciensos á la sensualidad. ¡Oh! ¡Y qué responsabilidad pesa sobre esos padres desventurados! Ellos no solamente fueron la causa de que pereciesen las almas de unos hijos sobre quienes habia corrido la sangre del Redentor, sino que prepararon á la sociedad dias de luto y de ignominia, dias de llanto y de desolacion.

Mas no solo deben los padres ser maestros que instruyan á aquellos á quienes dieran la existencia, son tambien jueces que deben corregir y castigar sus excesos y demasias. El Espiritu Santo inculca este deber de la manera mas apremiante, asegurando que el que no sabe corregir no sabe amar, que si no se castiga al niño discolo y se le deja seguir sus inclinaciones desordenadas, será semejante á un caballo desbocado que se dejará arrastrar por el impetu de las malas pasiones hasta caer en el abismo de la perdicion; que si desde el principio no se procura enfrenar sus caprichos, reprimir su humor, domeñar su orgullo, y hacerle plegar bajo el yugo de la razon mediante una corrección prudente, llegará un tiempo en que sea la afrenta de sus padres y el tirano de su existencia, colmando sus dias de amargura, é imprimiendo sobre sus encanecidas cabezas el padron de su propia ignominia. Tal es el lenguaje divino, lenguaje incontestable y cuya veracidad confirma desgraciadamente la diaria experiencia. ¡Cuántos padres lamentan ahora inútilmente la excesiva condescendencia, la ternura mal entendida, el cariño exajerado que mostraron con sus hijos, sin que les quede otro recurso mas que llorar los funestos efectos de una tolerancia que labró su propia infelicidad y maldecir su criminal indolencia! ¡Ah! Ellos pensaron formar hijos cariñosos y benévulos, y solo lograron formar hijos crueles y desnaturalizados; adoraron en ellos como en su idolo, y el idolo se convirtió en verdugo y tormento de su vida.

¿Y qué otra cosa pudieran esperar ciertos padres que cierran por decirlo así los ojos para no ver las faltas mas irritantes de sus hijos, si es que no las aplauden como unos rasgos de ingenio ó de travesura pueril? ¡Grima y escándalo, mas bien que lástima y compasion causa el ver tantos padres que en el exceso de la loca ternura que les ciega

son los primeros en sancionar y autorizar unos excesos que debieran corregir con la mayor severidad. Para ellos una palabra equívoca ú obscena en boca de sus tiernos hijos no es mas que una gracia que se le debe reir, una espression licenciosa y libertina no es mas que un chiste perdonable, un acto de inobediencia ó rebeldía no es mas que firmeza de carácter y prueba de energía y de teson, una demostracion de arrogancia ú orgullo no es mas que nobleza de sentimientos y grandeza de alma. ¡Desgraciados! ¿Qué haceis? ¿A dónde vais á parar con esa educacion criminal? ¿No veis que os preparais vuestra ruina y la de vuestros hijos? ¿No veis que cada dia vais ensanchando mas la sima á donde ha de sepultaros vuestra debilidad ó vuestra condescendencia? Esperad un poco, y ese arbustillo tierno que hoy no quereis enderezar pudiendo hacerlo fácilmente, corrigiendo sus defectos y dándole la debida direccion, no tardará en hacerse un árbol añoso y robusto que no os será posible dobligar aunque querais, resistirá á vuestros esfuerzos, todo cultivo será inútil, y á pesar vuestro dará frutos de muerte, los frutos que naturalmente debíais esperar de vuestra mal entendida tolerancia. Esos hijos que tanto mimais, se acostumbrarán á no hacer mas que aquello que les agrade, despues querrán que todo el mundo quiera lo que ellos y respeten sus caprichos, hoy os manifestarán indiferencia, mañana os despreciarán, mas adelante intentarán poneros la ley y haceros condescender á sus exigencias criminales, hasta que por último, creciendo con los años su petulancia, su atrevimiento y audacia, concluirán por ser vuestros superiores, dejareis de ser sus padres para empezar á ser sus esclavos.

Al menos si los padres fuesen las únicas víctimas de la torcida direccion de sus hijos, el mal aunque siempre lamentable seria menos funesto. Pero, ¡qué de desgracias, qué de males no preparan á la religion y á la sociedad! Si los hijos de Heli profanaron el templo del Señor, hicieron del ministerio sagrado que ejercian un elemento de venalidad y de injusticia, y dieron al pueblo de Israel el horrible escándalo que les acarreó una muerte cruel, ¿qué otra fué la causa de sus excesos sino la indulgencia excesiva de su padre á pesar de ser tan virtuoso, y la indolencia en corregir y enfrenar sus de-

masías? ¿Y no procede de este mismo origen esa larga cadena de crímenes horrendos que parecen haber aumentado en nuestro siglo en proporcion que la decantada ilustracion filosófica ha cundido en todas las clases sociales, merced á la educacion atea é irreligiosa que recibe la infancia, y mas que todo por la funesta convivencia de unos padres perversos y corrompidos que en vez de castigar en tiempo oportuno los estravios de sus hijos los fomentaron con sus perniciosos ejemplos? Si la estadística criminal ofrece cada año un aumento progresivo, si el robo, el asesinato, la infidencia, el suicidio, la traicion, el cohecho, el regicidio y tantos otros delitos que no pueden enumerarse, se multiplican prodigiosamente en nuestro siglo civilizado, si hay hombres que insultan á Dios, que blasfeman de Jesucristo, que persiguen su religion y hacen gala de un cinismo y de una impiedad sin ejemplo en la historia, si los hay en fin que despues de una vida cargada de delitos de toda especie finalizan sus dias en un patíbulo escupiendo la imágen del Redentor, mofándose de su ministro que en aquellos criticos momentos le recuerda la próxima eternidad para inspirar en sus almas el arrepentimiento, y escarneciendo cuanto de mas sagrado hay en el cielo y bajo del cielo, no hay duda, A. M., que la mala educacion contribuye poderosamente á estos escesos que deplora nuestro siglo, ella es la que inspira esos instintos criminales, ella la que arroja en el corazon humano esas semillas que en su dia producen frutos de muerte, ella la que crea esos hábitos de perversidad que desarrollándose con la edad en la época de las pasiones forman tantos mónstruos no menos funestos á la religion que perjudiciales á la sociedad. ¡Cuántos hay que indudablemente no hubiesen llegado á tal extremo, si la excesiva indulgencia de sus padres en corregir los primeros impetus de una pasion desordenada no les hubiera alentado con la esperanza de la impunidad! ¡Cuántos que hoy son víctimas del vicio hubiesen sido hombres probos y virtuosos, si los autores de su sér armados de un celo racional hubieran ejercido con ellos en la infancia y en la juventud una severidad ajustada á las reglas de la prudencia! ¡Cuántos que en una edad madura son el baldon y el escándalo de su siglo por su conducta altamente inmoral é impia, no se hubiesen dejado

arrastrar por la pendiente del crimen hasta ese abismo de degradación profunda en que yacen, si sus padres, según el mandato espreso del Espíritu Santo, les hubieran hecho plegar bajo el yugo de una santa disciplina, castigando y poniendo freno á sus torcidas inclinaciones tan luego como asomaron en ellos los primeros crepúsculos del vicio! Pero desgraciadamente no lo hicieron así, sino que dejaron impunes sus desmanes si ya es que no los sancionaron y autorizaron con su debilidad, y como era consiguiente, habiendo sembrado vientos no recogieron sino torbellinos, según la espresion de la Sagrada Escritura (1). Mal pudieran quejarse de la perversidad y del libertinaje de unos hijos que á su vez tienen derecho á quejarse de la funesta indulgencia de sus padres que fué para ellos el origen de su perdición y de su ruina.

De poco serviría empero que los padres instruyesen á sus hijos como maestros y los corrigiesen como jueces, si como modelos y guías de su juventud no les edificasen y alentasen con el buen ejemplo, tercero y último deber de la paternidad, de que voy á ocuparme con la brevedad posible. El ejemplo, A. M., es á no dudarlo una voz mucho mas eficaz que la de la lengua, y ejerce una acción mágica, una influencia casi irresistible sobre el hombre, especialmente en los momentos críticos y decisivos en que saliendo este de las tinieblas de la infancia, entra en aquella edad en que la razón se desenvuelve y la inteligencia es capaz de pensar y discurrir por sí sola. Momentos preciosos que los padres deben aprovechar cuidadosamente procurando imprimir en el corazón tierno aun y flexible de sus hijos una forma feliz cuyos contornos duren toda la vida y no se borren jamás. ¿Y cómo conseguirán este resultado? Con el buen ejemplo. Hed aquí padres de familia el medio único, el medio infalible, el elemento poderosísimo que Dios ha puesto por decirlo así en vuestras manos para formar vuestros hijos según los designios de la Providencia. Sea la regularidad de vuestras costumbres la antorcha que los ilumine, sean vuestras virtudes el primer libro en que aprendan á leer sus deberes, vean constantemente en vuestra

(1) Oseæ. VIII. 7.

persona retratado al hombre de bien, al buen cristiano; y de este modo, como quiera que vosotros sois sobre quienes ellos tienen puestos sus ojos, con quienes gustan de conversar y á quienes en todo procuran parecerse, insensiblemente se irá insinuando y conaturalizando la piedad en sus corazones, y echará en ellos profundas raíces que producirán con el tiempo frutos copiosos de virtud. Guardaos cuidadosamente de que jamás os sorprendan en la menor accion que pueda herir en lo mas leve las reglas de la moralidad y del mas severo decoro; pues no hay cosa en el mundo mas digna de respeto que la inocencia, cuyos derechos, no porque no sean tan pomposos como los de esas eminencias sociales que deslumbran nuestra vista, dejan de ser tanto y mas sagrados é inviolables á los ojos de la religion que los mira como los objetos favoritos de la predileccion divina. Si no os recatais, si por el contrario os permitis decir y hacer libremente delante de ellos todo cuanto os place, ¿qué quereis esperar sino que bebiendo insensiblemente la perversidad del mal ejemplo, vuestro pecado venga á ser una especie de culpa original, un pecado hereditario que conservarán hasta el fin de sus dias, que descenderá con ellos al polvo del sepulcro, y en virtud del cual sereis criminales ante Dios aun despues de la muerte? Si no sois virtuosos, inútilmente intentareis ocultar á su vista vuestros desórdenes. ¡Ah! Los niños son naturalmente observadores, y nada se escapa á su mirada penetrante. Desde el momento en que os vean ejecutar una accion criminal, se creerán con derecho á ejecutarla á su vez, al par que vosotros perdereis todo derecho á prohibirsela, puesto que tan luego como trateis de reconvenirles opondrán vuestras acciones á vuestras palabras, apelarán de vuestro fallo á vosotros mismos, y se juzgarán absueltos de sus escesos por la razon lógica de que les habeis autorizado á ser viciosos con vuestras costumbres.

¿Y qué fuerza podrán tener vuestras amonestaciones faltándolas el peso del ejemplo? ¿Cómo os será posible inspirarles la conciencia de sus deberes religiosos presentándoles una conducta diametralmente opuesta á las prescripciones del Evangelio? ¿Cómo quereis que les agrade la oracion, si rara vez os ven doblar la rodilla para

adorar al Señor? ¿Con qué cara les exhortareis á frecuentar los sacramentos, cuando no ignoran que apenas os acercáis al tribunal de la reconciliacion y á la sagrada mesa una vez al año? ¿Cómo esperaréis que se precaucionen contra los arranques de la cólera, no oyendo de vuestros lábios sino espresiones dictadas por la iracúndia y el furor? En una palabra, una madre avezada á estudiar todos los refinamientos del lujo y de la vanidad mundanal, á frecuentar las reuniones profanas, á leer libros perniciosos para conocer las pasiones ajenas y fomentar las suyas propias, á concurrir á los teatros y paseos públicos por el prurito de ver y de ser vista, ¿podrá formar una hija modesta, recatada y virtuosa? Un padre que se muestra infiel en el manejo de los negocios que se le confian, que aumenta sus caudales á fuerza de ágios escandalosos y de irritantes dilapidaciones, cuya desmedida ambicion por el oro le hace duro, inflexible é inhumano con sus semejantes, ¿podrá formar un hijo probo, incorruptible, desinteresado, y caritativo? Imposible. Os engañais torpemente si creéis que porque vuestros hijos sean jóvenes no sentirán la enorme contradiccion que se halla entre vuestros consejos y vuestras operaciones, entre lo que les mandais y lo que ejecutais. En medio de vuestras invectivas, cuando intentéis hacerles un cargo por sus desórdenes, os arrojarán una mirada satírica harto significativa, que equivaldrá á deciros: ¿cómo os atreveis á reprendernos unos vicios de que sois constantemente nuestros maestros? ¿Quién merece mejor la reconvencion, vosotros que nos dais el ejemplo de la iniquidad, ó nosotros que no hacemos sino marchar tras vuestras huellas? ¡Desgraciados! Si es preferible, segun el oráculo terminante del Salvador, arrojarse en lo profundo del mar con una piedra al cuello, antes que escandalizar á los pequeñuelos, ¿cuán criminales no serán los que los escandalizan á todas horas, á pesar de la grave y especialísima obligacion en que están de ser sus modelos y guías con el buen ejemplo? ¿Qué responsabilidad no pesará sobre unos padres tan criminales á los ojos de Dios y ante la sociedad misma? Si aquel les pedirá cuenta estrecha de unas almas que él criara á su imágen para hacerlas aguas moradas del Espíritu Santo, y en las que merced á los escandalosos ejemplos de unos pa-

dres desnaturalizados vé borrados todos los rasgos de semejanza que los hacian objeto de sus complacencias, ¿ cómo no les hará ésta un cargo severísimo de haber sido los principales instrumentos de la ruina de unos seres de quienes tenia derecho á esperar mucho en el porvenir, y de cuyos servicios y virtudes la privaron con su mala educacion? «Yo, pudiera decir con justicia la sociedad á muchos padres, yo esperaba que me diéseis hombres próbos y laboriosos ciudadanos honrados y pacíficos, jóvenes virtuosos y amantes de su patria, y me habeis dado seres degradados y envilecidos, génios discolos y rebeldes, hombres libertinos acostumbrados á todo género de vicios, enemigos del trabajo, apasionados por la independenciam, avezados á la anarquía, móstruos en fin de iniquidad, dispuestos á cada momento á trastornar el órden público, á sublevarse contra toda autoridad, á alistarse en las filas de la demagogia, á atacar los derechos sagrados de la propiedad, á proclamar todos los malos principios, y á sostener á sangre y fuego las máximas corrompidas y antisociales de esa ciencia atea que por do quiera viene sembrando la desolacion y el caos. ¡Oh! ¡Recaiga sobre vuestras cabezas todo el peso de los erimenes de vuestros malaventurados hijos, y que la posteridad inexorable os juzgue, y trasmita vuestros nombres cubiertos de maldicion y de infamia hasta las mas remotas generaciones! Y si esto puede decir la sociedad, ¿ qué no podrá decir Dios cuyos derechos tan impiamente huellan los padres perversos que con sus escándalos hacen de sus hijos otros tantos enemigos del que se los confiara á su custodia para ser los objetos de su amor y de sus delicias?

Pero yo deajo estas reflexiones á vuestra consideracion por no prolongar mas mi discurso, rogándoos encarecidamente que mediteis bien sobre los deberes que como maestros, jueces y modelos de vuestros hijos habeis contraído ante Dios y ante la sociedad; que no perdais de vista que á vosotros cumple cultivar sus inteligencias, y formar desde muy temprano sus tiernos corazones, adoctrinándoles en las máximas sublimes de la religion, corrigiendo sus defectos con prudente severidad y marchando siempre á la frente con el buen ejemplo, teniendo presente que si vosotros que debeis ser sus con-

ductores y guías en el camino de la virtud, los estraviais por los torcidos senderos del vicio, caereis con ellos en el abismo, y sereis responsables de su ruina, y tendreis que expiar en el tiempo y en la eternidad las funestas consecuencias de vuestra mala educacion. Grávense hondamente en vuestras almas estos documentos utilísimos, haced de ellos el objeto de vuestro estudio dia y noche, y practicad constantemente los deberes que el carácter de padre os impone, si es que quereis llenar la gran mision que en el mundo os ha confiado la Providencia y aspirais á merecer bien de Dios y de la religion, de vuestros semejantes y de la sociedad. Solo de este modo os hareis acreedores á que el Señor viendo vuestro celo y satisfecho de vuestra buena voluntad en la educacion de vuestros hijos, os favorezca con sus gracias, y os facilite los ausilios oportunos para llenar dignamente los destinos á que estais llamados. Entónces, si aquellos por su natural perversidad y á despecho de vuestros cuidados se lanzan en las vias de la perdicion y caen en el letargo de una muerte funesta, la mano omnipotente de Jesucristo les resucitará tal vez como al hijo de la viuda de Naim, y os los devolverá morigerados y virtuosos. Y cuanto no, tendreis al menos el consuelo de haber llenado dignamente vuestros deberes; y disfrutareis en la otra vida el premio de vuestro celo por toda la eternidad.

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

GRADOS POR DONDE CAMINA EL PECADOR A LA MUERTE, Y MEDIOS DE QUE
SE SIRVE EL SEÑOR PARA RESÚCITARLE Á LA VIDA DE LA GRACIA.

*Hæc cum dixisset, voce magna clamavit: Lazaro, veni foras. Et statim
prodiit qui fuerat mortuus.*

Dicho esto, gritó en alta voz: Lázaro, sal á fuera. Y al instante salió el
que estaba muerto.

JOAN. XI. 43. 44.

Es indudable, segun el oráculo del Apóstol, que todo cuanto se ha escrito en los divinos libros no tiene otro objeto que instruir al hombre en el cumplimiento de sus deberes y proporcionarle un elemento constante de vida espiritual, precaviéndole contra ese principio de muerte que lleva dentro de sí mismo, y cuya poderosa al par que funesta accion no cesa de experimentar á todas horas. Así es que, todas las figuras, las parábolas, los milagros, los grandes acontecimientos de que está sembrado el Evangelio, nos designan otras tantas verdades utilísimas para el arreglo de nuestra conducta; y sobre todo esas resurrecciones visibles obradas por Jesucristo para demostrar su divinidad á los ojos de un pueblo rebelde é incrédulo, no son en sentir de San Agustin sino unas reglas sublimes que nos propone para obrar nuestra resurreccion invisible á la vida de la gracia que desgraciadamente perdimos por el pecado. Bajo este punto de vista

considero yo el milagro de la resurreccion de Lázaro que hoy nos refiere el sagrado texto, y que solo reproduciré en extracto en gracia de la brevedad. «*Estaba enfermo (dice el Evangelista) un hombre llamado Lázaro, vecino de Bethania, patria de María y de Marta sus hermanas, las cuales enviaron á decir á Jesus: Señor, mira que aquel á quien amas está enfermo. Oyendo Jesus el resado, dijoles: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado.... Y se quedó aun dos dias en el mismo lugar en que se hallaba. Despues de pasados estos, dijo á sus discipulos: Vamos otra vez á Judea.... Nuestro amigo Lázaro duerme, y yo voy á despertarle del sueño. A lo que dijeron los discipulos: Señor, si duerme, él sanará. Mas Jesus habia hablado del sueño de la muerte; y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Por lo que les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, á fin de que creais. Pero vamos á él.... Llegó pues Jesus, y halló que hacia ya cuatro dias que Lázaro estaba sepultado. Y habian ido muchos de los judios á consolar á Marta y María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesus venia, le salió á recibir.... y le dijo: Señor, si hubiéseis estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero bien sé que ahora mismo te concederá Dios cualquiera cosa que le pidieres. Dicle Jesus: Tu hermano resucitará. Ya sé, repuso Marta que resucitará en el último dia. Yo soy, añadió Jesus, la resurreccion y la vida: quien cree en mi, aunque hubiere muerto, vivirá.... Marta se fué y llamó secretamente á María su hermana, diciéndola: El Maestro está aquí y te llama. Apenas oyó esto se levantó apresuradamente y fué á encontrarle.... Y llegando á donde estaba Jesus, postróse á sus piés y le dijo: Señor, si hubiéseis estado aquí, no habria muerto mi hermano. Jesus al ver llorar á ella, y á los judios que con ella habian venido, estremecióse y conturbóse, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Ven, Señor, le dijeron y le verás. Y se le arrasaron á Jesus los ojos en lágrimas.... y llegó al sepulcro.... y dijo: Quitad la piedra. Pero Marta le respondió: Señor, mirad que hiede, pues hace cuatro dias que está ahí.*

Dijole Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron pues la piedra, y Jesus levantando los ojos al cielo, y dando gracias á su eterno Padre.... gritó con voz muy alta: Lázaro, sal á fuera. Y en el instante el que habia muerto salió ligado de piés y manos, y cubierto el rostro con un sudario.»

Ved ahí, A. O., en este hecho considerado en un sentido moral, la imágen mas espresiva de la muerte causada en el alma por el pecado, y el prodigio de su resurrección á la vida espiritual operada por la accion omnipotente de la gracia de Jesucristo. En la muerte de Lázaro y en las circunstancias que la acompañan, veo representado al vivo los grados por donde camina el pecador á la perdicion y los mortíferos efectos que causa en el vicio, arrastrándole al abismo del crimen, al sepulcro de todos los dones de Dios en donde yace yerto cadáver arrojando un hedor pestilencial é intolerable, y al mismo tiempo veo tambien en las circunstancias de la resurreccion de aquel hombre favorecido con la amistad del Salvador «los medios de que se sirve Dios para convertir al alma pecadora, y su infalible eficacia cuando el hombre coopera por su parte y se muestra dócil á los divinos ausilios.» En una palabra, muerte del alma ocasionada por el pecado, resurreccion del alma operada por la gracia, hed simplificado todo el asunto de mi discurso: Invoquemos ante todo las luces celestiales, por la intercesion de la santísima Virgen, dirigiéndola la salutacion angélica,

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Asi como en el curso ordinario de las cosas la muerte repentina es un fenómeno, porque regularmente se llega á ella por grados guardando los períodos de una enfermedad mas ó menos activa y violenta, segun que es mayor ó menor la accion de las causas que la determinan, del mismo modo es evidente que á pesar de la natu-

ral propension que háy en el hombre al pecado á consecuencia de la caída primitiva, no siempre se pervierte de repente, sino que por lo comun vá caminando gradualmente y con lentitud por la senda del vicio hasta llegar al abismo del mal. La muerte material de Lázaro nos ofrece un bosquejo bastante espresivo de los grados por donde marcha el pecador á la muerte espiritual, y de los efectos que en su alma causa el pecado. El primero es una debilidad estrema para todo lo que se refiere al servicio de Dios; después pasa á un estado de adormecimiento letárgico que le hace insensible á sus deberes y al negocio de su salvacion; de allí á la muerte ó sea á la pérdida de la gracia que es la vida del alma, no hay mas que un solo paso; inmediatamente sigue á esto la reincidencia en el pecado que le sepulta en cierto modo al pecador en el hábito del crimen, y por último concluye inficionando y corrompiendo á los demás con sus máximas y perversos ejemplos, y esparciendo por do quiera un contagio mortal y sobremañera funesto. Así es, dice un sábio orador, como se verifica todos los dias ese misterio de iniquidad, y por estos grados vá deslizándose insensiblemente el alma de esceso en esceso, de pasion en pasion, hasta quedar sepultada en el fondo del abismo.

Y en cuanto al primero, que es la debilidad para todo cuanto se refiere al servicio de Dios, nada mas natural y frecuente en el hombre que se deja herir por el contacto del vicio, que esa relajacion de costumbres, ese disgusto, esa antipatia tan marcada que experimenta hácia el bien. Tan luego como marchitada su alma con el viento abrasador de los placeres mundanales ó alucinada con el atractivo de las pasiones empieza á enfermar, todo acto de virtud, toda práctica religiosa, todo deber cristiano pierde para ella su primitivo encanto, y en su consecuencia la devocion la causa tédio, la oracion la parece enojosa y pesada, la penitencia la asusta, la frecuencia de los sacramentos la considera como una carga insoportable, no oye ya con interés la palabra de Dios, ni experimenta gusto alguno en la asistencia al templo santo, ni cuida de llenar aquellos deberes en cuyo cumplimiento encontraba un dia su mayor delicia. Debilidad altamente injuriosa al Señor que por tantos títulos exige que el hombre le ame y sirva con todo el fervor que merecen sus inmensos be-

neficios, y rechaza y abomina los sacrificios de un alma tibia y disipada que ni se deja mover de las inspiraciones divinas, ni se muestra agradecida á los inestimables dones del cielo, ni la intimidan los terribles juicios de Dios, ni se cuida de propagar su gloria. Languidez no menos perjudicial y funesta al hombre mismo, puesto que le constituye en un estado morbozo en que la curacion se hace muy difícil y casi imposible, por cuanto indiferente á todo, insensible á lo que pasa á su alrededor, ni reflexiona los riesgos que puede correr en una situacion tan anómala, ni trata de poner los medios oportunos para evitar las sorpresas del enemigo, antes bien vive en una engañosa seguridad fundada en su aversion á ciertos pecados graves que hasta entonces no ha cometido. ¡Como si esa misma indolencia con que mira el servicio de Dios y la salvacion de su alma no fuese de suyo una predisposicion marcada á incurrir en mayores escesos, tanto más cuanto que se encuentra menos dispuesta á hacer frente á los atractivos del vicio y al ímpetu de las pasiones! Mas no nos detengamos en reseñar este primer estado del pecador, y pasemos á considerarle en el segundo grado de perdicion, ó sea adormecido en un profundo letargo respecto de sus deberes religiosos y de su eterno porvenir.

Para poder formar una justa idea de los efectos de este adormecimiento espiritual, bástanos compararle con el sueño natural: pues á la manera que cuando el hombre duerme, todas las funciones de sus sentidos se hallan suspendidas y es incapaz de obrar cosa alguna de un modo racional, así tambien cuando su alma se halla adormecida en el vicio, ni vé aunque tenga ojos, ni oye aunque tenga oídos, y lo que es todavia peor, por efecto del desórden causado por el pecado en sus facultades intelectuales, confunde la esencia y los nombres de las cosas, y el bien le parece mal, y trueca el error con la verdad, y llama luz á las tinieblas, y tinieblas á la luz, segun la profunda espresion de un profeta (1). En vano pues se intentaria hacer despertar al pecador de este letargo funesto; por demás sería que se le quisiese hacer escuchar la voz del deber ó el grito de

(1) Isaie. V. 20.

la conciencia. Semejante á Jonás que en medio de la mas horrorosa tempestad y cuando todos los demás estaban poseidos de espanto á vista de un inminente naufragio, dormia profundamente en el buque sin cuidarse de lo que acontecia, el hombre en ese estado de adormecimiento espiritual descansa al borde del precipicio, sin apercibirse de ello, camina hácia el abismo de la eternidad sin hacer caso de lo que allí le espera, marcha á pasos agigantados á la muerte, y la muerte no le intimida, porque en situacion tan lamentable ha perdido la sensibilidad, y nada le hace impresion ni aun las mas terribles verdades que en otro tiempo le infundian un saludable temor. Acercaos á él y decidle que la hora suprema puede sorprenderle como un ladron cuando menos lo piense; recordadle que despues de esta vida hay reservado un juicio sin misericordia para el pecador impenitente; gritadle que un Dios justamente encolerizado ha protestado vengarse horriblemente de los que menosprecian sus ausilios, y gozarse en su eterna ruina; repetidle... Pero todo es inútil. Hubo un tiempo en que su alma, si bien lánguida y enferma, todavía se mostraba sensible á esos dogmas aterradores de nuestra religion, y al escuchar la voz del ministro del Evangelio que los anunciaba al pueblo fiel, sus ojos se humedecian en llanto, su alma experimentaba á pesar de su tibieza ciertos movimientos saludables, y surgian en su corazon algunos débiles deseos de virtud. Mas ahora que el Señor en justo castigo de sus infidelidades ha permitido que caiga sobre ella el espíritu de adormecimiento, y que sus ojos no vean la luz que la alumbraba ni sus oidos escuchen la voz que la habla, no esperéis que despierte de ese funesto letargo, ni que el remordimiento produzca en ella el menor efecto, ni que el peligro la alarme, ni que el recuerdo de sus pecados la mueva á compuncion, ni que la aproximacion del juicio la afecte, ni que se sobrecoja con la perspectiva de un porvenir eterno. Y en este estado, ¿qué otra cosa puede esperar sino la muerte espiritual, consecuencia lógica y necesaria de ese sueño letárgico?

Tal es, A. O. M., el tercer grado de la perdicion del hombre y el tercer efecto del pecado. Rotas enteramente las relaciones que le unian con su Dios, desprovisto de la gracia que era su vida á con-

secuencia de sus excesos, ya no representa sino el aspecto de un cadáver sin movimiento, sin acción, sin vitalidad, é impotente para ejecutar obra alguna digna de recompensa, porque le falta la caridad único principio del merecimiento. ¡Muerte funesta! ¿Quién será capaz de pintar con sus verdaderos coloridos ese estado del hombre que le constituye enemigo de Dios, objeto de su cólera y víctima de su venganza? ¡Desgraciado! Unido á Dios por la gracia, encontraba en él la luz de su inteligencia: separado de él no palpa mas que espesas tinieblas y sombras espantosas que por do quiera le rodean. En esa union feliz encontraba la rectitud y la regla legítima de su voluntad: en su separacion se encuentra vicioso, desordenado y culpable de todos los crímenes. Unido á Dios, gozaba de una vida espiritual, la vida de los ángeles: separado de él arrastra una vida meramente animal, la vida del placer y de las sensaciones exteriores. En el primer caso tenia un derecho incontestable á la gloria y á la inmortalidad: en el segundo solo puede esperar una muerte eterna y una reprobacion sin fin. Hed ahí la realidad de esa existencia facticia que aparentan tener muchos cristianos, bajo cuyas brillantes exterioridades se oculta el frio glacial de la muerte. ¡Cuántos hay que en concepto del mundo son tenidos por hombres virtuosos, incorruptibles y justos, y á pesar de estas apariencias seductoras no abrigan en sus almas sino injusticia, corrupcion y vicios detestables! ¡A cuántos que pasan en la sociedad por sujetos intachables y aun si se quiere edificantes, se les pudiera decir lo que á aquel prelado del Apocalipsis: «Vosotros tenéis el nombre de vivos, y en la realidad estais muertos (1).» Inútil es que aparenteis desprendimiento, caridad, modestia y otras virtudes que no poseéis, cuando es evidente que no sois mas que unos sepulcros blanqueados, en cuyo interior se encierra la ambicion, la lujuria, el egoismo y otros vicios no menos vergonzosos y repugnantes cuya hediondez tratais de ocultar con vuestra refinada hipocresia. En buen hora que esta os ponga á cubierto de la censura pública, y que logreis engañar mañosamente á los hombres que solo ven lo que cae bajo el imperio de los sentidos;

(1) Apocal. III. 1.

mas no por eso os será posible engañar á Dios que lee en lo mas escondido de vuestros corazones, ni evitar su indignacion, ni parar los golpes de su justa venganza, si luego, luego no procurais volver á esa vida divina que perdisteis pecando, por medio de aquel que es el camino, la verdad y la vida esencial del alma, y á cuya omnipotencia está reservado resucitar los yertos cadáveres, y hacer que los huesos áridos y descarnados tomen movimiento al eco de su voz irresistible.

Mas no siempre el pecador escucha el grito de la gracia que le llama á la vida, antes es muy frecuente el ver á los hombres pasar tranquilos en ese estado de muerte espiritual, y sepultarse en el hábito del pecado, que es el cuarto grado de su perdicion. ¡Oh! ¡Plugiuese al cielo que no fuesen tantos esos Lázarus desgraciados, muertos á la vida eterna no ya de cuatro dias, sino de muchos años, que ligados de pies y manos para obrar el bien, y cubiertos sus semblantes con el ignominioso sudario de una indiferencia criminal que no les deja ver su estado peligroso, van hundiéndose cada dia mas en el sepulcro que abriera á sus pies el vicio, haciendo así mas difícil si no imposible su resurreccion! Cuando el hombre se deja arrastrar al crimen por un mero efecto de debilidad, ó empujado por la violencia de unas pasiones que todavía no han llegado á ejercer sobre su alma un poder tiránico, ese milagro de la gracia puede verificarse fácilmente, por cuanto en este estado aun le queda al infortunado pecador el recurso de volverse á Dios por medio de ardientes plegarias: y el Señor que es rico en bondad, y no quiere la muerte del culpable sino que se convierta y viva, no hay duda que le proporcionará los auxilios necesarios para romper las ligaduras que le tienen sujeto y desembarazarse de todos los obstáculos que se oponen á su conversion. Pero cuando á fuerza de frecuentes recaidas se ha constituido ya en una habitud funesta de pecar; cuando bien hallado en la desgracia de Dios se ha ido creando nuevos embarazos de conciencia, y añadiendo al enorme peso de culpas que le abruman el peso aun mayor de nuevas intrigas, de negocios ilícitos ó de alianzas criminales de que no se puede desentender sin ponerse en evidencia con el mundo; cuando sus excesos le han condu-

cido á un confuso laberinto de donde no sabe salir, porque tiene á su cargo reparaciones difíciles, cuantiosas restituciones y satisfacciones dolorosas á que se opone su orgullo ó su ambicion; cuando en suma ha cargado sobre sí la responsabilidad de la ruina de sus semejantes en virtud de sus injusticias y dilapidaciones, ó se ha hecho cómplice en sus delitos..... ¡ ah! ¡ cuán difícil es, esclama San Agustin, que el hombre á quien el pecado tiene esclavizado de este modo, pueda quebrantar tan fuertes lazos y levantarse de ese sepulcro, de ese abismo insondable (1)!

Y si no solamente se halla sepultado como Lázaro, sino que como él hiede ya porque del hábito del vicio ha pasado al último grado que es la corrupcion, y con sus ejemplos perniciosos ha inficionado las almas de sus prójimos, y con sus consejos perversos las ha comunicado ese principio de infeccion, y con sus costumbres inmorales ha propagado el contagio á otros corazones virtuosos é inocentes, entonces, A. O., ¿ qué hay que esperar de ese cadáver en disolucion? ¿ Quién será capaz de devolverle los espíritus vitales? Menester será que todo un Dios agote por decirlo así su omnipotencia para operar tamaño prodigio; preciso será que Jesucristo ponga en juego toda la virtud de su gracia para arrancar esa alma del seno de la muerte. Si alguna vez las lágrimas que el Salvador vertiera sobre el sepulcro de Lázaro pudieran ser dignas de un Dios infinitamente misericordioso y clemente, nunca mejor, dice el citado doctor, pudiera derramarlas que sobre un alma criada un día á su imagen y semejanza, redimida en el Calvario á precio de su sangre divina, y ahora esclava del demonio y muerta y sepultada y hedionda á consecuencia de sus reiterados crímenes. ¿ Pero bastará que el Señor se conturva y lllore como en la muerte de su amigo? ¿ Será suficiente que esforzando su poderosa voz llame al pecador y le diga: « Sal á fuera » para arrancarle del sepulcro del pecado y devolverle la vida de la gracia? No, sino que es de absoluta necesidad que él coopere por su parte á ese gran prodigio con su docilidad á las inspiraciones de la gracia. Vis-

(1) ¡ Quam difficile surgit, quem tanta moles consuetudinis premit!
(S. August.)

tos pues en la muerte de Lázaro los grados por donde el pecador camina á su perdicion, veamos ahora en la resurreccion del mismo los medios de que Dios se vale para resucitar al alma muerta por la culpa, y lo que esta debe hacer para lograr su conversion.

Grave sobre difícil empresa debe ser la conversion de un pecador, como observa San Juan Crisóstomo, y tanto mas digno de asombro el milagro de devolver la vida espiritual á un alma muerta á la gracia que el resucitar á un cadáver, cuando los mismos enemigos de Jesucristo, los que con mas empeño se obstinaban en desconocer y negar su divinidad aun á vista de las repetidas resurrecciones operadas por él, no podian menos de llenarse de admiracion cuando le veian perdonar los pecados, persuadidos como estaban de que solo un Dios era capaz de hacerlo. Y en efecto, él únicamente que pudo resucitar á Lázaro muerto de cuatro dias y en estado de putrefaccion, es el que puede resucitar al pecador llegado á ese estado lamentable y desgraciado en que le hemos descrito. Las mismas circunstancias que mediaron en aquel memorable acontecimiento, son las que comunmente median en la resurreccion espiritual del alma pecadora.

Y en cuanto á lo primero, allí vemos que Jesucristo se deja mover de los ruegos y de las lágrimas de dos almas justas para apresurarse á verificar el prodigio. Las plegarias de Marta y María, sus instancias fervorosas acompañadas de una fé ardiente y de una firme esperanza, tocan el corazon del Salvador, hieren su sensibilidad hasta el estremo de hacerle verter llanto, y le deciden á marchar sin detencion alguna al sepulcro de Lázaro. ¡Tan cierto es que la oracion del justo hace descender al corazon humano los raudales de la divina gracia, y es la llave que franquea las puertas del inagotable tesoro de las misericordias del Señor! Hed ahí la primera circunstancia que debe preceder á la conversion del pecador, la primera disposicion que exige de él la gracia para obrar el gran prodigio de la resurreccion espiritual de las almas. Y no porque Dios no esté siempre dispuesto ó le falte la voluntad de verificarlo, puesto que es de fé que su mayor gloria y su gozo mas inefable es ver tornar á la vida á los que estaban muertos por la culpa, sino que quiere que estos contri-

buyan de suyo con sus plegarias, y le pidan y le insten y no se cansen de demandarle sus divinos auxilios. Mas como quiera que el pecador en el estado de muerte nada puede obtener para sí, nada merecer con relacion á la vida del espíritu ni conseguir por sí propio su justificacion, siquiera á veces el Señor tome en cuenta sus suspiros y sinceros deseos para dejarse ablandar mas fácilmente, desea y es su voluntad que las almas justas intercedan y rueguen por el culpable, bien así como lo hicieron entre otros Estéban en favor de Saulo perseguidor de Jesucristo y Mónica por su hijo Agustino sepultado en el abismo del error, lo cual constituye uno de los dogmas mas consoladores del catolicismo, que es la comunión de los santos, ó sea la obligacion en que están los fieles de orar y pedir recíprocamente los unos por los otros. ¡Y cuántas almas que hoy viven en la region de la inmortalidad hubieran acaso permanecido muertas para siempre, y descendido desde el sepulcro del pecado en que yacian sepultadas al abismo sin fondo del infierno, á no haber mediado por ellas las oraciones de otras almas amigas de Dios! ¿No se atrevió á decir San Fulgencio que si la Iglesia tuvo la gloria de poseer en San Pablo al apóstol de las naciones, y en San Agustin al admirable doctor de la gracia, lo debe en mucho respecto de aquel á los ruegos del primer mártir del cristianismo, y respecto de éste á los de su santa y virtuosa madre? Sea empero de esto lo que quiera, y sin atrevernos á sondear el profundo abismo de los consejos divinos y los incomprendibles arcanos de la gracia, fuerza es convenir en la necesidad de implorar sus auxilios para conseguir la conversion; pues escrito está: «Pedid, y recibireis, llamad y se os abrirá.» Y si por el contrario, bien hallados en nuestros crímenes no tratamos de levantarnos de la profunda postracion en que estamos sumidos mediante un deseo sincero de la vida eterna, y con nuestros ardientes suspiros hácia el principio de todo bien; si no tenemos quien á imitacion de Marta y María se interesen por nuestra salvacion, diciendo á Jesucristo con fé viva é inalterable confianza: «sabemos muy bien que todo cuanto pidieres á Dios te será concedido;» si no le importunamos para que se compadezca de nuestra desgracia, tarde ó nunca vendrá á nosotros el Salvador, difícilmente nos enviará las gracias

eficaces para convertirnos. Mas haciéndolo así, no temamos que su corazón se endurezca y se muestre insensible á los ruegos de un alma contrita y humillada. Se acercará al sepulcro, esto es contemplará con ojos piadosos el abismo en que estamos sepultados, experimentará hácia nosotros un sentimiento de ternura, y desde luego ordenará que se levante la piedra que cubre el cadáver, como lo hiciera en la resurreccion de Lázaro, segunda circunstancia de la resurreccion espiritual del pecador.

Esa piedra en sentir de San Agustin la constituyen los obstáculos que el hombre opone frecuentemente á su conversion. En ella están figuradas las ocasiones de pecar, los hábitos viciosos, las pasiones desordenadas, los escándalos y otras varias causas que impiden que el culpable pueda salir del sepulcro en que le arrojára el pecado. Fuerza es pues quitar desde luego esa piedra, preciso es remover ese peso enorme, renunciando á todos los atractivos del vicio, huyendo de todos los compromisos en que puede naufragar la verdad, rompiendo las relaciones criminales que nos tienen aprisionados, evitando cuidadosamente las amistades peligrosas, y dando de mano en una palabra á cuanto puede servir de embarazo al objeto que nos proponemos. De otro modo, ¿no seria un insulto pretender que Dios obrase en nosotros el milagro mas admirable de su omnipotencia sin contribuir por nuestra parte en lo que podemos, sin facilitar el acceso á su divina gracia, antes bien oponiéndola una resistencia tenaz con nuestra adhesion al pecado? ¿Ignorais acaso pecadores que el que os crió sin necesidad alguna de vuestro concurso, no puede salvaros sin él, y que vuestra voluntad es el primer elemento con que cuenta para realizar vuestra conversion? ¿O querríais que fuese un Dios ciego ó indiferente que prodigase y envileciese sus milagros al capricho del hombre? ¡Desgraciados! Harto debeis á su bondad inmensa en prestarse á resucitaros á pesar del indisputable derecho que tiene á abandonaros á las horribles consecuencias de una muerte que voluntariamente buscásteis, sin que querais exigirle una cosa que le seria absolutamente imposible. A vosotros cumple ser los primeros ejecutores de esa resurreccion portentosa. Levantad la piedra que cubre vuestro sepulcro, quitad todos los obstáculos que se presentan,

ahuyentad de una vez todas las ocasiones de volver á ofender al Señor; retirese el avaro de esas negociaciones en que rara vez sale ileso la justicia, sepárese el lujurioso de esos sitios de donde casi nunca se salva su castidad, apártese el libertino de esas amistades que comprometen su fé y corrompen sus costumbres, arroje el jóven incrédulo ó immoral esas producciones de muerte que inoculan en su alma el veneno activo y funesto de la irreligion y del vicio, y entonces Jesucristo hará resonar su voz omnipotente, arrancándoos de la tumba como lo hizo con su amigo Lázaro, tercera circunstancia que precedió á su resurreccion. Y á esa voz que penetra en el fondo de los sepulcros y á cuya accion son impotentes para resistir los cedros del Líbano, verificaráse el milagro, os levantareis del letargo en que os tenia sepultado el vicio, y prévia la absolucion de los ministros del Señor á quiénes ordenará que os desaten de las ligaduras de vuestros pecados, al modo que mandó á los judíos que desatasen á Lázaro de sus vendajes, pasareis de la muerte á la vida, y como hombres resucitados marchareis por las vias de la salvacion, hasta llegar á la eternidad dichosa que Dios tiene reservada á los que se convierten como premio del arrepentimiento y de la penitencia.

Sea así, A. O. M., y ya que en la muerte de Lázaro hemos visto una imágen espresiva de los efectos que causa en nuestras almas la culpa, debilitándolas primero para obrar el bien, adormeciéndolas despues en un profundo sueño que las incapacita de ver los peligros que las rodean, despojándolas en seguida de la vida de la gracia, sepultándolas luego en el hábito del pecado, y haciéndolas por último un foco de infeccion que propaga por do quiera el contagio con el mal ejemplo, procuremos salir cuanto antes de este estado tan funesto, cualquiera que sea el grado en que nos encontremos, recurriendo al cielo con ardientes suspiros, con fervorosas plegarias, con sinceros deseos de conversion, removiendo todos los obstáculos que á ella pudieran oponerse. Y no dudemos que aquel que con su palabra de infinito poder llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó despues de cuatro dias, nos resucitará á la vida de la gracia y nos hará dignos de ceñir la diadema de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE PASION.

GRANDEZA Y SUBLIMIDAD DE LA DOCTRINA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON DIOS Y CON EL HOMBRE, Y CAUSAS QUE DETERMINAN LA RESISTENCIA QUE Á ELLA OPONE LA INCRECULIDAD.

¿Quis ex vobis arguet me de peccato? Si veritatem dico vobis, ¿quare non creditis mihi?

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, por qué no me creéis?

JOAN. VIII. 46.

JAMÁS hombre alguno dirigió á sus semejantes un argumento tan convincente é irresistible como el que Jesueristo hiciera á los judios rebeldes que se obstinaban en su incredulidad, segun nos refiere el Evangelio de este dia. Como quiera que todas sus palabras y acciones eran intachables, y su doctrina la mas pura y sublime, no teme ponerse en evidencia, no rehuye la luz, él mismo la busca, y con aquel tono de firmeza y seguridad que dá la virtud y una vida irreprehensible, les dice: «¿Quien de vosotros me convencerá de pecado? Si pues os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios.» Menester era ser mas que un puro hombre, era preciso ser un Dios para poder hablar este lenguaje tan nuevo, tan desusado y original como elocuente y persuasivo. La fuerza del racionio que envuelve no hubiera podido me-

nos de desconcertar todos los proyectos de la envidia, y deshacer los sofismas de la impiedad de aquellos hombres pervertidos, si sus inteligencias hubiesen estado menos oscurecidas con las tinieblas del error, y sus corazones sobre todo menos prevenidos contra el que les hablaba por el ódio y demás pasiones que les cegaban. Y por estarlo tanto, lejos de dejarse convencer por la verdad que el Salvador les presenta con los caracteres mas luminosos, en vez de abrir sus ojos á la luz que se desarrollaba delante de ellos en toda su claridad y esplendor, obstinanse en su incredulidad, apelan á la calumnia, á la maledicencia, al sangriento epigrama, y le dicen: *¿No decimos bien nosotros que tú eres Samaritano, y estás endemoniado?* En vano es que Jesucristo apresurándose á tapar aquellas bocas maldicientes con un nuevo argumento que pone de manifiesto su origen divino, les conteste: *«Yo no estoy poseido del demonio, sino que honro á mi Padre, en vez de que vosotros me habeis deshonrado á mi. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre.* Los judíos, agigantándose por decirlo así en proporcion que la evidencia de la verdad les estrecha, y dando mayores proporciones á su sacrilega audacia, intentan tornar á favor suyo las palabras del Salvador tan propias para achicarles y anonadarles, y con un refinamiento de cinismo nunca visto, esclaman: *«Ahora si que acabamos de conocer que estás poseido de algún demonio. Abraham murió, y murieron tambien los profetas, y tú dices: quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió: y que los profetas, que asimismo murieron? A lo que Jesus les contestó: si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria no vale nada: pero es mi Padre el que me glorifica; aquel que decís vosotros que es vuestro Dios, y á quien vosotros no habeis conocido; yo sí le conozco: y si dijere que no le conocia, seria como vosotros un mentiroso; pero no solo le conozco bien, sino que observo sus palabras.»* Por último, habiendo dicho Jesucristo que su existencia era anterior á la de Abraham, los judíos cogieron piedras para tirárselas, y el Salvador tuvo que salir

del templo y ocultarse de la vista de aquellos hombres envidiosos y vengativos.

Escenas muy análogas se repiten frecuentemente en el seno del cristianismo. Si no hay judíos obstinados que contradigan é insulten personalmente á Jesucristo porque se declare hijo de Dios, abundan empero incrédulos de todos matices y libertinos semi-sábios, que con la mayor audacia pongan en duda su divinidad; y los háy en mayor número que afectando per una parte respeto y admiracion á la doctrina del Evangelio especulativamente considerada, la menosprecian no obstante en la práctica. ¡Y cuántas veces en el delirio de una exaltacion febril han llegado á blasfemar de ella y de su inefable autor, y á encarnizarse contra los ministros de Dios que la enseñan! Pero dejando aparte esto, y sin limitarnos á esta ó aquella escuela, á esta ó aquella opinion en particular, nos dirigiremos hoy indistintamente á todos cuantos bajo cualquier concepto impugnan la doctrina católica, haciendo ver que ella es la única que, como el Salvador, puede decir á todos: «¿quién de vosotros me arguirá de pecado?» la única que puede provocar el exámen de la ciencia sin temor de que se la señale un solo punto en que no se muestre á todos luces grande, sublime, divina y superior á todas las enseñanzas humanas; y por consiguiente la única que tiené derecho á reconvenir á los hombres por su incredulidad con el mismo argumento empleado por Jesucristo contra los judíos: «Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» El exámen pues de «la grandeza y sublimidad de la doctrina católica y de los motivos en que la incredulidad funda su resistencia á esta doctrina tan pura é intachable,» formará el asunto de vuestra atencion y de mi discurso. Pidamos ante todo las divinas luces, dirigiéndonos como medianera á la Santísima Virgen, saludándola al efecto con las palabras del Angel

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Toda la economía de la doctrina católica está basada sobre el gran principio que establece las relaciones del hombre con Dios y los lazos que le unen con sus semejantes. Ya en otro discurso procuré demostraros que en virtud del rompimiento de esas relaciones que ponen al ser racional en comunicacion directa con el Ser supremo, su inteligencia queda envuelta en las espesas tinieblas de la ignorancia y del error, y víctima su corazon de todos los escesos que le corrompen y envilecen. Por un efecto contrario, la doctrina católica reanudando los lazos de aquella feliz union, ilustra la inteligencia humana comunicándola las mas sublimes nociones acerca de Dios, al par que ennoblece el corazon inspirándole las mas bellas virtudes.

Y en cuanto á lo primero, ¿qué idea tan luminosa del Sér supremo no nos dá la doctrina católica cuando nos le representa como único objeto de nuestro culto, desenvolviendo los motivos en que éste se funda! Ella nos le pinta con los mas vivos coloridos existiendo en sí mismo desde la eternidad y dando el sér en el tiempo á todas las criaturas. Dirigidos por ella asistimos al grandioso espectáculo de la creacion, y vemos desenvolverse el caos y surgir el mundo de la nada al eco de su voz omnipotente, y cubrirse la tierra vírgen de una vegetacion rica y abundante, y estenderse á manera de un manto la bóveda inmensa de los cielos de donde penden innumerables astros que tachonan el firmamento; vemosle señalar al mar los limites de donde no deben pasar sus ondulantes aguas, sembrar la luz en nuestras vastas campiñas constituyendo dos planetas gigantes que presidan al dia y á la noche, formar la cadena de los acontecimientos, fijar los destinos de los imperios, echar por tierra los tronos, despedazar los cetros, reducir á cenizas todos los monumentos del humano orgullo, y dar sus leyes, y ser el árbitro supremo de todo cuanto existe.

Verdad es que á pesar de los extravíos de la humana inteligencia estas verdades primitivas no desaparecieron del todo en la oscura noche del paganismo, si bien es indudable que quedaron tan desfiguradas que apenas era posible vislumbrar sus resplandores por entre las negras sombras del error que cubrían el horizonte intelectual de los antiguos pueblos. La idea del poder supremo separado de las puras nociones de la verdadera religion, producía efectos mas funestos que la impiedad misma. Por do quiera veíanse altares, víctimas y sacrificadores; pero altares levantados por el terror, víctimas inmoladas por la supersticion, y sacerdotes que traficaban con la credulidad de un vulgo que temblaba á los piés de su ídolo como tiembla el criminal en presencia de un tirano extravagante y sanguinario. La doctrina católica con sus sublimes principios eleva el hombre sobre los errores de la supersticion y del fatalismo, inspirándole esa adoracion noble, esa dulce piedad que vá siempre unida á la confianza y al amor; represéntale la divinidad bajo unas relaciones que hacen preciosos sus atributos, que alimentan nuestro reconocimiento, y calman nuestros temores sin disminuir nuestro respeto; enséñanos que el uso de su supremo poder lejos de estar abandonado á los decretos de un destino ciego é irresistible, está siempre regulado por las leyes invariables de su sabiduría, de su justicia y de su misericordia. En medio de tantas obras que publican la gloria del Señor, hácenos ver al hombre dichoso bajo la accion de una Providencia atenta á proveer á sus necesidades, mandando en jefe á todas las criaturas, y encargado de rendir el justo homenaje de gratitud que ellas deben á su autor inefable. Así que el hombre, aparece en el mundo como el único objeto de las complacencias de Dios, como el fin de todas las producciones de la naturaleza, y el lazo que anuda las diferentes partes de este vasto universo. Por él prodiga la tierra sus tesoros, elévanse las nubes y condensándose en el aire se disuelven en lluvias benéficas, las estaciones se suceden periódicamente, y los deslumbradores rayos del sol derraman su rica influencia, y vienen á disipar las sombrías tinieblas de la noche alegrando con su claridad á toda la naturaleza.

Tales son las nociones luminosas que la doctrina católica nos dá del

Sér supremo y de su adorable Providencia que rige los destinos de la humanidad. Según ellas, nada tienen que temer los mortales bajo la acción de un Dios que no desdeñándose de cuidar de los lirios del campo, y que proporciona el sustento á las aves del cielo, mucho menos abandonará las criaturas formadas á su imagen á los horrores de la indigencia; puesto que si es cierto que á veces las deja gemir bajo el peso del infortunio ó del dolor, víctimas de la arbitrariedad, de la injusticia, de la venganza y demás pasiones humanas, viendo deslizarse sus días en el llanto y correr su existencia en medio de las privaciones más amargas, no por eso se manifiesta menos amante y solícito el Señor con los que así aflige para consolarlos, hiriéndolos como padre para curar sus llagas, según la elocuente frase de San Agustín, y permitiendo sean probados en el crisol de la tribulación para purificarlos de sus manchas y hacerlos dignos de su gloria.

«De estas nociones luminosas que nos representan al Sér supremo amando á las criaturas y ocupado incesantemente en hacer su felicidad, dice un sábio orador, la doctrina católica hace surgir la necesidad de un culto basado sobre los dos sublimes cimientos de la gratitud y del amor. Ella establece ese gran precepto de la caridad, cimiento de toda religion, fin de todas las leyes, y la única que funda en nuestras almas el reinado de la justicia. En virtud de este precepto que nos impone el deber de amar á Dios de todo corazón y con todas nuestras fuerzas, queda restablecido el comercio del hombre con la divinidad; una adoración noble sucede al temor supersticioso y servil de la idolatría; el aparato exterior y respetable del culto es animado por un espíritu de sólida piedad; desvanécese la perfección quimérica que sustituye al deber las reglas arbitrarias del capricho humano; caen derrocados los ídolos, así los que son adorados en los altares como los que cada uno adora en su corazón; el hombre en vez de querer asemejar á Dios á sí mismo, procura asemejarse á él conformándose en un todo con su voluntad soberana; la devoción descartada de las debilidades del amor propio, ennoblece los sentimientos y forma las almas grandes y generosas; donde quiera se dejan sentir la elevación de las máximas de la religion católica y la sublimidad de sus principios; la virtud llena de una razón subli-

me, ocupa un justo medio, y viene á ser respetable aun para aquellos mismos á quienes el torrente de las pasiones precipita en los excesos del vicio.» Nadie, pues, como la doctrina católica despues de su autor inefable, puede provocar el paralelo entre ella y todas las doctrinas humanas, y decir sin temor de ser reprochada ni desmentida: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?» *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* Examínense sino sus principios en sus relaciones con la sociedad, y véase si se manifiesta menos sublime al esponer los motivos que nos unen con nuestros semejantes.

Nadie ignora que el origen de todos los males sociales es ese fondo de amor propio que el hombre degradado lleva en su corazón, en virtud del cual considerándose á sí mismo como el centro del universo, no mira á las demás criaturas sino como otros tantos instrumentos de su felicidad, convirtiéndolas en objetos de su ódio tan luego como llegan á ser un obstáculo al logro de sus deseos. Y de esa pasión perniciosa disfrazada bajo diversas faces, nacen las infamias, las traiciones, las violencias, las usurpaciones, la tiranía, la ambición desenfrenada, y toda esa larga cadena de crímenes que turban el orden público y crean continuos conflictos en la sociedad. Pues bien, ¿qué hace para evitar estos desórdenes la doctrina católica? Apoyándose en el gran principio de la caridad, y haciendo á los hombres un deber estrechísimo de amarse recíprocamente los unos á los otros con idéntico amor que cada cual se ama á sí mismo, háceles sentir la enorme injusticia de esa funesta pasión del egoísmo, representales el mundo entero como una república cuyo gefe es Dios, y cuyos miembros que son los hombres deben aspirar á la misma felicidad, puesto que iguales entre sí por su origen están llamados á un mismo fin, y unidos todos por las mismas necesidades, tienen iguales derechos á los dones de la divina Providencia. Y de esta ley generosa, justa y altamente humanitaria surge la mútua confianza, la buena fé, la paz, la justicia, y la dicha y el bienestar de todos los miembros de la gran familia. Por ella comprende el ciudadano que siendo un sér sociable no le es lícito frustrar á la sociedad de los servicios que ella tiene derecho á exigir de él; que está obligado á consagrar su persona y sus trabajos á una patria de cuyas ventajas comunes

participa; que es un deber para él el evitar tanto los excesos de una vergonzosa ociosidad como los de una actividad inquieta y turbulenta, y abandonar si es necesario las dulzuras de la vida privada cuando el bien general demanda sus esfuerzos y su cooperación. En este concepto, dirigido el hombre por las máximas de una doctrina eminentemente civilizadora, encuentra su satisfacción en la felicidad de sus semejantes, no se limita al estrecho círculo de su nación ó de su pueblo, sino que en todos los pueblos, en todas las naciones y en todos los hombres halla rasgos de semejanza, y en su consecuencia un sentimiento involuntario le mueve á interesarse en sus desgracias, á tomar parte en sus dichas, y á contribuir á su bienestar; porque la caridad cristiana dá á su corazón un carácter de inmensidad que á nadie escluye, y á todos abraza con los lazos comunes de esa amistad universal que nace del amor divino.

No, no busqueis en las huecas y altisonantes máximas de la filosofía pagana los principios de ese amor que forma el vínculo sagrado de los hombres y de las sociedades. Jamás la sabiduría humana pudo descubrir á través de la corrupcion de los culpables, motivos que indujesen á amarles á pesar de sus excesos. El reconocimiento solo encontraba buenos á aquellos de quienes recibia beneficios; el orgullo, la codicia y la vanidad formaban todos los lazos de la concordia; se amaba únicamente á aquellas personas que el placer ó la fortuna hacian necesarias, sin reservar mas que una indiferencia glacial para las que se consideraban estrañas á las miras del amor propio, y odio y venganza para las que se oponian á la realizacion de sus proyectos. ¿Qué legislador pues era capaz de cambiar la faz del universo y hacer reinar la paz en medio de las turbulencias de la injusticia? ¿Qué voz seria bastante poderosa para reprimir en el corazón humano los arranques impetuosos de la cólera, los movimientos naturales del odio, y los afectos desordenados pero seductores de la venganza? ¿Qué oráculo podria persuadir á los hombres la ley de perdonar las ofensas, de amar á los enemigos y de estender esta inclinacion benéfica aun hácia los mismos perseguidores? De ninguna manera podia producir esa sublimidad de sentimientos independiente del orgullo y del amor propio, una doctrina que justificaba y

legitimaba el encono bajo las apariencias de equidad; que sancionaba la venganza ejercida contra un émulo temible ó contra un rival poderoso; que daba al hombre derecho para suplantar por medio de la intriga al que podia entorpecer la marcha de su ambicion, ó para calumniar y desacreditar al que podia servir de obstáculo á su engrandecimiento, eternizando asi las disputas suscitadas por la injusticia, y convirtiendo la sociedad en un campo de enemigos que se perseguian con inaudito encarnizamiento. Sola la doctrina católica estaba llamada á cambiar los corazones en este punto como en todos los demás, elevando al hombre sobre su propia naturaleza, y haciéndole apercibir en un enemigo rasgos dignos de su amor, representándole como un hermano, hijo de un mismo padre, reengendrado por la misma gracia, rescatado con una misma sangre, y destinado á gozar de una misma bienaventuranza. Ella le indemniza del sacrificio que hace perdonando las ofensas recibidas, con el consuelo de haber imitado á Jesucristo y con la esperanza de hallar un dia igual indulgencia ante el tribunal del supremo juez. Ella le sostiene en los acontecimientos tristes, descubriéndole que las desgracias son ocasiones de salvacion, que los obstáculos que se oponen á su elevacion son frecuentemente escollos felices que salvan del naufragio, que las pasiones de los malos son medios de que Dios se sirve para realizar los designios de su misericordia; y fundando así el amor de sus semejantes sobre miras y consideraciones superiores á todos los motivos humanos, hácele independiente de los vicios y de las virtudes, y le estiende igualmente á todos los hombres sin distincion de buenos ó malos, de amigos ó de enemigos, por cuanto ante Jesucristo no hay gentil ni judío, bárbaro ni Escita, esclavo ni libre, ni puede ser aceptador de personas un Dios igualmente rico en bondad para todos cuantos le invocan.

Por último, la doctrina católica, no contenta con esponer los sublimes principios en que estriban las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes, presenta los motivos mas poderosos de obrar el bien y de huir del mal, únicos capaces de enfrenar los movimientos desordenados del corazon humano, y de calmar el tumulto de las pasiones sometiéndolas al imperio de la razon. Motivos universales é

invariables que inclinan á la justicia por el amor mismo de la felicidad, fijan la inconstancia y la volubilidad natural del hombre, é inspiran igualmente el horror hácia un crimen perpetrado en las tinieblas, que el amor hácia una accion laudable que la oscuridad roba á las miradas del público. Todas las virtudes religiosas y sociales, todo cuanto conduce á fomentar y sostener una constante armonia entre los hombres y los pueblos, de donde depende la tranquilidad de los estados, el bienestar de las naciones, la felicidad de los individuos y el equilibrio entre los diversos poderes, todo encuentra su origen y su apoyo, su fuerza y su sancion en la doctrina católica, cuyas máximas, siempre las mismas á través de las oscilaciones que cambian los destinos del mundo, tienden directamente á conformar la voluntad humana con la voluntad divina, regla primitiva de toda perfeccion, tipo eterno de toda justicia y de todo orden, cuya armonía aspiran á turbar continuamente las pasiones humanas.

Y bien, A. O. M., en vista de todo esto la doctrina católica está en el caso de poder dirigir hoy como siempre á sus ciegos enemigos el mismo apóstrofe que el Salvador dirigiera un dia á los suyos, diciéndoles con el tono de la mas profunda conviccion: « Si os digo la verdad, ¿ por qué no me creéis? » *Si veritatem dico vobis, ¿ quare non creditis mihi?* ¿ Por qué desentendiéndoos de esas verdades demostradas por tantos siglos, y que á través de las edades vienen manifestando que son las únicas llamadas á regenerar el mundo, como que ellas únicamente pueden llenar cumplidamente todas las necesidades y satisfacer todas las exigencias de la humanidad, os esforzais en buscar en las doctrinas modernas que no son sino los delirios de la inteligencia humana corrompida por el sensualismo de las pasiones, los elementos de vida y bienestar que no podeis encontrar fuera del círculo de la religion? ¿ Desgraciados! Dentro de vosotros mismos está la causa de tamaña aberracion. « El que es de Dios oye las palabras de Dios, y como vosotros no sois de Dios por eso no escuchais su doctrina, por eso no la apreciáis, por eso correis en pos de esas doctrinas deletéreas que lejos de unir rompen todos los vínculos sociales, que destruyen en vez de edificar, que arrastran

el mundo á su ruina bien al contrario de conducirle á una soñada felicidad; por eso, en fin, vais á abrevaros con tanta avidez de las ponzoñosas aguas que brotan de esas cisternas cenagosas de Egipto, en donde jamás corren los puros raudales de la verdad: *Qui ex Deo est verba Dei audit; propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Hé aquí, en efecto, la causa única, la causa primordial y siempre constante de esa tenaz resistencia que la incredulidad de todos los siglos viene oponiendo á la doctrina católica. Seducidas las inteligencias y fascinadas por el brillo deslumbrador de una libertad mal entendida, ávidos los hombres de una soñada independencía que desde la cuna del universo venia siendo el principio funesto de la profunda degradacion de la raza humana, rompieron los lazos que les unian con su Criador, quisieron emanciparse de él y sacudir el yugo de su autoridad soberana á fin de poder pensar y obrar á su antojo; y de aquí el espíritu que en sus relaciones con el Sér supremo encontraba la luz que le mostraba la verdad, y la fuerza suficiente para dominar al cuerpo, separándose de Dios para entregarse á sí mismo y á las criaturas, perdió aquella luz que le guiaba, perdió su fuerza y el imperio que ejercía sobre la parte inferior de su sér, cayó en la esclavitud de los sentidos, dejóse dominar de los órganos, y alteradas y corrompidas sus facultades intelectuales por la accion maléfica de un sensualismo brutal, ya no escuchó la voz de la verdad, siguió los delirios de una imaginacion enferma y estraviada, vióse envuelto en el laberinto de mil errores á cual más vergonzosos y extravagantes, y cayó por último en el abismo de la incredulidad: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Así únicamente se explica que haya habido hombres que á pesar de poseer profundos conocimientos y luces nada comunes en los diversos ramos del saber humano, hayan proclamado el ateismo, el deísmo, el racionalismo y otras doctrinas no menos desprovistas de fundamento que funestas en el orden religioso y social. De este modo se concibe que en los siglos y en los países mas civilizados se hayan multiplicado tan prodigiosamente esas escuelas que niegan á Jesucristo su divinidad y hasta su existencia histórica, que reducen á

meras ficciones mitológicas sus milagros y obras maravillosas, que miran el Evangelio como una concepcion puramente humana, la religion católica como parto del fanatismo de hombres ilusos é ignorantes, y los beneficios que viene derramando sobre el mundo á través de las edades como unos meros resultados de los adelantos de la inteligencia y de los progresos del siglo. Poco importa que como los judíos del presente Evangelio no llamen á Jesucristo endemoniado ni se armen de piedras para lanzarlas contra su adorable persona, cuando les vemos obstinarse en negar la evidencia de los hechos mas brillantes, cerrar los ojos á la luz de tantos prodigios que vienen marcando por do quiera las huellas del catolicismo, y empeñarse en desacreditar su doctrina altamente humanitaria y social, á pesar de tantas y tan robustas pruebas que ponen de manifiesto su accion benéfica sobre los hombres y los pueblos. ¡Ah! No son de Dios, por cuanto en vez de aplicar á él solo sus facultades intelectuales como á su legitimo objeto, las apartan de esa verdad invariable para entregarse á los objetos sensibles; y por eso cesando el alma de ser el principio de accion, principio luminoso, sábio, y dirigido por la ley eterna, se deja determinar por agentes secundarios, sigue ciega el impulso del organismo, y desprovista de aquel principio regulador, todo en ella es aberracion, delirio, confusion, mentira, y no vé que el catolicismo es la única religion verdadera, y sus máximas las únicas que encierran todos los elementos de vida y de salvacion, y sus preceptos los únicos que ilustran la inteligencia y ennoblecen el corazon humano: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. Las virtudes mas puras que emanan de esa doctrina tan sublime como de una fuente de todo lo bueno y santo, los principios de bien obrar que de ella se desprenden para todas las clases, edades y sexos, los gérmenes de concordia, de union, de amor, de dicha y bienestar que de ella brotan para todas las situaciones de la vida, todo esto lo desconoce el hombre que se separa de Dios por seguir las corrompidas teorías de un racionalismo insensato que tiempo há aspira á reinar en el mundo, y que ha logrado venir á ser la única divinidad á quien inciensa una gran parte de la generacion actual sin distincion de sábios ó de ig-

norantes, porque en todas las inteligencias ha cundido ese veneno activo y funesto: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Concluyamos, A. O. M. Vista ya por una parte la grandeza y sublimidad de la doctrina católica, y examinadas las principales causas que determinan esa tenaz resistencia que á ella opone la incredulidad, nada nos resta sino admirar la una y detestar la otra, seguir constantemente los principios de esa religion que llena todas las condiciones de divina y esencialmente salvadora, y huir de las corruptoras máximas de esa sabiduría carnal y terrestre que solo propende á desterrar del mundo toda verdad y toda virtud, para hacer lugar á los vicios y á las pasiones, á los errores y á los excesos mas ignominiosos y degradantes. Y no temamos los gritos de la impiedad por mas que intente desarrollar á nuestra vista el fastuoso aparato de los conocimientos humanos, y alucinarnos con sus nuevos descubrimientos. La doctrina católica, dispuesta siempre á sufrir el exámen de la ciencia, y firme é invariable en sus principios, podrá provocar á sus enemigos á una lucha honrosa, y decirles: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Y si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» Y esos hombres que tan altamente proclaman el imperio de la razon, veránse confundidos por la razon misma, y reconocerán su impotencia contra una doctrina que está apoyada nada menos que sobre la verdad eterna Dios, de donde emana y de donde toma toda su fuerza y vigor. Seamos pues fieles á esta doctrina, practiquémosla en toda su estension, y á la felicidad que nos proporcionará en esta vida, se seguirá la perdurable bienandanza que está reservada á los verdaderos creyentes en el reino de la inmortalidad.

en la otra. Y ora pasado sus dias en una noble independencia
tratándose solamente á los negocios mundanales, cuando los unos
en los traxos del placer y en los variados gozes de la sensualidad
salido contra el fastidio que les causa la monotonía de una vida
estancia ociosa, y agitando otros sin cesar en el gran laberinto de la
política, del comercio y de otros asuntos de puro interés material
para discurrir todas sus ideas y no les dejan caber ni reposo para
el pensar en sí mismos, apenas hay quien se detenga seriamente del su
salvacion, negocio el mas interesante, el mas precioso y el único

DISCURSO

PARA EL LUNES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

EL TIEMPO ES A LA VEZ EL MAYOR TESORO DEL HOMBRE Y SU MAS TEMIBLE ENEMIGO. NECESIDAD DE UTILIZARLE CON RELACION A LA VIDA FUTURA, Y FUNESTAS CONSECUENCIAS DE SU MALVERSACION.

Adhuc modicum tempus vobiscum sum... Quærelis me et non invenietis.

Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo... Despues me buscareis y no me hallareis.

JOAN. VII. 33. 34.

HAY un tesoro que todos los hombres poseen indistintamente, y cuyo valor es generalmente desconocido. Pocos son los que saben apreciar lo que es el tiempo, y muchos por el contrario los que le malversan de un modo indigno, sin considerar que de su buen ó mal uso depende su bienestar en esta vida y su porvenir feliz ó desgraciado en la otra. Y ora pasando sus dias en una muelle indolencia, ora entregándose totalmente á los negocios mundanales, buscando los unos en los brazos del placer y en los variados goces de la sensualidad un antidoto contra el fastidio que les causa la monotonía de una existencia ociosa, y agitándose otros sin cesar en el gran laberinto de la política, del comercio y de otros asuntos de puro interés material que absorven todas sus ideas y no les dejan calma ni reposo para pensar en sí mismos, apenas hay quien se ocupe sériamente de su salvacion, negocio el mas interesante, el mas perentorio y el único

que debiera ocuparles con preferencia á todos los demás. Ceguedad inconcebible, olvido criminal que solo puede esplicarse atendiendo á esa indiferencia con que se miran las cosas relativas al alma, á esa falta de fé que se observa generalmente entre los cristianos, á ese materialismo que cada vez va encarnando mas en las ideas de la sociedad y matando insensiblemente todo sentimiento religioso, cual si el hombre no fuese mas que un sér aislado, sin otro destino que pasar unos cuantos dias en esta tierra que pisa disfrutando de sus producciones, para identificarse despues con ese mismo polvo y desaparecer con él sin esperanza alguna en la corrupcion de un sepulcro.

Sugiéreme estas tristes reflexiones el texto evangélico que acabais de oir de los lábios del sagrado levita. Irritados contra el Salvador los fariseos y los príncipes de los sacerdotes comisionaron ciertos ministros para prenderle. Y viéndoles Jesus les dijo: *«Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y despues me voy á aquel que me ha enviado. Me buscareis, y no me hallareis, pues adonde yo voy no podeis venir vosotros.»* Harto claramente les daba á entender el Salvador en estas palabras la brevedad del tiempo que les quedaba para aprovecharse si querian de su presencia y doctrina, y convertirse á él aceptando la luz de la verdad. Pero ciegos ellos por las pasiones que les dominaban, desconocen ó afectan desconocer el verdadero sentido de una sentencia tan terrible, y confabulando entre sí se dicen: *«¿A dónde irá este que no le hayamos de hallar? ¿Se irá quizás por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscareis y no me hallareis, y á donde yo voy no podeis venir vosotros?»*

Hed ahí marcado el carácter de indiferentismo que distingue á la mayor parte de los hombres, y mas que nunca en las sociedades modernas. Veces mil han oido hablar de la brevedad del tiempo, de su insubsistencia é incertidumbre, y de lo indispensable que es aprovechar unos momentos que se deslizan fugitivos para no volver mas, si no se quiere esponer la salvacion eterna á las contingencias de una muerte subitánea ó á otros mil accidentes á que está sujeta la existencia humana. En cien ocasiones se les ha repetido que com-

prometen lastimosamente su porvenir malversando ese tesoro que Dios en su misericordia nos concede á todos para obrar el bien , y comprar nuestra felicidad en otra vida mejor , puesto que llegado el dia designado en los consejos de su sabiduría y de su providencia, no habrá ya lugar de merecer , y por más que el pecador quiera entonces buscar á Dios todo será inútil , y no podrá hallarle , ni ir á donde él vá , ni morar con él en la patria de los bienaventurados. Y sin embargo , ningun efecto hacen estas amenazas , y los hombres siguen en su apatía , bien sea fiados en engañosas ilusiones , ó bien cegados como los judios de nuestro Evangelio por pasiones criminales que les impiden ver los resplandores de la verdad. Cualquiera que sea la causa de este desórden me propongo combatirle en el presente discurso, manifestándoos «que el tiempo es á la vez nuestro mayor tesoro y nuestro mas formidable enemigo: lo primero porque su buen empleo nos facilita la adquisicion de la felicidad eterna , lo segundo porque su incertidumbre é incesante movilidad nos arrebatara unos momentos preciosos que no vuelven y que desaprovechados pueden acarreararnos nuestra eterna perdicion : de donde resultará demostrada la necesidad de utilizarle con relacion á la vida futura , y las funestas consecuencias que de su malversacion puedan seguirse.» Asunto de sumo interés que desenvolveré en una sola reflexion despues de invocar los divinos ausilios por la intercesion de la santisima Virgen, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Que el tiempo sea el mayor tesoro que posee el hombre es una de aquellas verdades que no necesitan demostrarse. Aun en los asuntos puramente humanos , en los negocios de mero interés material , él es el primer elemento con que se cuenta para todo : y de su buen empleo depende la riqueza del negociante ,

la abundancia del labrador, la prosperidad del artista, y cuanto se hace y proyecta en los diversos estados y situaciones de la vida todo está sujeto á su accion. Mas no es nuestra mision el hablar del tiempo con relacion á lo presente, y solo nos proponemos ocuparnos de su inestimable precio respecto del porvenir, ó sea relativamente al negocio culminante de la salvacion. Y en este sentido digo que el hombre no posee ni puede poseer cosa de mayor estima ni que con mas esmero deba utilizar, puesto que sus momentos bien aprovechados son los que le proporcionan la adquisicion de ese otro tesoro de merecimientos que le preparan una dicha inmensurable y una felicidad infinita. En él consiste la verdadera riqueza del alma que aspira á ser de Dios y á gozar de su vista para siempre: y á la manera que el oro es digámoslo así el primer agente y el elemento casi único y esclusivo que en la tierra franquea á los mortales la puerta de todos los honores, de todos los goces, de todas las grandezas y de todas las dichas que pueden ambicionar, del mismo modo el tiempo mucho mejor que ese metal despreciable y que todos los tesoros del mundo, les facilita la ocasion de acumular ese gran capital de virtudes que facilitan al justo la entrada en la mansion eterna de la felicidad sin fin. ¡Y qué de riquezas no puede proporcionarse el cristiano en cada momento que se le concede para obrar su justificacion! Si un solo instante ha bastado á veces para hacer de un criminal un santo, como sucedió con Agustino y otros muchos que supieron aprovechar ciertos movimientos repentinos de la gracia que el Señor les concedió en su misericordia, ¡qué no pudieran hacer tantos dias, tantos años que desgraciadamente dejamos pasar en una estúpida indolencia ó en una culpable ociosidad!

Bien pudiéramos decir á este propósito lo que el Salvador dijera un dia en ocasion análoga, á saber, que los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz (1): porque los mundanos saben apreciar mejor en sus negocios y especulaciones el valor de ese gran don que los cristianos en el asunto importantísimo de su eterna salud. Yo veo al comerciante, al hacendista, al propietario industrial, á

(1) Luc. XVI. 8.

todos cada cual en su respectiva escala, calcular minuciosamente el tiempo, combinar sus movimientos, contar sus instantes, para no dejar pasar desapercibido uno solo que no utilicen, porque conocen lo que vale, porque saben, como se dice comunmente en la moderna fraseología, que el tiempo es dinero, y que de su buen empleo depende ora el éxito de una negociacion lucrativa, ora la realizacion de un contrato de inmensa utilidad, y á veces la felicidad ó la ruina de una familia, de una poblacion ó de un reino. Por eso se agitan, y bullen, y no sosiegan, hasta el punto de olvidar á veces sus mas apremiantes necesidades. Y cierto que considerados bajo este aspecto discurren sábiamente, por cuanto el tiempo lo es todo y sin él nada haria el hombre de beneficioso y útil, y ningunas ventajas reportaria si le desaprovechase indolente ó dejase huir la oportunidad. ¿Y es posible, C. O., que en lo que mas debiéramos utilizar el tiempo sea precisamente en lo que mas le malversamos? Y cuando vemos ese movimiento incesante de todas las clases y condiciones para proporcionarse un bienestar que al fin no es mas que transitorio y de muy corta duracion, pues tal vez el dia de mañana sepultará para siempre todas sus ilusiones y esperanzas; y cuando nosotros mismos arrastrados por ese mismo impulso nos afanamos en atesorar un poco de oro, y ni de dia ni de noche descansamos, y nos desvelamos con crueles insomnios por comprar una pequeña porcion de eso que llamamos felicidad, á cuya consecucion consagramos gustosos los mas preciosos instantes de nuestra vida; ¿puede concebirse que tan indiferente nos sea el valor del tiempo tratándose de negociar con él la dicha perdurable, la felicidad inamisible, la vida sin término, la gloria inmortal, el bien inmenso, y de proporcionarnos aquellas riquezas de que ni la muerte puede privarnos, ni desposeernos de ellas la mano del ladron, aquel tesoro que ni enmohece la accion de la polilla ni está sujeta á las eventualidades de la suerte? ¡Cuán poco conocemos lo que perdemos cuando tan fácilmente despreciamos lo que tanto vale, y cambiamos por una vana sombra de placer la esperanza de una dichosa inmortalidad! Si reflexionásemos detenidamente lo que hacemos, muy distintos serian nuestros pensamientos, y muy diverso nuestro modo de obrar. Cada instante perdido de-

jaríanos en el alma remordimientos mucho mas amargos, y un pesar mil veces mas cruel y punzador que si perdiésemos una fortuna inmensa: porque nada hay comparable á ese tesoro, y por servirme de un símil de los santos libros, ni el esplendor de la púrpura, ni el brillo deslumbrador de los tronos, ni las preciosidades todas que en sus entrañas oculta la tierra valen nada en paralelo con el tiempo. Por eso nos exhorta Jesucristo á aprovechar esos momentos, esas horas, esos días tan secundos en merecimientos, y á no desperdiciar un solo instante que tal vez puede decidir nuestra eterna salvacion ó nuestra ruina perdurable, antes que sobrevenga repentinamente la funesta noche de la muerte, cuando ya no nos será posible obrar, ni adquirir mérito alguno para la vida de la gloria. *Venit nox quando nemo potest operari* (1). Y vedme ya en el segundo miembro de mi proposicion cuando os dije que ese tiempo de tan inestimable precio que bien utilizado constituye nuestro mayor tesoro, es á la vez nuestro mas formidable enemigo, por cuanto su incertidumbre é incesante movilidad nos arrebatara unos momentos preciosos que no vuelven y con ellos la facultad de negociar nuestro porvenir.

Dueño absoluto del mundo por su doble poder de destruccion y de edificacion «es, dice un sábio, un rayo lento que hiere indistintamente á todos y á nada perdona: lo que con una mano levanta con la otra lo arruina. Siempre jóven envejece cuanto cae bajo su irresistible accion. A cada paso que dá, la aurora es la que avanza: pero dejando en pós de sí la sombra y la noche. Hijó móvil de la eternidad, la toma prestada una juventud que no muere, pero sin poder comunicarla mas que por un momento á las cosas que mide por su carrera. Pasa, arroja la vida: pero esta vida de hoy será en breve la de ayer, la de anteayer, la del tiempo pasado, un recuerdo, una antigüedad.»

Ahora bien, A. O. M.; ¿quién no temerá el poder de ese enemigo? ¿Quién habrá tan poco cuerdo que convencido de su influencia destructora, y viéndole sacrificar diariamente millares de víctimas,

(1) Joan. IX. 4.

fie su porvenir al día de mañana, ó lo que es lo mismo, cuente con el tiempo venidero para negociar un caudal inmenso que puede realizar en el tiempo presente, único de que le es dado disponer puesto que ignora si será suyo dentro de breves instantes? Porque la vida del hombre es corta, y sobre corta frágil, incierta, y sujeta á mil eventualidades que no pueden preverse. Cada respiracion que sale de nuestro seno nos arrébatá una parte de nuestra existencia, es una pérdida irreparable aunque imperceptible que vá minando sordamente el principio de nuestra vitalidad. Añádase á esto los mil accidentes que no están al alcance del hombre, las enfermedades, los disgustos, los contratiempos que vienen á amargar y abreviar sus días, la malignidad de un enemigo vengativo, la perfidia de una mano traidora, los ocultos lazos de un rival desconocido, y otras cien combinaciones de eso que llamais casualidad, y que sin poder ser precavidas ni evitadas desconciertan de un golpe los designios mejor proyectados: y decidme despues si no es el colmo de la necesidad contar con el tiempo futuro malversando imprudentemente los instantes presentes, en un asunto tan grave y decisivo como es el de la salvacion eterna del alma. ¡Ah! Seríalo indudablemente aun en aquellas cosas de puro interés material, y ningun hombre de juicio y sano criterio podria menos de censurar ágríamente la conducta del que por falta de vigilancia ó por no aprovechar una ocasion oportuna dejase perder un porvenir halagüeno, ó de crearse una posicion ventajosa. Todos los apóstrofes imaginables, las recriminaciones más amargás, los más severos cargos serian poco para afear y condenar semejante proceder. Nuestra indignacion llegaria á su colmo, y no encontraríamos espresiones suficientes para pintar su nécia conducta. Y sin embargo, ¿no es así como la mayor parte de los cristianos se conducen con respecto á su eterna suerte? Insensatos mil veces más nosotros, ni reparamos que esa existencia de que gozamos es un milagro perpétuo de la divina misericordia, puesto que desde que el pecado manchó al primer hombre y trastornó toda la economía de la creacion, la muerte es nuestro único patrimonio, ó hijos de cólera y de maldicion llevamos en nuestro seno ese gérmen destructor y vibra continuamente sobre nuestras cabezas la terrible guadaña de ese

enemigo irresistible; ni consideramos que cada instante que el Señor nos concede es un nuevo anillo á esa larga cadena de gracias y auxilios que componen el curso de nuestra vida, y que una vez rompida con nuestra ingratitud puede acarreararnos el abandono de Dios y secar la fuente de sus bondades.

Aun cuando nadauviésemos que temer de la insubsistencia é incertidumbre del tiempo, siquiera se nos asegurasen largos años de vida, salud robusta, y cuántos elementos pudiésemos desear para adquirir ese tesoro, todavía tendríamos gravísimos motivos para no malversar los momentos presentes en una indolencia criminal ó en una confianza presuntuosa. Y prescindiendo de otros muchos bastaría solo para contenernos en un saludable temor esa misma ingratitud de los divinos beneficios de que poco há os hablaba. «¿Quiénes sois vosotros, decía un día la heroína de Betulia á los ancianos, para fijar plazo y marcar un tiempo determinado á las divinas misericordias? ¿No veis que eso mas bien conduce á provocar sobre vuestras cabezas la cólera celestial que á atraeros sus piedades? Por lo mismo que el Señor es tolerante y benigno, apresuraos á arrepentiros de vuestras culpas y á implorar con lágrimas su indulgencia: porque no son las amenazas de Dios como las de los hombres, ni es su indignación tan pasagera como la de los mortales (1).» Y bien, ¿quiénes somos nosotros, os diré yo como aquella muger virtuosa, para contar con una seguridad tan insensata con la bondad de un Dios á quien veces tantas hemos ofendido? ¿Quién nos garantiza su misericordia cuando ni la mas larga vida bastaría á expiar dignamente el menor de nuestros delitos? ¿Quién nos ha dicho que la voz misma de nuestras ingratitudes, el grito de tantas y tan reiteradas culpas que hemos amontonado sobre nuestras cabezas como un tesoro de cólera, segun la espresion de San Pablo (2), nuestra misma indolencia en aprovechar los instantes oportunos para convertirnos y obrar nuestra salvacion, no se levantarán quizás contra nosotros ante el trono de la divina justicia y harán que cansada de tolerar el menosprecio

(1) Judith. VIII. 44. et seq.

(2) Ad Rom. II. 5.

del tiempo que nos concedió para atesorar riquezas inamisibles, nos deje abandonados en las manos de nuestro propio consejo? ¡Ah! Adoramos en silencio los profundos arcanos de su Providencia, y temblamos la acción vengadora de su indignación. Si posible nos fuera penetrar en aquella horrorosa mansión de llanto donde los réprobos expian eternamente unos delitos que no quisieron expiar en el tiempo, allí comprenderíamos bien lo que éste vale y cuán irreparable es su pérdida. ¡Cuántos desgraciados veríamos gemir, llorar y desesperarse, pidiendo un instante en que poder reparar sus desaciertos sin poder conseguirle jamás! ¡Cuántos que mientras vivieron pasaron en la ociosidad del crimen ó en la indolencia del placer largos años, darian cuanto en el mundo poseyeron, y derramarían gustosos en un prolongado martirio hasta la última gota de su sangre por obtener un solo día de tantos como malversaron, para poder en él adquirir ese tesoro que vendieron por un momentáneo goce que solo les dejó un perdurable despecho y un remordimiento sin fin! Y ese día se les niega, como al rico avariento se le negaba aquella gota de agua que pedía al méndigo Lázaro, y en tanto entrados ya en el interminable abismo de la eternidad ven pasar siglos y siglos sin esperanza alguna, y el despecho es su único alimento, y un llanto inútil su porvenir. ¡Nécios de nosotros! esclaman, que juzgábamos como una demencia la vida de los justos que utilizando el tiempo aceptable y los días de salud que el Señor les concediera, compraron unas riquezas que nadie les quitará, una gloria que jamás terminará, y unos goces que durarán tanto como la eternidad misma. Ahora ellos son bienaventurados, y nosotros réprobos; ellos rien, y nosotros lloramos; ellos son llamados hijos de Dios, y nosotros esclavos de Satanás y víctimas del infierno; ellos nos arrebatan nuestras coronas y ciñen con ellas sus sienas inmortales, mientras nosotros rodeados de una diadema de tribulación viviremos sin morir, penaremos sin vivir, y sentiremos incesantemente la pesada mano del Omnipotente que nos lanza de su seno, y nos maldice para siempre!»

Concluyamos A. O. M., con una reflexion práctica. ¿Queremos prevenir ese fin funesto? ¿Deseamos precaver y evitar esas quejas inútiles? Pues en nuestras manos está el conseguirlo. Ahora, no

despues, hoy, no mañana, en este mismo momento comencemos á reparar en intensidad lo que en tiempo hemos dejado perder. El tiempo es nuestro mayor tesoro, porque él nos puede facilitar la adquisicion de la eterna felicidad: aprovechémosle, pues, que es muy corto, frágil é insubsistente. El tiempo es nuestro mayor enemigo, por cuanto su incertidumbre y perpétua movilidad nos arrebatá unos instantes preciosos que pueden faltarnos cuando los necesitemos: no le malversemos, que su pérdida es irreparable y no siempre podremos contar con la oportunidad para convertirnos. Antes que se eche encima la noche, mientras luce la bella claridad del dia, obremos el bien con toda decision, abandonemos las obras de tinieblas y revistámonos de las armas de la luz, viviendo honestamente y no desperdiciando los dias de salvacion en los excesos de la sensualidad, en las disoluciones del plaecer, en las intrigas de la ambicion, en las rivalidades de la envidia, en los furores de la discordia y en los demás vicios que deshonoran al hombre y pervierten al cristiano (1). Evitemos las funestas consecuencias que acarrea la malversacion de ese don inestimable de la divina misericordia: y ahora que todavia está con nosotros Jesucristo, antes que se ausente para unirse al que le envió, puesto que aun nos brinda con sus piedades y nos proporciona el tiempo y los medios de conseguir nuestra eterna salvacion, no dejemos pasar desapercibidos unos instantes que se deslizan como las aguas de un torrente para no retroceder jamás: no sea que entences oigamos de los labios del Salvador aquella terrible sentencia del presente Evangelio: «Me buscareis y no me hallareis, porque á donde yo voy no podeis venir vosotros.» *Quæretis me, et non invenietis: et ubi ego sum, vos non potestis venire.* No permita el cielo que nos comprenda semejante anatema. Haga el Señor que movidos profundamente con sus palabras nos resolvamos á empezar desde hoy una vida enteramente nueva, que nos haga merecer la gracia en el tiempo y la gloria en una feliz eternidad.

(1) Ad Rom. XIII. 12. et seq.

DISCURSO

PARA EL MARTES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

GRAVEDAD DE LA MURMURACION, PERNICIOSA INFLUENCIA QUE EJERCE EN LAS COSTUMBRES, Y DIFICULTAD DE REPARAR LOS DAÑOS OCASIONADOS POR ELLA.

Quidam dicebant: quia bonus est, Alii autem dicebant: Non, sed seducit turbas.

Los unos decian: Sin duda es hombre de bien. Otros al contrario: No, sino que seduce al pueblo.

JOAN. VII. 42

¡CUÁN diversos son los juicios de los hombres! ¡Cuán opuestas sus opiniones aun tratándose de un mismo objeto! Rara vez se hallarán dos que piensen del mismo modo y que no disientan entre sí, sobre todo cuando se cuestiona acerca de personas que no ofrecen ni pueden ofrecer á todos iguales motivos de simpatía. Sea que las pasiones preocupen la inteligencia para que no vea las cosas tales cuales son, sea que el corazon se deje dominar por afectos desordenados é injustos, ello es que aun la virtud misma no está á cubierto de los envenenados tiros de la mordacidad, y por mas brillante que sea el resplandor de una vida intachable y virtuosa, siempre encuentra émulos envidiosos que se complacen en derramar la hiel amarga de la censura y del ridiculo, suponiendo intenciones siniestras ó culpables en las acciones que menos se prestan á la maledicencia, inventando mentiras especiosas para rebajar el mérito de la mas justa

reputacion, emponzoñando la opinion pública con suposiciones calumniosas, y sacrificando á su placer con las armas de la murmuracion á aquellos contra quienes se nutre y fomenta una aversion secreta que no es fácil disimular en casos dados, por mas que la hipocresia trate de ocultar mañosamente su verdadero objeto.

Una prueba bien palpable de lo que venimos diciendo, tenemos en la conducta observada por el pueblo judío respecto del Salvador en la ocasion que nos refiere el Evangelio de este día. *«Andaba Jesus por Galilea, porque no queria ir á Judea en vista de que los judios le buscaban para matarle. Mas estando próxima la fiesta de los Tabernáculos, dijéronle sus hermanos: Sal de aqui, y vete á Judea, para que tambien aquellos discipulos tuyos vean las obras maravillosas que haces. Ninguno hace las cosas en secreto si quiere ser conocido, y así, ya que haces tales cosas date á conocer al mundo.... Jesus empero les dijo: Mi tiempo no ha llegado todavia: el vuestro siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros; pero á mí me aborrece, porque demuestro que sus obras son malas. Id pues vosotros á esa fiesta: yo no voy á ella, porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Y dicho esto, se quedó en Galilea. Mas despues que partieron sus hermanos él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto. En efecto, los judios buscábanle aquel día, diciendo: ¿Dónde está aquel? Y era mucho lo que de él se susurraba entre el pueblo. Porque los unos decian: Sin duda es hombre de bien. Otros al contrario: No, que seduce á las masas. Sin embargo ninguno osaba declararse públicamente á favor suyo por temor de los principales judios.»*

Hed aquí, A. O., lo que con tanta frecuencia vemos en el mundo. La murmuracion puede decirse que es el alma de todos los discursos, la sal que sazona todas las conversaciones, el alimento que dá animacion á todos los círculos mundanales. Apenas habrá una reunion en que ese vicio odioso y detestable no se cebe en la vida del prójimo é inmole víctimas ante sus infames aras. So pretestos mas ó menos plausibles, siempre se encuentra ocasion de desahogar el encono, la envidia ó el orgullo, mal embozados á veces bajo las apa-

riencias de celo ó de afectada compasion, invadiendo el santuario de la conducta privada, penetrando en el terreno vedado de las intenciones, prejuzgando aun los pensamientos mas ocultos, y no respetando cuanto hay de mas sagrado en el hombre, incluso el honor, á trueque de satisfacer una mala pasion, bien sea haciendo sospechosas las personas cuyo reconocido mérito no dá lugar á una difamacion descubierta, ó bien preparando el terreno para suplantar ó arruinar á las que no están tan exentas de las debilidades humanas.

Ya habreis comprendido que no es mi ánimo ocuparme hoy del vicio detestable de la calumnia. Yo le abandono al justo horror que generalmente inspira. Voy sí á hablaros de otro no menos odioso en sí mismo, ni menos funesto en sus consecuencias, siquiera no se presente á vuestra vista con caracteres tan repugnantes, á saber, de la murmuracion, vicio tan comun entre los hombres de todos estados y condiciones, y de que se hallan inficionados por desgracia aun los mismos que se tienen por buenos cristianos y discípulos de Jesucristo. Bien pudiera hacerlos concebir la idea mas triste, é inspiraros la mas honda aversion hácia semejante vicio, nada mas que con manifestaros lo que el mundo mismo piensa acerca de él cuando juzga sin pasion y sin preocupaciones. Pero en gracia de la brevedad á que me obligan los estrechos límites de un discurso, solo me concretaré á hacerlos ver «cuán detestable es la murmuracion á los ojos de Dios, por su mismo carácter de gravedad, por su influencia perniciosa en las costumbres públicas, y por la dificultad de reparar los daños que ocasiona á las personas á quienes hace sus víctimas.» Tres puntos que formarán el asunto de mi discurso y de vuestra atencion, despues de haber saludado á la Virgen, madre de la gracia, con las palabras del Angel:

Ave María.

REFLEXION ÚNICA.

En todo pecado de cualquier especie que sea descuellan tres circunstancias que deben tomarse en cuenta, y son: la enormidad que

envuelve en sí mismo, y este carácter conviene á todo pecado grave pero secreto; el peligro que ofrece á los demás, lo cual conviene particularmente á aquellos pecados que pueden ser ocasion de la ruina ajená; ó por último, lo difícil de la reparacion, circunstancia especial de los pecados cuyos efectos subsisten despues de cometidos. Ahora bien, todos estos caracteres se reunen á la vez en el vicio de la murmuracion, puesto que es un pecado grave en sí mismo, contagioso en sus circunstancias, y de difícil reparacion por las huellas que deja en pos de sí.

Examinemos desde luego su gravedad. Todos los teólogos convienen en que la murmuracion es de su naturaleza un pecado mortal, y que solo deja de serlo en razon de la levedad de los defectos que revela, ó de la irreflexion del hombre que murmura. Y la prueba de dicha gravedad la encuentro en estas palabras del apóstol Santiago: «El que murmura de su hermano, quebranta la ley (1).» Y en efecto, todas las leyes de la caridad y de la justicia se ven holladas y quebrantadas por el murmurador.

¿No nos manda espresamente la caridad amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, evitarles todo el mal que para nosotros no quisiéramos, y respetar en ellos lo que en nosotros deseamos ver respetado? ¿Y qué cosa hay mas respetable en el hombre y que con mas cuidado desee conservar que el honor, don precioso y de mayor estima para él que todos los tesoros del mundo, mas que el oro, mas que las riquezas, mas que la ciencia, mas que la salud, mas que la vida misma? ¡Y el murmurador, que es el primero en apreciar como debe en su propia persona ese honor por el que dejaria perder cuanto hay de mas valía en la tierra, osa atacarle en la persona de su prójimo sin ningun género de miramientos, sin que sea bastante á contenerle ni la ley de la caridad que le habla al corazon á nombre de Dios en favor de su semejante, ni el grito de la naturaleza que le inspira ese mismo sentimiento! Supóngase á un hombre culpable cuanto se quiera, ¿adquirirá por eso el murmurador ningun derecho sobre el honor de su prójimo? ¿Quién le faculta para

(1) Jacob. IV. 11.

cebarse á su placer en esa víctima? No será Dios, por cierto, puesto que por el contrario prohíbe espresamente y bajo los mas terribles anatemas toda murmuracion, hasta el punto de amenazar con un juicio terrible, con la muerte y con el fuego eterno, las palabras al parecer menos ofensivas á la reputacion ajena (1). No será tampoco el mundo, puesto que los hombres no se despojan fácilmente del derecho que tienen á la estimacion de sus semejantes, sobre todo cuando sus defectos, por graves que sean, permanecen ocultos é ignorados. Menos aun le autorizará el mismo objeto de su maledicencia, cuando es sabido que el honor es lo único de que el culpable jamás hace cesion ni se desentiende por ningun concepto, aspirando siempre á conservarle aun en medio de sus excesos. No hay pues mas que el orgullo, la envidia, el ódio, fuentes venenosas de la murmuracion, segun la doctrina de los padres, que pueda autorizar al murmurador á atentar contra el honor ajeno, y arrastrarle á arruinar con mano airada lo que Dios y los hombres mas respetan, lo que el mundo mismo en medio de su depravacion mira con mas estima.

Y ved, A. O. M., cómo el murmurador quebranta á la par que la ley de la caridad la ley de la justicia. Esta que jamás le permitiria atentar contra la fortuna de su prójimo, y le haria respetar en él altamente el derecho de propiedad y de posesion, no es un freno suficiente para contenerle ante el honor y el buen nombre, cual si sus derechos en este punto fuesen mas cuestionables, ó menos inviolables y sagrados. La venganza mas terrible con que Dios amenazará un dia á David, fué decirle que descubriria á la faz de todo Israel y en presencia del sol las maldades que habia cometido oculta-mente (2). El murmurador pues por efecto de una usurpacion sacrilega, aspira á constituirse ministro de ese Dios. ¿Pero con qué título? ¿Acaso como Nathan es el depositario de la autoridad suprema encargada de vengar la iniquidad? No, dice el P. San Jerónimo; reparad en su lenguaje, y no hallareis en él sino la fun-

(1) Matth. V. 22.

(2) II. Reg. XII. 44.

cion propia de los demonios, siempre dispuestos á acusar al hombre, y el carácter marcado del furor envidioso de Satanás, girando de continuo en derredor de sus víctimas y buscando alguna á quien poder devorar, segun la enérgica espresion de San Pedro (1). ¿Y qué otra cosa revela ese falso celo que afecta el murmurador, cuando so pretesto de deplorar los ultrajes hechos al Señor se atreve á empañar malignamente el brillo de la reputacion agena? ¿Qué significan esos gemidos con que bajo la apariencia de vengar la gloria de Dios, se complace el maldiciente en descubrir la enormidad de la falta que los escita? ¿En qué se funda esa pretension ridícula de querer sostener los derechos de la virtud con la audacia misma del vicio? ¡Ah! ¿Puede ser jamás lícito revelar lo que la caridad manda ocultar, lo que la justicia prohíbe descubrir? ¿Puede concebirse laudable en ningun caso el castigar sin una autoridad legítima con el rigor de la maledicencia un crimen que tal vez ha perdonado ya el Señor en su infinita misericordia? No, A. O., no. Solo á Dios pertenece esclusivamente el derecho de humillar al hombre de este modo; y aun así y todo vemos que respetando aquí en la tierra la reputacion del delincuente encerrando en el secreto de un silencio impenetrable la confesion que exigé de sus faltas, se reserva la revelacion de ellas para el gran dia de las venganzas en que iluminará las tinieblas, segun la frase del Apóstol, y pondrá de manifiesto lo mas recóndito de los corazones, para que cada uno reciba la alabanza ó el vituperio á que se hubiese hecho acreedor por sus obras (2). Entre tanto, ¡ay del que osare usurpar este derecho de la divinidad y hacerse respecto de sus hermanos el ministro de la cólera celestial! Ella caerá de todo su peso sobre el sacrílego usurpador, quien por una justa permission del Señor será tratado con igual rigor que él usará con sus prójimos. Verificaráse entonces lo que dijo un dia el profeta. Del seno de la vergüenza y del oprobio en que se vé sumido el desgraciado víctima de la murmuracion, elevará su voz dolorida hasta el cielo. «Levantaos, dirá, oh Señor, vos

(1) I. Petr. V. 8.

(2) I. Corint. IV. 5.

4. HICZ milsa (1)

.6. Palm. VII. 10 (2)

.7. Ibid. 15 (3)

que estais llamado á juzgar la tierra. ¿Hasta cuándo los pecadores se ocuparán en proferir palabras de iniquidad (1)? Y el Dios de caridad y de justicia sensible á estas quejas, hará que el murmurador que puso asechanzas al honor de su prójimo, caiga en la misma hoya que le preparó, y sea víctima de las mismas armas con que intentó herir su reputacion (2). Poco será entonces que el Señor permita que la murmuracion misma venga á ser el primer castigo del murmurador: que se busque cuanto pueda haber de mas humillante en su conducta, de mas desordenado en sus costumbres, de mas oscuro en su nacimiento, de mas vergonzoso en su vida; que se evoquen hasta las manchas que deshonoraron á sus antepasados, haciendo revivir las que estaban sepultadas en el olvido, y desenterrando las frias cenizas de sus abuelos para reproducir cuanto puede empañar su memoria. Todo esto al fin no pasará de ser una venganza humana tan débil como injusta que rechazando los tiros de la maledicencia con la maledicencia misma, precipita frecuentemente al murmurador en el abismo del deshonor en que él quiso sepultar á sus prójimos. Hay empero otra venganza mucho mas terrible, y es la de la justicia divina. Dios espera al murmurador para el dia de su juicio postrimero. Allí será donde verá caer sobre su cabeza todos los males que ocasionára con su lengua maldiciente, á la manera que las llamas del horno de Babilonia no sirvieron sino para abrasar á los impíos ministros que las encendieron. Allí se verá saturado de esa misma humillacion con que quiso vengarse de sus hermanos, y el peso de su cruel iniquidad atraerá sobre sí el peso de las venganzas del Señor (3). Y ved cómo este rigor de la cólera divina demuestra la gravedad de la murmuracion. Pero para mejor conocerla, examinemos su perniciosa influencia en las costumbres públicas.

Yo prescindo, A. O. M., en este momento de ese menosprecio que la murmuracion inspira, de esas aversiones que enjendra, de esas enemistades que fomenta, y de otros muchos efectos que causa

(1) Psalm. XCIII. 4.

(2) Psalm. VII. 16.

(3) Ibid. 17.

respecto de aquellos cuyas faltas revela. Tampoco me detendré á indicar los secretos despechos, los proyectos de venganza, el ódio envenenado, y las sangrientas querellas á que dá lugar á veces ese vicio detestable. Nada exageraria ciertamente si me atreviese á decir que una sola murmuracion puede muy bien en casos dados sembrar la desunion en las familias, hacer estallar la division en las ciudades, y encender la tea de la discordia en las naciones. ¡Qué de desgracias, qué de crímenes no produjo la simple delacion hecha á Saul contra Abimelech (1)! Saul enfurecido, Abimelech degollado, la sangre de ochenta sacerdotes derramada, una ciudad entera entregada á la mas horrible carniceria, centenares de habitantes asesinados, multitud de niños sacrificados en la cuna al filo de la espada, hed ahí los horrores que ocasionó un solo hombre, ó mejor dicho una sola palabra fecunda en iniquidad y en malicia segun el lenguaje del profeta Rey al reprochar estos males al pérfido Idumeo que los causara (2). Dejemos empero esos efectos menos frecuentes aunque no menos ciertos de la murmuracion, y limitémonos únicamente á la accion perniciosa que ejerce respecto de las personas ante quienes se murmura, con relacion al carácter de aquellas á quienes á veces dirige sus venenosos tiros, y por último con respecto al mismo murmurador.

Y en cuanto á lo primero, es indudable que la murmuracion es un lazo tendido á los que la escuchan, del cual rara vez se libran aun los mas probos y virtuosos. Comiézase por prestar una atencion indebida á los discursos del murmurador, y se acaba por oir con placer lo que jamás debiera escucharse sino con horror: y de esta suerte haciéndose cómplice en la maledicencia, se incurre en un pecado tan grave á veces como la murmuracion misma, tanto que en sentir de San Bernardo es muy diffeil decidir cuál de los dos es mayor, el del murmurador ó el del que libre y voluntariamente le oye. Es empero muy comun en estos casos ver reproducido el lenguaje del fraticida Cain. «¿ Soy yo por ventura el custodio de mi

(1) 1. Reg. XXII. per tot.

(2) Psalm. LI. 2.

hermano? (1). ¿Tengo alguna obligacion de impedir que sea víctima de la maledicencia? Asi hablan los que escuchan al murmurador, y de este modo pretenden esquivar toda responsabilidad y sincerar su punible conducta. ¡Necios! ¿Y quién duda que estais obligados á manifestar al menos con vuestro silencio y con vuestro semblante el disgusto que os causa el oír los defectos de vuestros prójimos, ya que no tengais la suficiente autoridad para oponeros á la murmuracion? Y si teneis esta autoridad, ¿dudais acaso que estais obligados á hacer uso de ella para enfrenar la audacia del murmurador? ¿Ignorais que de otro modo en el hecho mismo de escuchar, aprobar y favorecer la murmuracion por efecto de una débil condescendencia, os haceis participantes de ella y cargais con la responsabilidad del mismo crimen, segun la espresion de San Pablo (2)?

¡Y qué de artificios no usa el murmurador para hacerse escuchar con interés y escitar la curiosidad de sus oyentes! Unas veces con palabras entrecortadas, otras con espresiones ambiguas, ya afectando no poder decir lo que sabe de ciertas personas, ya fingiendo temer que se dé publicidad á ciertos hechos, logra por fin hacerse rogar para que se explique con claridad, so pretexto de que su silencio podria ser tal vez mas pernicioso; y de esta suerte haciendo pasar de sus lábios al corazon de los que le escuchan el fuego de la maledicencia, no solamente hiere á mansalva la reputacion ajena, sino que desarrolla en los demás el mismo furor de que él está animado. Entonces devolviéndole confianza por confianza, se narran otros hechos que tienen relacion con el principal de que se trata, cítanse nombres y personas que se encuentran en situacion análoga, despiértase el recuerdo de ciertas aventuras ó anécdotas que el tiempo sepultára en el olvido, y de este modo se va formando esa cadena de murmuraciones que no tienen fin, asi se hace ese vergonzoso tráfico de reputaciones, y se establece esa detestable emulacion por la que aspirando cada cual á ilustrar mas los hechos, se divulga sin miramientos de ninguna especie cuanto hay de mas secreto, de mas

(1) Genes. IV. 9.

(2) Ad Rom. I. 32.

perjudicial, de mas infamante para el prójimo. Tal es frecuentemente el fruto de una sola murmuracion.

Y no es menor su perniciosa influencia considerada con relacion al carácter de las personas á quienes á veces dirige sus tiros. Como quiera que lo que es reprehensible en todo cristiano lo es con mayor razon en los hombres de bien que más se distinguen por su virtud ó por su carácter sagrado, la depravacion del siglo se complace en abultar los mas ligeros defectos que nota en ellos y en presentarlos bajo el aspecto mas odioso, pues en esto precisamente funda el libertinaje su mas glorioso triunfo contra la virtud. Malicioso cuanto hipócrita jamás separa en este punto la causa del cristiano fiel que se estravía de sus deberes religiosos, de la causa de la religion misma; y de aquí con una lógica infernal tiende á rebajar su santidad, á hacer sospechosos sus dogmas, á debilitar la fuerza del buen ejemplo, á envilecer el sagrado ministerio, á lanzar la nota de hipocritas sobre aquellos á quienes no puede convencer de ningun crimen, á armar la impiedad contra la ley santa del Señor, y á autorizar los desórdenes de la corrupcion. Hed ahí el fin principal de ciertas murmuraciones. ¡Altar! ¡Altar! Tú fuiste siempre y eres todavia el blanco de sus envenenados dardos! ¡Desgraciado aquel que por sus costumbres se hace indigno de acercarse á tí, pero desgraciado tambien el que de esto toma ocasion para insultarte! Y ved aquí por último la accion perniciosa ó sea el escándalo de la murmuracion con respecto al mismo murmurador.

Como es muy comun encubrirse con el velo de la piedad para introducir mas fácilmente el veneno de la maledicencia, el mundo censor severo de aquella, y siempre dispuesto á aprovechar todas las ocasiones que se le presentan para desacreditarla, en su peregrino modo de discurrir jamás hace abstraccion de las cosas mas sagradas, sino que las envuelve en una causa comun con las personas que de ellas abusan. De aquí cual si la murmuracion no fuese un vicio espresamente condenado por la verdadera piedad, ó como si en algun caso pudiera ésta autorizarle, no duda decir con cierto énfasis, que mal puede avenirse la virtud con la acrimonia de sus palabras, con el rigor de su censura, y con la observacion minuciosa que hace de

los defectos ajenos. Acusacion evidentemente calumniosa con respecto á la generalidad de los fieles en quienes se halla siempre la prudencia y la dulzura de la caridad cristiana. Reconvencion afectada de parte del mundo que nada perdona á los que no son tan depravados y corrompidos como él, y grita contra la mas ligera indiscrecion escapada á la debilidad, cuando él se permite las mas negras calumnias y no duda desarrollar contra aquellos á quienes elige por víctimas todo el furor de su malignidad. Pero sea de esto lo que quiera, lo que nos cumple decir altamente es que los verdaderos cristianos no reconocemos ninguna virtud sólida sin la caridad, que jamás miraremos como digno de Dios un corazon devorado por la hiel del ódio ó de la envidia, que consideramos la murmuracion como uno de los pecados mas graves y de mayor trascendencia, lo cual bastará para hacer enmudecer á la impiedad y para redoblar la vigilancia de las personas virtuosas á fin de no escandalizar jamás al mundo con la murmuracion. De resto, no seré yo quien me detenga á esponeros la influencia que ejerce por medio de esas producciones satiricas y mordaces, que el furor multiplica por todas partes para alimentar la curiosidad pública, ni os hablaré tampoco de la prodigiosa facilidad con que se comunica su contagio. Todas las circunstancias le son favorables, todos los tiempos le son oportunos: todo sirve para reproducirle; la espresion de un movimiento, el artificio de un gesto, la elocuencia muda de una mirada, la apariencia de un elogio, el tono de la amistad, la energia dada á una sola palabra, y á veces hasta el silencio mismo bastan para encender ese fuego devorador. La murmuracion nada respeta, ni la elevacion del rango, ni los derechos de la autoridad, ni la santidad del estado, ni la importancia de los servicios. Hasta los muertos no están seguros en su mansion pacífica: remuévense sus cenizas, desentiérranse sus antiguos recuerdos, y se despedaza su honor, único bien que supieron conservar hasta la tumba.

¶ Pero tiempo es ya de que habiendo considerado la gravedad de este vicio y su perniciosa influencia, concluyamos esponiendo brevemente la dificultad de reparar los daños que ocasiona. Es un principio inconcuso, segun la doctrina de los Padres, que no hay per-

don para el pecador mientras no trate de reparar la injusticia de su pecado. Y esto que tan cierto es con respecto á todos los demás bienes, ló es en mucho mayor escala respecto del honor que es entre ellos el mas apreciable que posee el hombre. Ahora bien, A. M., yo encuentro dos obstáculos casi insuperables que se oponen á la justa reparacion del honor empañado por la maledicencia. El primero se funda en la voluntad del mismo murmurador. ¿Cómo podrá resolverse á retractarse públicamente de las exageraciones en que tal vez habrá incurrido en los discursos injuriosos contra el prójimo? ¿Cómo decidirse á elogiar al que ha desacreditado maliciosamente, á desdecirse de cuanto ha asegurado con la mayor confianza en presencia de muchas personas, y á sacrificar si es necesario su propia gloria, su misma reputacion por reparar la reputacion y la gloria ajenas víctimas de su lengua desenfrenada? ¡Ah! ¡Cuán rara vez se vé que el murmurador llene cumplidamente en este punto los graves deberes que le impone la justicia! Tan cierto es que la murmuracion es segun el lenguaje [de los libros santos uno de aquellos pecados de los que dificilmente se levanta el hombre cuando ha sido arrastrado por ella al abismo del mal (1).

— Mas suponiendo que el murmurador quiera sinceramente reparar los daños ocasionados, ¿cómo podrá conseguirlo? Hé aquí el segundo obstáculo que poco antes indiqué respecto de la murmuracion. Es propio de las palabras, observa San Bernardo, volar rápidamente y pasar con ligereza: pero en su rápido curso pueden dejar llagas bien profundas en el corazon humano. Fácilmente se insinuan en el espíritu, y con dificultad salen de él. Recoger una palabra escapada de los lábios, es tan imposible como detener la piedra una vez lanzada de la mano. Así que aun cuando el murmurador trate de neutralizar el efecto de sus espresiones, y de indemnizar del mejor modo posible el honor de su prójimo, ¿quién no vé la casi imposibilidad de conseguirlo? Quizás se atribuirá por unos este paso á un mero sentimiento de caridad, y por mas que se esfuerze nó le será dable destruir la impresion desfavorable que hizo nacer en el ánimo de sus

(1) Eccl. XXVIII. 30.

oyentes contra el objeto de su murmuracion. Tal vez otros lo juzgarán un deber de justicia; pero el mal ha cundido, la reputacion del prójimo ha perdido considerablemente, su deshonra se ha hecho pública, y ha pasado de boca en boca á todo el vecindario. ¿Cómo pues contener ese torrente? ¿Cómo apagar ese incendio? ¡Ah! En vano intentaríamos dar al murnurador una regla segura en este punto, pues conocemos todo lo árduo de esta reparacion. Muy de temer es que á pesar de su buena voluntad, sus esfuerzos sean insuficientes, y que baje á la tumba llevando consigo el dolor de haber causado con su lengua unos males que no habrá podido curar. Y entonces al presentarse ante el tribunal supremo con las manos teñidas en la sangre de sus hermanos y cargadas con sus despojos, al oir los sollozos de sus víctimas mezclados con sus propias lágrimas, ¿qué estremecimiento, qué temblor convulsivo, qué horror no experimentará su alma en aquellos momentos decisivos! ¿Y bastará su arrepentimiento á calmar la justa cólera de un Dios justo vengador del oprimido, y enemigo implacable de los opresores? No seré yo sin embargo quien intente poner límites á la infinita misericordia del Señor. Quizás su justicia se dará por satisfecha con la sinceridad de unos deseos que no dependió del hombre hacer completamente eficaces: y hed ahí la única idea que puede sostener la esperanza del perdón en el hombre que puso los medios necesarios para reparar los daños ocasionados con la maledicencia.

Mas no descansenos en esa débil esperanza. Preservémonos, A. O. M., huyamos cuidadosamente de un pecado tan grave en sí mismo, tan pernicioso en la influencia que ejerce, y que tanta dificultad ofrece en la reparacion de los daños que ocasiona. Tengamos presente que la lengua es un foco universal de iniquidad, segun la espresion del apóstol Santiago (1), y que el que no trata de enfrenar sus ímpetus se verá arrastrado á un abismo de donde no podrá salir. Jamás olvidemos que es vana y facticia la religion del que no modera sus palabras segun las reglas de la caridad cristiana, puesto que no puede darse contradiccion mas monstruosa que el que unos

(1) Jacob. III. 6.

labios que se emplean en bendecir á Dios nuestro padre celestial, se empleen á la vez en ultrajar á los hombres criados á su imágen y semejanza (1). Sepamos pues respetar el honor de nuestros prójimos para que ellos respeten el nuestro; seamos con ellos caritativos é indulgentes, para que ellos lo sean con nosotros; amémosles como hermanos, y ellos á su vez nos mirarán como tales; y entonces el Padre celestial nos amará, y nos uniremos á él, y con él moraremos por los siglos de los siglos en la mansion eterna de la gloria.

OBEDIENCIA ES QUE ESTE TODO CRISTIANO DE LAS DOS ESPERANZAS, POR SU PROPIO INTERÉS, POR EL DE SUS PRÓJIMOS, Y POR EL DE LA RELIGION.

Los deberes están los mismos, el cada uno en su respectivo estado. El que se debe á sí mismo y á sus semejantes, y á su patria, y á la ley del mundo, y á la ley del cielo, el que debe á su patria, y á su familia, y á su profesión, y á su oficio, y á su estado, y á su dignidad, y á su honor, y á su libertad, y á su independencia, y á su virtud, y á su ciencia, y á su gloria, y á su felicidad, y á su salvación, y á su eterna vida, y á su eterna gloria, y á su eterna felicidad, y á su eterna salvación, y á su eterna vida, y á su eterna gloria, y á su eterna felicidad, y á su eterna salvación.

Pero desgraciadamente no es así: aquellos hombres que de la primitiva iglesia en que se vio tratado en cierto modo (1) *Ibid.* 9.

DISCURSO

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

OBLIGACION EN QUE ESTÁ TODO CRISTIANO DE DAR BUEN EJEMPLO, POR SU PROPIO INTERÉS, POR EL DE SUS PRÓJIMOS, Y POR EL DE LA RELIGION.

Opera quæ ego facio in nomine Patris mei hæc testimonium perhibent de me.

Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí.

JOAN. X. 25.

¡QUÉ felices serian los hombres, si cada uno en su respectivo estado, fiel á lo que se debe á sí mismo y á sus semejantes, pudiera presentarse á la faz del mundo sin el menor temor de que nadie pudiese reprocharle la mas leve contradiccion entre sus palabras y su conducta! Bien pronto se veria desaparecer el vicio reducido á un vergonzoso silencio, y la virtud reconquistar su antiguo imperio. Cada hombre seria un apóstol para sus prójimos, cada accion una leccion sublime y un poderoso aliciente de santidad y perfeccion. Nuestro ministerio, entonces vendria á ser casi innecesario, porque teniendo los fieles constantemente ante sus ojos espectáculos de edificacion mas elocuentes que nuestros discursos, nuestro siglo seria el triunfo mas completo de la religion y la edad de oro del cristianismo.

Pero desgraciadamente no es asi: aquellos hermosos dias de la primitiva iglesia en que se vió realizado en cierto modo ese bello

ideal, pasaron muy pronto para no volver jamás; la corrupcion no tardó en posesionarse del mundo, el mal ejemplo cundió con espantosa rapidez, la tierra fecunda en nuevos desórdenes ha visto multiplicarse donde quiera esa funesta semilla. Nuestro siglo mas culpable aun que los que le precedieron los ha sobrepujado prodigiosamente en maldad; todo en él respira y enseña el vicio; la imágen del pecado se mira como espuesta al público en todos los objetos que nos rodean; á cualquier lado que tendamos nuestra vista no vemos mas que disolucion y escándalo; nunca con mas razon que hoy dia puede decirse con el rey profeta (1), que todos los hombres han claudicado, que todos se han separado de la senda de la virtud, que apenas se encuentra uno que obre el bien, ni dé testimonio con sus obras del elevado carácter de cristiano que recibió en las fuentes regeneradoras del bautismo. Porque las obras y no las palabras son las que muestran al hombre tal cual es, y las que en todo tiempo deben responder de él ante Dios y ante el mundo, como nos lo manifiesta claramente el mismo Salvador en el texto evangélico de este dia.

«Paseábase Jesus un dia en el templo, por el pórtico llamado de Salomon. Rodeáronle los judios, y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo paladinamente. A lo que Jesus les respondió: Os lo estoy diciendo, y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas son las que están dando testimonio de mí; mas vosotros no me creéis, porque no sois de mis ovejas..... Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oír esto los judios cogieron piedras para apedrearle. Pero Jesus les dijo: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreais?..... Si no hago las obras de mi Padre, no me creais. Pero si las hago, ya que no querais darme crédito á mí, dádsele á mis obras, á fin de que conozcáis y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre.»

Ved pues A. O. M., cómo Jesucristo apela de la incredulidad de sus émulos al tribunal irrecusable de sus acciones, cuyo testimonio es

(1) Psalm. XIII, 3.

el único que no puede desechar el ódio mas encarnizado ni la mas apasionada rivalidad: puesto que las acciones son el espejo diáfano del alma, en donde el hombre se deja ver desnudo por decirlo así de esas apariencias engañosas que las mas veces encubren las mas torpes pasiones y los sentimientos mas indignos y criminales. ¡ Mas ay! ¡ Cuán contados son los que pueden evocar ese testimonio! ¡ Cuán pocos los que como el Salvador están en el caso de decir á sus émulos: «Examinad mis obras, y ellas os responderán por mí. Si dudais de mi fé, si no quereis dar crédito á mis palabras porque os digo que soy discípulo de Cristo y estoy unido á él inseparablemente en virtud del carácter de cristiano que me honra, y por la fidelidad con que conservo las creencias tradicionales del catolicismo, creed al menos en mis obras y os convencereis de que no hay entre ellas y mis palabras la menor contradicción!» *Opera quæ ego faciò..... hæc testimonium perhibent de me..... Et si mihi non vultis credere, operibus credite.*

Pues bien A. M., aprovechando yo esta ocasión que nos proporciona el presente Evangelio, voy á manifestaros la estrecha obligacion en que está todo cristiano en su respectivo estado, de dar con sus obras testimonio de su carácter, ó lo que es lo mismo «de dar buen ejemplo por su propio interés, por el de sus prójimos y por el de la religion.» Tres puntos que abrazarán en una sola reflexion todo el asunto de mi discurso.

Dirijámonos ante todo al autor de la luz y al Dios de toda ciencia, para que illustre mi entendimiento á fin de que pueda desempeñar dignamente mi objeto, poniendo por mediadora á la Virgen de Virgenes, á quien el ángel saludó un dia diciéndola:

Ave María.

REFLEXION ÚNICA.

Dije y repito, A. O., que todo cristiano tiene una obligacion indispensable de dar buen ejemplo, primeramente por su propio inte-

rés, es decir por el interés de su propia salvacion: y fundo este aserto en las siguientes palabras del apóstol Santiago: «¿Hay entre vosotros algun sábio y bien amaestrado para instruir á otros? Pues muestre con sus buenas obras su proceder... Porque el que conoce el bien que debe hacer y no lo hace, se hace culpable de un gran pecado (1).» Y este pecado, segun la mente del Papa San Gregorio, consiste en que el Señor en la distribucion de los dones de su gracia ha tenido, digámoslo así, las mismas miras que en la distribucion de los dones de la naturaleza: y por consiguiente, á la manera que un rico seria criminal en el orden de la Providencia si no lo fuese mas que para sí, como lo seria el hombre de génio que escondiese sus luces en las tinieblas de la ignorancia, y así respectivamente en todos los estados y condiciones sociales, del mismo modo el cristiano que en la religion no edifica y se hace útil á los demás con sus buenas obras, no es lo que debe ser en el orden de la gracia, y se hace culpable delante de Dios. Tanto mas, continúa el santo doctor, quanto que Dios al distribuir sus dones no mira únicamente á aquel á quien se las dá; frecuentemente sucede que este sea el objeto secundario de sus miras, siendo el principal y mas culminante la conversion ó la salvacion de otras personas á quienes se propone mover con el ejemplo de aquel á quien eligiera por instrumento de sus designios. ¡Y cuántas veces prepara la salvacion de todo un pueblo por medio de la virtud de un solo hombre!

— Si el gran Javier en vez de subir al carro de la victoria para conquistar á Jesucristo las Indias y el Japon, se hubiese contentado con entregarse en la soledad á los rigores de la penitencia, ¿hubiera respondido dignamente al llamamiento de Dios y á las gracias con que enriqueciera su alma? ¿Hubiera honrado tanto á la Iglesia un Crisóstomo, si prefiriendo al vuelo ambicioso del águila los tiernos gemidos de la paloma, se hubiese contentado con ser el ángel del desierto en vez de hacer oír su voz aterradora en los púlpitos de Antioquia y Constantinopla? Y Agustino ¿hubiera glorificado tanto á Dios que le ilustrára, si satisfecho con haber abrazado la verdad

(1) Jacob. III. 43. et IV. 47.

católica y limitándose á obrar el bien en el silencio del retiro, no hubiese lanzado sus rayos contra la heregía y vengado con sus escritos á aquella iglesia que habia edificado con sus lágrimas?

Pues bien, yo os digo A. M., que guardando la proporcion, debida lo mismo sucede respecto de todos los hombres; porque no hay uno solo sobre quien el Señor no haya formado algun designio, y de quien no espere ciertos ejemplos de virtud que deben influir en el bien de la sociedad, de la Iglesia, del estado ó de algunos particulares; y por consiguiente en el hecho de no dar ese ejemplo y de no practicar esas virtudes, engañamos á la vez á Dios y á los hombres, frustrando los decretos del uno, y privando á los otros del bien que tenian derecho á esperar.

Poco importa que un grande, un príncipe haga brillar en sus acciones una conducta intachable y una integridad á toda prueba, que sepa respetar los derechos del huérfano y del indigente, y mantenga siempre igual la balanza entre César y su pueblo. Digno seria por cierto de elogio, si ningun otro deber tuviese que llenar; pero si á estos ejemplos harto raros en el mundo político no añade una piedad sincera, unas costumbres rígidas, y una religion profunda, maridando asi los deberes del hombre público con los del cristiano, no habrá llenado su mision; pues si convenia hacer lo primero, no convenia menos lo segundo, de lo que tal vez dependia la reforma de una córte, de una ciudad, ó de todo un pueblo. *Hæc oportuit facere, et illa non omittere.* Que un magistrado sea un hombre modesto y frugal, que viva separado del ruidoso tumulto del mundo, sin que jamás hayan penetrado en su morada la corrupcion y el escándalo, mucho es ciertamente en dias tan calamitosos y de tanta inmoralidad como los nuestros. Mas, ¿basta esto, si en el importante puesto que ocupa en la sociedad no añade á los ejemplos de padre vigilante, de buen ciudadano, de esposo fiel, los de un íntegro representante de la ley, si ocultando en una criminal ociosidad las dotes intelectuales que ha recibido de Dios se entrega á una vida muelle y tranquila, en vez de constituirse el apoyo de la inocencia, el órgano de la justicia, el vindicador del crimen, y el faro luminoso de los que buscan la verdad en medio del tempestuoso mar

de las pasiones humanas? No, A. O. M.; y otro tanto pudiéramos decir discurrendo por todas las demás clases y condiciones, porque todos tenemos deberes especiales que cumplir y una mision especial que llenar en el mundo, sin lo cual aun cuando poseamos otras cualidades laudables y demos el ejemplo de otras virtudes, seremos servidores inútiles y nos haremos criminales en la preseneia del Señor.

No dudo que desde luego habrá muchos que me reprocharán de rigorismo en este punto, persuadidos de que evitando los grandes desórdenes y los graves escándalos no hay ninguna otra obligacion de que se les pueda hacer un cargo. Y ved ahí, dice San Bernardo, el grande error de muchos cristianos, error tanto mas pernicioso, cuanto que siquiera el mundo no se cuide de practicar el Evangelio, pretende sin embargo comprenderle y juzga con el mayor rigor á los que le observan; y cuanto mas corrompido es en sus costumbres, mas virtudes exige en los que hacen profesion de cristianismo. Asi es que la cesacion del buen ejemplo puede ser mas funesta y el defecto de virtud mas contagioso que otros muchos desórdenes: y hasta los vicios, los mismos crímenes por odiosos que sean, no siempre son tan perjudiciales respecto de muchos por cuanto reconocidos como tales, su misma enormidad garantiza de la seduccion; y mas temible es el vicio encubierto con el antifaz de la hipocresía, que el que se presenta á cara descubierta en toda su repugnante fealdad.

Malamente pues se envanecería un cristiano de seguir ese extraño sistema de cristianismo que consiste en evitar igualmente el brillo del vicio que el de la virtud: pues segun el divino oráculo, el árbol que no lleva algun fruto debe ser arrancado y arrojado á las llamas (1), y el no destruir no es edificar, antes por el contrario escrito está que el que no recoje con Jesucristo desparrama, y el que no está á su lado está contra él (2). De donde infiero que siendo las obras, como él mismo manifiesta en el presente Evangelio, las

(1) Luc. III. 9.

(2) Matth. XII. 30.

que deben dar testimonio de cada uno y responder á los cargos que pueden hacerle sus émulo, el que no dá los buenos ejemplos que debe segun los designios que sobre él formára la Providencia, no llena su mision, no cumple con el fin para que ha sido llamado, en sus relaciones con la religion, con la sociedad y con sus semejantes á quienes defrauda de sus derechos. Porque no solamente somos cristianos para nosotros, como se espresa San Pablo, ni basta obrar el bien y ser virtuoso para sí mismo, sino que es preciso que seamos cristianos y virtuosos para nosotros y para los demás, ante Dios y ante los hombres (1). Y vedme ya en el segundo punto de mi discurso, á saber en la necesidad de dar buen ejemplo por el interés de nuestros prójimos.

El ejemplo, dice ingeniosamente San Agustin, es una elocuencia muda y como una palabra de accion, que insinuándose en el espíritu penetra insensiblemente en el alma y mediante una dulce y agradable persuasion hácese dueña de la voluntad. Todos nacemos inclinados á la imitacion; se hace lo que se vé hacer, se toma por modelo mas bien el ejemplo que la razon. Un solo libertino basta para pervertir toda la juventud de una poblacion, un solo espíritu fuerte es suficiente para hacer mil incrédulos; los hombres, en una palabra, obran generalmente segun ven obrar á sus semejantes, con la notable diferencia que no bastando á veces cien ejemplos de virtud para conducirnos al bien, basta un solo ejemplo criminal para arrastrar cien prosélitos por las vias del crimen. Y ved, añáde el Santo Doctor, por qué al que dá mal ejemplo debe considerársele como un homicida, puesto que en cuanto de él depende dá la muerte á sus hermanos arrastrándoles á pecar con su conducta. Con razon pues anatematiza Jesucristo en su Evangelio al que escandaliza á sus prójimos, diciendo que mas le valiera no haber nacido (2). ¿Y por qué tanta severidad? Porque el mal ejemplo es digámoslo asi un pecado sin limites, cuya influencia se aumenta en proporcion del rango, del estado, de la posicion que el hombre ocupa, ó de los

(1) II. Corint. VIII. 24.

(2) Matth. XVIII. 7.

deberes que está llamado á cumplir; al modo que el buen ejemplo es una virtud que influye poderosamente en las costumbres públicas y privadas en bien de la religion y de la sociedad. Dadme un padre y una madre virtuosos, que den á su familia buenos ejemplos de piedad y temor de Dios, y todo prosperará bajo su hogar, dice el Espiritu Santo. Sus virtudes pasarán á sus hijos como el mas precioso de sus tesoros, y se establecerá en aquella casa como una generacion eterna de prudencia, de justicia y de probidad. Y si algun vástago de tan preciosa raza llegase á degenerar, seria un fenómeno tan asombroso como el ver un árbol útil producir malos frutos, ó una planta salutífera dar un jugo venenoso. Mas si por el contrario los padres son los que dan el mal ejemplo de la irreligion y del desorden, ¿cómo impedir que los hijos les imiten? ¿Bastará que unos maestros sábios y celosos los reprendan? ¿Bastará que los mismos padres les repitan sin cesar cuán desgraciados son los que se entregan á sus pasiones, y que no hay verdadera felicidad fuera de la virtud? No, y mil veces no. A vista del contraste que notarán entre sus palabras y su conducta, se acostumbrarán á mirar la probidad, la virtud y la religion misma como unas palabras vanas con que se quiere alucinar la juventud y la infancia, como preocupaciones propias únicamente para adormecer la primera edad. Y entonces, ¿cómo contener el impulso dado por el mal ejemplo, cuando éste les habrá allanado el camino del crimen? En vano se les diria que no le imitasen..... ¡Ah! Cuando el trueno zumba ya en derredor del bajel, y esté batido por los vientos y azotado por las olas comienza á ser el juguete de la tempestad, ¿es ya tiempo de avisar al piloto para que evite los escollos? ¿Se espera á que el incendio haya estallado para contenerle, ó á que el torrente se haya hinchado y esté próximo á desbordarse, para ponerle diques? Pues otro tanto equivaldria decir á un hijo, una vez dado el mal ejemplo. «No le imites.» Hablen sino tantas casas un dia tan opulentas, tantas familias en otro tiempo tan célebres, destruidas hoy por unos hijos que siguieron y aun sobrepusieron la mala conducta de sus padres. Hablen tantos reinos arruinados, tantos tronos echados por tierra, y tantos bellos paises devastados por sucesores que rivalizaron en ambi-

ción y en furor con sus antepasados. Ellos subsistirían indudablemente, si los padres para tener hijos virtuosos, y los reyes para dejar herederos sábios y pacíficos no hubieran necesitado mas que retractarse y exhortar en su vejez á sus descendientes á no imitar su ejemplo. Pero esto no bastaba: el ejemplo estaba dado, el ejemplo prevaleció, y nada fué suficiente á encadenar ese torrente devastador del vicio que todo lo arrastró en pos de sí.

Y tanto es esto mas cierto cuanto que el ejemplo es á la vez el único mal que nunca finaliza, y el solo bien que constantemente subsiste aun despues que el que le ha dado deja de existir. En la tumba misma del hombre justo, en los sitios en que habitó, en sus descendientes, sus amigos y discípulos, se buscan con avidez los buenos ejemplos que legó al mundo. La virtud de los santos anima en cierta manera sus restos mortales, y su memoria produce imitadores en todos los siglos, al modo que por el contrario el hombre escandaloso viene á ser en su patria un monumento público de todos los crímenes y de todos los desórdenes. En pos de él se levanta una especie de generacion de iniquidades que se aumenta progresivamente á medida que se aleja de su origen; porque todo en el mundo degenera excepto el vicio, y el tiempo, ese poder irresistible que logra debilitar al fin la fuerza del buen ejemplo, no hace sino acrecer y dar mayor energía al ejemplo perverso de los hombres escandalosos é impíos, especialmente cuando se trata de cierta especie de excesos que llevan consigo una triste celebridad. Que un grandé ó un príncipe se entregué á los desórdenes de la voluptuosidad, y vereis como su memoria lejos de borrarse con la muerte se perpetúa en las páginas de la historia; todos los siglos y todos los pueblos llegarán á saberlo, y aunque haya poseido mil otras cualidades brillantes solo servirán para hacer mas visibles sus defectos. El mundo corrompido olvidará mas fácilmente su gloria que sus debilidades, y su nombre se immortalizará mas bien por sus vicios que por sus virtudes. Que un hombre de génio anime el mármol ó el lienzo reproduciendo en él la imágen de las pasiones, y vereis trasmitirse su pecado de generacion en generacion juntamente con su fama. ¡Cuántos célebres artistas desaparecieron siglos há de la faz de la

tierra, y sin embargo aun viven y cada dia adquieren mayor estimacion esas obras maestras de su culpable pincel, trofeos públicos del vicio, vergüenza de las costumbres y triunfo de la inmoralidad. La codicia las dá un precio fabuloso, el libertinaje las busca con avidez, el lujo las espone á los ojos de la curiosidad; van pasando de un siglo á otro siglo, de una nacion á otra, y con el tiempo el pecado de un solo hombre llega á ser el crimen de todo un mundo. Qué otro uniendo unas costumbres corrompidas al funesto talento de escribir, dé á luz una de esas producciones licenciosas en las que, merced á las gracias del estilo ó al atractivo de la fábula, la razón se extravía, la imaginacion se inflama, y el corazon enternecido se embriaga con el suave vapor del veneno que destilan las flores de una elocuencia infernal; ó bien que para encender un fuego mas culpable aun y dejar en las almas impresiones mas profundas, evoque las sombras criminales de esos héroes de la antigüedad tan célebres por sus debilidades, y hábil en escudriñar los archivos del crimen, ponga en contribucion los vicios de todos los siglos para aumentar la corrupcion del su yo: ¿cómo podrá reparar el mal causado con su funesta pluma? Imposible. Sucederá lo que á tantos hombres tristemente célebres en esa carrera que brillaron en estos últimos siglos. En vano renunciando algunos á la escena, rociaron con las lágrimas de la penitencia los laureles con que el mundo ciñera sus sienes, y consagraron sus últimas inspiraciones á cantar las alabanzas del Señor. Su arrepentimiento se olvidó bien pronto, miráronse sus remordimientos como una debilidad, su penitencia se tachó de puerilidad ó de un extravío de su razon, y todas sus lágrimas fueron ineficaces para borrar las lecciones que habian dado, y no pudieron impedir que una juventud libertina corra todos los dias á instruirse en su escuela, á buscar en sus obras modelos de perversidad, estendiendo y perpetuando así la memoria de sus crímenes juntamente con la celebridad de su nombre.

— Pero tiempo es ya que concluyamos este asunto, haciendo ver la necesidad del buen ejemplo por el interés de la religion. Ciertamente pudiera yo dispensarme de daros nuevas pruebas acerca de esto, despues de lo que acabais de oir. Sin embargo, no me cansaré de

repetir que el honor de la religion, y no solamente su honor, sino tambien su decadencia ó su progreso, su gloria ó su baldon están en vuestras manos, y dependen mas bien de vuestros ejemplos que de todos los esfuerzos de nuestro celo. ¡Oh! Nosotros ministros del Señor lloramos sin cesar los rápidos progresos de la incredulidad, y nos parece poco tronar todos los días contra ese espíritu de audacia y de licencia desenfrenada, que á favor de tantos sistemas impíos se esfuerza en acreditar la duda y la blasfemia. Y sin embargo, no dudaré decirlo, poco ó nada tendríamos que temer de ese desórden á pesar de su gravedad y magnitud, si hubiese todavía grandes ejemplos que oponerle, puesto que la esperiencia ha demostrado ya cuán grande es la influencia de la virtud, y que á veces un solo santo ha bastado en un siglo para contener el torrente de la impiedad, para hacer triunfar la religion de todos los ataques de sus enemigos, y proporcionarla mas honra y prez con sus buenos ejemplos, que daños la causáran aquellos con su incansable saña. Dadme sino un Atanasio, y nada temeré que el mundo entero y hasta el mismo infierno desencadenen sus huestes contra la Iglesia. Dadme un Cárlos Borromeo, y á despecho de la profunda corrupcion del pueblo y del clero la religion quedará vengada, y el crimen se verá obligado á ocultarse en sus antros tenebrosos. Dadme un Tomás de Cantorbery, y él solo bastará para inutilizar los proyectos de toda una corte impía, y su misma sangre derramada sobre el altar formará la gloria del martirio y el eterno baldon del tirano. Dadme en fin un San Fernando, un San Francisco de Sales, ó cualquiera de esos grandes hombres que la Providencia ha deparado al mundo en diversas épocas como un antidoto contra los males que aquejaban á la religion y á la sociedad, y esta y aquella florecerán, y las costumbres cambiarán de aspecto, y todo se renovará á impulso del buen ejemplo. Porque como ya dije, y no estrañeis lo repita cien veces, el mayor riesgo que corre la religion no pende tanto del número ó de la audacia de sus enemigos como de la tibieza y cobardía de sus hijos, ni consiste únicamente en que el crimen inunde la haz de la tierra, sino en que la virtud degradada, y cada dia mas débil y mas vacilante, ha perdido su grandeza y su antigua energia. «Salvadme Señor,

gritaba en su tiempo el real profeta, venid en mi auxilio;» y cuando así clamaba no era porque viese en derredor suyo enemigos poderosos que le acecharan, y numerosas huestes que combatir, sino «porque ya no hay un santo, decía, en la tierra, y la virtud bien así como la verdad han desaparecido de entre los hombres (1).» Heed ahí lo que hacía temblar á David, y lo que con mas razon debe llenarnos á nosotros de estremecimiento. Se ha dicho y con razon que el mas bello elogio de la religion consiste en practicarla. Las obras, y no las palabras, son como se espresa Jesucristo en el presente Evangelio, las que dan un testimonio irrefragable de su grandeza y escelencia. A ellas, y no á los discursos apelaba el Salvador para demostrar su divinidad, y tanto que prescindiendo digámoslo así de su veracidad infalible, solo se apoyaba en la irresistible elocuencia de los hechos, diciendo á sus apasionados émulos: «Os digo la verdad y no me dais crédito: pues bien, si no quereis creerme á mi creed á mis obras; ahí están para responder de mí.»

¿Qué importa, en efecto, que la religion se enseñe y anuncie en todas partes sino se practica? Nunca tal vez como en nuestro siglo ha tenido tantos ilustres apologistas que la esclarezcan y defiendan con sus sábias plumas; y sin embargo, ¿en qué consiste que jamás ha cundido tanto la irreligion y la incredulidad? ¡Ah! Es que la ciencia que hincha, nada es en comparacion de la caridad que edifica; y valdria mas que hubiese menos luces y mas ejemplos, menos conocimientos y mas virtudes, porque en materia de religion, el mejor modo de demostrarla es ponerla en accion por medio del ejemplo, y poder decir como Jesucristo á los judios: «Las obras que yo hago en nombre del Padre, son las que dan testimonio de mí.» *Opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me.*

Compárese sino la religion oprimida por los tiranos con la religion protegida por los reyes, los primeros cristianos sencillos é ignorantes con los cristianos modernos mas sábios é ilustrados, y dígase con imparcialidad si la religion renaciente salida apenas de las

(1) Psalm. XI. 4.

grutas y cavernas de la tierra, no se mostraba mas grande y santa que ahora que donde quiera florece y está acreditada en todo el mundo. La causa de esto es que entonces cada cristiano era un modelo de santidad, los tesoros de la Iglesia consistian en las virtudes de los fieles, y para hacerse respetar aquella dichosa madre no necesitaba mas que mostrar sus hijos en quienes brillaban todas sus grandezas. La decadencia pues de la religion comenzó desde el instante en que los que la profesaban no se consideraron deudores al público de tan buenos ejemplos de fervor y santidad. De alli data ese sueño funesto que enervando el vigor de la virtud, conduciria al cristianismo á una muerte cierta, si su inmortalidad no estuviese garantizada por el mismo Dios.

Persuadámonos pues de que el buen ejemplo es una obligacion estrechísima de todo cristiano, una necesidad fundada en el interés propio del hombre, en el de sus prójimos y en el de la religion, tres motivos á cual mas poderosos que nos hacen un deber de manifestar con las obras nuestra fé, y de dar un testimonio brillante de nuestras convicciones religiosas con los hechos que son un lenguaje mudo pero irresistible contra el que nada puede oponer el libertinaje y la impiedad. Obremos siempre de manera que nuestros enemigos nada tengan que reprocharnos, ni nadie pueda tomar de nosotros ocasion de escándalo. Sea nuestra conducta una antorcha luminosa en pos de la cual puedan caminar nuestros prójimos por las sendas de la virtud, y glorificar al Padre celestial. ¡Y dichosos mil veces, si cuando la incredulidad ó el libertinaje intenten dudar de nuestras creencias ó empañar con sus calumnias el honroso carácter que nos distingue, podemos decir con Jesucristo: «Ahí teneis mis acciones, examinad mi conducta, contemplad mis obras, y ellas os responderán.» *Opera quæ ego facio... hæc testimonium perhibent de me.* Esto nos proporcionará la mas dulce satisfaccion en esta vida, y nos preparará para la otra la corona que Dios tiene reservada á los suyos en la gloriosa eternidad.

DISCURSO

PARA EL JUEVES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

CUÁN INFUNDADAS SON LAS ACUSACIONES DEL LIBERTINAGE Y DE LA
IMPIEDAD CONTRA EL USO DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

¿Quis est hic qui etiam peccata dimittit?

¿Quién es este que tambien perdona los pecados?

Luc. vii. 49.

Cosas hay, A. O. M., que por lo grandes y estraordinarias no pueden menos de escitar la admiracion aun del hombre mas indifere-
rente é inerédulo, por quanto ellas mismas sin necesidad de otros tes-
timonios están diciendo que solo pueden proceder de Dios. Sin em-
bargo, muchos milagros habia hecho el Salvador en el curso de su
vida pública; de varias maneras habia manifestado su diuinidad con
hechos portentosos y con enseñanzas tan nuevas y sublimes, que
obligáran á la multitud que le escuchaba á confesar paladinamente que
ningun hombre habia hablado jamás como él (1); pero ni esto, ni el
haber dado vista á tantos ciegos, movimiento á tantos tullidos, vida
á tantas víctimas de la muerte, ni los multiplicados beneficios de
toda especie que iba derramando por donde quiera que pasaba (2),
nada bastó á producir en los corazones de sus émulos una convic-

(1) Joan. vii. 46.

(2) Act. X. 38.

cion profunda del origen divino de aquel que se presentaba á sus ojos con caractéres tan extraordinarios. Cuanto mas evidentes eran las pruebas que Jesucristo les daba de que era el Hijo de Dios, mas se aumentaba la incredulidad de aquellos obstinados Fariseos, mayores proporciones tomaba su envidia y el ódio que le habian jurado, respondiéndolo con burlas á sus milagros, y tomando de sus acciones mas laudables y de sus palabras mas inofensivas motivo para zaherir y calumniar su conducta, como se vió entre otras muchas ocasiones en el hecho que hoy nos refiere el santo Evangelio.

«Habiale rogado uno de los Fariseos que fuese á comer con él. Y habiendo aceptado el convite, entró en casa del Fariseo, y se sentó á la mesa. Cuando hé aquí que una muger que estaba desconceptuada en la ciudad, tan luego como supo que Jesus estaba comiendo en casa del Fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de perfumes, y acercándose por detrás á sus pies, comenzó á bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume. Lo que viendo el Fariseo que le habia convidado, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, bien conoceria quien es la muger que le está tocando, y que es una muger de mala vida.»

Hé aquí cómo juzgaban aquellas inteligencias corrompidas de una accion que debiera haberles dado por el contrario la mas alta idea de aquel en quien veían tanta tolerancia y un amor tan compasivo y tierno hácia los hombres. Felizmente el Salvador, haciendo al Fariseo un argumento irresistible y estableciendo un paralelismo entre su conducta y la de aquella muger pecadora, logró convencerle de su error, ó al menos hacerle enmudecer lleno de confusion y de vergüenza: *«¿ Ves, le dice, esa muger? Yo entré en tu casa y no me has dado agua para lavar mis pies; en vez de que ella los ha bañado con sus lágrimas y enjugádolos con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; y ésta desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza: y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por lo cual te digo: Que le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho. Y en seguida dijo á la muger: Perdonados te son tus pecados.»* (5)

Entonces fué, Ave M., cuando convirtiéndose en admiracion y asombro la indiferencia de aquellos hombres hipócritas y fementidos, comenzaron á esclamar: «¿Quién es este que tambien perdona pecados?» Era este en efecto el mayor de los prodigios de la omnipotencia; conocian muy bien que quien así se espresaba era preciso que fuese un sér divino, porque solo á Dios pertenecía un poder tan extraordinario é insólito, bien así como lo conocen aun los mas encarnizados enemigos del catolicismo á pesar de los esfuerzos que han hecho para desacreditar el dogma sagrado de la confesion sacramental. No es mi intención insistir hoy en la demostracion de este artículo fundamental de nuestra religion, habiéndolo hecho ya en uno de mis anteriores discursos (1); y solo me limitaré á poner de manifiesto «cuán infundadas son las acusaciones de la impiedad contra el uso del santo sacramento de la penitencia, puesto que ellas envuelven la mas formal condenacion de la conducta de los que le desacreditan.» Ved todo el asunto de vuestra atencion en este discurso. Invoquemos ante todo las luces celestiales por medio de la santisima Virgen, saludándola con el Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

A tres puntos principales están reducidas todas las acusaciones de la impiedad contra el uso de la confesion sacramental. Es, dicen sus enemigos, un yugo insoportable que tiraniza las conciencias, es un abuso del poder teocrático para ejercer mayor influencia en los destinos de los pueblos, es en fin una práctica oficiosa é inútil que ningunas ventajas reporta en el órden social. Analicemos con la bre-

(1) Véase el Discurso para la Dominica III de Cuaresma, pág. 482.

vedad posible estos tres puntos, y veamos si son fundadas las objeciones con que el libertinaje del siglo intenta calumniar al catolicismo, ó si mas bien se desprende de ellas la condenacion mas explicita de la conducta de sus émulos.

¿Dónde está, en primer lugar, ese yugo pesado que la Iglesia pone sobre los hombros de los fieles? ¿En qué consiste esa tiranía que ejerce sobre sus conciencias? Ciertamente que esa madre común, usando de la autoridad que la legó Jesucristo en bien de sus hijos, de poder atar y desatar, perdonar ó retener los pecados, hace un deber é impone una obligacion estrechisima á todos cuantos se han hecho criminales delante de Dios, de presentarse al sacerdote católico depositario de esa potestad maravillosa, y hacer en su presencia una acusacion veraz, sincera y dolorosa de sus estravíos, para poder obtener el perdon de ellos. Ciertamente que sin esta humillacion del humano orgullo, sin este sacrificio de la vanidad, no puede el pecador justificarse (fuera de un caso de imposibilidad) de una manera digna de merecer la misericordia del Señor, puesto que el que por entregarse á las delicias del mundo y á los goces de las pasiones abandonó á Dios, fuerza es torne á él mediante las lágrimas de la penitencia y la circuncision del corazon. Ciertamente que no hay salvacion para el que pudiendo no se lava en la sangre del cordero de las manchas que contrajera pecando, ni vida espiritual, ni esperanza de un porvenir feliz para el que no trata de expiar sus culpas limpiándose en las aguas regeneradoras de la confesion sacramental. Así lo ha dispuesto sabiamente Jesucristo, y esta sola razon debiera bastar para hacer enmudecer á la impiedad. Pero seamos si se quiere condescendientes hasta cierto punto, y discurremos con ella un poco. ¿Dónde está, volveremos á preguntarla, la pesadez de ese yugo que tanto la repugna? Compárese la confesion sacramental con otros muchos deberes que impone al hombre la sociedad, y se verá si las exigencias de ésta en muchos casos no son incomparablemente mas difíciles, mas repugnantes y dolorosas, sin que su cumplimiento reporte la menor utilidad al que se esclaviza á sus usos y costumbres. Obsérvense las actuaciones de los tribunales humanos, y los trámites que en ellos se siguen en la sustanciacion de las causas criminales, y

véase si todo no es aquí más humillante y vergonzoso, más duro é insoportable que en el tribunal de la penitencia. En éste se vé resplandecer en todo la misericordia y la bondad de un Dios que desea perdonar al pecador arrepentido y devolverle la perdida estola de la inocencia. Nada hay que pueda arredrarle, porque todo se hace con tal reserva, con tal tolerancia, y de un modo tan paternal, que desde luego se descubre que el amor divino es el principio, y la felicidad del hombre el fin de cuanto en este sagrado tribunal se actúa.

Mas dejando aparte estas pruebas desenvueltas ya con mas estension en otro discurso; sin reproducir las utilidades y ventajas que al pecador proporciona la frecuente confesion de sus culpas, tanto que si yugo es, bien puede decirse que es sobradamente suave atendido lo que gana en curbar bajo él su cerviz y lo que pecando mereciera; prescindiendo de otras mil consideraciones que demuestran la excesiva condescendencia de Dios con el hombre que resalta en haber elegido este medio de justificarle en virtud de un sacrificio tan fácil y nada deshonoroso; dígame ¿en qué tiraniza las conciencias de los fieles? ¿Es tiranizarlas el exhortar á estos á que voluntariamente y con el mayor sigilo hagan la declaracion de sus delitos? ¿Es tiranizarlas proponerles la confesion como único medio de evitar una perdicion eterna? ¿Es tiranizarlas el convidarles con la gracia en cambio de una humillacion momentánea que lleva en pos de sí una gloria inamisible y una honra perdurable? ¿Es tiranizarlas el persuadirles á que depongan el peso de los delitos que les abruma en el corazon de un hombre, de un ministro de la reconciliacion que antes se dejará martirizar que abusar de la confianza que en él deposita el culpable? ¿Es tiranizarlas....? Pero yo me haria interminable si pretendiese dar á esta induccion toda la latitud de que es susceptible. Dígase si se quiere que Dios podia haber hallado otro medio de justificar al pecador sin imponerle ese yugo... Dígase todo cuanto la impiedad ha inventado para lanzar el ridiculo y el descrédito contra esta institucion altamente saludable y humanitaria: ¡Enmudeced blasfemos! ¿Quién os ha constituido jueces de vuestro Juez supremo? Tanto montaría reconvenirle por no haber dado otro giro á los astros del cielo, otra forma á la tierra, otros instintos á las criaturas;

tanto valdria preguntarle por qué ha hecho al hombre racional, inteligente y capaz de aspiraciones infinitas, y no le habia dado estas dotes al reptil, al cuadrúpedo, á la piedra ó al leño... ;Intentais escudriñar el por qué de las obras del Omnipotente! Hed ahí vuestro orgullo, hed ahí vuestra impiedad, impiedad y orgullo que bien merecen quedar anonadados y confundidos bajo el peso de su grandeza. Preguntad en buen hora á los hombres por qué han instituido esas leyes á que os sometéis, por qué han establecido esos tribunales que os juzgan y cuyo veredicto es inapelable, por qué han sancionado esas penas que os hacen estremecer sin que por eso podais eludir su rigor. Mas esto no lo preguntais, ni menos os atreveis á disputar á la sociedad sus derechos, porque ella á su vez os niega el de pedirla cuenta de sus actos: ¡y sin embargo no vacilais en llamar á Dios ante el tribunal de vuestro orgullo para que responda de los suyos! ¿Puede ser mas visible y formal la condenacion de vuestra conducta que envuelve ese audacioso pensamiento?

Además de que (y tóngase esto bien presente) la Iglesia á nadie violenta; á nadie constriñe á acercarse al sacramento de la penitencia, y si amenaza al que se resiste á ello, no es sino con las armas espirituales, y haciendo únicamente uso de ese poder divino que le confirió su augusto fundador. La persuasion, la palabra, héd ahí los medios que pone en juego; el anatema y el recuerdo de la justicia divina, tal es la espada que sabe y puede blandir sobre la cabeza del pecador. Por lo demás, ¿cuándo se ha visto que violente á ninguno ni le conduzca por la fuerza al tribunal de la confesion? Nunca: ella ha respetado siempre y como el que mas la libertad del hombre y sus derechos. Podrá decirle: «si no te confiesas tu condenacion es cierta, tu ruina inevitable, y eterna tu perdicion.» Pero si no quiere, no dará mas pasos, le abandonará como enfermo incurable despues de haber agotado todos los recursos de su maternal piedad, y lo único que hará será levantar sus manos al cielo, y sus ojos bañados en llanto en favor de aquella alma desgraciada. No hay pues yugo pesado, no hay tiranía en la confesion sacramental por mas que así quieran demostrarlo los enemigos de esta institucion divina. El pecador es quien voluntaria y espontáneamente debe pre-

sentarse al sacerdote católico, como la muger del presente Evangelio corrió á buscar á Jesucristo á la casa del fariseo; el convencimiento de su culpabilidad es el que debe moverle á buscar el remedio á sus males y el perdón de sus extravíos, á la manera que Magdalena persuadida de su mala vida no vaciló en ir á interrumpir el convite para llorar á los piés del Salvador sus pasados escándalos. Todo allí debe ser voluntario y libre de toda influencia estraña, y tanto que sin esta circunstancia la confesion no obtendria su fin, dejaria de ser fructuosa, y seria ineficaz para justificar al delincuente. Y siendo esto así, tan ridiculó es decir que ella es un yugo insoportable y una tiranía de las conciencias, como que es un abuso del poder teocrático para poder influir mejor en los destinos de los pueblos. Dilucidemos este segundo punto.

El Achaque antiguo es de la impiedad apelar á la calumnia y al sofisma á falta de razones en que apoyar sus erróneas doctrinas. No pudiendo negar de una manera razonable el origen divino de la confesion sacramental, se ha propuesto hacerla odiosa abultando el presunto abuso que segun los incrédulos viene haciendo de esa institución sublime el clero católico para ensanchar más los límites de su poder y estender indefinidamente su influencia en medio de los pueblos. Bien quisiéramos que se nos señalasen esos abusos para poder contestar directamente á unas acusaciones tan gratuitas como despreciables. Pero no hay que esperar que los enemigos del catolicismo se espresen de una manera categórica en este punto. Suposiciones formuladas en términos ambiguos, y nada mas es lo que pueden aducir en apoyo de su aversion mal disimulada hácia una clase cuya preponderancia no pueden sufrir, y que quisieran ver relegada de la sociedad como una casta de parias ó ilotes, sin derecho alguno, ni accion, ni influjo en los destinos de sus semejantes. De todas maneras, el clero católico rechaza altamente semejantes acusaciones sobre quien tan infundadamente se las dirige. No, no es de este mundo el reino que busca, ni es la política el vasto campo en que pretende ejercer su influencia. Si como su augustó gefe y maestro Jesucristo, se asocia con el pueblo, y busca á los pecadores, y se familiariza con ellos, no es sino para inculcar á aquel los documen-

tos de vida eterna que deben labrar su felicidad en este mundo y en el otro, y para apartar á estos de los extraviados senderos del vicio. Si á imitacion del Salvador admite á sus piés en el tribunal de la penitencia á la muger mundana, y acepta las lágrimas del arrepentimiento, y se complace en ver la humillacion de la vanidad y el sacrificio del orgullo, no es sino porque su mision es esencialmente benéfica, porque está llamado á curar las llagas de los corazones ulcerados, á vendar las heridas de las almas enfermas, á derramar el bálsamo consolador sobre las conciencias culpables, á libertar de la esclavitud espiritual á los que se hallan cautivos del demonio, y franquear las puertas del cielo á los que están encerrados en la oscura cárcel del pecado (1). Hé ahí toda la ambicion del clero católico, á esto están reducidas todas las aspiraciones de dominacion que se le atribuyen. Quiere influir, sí, (no puede negarlo porque en ello cifra su mayor gloria) quiere influir en los destinos de los pueblos, pero es únicamente en lo que dice relacion á su bienestar espiritual sin perjuicio de contribuir dentro del círculo de sus atribuciones á su dicha temporal. Desea ejercer su parte de preponderancia en el porvenir de las sociedades, pero sin extralimitarse de su mision, sin aceptar un carácter que no le compete. Por eso pide lo que todo hombre tiene derecho á exigir, la libertad de obrar sin trabas en el ejercicio de su ministerio, la libertad de llenar su mision sin augsta sin esas restricciones que el poder civil le impone frecuentemente para neutralizar su accion. Pero decir que abusa de la confesion sacramental para realizar mejor sus planes de dominacion teocrática.... eso no es mas que una de tantas calumnias con que se intenta hacer odioso al sacerdocio, para concitar contra él el odio popular y agriar las malas pasiones del siglo, al mismo tiempo que envuelve el designio de apartar á los fieles de un sacramento, cuyos beneficiosos resultados no han podido menos de reconocer algunos de los mismos que un dia fueron sus mas declarados enemigos.

Poco le importan pues al clero católico los acontecimientos pu-

tes que se suceden en el mundo, y se preocupan de las necesidades y de las aspiraciones de los pueblos.

(1) Isaiae. LXI. 1.

ramente políticos que agitan á los hombres y á los pueblos. Tiempo há que se separó de ese terreno resbaladizo, y abandonó ese campo que no era el destinado á ejercer su influencia. Dénsele pecadores que convertir, almas arrepentidas que conducir por los caminos de la virtud, corazones afligidos á quienes prodigar los consuelos de la religion, Magdalenas reconocidas á quienes perdonar; dénsele en una palabra penitentes sobre quienes derramar los beneficios inmensos de la sangre de Jesucristo en ese tribunal santo de la reconciliacion, y todas sus ambiciones quedarán satisfechas, porque como su divino Maestro solo aspira á salvar las ovejas que perecieron de la casa de Israel, y á hacer de todas ellas un solo redil bajo la direccion de un solo pastor (1). Mas no pudiendo la impiedad sustraerse á la evidencia de unos hechos tan públicos que valen mas que todos los raciocinios, pretende eludir el compromiso recurriendo á un subterfugio tan gastado como los dos anteriores, diciendo que la confesion es una práctica oficiosa, y que ningunas ventajas proporciona en el orden social.

¡Qué absurdo! ¡qué ceguedad tan inconcebible! Preciso es estar bien prevenidos contra esta práctica tan antigua, tan respetada en todos los pueblos, y de un uso tan frecuente en las épocas de mayor fervor, para atreverse á formular una acusacion que no rechaza menos el buen sentido que la recta razon, y sobre todo la esperiencia de todos los siglos. Si ya en otra ocasion no hubiera tocado minuciosamente este punto, y consignado los brillantes testimonios que en pró de la confesion sacramental y de su utilidad y beneficosa influencia en las sociedades han dado los hombres mas célebres de la escuela filosófica, no necesitaria de otro argumento que el que estos mismos me prestan para hacer enmudecer á la impiedad. Las mismas armas de ese gigante bastarian para descabezarle por las manos del mas pequenuelo David. ¡Cómo! ¡Oficiosa una práctica á que está ligada la reconciliacion del hombre con su Dios, devolviendo al seno de su Padre celestial á tantos hijos pródigos que malversaron los tesoros de la divina gracia y abusaron criminalmente de su escesiva

(1) Joan. X. 16.

misericordia! ¡Inútil un sacramento que reanudando entre el Creador y las criaturas las relaciones rotas por el pecado, devuelve al hombre la cándida estola de la inocencia, le rehabilita para entrar en el goce de sus perdidos derechos al reino celestial, y le enriquece de nuevo con los dones del amor divino y con la esperanza de la inmortalidad! ¡Oficiosa una práctica en que el pecador arrepentido junto con el perdón de sus pasados extravíos, encuentra fortaleza para hacer frente á las seducciones del error, energía para resistir al ímpetu de las malas pasiones, valor para combatir contra las ilusiones del vicio, ánimo para emprender el camino del bien y continuar en él á través de los escollos que presenta el mundo, la carne y el demonio, y heroísmo bastante para enfrenar los apetitos de la sensualidad, para hacerse superior á los atractivos del placer, para sacrificar el orgullo, la soberbia, la ambicion y todos los demás afectos desordenados del corazón humano ante las aras de la religion! ¡Inútil un sacramento cuya frecuencia produce las mas sólidas virtudes, fomenta las acciones mas laudables, alimenta los instintos mas generosos, á la par que destierra los crímenes que mas dolorosamente afectan al orden religioso y social, creando en los hombres sentimientos de honradez y probidad, inspirándoles ideas de sumision y de sacrificio, haciéndoles amable la accion del poder, tolerable el yugo de la autoridad, suaves las privaciones de la vida, justa la diversidad de condiciones, de gerarquías y fortunas, apreciable la paz doméstica y social, y todos los demás bienes que emanan de los principios religiosos para los hombres y los pueblos!

Y sino establezcamos un paralelismo entre los resultados que ha dado y está dando la impiedad enemiga de esa práctica sublime, y las ventajas que el mundo reporta del uso de la confesion sacramental. Veamos qué es lo que pretende sustituir á ella para contener el torrente de las pasiones humanas que se desborda cada vez mas impetuoso, y para neutralizar los mil elementos de anarquía y desorden que fermentan en el seno de las sociedades. ¡La filosofia! Hé ahí la personificacion de todos los errores que han atacado el dogma de la confesion auricular, la verdadera mistificacion de la hipocresía

farisáica que intenta desechar como oficioso y de ninguna utilidad el uso de ese sacramento. Ella que no ha sabido mas que murmurar como el Fariseo del presente Evangelio de los que le frecuentan, y calumniar al clero católico porque á imitación de Jesucristo llama á los pecadores y recibe sus lágrimas y acepta su arrepentimiento y los reconcilia con Dios en el tribunal de la penitencia: ¿qué es lo que ha hecho para moralizar los pueblos, para rectificar las ideas estraviadas de la muchedumbre, para morigerar las grandes masas y dar una buena direccion á los viciados instintos de las clases ignorantes? Bien podemos dirigirla el duro apóstrofe que el Salvador dirigió á Simon en presencia de la muger pecadora. ¿Ves esa madre tierna y amorosa que tanto se afana por atraer á sus hijos al tribunal de la reconciliacion? ¿Vides hanc mulierem? Pues bien: tú jamás has sabido éscitar un sentimiento de dolor en el corazón ulcerado del pecador, ni has sido capaz de hacer correr una lágrima por las mejillas del culpable, puesto que por el contrario ha encontrado en tus máximas y principios el origen de todos los errores, y la sancion de todos los crímenes; en vez de que ella, por medio de la confesion sacramental, me ha proporcionado los mas admirables triunfos en multitud de criminales que han venido á deponer á los pies de Jesucristo sus escesos, y á lavarlos y enjugarlos con el llanto del arrepentimiento: *Aquam pedibus meis non dedisti: hæc autem lachrymis rigavit pedes meos, et capillis suis tersit.* Tú nunca supiste crear la paz y fomentar la concordia entre los hombres, porque les enseñaste á mirarse mas bien como enemigos que como hermanos, como instrumentos ó victimas del egoismo individual mas bien que como miembros llamados á gozar de idénticos derechos, y á disfrutar de unos mismos bienes; cuando por el contrario ella, influyendo mediante ese sacramento en la felicidad pública y privada de los hombres y de los pueblos, ha creado preciosos gérmenes de union fraternal, de caridad, de amor mútuo, estableciendo relaciones pacíficas en la familia y en la sociedad, anudando los vinculos de la amistad que rompiera el ódio ó la venganza, y obligando á muchos á sacrificar ante las aras del Crucificado enemistades inveteradas, rivalidades encónosas, y rencores que parecían incurables: *Osculum*

mihí non dedisti: hæc autem ex quo intravit, non cessavit osculari pedes meos. Tú en fin ni una sola vez has conseguido cicatrizar las profundas heridas que el vicio y las pasiones abrieran en el corazón de la humanidad, ni has sabido consolarla en sus infortunios, ni la has prodigado otro remedio en sus desgracias mas que un escepticismo desesperante y cruel, un materialismo brutal, la nada, último término de todos tus preceptos y enseñanzas: en vez de que ésta, vertiendo sobre las llagas de los pecadores en el sacramento de la penitencia el bálsamo suave de la esperanza en la divina misericordia, ofreciendo al desconsolado mortal como indemnizacion de los males presentes la bella perspectiva de una inmortalidad inamisible, presentándole como galardón de su arrepentimiento y de sus sacrificios una diadema inmarcesible de gloria y de honor, ha producido todo género de virtudes, ha difundido en todo el mundo el suave perfume de las buenas obras, ha multiplicado en prodigiosa escala los hombres de bien, los hombres probos, morigerados y dignos de la religion y de la patria: *Oleo caput meum non unxisti: hæc autem unguento unxit pedes meos.*

¿Puede darse una apología mas irrecusable de las ventajas de la confesion sacramental, ni una condenacion mas esplicita de los que atacan y calumnian su uso? Dejemos empero que el error grite, y que la impiedad desfogue en descompasadas recriminaciones. No se ahoga la verdad con calumnias, ni es posible matar la historia ni borrar los hechos en ella consignados con estudiados sofismas. Sin mas que ojear con algun detenimiento sus páginas, solo con recurrir á la esperiencia de diez y ocho siglos, prescindiendo de todos los raiocinios y pruebas que pudieran aducirse en confirmacion de lo que venimos demostrando, basta para evidenciar cuán gratuitas, cuán absurdas é infundadas son las acusaciones de la impiedad contra la confesion Sacramental, en la que lejos de existir ese yugo que segun los discipulos de la escuela filosófica tiraniza las conciencias, ni ese abuso del poder teocrático que se atribuye al clero católico, ni esa inutilidad oficiosa con que intentan desacreditar su uso, se vé por el contrario una institucion santa, divina, altamente humanitaria, necesaria bajo todos conceptos, y sumamente benefícosa en el

orden religioso y social. Por manera que si alguna cosa prueban las objeciones de los enemigos de esa institucion augusta, es únicamente la prevencion, el odio y el encono que alimentan contra ella sus corazones, porque están persuadidos de que es uno de los mas poderosos elementos con que cuenta el catolicismo para hacer triunfar la causa de la virtud y de la verdad contra los ataques del error y del libertinaje.

Justo es pues que detestemos unas doctrinas tan corruptoras y disolventes; y una vez precavidos contra su perniciosa influencia, sepamos apreciar en lo que vale ese poder legado por Jesucristo á su Iglesia, ese sacramento de la reconciliacion que franqueándonos en esta vida los manantiales de la misericordia y de la gracia, nos abre las puertas de la eterna bienandanza, y nos proporciona mediante el dolor y el sacrificio, los goces de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL VIERNES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN, INCOMPARABLES POR SU DURACION,
POR SU INTENSIDAD Y POR SU FECUNDIDAD.**

Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Contemplad y ved si hay un dolor semejante al mio.

THREN. I. 12.

UNA muger que asociada desde antes de su creacion por un decreto especial de la Providencia á los destinos de la humanidad y llamada á tomar una parte activa en el gran misterio de la Reparacion del linage humano, figura al lado del Dios-Hombre en todos los acontecimientos relativos á esa obra admirable de la justicia y de la misericordia divinas; una Virgen que enriquecida desde la aurora de su sér con todos los dones de la gracia y dotada de un corazon que encierra todos los tesoros del amor mas puro y celestial, experimenta á la vez todas las angustias y agonias de un martirio sin ejemplo, del martirio de la maternidad que se prolonga tanto como su existencia misma; una madre en fin que habiendo merecido tener por hijo á un Dios, siente pesar sobre sí la mano de la adversidad que atormentándola sin duelo desde la cuna hasta el sepulcro ciñe sus sienes con una diadema de tribulacion que punza y hiere su alma de un

modo nunca visto: hed ahí lo que se ofrece hoy á nuestra consideracion en la presente solemnidad. Tal es María, apellidada un dia llena de gracia, bendita entre todas las hijas de Adan, santuario del Altísimo, esposa del Espiritu Santo, paloma inocente, cándida azucena, rosa de Jericó, zarza incombustible, la amada, la predilecta, la bella amiga de un Dios, cuya grandeza vaticinaron todos los oráculos, cuya santidad pintaron todos los tipos y las alegorias bíblicas, cuya hermosura celebró la imaginacion poética de los profetas, y cuyo nombre se leyó en todas las teogonías y hasta en los mitos paganos de todos los pueblos, convertida hoy en un mar de llanto, en un abismo de amargura, en un objeto de dolor que á nada puede compararse, porque sus padecimientos esceden á cuanto puede concebir el humano entendimiento, sus tormentos no tienen punto de contacto con ninguna cosa de este mundo, y su angustia sobrepuja á todo lo que puede alcanzar la imaginacion mas ardiente y apasionada. Es muger, y ninguna de su sexo es capaz de comprender lo que ese corazon sufrió durante su vida en esta tierra de quebranto. Es madre, y ninguna madre por tierna y amante que sea llegará jamás á penetrar el océano de dolores en que la sumergió su maternidad: porque ninguna pudo ni podrá llegar á poseer la menor parte del amor de esa criatura, tan inmensurable é infinito como el objeto en quien le depositára. Madre de un Dios, no podia menos de amarle como á tal, y por consecuencia sus padecimientos, su angustia y su tormento debian estar en proporcion con los lazos que á él la unian y participar de la grandeza é inmensidad del hijo de sus entrañas. Tal es el pensamiento de San Gerónimo.

Ved pues con cuánta razon puede esclamar María con el profeta de las lamentaciones: «Vosotros todos cuantos transitais por los caminos de este mundo, considerad si hay dolor comparable á mi dolor:» *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* Yo me propongo, A. O. M., demostraros que los dolores de la madre de Dios son incomparables y no tienen semejanza, ya se consideren en su duracion, ya en su intensidad, ya en sus admirables efectos; no en su duracion, porque principiaron con su primer suspiro maternal y no concluyeron sino con su

muerte; no en su intensidad, por cuanto siendo el objeto de ellos infinito, y su corazón capaz de afectos casi infinitos por la plenitud de gracia y santidad de que estaba enriquecido no menos que por las íntimas relaciones que la unían con la divinidad, imposible es que ningún otro ser mortal pudiese sentir tanto como ella; no en fin en sus admirables efectos, puesto que asociada como hemos dicho á los futuros destinos de la humanidad como corredentora del género humano, no solo contribuyeron en gran parte á la perfecta consumación del sacrificio del Calvario, sino que la valieron el título de madre de todos los hombres, de donde deriva un manantial inagotable de bienes que jamás sabrá apreciar dignamente el mundo. «Duración, intensidad y fecundidad de los dolores de María;» hé aquí los tres caracteres que vamos á examinar en el presente discurso reduciéndolos á una sola reflexión, cuyo exámen nos demostrará que fueron al propio tiempo que incomparables, de una inmensa consecuencia para la humanidad, á quien proporcionó con su martirio in-cruento un derecho de filiación que envuelve la prenda mas segura de su venturoso porvenir.

Antes de entrar en materia acudamos al trono de la infinita sabiduría pidiendo me ilumine con su gracia para tratar dignamente este asunto, y al efecto saludaremos á María con las palabras que hoy la dirige la Iglesia:

AVE LACHRYMIS PLENA.

REFLEXION ÚNICA.

¿A quién te compararé, con quién te asemejaré, oh Virgen, hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién podrá cicatrizar las profundas heridas que el amor abriera en tu corazón (1)? Con estas palabras que la Iglesia viene apropiando á María en la

(1) Thren. II, 43.

presente festividad tomadas del profeta Jeremias, vaticinó aquel hombre inspirado seiscientos veintinueve años antes de la venida de Jesucristo al mundo, los futuros padecimientos de aquella Virgen destinada á ser madre del Hombre-Dios, y los incomparables dolores que debia ocasionarla su divina maternidad, incomparables por su duracion, por su intensidad y por su fecundidad.

Y en cuanto á lo primero, ¿qué otra criatura en el mundo vió prolongarse tanto sus tormentos? Si ha habido Rebecas desconsoladas, Noemis llenas de amargura, Agares afligidas y Resfas desgraciadas que han visto perecer á sus hijos en la primavera de sus dias, tambien es cierto que el padecer ha tenido en ellas ciertos intervalos, y al menos por algun tiempo experimentaron las delicias del amor maternal y conocieron la felicidad que va unida á ese título tan bello y encantador. Pero Maria jamás, ni un solo instante dejó de sufrir dolores acerbísimos desde el momento en que por operacion del divino Espíritu se vió hecha madre del Verbo. Su primer suspiro maternal fué un suspiro de amargura, que acrecentándose progresivamente durante toda su vida, se prolongó hasta el dia en que abandonó esta tierra sembrada para ella de abrojos por la mano del Omnipotente para unirse en el cielo con el objeto de su amor. Todavía no ha dado á luz á su unigénito, aun lleva aquel divino tesoro en su castisimo seno, y ya el dolor y la amargura la siguen donde quiera, y su amor maternal es para ella un verdugo inexorable que la atormenta sin duelo, al verse obligada á mendigar un asilo donde poder albergar el fruto de sus entrañas, un inmundo establo donde guarecerle de la intemperie, y algunas pajas sobre que reclinar al rey de la gloria y al Dios de las eternidades. ¿Qué dolor para una madre que conoce perfectamente la grandeza del hijo que acaba de dar á luz, y cuyo amor es proporcionado á este conocimiento! En vano descenderán de las montañas multitud de sencillos pastores que llenos de fé y de amor adorarán al recién nacido y le presentarán ofrendas tan puras como inocentes; en vano guiados por un nuevo astro acudirán los reyes de Oriente á depositar sus tesoros ante el monarca invisible de los siglos, en prenda de su servidumbre y dependencia al que tiene en sus manos los destinos

del mundo. En vano coros de celestiales espíritus entonarían himnos de gloria al que habita en las alturas y viene á dar la paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Nada de esto es capaz de calmar el dolor de aquella madre: y los pasajeros vislumbres de una felicidad momentánea de ninguna manera harán desaparecer de su vista el espectáculo cruel que lleva siempre delante. Ella ha visto allí en aquel hijo de sus entrañas la víctima inocente de un mundo pecador, el objeto de las iras del cielo, el blanco de las venganzas del Omnipotente, el destinado á cargar sobre sí toda la responsabilidad de los crímenes cometidos desde el primer día de la creación y de los que se cometerían hasta el último día de los tiempos. Ha visto en fin plantada allá á lo lejos una cruz, y para llegar á ella un largo camino de tormentos y angustias mortales. Sabe que aquella cruz es el lecho preparado para su unigénito, el suplicio donde debe expiar un día los delitos de toda la humanidad: y do quiera que mire siempre aquel infame instrumento se aparece á sus ojos, y la despierta en su inocente sueño aquella horrible idea, y marcha á todas partes con ella aquella fatídica vision. ¿Podeis concebir, A. O. M., cosa semejante? ¡ Ah! ¿ Y cuáles son las consecuencias de este conocimiento anticipado de los futuros destinos del Hombre-Dios? Imaginad una madre que desde el instante de su alumbramiento supiese ya que aquel hijo que acababa de dar á luz debía ser víctima de la justicia humana y finalizar sus dias en un afrentoso patíbulo. ¿ Podría jamás desechar esta idea? ¿ Podría olvidar un solo instante este pensamiento tan amargo? ¡ Cuán dolorosas no la serian las caricias de la inocencia! ¡ Qué tormento no le causarían las sonrisas de la infancia! Y al verle jugar en su regazo alegre y bullicioso, y al contemplarle absorto en sus pueriles entretenimientos, y al verle crecer y desarrollarse para la muerte, acercándose cada día mas á aquel fin funesto que le esperaba sin saberlo, ¿ cuánto no se acrecentarian sus angustias maternas! ¿ Podría experimentar un momento de calma su corazón? ¿ Podría gustar su alma un solo instante de felicidad? Y al fin ella nunca seria mas que una madre como las demás, una mujer capaz únicamente de afectos muy limitados y el objeto de sus tormentos un puro hombre, un hijo de Adán, un ser miserable y mor-

tal... Pues bien, abandonemos la pintura y fijémosnos en la realidad. Maria era madre de un Dios hecho hombre por salvar al mundo: y á este Dios-Hombre, cuya grandeza y perfecciones infinitas le eran bien conocidas, considerábale desde el primer instante de su nacimiento destinado á padecer y morir como un criminal siendo el santo de los santos y el justo por excelencia. ¡Qué dolores, pues, qué tormentos no debía sufrir su corazón maternal al verle hecho objeto del anatema y de la maldición del cielo, y suspendida siempre sobre su cabeza la espada vengadora de la divina justicia, especialmente desde que los labios de un anciano venerable y virtuoso se la anuncian en el templo que aquel hijo en quien están depositadas las esperanzas de Israel y que venia á traer á los pueblos la luz de la verdad, debía ser el blanco de una contradicción universal, y que su propio corazón se veía constantemente atravesado por un acero cruel! ¡Ah! Entonces fué cuando aquella cruz que antes viera elevarse en lontananza, y aquella sangre, y aquellos tormentos, y aquella terrible agonía, y aquella muerte deshonrosa, y todo cuanto le esperaba á su unigénito, se presentó á los ojos de la Santísima Virgen en todo su horror y en todo su repugnante aspecto. Desde entonces toda vez que las manos de aquel tierno infante acariciaban su maternal semblante, veíalas taladradas con agudos clavos; y cuando sus labios de carmin imprimían dulces ósculos sobre su frente, mirábalos cárdenos y denegridos y amargados con hiel y vinagre; y cuando recostaba su divina cabeza contra su seno virginal, la contemplaba atravesada de espinas y vertiendo hilo á hilo raudales copiosos de sangre; y..... Pero no prolonguemos una inducción que naturalmente se ocurre á nuestra inteligencia. Cualquiera concibe que cada paso de aquel objeto de su ternura, cada mirada que la dirigía, cada sonrisa con que la expresaba su filial cariño, sus acciones mas indiferentes, todo debía convertirse para ella en un tema fecundo de angustia y de dolor incomprensibles. Vedla despues huyendo con él á tierra estraña á mendigar el pan de la emigración por arrebatarle al acero homicida de un tirano; contempladla buscándole llena de aflicción cuando le hubo perdido en Jerusalem; observadla reconvenida por él en las bodas de Caná con palabras apa-

rentemente duras que la llegan á lo íntimo del alma..... ¡ Qué série de padecimientos! ¡ Y entre tanto siempre á su vista la cruz, constantemente delante de sus ojos aquel Calvario sobre cuya cima debía morir y hácia el que se acercaba á grandes pasos la víctima! Y si al menos su martirio debiera concluir con la sangrienta escena del Gólgota..... Pero no, madre atribulada: tú verás llegar ese día, y sin embargo tu tormento sobrevivirá á la muerte de tu unigénito; tú le verás espirar entre angustias indecibles, abandonado del cielo y de la tierra, insultado por los hombres, escarnecido por los mismos á quien ha colmado de beneficios, sin amigos que le consuelen, sin discípulos que le consagren una mirada de compasion, pidiendo agua y no teniendo una mano bienhechora que humedezca sus lábios, clamando á su Padre y no oyendo de él la menor respuesta; verásle en fin lanzar su postrimer aliento entre la gritería de un populacho bárbaro que le apostrofará insolente con amargos dicitorios, desaparecer de tu vista en lo profundo de un sepulcro, y despues de resucitado en cumplimiento de los divinos oráculos, le contemplarás subiendo al cielo á gozar de una gloria infinita: en tanto que tú quedarás viuda y solitaria en la tierra, para continuar esa cadena de dolores que empezó con tu primer suspiro maternal y no concluirá sino con tu existencia. Duración nunca vista que hace el dolor de Maria incomparable y sin ejempló. Pero, ¿ qué diremos de su intensidad?

No es fácil espresar este segundo carácter de los padecimientos de la Santísima Virgen siquiera se nos diese prestada la lengua de los ángeles y la sabiduría de los serafines. Partiendo del principio asentado por San Buenaventura y en que están contestes todos los demás Padres, de que el amor es aquí la única medida del dolor de Maria; ¿quién fué ni será jamás capaz de comprender y mucho menos de espresar los quilates de ese amor que no es en la esencia sino el amor mismo de Dios que ama en ella, el amor del Espíritu divino que descendiera á su seno para formar sus maternas afectos, bien así como fué quien fecundó milágresamente su castísimo y virginal seno? Tratad pues primeramente de comprender lo que es el amor divino, y entonces podreis formar una justa idea del intensisi-

mo dolor de una madre que sufre por un hijo que es Dios, á quien ama como se puede amar á un Dios, porque le conoce como á tal y la han sido comunicados por él mismo los tesoros de su ciencia y de su amor. De otra suerte poco importará que os canseis en investigar en el corazon de una muger todas las grandezas que encierra el titulo de la maternidad, y las íntimas relaciones de amor y de ternura que la naturaleza ha establecido entre ella y el hijo de sus entrañas. Concebiréis que éste viene á ser una misma cosa con la que le dió á luz, porque formado en el seno materno de su propia sustancia, alimentado antes y despues de nacer con su misma sangre, su vitalidad se identifica de tal manera con la de aquella, que ambos vienen á constituir digámoslo así una sola individualidad. Mas todo esto, ¿será suficiente á explicar el amor de María en quien nada hay de comun con las demás mugeres, nada que la asemeje á las demás madres, puesto que sus afectos distan casi infinitamente de los afectos de todas ellas por cuanto provienen de un principio infinito, y terminan en un objeto del mismo orden que es Dios? Imposible, y por consiguiente nada hallo, A. O. M., con que comparar la intensidad de los dolores de María. Las imágenes mas brillantes, las figuras mas poéticas, los rasgos mas sublimes de la humana elocuencia no son sino toscos y descoloridos bosquejos de ese gran cuadro que se nos presenta en la vida de la Madre de Dios, sobre todo en el Calvario. Cuando la miro al pié de la cruz de su Unigénito, contemplándole como una victima sobre quien caen de todo su peso todos los tormentos, todas las angustias, todos los martirios, y las iras todas del cielo y de la tierra; viendo aquella cabeza en donde reside la sabiduría infinita, coronada con una diadema de penetrantes espinas y sin poder arrancársela; aquellas manos que sostienen los orbes y colman de bienes al mundo atravesadas con duros clavos, y sin poder desclavarlas; aquellos piés que corrieron por do quiera á llevar la paz y la salvacion á los hombres rasgándose con el peso de un cuerpo que gravita sobre ellos, y sin poder sostenerlos; aquella lengua seca con el ardor de una fiebre violenta ocasionada por la pérdida de tanta sangre y por la fuerza de los tormentos, y sin poder humedecerla; aquel hijo en fin á quien ama mas que á sí misma,

mas que á todas las cosas, como lo que es, Dios santo, inocente, infinitamente grande y poderoso, reducido por su amor hácia los hombres á un estado de la mas profunda humillacion, sufriendo una agonía indecible, y angustias sin cuento, y sin poder proporcionarle el menor consuelo; cuando todo esto considero, A. O., yo me anonado, me confundo, mi lengua enmudece, y solo me es dado decir que es incomprendible la intensidad del dolor de Maria. Entonces comprendo bien la esactitud de aquellas espresiones de San Buenaventura, cuando exclamaba: «Yo busco á Maria en el Calvario, y solo encuentro allí espinas, clavos, azotes y heridas, porque se ha convertido en estas cosas identificada como está con su divino Hijo (1), á la manera que en un horroroso naufragio desaparecen sus tristes victimas, y solo registran los ojos del que lo contempla desde la playa, olas enfurecidas que chocan con ímpetu sobre los peñascos, y flotando aqui y allí algunos restos del bajel despedazado. Entonces concibo con cuánta propiedad dijo Bossuet que al modo que dos paredes que reciben los rayos del sol se caldean mutuamente participándose el calor que refleja en ellas con la luz, así el corazon de Jesus y el corazon de su madre identificados en el amor sufren igualmente un mismo é idéntico dolor. Y si licito me es adoptar el lenguaje de un sábio contemplativo, no dudaré decir con él que Maria padeció aun mas que el divino Redentor, puesto que los dolores de éste se repartieron por todos sus miembros en vez de que los de Maria se aglomeraron todos á la vez en su amantísimo corazon (2). Su amor superior al de toda otra criatura es en el Calvario el verdugo inexorable que la atormenta con una intensidad incomprendible; la fiera sañuda que en espresion de Job ha desplegado contra ella toda su crueldad (3); el agente irresistible de la Providencia que la hace sufrir tormentos escesivamente mas duros que los de todos los mártires, en frase de San Gerónimo; mas sin comparacion que si fuese crucificada ella misma, como no duda decir San Amadeo. ¡Amor cruel! ¡Amor matricida! ¡Por qué así te ensañas contra la mas santa

(1) De planctu Virginis.

(2) Ricard. á S. Vict.

(3) Job. XXX.

de las mugeres? ¿Por qué así atormentas á la mas tierna de las madres? Yo he visto mugeres afligidas llorar la pérdida de unos objetos escesivamente caros á su corazon; he visto madres arrancadas violentamente del lado de sus moribundos hijos en los últimos momentos de la agonía, rugir como leonas separadas de sus tiernos cachorros y abandonarse á todos los extremos del dolor maternal: las he visto tambien presenciar el cruel y repugnante espectáculo del suplicio de aquellos que dieran el sér, obligadas por un amor que no las permitió separarse de ellos hasta el postrimer instante de su vida. Pero ¿qué madre hay á quien se haya negado al menos el triste consuelo de poder prodigar sus maternales servicios á aquellos séres de quienes vá á separarles la muerte, siquiera no fuese mas que dirigirles alguna palabra de consuelo, sostener la almohada sobre que descansa una cabeza dolorida, ó limpiar con sus manos el sudor de una frente agonizante? No, no hay alma tan inhumana que se atreva á usar de tanta crueldad con una madre. Solo con Maria fué implacable en este punto la mano de la adversidad. Vé correr en abundancia el sudor de la muerte por la frente divina de Jesus, y no la es permitido enjugarle; vé pendiente su sacratísima cabeza sin tener donde reclinarla, y no la es dado ofrecerla un liviano alivio; le vé quejarse amargamente del abandono en que se halla, y no puede socorrerle. Y obligada por su amor maternal á permanecer al pié del árbol del sacrificio presenciando el espectáculo desgarrador de una agonía sin semejante, y á escuchar las befas, los insultos, las maldiciones con que los verdugos atormentan los últimos momentos de la víctima, apura gota á gota el cáliz de la amargura, y sobrevive por una sábia permission del cielo á un dolor que hubiera bastado por su intensidad para acabar mil veces con ella, si ese mismo cielo no la tuviese reservada para continuar en el mundo la grande obra de la reparacion como corredentora de la humanidad culpable. Y vedme ya en el último miembro de mi discurso, á saber, en la fecundidad de los dolores de Maria, circunstancia que los hacen incomparables á ningun otro dolor.

No la bastaba en efecto á aquella victima del amor el haber sufrido en su alma lo mas intenso de los tormentos de su divino hijo pre-

ciso era que para consumir su sacrificio fuese despojada digámoslo así de aquella cualidad que más la engrandecía, en virtud de una conmutacion harto triste, de una transmision de su maternidad que ponía el último sello á todos sus padecimientos. María era madre de Dios, y esta circunstancia origen fecundo de sus angustias era á la vez el título glorioso que formaba toda su dicha, su consuelo y sus encantos, si es que encantos, ni consuelo, ni dicha podía haber para un corazón consagrado desde sus primeros momentos á un martirio prolongado y sin tregua. Pues bien, desde la misma cruz, en los momentos más solemnes, cuando sus oídos hubieran debido escuchar palabras de indefinible ternura, una voz escesivamente amarga sale de los moribundos labios del Salvador y atraviesa su pecho del modo más cruel. Escúñadla con atención, C. O., que es el último testamento del Hombre-Dios próximo á espirar. Dirige sus ojos casi apagados por la muerte á aquella madre afligidísima, y mirando al propio tiempo al discípulo á quien amaba, la dice: «*Muger, hé ahí á tu hijo;*» y en seguida al discípulo: «*Vé ahí á tu madre.*» ¡Oh palabra punzadora, esclamaré con San Bernardo! ¡Oh espresion más penetrante que todos los cuchillos, más cruel que todos los tormentos! ¡*Muger!*..... ¿Con que María no es ya madre de Jesús? ¿Con que esa criatura que después de haberle dado á luz milagrosamente se asoció á todas las largas y laboriosas peregrinaciones que prelu-diaron su último sacrificio, y le acompañó en sus dolores, yapuró como él y si se quiere más que él el cáliz de la amargura, ya no merece el dictado de madre? ¡Y esto haceis, Salvador mio, cuando debiérais haber desarrollado con ella todos los tesoros de vuestro amor filial! ¡Y despojais á esa inocente víctima de su divina maternidad justamente cuando agoviada bajo el inmenso peso de un amor que es su mayor verdugo tenía más derecho á esperar de vos toda la ternura de vuestro corazón! ¡*Muger!*..... ¡Y como si ya os fuese molesto el ser hijo de María, la dais por tal al hijo del Zebedeo en cambio del hijo de Dios!... No es mi lengua capaz de pintar esta escena: fuerza me es enmudecer; el silencio y las lágrimas son aquí más elocuentes que las palabras. ¡Oh Virgen, oh madre! tu angustia es inmensa como el Océano. No hay dolor comparable á tu dolor.

Pero regocijémonos, A. O. M., por la fecundidad de este dolor tan acerbo. Esa palabra que tan cruelmente ha herido el corazón de María, ha creado en ella un corazón de madre para todos los hombres. Allí en el Calvario, en los momentos de su mayor amargura, cuando mas que nunca atravesaba su pecho la acerada espada profetizada por Simeon, Jesucristo derramando en él todo el amor que encerraba el suyo á manera de esos torrentes que se precipitan de la cumbre de las montañas, le ha inundado todo, y legándonoslo á nosotros para siempre somos desde entonces los hijos de María, los tiernos objetos de su cariño, las delicias de su corazón maternal. ¡Oh madre de misericordia! ¡Oh madre de la divina gracia! ¡Oh madre amantísima! Bendita seais. Diez y ocho siglos hace que la humanidad os saluda con ese bello título, y hasta el último día de los tiempos no cesará de aclamaros madre de los hombres, vida, dulzura y esperanza nuestra. ¡Cuánto os costó esta segunda maternidad! ¡A cuán caro precio comprásteis la filiación de los hijos de Adán! Y á pesar de esto y de la ingratitud de un mundo que desconoce los derechos que os dá esta relación tan íntima, y ofende á Jesús que nos trasladó todos sus títulos, y angustia vuestro corazón que nos franqueó sus tesoros, aun continuais en el cielo vuestra misión, y seguís siendo la corredentora del linaje pecador, y ni un instante habeis desmentido vuestro título de madre la mas amante, tierna y compasiva; y el delincuente encuentra en vos la misericordia, y el desgraciado un venero fecundo de consuelos, y el desesperado un manantial inagotable de esperanzas, y el universo entero el astro benéfico cuyas influencias derraman donde quiera el amor y la felicidad, el génio protector en todos los reveses é infortunios de la vida, el ángel de paz y de ventura que lleva la calma y el reposo al seno mismo de la guerra y de la discordia.

Ahora bien, hijos de María, hijos de su angustiado corazón, engendrados en el Calvario en fuerza de unos dolores acerbísimos é incomparables, y tantos en su intensidad cuantos eran los hombres á quienes debia reengendrar á la vida de la gracia, segun el pensamiento de San Bernardino de Sena; no olvidéis, os diré, los gemidos de vuestra madre. Tened presente que para daros á luz hubo de

atravesar un largo camino de tormentos indecibles, y devorar dolores sin semejantes en su duracion, intensos cual ningunos, y tan fecundos en sus resultados que os han valido la dicha de una filiacion de valor inmenso. «Hed ahí á vuestra madre, que lloró por vosotros mas que ninguna otra, que por vosotros sufrió lo que ninguna fué capaz de sufrir, que por vosotros se hizo la víctima de un amor que la atormentó como á ninguna otra madre: porque su amor era divino, y el cielo que la eligiera para descargar sobre ella todas las iras de la divina justicia á fin de que sus merecimientos fuesen casi infinitos, aglomeró en su corazon maternal, juntamente con los tesoros inagotables de un amor encendido en el seno mismo de la divinidad, los torrentes de una angustia que solo es capaz de comprender el Omnipotente, cuya mano hizo apurar su amargó cáliz á esa Ruth afligidisima. Corresponded pues como es debido á ese título de hijos de María; y cuando el dolor os punce, cuando la tribulacion os angustie, cuando os atormenten los pesares, cuando el infortunio os pruebe, y sintais pesár sobre vosotros la mano de la adversidad, recordad que el Calvario está regado con el llanto de esa madre, que allí sufrió mucho mas que vosotros, que allí se inmoló con heroismo sin igual por compraros la misericordia y la gracia divinas, que allí se hizo la víctima de vuestro amor. Y que á la manera que padeciendo con valor y resignacion se granjeó una gloria que no reconoce superior fuera de la de su divino Hijo, así vosotros por este mismo medio, despues de atravesar en la tierra un camino herizado de punzadores abrojos, sereis dignos de entrar en la mansion de la eterna bienandanza, y ceñir una corona de inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

CIRCUNSTANCIAS QUE DEBEN PRECEDER, ACOMPAÑAR Y SEGUIR AL
RECIBIMIENTO TRIUNFAL DE JESUCRISTO EN LA MÍSTICA JERUSALEN DEL
ALMA EN LA SOLEMNIDAD PASCUAL, PARA QUE SEA DIGNO
DE TAN GRAN MONARCA.

Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis.

Hosanna al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor: hosanna en lo mas alto de los cielos.

MATH. XXI. 9.

EL hecho que hoy nos recuerda la Iglesia, A. O. M., encierra muchos misterios y una enseñanza importantísima para todos los cristianos. ¿Qué significa esa avidez con que una multitud de personas de todas edades y sexos corren al encuentro del Salvador en su última entrada en la ciudad de Jerusalem? ¿Por qué le reciben en triunfo en medio de vítores y aclamaciones, y le saludan hijo de David y enviado del Señor, á pesar del modesto y humilde aparato con que se presenta en medio de aquel pueblo que veces tantas le habia visto con la mayor impasibilidad? ¿Cómo es que la indiferencia se cambia repentinamente en entusiasmo, y hombres y mugeres, y jóvenes y ancianos, se despojan de sus vestiduras alfombrando con ellas el suelo, y llevando en sus manos palmas y ramos de olivo, le acompañan hasta el templo en medio de un clamoreo universal que llama la atención de toda aquella populosa población?

Hé aquí cómo nos describe este acontecimiento el texto evangélico de este día: «Acercándose Jesús á Jerusalem con sus discípulos, luego que llegaron á Bethpage cerca del monte de los olivos, despachó dos de ellos, diciéndoles: *Id á esa aldea que se vé enfrente de vosotros, y sin mas diligencia encontrareis una asna atada con su pollino: desatadlos, y traédmelos. Y si alguno os dijese algo, respondedle que los há menester el Señor, y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijera el Profeta: Decid á la hija de Sion: mira que viene á tí tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó, y trajeron el asna y el pollino, y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran muchedumbre de gentes tendian por el camino sus vestidos: otros cortaban ramos de los árboles, y los ponian por donde habia de pasar: y tanto los que iban delante como los que venian detrás, clamaban diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor: hosanna en lo mas alto de los cielos.»*

¿Que es esto? vuelvo á repetir, A. O. M. ¿Es por ventura el temor, la admiración, el asombro, la sumision, ó mas bien un sentimiento de amor el que inspira esas demostraciones de triunfo? ¡Ah! Yo creo que solo este último afecto era capaz de espresarse de una manera tan nueva y nunca vista. Aquel hijo de un artesano habia obrado grandes prodigios: todos sus pasos habian sido señalados con beneficios; apenas habia quien no hubiese experimentado sus bondades ó sido testigo de su liberalidad. El poder del enviado de Dios habiase manifestado con obras de infinito amor, y á él respondia el amor del hombre adoptando las formas del respeto, de la admiración y del agradecimiento. Ahora bien, católicos, próximo está el día en que Jesucristo debe realizar su entrada triunfante en la mística Jerusalem de nuestras almas. Si bien bajo humildes apariencias y á través de unas esterioridades que nos ocultan su divinidad, su grandeza y majestad, su amor infinito no resalta menos ni se hace menos visible su inagotable liberalidad hácia nosotros en ese augusto sacramento en que nos convida á participar de sí mismo en este

tiempo de gracia y de salvacion. Nuestro rey se acerca, y viene lleno de mansedumbre á hospedarse en nuestros pechos. ¿Cómo debemos salirle al encuentro? ¿Con qué disposiciones debemos recibirle? Hed-las marcadas en la conducta de las turbas de nuestro Evangelio. El amor debe preceder á todos nuestros actos, y de él como de su principio deben derivarse la humildad, el asombro y la gratitud. Y ved ya indicado el objeto del presente discurso, en el que me propongo mostraros «en el recibimiento que hicieron al Salvador los fieles habitantes de Jerusalem, el modelo que debéis imitar al recibirle en vuestras almas en el próximo tiempo pascual.» Dirijámonos ante todo al trono de la gracia y de la misericordia, á implorar los divinos ausilios por la intercesion de la santísima Virgen, saludándola con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

He dicho, C. O., que el amor fué el sentimiento que inspiró á las fieles turbas de Jerusalem las demostraciones que hicieron al Salvador en su entrada triunfante en aquella populosa ciudad: y que esto no era sino una respuesta del corazon del hombre á aquel amor infinito con que Jesucristo durante su vida pública habiase manifestado el bienhechor constante de la humanidad. Los beneficios pues que donde quiera multiplicaban sus manos, y no sus milagros, habian sembrado ese gérmen y producido ese afecto: porque solo el amor es capaz de crear el amor, en vez de que las grandes obras del poder sin la caridad solo son bastantes á producir el temor, la admiracion y el anonadamiento. Habíante visto curar los enfermos, dar vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, vida á los muertos, pero tambien le vieran proteger al desvalido, defender al desgraciado, consolar á la viuda, socorrer al pobre, proveer de alimento á una multitud hambrienta, y desarrollar de todos modos

una beneficencia universal, una compasion sin limites, una caridad incansable, un amor sin semejante. Y este amor es el que comunicando su llama á unos corazones que supieron comprender y apreciar en su justo valor las obras maravillosas y los beneficios incalculables de aquel Hombre-Dios, les impulsa á pagarle con idénticos sentimientos y á demostrarle prácticamente su correspondencia.

El primer efecto de este amor es una profunda humildad en presencia de su bienhechor. No bien le ven acercarse á Jerusalem, cuando despojándose de sus vestidos los tienden por el camino en señal de homenaje al nuevo rey de los judíos, sin que el modesto y casi despreciable aparato con que verifica su entrada sea capaz de amenguar en nada su respetuosa sumision. Veian en aquellas esterioridades chocantes á la vista la realizacion de un célebre vaticinio, y por lo tanto la fé encendia en sus pechos el amor, y éste á su vez engendraba en ellos la humildad. Hed ahí la primera disposicion con que debemos recibir á Jesucristo en estos dias de gracia y de misericordia. Cierto que si solo miramos ese augusto sacramento con los ojos corpóreos y á la débil luz de una razon enferma, tal vez las sombras que rodean la divinidad, los velos que encubren su grandeza, y esos débiles accidentes que nos arrebatan su gloria y soberania, subleven nuestro orgullo, y lejos de plegar nuestras altivas frentes ante la magestad infinita del hijo de Dios que viene á nosotros cual manso cordero inmolado en las aras del amor, esclamemos entre dudosos é incrédulos como ciertos judíos escandalizados allá en Jerusalem: ¿Quién es este? ¿*Quis est hic* (1)? ¿Es por ventura aquel Dios magnífico en santidad, irresistible en su poder, cuya mano hace temblar los orbes, á cuya voz desaparecen como humo las montañas, de cuya voluntad pende el equilibrio del universo, y á quien están sujetos los destinos de los pueblos? ¿*Quis est hic*? ¿Es este el que habla y todo le obedece, manda y todo se somete, y á una mera insinuacion de su omnipotencia brota el árbol sus hojas, arroja la tierra de sus entrañas las riquezas de la fecundidad, y la creación toda se rejuvenece con sus mil bellezas ó muere de inani-

(1) Matth. XXI. 40.

cion y torna al caos de donde saliera? Pero no busquemos allí al Dios fuerte, terrible, poderoso y vengador, busquemos sí al Dios amante, cariñoso, bienhechor y pródigo de sus beneficios, al rey de las eternidades que viene á salvar á la hija de Sion, esto es, á derramar en las almas bien dispuestas toda especie de gracias, á enriquecerlas con sus tesoros y á hacerlas participantes de su propia grandeza, divinizándolas en cierto modo mediante una union tan maravillosa como nunca vista. Entonces se abrirán los ojos de nuestra fé y veremos al deseado de nuestros corazones; la fé encenderá en ellos la llama del amor, y ésta esplicándose en afectos de humildad profunda, le saldremos al encuentro despojándonos no de nuestros vestidos exteriores como las turbas de Jerusalem, sino del súcio ropaje de nuestras pasiones, de nuestros malos hábitos y de nuestros vicios, y los arrojaremos en su presencia para hacerle un recibimiento cual corresponde á su soberanía y santidad. Porque no son dignos de recibir á Jesucristo en estos dias de salud los corazones soberbios que se resisten á humillar su altivez en el tribunal de la reconciliacion confesando sinceramente sus defectos y extravíos; ni los espíritus dominados por una presuncion orgullosa que prefieren profanar sacrilegamente la sagrada mesa antes que someterse al penoso deber de declarar sus errores y sus vergonzosos vicios al ministro de un Dios de paz y misericordia; ni las almas pecadoras que bajo apariencias de falsa amistad le entregan de un modo aleve á sus enemigos, acercándose hipócritas al sacramento de la penitencia sin dolor ni compuncion, y buscando únicamente en él un medio de acallar momentáneamente el grito de una conciencia criminal, ó de calmar la agitacion que les causa el remordimiento. ¡Y cuántos son por desgracia los que en este santo tiempo se atreven á mezclarse con el pueblo fiel y salen al encuentro á Jesucristo cubiertos con las repugnantes vestiduras del vicio, avaros, impúdicos, envidiosos, iracundos, enconosos, encenagados en el lodazal de sus pasiones, encadenados por sus malas costumbres, ó alimentando cuando mas algun momentáneo deseo de convertirse, algun débil propósito de enmendar su vida criminal, alguna pasajera resolucion de pensar en su eterno porvenir, deseos, propósitos y resoluciones tan vagas é inconstantes

como todas sus ideas, que se olvidan tan pronto como se conciben, sin que logren apagar el fuego de la sensualidad que les enardece, ni fijar la volubilidad de unos corazones avezados á gustar toda clase de placeres, ni cambiar el curso de unos hábitos desordenados que les arrastran al abismo del mal! ¡Desgraciados! ¿Acaso porque formando séquito al Salvador con los fervosos hijos de la mística Jerusalem entoneis con ellos el *hosanna en las alturas al hijo de David*, os haceis la ilusion de que vuestros homenajes le sean gratos y aceptables? No: que á Dios no se le engaña con falsas demostraciones; y bien sabe que ese mismo *hosanna* con que fingís vitorearle en su entrada triunfal, no es sino el grito del orgullo malamente encubierto con el velo de una humildad hipócrita que no tardará en desmentirse á sí propio con aquel otro grito sedicioso de « ¡crucifícale! ¡caiga sobre nosotros su sangre!» Y caerá, si, con todo su peso esa sangre adorable del Cordero que profanais impiamente con vuestras culpas en el augusto sacramento del amor, y sereis responsables ante su tribunal de esa carne pura é inocente que manchais con vuestros sacrilegios, y en vez de comer en el sagrado convite la vida y la inmortalidad, os tragareis la muerte y devorareis vuestro juicio y vuestra eterna reprobación (1).

Ved pues como para salir dignamente al encuentro á Jesucristo debe preceder ante todo la humildad, primer sentimiento inspirado por el verdadero amor, al que van inseparablemente unidas la compuncion del alma, las lágrimas de la penitencia, la mortificacion de las pasiones, la victoria de los malos hábitos, en una palabra, el despojo de todo cuanto pueda amancillar un corazon llamado á ser digna morada de un Dios infinitamente puro y santo. Mas no basta esto, preciso es que convencidos por la fé de la grandeza del don que viene á traernos ese rey pacífico de nuestras almas, admiremos los prodigios de su amor y sepamos apreciar en lo que vale tanta bondad y liberalidad tan extraordinaria. ¿Qué es lo que hacen las turbas de Jerusalem en el recibimiento de su nuevo monarca? No se contentan con manifestar su dependencia despojándose de sus vesti-

(1) 1. Corint. XI. 27.

dos y alfombrando con ellos el suelo por donde debía pasar, sino que íntimamente persuadidos de que el que montado sobre una humilde asna se presentaba en la capital de la Judea, era verdaderamente el Mesías anunciado al mundo por los profetas, el rey de Israel prometido en todos los vaticinios y figurado en todos los tipos de la antigua ley, el Dios-Hombre en fin en quien iban á realizarse todas las tradiciones patriarcales, los oráculos de la biblia y las esperanzas de todos los siglos, elévanse por el amor que en sus pechos enciende la fé sobre todas aquellas esterioridades que parecen desmentir el origen divino del Salvador, y superiores á las mil preocupaciones que bullian en los espíritus, y á las prevenciones que alimentaba aquel pueblo vicioso contra su adorable persona, reconocenle por lo que realmente era, no por lo que aparentaba ser, y ya que de otro modo no pueden manifestar su admiracion y asombro, cortan ramas de los árboles y llevándolas en sus manos forman á su alrededor el mas modesto al par que el mas brillante cortejo.

¿Y qué importa que nosotros no veamos con los ojos corpóreos en el augusto sacramento de nuestros altares al Dios grande y magnifico que viene á nuestras almas? ¿Qué importa que no le veamos rodeado de rayos y relámpagos como Moisés en el Sinai dictando al mundo sus leyes y fulminando terribles amenazas, ni como los discípulos en el Tabor esplendoroso y brillante con todo el aparato de su divinidad? ¿Estamos por eso, ó debemos estar menos ciertos de que á través de los cándidos accidentes se oculta en ese incomprensible misterio el engendrado antes de la aurora en el esplendor de los santos, el hijo del Eterno, el Verbo increado, el Rey inmortal de los siglos á quien adoran los ángeles y rinden vasallaje el sol, la luna y los orbes, en una palabra, aquel Dios á quien todo está sometido en el cielo y bajo del cielo? Y si todo esto nos dice la fé, ¿cuáles y cuán profundos sentimientos de admiracion no deberá engendrar en nuestras almas el amor en presencia de ese sacramento? ¡Ah! No bastará que como los judíos corramos en pos de él agitando en nuestras manos verdes ramos de oliva, símbolo de la concordia y union que debe reinar en los corazones cristianos en estos dias de recíproca felicidad, y emblema á la vez del triunfo de Jesucristo en la mística

Jerusalen de nuestras almas. Preciso será que como en otro tiempo el gran monarca de Israel, asombrados á vista de una dignacion tan incomprensible, esclamemos: ¿Quién soy yo, Señor, para que con tanto amor vengais á visitarme? ¿Cuándo pude merecer que el infinitamente grande se hiciese casi infinitamente pequeño, que el dueño universal de todo lo criado se redujese á un estado de extrema indigencia por enriquecerme con su posesion, que la divinidad esencial, la sabiduría sin límites, el poder sumo, la majestad por esencia se rebajase hasta el punto de descender al polvo, á la nada, porque nada son las criaturas todas comparadas con su Criador (1), únicamente por engrandecerme á mi vil insecto que repto por la tierra? No, no es posible que esto pueda ser sino puro efecto de un amor tan infinito como incomprensible. Y este amor, ¿qué es lo que pudo jamás grangeármelo? Tales son los afectos que deben acompañar al cristiano cuando se dispone á recibir á Jesucristo en el sacramento adorable de la Eucaristía; y en su consecuencia, ¡con qué fervor no deberá acercarse á la misteriosa mesa del Cordero! ¡con qué saludable temor no deberá purificarse de sus mas ligeras manchas! ¡con cuánta reverencia no deberá presentarse ante el invisible trono de la majestad increada! ¡con qué gozo tan extraordinario no deberá recibir en su seno al régio huésped que viene á enriquecerle mucho mas que á Zaqueo cuando se dignó entrar en su casa, á curarle de sus dolencias infinitamente mejor que á la hija del Centurion, á resucitarle á una vida inmortal mejor sin comparacion que á Lázaro, á identificarse con él haciéndose carne de su carne, hueso de sus huesos, sangre de su sangre, vida de su vida, y divinizándole en cierto modo en virtud de una union la mas admirable y portentosa (2)!

De este segundo sentimiento de admiracion, nace espontáneamente el tercero, que es la gratitud. Una vez recibido el Señor, ¿qué otra cosa le resta al fervoroso cristiano sino manifestar de todas maneras su reconocimiento á un beneficio tan inestimable? ¡Ah!

(1) Isaías. XL. 47.

(2) Joan. VI. 57.

Entonces es cuando se consuma el triunfo de Jesucristo en la mística Jerusalem del alma. Entonces se oyen allí los vítores y aclamaciones de las turbas del presente Evangelio y el alegre himno de: «Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor; hosanna en lo mas alto de los cielos.» *Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in excelsis.* Nada mas justo, C. O., que estos afectos de gratitud hácia un Dios que se digna descender del trono de su inmensa gloria para hospedarse en nuestras almas. Nada mas justo que el que en los ardientes transportes de nuestro gozo esclamemos con el profeta: «¿Qué os daré Señor por los inestimables beneficios que me habeis dispensado (1)?» ¿Con qué podré yo corresponder á la posesión de un don tan precioso é inestimable? Las riquezas todas del mundo, las bellezas del universo, las grandezas de la creacion serian nada comparadas con lo que acabo de recibir. Vos estais en mí, y yo estoy en vos: os poseo todo entero, vuestra humanidad, vuestra divinidad, vuestra gloria y todos vuestros atributos y perfecciones. Pobre soy, y miserable, y enfermo, y nada puedo ni valgo para corresponder dignamente á tanta bondad. Una sola cosa tengo que os podrá ser aceptable, y os la sacrifico gustoso ante las aras del amor. Mi corazon con todos sus afectos, mi alma con todos sus sentimientos, todo mi ser os lo consagro de hoy mas: vuestro es, tomadlo en testimonio y prenda de mi reconocimiento.

Y ese es en efecto, A. O. M., el único don que podeis hacer al Señor, y el que aceptará desde luego toda vez que nada os reserveis de él. El corazon es lo que pide ese Dios amante (2), pero despojado de sus desordenadas pasiones, libre de sus malos hábitos, purificado de sus vergonzosos vicios, y dispuesto á aceptar las santas inspiraciones, á practicar las virtudes cristianas, á amar en una palabra á Dios única y exclusivamente, y con preferencia á todas las cosas y á todos los bienes de la tierra. Hé aquí la verdadera gratitud, tal es el verdadero himno eucaristico que debeis entonar á Jesucristo en su entrada triunfal en vuestras almas. Mal podrian serle gratos vuestros

(1) Psalm. CXV. 12.

(2) Proverb. XXIII. 26.

tros homenajes, si tan luego como acabais de tomar parte en los santos y puros gozos de la festividad pascual volveis los ojos á las asambleas profanas del siglo. Mal podria aceptar vuestros obsequios, si apenas separados del convite de los ángeles tornais á los impuros festines de Babilonia, y vais á quemar incienso ante el ídolo repugnante de vuestras pasiones con la misma mano que acabais de llevar palmas y ramos de olivo al templo de la divinidad. No, A. M.: Dios aborrece esos obsequios, detesta esos homenajes, cáusanse hastío y profundo desprecio semejantes demostraciones: y jamás deramará las bendiciones de su gracia sobre el péfido y fementido que ultrajando su gloria, hollando su majestad, escarneciendo su grandeza, y olvidándose de su amor, siquiera con las palabras se muestre agradecido á sus bondades revela en sus acciones un corazón hipócrita, un alma desleal é ingrata al mayor de los beneficios. Esos son los que hoy se unen al pueblo fiel cantando el *hosanna*, para ir mañana á gritar tumultuosamente ante un tribunal infame pidiendo la sangre del justo; esos los que en el día del triunfo le aclaman bendito del Señor, para blasfemar contra él y llamarle sedicioso y reo de muerte en el día del infortunio; esos los que ahora agitan en su presencia palmas y verdes ramos reconociéndole como su rey, para ir luego asociados á los verdugos á prenderle con palos y espadas como á un vil esclavo; esos... Pero abandonemos este paralelo tan triste como estremecedor, y concluyamos.

Habeis oido, A. O. M., los tres principales afectos que deben preceder, acompañar y seguir el recibimiento que os disponeis á hacer á Jesucristo, correspondientes á las demostraciones del pueblo fiel de Jerusalem en el día de Ramos, á saber, de humildad, de admiración y de gratitud. Nada pues me resta sino exhortaros con todo encarecimiento á disponeros debidamente para la gran solemnidad que se aproxima. Cerca de vosotros está vuestro Dios, vuestro padre, vuestro médico, vuestro Salvador y vuestro rey que viene á hospedarse en vuestras almas lleno de amor y de mansedumbre. *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus*. Apresuraos á prepararle un hospedaje digno de su grandeza; salidle al encuentro con el aparato de todas las virtudes que deben formar un cortejo digno de su santidad. Des-

pojaos por medio de una confesion sincera y dolorosa del repugnante ropaje de vuestras pasiones y de vuestros vicios, y arrojadlos á sus piés para que los huelle en su tránsito. Tomad en vuestras manos el verde olivo de la paz y la palma simbolo del triunfo de todos vuestros malos hábitos; y entonces entonad en buen hora el «hosanna al hijo de David,» bendecid al que viene en nombre del Señor. Él entrará lleno de gozo en la mística Jerusalem de vuestras almas, os enriquecerá con la posesion de sí mismo, y si fieles permanecéis á su lado en el dia de la adversidad llorando los excesos de los que le ultrajan y anatematizando la impiedad de los que le crucifican, seguros podeis estar que en el dia del triunfo él os franqueará las puertas de su reino; en donde cantareis el eterno *hosanna* que debe durar por los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

MANDATO.

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho con vosotros, lo hagais vosotros tambien.

JOAN. XIII. 45.

ACERCÁBANSE los dias prefijados en la mente del Altísimo para la realizacion del gran misterio del Calvario. Las semanas marcadas por Daniel habian tocado á su término. Urgian los momentos, la víctima estaba dispuesta, y solo faltaba consumir el sacrificio. ¿Y esa víctima quién es? ¿dónde se halla? ¿en qué se ocupa? Venid, C. O., venid al Cenáculo. Allí está el Cordero de Dios inmolado desde el principio del mundo; allí está el hijo del Eterno revestido del tosco ropaje de la mortalidad, despidiéndose de los suyos para ir á morir por el hombre, dejándoles en legado admirables ejemplos que imitar y altísimos documentos de vida eterna que practicar. ¡Instantes preciosos! ¡Momentos críticos! ¡Horas solemnes de un Hombre-Dios que va á abandonar una tierra ingrata que ha pagado con maldiciones sus beneficios, y le prepara en recompensa de sus infinitas bondades una cruz afrentosa, un suplicio infa-

me y una muerte escesivamente cruel y sangrienta! ¿Y qué es lo que deja á sus discípulos en su último testamento? Les conjurará cual otro David en sus postrimeros instantes que no dejen impune la impiedad de sus tiranos y verdugos? ¿Les encargará que despues de su muerte venguen su sangre como lo hiciera un dia Germánico próximo á sucumbir al veneno de sus enemigos? Les legará un odio profundo contra sus perseguidores como César á su sucesor Augusto al punto de perecer bajo el puñal de los conjurados? ¡Ah! No: un Dios de amor no podia legar sino amor, y amor tan tierno cual exigia la crítica situacion en que se hallaba. Breves instantes le quedaban en el mundo. Iba á sonar en el reloj de la Providencia la hora que debia separarle de cuanto mas caro habia para él en la tierra. Iba á dejar á aquellos que habian compartido con él el peso de la desgracia, que le habian acompañado en sus peregrinaciones, que habian participado de sus sudores y trabajos, alimentándose con él á la mesa, y vivido bajo un mismo techo. Iba á dar el último *adios* á sus fieles cooperadores, á sus antiguos compañeros en la honrosa liza contra el error y el crimen, á los que á su lado habian apurado el cáliz de la tribulacion y bebido el agua de las lágrimas. Y á la manera de un padre que reúne en torno de su lecho de muerte á sus queridos hijos para darles el último ósculo; como un esposo que en los postreros instantes llama cabe sí á la bella mitad de su vida para apretar con su yerta mano la de aquella que formó el encanto de sus mejores dias, y dejarla en su viudez un recuerdo indeleble de su entrañable amor; bien asi como el jóven soldado que al abandonar el hogar testigo de sus pueriles goces y á aquellos dos seres para él mas amados en la tierra, para ir á buscar tal vez una muerte cierta en el campo del honor, imprime mil besos sobre sus encanecidas frentes y las estrecha otras tantas contra su enternecido pecho; cual fiel amigo que entre las agonías del suplicio no olvida á los que lo fueron suyos, y les dirige sus últimos acentos en memoria de su eterno afecto, asi Jesus cercano á abandonar á todos aquellos de quienes habia sido padre el mas tierno, esposo el mas amante, amigo el mas constante y sincero, redobla en aquella hora suprema los afectos de su corazon, y les manifiesta un amor mucho mas grande,

mas generoso, mas ardiente, mas positivo y universal que nunca, como se infiere del Sagrado Evangelio que acaba de cantarse.

«En la víspera del día solemne de la Pascua (dice) sabiendo Jesus que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre; como hubiese amado á los suyos que vivian en el mundo, los amó hasta el fin. O como espican estas últimas palabras algunos santos espositores, los amó mas entrañablemente al fin de sus días. ¿Y en qué manifestó este amor especial? ¿Cómo espresó aquellos postreros afectos de su corazón? La edificante ceremonia que acaba de verificarse á vuestra vista os lo dice prácticamente. Ella no es mas que la reproduccion de aquel brillante rasgo de humildad y de caridad cristiana que Jesucristo legó á sus discípulos en la última cena cuando habiéndoles lavado los piés, sin escluir al pérfido Judas que tenia ya proyectada su venta, les dijo: *«Ejemplo os he dado, para que lo que yo acabo de hacer con vosotros lo hagais tambien vosotros con los demás.»* Examinemos pues las circunstancias de esta accion, y encontraremos en ella «los caracteres de un amor sin limites realizado prodigiosamente por una humildad sin semejante,» de donde deduciremos la obligacion estrechísima en que estamos de imitar á nuestro divino Salvador, y de no olvidar jamás esta cláusula de su último testamento.

AVE CRUX.

REFLEXION ÚNICA.

Hay momentos en la vida del hombre en que sus acciones toman un carácter de gravedad que realza extraordinariamente su mérito, dándolas una fuerza irresistible y una influencia mágica sobre el corazón humano. Cuando un padre moribundo reanimando sus débiles espíritus en su lecho de dolor, dirige los últimos acentos á sus caros hijos, exhortándoles á conducirse como probos y virtuosos, y recomendándoles el respeto y cuidado hácia su madre que va á quedar

en una triste viudez; ¡ con qué atencion se escuchan sus palabras! ¡ qué ascendiente ejercen en el alma en aquellas horas supremas! ¡ Qué afectos tan nuevos arrancan! ¡ Cómo penetra en el corazon aquel tono solemne que las dá la proximidad del sepulcro! La huella que dejan aquellos postrimeros consejos, aquella despedida para la eternidad, tarde ó nunca se borra, y mas de una vez han decidido del porvenir de una familia haciendo germinar grandes virtudes y rasgos sublimes de heroismo.

o Solemnes sobre todo encarecimiento eran las circunstancias en que se hallaba el Salvador cuando celebró con sus discípulos la última cena. Desde allí iba á marchar á consumir el gran sacrificio de la expiacion. De allí debia salir en breve para dar cumplimiento á todos los vaticinios. Algunos pasos mas allá esperábanle sus enemigos puestos en acecho para prenderle, como el tigre espera á su presa oculto tras un matorral, saboreándose con la idea de abrevarse con su sangre. No muy lejos, á la otra parte del torrente Cedron en un solitario monte, la noche sombría ocultaba los horrores de una intriga proyectada contra su adorable persona, y hombres armados de palos y lanzas, y nudosos cordeles, y todo el aparato de una conjuracion tan repugnante como injusta, y un cáliz amarguísimo enviado por la cólera celestial cuyas heces debia apurar hasta la última gota, y un Calvario en lontananza, y para llegar á él una prolongada senda de tormentos, de injurias, de blasfemias y desprecios bastantes á hacer desfallecer su alma si no hubiese estado sostenida por la divinidad. Todo esto sabíalo Jesucristo, y tampoco ignoraba que en aquel mismo sitio, mezclado entre sus fieles discípulos, y ocultando bajo el antifaz hipócrita de una amistad cordial el veneno de un corazon vendido á la venalidad y asociado á unos designios deicidas, hallábase aquel ser maldecido que el infierno eligiera para ser el instrumento de su prision y el gefe de los conjurados. Y sin embargo, cual si nada pasase á su alrededor capaz de turbar su reposo, llevando hasta lo infinito los quilates de su amor, y dando á su semblante un colorido de ternura y de cariño especial, concluido el convite *«levántase de la mesa, quitase sus vestidos, se ciñe con una tohalla, y echando agua en un lebrillo,*

se pone á lavar los pies á sus discípulos, limpiándoselos despues con la tohalla.» *«...»*

¡Oh amor! ¿Hasta dónde rebajas á un Dios-Hombre? ¡Salvador adorable! ¿Qué haceis? Que al despediros de esos tiernos objetos de vuestro cariño, al separaros de esos constantes compañeros de infortunio les obsequieis con vuestra mesa legándoles ese dulce recuerdo de vuestra amistad, lo concibo fácilmente. Nunca la grandeza estuvo en oposicion con la generosidad, ni se avino mal el esplendor de la púrpura con los sentimientos que engendra la dulce union. Pero humilláros hasta el punto de lavar los pies de unos foscos y pobres pescadores, esto no cabe en las ideas humanas. ¿No considerais la distancia que de ellos os separa? Al fin ellos no son mas que unos hombres, y vos aunque revestido de una carne mortal, ocultais bajo ese grosero ropaje los resplandores de la divinidad; ellos son pecadores, y vos esencialmente impecable y santo; ellos son vuestros discípulos, y vos sois su maestro, su gefe, su rey, rey invisible de los siglos y de la eternidad. ¡Y no os desdeñais de inclinar vuestra régia frente ante la cual se postran los ángeles, y de curvar vuestro semblante en el cual reflejan los brillantes rayos del sol de justicia, y de anonadaros hasta lo mas profundo del polvo por dar á vuestros caros apóstoles un testimonio inequívoco de vuestro amor! Amor excesivo, amor sin semejante, amor infinito que raya en locura, segun la mente del Justiniano, puesto que arrastra al Omnipotente á una accion tan escéntrica é incomprendible, á una humillacion que nunca tuvo ejemplo ni podrá tenerle jamás!

Bien penetrado debió estar el principe del colegio apostólico de estos mismos sentimientos, cuando al acercarse á él el Salvador, se retira asombrado, opone una resistencia casi invencible y esclama: «*¿Señor! ¿Tú lavarme á mi los pies? Ni ahora ni jamás tal permitiré.»* Ni lo hubiera permitido seguramente á no ser por aquel tono de magestuosa severidad con que al ver la insistencia de Pedro le dijo Jesucristo: «*Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás despues.... Si yo no te laváre, no tendrás parte conmigo.»* Y de hecho, ni el apóstol ni ningun mortal era capaz de comprender los altísimos designios de infinita sabiduría que en-

cerraba aquel rasgo de amor realzado por la mas profunda humillacion de un Dios hecho hombre. El mundo se hallaba sometido á la accion funesta de aquel pecado primordial que trastornó todo el plan de la creacion. La soberbia habia sido el agente de que se sirviera el infierno para llevar á cabo sus designios, y la humanidad venia gimiendo á través de los siglos, víctima de la ignorancia, del error y de toda suerte de males bajo el imperio de aquella pasion, de la cual como de raiz emponzoñada, brotaron todos los vicios. La soberbia que en el paraíso despojó al hombre de su inocencia y de su inmortalidad y lanzó sobre él el anatema divino, reproduciéndose en todos sentidos con una triste cuanto asombrosa fecundidad, multiplicaba donde quiera sus victorias, se enriquecia con los despojos de la virtud, tenia en todas partes altares y adoradores, era en una palabra el ídolo á quien incensaba el mundo. La tierra toda hallábase inundada de corrupcion y de crímenes, y el egoismo, y el ódio, y la venganza, y el homicidio, y las mas detestables pasiones señoreábanse de ella, y entre tanto el cielo cerraba sus puertas, y la divina justicia descargaba su cólera sobre este suelo de maldicion. La soberbia pues habia perdido para siempre á la humanidad, y por consiguiente sola la humildad podia salvarla. Por eso el Hombre-Dios, destinado á ser reparador de la raza culpable, escoje esta virtud como el gran remedio, como el contrapeso mas eficaz que podia oponer á tan grave dolencia, y se despoja del brillo de su gloria, y desciende del trono de la magestad infinita, y cambia el cielo por un establo, y trueca su régia diadema por una corona de tribulacion, y se desnuda de su inmortalidad por revestirse de una carne mortal en la que tolera todas las privaciones, todas las miserias, y los reverses todos que van unidos á la humanidad. Pero esto no bastaba; el mal era excesivo, la llaga que la soberbia abriera en el entendimiento y en el corazón humanos era muy profunda, las consecuencias de este desórden eran inmensurables, y demandaban una reparacion proporcionada. Así que no satisfecho con haber enseñado la humildad con su palabra y ejemplo en todo el curso de su vida santísima, queriendo dar á sus doctrinas una sancion inviolable y un cierto carácter de perpetuidad, como si no se hubiesen comprendido

bien sus lecciones, escoje los últimos y mas solemnes momentos de su vida para consagrar ese gran precepto de la humildad dando de ella el testimonio mas convincente y magnifico. Por eso despues de concluido el lavatorio, diríjese á sus discípulos y les dice: «¿Comprendéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y teneis razon. Pues si yo que soy el Maestro y el Señor os he lavado los pies, justo es que hagais lo mismo los unos con los otros. Ejemplo os he dado para que lo que he hecho con vosotros lo hagais vosotros tambien. Pues no es el siervo mayor que su amo, ni el enviado mayor que el que le envió.»

¡Hed ahí el orgullo vencido á los pies de Jesucristo! ¡Ved la soberbia confundida por la humildad de un Dios-Hombre! ¡Ved el egoismo y la altanería del entendimiento humano pisoteada por el abatimiento de la infinita grandeza! Grite ahora el hombre que es independiente; proclame su superioridad respecto de los que le son inferiores en ciencia, en honores ó en bienes de fortuna; envanézcase de su elevacion en la escala social. ¡Insensatos hijos del polvo! ¡Miserables mortales criados de la nada! Comparaos con el hijo de Dios, poneos en paralelo con el rey de las eternidades, y decid si todavía podeis alimentar en vuestras almas esos sentimientos arrogantes de que haceis gala en el mundo. Él se humilla hasta lavar los pies de sus discípulos porque los ama y quiere enseñarlos el camino de la positiva grandeza, ¿y vosotros juzgais engrandeceros menospreciando altivos á los que un nacimiento menos ventajoso ó una suerte mas adversa ha colocado en una posicion desgraciada? Él no reusa postrarse ante un apóstol pérfido que abriga en su pecho designios deicidas y le tiene vendido á sus verdugos por un poco de plata, ¿y vosotros creéis rebajaros si ahogando en vuestros corazones un afecto de ódio ó de resentimiento perdonais una leve injuria y no vengais una ofensa insignificante? Él no se desdeña de aparecer pequeño siendo inmenso, hombre siendo Dios, esclavo siendo monarca, por enseñar al mundo á buscar la verdadera gloria en el ejercicio de la virtud y en la práctica de la beneficencia, ¿y vosotros egoistas y desapiadados aspirais á enalteceros saltando sobre las ruinas de vuestros prójimos, y acrecentando

el aparato de vuestra nécia vanidad con los despojos de la virtud y de la inocencia? No, no comprendéis la doctrina de Jesucristo ni por consiguiente tendréis parte en su reino, pues no es esa la senda que conduce á la inmortalidad. Si soberbios os resistís á adoptar y seguir el ejemplo de nuestro divino Salvador, no digais que sois cristianos, despojaos de ese título que profanais impiamente, no insulteis á Jesucristo llamándoos discípulos suyos. Lo sereis sí, pero del número de los Judas traidores que venden la sangre de su Maestro. Y en este caso id en buen hora á engruesar las filas de los conjurados, unios á los satélites del infierno para aprisionar al Dios de la santidad, acercaos á él y dadle el ósculo horrendo que ha de consumir el deicidio..... ¿Pero qué estoy diciendo? Un momento de exaltacion me había hecho olvidar la augusta ceremonia que acaba de verificarse en este santo templo, y ocupado en apostrofar al orgullo humano, no habia reparado en el espectáculo consolador que nos ofrece el cristianismo reproduciendo hoy á nuestra vista aquel rasgo de humildad inspirado al Salvador por su amor sin límites en los momentos supremos de su separacion del mundo. ¡ Rasgo admirable que forma una de las pruebas mas convincentes de la divinidad del que nos le legó con su ejemplo, al propio tiempo que demuestra la superioridad de la verdadera Iglesia de Jesucristo sobre todas las demás sectas ó comuniones que han intentado arrogarse este honroso dictado! Ninguna de ellas ha podido mas que parodiar los caracteres de la legítima esposa del Cordero, no empero practicar las virtudes y mucho menos la humildad que el Hombre-Dios nos dejó en su testamento como el distintivo de sus verdaderos discípulos. Ved en todas reinar el orgullo, dominar la soberbia, descollar ese espíritu de independéncia que se niega á plegar la altivez de la razon humana ante la razon divina; cuando por el contrario en la verdadera Iglesia campea en todos sus actos y preside á todas sus enseñanzas ese sentimiento de humilde abnegacion tan fecundo en virtudes y en heróicos ejemplos. Aquí los mismos reyes no se desdennan de despojarse hoy de sus coronas y de su brillante púrpura para lavar los pies de los pobres de Cristo, á imitacion del que siendo rey de los cielos y de la tierra no reparó en hacer otro tanto con unos

miserables pescadores del mar de Galilea. Aquí los grandes señores, los príncipes, los títulos, los prelados, y hasta el mismo jefe del catolicismo, desentendiéndose de toda consideracion al rango que ocupan en la escala social, humillan sus frentes ante la indignidad y renuevan la escena edificante del cenáculo. La humildad inspirada por el amor triunfa en este momento en todo el orbe católico de las repugnancias del orgullo y de las resistencias de la altivez. A estas horas el ejemplo de Jesucristo produce los frutos mas fecundos, y donde quiera ofrece la demostracion mas convincente de la excelencia y sublimidad de un culto que abatiendo la nada del hombre le prepara una elevacion sin semejante por el camino de la humillacion.

¡ Oh ! No sean estériles para nosotros estos recuerdos, A. O. M., A vista de un Dios que se abate hasta el exceso en el Cenáculo, reconozcamos en él un fondo de amor infinito, realizado prodigiosamente por una humildad sin limites. Y si aspiramos á ser discípulos suyos, si deseamos tener parte en su reino, abierta tenemos la senda que debe conducirnos á él. *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* La humildad debe ser nuestro guia, la humildad engendrada por la caridad y su compañera inseparable. No temamos rebajarnos demasiado. Por mas que nos humillemos para con nuestros prójimos, siquiera descendamos hasta prestarles los mas viles servicios, aunque nos anonademos en nuestro propio concepto hasta el mas profundo desprecio, nunca seremos mas humildes que Jesucristo, ni llegaremos con mucho al grado de humillacion y de anonadamiento á que por amor nuestro, por curarnos de nuestra soberbia, por franquearnos el camino de la positiva gloria se redujo el Hombre-Dios en la última cena. Venzamos con heroismo los ímpetus de ese orgullo mal entendido que intenta detenernos en la senda del deber. Hagámonos superiores á todas las preocupaciones del amor propio que aspiran á abultar en nosotros el sentimiento de nuestra personalidad. Convenzámonos de la falsedad de todas las doctrinas humanas que propenden á deprimir el mérito de la humildad cristiana cual si fuese una bajeza indigna de las almas grandes. Persuadámonos, en fin, que desde que

Jesucristo se abatió hasta lavar los piés á sus discipulos, ya nadie hay que pueda escusarse de practicar esa virtud; pues que, como él mismo dijo á los suyos en aquel dia memorable, «no es mayor el siervo que el Señor, ni el enviado que mas el que le envió.» Quanto mas pues nos humilláremos tanto mas nos acercaremos á nuestro divino maestro, mas dignos seremos de su amor, y mas tendremos andado para llegar á aquella gloria infinita que Dios reserva á los que imitan sus ejemplos.

Hednos aquí Salvador adorable confundidos y anonadados en vuestra presencia. Hollad nuestro orgullo, abatid nuestra soberbia que gustosos os sacrificamos ante las aras de la humildad que en el Cenáculo nos enseñásteis prácticamente, dejándonosla en legado como la enseña de nuestro honroso carácter de cristianos. Jamás vuelvan á levantarse en nuestro corazon los gritos de esa pasion que hasta ahora nos ha tenido encadenados al carro victorioso de Satanás. De hoy mas renunciamos á todo afecto que no esté en armonía con esa hermosa virtud que os mereció una elevacion sin semejante y una honra á que no pueden compararse todas las grandezas humanas. Porque os humillásteis tanto se postran ahora delante de vos el cielo, la tierra y los abismos. Por eso queremos seguir en adelante vuestras huellas y humillarnos como vos, para merecer ser participantes de vuestra grandeza en la mansion de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA EL JUEVES SANTO POR LA NOCHE.

PASION DE N. S. J. C.

Vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.

Por causa de nuestras iniquidades fué llagado, y despedazado por nuestras maldades.

ISAIE. LIII. 5.

«¿QUIÉN dará crédito á nuestras palabras? ¿A quién ha sido revelado el brazo del Señor? Crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raiz en tierra árida. No es de bello aspecto, ni tiene nada de deslumbrador su semblante. Hémosle visto despreciado y como el desecho de los hombres, hecho un varon de dolores, cubierto de vergüenza y afrentado. Porque él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades, así que le reputamos como un hombre herido y humillado por la mano de Dios. Y es que por causa de nuestras iniquidades fué llagado y despedazado por nuestros delitos. Sobre él cayó el castigo que debía proporcionarnos nuestra paz, y con sus cardenales fuimos curados.»

Así se espresaba el hijo de Amos setecientos ochenta y cinco años antes de Jesucristo, vaticinando su pasion y muerte y la verdadera causa de sus indecibles dolores. Con imágenes tan vivas y con pala-

bras tan esplicitas pintaba la escena sangrienta del Calvario verificada hace mas de diez y ocho siglos, y cuyo aniversario nos recuerda hoy la Iglesia nuestra madre. ¡Cristianos! Abandonad en este instante todo pensamiento terrenal, y reconcentrad todas vuestras ideas en el lúgubre espectáculo que se presenta á nuestra vista en el monte del sacrificio. Venid á contemplar al Salvador de la humanidad saturado de oprobios, abatido bajo el peso del dolor y hecho la victima inocente de los crímenes de un mundo pecador. Venid y ved si jamás sufrió tanto el padre mas tierno por sus hijos, el monarca mas generoso por sus vasallos, el amigo mas constante por aquellos á quienes hizo depositarios de su corazon, como sufre en el Gólgota el hijo de Dios por sus enemigos. Venid, y admirareis el espectáculo mas fúnebre y desgarrador que pudo presentarse á los ojos del hombre. Un Dios de magestad criador del cielo y de la tierra, sobre quien tierra y cielo parecen descargar todos los golpes de su cólera, haciéndole morir entre angustias y tormentos indefinibles cual si fuese el último y el mas despreciable de los esclavos. Un Salvador inocente, puro, lleno de amor y de ternura que durante su mansion en el mundo no ha hecho mas que derramar beneficios, y contra quien todo se arma y hace causa comun para maldecirle y denostarle, convirtiéndose en implacables verdugos los mismos que han sido los primeros objetos de su cariño. Un rey cuyas manos no han sabido sino multiplicar en todos sentidos los prodigios de su munificencia, y cuyos piés corrieron sollicitos donde quiera que le llamaron las necesidades de sus súbditos, clavado hoy en un leño infame por la ingratitud de esos mismos hombres que un dia le aclamaban bendito del Señor. Un padre en fin cuyo amor no conoció límites, cuya ternura escedió á la de todos los padres, y que despues de ver reunirse contra él cuanto de mas negro y detestable puede concebir la perfidia, muere asesinado por sus propios hijos, por aquellos a quienes ha prodigado todos los tesoros de su bondadoso y paternal corazon. ¡Crímen horrendo! ¡Parricidio execrable que no seria suficientemente llorado siquiera nuestros ojos convertidos en fuentes de sangre derramasen un llanto tan abundante como las aguas que en su seno encierran los mares!

Tal es, C. O., el espectáculo que hoy os pone á la vista esa santa

esposa del Cordero, cuyos tristes plañidos y su ropaje de duelo, y sus fúnebres cantos, y la mortal palidez de su semblante, y el sepulcral silencio que donde quiera reina, todo os dice con un lenguaje mudo que está celebrando los funerales de su esposo, de su Dios, del Santo de los santos, muerto víctima de unos crímenes que jamás cometió, de unos pecados en que no tuvo parte, puesto que era la inocencia misma y la santidad por esencia. ¿Y quién fué entonces la causa de tanto padecer? ¿Quién condujo al hijo del Altísimo á una humillacion tan profunda? ¿Quién abrió en su cuerpo tantas heridas y abrevó su alma de tantas angustias? ¡Ah! ¿Todavía osamos preguntarlo? Nuestras culpas, oh cristianos, fueron el monstruo que hundió el puñal en el pecho de Jesucristo; nosotros fuimos los verdugos de ese Hombre-Dios; nosotros los hijos desnaturalizados que perseguimos inclementes al mejor de los padres. Sí, nuestras manos parricidas están manchadas con la sangre divina del que mas nos amó en este mundo. *Vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus propter scelera nostra.* Y ved lo que voy á manifestaros en este momento, presentándoos, sin salirme en lo posible del texto evangélico, á Jesus «satisfaciendo en el huerto por el pecado mediante la angustia mas indefinible que sufre en su alma; reparándole ante los tribunales con la mas profunda humillacion en su honor, y expiándole en el Calvario con los mas crueles tormentos.» Tales son los tres principales actos del sangriento drama representado un día en Jerusalem, los tres principales golpes que el pecado descargó sobre el Hombre-Dios, y los tres puntos de mi discurso. A tí únicamente, oh cruz adorable que llevaste en tus brazos la salvacion del mundo, á tí que eres y serás siempre la esperanza y la gloria del cristianismo, acudimos hoy á implorar los divinos auxilios, adorándote humildes, y saludándote reverentes con las palabras de la Iglesia:

¡OH CRUX, AVE SPES UNICA!

PRIMERA REFLEXION.

Dije, C. O., que el huerto de Gethsemaní es el lugar donde se representa la primera escena del sangriento drama de la Pasion del Salvador, y en donde sufre en su alma la primera expiacion del pecado. ¡Expiacion cruel! ¡Momentos terribles le esperan en aquel sombrío jardin donde veces tantas habia ido á orar su alma tranquila y hácia el cual encamina sus acelerados pasos despues de haber dejado instituido en el Cenáculo aquel sacramento augusto que encerraba la prenda mas inefable de su infinito amor. No es que ignore los negros complots urdidos contra su adorable persona por un discípulo apóstata de acuerdo con los fementidos fariseos. No: él lo sabe todo, todo lo vé, y ni la menor circunstancia de tan atroz perfidia se oculta á su profundo conocimiento. Sin embargo, su grande alma le hará superior á los tormentos que le esperan, y sabrá mirar la muerte con tranquilo semblante, porque ha tomado voluntariamente sobre sí las iniquidades todas del mundo y quiere satisfacer por ellas de un modo condigno. Por eso en su impaciente deseo de padecer, y sin poder esperar á que los verdugos echando sobre él sus manos deicidas le hagan experimentar todo el peso de su rabioso encono, él mismo se adelanta á sufrir en su alma angustias y amarguras hasta entonces desconocidas. Vedle prosternado en el suelo, pegado su semblante con el polvo, devorado su corazon por un disgusto indefinible, y abatido por una tristeza sin limites. Sus pasiones hasta entonces respetuosas, sublévanse de repente, se amparan de su imaginacion y desgarran su alma de un modo cruel. Su misma divinidad se eclipsa en aquellos momentos, y desprovisto de este apoyo, nada vé en derredor suyo mas que torrentes de amargura que se agolpan sobre su angustiado pecho á la manera de olas em-bravecidas. ¡A qué estado, oh gran Dios, veo reducido á vuestro Unigénito! Sus ojos apagados, su rostro lívido y cubierto de mortal

palidez, debilitadas sus fuerzas, y agoviado bajo el peso de una tristeza incomparable, dificilmente puede sostenerse. ¡Y qué fantasmas tan horribles, qué espectros tan fatidicos, qué imágenes tan lúgubres le acometen por todos lados! Aquí vé una nacion pérfida que olvidada de los inmensos beneficios que de él ha recibido se encarniza contra él y pide á grandes gritos su muerte; allí verdugos repugnantes y de asqueroso aspecto que á guisa de tigres se bañan en su sangre; mas allá un suplicio deshonoroso en que vá á terminar sus dias en la flor de su juventud. ¡Qué espectáculo para un Dios que es la majestad misma y la grandeza esencial! Pero no es esto lo que mas le atormenta: lo que consume su abatimiento y le causa una angustia insoportable es una negra nube de crímenes que se condensa sobre su cabeza, los delitos de todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los siglos, cometidos desde los primeros momentos de la creacion y que han de cometerse hasta el último dia de los tiempos, los cuales vienen á descargar sobre él como sobre la victima de todos ellos: ved lo que hacia rebosar la amargura en aquellos críticos instantes en el corazon inocente y puro del Dios de la santidad. Sí, allí estábamos presentes á la imaginacion de Jesus todos los hombres para atormentar su angustiado espiritu. Vuestros pecados, los míos, y los de todo el universo con todo su horror eran los que veia en aquel huerto y por los que sufría indecibles pesares. Hijos desnaturalizados que se servirian de sus mismos dones para ultrajarle y ofenderle; cristianos infieles que olvidando sus promesas harian liga con sus enemigos para afligir el corazon de su esposa y abrir en su corazon heridas incurables; errores sin cuento que se armarian contra su doctrina y blasfemarian su divinidad; apostasias vergonzosas que llenarian de luto la Iglesia y cubririan su semblante de rubor; escuelas de ateismo y de inmoralidad que corromperian las costumbres, arrastrarian en su ruina pueblos enteros, y sembrarian por todas partes el veneno de la impiedad juntamente con los mas funestos gérmenes de anarquía y desorden religioso-social; sistemas disolventes que le negarian su origen divino, pondrian en duda sus obras y milagros, mirarian como fabulosa su existencia, y llegarian hasta el punto de escarnecer su Evangelio y de predicar el liberti-

naje de las pasiones y la independencia del crimen; y naciones que darian el grito de guerra contra su religion, y reyes que se levantarían para tomar parte en la lucha, y filósofos que arrojarían la tea incendiaria de la incredulidad en todo el mundo con sus producciones de muerte, y sacerdotes que pasándose al bando del enemigo escandalizarían á su siglo con sus malos ejemplos y profanarían el santuario con sus abominaciones, y partidos enconosos que ensangrentarían sus manos en los unguidos del Señor, y tenebrosos clubs que jurarían el esterminio de su templo é incendiarían sus altares, y personas de todas edades y sexos que blasfemarían su nombre adorable, y ancianos impudentes, y jóvenes libertinos, y doncellas sin pudor, y niños desvergonzados, y crímenes en fin de toda especie reproduciéndose sin cesar de generacion en generacion, y de siglo en siglo: hed ahí lo que vé Jesus, lo que le atormenta mas que todos los dolores que debia padecer, lo que le arroja su corazon divino en un abismo, en un inmenso océano de angustia sin semejante. ¡Qué consideraciones tan tristes no le afligirían en aquellos momentos! Yo muero, diría, ¡y mi muerte será estéril para tantos hombres! Yo verteré gota á gota toda mi sangre por redimir al mundo, ¡y tantos pueblos se perderán víctimas de su ingratitud! Yo por salvar la humanidad toleraré tantos oprobios y apuraré hasta las heces la copa de la humillacion, ¡y sin embargo el infierno se llenará de víctimas que me maldecirán eternamente! No, Padre mio, yo no puedo sufrir un recuerdo tan doloroso: pase de mí este cáliz tan amargo: *Transeat á me calix iste*. Multipliquense en buen hora mis tormentos, redóblense mis dolores, aumentense indefinidamente los ultrajes que debo experimentar en mi Pasion; todo lo acepto de buen grado, pero que no perezca ninguno de los que vine á salvar. Su pérdida es ese cáliz de hiel que me causa tanto horror y una repugnancia que no me es posible vencer: *Transeat á me calix iste*. Y al decir esto sucumbe agobiado por el peso de tanta angustia á manera de un criminal sobre quien pesa todo el furor de la divina justicia. Gruesas gotas de llanto surcan sus mejillas, hondos suspiros salen de su boca, los sollozos ahogan su corazon, y hasta su misma sangre inflamada por el ardor de su celo, rebienta por todos los poros de su sacratisi-

mo cuerpo y llega hasta regar el suelo. ¡Sangre preciosa y divina cuyo grito mas penetrante que la del justo Abel, sube hasta el trono del Eterno para pedir gracia en favor de esa tierra maldecida que ha sido empapada en ella! ¡Cruel y sangriento holocausto en el que el Corazon de Jesus es á la vez el sacerdote, el altar y la víctima! Angeles consoladores tan sensibles en otro tiempo á las desgracias de los humanos, ¿podreis mirar sin enterneceros al señor de cielos y tierra en una agonía tan terrible, sin ofrecerle un liviano consuelo?

En efecto, uno de esos sublimes espíritus que asisten de continuo ante el trono del Omnipotente, desciende á confortar á Jesus en aquellos críticos momentos; y este en medio de su angustiada situación, á pesar del abandono en que se halla, pues el cielo parece para él de bronce y su Padre se muestra inexorable á sus ruegos, continúa sin embargo su plegaria, y le dice con admirable resignacion: «Si ese cáliz no puede pasar de mí, hágase vuestra voluntad y no la mia.» *Non mea voluntas, sed tua fiat.* Hedme aquí Señor pronto á obedecer vuestros preceptos. No ignorais lo repugnante que me es mi muerte por las dolorosas circunstancias que la rodean; sabeis cuánto se turba y padece en mí la humana naturaleza á vista de los ultrajes, tormentos y humillaciones que la esperan, sobre todo por lo inútiles que han de ser para tantos hombres. No obstante vos lo mandais, y á mí no me toca sino obedecer. Siquiera vuestras órdenes fuesen aun mas severas, aunque hubiese de tolerar todavia mucho mas, aquí me teneis dispuesto á ejecutar vuestros altísimos designios; desde luego por complaceros prefiero los tormentos á las delicias, la infamia á la gloria, y un fin deshonoroso á una vida envidiable. *Non mea voluntas, sed tua fiat.* Esto dicho marcha hácia sus enemigos con paso firme y magestuoso continente. «Seguidme, dice á sus apóstoles: el poder de las tinieblas va á triunfar, la hora es llegada, ya se acerca el traidor que me ha de entregar á mis verdugos.» Y en el momento se encuentra frente á frente de Judas que tenia concertada la venta de Jesus con los fariseos, y la señal que debia decidir de su suerte. Y esta señal...., ¡horrorizaos!..... era un beso sacrilego, beso infernal que envolvía á la vez la perdicion del maestro, y la reprobacion eterna del discípulo apóstata. Vedle

cuál se acerca petulante y audaz no menos que hipócrita y fementido, y le saluda con tono amistoso, y le estrecha contra su seno, y le besa en la frente para mejor indicar á aquella insolente soldadesca que acechaba en la oscuridad, cuál era la víctima que debían prender. ¡Oh noche funesta! ¡Pudiera yo ocultar entre eternas sombras los horrores de que fuiste testigo! ¡Pudiera yo hacer olvidar para siempre aquel beso traidor que imprimió el sello de muerte en aquel semblante divino que adoran los serafines! ¡Pudiera yo.....! ¿Mas qué es lo que allí veo? Jesucristo en medio de sus enemigos, triunfa con una sola mirada, con una sola palabra salida de sus labios. «*A quién buscáis?*» les dice: «*A Jesus Nazareno,*» contestan ellos. «*Yo soy*» repone el Salvador: y esta respuesta es semejante á un rayo que les hace caer despavoridos en tierra. Ved ahí un prodigio de la Omnipotencia divina que se deja entrever á través de las humillaciones de la humanidad. Bien hubiera podido anonadar para siempre á aquellos miserables: mas no, Jesucristo habia aceptado el amargo cáliz que le presentára el cielo, y nada era capaz de hacerle retractar de su aceptacion. Vanamente Pedro llevado de un sentimiento de celo por su divino maestro tira de la espada y hiere á uno de los criados del gran sacerdote. Siquiera la accion en si pareciese noble y digna de elogio, el Salvador la condena, mándale envainar de nuevo el acero, y no consultando sino á los generosos afectos de su grande alma, acércase al herido, y le cura. ¡Oh bondad, oh mansedumbre sin ejemplo! ¡Admiraos, cielos! El hijo de Dios mirase asaltado por todas partes de tigres sangrientos que le ultrajan y ofenden con un furor inconcebible, y él por toda venganza apela á su infinito poder..... ¿Y para qué? ¡Para hacer un milagro en favor de su mas encarnizado perseguidor!

Despues de este milagro de bondad nada le detiene. Padre amante ha provisto ya á la seguridad de sus amigos y de sus mismos enemigos, y por consecuencia entrégase gustoso en manos de aquella tropa amotinada, y se deja conducir á donde le arrastra su amor infinito mas bien que los soldados enviados para prenderle. ¿Y á dónde le llevais, bárbaros ministros, á dónde le arrastrais con tanta precipitacion? ¡Ah! Sigámosle con nuestra consideracion, C. O., y

despues de haberle visto en el huerto satisfaciendo por el pecado mediante las angustias mas indefinibles que ha experimentado en su alma, veámosle cual le repara ante los tribunales tolerando en su honor la humillacion mas profunda.

SEGUNDA REFLEXION.

Es una verdad incontestable que Jesucristo es el Doctor y el Maestro enviado por Dios á instruir á las naciones, el hijo del Dios vivo, el Omnipotente, el Altísimo y el Juez supremo de vivos y muertos. Todos estos puntos fundamentales de la religion cristiana los demuestra el Salvador en su pasion con una libertad divina. Pero, ¡cuánto no le cuesta esta demostracion! ¡á qué exceso de humillacion no se vé reducido por dar este testimonio de su divinidad! Continuemos el relato evangélico.

Figuraos desde luego cuál seria el gozo de aquellos envidiosos pontífices reunidos en casa de Anás al ver entrar cargado de hierros á aquel hombre de milagros que veces tantas habia descubierto su odiosa hipocresía, y contra quien tantos y tan inútiles esfuerzos hicieran para empañar su reputacion y el brillo de sus virtudes. Observad la altanería con que le interrogan acerca de sus discípulos y doctrina, con un aire de superioridad que contrasta prodigiosamente con la dulzura y mansedumbre del acusado. ¡Y qué! contesta el Salvador: «¿He dogmatizado yo acaso ese secreto? ¿No he enseñado siempre en el templo y en las sinagogas ante un pueblo numeroso y y en presencia de vuestros doctores? ¿A qué pues me preguntais á mí? Preguntad mas bien á los que han oido mis predicaciones, preguntad á los milagros con que el cielo ha autorizado mis palabras. Ellos darán testimonio de mí.» Jamás, A. O., mostró la inocencia una firmeza tan oportuna; nunca como en la ocasion presente supo desarrollar esa noble arrogancia, esas gracias modestamente imperiosas que tan bien la cuadran en circunstancias dadas. Yo me re-

presento á Jesucristo en medio de sus jueces como un rey encadenado por sus propios esclavos, siempre grande á pesar de los hierros que aprisionan sus manos, siempre rey á pesar de la insolencia de sus despreciables tiranos. No importa que uno de aquellos viles levante una mano audaz y la descargue sobre el rostro del Salvador. Grande es el ultraje, incomparable el sacrilegio, y digno de la execracion del cielo y de la tierra semejante atentado contra la sagrada é inviolable persona del monarca inmortal de los siglos. ¡Ah! Los ángeles lloran y se postran ante su Dios deshonrado de esta suerte. La naturaleza entera llénase de horror, y si el Omnipotente no hubiese enfrenado su justa cólera, el abismo se hubiera abierto á los piés de aquel insolente, y el mundo entero hubiera vuelto á la nada, y..... Pero no: la paciencia de Jesus sobrepuja á todos los ultrajes, y es mayor su sed de padecimientos que cuanto puede inventar contra él la impiedad de todo el infierno.

Contempladle en casa de Caifás hecho objeto de nuevos denuestos. La negra calumnia se ceba impudente en la reputacion de aquel justo; las acusaciones mas atroces multiplicanse de todas partes para presentar como criminales sus mas virtuosas acciones; todos parecen rivalizar en saña para agriar la situacion harto triste de aquella modesta víctima..... Pero aquí como antes la verdad triunfa, la impostura cae de todo su peso sobre los impostores, unos á otros se contradicen, se desmienten, y el acusado sin necesidad de hacer su propia apología ni de formular una defensa en regla, hállase justificado por su mismo silencio. ¡Silencio elocuente que trastorna todos los planes de la venganza! ¡Silencio magestuoso que obliga al gran sacerdote á hacer uso de su autoridad para aclarar una cuestion del mas alto interés! «En nombre del Dios vivo, dice, te conjuro que declares si tú eres el Cristo hijo de ese Dios.....» «Lo soy en efecto, responde el Salvador, y en prueba de ello dia vendrá en que me veais aparecer en toda mi magestad, sentado á la diestra del Eterno para juzgar á todos los hombres. El universo entero caerá á mis piés en actitud suplicante, y mis lábios pronunciarán el fallo que ha de decidir sus destinos.» ¡Oráculo majestuoso! ¡Prosternaos, pontífices, y adorad en ese presunto reo al hijo del Altísimo: inclinad

vuestras frentes ante el que tiene en sus manos los tronos del orbe, y hace rodar por el polvo cuando le place los cetros y las diademas, el oro y la púrpura.....! Mas no espereis tal, A. O.; en vez de adoraciones el Salvador no vé en torno suyo sino blasfemias y gritos de muerte, y soldados amotinados que le ultrajan, y verdugos sanguinarios que satisfacen en él de mil maneras su sed de venganza, y bofetadas, y esputos inmundos, y burlas sangrientas, y todos los excesos de que es capaz una brutalidad desenfrenada. Dispensadme el relato circunstanciado de lo que padeció el Dios de magestad durante aquella cruel noche en que estuvo espuesto al furor de aquellas hienas sin compasion. Su solo recuerdo me hace estremecer. Cuando me represento aquella corona que por befa le ponen sobre su sacratísima cabeza, aquel asqueroso manto con que parodian burlescamente la púrpura imperial, aquel vendaje con que cubren sus divinos ojos para hacer mas sensibles los ultrajes que le prodigan, aquellas carcajadas sarcásticas con que celebran las humillaciones de que es víctima, no puedo menos de dejarme arrastrar por un afecto de profunda indignacion. ¡Y todo esto lo presencias, Padre Eterno, sin hacer uso de vuestra terrible justicia! Y veis á vuestro Unigénito tan despreciado y maltratado, sin mandar al cielo que derrame á torrentes su cólera, y al infierno que abra sus interminables abismos! Bien pudiera el mismo Salvador haber obrado un milagro de su omnipotencia al modo que lo verificó en el huerto. A su voz mejor que á la de Moisés hubiera abierto la tierra sus entrañas y engullido de un golpe á aquellos insolentes verdugos, ó bien mas presto que Elias hubiera hecho descender un fuego celestial que los hubiese consumido..... ¡Y sin embargo Jesus callaba! *Jesus autem tacebat* (1). Mil medios tenia para haber hecho brillar su grandeza y magestad: los elementos prontos á ejecutar sus órdenes, hubieran acudido como ministros de sus venganzas y conmovido todo el universo; los ángeles deseosos de reparar los ultrajes de su Señor, hubieran derramado sobre el mundo á la menor insinuacion, las terribles copas de la cólera divina. ¡Y con todo, la única venganza de Jesus es sufrir, y perdonar en silencio! *Jesus autem tacebat.*

(1) Matth. XXVI. 63.

Entre tanto el día llega, y con él se abre una nueva carrera de humillaciones y tormentos para aquella inocente víctima. Los judíos resueltos á perder al Salvador, arrástranle al tribunal de los gentiles para gozar del bárbaro placer de que estos sean los ejecutores de su furor. Allí se amontonan contra él nuevos capítulos de acusacion, en presencia de Pilatos, y éste le pregunta con qué derecho se arroga el título de rey. Jesus si bien en apariencia de criminal, no por eso se retracta, antes bien declara en términos formales que este dictado le compete, que no le ha usurpado, puesto que rey es, pero demasiado grande para aspirar á un trono de la tierra. «Mi reino, dice, no es de este mundo: pues si lo fuese hubiéranme defendido mis vasallos para que no cayese en manos de los que aquí me traen. Pero no, mi trono no es de acá abajo (1).» Respuesta digna del monarca de cielos y tierra, que llena de confusión al presuntuoso pontífice, y le obliga á suspender toda actuacion contra Jesucristo, y á remitirle al tribunal de Herodes. ¡Cuántos trámites te hacen seguir para condenarte, oh juez soberano de vivos y muertos! No te basta aun haber sido presentado al tribunal de la envidia de los fariseos y al de la política en casa de Pilatos, sino que es preciso lo seas tambien al de la impiedad herodiana. Sigámosle pues con nuestras lágrimas, y veamos cómo se conduce en presencia de los reyes el que tan altamente se ha proclamado tal. ¿Pero qué es lo que veo? Herodes triunfante de ver delante de sí aquel hombre portentoso, lisonjéase con la esperanza de verle hacer algun prodigio. Al efecto le interroga, le dirige mil cuestiones diversas, le urge, solicita de él alguna respuesta, y lo único que consigue es un silencio tan magestuoso como despreciativo. Que le traten de insensato, que como á tal le vistan de un ropaje de ignominia, que en esta disposicion le entreguen á las befas y denuestos de una corte licenciosa..... nada le importa; en su gran deseo de salvar al mundo, los intereses de la humanidad son los únicos que le llaman la atencion haciéndole olvidar los suyos propios. Y como su divino corazon no conoce otra dicha ni abriga otra esperanza que rescatarnos de la esclavitud del

(1) Joan. XVIII. 36.

pecado, consiente gustoso en pasar por demente: y ved la causa de ese silencio al parecer inmotivado, y que es no obstante mas elocuente que todos los oráculos, mas eficaz que todos los prodigios, el milagro mas grande de su bondad, de su amor y de su infinita misericordia.

Esperad empero, aun no se han consumado las humillaciones de Jesus: todavía le restan otras mucho mas sensibles. Acompañémosle por segunda vez al tribunal de Pilatos á quien de nuevo se remite la causa del presunto reo. Mas ¿qué espectáculo se ofrece allí á mi vista? Un juez que por convencimiento ó por compasion quiere libertar al inocente de una muerte cierta, busca en los secretos de su profunda politica el medio de realizar su pensamiento. Las circunstancias le brindan con una ocasion favorable. Era costumbre antigua dar libertad en los dias de Pascua á un criminal. Barrabás, el mas famoso de aquel pais hallábase á la sazón en la cárcel. Pilatos pues, lisonjeándose de que el pueblo daria la preferencia á Jesus, le pone en paralelo con aquel malhechor, y pregunta: «¿A quién quereis que dé por libre á Barrabás, ó á Jesus que se llama Cristo? (1).» ¡Oh colmo de las ignominias de un Dios! ¡Oh exceso de la indignidad y del horror del crimen! ¡Jesus comparado á Barrabás! ¿Son acaso dos nombres que merezcan encontrarse juntos? ¡Paralelo detestable! ¿Quién eres tú, oh juez impío, para atreverte á hacerle? ¡La santidad al lado del vicio, la inocencia infinita junto á la mas indefinible perversidad, el bienhechor eterno de los hombres cabe el que ha sido su mas cruel azote, el que resucitaba los muertos frente á frente con el que asesinaba á los vivos, el que jamás supo otra cosa mas que hacer bien, pesado en una misma balanza con el facineroso, el ladron, el homicida que no conoció otro placer que el de hacer todo el mal posible! ¡Y sin embargo el crimen triunfa y la virtud sucumbe, el malvado es absuelto y el inocente condenado, el hombre queda libre y Dios bajo la accion de la venganza, Barrabás vé romperse sus prisiones, y Jesus vé redoblarse sus tormentos! Malamente el torpe pontífice recurre al último extremo para libertarle siquiera

(1) Matth. XXVII. 17.

de la muerte que piden á gritos aquellas masas amotinadas. ¿Y qué espediente es el que hallas en tu profunda política? ¡Cielos, estremecéos! ¡Angeles, anonadaos! Yo veo al rey de la gloria, despojado de sus vestidos, amarrado á una infame columna, cercado de ambrientos tigres que rivalizando en furor descargan sobre la sacratísima humanidad de Jesus furibundos azotes; los golpes se alcanzan unos á otros; los verdugos se relevan sin discontinuacion; nada se vé sino torrentes de sangre que riegan el suelo, pedazos de carne que saltan por el aire, llagas sobre llagas que forman una sola é inmensa herida, y una víctima que cae al fin bajo tan redoblados azotes desfallecida y casi espirante. ¡Ah! Aquí es donde se cumplieron los mas solemnes vaticinios de los profetas. Aquí es donde el mas bello entre los hijos de los hombres se presenta á nuestra vista en un estado de deformidad que le hace desconocido (1); pues pueden contarse todos los huesos de su cuerpo (2) y no hay en él mas que una úlcera repugnante que le cubre desde los piés hasta la cabeza (3). Lloremos mas bien, C. O., en vez de hablar de semejante atentado, pues lágrimas y no palabras pide de nosotros nuestro divino Salvador. ¿Y quién no lloraria al ver el Dios de la santidad sufriendo en su carne inocente los dolores que debiéramos tolerar nosotros en una carne culpable instrumento de tantas ofensas, de crímenes y delitos tantos, que son los que han conjurado sobre Jesucristo todo el furor de la divina venganza? ¡Oh! Visto ya tanto esceso de amor de parte de esa víctima adorable, nada me admira que apure hasta las heces el cáliz de la humillacion. Cúbranle en buen hora de una asquerosa púrpura, pónganle en sus manos una caña por cetro, ciñan sus sienes con la dolorosa diadema que le tegió la sinagoga ingrata, y en esta situacion ridícula cuanto dolorosa, preséntele al pueblo para que le reconozca por su rey..... No importa que ese pueblo bárbaro le desprecie y blasfeme protestando no reconocer por monarca sino al César (4), prefiriendo la dura tiranía

(1) Isaiaë. LIII. 2.

(2) Ps. XXI. 18.

(3) Isaiaë. LIII. 6.

(4) Joan. XIX. 15.

de un romano, á la dulce dependencia de un Dios que vino á liberarle del ominoso yugo de la esclavitud. Jesucristo se ha colocado ya bajo la accion de la divina justicia, ha cargado con toda la responsabilidad del linage humano, ha aceptado los tormentos que merecen los pecados de todo un mundo, y por lo tanto dispuesto está á cumplir en todo la voluntad del cielo. Pero ya que ese pueblo maldonado se resista á rendirle homenaje como á rey supremo que tiene su trono sobre los serafines, y dá y quita á su beneplácito los cetros y las coronas, ¿será posible que ni siquiera se compadezca de él como hombre? ¡Oh pueblo objeto de la ternura de ese Mesias que pocos dias há saludaste como venido del cielo! No te diré hoy con el profeta: «Mira tu rey que se presenta delante de tí manso y humilde:» *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus* (1); y tanto que habiendo huido mil veces á ocultarse en la oscuridad cuando le buscabas para proclamarle monarca de Israel (2), solo ha consentido en aceptar la diadema cuando ésta se ha convertido en un instrumento de suplicio. En buen hora que no le reconozcas como tal ya que estás vendido á los caprichos del César. Pero al menos mirale como hombre: *Ecce homo* (3). Recuerda que él fué quien recorrió tus ciudades y aldeas derramando do quiera beneficios, y dejando en todas partes marcada la huella de su bondad y de su omnipotencia: *Ecce homo*. Ten presente cuántas veces te alimentó milagrosamente en el desierto, á cuántos ciegos dió vista, á cuántos tullidos devolvió el uso de sus miembros, á cuántos muertos arrancó del sepulcro: *Ecce homo*. ¿Has olvidado ya que en él encontraban alivio todos los males, remedio todos los infortunios, esperanza todas las desgracias, consuelo todas las lágrimas y un padre amante y un compasivo protector el pobre y el desvalido, la viuda y el huérfano? *Ecce homo*. ¡Y á ese hombre que tantos y tan bellos recuerdos de amor te ha legado, le correspondes ahora con tan negra ingratitud! ¡Y pides con desaforados gritos que sea crucificado (4)! ¡Y amenazas al sumo sacerdote con la

(1) Matth. XXI. 5.

(2) Joan. VI. 15.

(3) Ibid. XIX. 5.

(4) Ibid. 6.

(1) Matth. XXI. 5.

(2) Joan. VI. 15.

(3) Ibid. XIX. 5.

(4) Ibid. 6.

animadversión del César sino te entrega esa víctima (1)! ¡Y tornas á gritar una y otra vez que caiga sobre tí y sobre tu posteridad la sangre inocente del justo (2)! ¡Horror!.....! Pues bien, tu deseo quedará satisfecho. Caerá indudablemente esa sangre sobre tí y tu maldecida raza; pasarán los siglos, y en medio de todos los pueblos con quienes te mezclarás llevarás siempre esa mancha indeleble que no podrán borrar centenares de generaciones. Tú mismo has pronunciado tu fallo, y este fallo será irrevocable. Entre tanto apréstate á consumir tu sañuda venganza. Un juez cobarde, recto y justificado por inclinacion, pero venal por politica y sanguinario por temor te entrega esa víctima para que á tu sabor satisfagas tu sed de sangre. En tus manos está, tú darás cuenta de ella: *Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur* (3). Corramos, cristianos á recoger alguna gota de esa sangre preciosa, y despues de haber presenciado las profundas humillaciones con que Jesucristo ha satisfecho por el pecado ante los tribunales, asistamos á la terminacion de este cruento drama, y admiremos el amor con que le expia en el Calvario padeciendo en su cuerpo los más crueles tormentos.

TERCERA REFLEXION.

Jamás hubo una oblacion tan escelente y digna de la admiracion de los hombres y de los ángeles, como la que hace diez y ocho siglos se verificó en el Calvario. Nada hay tan magestuoso como la víctima que se inmola, nada tan sublime como las miras que se propone, nada tan doloroso como los golpes bajo los cuales espira. La víctima es un Dios revestido con los despojos de nuestra mortalidad, hijo del Altísimo, consubstancial y en un todo igual á su eterno Pa-

(1) Ibid. 12.

(2) Matth. XXVII. 25.

(3) Joan. XIX. 46.

dre, rey de cielos y tierra, y soberano de todo lo criado. Y si bajo este concepto es tan admirable y grande el sacrificio de la cruz, ¿qué será si se consideran las miras que se propuso Jesucristo al aceptar una misión tan dolorosa y cruenta? Una obediencia ciega á los decretos del cielo, un deseo ardiente de reparar las ofensas hechas por el mundo contra la majestad divina, y una sed insaciable de la salvación del linaje de Adán pecador, he ahí los motivos que le impulsan. Esa caridad sin semejante, ese amor incomparable, infinito, es el que le dá fuerzas para marchar presuroso hácia el Calvario, impaciente por llegar cuanto antes á su cumbre para realizar el gran misterio de la reparación. ¡Pero con qué trabajo lleva en sus hombros el pesado leño de su suplicio! ¡Qué sudores tan mortales le angustian! ¡Cuántas veces sucumbe bajo aquella enorme carga que va renovando sus sangrientas heridas! Figuraos un David arrojado de su capital por su propio hijo, seguido de una nube de piedras y de maldiciones, y trepando descalzo y con la cabeza descubierto el monte de las olivas. Imaginaos el joven Isaac llevando en sus hombros la leña del sacrificio, y dispuesto á recibir el golpe fatal de la mano de su propio padre..... ¡Imágenes débiles! ¡Toscos bosquejos! ¿Qué tienen que ver con el hijo de María, con el Salvador del mundo cargado con una cruz pesadísima por las calles de Jerusalem, en donde poco há acaba de ser recibido en triunfo, cayendo y levantándose á cada momento entre las injurias, denuestos y maldiciones de un pueblo que goza cruelmente en sus padecimientos, y los redobla con repetidos golpes cada vez que faltándola las fuerzas cede al desfallecimiento y al dolor? ¡Y sin embargo, encontrando en el camino á algunas piadosas mujeres que lamentan su suerte, todavía encuentra en su amor valor suficiente para consolarlas y exhortarlas á que consagren aquel llanto no á él que padece gustoso por redimir al mundo, sino á sí propias y á sus infortunados hijos! ¡Y evocando todos sus espíritus vitales, y reconcentrando digámoslo así toda la energía de su grande alma, reanímase para seguir su marcha, y avanza con cuanta celeridad le es posible, hasta ganar la cresta del monte del sacrificio! Vedle ya en el Calvario, C. O. Allí me parece escuchar la voz del Padre écles-

tial que dice: «Una víctima me es necesaria para satisfacer mi justicia: ¿Dónde está? ¿Sobre quién descargaré el pesado brazo de mi venganza? ¿*Super quo percutiam?*? ¿Sobre los hombres? No: que estando todos manchados de crímenes, son harto miserables para servir de objeto digno de mi venganza: y aun cuando todos pereciesen, mi gloria no quedaría suficientemente reparada. ¿*Super quo percutiam?*?... ¡Ah! Ya sé á quién he de herir. Un Hombre-Dios será el objeto digno de mi cólera, yo le castigaré como Dios, y mi majestad quedará vindicada de los ultrajes de un mundo criminal. ¡Perezca pues mi Unigénito! ¡Muera el hijo del Altísimo! ¡Sea el Verbo humanado la sola y única víctima de mi cólera! ¡Muera!... repite toda la creación sumisa y obediente á las órdenes del Omnipotente. ¡Muera!... grita el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres. Y á esta voz la víctima se entrega en manos de sus verdugos. Mas no basta hacer morir al justo: preciso es arrancarle juntamente con la vida su misma reputacion; fuerza es hacerle perecer en un suplicio infamante destinado esclusivamente para los mas indignos esclavos, y que esto se verifique en pleno dia, en una brillante festividad, y en presencia de un numeroso pueblo. Allí es despojado de sus vestidos que se reparten entre sí los verdugos; allí en la sed ardiente que consume sus adustas fauces, se le niega un vaso de agua, y para acrecentar sus tormentos se le propina hiel mezclada con mirra y vinagre; allí á sus suspiros se responde con befas, y con sarcásticos insultos á sus palabras de misericordia y de amor. Allí se taladran con agudos clavos unas manos formadas por el Espíritu santo que no supieron sino dispensar beneficios, y unos pies que solo corrieron á buscar donde quiera el infortunio para socorrerle; allí en fin crucificado en el leño fatal, se le espone en espectáculo á la vista de todo el universo. ¡Espectáculo el mas terrible que jamás pudo presentar la divina justicia! El infierno es un lugar de horror en donde Dios demuestra hasta qué punto aborrece el crimen; pero aun lo demuestra mas visiblemente sobre la cima del Calvario. ¿Qué pues nos resta á vista de un Dios crucificado, sino gemir, adorar y enmudecer? ¡Hed ahí, C. O., el mas pomposo teatro en donde el Hijo de Dios

ha mostrado su grandeza y todos los atributos de su divinidad. Hasta ahora le habeis visto enseñar una doctrina celestial, dar ejemplos inimitables de virtud, encadenar los elementos, mandar en gefe á la muerte y manifestarse como rey y árbitro supremo de toda la naturaleza: pero hoy sobre la cruz es donde obra el mayor de los milagros, el milagro del amor que expia los crímenes de la humanidad, y abre una nueva era de salvacion y de ventura á un mundo pecador. Desde allí nos lega en manda preciosa el corazon de una madre la más simpática y tierna, que nos adopta como hijos de su dolor y nos cubre con el manto de su maternal proteccion. Desde allí como desde una cátedra eterna sanciona el principio más altamente humanitario y social, perdonando á sus verdugos y escusando su perfidia ante el tribunal del eterno juez. Desde allí franquea las puertas de la inmortalidad al crimen arrepentido en la persona de un ladron, y asocia á los goces de su reino al que llora en la tierra los estravíos de sus pasiones. Allí..... pero basta, A. M., todo se ha consumado. Las profecías todas han tenido su cumplimiento en el hijo de Dios. La víctima del Calvario ha realizado todos los tipos de la antigua ley. El momento decisivo se acerca, la cabeza del Salvador se inclina ya hácia el suelo, apágase insensiblemente la luz de sus ojos, la respiracion le falta, lanza por último un fuerte grito, y exhala su postrimer suspiro en manos de su eterno Padre.

10 Muere Jesus, y al morir todas las criaturas manifiestan su asombro por la gran victoria que acaba de reportar el ilustre triunfador del pecado y de la muerte. Muere Jesus, y con su muerte reconcilia el cielo con la tierra, encadena los poderes del abismo, hunde para siempre la pujanza del infierno, y despedaza las puertas de bronce que impedían la entrada de su reino. Muere Jesus, y la naturaleza toda hace una sensacion horrorosa por la muerte del Salvador, y el velo del templo se rasga, y el sol padece un eclipse nunca visto, y tiembla el suelo con horribles sacudimientos, y los sepulcros se abren, y los muertos resucitan, y las más espesas tinieblas cubren el horizonte, y el universo entero mediante un trastorno general de todas sus leyes parece celebrar las exequias de su autor. Muere Jesus, y sus mismos verdugos espantados y atónitos á vista de una ca-

tástrofe tan terrible, bajan del Gólgota hiriéndose el pecho y confesando que el que acaban de crucificar era verdadero hijo de Dios.

¿Y es posible, cristianos, que nosotros podamos sobrevivir al recuerdo de una muerte tan dolorosa y cruel? ¿Y seremos insensibles á las angustias que Jesucristo padeció en el huerto por satisfacer nuestros pecados, á los ultrajes con que los expió en los tribunales, y á los tormentos con que por ellos satisfizo en la cumbre del Calvario? No, A. M., no sean nuestros corazones mas duros y empedernidos que los de aquellos bárbaros que le crucificaron. Ellos al fin le reconocieron aunque tarde por lo que era, y nosotros que veces tantas hemos renovado con nuestras culpas su Pasion acerbisima, ¿no le confesaremos por nuestro único Salvador? ¿No lloraremos con lágrimas de sangre los ultrajes que hemos hecho á su majestad y el desprecio con que hemos correspondido á los rasgos de su infinito amor? *Reddite prævaricatores ad cor.* Corred pecadores al corazon amantísimo de un padre que os ha legado una misericordia sin límites, de un Salvador que os ha dejado en este costado abierto con la cruel lanza de un soldado, un tesoro inagotable de bondad y una fuente perenne de misericordia. Hed aquí el que por salvaros no vaciló en beber hasta las heces el cáliz de la amargura, del oprobio y del dolor. Hedle con los brazos abiertos mucho mejor que el antiguo Jacob para estrecharos desde ese lecho de muerte á que le condujeran vuestras pasiones y vuestros criminales excesos. No temais punzaros con esta corona que tejieron vuestras mismas manos, pues ese Salomon divino os ofrece en cambio una diadema de gloria y de inmortalidad, la diadema con que le adornó su madre en el día de sus desposorios con la reparada humanidad. No receleis tocar estos clavos que vuestros desordenados placeres forjaron; ellos ya no hieren sino al que no quiere aprovecharse de los beneficios de la redencion. Llegad pues todos, cualesquiera que sean vuestros pecados, sean las que fueren las culpas con que le hayais ofendido; llegad con corazon contrito y humillado, rociad con vuestras lágrimas estos piés llagados para curar vuestras dolencias, y esclamad conmigo con el mas íntimo dolor de vuestra alma: *Señor mio Jesucristo, etc.*

DISCURSO

PARA EL VIERNES SANTO POR LA NOCHE.

SOLEDAD DE MARIA SANTISIMA.

Raptus est filius ejus ad Deum..... et mulier fugit in solitudinem.

Su hijo fué arrebatado para Dios, y la muger se vió reducida á la mas espantosa soledad.

APOCAL. XII. 5. 6.

Horas! lúgubres!... instantes funestos!... silencio sepulcral!...
¿A dónde estamos? ¿Qué es lo que pasa en torno nuestro? ¿Qué nos dicen esos altares despojados de todo adorno, esas paredes enlutadas, ese fúnebre aspecto que donde quiera registran nuestros ojos? Grave sobre manera debe ser el acontecimiento que motiva tanto duelo. Entre tanto, yo busco en vano el personage protagonista de esta escena tan dolorosa y triste. Aquí veo una cruz ensangrentada, allí unos clavos, mas allá una lanza y una corona de espinas.... Y la víctima ¿dónde está? Mas ¡ah! ¿qué es lo que allí veo? Una muger cubierta con un tupido y negro velo; un semblante divino, pero horalado por el llanto; unos ojos rasgados y negros como el azabache, pero apagados y sin brillo; unas manos tersas como el marfil, pero cárdenas como el lirio de los valles. Decidme por gracia, encantadora criatura, ¿quién sois? ¿por qué os veo en esta actitud

tan imponente y desgarradora? ¿habeis perdido algun caro objeto de vuestro cariño? Sí: mi corazon me dice que una pérdida irreparable os ha conducido á ese estado de mudo abatimiento en que os contemplo. Mi alma descubre en ese elocuente silencio la causa de vuestra amargura. Sin duda sois madre, y la muerte sañuda os ha robado el único fruto de vuestras entrañas.

Pero escuchad: una voz misteriosa que parece descender del cielo nos habla, y dice: *Raptus est filius ejus ad Deum.... et mulier fugit in solitudinem.* Su hijo fué arrebatado para Dios, y esa madre desconsolada ha quedado reducida á la mas espantosa soledad. Hed ya, C. O., despejado el negro horizonté que nos ocultaba la causa de este lúgubre aparato. Esa muger que teneis delante es Maria, la madre de aquel bello nazareno que en la primavera de su juventud fué arrancado de sus maternales brazos para ser víctima de la perfidia judáica. Todo el ódio de la sinagoga, todo el furor de un pueblo amotinado, toda la rabia del infierno, y las venganzas todas de la cólera celestial cayeron sobre él con todo su peso; y denostado por los que fueron objetos de su amor, y maldecido por los que él enriqueció con los tesoros de su beneficencia, y calumniado por los que no recibieran de él sino testimonios inequívocos de ternura paternal, y azotado y clavado en una cruz por los que vino á salvar y hacer felices, murió sin consuelo entre horribles agonías, desamparado de su Padre, y olvidado del cielo y de la tierra. Y su madre que le concibió sin dejar de ser virgen, que le dió á luz en un alumbramiento prodigioso sin mancillarse con las horrruras comunes á las demás mugeres, que le conoció y amó como á un Dios, y le vió padecer y morir como un hombre y menos que un hombre, como lo mas vil y despreciable de la humanidad, cual vil gusano que se arrastra entre el polvo (1), hedla ahí experimentando no ya el pesar de sus tormentos que ya pasaron, no ya afligiéndose por su muerte que bien presto debe quedar vencida á los piés de ese triunfador ilustré, no ya devorando la amargura de su humillacion que en breve se verá trocada en una gloria sin semejante, sino abatida

(1) Psalmi, XXI. 7.

bajo el peso de una soledad más triste é insoportable para su alma que todas sus anteriores desgracias. ¡Sola en la tierra y en la mas desconsoladora viudez ha quedado esa mística ciudad del Dios vivo. ¡Sola y sin apoyo esa reina del universo á quien tributaban vasallaje y aclamaban bendita todos los pueblos! ¡Sola y desamparada esa arca de la nueva alianza que trajo al mundo al autor de la paz y de la reconciliacion! ¡Sola en fin la Virgen hija de Jerusalem, la Sion inclita, la casta esposa del Cordero, la paloma inocente, la muger bella objeto de los encantos del cielo, la madre augusta del Verbo, el santuario de la divinidad!

— Venid pueblos, acudid gentes, apiñaos cristianos en derredor de esa madre, de esa virgen, de esa muger la mas infortunada de todas las de su sexo, y escuchad en silencio lo profundo é inmensurable de la soledad de María. Midámosla por lo grande de la pérdida que ha experimentado, y teniendo presente que su maternidad era divina, y divino el fruto de su seno, comprenderemos que «la soledad á que la redujo la pérdida de un hijo, que á la par que hombre mortal era un Dios inmortal é infinito, debió ser la mas horrible, la más espantosa, el colmo de la cólera divina, haciendo sentir á su corazon maternal la accion vengadora de su justicia.» Ved ya manifestado el asunto de mi discurso. Dirijámonos antes al tronó de la sabiduría y de la gracia y postrados ante ese leño augusto donde se ha consumado la redencion del mundo, saludémosle con las palabras de la iglesia:

AVE CRUX.

REFLEXIÓN ÚNICA.

La naturaleza que ha establecido las relaciones mas íntimas entre la madre y el fruto de su amor, conviértese para ella en un cruel tirano que redobla el pesar á medida del gozo que espermentó en su maternidad, cuando la muerte airada la arrebató el objeto de su

cariño. Entonces todo cuanto la rodea aumenta las angustias de su soledad, y en proporción que su amor fué grande, y cuanto mayor su ternura y mas cumplida su dicha en los dias en que gozaba de la vista de aquella interesante parte de su alma, mayor es el horror de su situación y mas intolerable la ausencia del que formaba sus mas bellos encantos. Sus ojos le buscan por todas partes, y no encuentra mas que crueles desengaños; cree oír su voz que la llama, y corriendo tras ella no vé sino una engañosa sombra que se burla de su inocente credulidad. En su agitado sueño parécela estrecharle contra su corazón, y al despertar de aquella ilusión momentánea un amargo despecho la obliga á arrepentirse de haberse dormido. No hay para ella gozo de ninguna especie: todo calla, todo enmudece, todo pierde su animación y sus atractivos para un corazón que solo podia llenar el hijo de su amor. A sus maternales gritos solo responde un eco que se pierde en el espacio; á sus miradas investigadoras solo se presentan espectros estremeceadores, ó tristes objetos que le recuerdan lo que ha perdido; á sus lágrimas no contesta mas que el silencio. Y sola en el mundo, porque tal se juzga en ausencia de su amado, el sepulcro seria lo único que podria lisonjearla con la esperanza de unirse á él en otra vida mejor.

Hed ahí, A. O. M., ligeramente bosquejada la soledad de la naturaleza en una madre que ha perdido el hijo único de su amor. Pero ¡cuán descoloridas son sus tintas con relación á la madre de Jesús! Desde luego comprendereis que no hay término de comparación entre la madre de un puro hombre y la madre de todo un Dios: y por consiguiente no pudiendo establecerse un paralelo entre el amor de ambas, puesto que nace de dos principios infinitamente diversos y media entre una y otra una distancia inmensa, mal pudiéramos deducir de un objeto limitado unas consecuencias que se refieren á un objeto sin límites, ni concebir la horrible soledad de María en la pérdida de su divino hijo, por lo que la naturaleza nos dice en igual caso relativamente á las demás madres. Abandonemos pues toda imágen sensible, dejemos á un lado toda comparación humana, y tratemos de traslucir alguna parte aunque pequeña del desconsuelo de esa criatura en el profundo abandono á que la ha reducido la

separacion de un objeto que era para ella hijo, padre, esposo, Señor, su vida, su esperanza, su gloria y su felicidad. Yo la considero despues de la horrenda escena del Calvario recordando en su retiro los pasados años de dicha aunque momentánea y mezclada de pesar que pasó al lado de aquel caro objeto de su amor. El bello panorama de la gruta de Belen convertida un dia en un cielo donde mil acentos angélicos entonaban himnos de gloria al recién nacido rey de Israel, y hecha mas tarde un trono en donde recibia los homenajes de los opulentos monarcas de Oriente; la escena de su presentacion en el templo, en donde un venerable anciano le saludaba Salvador del mundo y luz y gloria de todas las naciones; sus triunfos en la sinagoga, donde niño aún era el asombro de los sabios y el oráculo de los doctores por lo profundo de su ciencia celestial; sus correrías por los pueblos de Palestina, cuando llevaba tras sí inmensas masas que le aclamaban profeta ó hijo de Dios en vista de sus milagros y de sus beneficios; su régia entrada en la capital de la Judéa en medio de las ovaciones de un pueblo que le bendecia como á enviado del Señor y Dios de las alturas; todo cuanto en otro tiempo pudo contribuir á acrecentar su gozo y su satisfaccion, debió convertirse para ella despues de la muerte de su hijo en un fecundo manantial de tristes reminiscencias que amargasen incomparablemente su soledad. ¡Cómo comprenderia entonces lo que es vivir aislada en medio de un mundo que no puede ofrecer á un alma grande y capaz de afectos inmensos sino objetos limitados y livianos consuelos! ¡Cómo comprenderia lo que vá de padecer en compañía de un hijo á quien se ama con entrañable ternura, á padecer en su ausencia! Al fin cuando Jesus estaba con ella, encontraba una indemnizacion de sus maternales quebrantos en el amor de aquel divino Nazareno cuyo corazon poseia; tenia un objeto con quien compartir sus penas ó sus gozos, sus infortunios ó sus glorias; tenia á quien poder consagrar sus maternales desvelos, sus cuidados y su amor; y en el reciproco cambio de sentimientos entre su corazon y el de Jesus, único capaz de comprenderlos y de corresponder á ellos, experimentaba una bienandanza que la hacia sino olvidar, porque esto era imposible, sus desdichas, al menos suspender la violenta accion que

ejercian sobre su alma. Pero faltándola este objeto, ausente de este centro de sus pensamientos, separada de este ser depositario de todo su amor, ¿qué podía hacer, qué podía pensar que no fuese sobremana-
ra triste y melancólico? ¿A quién amaría que pudiese corresponderla dignamente? ¿Con quién se asociaría que pudiese llenar el inmenso vacío que en su seno dejara la ausencia de su hijo? ¿A quién recurriría en su viudez á solicitar el apoyo que demandaba su situación anómala? A nadie, porque nadie en la tierra era bastante á reemplazar al hijo de sus entrañas, nadie podía en el mundo ocupar el lugar que aquel había ocupado. Muger, virgen y madre de un Dios eran tres títulos que creaban en ella necesidades de un orden tan superior, que para satisfacerlas hacíase preciso un objeto proporcionado, infinito como sus aspiraciones, inmenso como sus deseos, divino como el que acababa de perder. ¿Y esto dónde le era dado encontrarlo? Solo en el cielo, y entre el cielo y ella mediaba una distancia inmensurable: y por lo tanto sus deseos se perdían en el vasto seno de una tierra que se contemplaba impotente para realizarlos, sus aspiraciones disipábanse en el espacio como un eco á que nada podía responder, y su amor... ¡ah! su amor reconcentrado en su pecho y sin expansion suficiente para dilatarse, abrasábala como un volcan, consumíala de una manera cruel, convirtiéndose para ella en un tirano que agravaba considerablemente y daba unas proporciones colosales al horror de su soledad.

Soledad incomprensible, porque las cualidades del personaje que la sufre bien así como las circunstancias del hecho que la motiva, son tan nuevas, tan escepcionales, tan fuera del orden comun de las cosas, que no nos permiten hallar un punto de comparacion de donde poder hacer partir nuestras reflexiones. Que todo en la naturaleza enmudezca para una criatura; que ni en la tierra ni en el cielo, ni en lo presente ni en el porvenir halle un solo sér que responda á sus afectos con la mas leve simpatía; que ni reconozca padres á quienes consagrar un recuerdo de amor filial, ni hermanos á quienes dedicar un suspiro de ternura fraternal, ni amigos á quienes ofrecer un sentimiento de inocente cariño, ni persona alguna á quien poder decir: «te amo...» esto, A. O. M., aunque no pase

de ser una pintura ideal, un rasgo de imaginacion, por cuanto no hay ser humano en el mundo por miserable que se le suponga, que carezca de algun objeto con quien poder compartir sus afectos, concibese sin embargo en especulacion, haciendo completa abstraccion de los hechos. ¿Pero cómo concebir la soledad de Maria en medio de un mundo que poco há llenaba por decirlo así en virtud de su divina maternidad, y que ahora no la ofrece sino anchurosos abismos, vacío inmenso, hórrido silencio, la nada en todos conceptos, por cuanto nada son para ella las bellezas de la creacion, nada las riquezas de una naturaleza pródiga de sus dones, nada la fecundidad de un suelo que ostenta los prodigios de una omnipotencia sin limites, nada en fin cuanto existe á su alrededor, porque de nada gusta, nada la satisface, nada la consuela, en nada encuentra lo que busca, y con nada le es dado llenar esa inmensa necesidad de amar que lleva en su alma? Una madre pierde un hijo que formaba sus delicias, pero la esperanza de tener otro á quien consagrar su ternura, mantiene en actividad su amor, y por mas que se prolongue la realizacion de sus deseos, siempre la ilusion ejerce una influencia mágica en el corazon maternal. Y dado que su esperanza sea vana, quédala un esposo que con su cariño la hará olvidar la pérdida sufrida, quédanla amigos cuyo frecuente trato conseguirá suavizar las primeras impresiones del pesar, quédanla por último otras criaturas que se encuentran en igual caso: y no hay duda que la mútua participacion de penas es un poderoso lenitivo, un bálsamo sumamente eficaz para cicatrizar las heridas que la adversidad abriera en el alma. Pero Maria de todo esto carece, y su soledad se hace respecto de ella tanto mas profunda é insoportable, cuanto que sus mismos amigos, los discípulos de su hijo, y cuantos objetos la rodean, como que distan tanto de ella, y sus afectos son tan pobres, y sus sentimientos tan limitados, y su cariño puramente de hombres, lejos de contribuir á hacerla olvidar los horrores de su situacion, no contribuyen sino á hacerla mas grave y angustiosa, recordándola lo que ha perdido y ya no espera poseer, manteniendo constantemente viva la llama de un amor sin objeto en que cebarse, reproduciendo á cada momento con sus mismos desvelos filiales la idea de aquel sér á quien nada puede reemplazar en el mundo.

Decidme á vista de esto, A. M., si la soledad de la madre de Jesus no fué la mas espantosa que puede imaginarse, y como una continuacion de la accion terrible de la divina justicia que descargó todas sus iras sobre esa inocente víctima cual si no se hubiese satisfecho cumplidamente sobre la víctima del Calvario. ¡Ah! Por grandes é inmensas que fuesen las angustias de esa muger divina cuando al pié del árbol del sacrificio presenciaba la cruenta escena de la muerte de su unigénito, y participaba de todos sus tormentos, y centralizaba en su maternal corazon todos los dolores que aquel experimentaba en su carne adorable, nada llegó á afectarla tanto como su soledad cuando le hubo perdido. Antes al menos la quedaba el triste consuelo de verle; podia dedicarle alguna mirada tierna y compasiva; podia contemplar aquel semblante divino en donde á través de las huellas que en él imprimiera el dolor, apercibia los resplandores de la majestad increada; podia adorar aquellos pies rasgados por el hierro, pero que nada habian perdido de su virtud y santidad; podia enviar algun suspiro de su corazon traspasado á aquel pecho abierto con una lanza para ser el asilo de todas las desgracias y el inagotable tesoro de todas las riquezas del cielo; podia en fin llorar á su lado, padecer junto á él, y abrazarse con aquel leño infame ya que no la fuese dado ser clavada en él y morir con su unigénito. Y entre tanto su amor tenia presente el único objeto digno de poseerle, su alma encontraba un alma capaz de comprender la inmensidad de sus afectos, su corazon tenia delante de sí un corazon criado para corresponder á sus sentimientos, y su vida un motivo que pudiera alimentar el deseo de conservarla. Mas desde que una losa sepulcral separó aquellos dos séres, desde que Maria dejó de ver á su unigénito, ¿qué objeto podia tener ya su vida, su corazon, su alma y su amor? Entonces fué cuando cual ninguna otra criatura pudo esclamar Maria con el Profeta: *¿Quid mihi est in coelo, et à te quid volui super terram* (1)? ¿Qué hay ya para mí en el cielo ni en la tierra que pueda satisfacer mis deseos y esperanzas? Tenia un hijo que me amaba como un Dios, porque lo era

(1) Psalm. LXXII, 25.

á pesar del tosco ropaje de la mortalidad que ocultaba su origen divino, y yo como madre suya encontraba toda mi felicidad en corresponderle. Tenia un esposo en quien la naturaleza habia derramado todos sus encantos, y á quien la gracia prodigára todos sus tesoros, jóven, noble, rico, agraciado, fiel amante, príncipe, rey, omnipotente y sábio, tanto que las hijas de Sion corrian en pos de él enamoradas de tanta beldad. Tenia un Padre que nadie vió nacer porque desde la eternidad existia en sí mismo, y desde entonces me miraba ya como el único término de sus complacencias. Y este padre, este esposo, este hijo me lo han arrebatado, ya no está conmigo, perdí con él la luz de mis ojos, el encanto de mi existencia, el apoyo de mi virginidad, el consuelo de mi horfandad, el sosten de mi maternidad, el centro de mi amor..... ¿Qué pues me resta sino llorar? ¿Qué me queda sino morir? Y sin embargo, la muerte huye de mí por negarme aun este liviano alivio; y vivo y viviré todavía largos años sobre una tierra que nada puede ofrecerme sino recuerdos amargos, densas tinieblas, y soledad horrible, hasta tanto que amánezca la aurora feliz de la eternidad que me una para siempre al objeto de mis ansias.

Finalicemos, A. M., con una reflexion práctica, pues inútil sería insistir en buscar imágenes ni espresiones bastantes para ponderar la soledad de la madre de Dios. Harto demostrado está, siquiera seamos incapaces de comprenderlo, que si se mide su gravedad por el objeto que la motivára, su situacion debió ser la mas horrible, la mas espantosa, cuanto pudo inventar la divina justicia para atormentar á una criatura inocente destinada á continuar en el mundo la gran mision de corredentora que se la confió en el Calvario. Pero, ¿quién ha ocasionado esta soledad tan angustiosa? ¿Cuál ha sido el verdadero motivo que ha conducido á la madre augusta de Jesucristo á una situacion tan triste? Oid lo que desde ese altar nos dice hoy adoptando el lenguaje de un Profeta: «¿Habrá quien pueda entregarse al gozo y al placer al verme en este estado de viudez y de abandono? Sola he quedado en un mundo ingrato que me robó lo único que podia llenar mis necesidades y satisfacer mis esperanzas: y los pecados de mis hijos, los excesos de aquellos mismos que yo

adopté con tanto amor en los momentos mas solemnes de mi vida, son los que han causado toda mi desgracia, los que me han conducido á esta situacion tan terrible, los que hacen mas intolerable mi soledad.» «*Nemo gaudeat super me viduam et desolatam..... Derelicta sum propter peccata filiorum meorum (1).*» Sí, católicos, nuestros pecados que fueron los que pusieron en las manos de los verdugos del hijo los instrumentos de su suplicio, y los que irritaron la cólera celestial para que descargase sobre él todo el peso de sus venganzas, han sido tambien los que han creado á la madre esa situacion tan terrible, y los que renuevan en su corazon virginal los horrores de su soledad. ¿Y será posible que no los lloremos? ¿Podremos no detestarlos con todo nuestro corazon? Ella los expió al pié de la cruz, sufriendo en su alma angustias indecibles, ella los expió en su soledad padeciendo lo que no es dable imaginar por la ausencia de Jesus, ella los expia aun desde el cielo con sus ruegos ante el tribunal de la divina justicia; ¿y nosotros no los expiaríamos con las lágrimas del arrepentimiento y con los rigores de la mortificacion? ¡Desgraciados! No seamos crueles con una madre que tanto nos ama, no lo seamos con nosotros mismos si es que en algo apreciamos nuestro eterno porvenir. Corramos á postrarnos á los pies de María, y derramemos en su pecho con nuestro dolor una gota de ese bálsamo consolador que únicamente puede suavizar las hondas y crudas heridas que en él abriera nuestra soberbia, nuestra ambicion, nuestra sensualidad y nuestras pasiones todas. Despojémonos de nuestros vicios, demos la muerte á nuestros desordenados afectos, renunciemos á nuestros malos hábitos, identifiquémonos en una palabra con esa víctima del amor, y amándola é imitando sus virtudes, conseguiremos mediante la abnegacion y el sacrificio la vida de la gracia y la corona de la inmortalidad.

(1) Baruch. IV. 42.

adopte con tanto amor en los momentos mas solennes de mi vida, son los que han causado toda mi desgracia, los que me han conducido a esta situacion tan terrible, los que hacen mas intolerable mi soledad. « Vano yambien supier mi vida en el desolacion... De- vido mas supier para el futuro meorum (1) ». Si, católicos, nuestros pecados que hacen los que pasan en las manos de los verdugos del hijo los instrumentos de su suplicio, y los que irritan con la cólera celestial para que descargase sobre él todo el peso de sus venganzas, han sido tambien los que han creado á la madre esa afliccion tan terrible, y los que renuevan en su corazón virginal los horrores de su soledad; ¿ Y sera posible que no los floremos? ¿ Por- que no delectarnos con todo nuestro corazón? Ella los expió al pie de la cruz, sacrificando en su alma angustias indescibles, ella los expió en su soledad padeciendo lo que no es dable imaginar por la ausencia de Jesús, ella los expió aun desde el cielo con sus ruegos ante el tribunal de la divina justicia; y nosotros no los expiamos con las lágrimas del arrepentimiento y con los rigores de la mortificación? ¡ Desgraciados! No somos crueles con una madre que tanto nos ama, no lo somos con nosotros mismos si es que en algo apreciamos nuestro eterno porvenir. Corramos á postroarnos á los pies de María, y detengámonos en su pecho con nuestro dolor para que de ese bálsamo consolador que únicamente puede suavizar las heridas y curar las riberas por en el áfrica nuestra soberbia, nuestra ambicion, nuestra sensualidad y nuestras pasiones fatales. Despojémonos de nuestros vicios, demos la muerte á nuestros desordenados afectos, renunciemos á nuestros malos hábitos, identifiquémonos en una palabra con esa victima del amor, y amando la imitarla sus virtudes, conseguiremos mediante la abnegacion y el sacrificio la vida de la gracia y la corona de la inmortalidad.

(1) *Barbieri, IV, 12.*

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO CUARTO.

	Páginas.
I. <i>Discurso para el miércoles de Ceniza. Necesidad de humillar nuestro orgullo á la vista de nuestra nada, y de sacrificar nuestra sensualidad ante las aras de la penitencia.</i> . . .	5
II. <i>Discurso para el viernes despues del domingo de Quincuagésima. El amor de los enemigos es el mas alto deber religioso y el mas alto deber social.</i>	17
III. <i>Discurso para la Dominica I de Cuaresma. Jesucristo en el desierto nos enseña á vencer la sensualidad, la ambicion y el orgullo, tres tentaciones tan peligrosas para el individuo como funestas en el órden sócial.</i>	29
IV. <i>Discurso para el lunes despues de la Dominica I de Cuaresma. La caridad y el egoismo ante el tribunal de Jesucristo en el último dia de los tiempos.</i>	42
V. <i>Discurso para el martes despues de la Dominica I de Cuaresma. La profanacion de los santos templos es el ultraje mas sensible que puede hacerse á la divinidad, y el mas grave insulto al sentimiento religioso de un pueblo católico.</i>	55
VI. <i>Discurso para el miércoles despues de la Dominica I de Cuaresma. Confusion y despecho de los réprobos en el dia del juicio á vista de los justos que dóciles á las inspiraciones de la gracia se convirtieron en tiempo oportuno.</i>	68
VII. <i>Discurso para el jueves despues de la Dominica I de Cuaresma. Carácterés de la confianza cristiana en la bondad de Dios.</i>	81
VIII. <i>Discurso para el viernes despues de la Dominica I de Cuaresma. La reincidencia en el pecado sobre ser el colmo de la ingratitud del hombre hácia Dios, es al propio tiempo su mayor desgracia, por cuanto le arrastra al endurecimiento y á la impenitencia final.</i>	94
IX. <i>Discurso para la Dominica II de Cuaresma. La inestabilidad é insubsistencia de los bienes mundanales demuestran la necesidad de buscar en la otra vida la verdadera felicidad que es imposible hallar en la presente.</i>	107

- X. *Discurso para el lunes despues de la Dominica II de Cuaresma.* Peligros de diferir la conversion para la hora de la muerte. 118
- XI. *Discurso para el martes despues de la Dominica II de Cuaresma.* La soberbia considerada como origen funesto de las malas pasiones que vician el corazon humano y le arrastran á todo género de excesos, matando en él todo gérmen de virtud. 132
- XII. *Discurso para el miércoles despues de la Dominica II de Cuaresma.* La ambicion es un vicio no menos ofensivo á la religion á cuyos principios se opondrá, que perjudicial á la sociedad cuyo órden trastorna, abriendo camino á las malas pasiones que ponen en conflicto á los pueblos. 142
- XIII. *Discurso para el jueves despues de la Dominica II de Cuaresma.* El dogma del infierno no está en oposicion con la justicia, la bondad y la misericordia de Dios: antes por el contrario estos tres atributos exigen que haya un lugar de tormentos en donde los réprobos expien eternamente sus crímenes. 155
- XIV. *Discurso para el viernes despues de la Dominica II de Cuaresma.* Cuán de temer es que el Señor en vista de nuestra ingratitud á sus beneficios nos haga sentir el peso de su venganza privándonos de la fé que tan impiamente menospreciamos. 169
- XV. *Discurso para la Dominica III de Cuaresma.* Origen divino de la confesion y su beneficiosa influencia en el bienestar de los pueblos. 182
- XVI. *Discurso para el lunes despues de la Dominica III de Cuaresma.* El mayor obstáculo que puede oponerse á los auxilios de la gracia es el abuso de la divina liberalidad. 196
- XVII. *Discurso para el martes despues de la Dominica III de Cuaresma.* No puede haber union sincera entre los hombres si no está fundada en los principios de la caridad cristiana. 209
- XVIII. *Discurso para el miércoles despues de la Dominica III de Cuaresma.* Necesidad de cumplir la ley de Dios en toda su estension, y peligros que acarrea al alma su transgresion aun en los puntos menos esenciales. 222
- XIX. *Discurso para el jueves despues de la Dominica III de Cuaresma.* Las adversidades proporcionan al pecador un medio de convertirse y al justo una ocasion de mérito. 232
- XX. *Discurso para el viernes despues de la Dominica III de Cuaresma.* Alianza admirable de la justicia y de la misericordia de Dios en el sagrado tribunal de la penitencia. 246
- XXI. *Discurso para la Dominica IV de Cuaresma.* Prodigios de la palabra divina en sus relaciones con la humanidad, y

disposiciones con que debe oirse para que obre en el alma sus maravillosos efectos.	259
XXII. <i>Discurso para el lunes despues de la Dominica IV de Cuaresma.</i> La avaricia ahoga insensiblemente todo sentimiento de humanidad y de religion.	272
XXIII. <i>Discurso para el martes despues de la Dominica IV de Cuaresma.</i> La envidia es la pasion mas injusta de cuantas abriga el corazon humano, ya se considere en si misma, ya con relacion á las personas á quienes se dirige, ya en los medios que emplea para ofender al objeto envidiado.	287
XXIV. <i>Discurso para el miércoles despues de la Dominica IV de Cuaresma.</i> Justicia de Dios ejercida sobre los hombres y los pueblos ocultándoles las verdades eternas en castigo de su ceguera voluntaria.	301
XXV. <i>Discurso para el jueves despues de la Dominica IV de Cuaresma.</i> Deberes de los padres de familia respecto de sus hijos para llenar dignamente la mision que les ha confiado la Providencia.	316
XXVI. <i>Discurso para el viernes despues de la Dominica IV de Cuaresma.</i> Grados por donde camina el pecador á la muerte, y medios de que se sirve el Señor para resucitarle á la vida de la gracia.	330
XXVII. <i>Discurso para la Dominica de Pasion.</i> Grandeza y sublimidad de la doctrina católica considerada en sus relaciones con Dios y con el hombre, y causas que determinan la resistencia que á ella opone la incredulidad.	343
XXVIII. <i>Discurso para el lunes despues de la Dominica de Pasion.</i> El tiempo es á la vez el mayor tesoro del hombre y su mas temible enemigo. Necesidad de utilizarle con relacion á la vida futura, y funestas consecuencias de su malversacion.	356
XXIX. <i>Discurso para el martes despues de la Dominica de Pasion.</i> Gravedad de la murmuracion, perniciosa influencia que ejerce en las costumbres y dificultad de reparar los daños ocasionados por ella.	366
XXX. <i>Discurso para el miércoles despues de la Dominica de Pasion.</i> Obligacion en que está todo cristiano de dar buen ejemplo por su propio interés, por el de sus prójimos, y por el de la religion.	380
XXXI. <i>Discurso para el jueves despues de la Dominica de Pasion.</i> Cuán infundadas son las acusaciones del libertinaje y de la impiedad contra el uso del Sacramento de la Penitencia.	393
XXXII. <i>Discurso para el viernes despues de la Dominica de Pasion.</i> Dolores de Maria Santisima, incomparables por su duracion, por su intensidad y por su fecundidad.	406

XXXIII. *Discurso para el domingo de Ramos.* Circunstancias que deben preceder, acompañar y seguir al recibimiento triunfal de Jesucristo en la mística Jerusalem del alma en la solemnidad pascual, para que sea digno de tan gran monarca. 419

XXXIV. *Discurso para el Jueves Santo por la tarde.* Mandato. 430

XXXV. *Discurso para el Jueves Santo por la noche.* Pasión de N. S. J. C. 440

XXXVI. *Discurso para el Viernes Santo por la noche.* Soledad de María Santísima. 460

ADVERTENCIA INTERESANTE.

Deseoso el autor de dar á su obra todo el complemento posible, y decidido á no omitir ningun sacrificio por complacer á sus constantes favorecedores, teniendo en cuenta las observaciones que algunos de estos se han servido hacerle, publicará en el tomo V, además de los sermones correspondientes á los tres dias de Carnaval, y á algunos otros de Cuaresma, una série de discursos duplicados sobre los principales misterios de la Pasion de N. S. J. C. como son: Institucion de la Eucaristía, Oracion del Huerto, Prendimiento, Negacion de San Pedro, Flagelacion, Coronacion de espinas, Ecce homo, Cruz á cuestras, Crucifixion, Siete Palabras, Descendimiento, Sepultura y Resurreccion, á fin de que esta segunda série abrace todo cuanto puede desearse respecto de las materias á que está destinada.

XXXIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXXII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXXI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXX. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXIX. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXVIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXVII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXVI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXV. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXIV. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XXI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XX. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XIX. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XVIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XVII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XVI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XV. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XIV. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 XI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 X. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 IX. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 VIII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 VII. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 VI. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 V. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 IV. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 III. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 II. *El arte de escribir y el arte de leer.*
 I. *El arte de escribir y el arte de leer.*

ADVERTENCIA INTERESANTE

El deseo del autor de dar á su obra todo el complemento posible, y de-
 cidido á no omitir ningún sacrificio por complacer á sus constantes leyo-
 res, teniendo en cuenta las observaciones que algunos de los señores
 han servido hacerle, publicará en el tomo V, además de los sermones
 correspondientes á los tres días de Carnaval, y á algunos otros de Cua-
 resma, una serie de discursos deplacados sobre los principales misterios
 de la Pasión de N. S. J. C. como son: Institución de la Eucaristía, Omi-
 ción del cuerpo, Fratricidio, Negación de San Pedro, Flagelación, Co-
 ronación de espinas, Hito romano, Cruz á cuestas, Crucifixión, Siete
 Palabras, Descendimiento, Sepultura y Resurrección, á fin de que esta
 segunda serie ántes de ahora pueda hacerse respecto de las materias
 á que esta destinada.





TRONCOSO

SERMONES

4

1155

